

Johannes Scherr

GERMANIA

**DOS MIL AÑOS DE
HISTORIA ALEMANA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 566

JOHANNES SCHERR

GERMANIA

DOS MIL AÑOS DE HISTORIA ALEMANA

Germania. Zwei Jahrtausende deutschen Lebens
Berlín-Stuttgart, 1873

Traducción del alemán
Montaner y Simón, Editores
Barcelona 1882

<https://archive.org/details/germaniajuanscherr/mode/2up>

CLÁSICOS DE HISTORIA 566

ÍNDICE

EDAD ANTIGUA

I. Tiempos primitivos.....	4
II. El pueblo germánico en los tiempos del paganismo.....	10

EDAD MEDIA

I. Época de la emigración de los pueblos.....	29
II. Período Carolingio.....	40
III. Época de los Otones.....	52
IV. época de los Enriques.....	61
V. Época de los Federicos.....	75
VI. Los castillos feudales.....	82
VII. La aldea y la ciudad.....	97
VIII. La Iglesia y el Estado.....	108

ÉPOCA DE LA REFORMA

I. Presentimientos y presagios.....	114
II. Desde Wittenberg hasta Munster y Osnabruck.....	121
III. La edad de bronce de la ortodoxia.....	135
IV. Los lansquenets y el furor guerrero.....	151
V. artistas y poetas; músicos y actores; los primeros periodistas y los libreros.....	157
VI. Choza y casa; castillo y palacio.....	168

EDAD MODERNA

I. El genio de los tiempos modernos.....	182
II. Coleta y polvos.....	187
III. Escepticismo, genio e impostura.....	202
IV. Clasicismo y Romanticismo.....	213
V. Idealismo y materialismo.....	231
VI. El nuevo Imperio.....	239

EDAD ANTIGUA

I.

TIEMPOS PRIMITIVOS

Ni el genio de la inventiva, ni tampoco la ciencia, podrían atreverse a contestar si les preguntásemos cuándo pisó el hombre por primera vez la tierra germánica.

A la ciencia, no obstante, le es dado decirnos con alguna seguridad que en las épocas más remotas, en aquellos tiempos en que se elevaban las montañas de hielo del período glacial donde hoy se extiende el lago de Constanza, la Suabia debió estar habitada por el hombre, o fue cuando menos visitada por él.

Unos habitantes de la costa septentrional de Germania, que se alimentaban de conchas, son los que nos han dejado vestigios más recientes de su existencia en una época prehistórica. Los pueblos lacustres de la edad de piedra, cuyos restos se hallaron en los lagos y turberas de Suiza, nos indican sucesos cercanos a los tiempos históricos, permitiéndonos por lo tanto formar más fácilmente una idea de ellos.

Esos restos de pueblos lacustres, los más recientes de los cuales representan el tránsito de la edad de piedra a la edad de bronce, mientras que los más antiguos igualan o aventajan en antigüedad a las pirámides de Gizeh, nos demuestran claramente que la inteligencia del hombre, aunada con su trabajo, había hecho ya grandes progresos en aquella época. Prueba de ello es que los habitantes de los pueblos lacustres, sedentarios y sociables, tenían animales domésticos. tales como bueyes, carneros y cabras; para nutrirlos durante el invierno secaban la yerba de sus prados; utilizaban el fruto seco del manzano silvestre para su propio alimento; labraban la tierra y hacían pan. En sus *árboles*, como llamaban a sus canoas, construidas con troncos, iban a pescar; y sin duda las empleaban también para sus expediciones de merodeo. El gato, reducido ya al estado de domesticidad, calentábase en sus hogares, y el perro servía de guardián de las chozas, a la vez que de guía al cazador de búfalos y alces.

Ni siquiera es dado suponer cuál era el origen de los primitivos habitantes de la tierra germánica, ni a qué raza pertenecían; pero en cambio ninguna razón fundada nos impide reconocer en los moradores de los pueblos lacustres individuos de la raza caucásica e hijos de la gran familia aria o indo germánica (indo-europea), considerándolos como vástagos de la rama ario-céltica de esta gran familia, pues puede tenerse por hecho seguro que en la emigración de los indo-germanos desde el Asia al norte y centro de Europa los celtas precedieron a los germanos y eslavos.

El espíritu podría recorrer como por vía de pasatiempo los miles de años transcurridos desde que nuestros primitivos antepasados juntamente con las tribus co-originarias de los indos, iranios, helenos, itálicos, celtas y eslavos, habitaron la primera patria de los arios, el país alpestre del Hindu Kusch, el territorio de las fuentes del Indo y del Oxo, adorando en común a los dioses primitivos de todos los arios, a los *espíritus de luz*, pues a la raíz de la palabra *div* (lucir) debe referirse, no solo la

deidad que los arios adoraban bajo el nombre de *diva*, sino toda la religión indo-germánica en general.

La ciencia, sin embargo, no posee medios suficientes para medir esos tiempos tan apartados; no podría adivinar remotamente las causas que impulsaron a los pueblos arios a la emigración, ni por qué y cómo ésta se dispersó en distintas direcciones hacia la península del Ganges, la meseta de Bactria y del Irán, el Ural, el mar Caspio y el Ponto Euxino; tampoco sabe decir cómo del primitivo carácter ario de los otros indo-germanos que igualmente se dirigieron a Europa, es decir de los helenos e itálicos, de los celtas y eslavos, se formó más y más marcadamente el carácter especial germánico.

Por ultimo, el aserto de que la separación de los germanos de la familia aria se efectuó antes de que los arios, saliendo de su humilde condición de nómadas, se elevaran a un grado mas alto de cultura, al de agricultores, es decir, en todo caso con anterioridad al siglo XII antes de Jesucristo, no se funda en hechos seguros; es tan solo una suposición debida al estudio comparativo de las lenguas.

Debo añadir aquí de paso que el nombre de pueblo «germano» es tan poco primitivo como el de todos los demás grupos de la tribu aria; pero con él se presentaron nuestros antepasados en la escena de la historia. Se ha supuesto y creído que esa palabra es la equivalente a *speermaenner* (hombres de lanza) y que trae su origen del antiguo vocablo *ger*, es decir, lanza, que significa también guerreros, y cuyo sentido no se alteraría aunque fuera mas exacta su derivación del celta (*gairm* o *garm*), porque en este caso indicaría la costumbre germánica, caracterizada por los enemigos celtas, de entrar en batalla lanzando gritos y entonando himnos guerreros.

Es posible también que el nombre de germanos, aplicado primeramente por los galos, según se dice, a la tribu de los tungeros, y adoptado después poco a poco por todas las demás tribus, fuera en su origen un improprio o un sarcasmo celta (derivándose la palabra de *gairmainen*, es decir, alborotadores, vociferadores o alardeadores), y que los que lo recibieron lo aceptaran y usaran como nombre propio, dándole con el tiempo una significación honorífica, como se hizo en épocas posteriores con varios calificativos burlescos de partido (mendigos, hugonotes, chuanes, whigs y torys).

Hasta puede admitirse la suposición de que los alemanes se hayan llamado en un principio *teutomanes* o *teutones* en honor de sus padres mitológicos Teut (Thuisco, Thuisto) y Mannus, pues un autor romano, Plinio el Mayor, refiriéndose al relato de un viaje del griego Pytheas que vivió en el siglo IV antes de Jesucristo, dice que una tribu vecina de los gutones, habitantes en las orillas del Báltico, tenía el nombre de teutones. Sin embargo, cuando este nombre reapareció, relativamente muy tarde, es decir, en el siglo X, bajo el imperio de Otón el Grande, y al principio en forma latina (*Theutones*, *theutonici*); y cuando después se hizo usual poco a poco la designación de «Deutschland» para toda la tierra alemana, y el nombre de «Deutsche» para todas las tribus, era imposible que también renaciera el recuerdo de un mito de una época tan primitiva como lo era la idea del padre Teut, representado con el carácter de dios o semidiós.

La existencia de la lengua *alemana*, como idioma nacional opuesto al latín y a la mezcla de lenguas romanas, no aparece reconocida en documentos hasta el año 813, y esta misma lengua nos induce a atribuir el origen del nombre popular *Deutsche* a la palabra goda *Thiuda* (palabra que en el antiguo alemán castizo se convierte en *diota* y significa pueblo, es decir, el pueblo propio en oposición a todos los extranjeros) y a reconocer en el actual vocablo *Deutsche* la derivación de la antigua palabra *thiudiska*.

Nuestros antecesores se habían dirigido, pues, de Oriente a Occidente en su inmigración a Europa; pero no sabemos por qué, cuándo ni cómo, ni qué caminos tomaron; detalles son estos que se habían relegado ya a la noche del olvido cuando los germanos aparecieron en la escena de la historia. No obstante, el espíritu alemán parece haber conservado un confuso recuerdo de su primitiva patria aria y de la comunidad indo-germánica, a juzgar por algunos puntos de contacto

entre la mitología de aquellos hombres y la de los antiguos indos e iranos; pero este vago recuerdo de una tradición que había enmudecido hacia mucho tiempo no impidió a nuestros antecesores considerarse como un pueblo primitivo que desde el principio fue fiel a su patria germana.

Esta opinión, sin embargo, era ya errónea, porque en su emigración los germanos no se habían encaminado directamente hacia Alemania; según todos los indicios marcharon primero a Escandinavia; y allí, en aquella remota península, el ser germánico y pagano se conservó más puro y fue más duradero que en ninguna otra parte. Después, cuando también en aquellas regiones se vio amenazado del contacto extranjero por la invasión del Cristianismo, que se extendía cada vez más, halló su último refugio en la lejana isla del fuego y del hielo, en Islandia, donde antes de perecer le fue permitido escribir sus santas tradiciones, su religión y sus cantos heroicos, legando a las generaciones futuras, como herencia inapreciable, la biblia germánica, llamada *Edda* (bisabuelo).

Pero a la mayoría de los germanos no les agradó mucho tiempo la vida en el poco fértil suelo de Escandinavia, y mientras una reducida parte del pueblo permanecía en el país, los demás, emigrando de nuevo, invadieron la Germania como un torrente devastador que aniquiló a los celtas establecidos allí o los desalojó del país por la parte de Mediodía y Occidente. Entonces fue cuando cesó la inmigración germánica; entonces fue cuando nuestros antecesores comenzaron a instalarse definitivamente en las vastas tierras situadas entre el mar del Norte y el Báltico, entre el Danubio y los Alpes, entre el Oder, el Elba y el Rhin. Debe suponerse, en general, que en aquella época eran agricultores sedentarios, aunque es dudoso que todas las tribus germánicas alcanzaran ya este grado de civilización. Sin embargo, puede darse por seguro que se dedicaban a la agricultura en la época en que por primera vez intervinieron en las cuestiones de los griegos y romanos, dando así principio a su existencia histórica.

Corría el año 113 antes de Jesucristo; era cuando las legiones de emigrantes cimbros y teutones, expulsados, según dijeron, por las invasiones del mar del Norte y del Báltico, en cuyas orillas habitaban, presentáronse en Estiria y Carintia, pidiendo entrada en los desfiladeros que formaban la frontera del imperio romano. Ya entonces se despertó en el espíritu germánico el deseo, que aún hoy le anima, de vivir bajo un cielo mas puro, disfrutando de la abundancia que ofrecía la región situada mas allá de los Alpes, pero este preludio de la irrupción de los pueblos que ya indicaba lo que debía suceder algunos siglos después, y que hizo proverbial el terror inspirado por los cimbros y teutones en la capital del mundo, en Roma, tuvo un final trágico por el exterminio de las dos tribus germánicas emigrantes cuyo valor impetuoso hubo de sucumbir cerca de Aix y de Vercelli (102-101 antes de Jesucristo) ante el arte político y guerrero de los romanos.

Lo que los vencedores nos legaron de los vencidos tiene su carácter especial, sobre todo por lo que hace a las mujeres germánicas, que si bien carecían de gracia, presentábanse majestuosas bajo las formas de aquellas sacerdotisas cimblicas que en el campamento observaban la horrible costumbre de los sacrificios humanos. Con la cabeza y los pies desnudos, el vestido de hilo blanco sujeto con un cinturón de cobre, y la espada desenvainada en la diestra, desfilaban en solemne procesión alrededor de una caldera de bronce, colocada en un alto tablado. Allí se conducía a los romanos cautivos, recibíanlos las sacerdotisas, y adornábanlos con coronas como a los animales destinados al sacrificio. La gran sacerdotisa se acercaba después a la caldera, las víctimas iban llegando una tras otra; inclinábanse sobre el borde del recipiente, y aquella les cortaba la garganta, deduciendo sus pronósticos de la sangre vertida. Vemos, pues, que en el primer acto registrado en la historia de los germanos figura ya como rasgo característico el sacerdocio de las mujeres; y aún hoy día se conserva vivo entre nosotros, representado por la llamada «caldero de las brujas», el recuerdo del que aquellos usaban para sus sacrificios.

La castidad germánica se reveló con toda la rudeza propia de los habitantes del bosque cuando las mujeres de los cimbros y teutones vencidos se dieron muerte para no quedar expuestas a la insolencia de los vencedores. En cuanto a los hombres, lo mas característico en ellos fue la sencilla caballeridad que les era propia y por medio de la cual resaltaba el contraste de su nacionalidad y

de su instrucción con la calculada frialdad de los romanos. De ello dio una prueba Bojorix, duque de los cimbros, cuando antes de la batalla decisiva se acercó a las trincheras del campamento enemigo pidiendo a Mario que le indicara sitio y día para combatir contra sus legiones, a lo cual contestó el general romano que no era costumbre entre sus compatriotas deliberar antes con los enemigos sobre el sitio y hora en que debía reñirse una batalla. Sin embargo, indicó la llanura de Vercelli como campo de la futura lid, porque allí podía aprovecharse de toda la superioridad de su caballería, y Bojorix aceptó la proposición.

De esta manera se inició el contraste histórico entre el carácter germánico y el romano, contraste que existe desde hace casi dos mil años, y que, si bien presentándose durante este tiempo bajo diversas formas, se ha conservado esencialmente el mismo, constituyendo hoy todavía el polo sobre el que gira el desarrollo europeo. Para los germanos, los acontecimientos dependían desde luego de la política romana. A medida que Roma avanzaba a pasos de gigante hacia el tránsito de la república al imperio, mas se acrecentaba en los romanos el afán de ensanchar sus dominios y el espíritu de conquista. En la historia se demuestra que los pueblos que carecen de libertades siempre están poseídos del afán de dominar. Durante su permanencia en la Galia, Julio César tuvo ya proyectos de conquista sobre Germania, pero él mismo debió defenderse en su propio territorio contra las armas germanas. El rey de los suevos, Anovisto, llamado en auxilio de la tribu gala de los secuanos, en la lucha contra sus compatriotas los eduos, había cruzado el Rhin; como le agradase la región situada a la izquierda de este río, resolvió establecerse en ella. César, a quien esta invasión germánica alarmó, quiso valerse primero de los ardides de la diplomacia para inducir a los invasores a retirarse a su país, tanto más cuanto que los romanos tenían presente aún el terror inspirado por los cimbro-teutones, recuerdo que se avivaba más por los relatos de los galos respecto de sus temibles vecinos.

El mismo César fundándose en lo que le refirieron los galos, dijo que los germanos eran de elevada estatura y fuertes; que estaban dotados de un valor increíble, y que se distinguían por su admirable destreza en el manejo de las armas. Los galo-celtas habían intentado muchas veces medirse con ellos, pero ni siquiera pudieron resistir las miradas de fuego de los germanos. Mucho le costó a César disipar el pavor que infundían a sus oficiales y soldados, pavor que, según su misma descripción, rayaba en pueril; pero cuando lo hubo conseguido, no fue muy difícil para su genio militar, ayudado por la táctica y buena organización del ejército romano, muy superior a la de los germanos, destrozaron en el año 52 antes de J. C. a las huestes de Ariovisto, cerca de Montbeliard. De este modo se frustró la tentativa de los suevos en cuanto a fijar su dominación en la Galia, tentativa que otra tribu germánica, la de los francos, acometió 500 años mas tarde con mejor éxito. César atravesó después dos veces el Rhin para llevar a cabo sus proyectos de conquista, pero pronto debió desistir de ellos, consiguiendo en cambio crear el mercenarismo alemán, pues aprovechándose del espíritu belicoso de los germanos, muy dados desde las épocas más remotas a las empresas guerreras, por su amor al botín, y halagándoles en este sentido, atrajo a sus banderas a jefes y soldados germánicos. Estos fueron los primeros mercenarios (*landsknechte*) alemanes que bajo una u otra forma se han propagado hasta los tiempos modernos, perjudicando con harta frecuencia a su propio país. Sin embargo, no debemos desconocer la circunstancia de que, gracias a esos mercenarios, que sirvieron a los extranjeros, y en primera línea a los romanos, se desarrolló un elemento civilizador en extremo eficaz.

Fácilmente se comprenderá que el espíritu nacional debe lamentar que no se permitiera al pueblo alemán desarrollar su individualidad independientemente y libre de contacto con el extranjero, o en aquel caso con los romanos; pero la historia de la civilización tiene que prescindir muchas veces de tan bellos sentimientos para consignar hechos positivos, por más que no sean agradables, y para confirmar que en todas partes se ha dado el caso de que allí donde una cultura inferior se pone en contacto con otra superior, ésta es la que domina, o por lo menos influye en ella mucho, y no puede menos de suceder así. Era por lo tanto muy natural que desde el tiempo de César se acrecentara de continuo la influencia de Roma sobre Germania; y los agentes que con más

actividad contribuyeron a su desarrollo fueron precisamente los mercenarios germánicos, que desde el principio de la dominación de los emperadores romanos hasta su fin tomaron con bastante frecuencia una parte activa en los sucesos del imperio. La guardia pretoriana germánica representaba un papel importante en las revoluciones palaciegas de la capital del mundo; príncipes y guerreros germánicos, que habían ofrecido sus servicios a Roma, alcanzaron las mas altas dignidades de la corte y del Estado, dirigiendo como ministros y generales los asuntos del imperio. Ciertamente que estas relaciones, ayudadas por el comercio con los galos, no surtieron todo su efecto hasta más tarde, es decir cuando el servicio militar y civil romano llegó a ser al mismo tiempo uno de los medios mas eficaces para cristianizar a los germanos; pero las mutuas relaciones entre Roma y Germania habían tomado ya un incremento considerable mucho antes, al principio de la era cristiana.

La necesidad perentoria de la política monárquica había obligado a Octavio Augusto a combinar de nuevo en su mente los proyectos de su tío, para llevarlos a cabo en mayor escala; y a consecuencia de esto, no sólo las águilas imperiales, sino todo el aparato de la civilización romana se fijaron más y más en el sur y oeste de Germania, en las regiones del Danubio, del Rin y del Mosela. En la época en que el Salvador del mundo reposó pobre y desnudo en el pesebre de Belén, había ya muchas probabilidades de que en la guía del Estado romano se hablara de una «provincia de Germania» como ya se hablaba de una «provincia de Galia.»

Entre los grandes de Alemania no faltaban entonces traidores y cierta inclinación a lo extranjero, como sucedía también a principios del siglo XIX. Segesto, antiguo jefe de los queruscos, hubiera podido servir muy bien de modelo a un príncipe de la época moderna, partidario de la «Alianza Renana.»¹ Verdad es, por otra parte, que conservar la pureza e independencia de la nacionalidad alemana como lo hizo Arminio, yerno y adversario de Segesto, no era en manera alguna un verdadero triunfo del valor germánico, pues también la política de la astucia y del disimulo, tal como la pudo aprender el noble germánico al servicio de Roma, tuvo la suficiente importancia para que Arminio, al frente de los germanos aliados, ganara en el año 9 después de Jesucristo la batalla decisiva de la Selva de Teutoburgo, derrotando a las legiones romanas mandadas por el procónsul Varo.

A pesar de todo debemos ver en Arminio el conservador del germanismo contra la invasión de la civilización romana, y podemos cantarle como héroe nacional en el sentido más elevado de la palabra. (Por esta razón se le ha erigido en la citada selva un monumento.) Debe hacerse así por la sencilla razón de que aquel hombre, dotado de relevantes prendas y de un corazón noble y sensible, no contento con haber impedido por la batalla de la Selva de Teutoburgo y la gran habilidad con que más tarde dirigió sus huestes contra los romanos, la conquista y sumisión de su patria, reconoció claramente el cáncer social que corroía a los germanos, que mas tarde atacó también a los alemanes, y que no era sino la desunión política. Entonces concibió el gran pensamiento de la unidad nacional como remedio para combatir el peligro; pero víctima de los celos y del egoísmo de los otros príncipes, fue el primer mártir de su noble pensamiento. Sin Arminio, el historiador romano Tácito, que a últimos del siglo primero de nuestra era y a principios del segundo escribía su celebre libro [*Germania*](#), para dar a conocer a sus compatriotas el país y el pueblo de los germanos, no hubiera podido decir que los alemanes constituían «una tribu individual de hombres, pura y semejante sólo a sí misma.»

Examinaremos ahora más detenidamente esta tribu, tomando del mismo Tácito los primeros datos para esta ojeada retrospectiva sobre el carácter y costumbres de nuestros antecesores. Será necesario, no obstante, entresacar otras muchas noticias de diversas fuentes, de los relatos de autores griegos y romanos, de las tradiciones del país y de los códigos antiguos escritos en la lengua latina de las tribus alemanas, porque nuestra intención es comprender en el círculo de esta descripción todos los caracteres distintivos del ser germánico durante la época llamada del

1 Confederación de los príncipes alemanes del Rin formada por Napoleón I contra los intereses del país (N. del T.)

paganismo. Al hablar de nuestros antecesores, queremos dar a conocer sus usos y costumbres hasta el período en que, merced a la victoria de las ideas cristiano-romanas sobre el paganismo germánico, iniciada por Carlomagno, se inauguró la Edad media.

II.

EL PUEBLO GERMÁNICO

EN LOS TIEMPOS DEL PAGANISMO

Del tronco de la raza caucásica brotó la rama colosal que representa a la familia de las naciones arias. De esta última nació la poderosa rama germánica, que a su vez se dividió en otras dos desiguales en fuerza: la de los germanos del Norte (escandinavos) y la de los germanos del Sur (alemanes).

En estos últimos, es decir, en nuestro pueblo, obsérvase marcadamente, así en las épocas más remotas, como en la actualidad, que los contrastes y extremos de la naturaleza humana reaparecen también en la de los pueblos, pues si bien no cabe duda que nuestros antecesores sabían muy bien que todos pertenecían a una misma nación, esta circunstancia no evitó, ni siquiera atenuó el hecho de que los alemanes, desde la época a que se remontan nuestras primeras noticias históricas, no formaran nunca un todo compacto y homogéneo ni reconocieran jamás la unidad nacional. La causa fundamental de esto debe buscarse en el extremado personalismo de los germanos, en aquella orgullosa inclinación a la independencia individual, que si bien puede producir todas las virtudes varoniles, lleva consigo los vicios de la presunción y de la terquedad. Sin embargo, dada la naturaleza de la individualidad alemana, el federalismo era la forma política que mejor debía cuadrar a esta índole propia del pueblo. La personalidad nacional se había dividido ya, por decirlo así, desde los tiempos más remotos, en personalidades de tribu, que en caso de necesidad aliábanse como iguales para los fines comunes, y estas alianzas eran más o menos duraderas, según lo exigían las circunstancias. El lazo de unión nacional consistía solo en la convicción del origen común, en la lengua madre, aunque ésta se había dividido muy pronto en dialectos, y por último, en las ideas fundamentales de la religión, comunes a todos.

En esta última tiene su origen también la primera clasificación del pueblo alemán que conocemos, y cuyo carácter es decididamente místico. El romano Tácito nos la ha dado a conocer del modo siguiente: «En los cantos antiguos, únicos documentos y anales de los germanos, estos celebran al dios Thuisto, vástago de la tierra, y a su hijo Mannus, como padres y fundadores de su pueblo. Según los citados cantos, Mannus tuvo tres hijos, de ellos, los germanos mas próximos al mar tomaron el nombre de ingevones, los del centro el de herminones y los otros el de istevones.» Esta división en tres debe haberse multiplicado no obstante muy pronto, pues el mismo Tácito cita mas tribus, y ya antes, en los tiempos de César, presentáronse otras que tuvieron mas tarde sucesoras. De las antiguas confederaciones del pueblo, formadas por varias tribus, conocemos la de los suevos, poderosa en los días de César; la de los queruscos, constituida un poco más tarde por Arminio en la Germania inferior, y la de los marcomanos en la Germania superior, opuesta a la anterior por Marbod. El antagonismo entre las dos Germanias se declaró ya en aquellas remotas épocas de una manera bastante expresiva y aún hoy día existe, ofreciendo un contraste entre la Alemania del Sur y la del Norte. La antigüedad de los suevos como habitantes de la Germania superior, y la de los sajones como tribu principal de la Germania inferior, data de tiempos muy remotos.

Hacia la época de la gran emigración de los pueblos, y con más rapidez durante esta última, la fuerza e importancia de las tribus germánicas sufrieron los más diversos cambios; y hasta muchos hombres antiguos desaparecieron para ser reemplazados por otros nuevos. Durante el inmenso cataclismo que convirtió en ruinas el imperio occidental romano, confirmando momentáneamente la

altiva frase «el mundo pertenece a los germanos», las tribus de los godos, de los hérulos, de los vándalos, de los longobardos, de los burgundios, de los alemanes y de los francos, fueron las principales que se presentaron en la escena de la historia.

Nuestra patria dista bastante de representar la uniformidad geológica: en la variedad extrema de las formaciones de su suelo existía la base de las múltiples diferencias que la población alemana ofreció ya en tiempos remotos, y que aún ofrece hoy día, tanto bajo el punto de vista físico como del moral. Ciertamente que estas diferencias se producían y se producen todavía dentro del círculo de la nacionalidad, pero aún en este círculo son bastante singulares. Figurémonos la respectiva actitud en que se nos presentan hoy día el frisón y el tirolés, el bávaro y el pomeranio, el renano y el estirio, el habitante de la Marca y el suabo, el turingiense y el holsteinés, y podremos formarnos una idea aproximada de la actitud de las antiguas tribus sajonas con respecto a las alemanas de la Germania superior.

Ahora bien, si comparamos el carácter geológico de la Alemania meridional con el de la central y la del Norte, no será difícil comprender que, en razón a las diferencias del territorio y del clima, la manera de pensar y de sentir, el género de vida, los usos y costumbres, y las leyes debían formarse también de distinto modo. Una ojeada sobre el mapa geológico de Alemania bastará para hacernos comprender que nuestros antecesores no podían desarrollarse bajo la unidad política, sino que debían dividirse en una porción de Estados y tribus. La unidad nacional de los alemanes no es debida a la naturaleza; es obra de la cultura. La instrucción concibió el pensamiento de esta unidad, la instrucción alemana fue y es la que lo realizó o por lo menos comenzó a realizarlo. Esta circunstancia demuestra palpablemente cuál es la fuerza moral y la alta influencia que debe dominar en ese pensamiento.

Acostumbrados los romanos al aspecto risueño de los paisajes de Italia romano-galos a aquellos campos en que tan pródiga se mostraba la más rica naturaleza, a aquellas ciudades resplandecientes con el adorno de todos los tesoros de la civilización, sólo dirigían miradas de horror a la Germania, considerándola como un país en que la tierra y el cielo se habían mostrado igualmente ingratos para con sus habitantes. El autor de la *Germania* llegó a creer que los germanos debían ser hijos del país (*autoctones*), pues ¿cómo les hubiera podido ocurrir a otros hombres emigrar de su patria para establecerse en esas regiones llenas de bosques y pantanos? Sólo un romano, Plinio el Mayor, reconoció superficialmente los atractivos poéticos, la belleza de una selva virgen germánica; mientras que, antes de él, Julio César exageró hasta lo fabuloso las noticias llegadas a su oído sobre la multitud y la fuerza de los animales de los bosques alemanes; de modo que por su descripción del alce, y del reno podría creerse que en las selvas de la antigua Germania se cazaban especies como el mamuth y el elefante.

A la verdad, la Germania no era tan salvaje e inhospitalaria como lo creían los romanos. aunque en comparación de Italia y de una gran parte de la Galia debía parecer una soledad, pues la mayor parte del país estaba cubierta de bosques y pantanos, y casi todo el año un cielo nebuloso, siempre cargado de lluvia o de nieve, aumentaba la lúgubre monotonía del paisaje. Con todo, si se tiene en cuenta el considerable número de hombres y jóvenes guerreros que salieron de Germania en tiempo de la emigración de los pueblos, débese suponer que ya en la época de Tácito sería importante la cifra de la población. Ahora bien, siendo tan numerosa, no era posible que pudiese vivir sólo de la abundante caza que poblaba los bosques y pantanos, ni de la pesca en las costas y los ríos: debía apelar también, y esto en grande escala, a la agricultura y a la cría de animales domésticos. Así lo hicieron, efectivamente, pues sabemos que nuestros antecesores, dedicados a la agricultura, cultivaban sobre todo la avena y la cebada, y en las regiones menos frías, sobre todo a orillas del Rhin, los cerezos y manzanos. También sabemos que cultivaban las praderas, y que recorrían los pastos numerosos rebaños de terneras, vacas y ovejas. Además de estos animales, hablase igualmente de los cerdos, cabras y gansos. Durante la estación rigurosa alimentábase con heno a las especies domésticas. Los bueyes o las yeguas servían de animales de tiro en carros de dos

o cuatro ruedas, mientras que los caballos padres se utilizaban para montar; los perros y gatos eran compañeros de la casa desde remotas épocas. Se fabricaba manteca y queso; y cultivábase cuidadosamente el lino para confeccionar prendas de vestir. Los instrumentos de agricultura consistían en rastrillos, azadones, arados toscamente contruidos y gradas. No se sabe de cierto si conocían los abonos, y deséchase sin discusión la idea de que los germanos observasen ya en su agricultura el sistema de sembrar los campos durante tres años seguidos con diferentes clases de trigo. Razón hay para no creerlo así, pues según todos los testimonios llegados hasta nosotros respecto a la agricultura de nuestros antecesores germánicos, el producto de carne era muy superior al de trigo, circunstancia que no hubiera podido conciliarse con el sistema citado, porque éste es principalmente propio para producir grano.

Ya hemos dicho qué impresión produjo en los romanos el aspecto de los bárbaros germanos, con sus formas robustas y membrudas, vigorizadas por el aire de sus bosques; causóles terror y envidia, y quizás les infundió también malos presentimientos para el porvenir. Tácito pondera sobre todo el tipo puro de los germanos, y debemos creer que lo fuera, a juzgar por lo que dice del conjunto físico del germano. Otros autores romanos, lo mismo que aquel, indican los caracteres distintivos, diciendo que aquellos hombres eran altos y delgados, de escaso vientre, de ojos azules u pardos, de altiva mirada, cabello y barba de un rubio rojizo, cutis de color claro y mejillas coloradas. El frío y el hambre acostumbraron a este pueblo a soportar los rigores de su país y del clima; pero en cambio era poco propio para sufrir el calor del sol y la sed; y adviértase que la sed del germano parecía ser verdaderamente primitiva, pues muy pronto se desarrolló en él una propensión invencible a la embriaguez y la inclinación desenfrenada al juego, que a menudo corría parejas con aquella, y que citan como vicio nacional.

Nada igualaba al arrojo del germano; nada podía intimidar el valor de aquellos salvajes, que siempre se distinguían por una bravura a toda prueba. Difícil era resistir su ímpetu en el ataque y su tremenda ira en la lucha, caracterizada por el poeta romano Lucano de *teutonicus furor*, y que en los escandinavos degeneró en lo que llamaron «furor rabioso» (*berserkerwuth*): el germano hacia temblar aún a los adversarios mas intrépidos. Tácito consideraba a nuestros antecesores como un pueblo que no conocía la mentira y el engaño, orgulloso de su fuerza, pero que tenía una convicción profunda y religiosa de la insuficiencia humana. Francos, veraces, fieles a su palabra y hospitalarios, los germanos revelaban en su alegría lo que expresan las palabras *gemueth* y *gemuethlichkeit*², propias sólo del alemán. Al valor de los hombres correspondía la castidad de las mujeres, a la moralidad de los jóvenes el decoro virginal de las doncellas. El estupro y el adulterio se consideraban como los crímenes más graves.

Pero este brillante cuadro de las virtudes primitivas de nuestro pueblo salvaje, bosquejado por los extranjeros a quienes admiraba, y que quizás lo pintaron también con colores algo subidos, sufrió ya grandes alteraciones en la época de la emigración de los pueblos. Habíanse presentado los efectos del conocimiento con las opiniones y goces de la civilización viciosa y la corrupción romana; la robustez de los germanos bárbaros no había podido resistir del todo a los perniciosos efectos de una civilización refinada; la rudeza teutónica persistió, pero pintada con el carmín de los vicios romanos, el amor al deleite no tenía nada que envidiar al vigor para el goce de los placeres.

En la Alemania antigua no había libertad, tal como la comprendemos hoy día; nuestras ideas actuales acerca de ella no son sino el resultado práctico de la civilización moderna, y la fundamos en el modo de comprender los derechos de la humanidad; pero estos eran desconocidos de los germanos que sólo admitían los de casta. Todo el pueblo estaba rigurosamente dividido en dos grandes clases o castas; libres y siervos, señores y pecheros; distinción antiquísima que probablemente había sido trasmitida ya a Europa por los primitivos arios. Así lo indica la circunstancia de que, tanto en la opinión de los indos, como en la de los germanos, reconócese bajo

2 Es decir, un sentimiento interior de satisfacción y contento, y la situación exterior consiguiente, producida por aquel. (N. del T.)

las formas mitológicas en el *rigsmal* de la *Edda* la división rigurosa en grandes y plebeyos hereditarios, en gobernantes y gobernados, división considerada como un mandato directo de la voluntad divina. Existe sin embargo la diferencia de que en la India la división de las clases tomó la forma de una organización permanente en castas; mientras que en Alemania, ya en tiempos de la emigración de los pueblos promovióse un continuo movimiento que impidió semejante división, habiéndose cambiado por muchos estilos los límites señalados entre señores y siervos: la clase primitiva de los libres se había dividido en dos sub-clases, la de los libres nobles y la de los libres comunes. Parece probable que los nobles (*adalinge*, *edeling*, libres primitivos, siempre libres, *nobiles*) no fueran al principio más que grandes propietarios de terrenos, que a causa de su riqueza en tierras y ganado, y pudiendo mantener una numerosa servidumbre, transmitieron su *allod* (bienes libres, alodio) por derecho de primogenitura. Dudosa es aún la verdadera significación de la palabra *adel* (nobleza): según los unos, significa linaje, es decir, un linaje noble, riqueza, y por lo tanto influencia de una familia en que la propiedad de tierras y siervos se ha transmitido desde tiempo inmemorial por herencia de padres a hijos; según otros la palabra *adal* o *adel* significaría lo mismo que *odal* derivada de *od*, es decir bien; de modo que un *odaling* o noble hubiera sido sencillamente un propietario. Los libres comunes (*liberi* o *ingenui*), valiéndose de sus facultades, de su mérito o buena fortuna, pasaron al parecer desde el estado de siervos al de individuos libres, pues el servicio de las armas, como pechero de los nobles, ofrecíales sin duda buenas ocasiones para conseguirlo.

Aunque nada exacto nos dice la historia sobre este punto, seguro es que tanto los libres primitivos como los comunes sufrieron los más diversos cambios en su suerte hasta que más tarde se formó de los primeros la llamada alta nobleza y de los segundos la nobleza secundaria. En cuanto a la clase de los no libres, que en el trascurso de la Edad Media dio nacimiento a la gran masa de los ciudadanos libres, y mucho más tarde a la de los labradores independientes, advertiremos que en tiempo del paganismo se dividió también en dos sub-clases: la de los siervos³ (*liti*, colono tributario libre), y la de los esclavos (*servi*).

Los primeros vivían en terrenos que les cedían sus señores para su cultivo y usufructo, en cambio de ciertos servicios e impuestos: una tierra cultivada por siervos se llamaba *feod* (*feudum*, feudo); y las relaciones primitivas entre propietarios y siervos fue la base en que se fundó la política social de la Edad Media, o sea el feudalismo. La condición de los siervos, por dura que fuese, era mucho mas favorable que la de los esclavos verdaderos, bien porque no podían ser vendidos sino con el campo que labraban, o ya porque no se les privaba de la posibilidad de adquirir algún bien para librarse de la esclavitud.

Los esclavos, en cambio, que sin duda serían todos al principio prisioneros de guerra, eran esclavos en la verdadera acepción de la palabra; y sin tener ningún derecho en su favor, ni medio alguno para eximirse, por canje o a trueque de mercancías, hallábanse expuestos al maltrato y a la muerte por parte de sus amos, que en ningún caso debían temer un castigo. Sólo los libres tenían derechos y estaban bajo la protección de la justicia pública: pero el siervo que había alcanzado su libertad no ingresaba verdaderamente en el número de los libres, sino en la tercera generación. Unicamente los libres podían ser jueces, acusadores y testigos; permitíaseles desempeñar el cargo de sacerdotes, y sólo en ellos se reconocía el derecho de llevar armas y tener voz y voto en los consejos. En la Germania antigua no existía por lo tanto un «pueblo» en el sentido político de la palabra, y sí solo una multitud tributaria y oprimida sobre cuya ancha base elevábase con sus prerrogativas una minoría de grandes y pequeños señores, que consideraba la guerra, y acaso la caza, como principales ocupaciones en los asuntos públicos, y únicos trabajos dignos de un germano libre.

3 El traductor vierte *liten*, siervos de la gleba, como *litos*, no usual en español, y reserva la palabra *siervos* para los antiguos esclavos romanos (*servi*). En esta edición digital hemos reemplazado *litos* por *siervo*, y *siervo* por *esclavo*. (Clásicos de Historia)

Dura y precaria había llegado a ser la condición del siervo para con el señor, pero éralo también la de la mujer para con el hombre, por lo menos en cuanto al derecho, pues según éste sólo existían amo y criada. La consideración que merecían ambos sexos se deduce claramente del hecho de no calificarse apenas como delito el exponer y dejar morir una niña recién nacida. Aun en los tiempos franco-merovingios los sacerdotes discutieron en un concilio sobre la cuestión de si las mujeres eran también seres humanos. En la antigüedad germana, el hombre era generalmente preferido a la mujer, como el hijo a la madre y el hermano a la hermana. Ninguna mujer tenía el derecho de la *selbmundia*, es decir, de disponer libremente de su propia persona ni de su propiedad. Ni la doncella ni la casada podían intervenir en un acto jurídico; no se las permitía demandar ante un tribunal, ni les era lícito defenderse contra la acusación, pues en todas partes la mujer necesitaba un representante, defensor o tutor. La mujer estaba bajo la tutela del marido; la viuda bajo la del hijo, y la huérfana sometida a la del hermano. El derecho de herencia de las mujeres era también muy limitado, y muchas veces ni siquiera existía: por regla general, al morir el padre de familia toda la herencia pasaba a los hijos, sin que la viuda ni las hijas recibieran nada.

A pesar de esto, ya en remota época debió introducirse cierto idealismo en las relaciones del hombre y de la mujer germanos, como lo prueba el testimonio de Tácito, que ensalza mucho el matrimonio germánico, aunque la importancia de este testimonio pierde también aquí su valor por la marcada intención que se revela en el autor de censurar la corrupción moral de sus compatriotas exagerando en su descripción la pureza moral de los germanos. La costumbre ha roto los rígidos límites del derecho antiguo, proporcionando a la mujer una posición mejor que la que se proponía concederle la ley; pero la costumbre, que a menudo podría llamarse mala costumbre, se crea casi siempre por las mujeres en todos tiempos y lugares: en muchas páginas del libro de la historia universal puede leerse lo que las mujeres hermosas y astutas influyen en lo bueno y en lo malo. En Germania se suavizó ya muy luego la costumbre en cuanto a las relaciones del hombre con la mujer, según lo prueba el hecho de que en la gran mayoría de las tribus alemanas la monogamia constituía la regla, siendo la poligamia en cambio una excepción. Todos sabemos que sólo en la monogamia se funda el verdadero matrimonio, y que sólo éste puede producir un saludable bienestar en la familia; tampoco ignoramos que la familia era y es la base de toda comunidad jurídica de los hombres, y que por consiguiente, en ella y no en un aborto de la imaginación, como lo es el «contrato primitivo» reposan todos los estados.

Además, aquella severidad inflexible con que los códigos penales de las tribus germanas castigaban todo atentado y mas aún toda violación contra el pudor y la honestidad de la mujer, nos prueba que el aprecio moral de esta fue ya muy pronto superior a la consideración jurídica. En fin, debemos suponer que nuestras madres primitivas, traspasando los límites que les marcaba la ley, alcanzaron una posición influyente en la familia, como la tuvieron también después en los asuntos públicos. Esta influencia existió en realidad desde un principio bajo forma del sacerdocio femenino, al que debe referirse principalmente aquella célebre tesis de Tácito: «Los pueblos germanos imaginan que las mujeres tienen algo de santo y profético, y por eso escuchan sus consejos, tomando en consideración cuanto dicen.» Ciertamente que el principio que se establece entre el desamparo jurídico de la mujer germana y la antigua veneración de que era objeto no se comprende ni se explica; pero también debemos aceptar este contraste, como otros muchos de que está plagada la historia de los hombres y de la sociedad.

Al referirnos a los cimbrós hemos hecho mención de las sacerdotisas germanas; César nos habla también de ellas con motivo de su choque contra Ariovisto; y en la *Germania* se cita cierta Aurinia (¿Aliruna?) como profetisa muy estimada entre sus compatriotas. Mayor fama y autoridad alcanzó en tiempo de las guerras de Cíbila contra los romanos, en el bajo Rin, una virgen profetisa de la tribu de los bructeros, llamada Yeleda. Con mucha anterioridad hacía sus indicaciones y pronósticos; era obedecida de las tribus que la rodeaban, presentándose como quien rige los destinos. Depositábase a sus pies el botín recogido después de la pelea, armas, águilas, oficiales romanos prisioneros y hasta algún barco de guerra tomado al enemigo; ofrecíanle como regalo la trirreme

pretoriana. «No se permitía, sin embargo, dice Tácito en su *Historia*, ver el rostro a Veleda; y habíase prohibido para que aumentara la veneración hacia ella. La profetisa estaba en una alta torre, y un elegido de su familia, cual otro mensajero de los dioses, servía de intermediario en las preguntas y respuestas.»

En la antigua Germania, todos los individuos libres eran sin duda al mismo tiempo propietarios rurales que vivían en casas de labranza con su familia y sus criados. Estas casas de campo, de diversa extensión, según la mayor o menor riqueza del dueño, estaban aisladas (*einzechten*), o agrupábanse en forma de caseríos o de pueblos. En Germania no existían ciudades sino en los puntos donde los campamentos permanentes y las factorías comerciales de los romanos se habían transformado poco a poco en tales; pero los germanos, por su parte, consideraban indigno del hombre y poco propio de un guerrero vivir dentro de los muros de las ciudades. Las casas de campo aisladas estaban en el centro de la propiedad, formando con ella un todo compacto, llamado *heimwesen*⁴, palabra que aún hoy día se usa en la parte alemana de Suiza. Cierta número de tales casas con su terreno correspondiente formaba una comunidad, a la cual pertenecían los pastos y bosques para el usufructo común (*allmeind*)⁵. Cuando una comunidad no se componía de casas aisladas, sino que constituía un pueblo cerrado, dividíanse sus campos en varios distritos, a causa de la distinta naturaleza del suelo; de modo que la propiedad en terrenos de un vecino no formaba un todo compacto, sino que estaba dispersa. También estos pueblos tenían sus pastos y bosques comunes. Esta manera de existir de los labradores alemanes, es decir de los libres, se propagó a los cristianos desde los tiempos del paganismo, conservándose en sus costumbres características hasta hoy día. Pero ¿qué cambios no habían sufrido los grandes propietarios germánicos antes de llegar a ser señores feudales en la Edad Media y soberanos en los tiempos modernos!

La idea que de una antigua casa alemana nos formamos debe ser distinta según las regiones en que se hallaba. Las diferencias que aún hoy día se observan, por ejemplo, en las casas de campo de Westfalia y de Estiria, de la Marca y de Berna, de Suabia y de Meklemburgo. notábanse ya sin duda en tiempo de nuestros antecesores, pero creemos que las antiguas alemanas ofrecían en general ciertos caracteres distintivos nacionales. De las noticias, desgraciadamente muy escasas, que sobre este punto han llegado a nosotros, resulta lo siguiente. Las casas habitadas por los germanos estaban construidas por mitad bajo y por mitad sobre la superficie del suelo; los subterráneos servían sin duda para morada de invierno, pero las mujeres los utilizaban también durante el verano para hilar y tejer. Las paredes de la casa se componían de un armazón de vigas, cuyos intersticios se rellenaban con piedras adheridas por medio de cierta argamasa de barro, o bien se construían solamente con troncos de árboles sobrepuestos. Los espacios huecos entre las vigas se cubrían con cañas o paja, sustituidas en invierno por una capa de estiércol. Ya en remotos tiempos solían pintarse las paredes de la casa con una especie de barro de color claro y brillante. No había vestigios de ventanas ni de chimeneas. Además de la casa habitación, cuyo interior podemos suponer dividido en varios aposentos, no faltaba un granero para las provisiones y la cuadra para el ganado; estas dos dependencias estaban unidas al cuerpo del edificio, o bien separadas frente a él. De creer es que en ninguna casa de campo faltaba el *ausgeding hauschen* (*altentheil*, *aehnistubli*)⁶, a cuya habitación se retiraba el labrador anciano y enfermizo después de entregar la casa a su primogénito. También había un cobertizo para guardar los aperos de labranza, los arreos de los caballos y los carros; y un departamento para la fabricación de la cerveza. Todo el espacio en que se hallaban estas dependencias estaba rodeado de una cerca más o menos fortificada, según la importancia de la casa; de modo que las residencias de los grandes nobles ofrecían ya en cierto modo el aspecto de fortalezas, pero se comprenderá que no llegaban ni con mucho a los suntuosos castillos fortificados de la Edad Media.

4 *Heimwesen*, lo que pertenece a una persona.

5 *Allmeind*, lo que pertenece a todo el pueblo.

6 *Ausgeding hauschen*, *altentheil*, *aehnistubli*, o sea casita reservada, departamento de los viejos, habitación que aún hoy suelen reservarse los labradores en Alemania al entregar sus bienes al primogénito.

El hombre libre, pues sólo éste podía contraer un matrimonio verdadero, conducía a esta casa a su esposa elegida y comprada, según las leyes de la igualdad de casta, en la familia de otro libre de la misma categoría. Todo el galanteo germánico se reducía a una compra en el sentido más prosaico de la palabra; la lengua misma designaba a la mujer como mercancía o como cosa, aplicándole el artículo neutro, de modo que se decía *lo* mujer y no *la* mujer. El hombre estaba obligado a comprarla, y por lo mismo también podía venderla, barbaridad que no dejaba de ser una cosa corriente, consagrada por la costumbre, que aún se conservó más tiempo entre los anglosajones en Inglaterra. Hasta en 1844 se dio el caso de que un inglés vendiera su mujer por cinco reales en la plaza pública de Nottingham. Las uniones entre libres y no libres, y en algunas partes hasta entre libres nobles y libres comunes, se consideraban como desiguales y punibles; cuando un libre se casaba con una sierva o una libre con un siervo, ellos y sus hijos descendían a la clase de esclavos. Los sajones castigaban hasta con la muerte todo matrimonio desigual.

Nuestros antecesores no tenían mucho afán por casarse; según ellos, la edad mas conveniente para contraer matrimonio era desde los veinte a los cincuenta años, para el hombre, y desde los diez y ocho a los cuarenta para la mujer. Antes de la boda celebrábanse los esponsales que muy a menudo se omitían también. Cuando un pretendiente, o su encargado encontraba un buen partido, manifestaba al padre o tutor de la joven cuánto se proponía dar por ella, y si ambas partes se conformaban, el comprador satisfacía al punto la suma fijada, en cuyo caso le entregaban la mujer como esposa legítima, o bien se estipulaban anticipadamente la compra y el precio; y estos eran los únicos esponsales, aplazándose para más tarde el acto del matrimonio; es decir el pago del precio convenido. La moneda, o mejor dicho las especies con que nuestros antecesores compraban sus mujeres, reducíanse a bueyes, caballos y armas; en la época de la emigración de los pueblos, pagábase también en metálico, lo cual prueba que la mercancía femenina costaba bastante cara, sobre todo si consideramos cuán superior era entonces el valor del dinero en comparación del que tiene hoy día. En la tribu de los alemanes, una joven casadera valía hasta cuatrocientos *schillings*, o sea más de cinco mil reales de nuestra moneda.

El casamiento no tenía por lo tanto en Germania nada de romántico; era un negocio; sólo se consideraban legítimos los matrimonios contraídos por medio de la compra. Pero por grande que sea la fuerza de la ley y de las costumbres, en todo tiempo ha existido y existe algo más poderoso: el corazón humano con sus sentimientos y sus pasiones. Por eso tenemos desde la más remota antigüedad alemana una verdadera novela amorosa, la cual demuestra que no siempre se compran las mujeres, y que no siempre se consideró el matrimonio como negocio. El héroe de esta novela es el mismo Arminio, que libró a su país del yugo romano, y que no compró, sino robó su noble esposa Thusnelda a su padre Segesto, cuando ya estaba prometida a otro. Arminio, Thusnelda y su hijo Thusnélco tuvieron, no obstante, un fin trágico, dando así razón a la ley y la costumbre.

El casamiento germano no se efectuaba sin algunos regocijos; después de haberse satisfecho el precio de compra en presencia de los testigos de ambas familias, presentábase la novia al novio. Su cabello, hasta entonces flotante, estaba recogido bajo una gorra, en señal de que había perdido ya su libertad de soltera, costumbre de que proviene el proverbio alemán «venir bajo la gorra», que las muchachas emplean en vez de la palabra casarse; y su cinturón tenía por adorno un llavero, pues debía guardar los objetos que su esposo le confiara. A su lado iba un joven con una espada desnuda en la diestra, que el padre o tutor entregaba después al novio, porque éste debía ser en adelante tanto protector como dueño de la vida de su esposa. Esta costumbre se conserva todavía entre los labradores de Suabia, donde la novia se presenta igualmente acompañada de un joven llamado *braulfuhrer* (conductor de la novia). El novio ponía después un anillo en la mano izquierda de la novia, y le calzaba zapatos; el primero era para indicarla que siempre debía recordar que había sido comprada, pues los anillos de metal eran el mas primitivo objeto de trueque y la moneda más antigua de los germanos; los segundos tenían por objeto hacerle comprender que en adelante su existencia dependería de la voluntad de su esposo.

Si se nos permitiese hacer una deducción respecto a las formalidades observadas en el casamiento de los germanos del norte, diríamos que en los desposorios no faltaba tampoco la bendición religiosa, pues al terminar el solemne acto depositábase un martillo en la falda de la novia; este instrumento era el arma del dios de los rayos y de los truenos, Donar, y servía para indicar a la novia que el rayo vengador del dios la castigaría si faltaba a la fidelidad conyugal. A estas solemnidades seguía la comida de boda, que en las casas ricas duraba muchos días; después se engalanaba la novia con todos los adornos que los padres, hermanos y otros parientes le regalaban, y conducíanla con alegre acompañamiento a la casa del novio.

La mujer era una propiedad comprada, un objeto del marido; este la podía tratar cual si fuese una esclava, pegarle, venderla y hasta matarla cuando la creyese infiel. La adúltera convicta sufría unos castigos bárbaros: en algunas partes hacíanla correr a latigazos y desnuda por todo el pueblo; en otras ahogábanla en un pantano, y en no pocas se la ahorcaba, o se la mataba a hachazos, o bien la quemaban. La mujer tenía a su cargo la mayor parte del cuidado de la casa, que comprendía sobre todo la confección de vestidos para la familia y los criados. Estos vestidos se hacían con lana de carnero, lino y pieles de animales; por espacio de mucho tiempo se redujo el traje de los hombres a una blusa y un manto de piel mas o menos gruesa según la estación, pues la ropilla y los pantalones se inventaron más tarde. Por lo regular los hombres llevaban la cabeza descubierta, pero en caso de guerra se ponían unos yelmos fabricados con cráneos de animales salvajes, conservando en lo posible su forma. Tanto a las mujeres como a los hombres agradábanles los adornos.

El dueño de la casa solía dormir hasta muy entrado el día; después de levantarse se lavaba, tomaba un baño y consagraba mucho tiempo a peinarse el cabello y la barba, pues eran los distintivos de su condición de hombre libre. Los cosméticos para el cabello no eran del todo desconocidos de nuestros antecesores, usándose sobre todo una especie de jabón, que servía para teñir cuando la naturaleza no había producido un color rubio dorado, cual convenía al noble y al hombre libre. Después de terminar su tocado, engalanándose con sus adornos, es decir el collar, los brazaletes y los anillos, el señor de la casa se ocupaba en satisfacer su primera necesidad con un abundante almuerzo; hecho lo cual cogía las armas y salía para evacuar sus negocios, dignos siempre de un hombre libre. Cuando no había guerras, ocupación principal de los germanos, dirigíase al bosque para cazar, o bien daba un paseo por el campo a fin de inspeccionar los trabajos de sus siervos y esclavos.

Entre tanto la esposa se ocupaba con las criadas en los quehaceres de la casa, en el granero y en la cuadra; en todas partes prestaba su ayuda; manejaba el huso y la lanzadera y hacía otros trabajos de aguja. Fácil es de comprender que las mujeres no tenían nada que envidiar a los hombres en cuanto al aseo y cuidado del cuerpo: su traje era sencillo y honesto, aunque ya conocían el uso de los adornos; agradábanles los anillos, cadenas y alfileres, y sabían ornar sus vestidos con franjas rojas o tiras de piel; la camisa de hilo que llevaban, muy larga, llegábales hasta los tobillos, pero dejaba libres los brazos, la nuca y la parte superior del pecho: este era el único vestido que la germana usaba en casa. Para salir a la calle se ponía sobre la camisa una especie de toga en forma de manto, que se sujetaba por las puntas sobre el pecho con un alfiler. Sin embargo no pasó mucho tiempo sin que se comenzara a llevar entre la camisa y el manto un tercer vestido, una túnica con mangas que llegaba hasta las rodillas, sujetándose sobre las caderas con un angosto cinturón, de modo que se marcasen las formas del cuerpo.

Nuestras antiguas madres estuvieron libres, según parece, de un quehacer que ocupa mucho a las mujeres de hoy día: no debían cuidarse de la cocina ni de la bodega, ni de la comida ni de la bebida, por lo menos en las casas en que no faltaba del todo la servidumbre; por poco que hubiese alguna comodidad, ni la mujer ni las criadas atendían a la cocina, de la cual se ocupaban solamente los mozos. No se crea, sin embargo, que el alimento fuese demasiado primitivo, pues nuestros antecesores sabían distinguir ya muy bien entre lo bueno y lo malo tanto en el comer como en el beber, aunque los manjares fueran sencillos. Los antiguos germanos conocían varias clases de trigo;

elaboraban pan de avena y de cebada; tenían caza y pesca; pero preferían la carne de cerdo y de caballo a toda otra; comían huevos, rábanos, zanahorias, acederas y otras legumbres; tenían leche, manteca, queso y miel; y bebían copiosamente, quizás con exceso, cerveza y agua-miel: en las fronteras de las colonias romanas obtenían vino por medio del trueque. El condimento principal de la antigua cocina alemana era una sal natural que se fabricaba vertiendo agua salobre sobre una brasa de encina y evaporándola así.

La familia germana debía hacer por sí misma todas las herramientas y enseres que exigen las necesidades de la vida, y que más tarde le proporcionaron los oficios y el comercio. Los dueños de casas pobres eran herreros, carpinteros o maestros de obras; los ricos, en cambio, tenían entre sus siervos y esclavos hombres que trabajaban en estos oficios, mientras que otros servían de panaderos, zapateros y alfareros. En cada casa había además una molinera especial, es decir la criada que ponía en movimiento el molino. No debía pasar sin embargo mucho tiempo sin que estos oficiales domésticos llegasen poco a poco a ser públicos, obteniendo junto a la agricultura una posición más y más independiente. La profesión más apreciada y digna también de un libre, era la de armero o platero; si estos se distinguían en su oficio, gozaban de gran estima y favor entre sus compañeros: en el mundo de la fábula, uno de estos artistas, Wieland el herrero, era venerado como semi-dios. En los códigos de los germanos correspondientes a la época de la emigración de los pueblos, e inmediatamente después, hablábase ya de artesanos siervos que trabajaban para otros en provecho de sus amos: tal fue el principio de los artesanos alemanes como gremio.

No podemos suponer que una comunidad de hombres que había pasado del salvajismo a la civilización existiera sin comercio ni tráfico: de creer es que ya en tiempos remotos habría en Germania un comercio interior primitivo, pues eran numerosos los objetos para el trueque, la compra y la venta; pastos, bosques, ganados, armas, adornos, esclavos y mujeres (aún a fines de la Edad media se solía decir «comprar una mujer» en vez de casarse). Ciertas costumbres jurídicas antiquísimas, de que aún hoy se conservan recuerdos, acompañaban a este tráfico; así, por ejemplo, la cesión de un terreno del vendedor al comprador se simbolizaba entregando a éste un poco de césped o una gleba. Los precios convenidos no se abonaban con dinero, porque los germanos no lo tenían, pero en cambio dábanse armas, adornos, y con más frecuencia ganado que era lo más usual para el trueque. Las terneras, vacas y caballos servían al principio para el pago de las multas jurídicas, antes de que se conociera el dinero. A este precedieron los collares y brazaletes de metal precioso, que constituían el adorno más favorito; servían con preferencia para hacer regalos, y pronto se utilizaron también para pagar, enteros o cortados en pedazos: de modo que puede creerse que estos fragmentos de anillos se aprovecharon como calderilla. Es probable que nuestros antecesores extrajeron por primera vez el oro para sus anillos de las corrientes auríferas de su país, sobre todo el Rhin, pues si bien es verdad que hasta el siglo V no se hace mención del precioso metal del Rhin, no lo es menos que el mito del *nibelungen hort*⁷ indica de un modo significativo una fecha mucho más remota para el descubrimiento.

Allí donde una vez se sienten las necesidades de la cultura, se apresta el comercio a satisfacerlas y aumentarlas al mismo tiempo. Los traficantes romanos y galos no titubeaban por lo tanto en importar desde las fronteras meridional y occidental de Germania los géneros y artículos deseados para cambiarlos por productos del país; y fácilmente podemos imaginar cuántos serían los beneficios de este tráfico que durante el imperio se desarrolló cada vez mas. El bronce, el hierro, la plata, el oro, el vino, otros diversos géneros y adornos, eran artículos de importación; las plumas de ganso, el jabón, las pieles, los esclavos y los caballos germánicos se exportaban a Italia y Galia; y hacíase sobre todo un gran consumo de cabello, porque los moños y las pelucas de color rubio rojizo eran indispensables para las grandes damas romanas. El dinero romano circulaba cada vez más; los alemanes se acostumbraron a él de tal modo, que durante mucho tiempo creyeron que la

⁷ *Nibelungen hort*, tesoro llamado *protector de los nibelungos*, pueblos de la Edad media que habitaban la Alemania del norte, y cuyas hazañas forman el asunto del antiguo poema heroico escrito en dialecto alemán titulado *Canto de los nibelungos*. (N. del T.)

acuñación de la moneda era un derecho exclusivo de los emperadores romanos. Los reyes de los francos fueron los primeros en desterrar esta idea acuñando moneda por su cuenta y con su propia imagen. El artículo más importante de la exportación germánica era ya en épocas muy remotas el ámbar originario de las costas del Báltico, y del cual se empleaban grandes cantidades en Roma para los adornos; este artículo comercial puso también a los germanos en contacto con los griegos, sirviendo de intermediaria la colonia greco-focense de Massilia (Marsella). Por este camino, es decir por la vía del comercio entre traficantes germanos y griegos, introdújose también, según se dice y como parece muy probable, el uso de la escritura en Alemania; de modo que el alfabeto dórico-eólico constituye la base de la escritura *rúnica* en Germania.

El comercio demostró por otro concepto su influencia civilizadora, pues ayudó a quebrantar la rigidez de la hidalguía rústica de los germanos: el comercio exigía, por una parte cierta riqueza, y por otra mucha audacia y una mano capaz de empuñar las armas: por manera que sólo podía ser propio de los libres, y no desdeñado ni aún de los mismos nobles. Las expediciones comerciales eran verdaderas guerras, a causa de los peligros que ofrecían, y en medio de los cuales era preciso exportar las mercancías al extranjero e importar en cambio otros géneros. Los comerciantes debieron entablar frecuentes relaciones con los oficios que estaban al principio de su desarrollo; por otra parte érales preciso continuar su trato con los propietarios aristócratas; y de todo esto resultó que el comercio suavizaba eficazmente las diferencias hostiles de las castas.

Por último, réstanos decir que nuestros antecesores, no sólo traficaban por tierra, sino también por mar, si bien es verdad que esto se concretaba a los habitantes de las costas del Báltico y del mar del Norte, que durante los seis primeros siglos de la era cristiana habían aprendido a reemplazar poco a poco las canoas primitivas o troncos-barcas por la nave de remos en forma de galera, y provista de velas. Procurábase comunicar a la forma del barco la de algún animal, y se designaban las partes de aquel con los nombres de cabeza, cuello y pico, adornando la proa con cabezas de caballo: hasta el mismo barco recibía el nombre de dragón o corcel. Los «dragones marinos» de los «vikings» escandinavos se citaban como fenómenos temibles en la historia y en la fábula; y aquí diremos de paso que en la antigüedad desaparecía con harta frecuencia el límite entre el comercio marítimo y la piratería. Pero la circunstancia de que los germanos osaron aventurarse sin brújula por mares desconocidos y que descubrieron Islandia, Groenlandia y la América («Vinland») quinientos años antes de Colón, indica cuánta era la osadía y destreza de los germanos como marinos.

Ya es tiempo de proseguir el relato sobre la vida familiar de nuestros antecesores.

Hemos visto que el germano introducía a su esposa en la casa como propiedad comprada: desde este momento, de ella dependía dejar de ser un objeto del hombre, y trasformar al señor que tenía sobre ella derecho de vida y muerte en esposo confiado y cariñoso. Ciertamente que en todas partes, y en todo tiempo lo mismo que en la Germania antigua, los hijos han sido un lazo íntimo de unión entre los padres; pero las mujeres germanas no esperaban sin miedo su primer parto, pues dependía del esposo reconocer a su hijo, dejarle vivir o matarle. Al nacer un niño, la comadrona lo llevaba al padre, depositándolo a sus pies junto al *firstsul* (columna en que se apoya el techo de la casa), al lado del hogar; si le reconocía por hijo legítimo, levantábale con su propia mano, o mandaba a la comadrona que lo hiciese; por lo cual se dio a ésta el nombre de *hevanna* o *hebamme*⁸; pero si se negaba a ello, el niño quedaba sin reconocer como hijo y abandonado. En cambio, una vez levantado, tenía segura la vida. En el caso de que el recién nacido hubiese tomado algún alimento, aunque sólo fuera una gota de leche o de miel, el padre estaba obligado a levantarlo, lo cual no le privaba del derecho de venderlo más tarde. Al acto de reconocimiento seguía una especie de bautismo, sumergiendo al recién nacido en agua fresca y dándole el nombre de un pariente convidado al efecto, cuyo pariente contraía la obligación de hacer un regalo al niño: una comida solemne daba fin a la fiesta.

8 *Hebamme*, traducido literalmente: criada que levanta. (N. del T.)

Nuestros antepasados consideraban como cuestión de capital importancia el imponer un nombre al recién nacido, nombre que en su concepto debía influir poderosamente en el porvenir de la criatura, y demostraban en esto más sentido práctico y gusto de los que sus descendientes suelen tener. Así como los nombres antiguos de las poblaciones alemanas, los personales eran característicos y significativos. En primer término figuraban los que podían indicar las relaciones primitivas e ingenuas entre el hombre y el animal, debiendo tener aquí presente la circunstancia de que muchos animales tenían algo de sagrado a los ojos de los germanos, porque los mitos religiosos referían la aparición de los dioses bajo la forma de alguno de aquellos. De ciertas especies, como el águila (*aar*), el oso (*baer*), el jabalí (*eber*), el cuervo (*rabe*), la sepiente (*lint*), el cisne (*schwan*) y el lobo (*wolf*), provenían los nombres masculinos de Arno, Arnolfo, Berno, Berengario, Berinhardo, Beroaldo, Ebur, Eberhardo, Eburwion. Eburgundo, Ebertrudo, Eburhilt, Reginaldo, Ragenhardo, Regino, Wolfgar, Wolfgang, Wulfila; y los femeninos de Aranhils, Aralinda, Berilinda, Eburhilt, Ebergunda, Raganberga, Raganberta, Godalinda, Theodelinda, Swanaburg, Swanahild, Wolfburga, Wolfgunt, Wolfrun, Wulfhilt. Agradaba al sentimiento religioso de los germanos enlazar toda una serie de nombres masculinos y femeninos con la antiquísima palabra *gott* (dios) propia solo del germano, como por ejemplo Godo, Godebaldo, Godofredo, Gotahord, Godomaro, Goda, Gotberga y Gotatrud. De la palabra *Ansen* (en los dialectos del norte *Asen*, en sajón *Os*) con que también se designaba a los dioses, derivábanse los nombres masculinos y femeninos de Anso, Ansaldo, Osmundo, Oswaldo, Ansa, Ausberta y Osmunda. La idea de los *elfen* (elfos, enanos duendes) y *thursos* (*huenen*, gigantes) se expresa en los nombres Albo, Althard, Albuino, Albagundo, Albigardo, Huni-baldo, Hunimundo, Hunda, Hunrada, Thurismundo y Thusnelda. Un gran número de nombres, tanto de varón como de hembra, revelan claramente la inclinación a la lucha y la alegría del germano en el combate; ejemplo de ello vemos en las antiguas palabras *had*, *gund*, *hild*, *hadu*, *wig*, *isan* (*eisen*, hierro), *ger*, *bruenne*, expresiones todas para indicar guerra, batalla y armas en muchas composiciones: Baddo, Batuhelm, Badila, Baduhilt, Gundobad. Gundebando. Aldagundo, Cunegundo, Hadubrando, Hadufrido, Hadamundo, Hadaberga, Hathumo, Hildibrando, Hidulfo, Hidilburgo, Hildegardo, Hildegarda, Wigo, Wigand, Wighelm, Wigharta, Wigilinda, Isengrin, Isanhardo, Isemberga, Isemhilt, Bruno, Brunequilla, Sigiberto, Sigefrido, Sigiteud, Sigilind. En la composición con *adal*, *thiuda* y *liut* (nobleza y pueblo) resalta el orgullo de la descendencia y de la casta: Adalberto, Adalhaid, Theodo, Theudofrido, Chiothelm, Thuda, Theutberta, Theutila, Liudo, Liudiger, Liudulf, Liuda, Liudiska, Liutberga. Entre los nombres femeninos más antiguos de los alemanes se cuentan los que como Bertha (La brillante), Heidr (La alegre), Liba (La vivaz), Swinda (La rápida), y Skonea (La hermosa) designan cualidades del cuerpo y del alma.

Hemos visto más arriba que el bautismo germano terminaba con un banquete, y ahora diremos que los festines gustaban muchísimo a nuestros antecesores; todo acontecimiento alegre, y también triste ofrecía ocasión para organizar alguno: el nacimiento de un niño, el acto de armar a un hijo, el casamiento de la hija y hasta la defunción de un pariente, servían de pretexto, pues también la costumbre, o mas bien la mala costumbre del *trago fúnebre* puede envanecerse de una gran antigüedad. Por otra parte, la hospitalidad contribuía mucho a proporcionar ocasiones para estos banquetes, que duraban a menudo hasta que se habían consumido las propias provisiones, en cuyo caso, tanto el dueño de la casa como su huésped iban juntos a un vecino para continuar el festín en su compañía. La consecuencia de semejante costumbre era muy a menudo la ruina completa de una familia feliz, pues no tenía nada de particular que en el delirio de la embriaguez se jugasen frenéticamente a los dados todos los bienes, uno por uno, el ganado, la casa, los terrenos, la mujer, los hijos y hasta la propia persona, acabando el perdidoso por quedar reducido a la esclavitud.

En las casas ricas, o en las de los nobles, los festines tenían un carácter bastante opulento; pero solamente los hombres, sentados dos a dos a una mesa, tomaban parte en el banquete, mientras que la esposa, sin exceptuar las reinas, servía con sus hijas a los huéspedes, dirigía el servicio de los platos y llenaba con su propia mano los cuernos de uro guarnecidos de plata, que hacían las veces

de copas, pasando de mesa en mesa. Cuando no dominaba el demonio del juego, los convidados se divertían más noblemente; arpistas y bardos tocaban el *lustholz* (el arpa) y cantaban los dioses y héroes, la creación del mundo, Wodan y Donar, Thuisto y Mannus y el libertador Arminio.

Así nos lo refiere Tácito; y en la epopeya mas antigua germánica, en el *Beowulf*, leemos: «En los pórticos se oían los acordes de las arpas y el sonoro canto de los bardos; el sabio contaba el origen de los hombres en épocas remotas»; y en otro pasaje: «allí se reunía el canto y la música; saludábase el arpa y se cantaban las epopeyas.»

Además de estas diversiones, ejecutábase en la sala del festín el más antiguo ejercicio gimnástico de los alemanes, el baile de las espadas, citado por el autor de la *Germania* como único espectáculo conocido de los germanos. «Varios jóvenes desnudos, dice, ejecutaban como por diversión una danza en medio de las amenazadoras puntas de las lanzas y espadas. El ejercicio tenía por objeto lucir la habilidad y la gracia, no el amor al lucro, pues la única recompensa de tan arriesgado ejercicio era el aplauso de los espectadores.»

Ya se comprenderá que la educación de los niños estaba con preferencia a cargo de las madres, bajo cuya dirección las hijas trabajaban en la casa hasta que se casaban; también podemos creer que todo cuanto se hacía para la instrucción de la infancia era debido a la mujer. Así como la madre alemana de hoy día es la que inculca el primer germen de las ideas religiosas y morales en sus hijos, no cabe duda de que la madre germana recitaría a los suyos los antiquísimos cantos de los dioses y héroes del pueblo, señalándoles el camino de la gloria, y a sus hijas el de la honestidad. El padre enseñaba después a su hijo adolescente los derechos y deberes de su estado y el manejo de las armas; adiestrábale en montar y correr a caballo, en la caza y en la lucha. Así preparado el joven, su padre o su tutor declarábale, ante el pueblo reunido, capaz de llevar armas, entregándosele solemnemente el escudo y la lanza. Hasta entonces sólo había sido un individuo de la casa, pero con el acto de recibir las armas ingresaba en la comunidad. Ya podía tomar parte en el consejo y en la guerra, pero hasta poseer una propiedad en tierras no disfrutaba del todo de los derechos de ciudadano. La condición de libre, el derecho de llevar armas, y la propiedad territorial dotaban al hombre de sus derechos políticos.

Pero ¿cuáles eran las instituciones de la comunidad, cuáles las del antiguo Estado alemán en general? Por lo que de aquella lejana época ha llegado hasta nosotros reconócese que nuestros antepasados tenían dos formas de gobierno: la monarquía y la república aristocrática. Cuando los germanos aparecen por primera vez en la escena de la historia, los romanos designan como reyes a los jefes de los teutones y cimbros, y no cabe duda que el origen de los reyes germánicos data de las épocas primitivas míticas. En los tiempos históricos, sobre todo en los de Tácito, esta forma de gobierno había retrocedido ante la llamada de las comunidades libres, que en rigor constituye la república aristocrática; pero después de la época de la emigración de los pueblos volvió a prevalecer y a preponderar.

En Germania había muchas comunidades aristocrático-republicanas, que variaban en gran manera según sus fuerzas y la extensión de sus terrenos, y cuya organización se atenía a un orden dado: de la familia resultaba la marca⁹; de ésta la centuria; de la centuria el distrito y de éste la tribu. A esta división correspondía la organización política, basada en las comunidades de pueblo, de concejo, de distrito y de tribu. Esas juntas eran las encargadas, según su competencia, del gobierno de la marca, de la centuria, del distrito y del país; resolvían sobre la paz y la guerra y la elección de jefes; hacían cumplir las leyes y castigaban a los que las infringían. En una palabra, tenían a su cargo la administración civil y de justicia; nombraban jueces, elegían el jefe municipal, el conde del distrito y el príncipe del país. Las diversas comunidades se reunían en asamblea ordinaria o extraordinaria al aire libre en la *malstatt*¹⁰, situada cerca de un árbol santo o de una fuente sagrada; y

9 Asamblea o corporación compuesta de los propietarios de un pueblo.

10 No consta la etimología de esta palabra; puede traducirse por lugar de *señal* (*mal*, *maal*); o bien por lugar de *banquete* (*mal*, *mahl*). (N. del T.)

en estas juntas los sacerdotes eran los encargados de iniciar las discusiones y conservar el orden. Un discurso del jefe, o del príncipe en las comunidades del país, abría el debate sobre los asuntos de administración, de guerra o de derecho que estaban a la orden del día; la discusión era libre y cada individuo podía emitir su parecer; la desaprobación se manifestaba por un murmullo; el aplauso golpeando con la lanza en el escudo.

No debemos sin embargo forjamos un cuadro demasiado ideal de estas asambleas, en las que se expresaba formalmente la soberanía de la opinión o voluntad públicas, pues en el fondo eran casi siempre una mera formalidad, como lo son aún hoy las comunidades cantonales de Suiza, con su ruidoso estrépito, en las que el pueblo soberano resuelve lo que los magnates tienen ya previamente acordado entre sí. Fácil es comprender que aquí hemos trazado solamente los rasgos generales de una constitución comunal y política, que en cada una de las tribus era diferente.

En la época de la emigración de los pueblos, la dignidad real, como ya hemos dicho, arrebató su importancia a la república aristocrática; cuando las grandes tribus de los godos, de los vándalos, de los burgundios, de los longobardos y de los francos se presentaron en la escena de la historia, hiciéronlo bajo el mando de reyes; pero estos eran reyes elegidos en la asamblea popular y levantados sobre el escudo en tiempos y circunstancias en que la tribu necesitaba un gobierno unitario y riguroso, sobre todo en las expediciones guerreras. Posible es, por lo tanto, que esta dignidad real procediera en gran parte de la antigua constitución de los ejércitos, los cuales otorgaban más honores a sus jefes electivos cuando estos tenían mérito y buena suerte. Debemos añadir, sin embargo, que la dignidad real electiva de los germanos debió transformarse muy pronto en hereditaria, por la sencilla razón de que la corona se cedía con preferencia a las familias que pasaban por tener origen divino y eran consideradas, de consiguiente, como la flor de la nobleza.

La dignidad real alemana era por lo tanto de origen guerrero; y el estado germánico, en general, se apoyaba en las armas. Estas últimas no comenzaron a perfeccionarse hasta la época en que dio principio la emigración de los pueblos; entonces, en lugar de la tosca sencillez con que las fabricaban los pueblos salvajes, fueron ya de formas más ricas y variadas. Además del arma defensiva, que era el escudo, comenzó a usar el yelmo y la coraza; y la antigua arma de ataque, la lanza (*framea*, *pfriem*), fue sustituida por otras más modernas, la espada, el puñal y el hacha; el *ger* parece haber sido un arma arrojadiza muy pesada, distinta de la *framea*. No se puede probar con seguridad el uso del arco y las flechas, pero sabemos de cierto que los vándalos y godos no conocían estas armas. De la táctica militar de los germanos no debemos hablar porque se reducía a un ataque impetuoso y a una perseverancia que despreciaba la muerte: era costumbre de los germanos guardar fidelidad al jefe hasta el último instante. Los ejércitos se dividían en centurias ordenadas en cohortes que en sus marchas afectaban la forma de cuña, y cantando el *barditus* (traducido literalmente, canto del escudo, porque los guerreros gritaban aplicando la boca al hueco de esta arma defensiva para que fuese mayor la fuerza del sonido) entraban en batalla. La fuerza principal de los germanos se manifestaba mejor en la lucha a pie, pero también conocían y hacían uso de la caballería, montando en pelo. Muy pronto se dispuso que los infantes acompañaran a los escuadrones, cogiéndose de la crin de los caballos para llegar al mismo tiempo que los jinetes. La cobardía, la desertión y la pérdida del escudo se calificaban de crímenes graves.

En cuanto a los delitos en general, nuestros antepasados distinguieron ya desde los tiempos más remotos entre los que perjudicaban a la sociedad o sólo al individuo. Entre los primeros, la traición al país o la desertión sólo podían castigarse con la muerte del culpable; pero tratándose de los segundos, el delincuente podía ofrecer la compensación, obligándose a indemnizar el daño hecho a una persona en su honor, en su hacienda, y en caso de muerte a sus sucesores legales: para esto se había establecido el *wergeld*, cuya cantidad era más o menos considerable según la gravedad del daño, y el cual podía pagarse, a falta de dinero, con ganado o efectos. Esta ley, el resarcimiento de daños por medio de metálico, ha sido una primera tentativa, bastante ruda en nuestra opinión, para poner término a los destrozos que ocasionaba en las tribus cierta costumbre primitiva, según la

cual el pariente estaba obligado a lavar con sangre la muerte de otro. De esta costumbre había nacido el derecho del más fuerte y el desafío, antiquísimo entre los germanos; el homicidio involuntario, el asesinato con premeditación rompían la paz con la familia del muerto, que estaba obligada a castigar al delincuente por cuya causa se había interrumpido la buena inteligencia. En el caso de que el culpable no se mostrase dispuesto a satisfacer la compensación legal, apelábase al derecho del más fuerte y al desafío, y la familia, aliada con sus amigos, declaraba la guerra al culpable para vengar con su sangre la ruptura de la paz.

Las ideas de derecho de nuestros antepasados diferían más o menos en las diversas tribus tanto por las formas con que se presentaban, como por las de la administración y aplicación de la justicia, y según la constitución política pasaba aquí la asamblea, allí el rey como fuente de la paz y protección jurídicas; mas a pesar de todas las diferencias individuales, también en este sentido prevalecían y predominaban en el conjunto ciertas ideales nacionales.

Después de la traición al país y la deserción, el asesinato era el crimen más grave; las violencias ejecutadas por captura, astucia o artificio, el rapto y la violación eran delitos de menor importancia, siendo estos dos últimos los principales. Lo más loable de este antiguo derecho era que se castigaban con severas penas las más leves injurias contra la castidad y el honor de las mujeres, ya fuese de palabra o de hecho. Entre los delitos contra la propiedad, el robo en campos o de ganado era lo que más difamaba; establecíase una diferencia entre ladrones diurnos y nocturnos, en perjuicio de estos últimos. Algo tenían de humanitario, propio para cautivar los corazones, ciertos artículos en virtud de los cuales los viajeros podían tomar, sin temer castigo, las frutas del campo que en su camino hallaran para satisfacer el hambre o la sed; mientras que a las mujeres embarazadas se les permitía tomar también los objetos que se les antojara.

Para entablar las demandas y aplicar la ley observábanse ciertas costumbres religiosas, y ambos procedimientos tenían su origen en ideas de religión. El procedimiento era público y oral; los lugares en que se efectuaba el juicio serían probablemente los mismos en que se reunían las asambleas de la comunidad del país. Al rededor de la *malstatt* (así se llamaba el lugar del juicio) elevábase el *ring* (la cerca), detrás de la cual estaba el pueblo. La demanda por querrela se llamaba *ding* (objeto); y de aquí el proverbio antiguo; *ir al objeto y a la cerca*. La parte de pueblo que gozaba de ciertos derechos, es decir, los libres, elegían los jueces (*rechtsfinder*, *rachinburgen*, *sachibarone*, y más tarde *schoeffen*), que bajo la presidencia del *gerefa* (conde, antes *tunginus*) administraban justicia y fallaban. El procedimiento único era el de la acusación, pues allí «donde no hay acusador, no hay juez»; pero era una máxima muy general que el acusador no debía probar la culpa del acusado, y sí éste demostrar su inocencia. La prueba principal era el juramento, por medio del cual debía purificarse el acusado, pero como su palabra sola no se consideraba suficiente, debían buscarse los *eideshelfer* (ayudantes de juramento), es decir, amigos que declararan verbalmente que creían en sus afirmaciones e inocencia. Sin embargo, cuando el acusador no se fiaba del juramento del acusado ni de la palabra de sus amigos, para sostener la acusación podía pedir la ordalía (en alemán antiguo *urteili*, en anglosajón *ordal*, y de aquí la palabra latina *ordalium*), con la que el fallo sobre la culpa o inocencia se dejaba al juicio de la misma deidad. La forma de la ordalía era, o la lucha entre el acusador y el acusado, o la prueba del fuego o del agua: en el código salio-franco es donde se hace por primera vez mención de la prueba de la caldera, en la que, a fin de purificarse, el acusado debía sacar un anillo del agua hirviendo sin lastimarse la mano; pero esta costumbre se remonta sin duda a los tiempos primitivos arios, pues también la vemos adoptada en la antigua India. En la Edad Media, esta costumbre judiciaria se observó de los más diversos modos.

Entre las ordalias de las épocas más remotas figuraba sin duda también el *bahrrecht* (derecho de féretro), según el cual en una causa de asesinato, el acusado, para demostrar su inocencia, debía acercarse al muerto a fin de tocar sus heridas; si éstas comenzaban a manar sangre demostraban su culpabilidad, y en caso contrario su inocencia. En un célebre pasaje del *Canto de los Nibelungos*, que a pesar de su sello cristiano se remonta a épocas muy remotas del paganismo germánico, se lee

lo siguiente: «Mandóse a los herreros preparar a toda prisa un féretro de plata y oro, con cerraduras de buen acero, y cuando hubo pasado la noche, la noble dama Kriemhilda ordenó que se llevara a su querido esposo Siegifredo a la catedral, a donde la acompañaron llorando todos sus amigos. Una vez en el lugar sagrado, comenzaron a repicar las campanas y resonó el canto sonoro de los sacerdotes. Después llegó Gunther, el rey, con sus fieles servidores, y también el feroz Hagen, que mejor hubiera hecho en no ir. Gunther dijo: «Querida hermana, ¡ay de tu dolor! ¡ay quién nos hubiera librado de una desgracia tan grande! Seguro es que lloraremos siempre la muerte de Siegifredo.» La afligida mujer le contestó: «Eso no es verdad, pues si os pesase esta desgracia no habría sucedido.» Los cómplices lo negaron; a lo cual repuso la viuda: «El que sea inocente puede probarlo; que se acerque al féretro ahora mismo delante de todos, y así se sabrá la verdad.» Con frecuencia se produce un gran milagro, y es que cuando el asesino se aproxima al muerto, sus heridas manan sangre: así sucedió también entonces. Apenas se acercó Hagen al muerto, la sangre comenzó a brotar de sus heridas con violencia, y de nuevo resonaron los lamentos más desgarradores que nunca.»

Lo mismo que en todas las demás cosas, también en las cuestiones de justicia reconocían nuestros antepasados la divinidad como juez superior. Eran un pueblo piadoso, pues ya en la infancia de su vida, la idea de que el hombre dependía de las fuerzas de la naturaleza inducía a respetar el secreto de la creación, y aún seguía dominándoles este sentimiento. Sus filósofos y poetas, cuya actividad se concentraba en el sacerdocio primitivo, habían intentado una solución de este secreto bajo la forma de ideas, fe y sentimientos religiosos; todas las antiguas religiones de la naturaleza no son otra cosa sino esas tentativas de solución, y podemos suponer con toda seguridad que en la época en que el paganismo germano fue vencido en Alemania por el cristianismo, la religión de nuestros antepasados alcanzaba ya, tanto en dogma como en culto, un notable desarrollo. A nosotros los alemanes, la suerte no nos ha concedido el favor que los germanos del Norte obtuvieron con ese tesoro llamado *Edda*, en la cual se les ha transmitido la religión de los antecesores comunes a ellos y a nosotros, como un todo sistematizado. Algunos fragmentos en que se dan a conocer las ideas y actos religiosos de los germanos del Sur, es lo único que ha llegado a nuestras manos, fragmentos cuya reunión penosísima pudo conseguir la aplicación extraordinaria de Jacobo Grimm (*Mitología alemana*). En este trabajo, lo principal era purgar esas tradiciones de las formas inexactas y de falso carácter que siempre adquirirían cuando los greco-romanos transmitían las noticias.

La religión germana tuvo su origen en las ideas que los indo-germanos se habían formado universo, es decir de los contrastes de luz y tinieblas, día y noche, calor, fuego y hielo, aceptando además el contraste entre cielo y tierra. Este dualismo de potencias de la vida, amigas y enemigas, por una parte, y el de un ser que procrea y uno que produce, por otra, determinó también entre los germanos, lo mismo que en otros pueblos antiguos, el politeísmo en sus ideas religiosas, tan pronto como éstas, dejando de ser oscuras suposiciones, precisáronse con claridad. Ciertamente que ya en los más antiguos dialectos alemanes de que tenemos noticia se encuentra la palabra *Gott* (en godo *Guth*, en alemán castizo antiguo *Kol*, en sajón antiguo *God* y en alemán castizo de la Edad Media *Got*, Dios); pero su existencia no prueba el monoteísmo primitivo de nuestros antepasados; sólo demuestra que éstos la emplearon en el mismo sentido que nosotros damos al abstracto *gottheit* (deidad). Los germanos eran politeístas, y en el trascurso de los tiempos su politeísmo hizo ascender a doce el número de los dioses mayores, número que se podría reconocer en Escandinavia. pero no en Alemania.

En la trinidad de los dioses, Mercurio, Hércules y Marte, citada por Tácito en la *Germania*, podremos ver nuestro *Wodan*, *Donar* y *Zio*; *Wodan* (*Wuotan*, *Wuodan*, *Guodan*, *Woden*, *Wode*, palabras que sacan su origen de la raíz del sánscrito *budh* o *vudh*, lo cual significa estar despierto, acordarse, reconocer, saber) era venerado como el dios superior, el Zeus o Júpiter germano; en él está personificada la fuerza del Universo, que todo lo penetra y lo vivifica; él representa el cielo, que con su bóveda protege la tierra; él es el sol, que da luz, calor y fecundidad; él es la tempestad

que purifica; y él es, en fin, el espíritu procreador. Con Wuodan, que promueve las tempestades de la primavera, las cuales ahuyentan el invierno, anunciando la nueva y abundante vegetación de los campos, relaciónase aún hoy día la idea popular del *ejercito furioso* o de la caza salvaje; pero ¡cuánto más viva debe haber sido esta idea en nuestros antepasados paganos! En el estrépito del huracán nocturno que suele acompañar al equinoccio de la primavera, ellos creían oír el ruido y las voces del séquito de caza de Wuodan, el resoplido y los relinchos de los caballos, los gritos de los cazadores ¡*haloh, huhu, hoto!* Wuodan el tuerto, pues el sol era su único ojo, montado en su corcel blanco, corría en pos de la jauría salvaje; llevaba un sombrero de anchas alas, blandía su lanza (*Gnuguir*), y en cada uno de sus hombros iba posado uno de los dos cuervos que, cual símbolos de la omnisciencia, le referían todo cuanto pasaba en el mundo.

Detrás avanzaba un largo séquito de dioses y diosas, de compañeros de la *Walkalia* y *Walkuren*¹¹ montados todos en caballos de extravagantes formas, fantásticos y confusos, como un sueño de la *noche de Walpurgis*¹²; y no faltaba tampoco en el cortejo el gran adversario de los dioses aunque su perpetuo compañero, *Lohho* o *Loko* el malo, la personificación de las tinieblas y del mal, el dios adversario y falso, y de cuyo nombre se encuentran pocos vestigios en Alemania. Sin embargo, el sinnúmero de fábulas del diablo nos da testimonio del afán con que nuestros antepasados paganos se ocuparon de él. Wuodan y su séquito cruzan así, por los aires, pasando sobre los países, fantásticos y terribles, pero también vivificantes y benéficos como una tempestad de primavera. Los labradores de Pomerania y de Mecklemburgo dicen aún hoy día «*der Wode jagt*» (Wodan está cazando); y lo mismo dirían nuestros antepasados cuando de noche resonaba la bocina del dios en medio de la tempestad, mezclándose con el pavor la esperanza de que por fin terminaría la triste temporada de un invierno septentrional.

Wodan procrea con la gran diosa Erde (*Nerthus, Nirdu*, tierra) una numerosa prole de hijas e hijos divinos: el dios del trueno, Donar; el de la guerra, Zio; el de la paz, Fro; el de la justicia, Paitar; el de la caza, Vol, y el del mar, Aki; la diosa del amor, Frouwa (de aquí nuestra palabra *Frau*, mujer, señora); la del matrimonio, Holda; la del trabajo, Peratha; la del hogar, Hluodana; la de la primavera, Ostara; y la de las mieses, Volla. Los citados dioses se presentan ya a primera vista como emanaciones de la sustancia cósmica y moral de Wodan, así como en las diosas se nos ofrece la esencia de la gran madre de la vida, Erde, a la cual se opone la muerte, que primitivamente se representaría por la terrible diosa del mundo subterráneo, Hellia, cuya noción personal se ha transformado después, en las épocas cristianas, en la del *hoelle* (infierno).

Con Hellia iban a reunirse, según creencia de los germanos, cuantos morían de enfermedades o de vejez; mientras que los muertos en la lucha pasaban a la Walhalla, la sala de los héroes, guiados por las Walkuren, las electoras de los muertos. No cabe duda, por consiguiente, que los germanos conocían el mayor consuelo del género humano, creyendo en otra vida más allá de la tumba, en la inmortalidad del alma después de la muerte del cuerpo. En el sistema de la religión germano-escandinava la idea del destino se simbolizaba, bajo el punto de vista mitológico, en las Normas (hadas); y por lo tanto, de presumir es que no les fuera desconocida la idea de una necesidad física y moral, antepuesta a todo y dominándolo todo. Debo observar de paso, que así como en todas las religiones naturales, en la germánica predominaba también una idea panteísta. Esta creencia de que toda la naturaleza está regida por un ser divino y espiritual, inspiró a la fantasía popular sus ideas sobre los gigantes (*dursen, hunen*) y enanos (*elbe, wichte*), y toda clase de duendes domésticos, acuáticos o silvestres, ya benévolos, ya malignos, que aún figuran en los cuentos alemanes. Nuestros antepasados personificaban también la felicidad, y aún a fines de la Edad Media citábase y se invocaba con frecuencia a *Frau Saelde* (señora Saelde).

11 *Walhalla* o *Wallholl*, pórtico de los guerreros: era en la mitología germánica un palacio situado en el *Glads-Heimur* (mundo de la alegría, a donde iban a vivir los guerreros que sucumbían en la pelea. *Walkuren*, las mujeres de este paraíso. (N. del T.)

12 Conciliábulo nocturno de brujos y brujas. (N. del T.)

El culto divino se celebraba en los bosques o templos (estos últimos de la más tosca construcción de madera), en las cimas de las montañas, en las inmediaciones de las fuentes abundantes, en las cataratas ruidosas, a orillas de lagos aislados, o debajo de los árboles que se distinguían por su belleza o tamaño (entre éstos recordamos tan sólo la encina de Donar, cerca de Geismar). Adorábase a los dioses con oraciones y sacrificios; pero también había imágenes, ídolos esculpidos al principio en madera, y moldeados más tarde en metal: el ídolo más célebre de Germania era la *Columna de Irminsul*, cerca de Heresburg, en Westfalia, destruida por mandato de Carlomagno, al convertir por la fuerza de las armas a nuestros antepasados paganos. Es probable que al principio todo jefe de casa fuera el sacerdote de su familia; más tarde, cuando se diversificaron las formas del culto, hubo una institución de sacerdotes y sacerdotisas pero nunca una casta sacerdotal hereditaria. Los actos principales del culto eran la oración, el sacrificio y el oráculo: cuando nuestros antecesores oraban, dirigían la vista hacia el Norte para encontrar la mirada de los dioses, los que se suponía que miraban desde el Norte hacia el Sur. Nuestra palabra alemana moderna *opfern* (sacrificar), tiene un origen latino, como ya se sabe (*offerre*); en la Alemania antigua se decía *blotan* (sangrar), y esta palabra encerraba ya la idea de un sacrificio de sangre. Inmolábanse bueyes, carneros, jabalíes, cochinillos, machos cabríos y caballos, bien para dar gracias a los dioses, o ya para reconciliarse con ellos; los cráneos de los caballos se clavaban en troncos de árboles de los bosques sagrados.

Pero es indudable también que los altares de los dioses germanos se humedecían con sangre humana: Tácito confirma terminantemente los sacrificios entre los semmunes, queruscos y hermunduros, y la misma veracidad tienen otros testimonios antiguos, que prueban tan terrible fanatismo entre los godos, sajones, francos, turingios y frisonos. Sin embargo, la costumbre del sacrificio humano se ha conservado más tiempo entre los germanos escandinavos, que entre los alemanes. La fiesta anual de la gran diosa de la tierra *Nerthus* (*Hertha*), descrita por Tácito, terminaba con el sacrificio de todos los esclavos que desempeñaban el servicio santo, considerado como culto secreto. La sangre corría en abundancia en el sacrificio de las grandes fiestas de nuestros antepasados, sobre todo en la época de los solsticios de invierno y de verano. En el primero, el *jul*, fiesta, que en todos los países germanos se verificaba con gran regocijo, celebrábase el renacimiento del Dios del sol. Los sacerdotes cristianos han hecho de esa fiesta la Navidad, así como de la de la primavera, celebrada en honor de la diosa germana Ostara, hicieron la Pascua de la Resurrección (en alemán *Osterfest*, fiesta de la Ostara).

Además de las oraciones y sacrificios propios de las fiestas religiosas de nuestros antepasados, fiestas que manifestaban el gran amor que aquellos profesaban a la naturaleza, solemnizábanse estos actos encendiendo grandes hogueras en las cumbres de las montañas y en los linderos de los sotos consagrados a los dioses. Estos fuegos, o, como se llamaban «chispas», simbolizaban la deidad que reinaba en el sol y en las llamas.

Su luz y sus oscilaciones considerábanse también como eficaces contra los espíritus del mal y del hechizo. En las alturas, a través de los bosques sagrados, y alrededor de los fuegos divinos, desfilaban las procesiones de la fiesta, en las que se veía toda clase de mascaradas: en la fiesta de la primavera, por ejemplo, representábase dramáticamente la muerte del invierno, al que ponían en un ataúd, dándole después sepultura solemnemente, como aún se practica hoy día por carnaval en los pueblos de la Alemania meridional. Una copiosa comida daba fin a las fiestas divinas, y en estos festines se observaba la graciosa costumbre del *minuetrinken* (beber amor): brindábase respetuosamente por los dioses, o, según la expresión antigua alemana, se bebía amor; y de tal modo se arraigó en nuestros antecesores la costumbre, que aún después de convertidos al cristianismo, brindaban al amor por el «Señor Jesucristo» o la «Virgen María», como antes lo habían hecho por Donar o Freia.

Los sacerdotes y sacerdotisas estaban encargados de consultar el oráculo para quienes lo pidiesen, augurando del vuelo o del grito de ciertas aves, o bien del relincho de los corceles blancos

conservados para el efecto en los sotos que rodeaban los templos. Había otro medio para consultar el destino, y era el siguiente: en las ramas rotas de una haya hacíanse diversas señales por medio de un instrumento agudo; estas ramas se arrojaban en tierra a la casualidad, recogíanse después y se colocaban en cierto orden, hecho lo cual el augur descifraba lo que decían las *runas* encisas. De esta costumbre religiosa trae su origen nuestra designación de las letras (*buchstaben*, palitos de haya). Muchos sacerdotes y sacerdotisas germanos ejercían además de las artes referentes a los oráculos, las del conjuro y del exorcismo, según lo demuestran dos fórmulas paganas exorcistas (las llamadas sentencias mágicas de Merseburgo) que han llegado hasta nosotros.

Hace mucho tiempo que no se oyen ya los antiguos cantos alemanes de los dioses; pero, aún en nuestro tiempo, los nombres de la mayor parte de los días de la semana, sin contar otros muchos vestigios de costumbres pasadas, revelan con qué fuerza se arraigaba el sentimiento pagano religioso de nuestros antepasados en el corazón del pueblo. El *Sonn-tag* (día del sol, domingo) y el *Mond-tag* (día de la luna, lunes), recuerdan el culto antiquísimo de los astros y del fuego entre los arios; en la Suiza alemana, el *Diens-tag* (martes) conserva todavía claramente el nombre del dios Zio (Ziestig); el *wednesday* (miércoles) es el día de Wodan; nuestro *Donners-tag* (jueves), el de Donar; y el *Frei-tag* (viernes), el de Freia. No cabe duda de que en los días y fiestas de los dioses, los más antiguos poetas-cantores alemanes (*skopas*, *skope*, *skofe*, de la palabra *skeapan*, hacer, crear) «cantaban y recitaban» con acompañamiento del arpa y de la cítara. Y además de los cantos divinos, también la epopeya emanaba de boca de esos antiguos bardos, oídos con gusto y venerados por la poesía alemana: cantaban y hablaban de Teut y de Mannus y del libertador Arminio. Esto es cosa bien averiguada, y por lo tanto podemos suponer, sin temor de engañarnos, que los ecos más sonoros de nuestra epopeya, desarrollada después en la Edad media, habían resonado ya en Germania y durante toda la época de la emigración de los pueblos: prueba de ello son los cantos del héroe Sigifredo y de Brunequilda, del tesoro de los Nibelungen, ganado y perdido, de la venganza de Kriemhilda, del viejo Hildebrando y del joven Haldebrando, de Gualtero el aquitano y de la bella Ildegunda; y también de Isengrimn, el lobo, y de Reinhart, el zorro, pues precisamente en esta leyenda zoológica se reconoce el antiquísimo sabor silvestre de la primitiva poesía, que así entre nosotros, en Germania, como en Escandinavia, servíase de la forma especialmente germánica del *liedstab* o *stabreim*¹³. Muy dudoso es que antes de la era cristiana se haya escrito algo de esta antiquísima poesía alemana, pues desgraciadamente es cierto que, exceptuando el *Beowulf* de los anglo-sajones, sólo han llegado a nosotros los ecos de estos cantos. Su recuerdo se evoca desde luego en la *Crónica de los godos*, escrita en latín por Jordanes en el siglo VI, en la crónica de los longobardos, debida a Warnfredo, del siglo VIII, en los trabajos más antiguos sobre la tradición de los animales, y en el canto latinizado de Walthari, del siglo X: estos recuerdos nos han sido conservados en un fragmento del canto de Hildebrando, escrito en el dialecto antiguo de la Alemania superior. Sin embargo, el canto de Beowulf, que los anglo-sajones, habitantes de las orillas del Elba inferior, introdujeron probablemente en Bretaña, nos permite ver más claramente en la vida heroica y en las creaciones poéticas de los germanos gentiles. En este canto rebosa la grandeza salvaje de una época en que los germanos empezaban a pasar desde el crepúsculo mítico de una existencia prehistórica a la aurora de la vida histórica; toda la herencia poética de nuestros antecesores paganos tomó después nuevas formas en el círculo de las tradiciones de la nación alemana de la Edad media.

En nuestro estudio sobre la existencia de los germanos en la época del paganismo, hemos llegado ya al punto donde se extingue todo ser, donde termina toda investigación humana, es decir, a la tumba; réstanos sólo, por lo tanto, hablar de la escena final del drama de la vida de los germanos, de la sepultura. A juzgar por los descubrimientos de sepulcros y las tradiciones que nos revelan los cantos, la fábula y la historia, la inhumación de los difuntos tenía para nuestros antepasados bastante importancia, así como la consideración a los muertos es en general propia de todo pueblo cuando ha entrado en la vía de la civilización. Parece ser un hecho probado que la

13 Traducido literalmente *vara de canto* o *rima*, métrica antigua germánica.

mayoría de las tribus germanas tenían la costumbre de quemar los cadáveres, o cuando menos puede suponerse así con toda seguridad. Si hemos de creer a Tácito, nuestros antepasados quemaban todos sus muertos, y con ellos las armas y los caballos; las cenizas y los huesos no consumidos por el fuego recibían sepultura, y sobre el sepulcro se elevaban túmulos de césped. El historiador romano nos indica además una circunstancia que revela el rigor con que, aún en la muerte, se respetaban las diferencias de casta: para los nobles y libres reservábanse ciertas especies de madera; y podemos suponer, de consiguiente, que estos se quemaban sobre encina y haya; para los siervos y esclavos se destinaba la madera del pino y de los pinos enanos. No solamente los caballos seguían al difunto germano a la hoguera, sino también su esposa, que así como la viuda india aún en nuestros días, moría quemada con el cadáver de su señor; y adviértase que esta costumbre se ha conservado mucho más tiempo en Escandinavia que en Alemania. Los mitos de los dioses de la epopeya también lo testifican: según parece, la diosa Nanna se quema con su esposo difunto, el dios Baldur; en los cantos de Sigurdo, en la *Edda*, que contienen las primeras noticias de la tradición de los Nibelungos que han llegado a nosotros, describese de qué modo la walkura Brunequilda se da muerte para reunirse después de esta vida con su novio, Sigurdo, y cómo, ya moribunda, ordena la construcción de la pira común, indicando cómo se ha de adornar: ocho criados y cinco criadas debían acompañar a Brunequilda y morir en la hoguera. Este sacrificio sólo se haría con la intención de que el héroe y la heroína no careciesen de servidumbre en el otro mundo.

En el canto de *Beowulf* se describe del modo siguiente el orden de los funerales, al quemar al anciano rey. «Los héroes de Geatland construyeron rápidamente un edificio sólido para servirle de castillo de fuego; guarnecieronle de yelmos, brillantes escudos y arneses, según el difunto lo había mandado; y los afligidos héroes colocaron en el centro al ilustre rey, su querido señor.» Como contraste con estos pomposos funerales, dignos de un soberano del dominio de la fábula, podemos citar otros que datan de los tiempos históricos y son por demás singulares. Jordanes en su *Crónica de los godos*, refiere que los guerreros de Alarico, al morir este poderoso jefe y rey, desviaron la corriente del río Busento, abrieron en el cauce una profunda huesa, colocaron en ella al muerto con su corcel, sus armas y alhajas, y después de cubrir la tumba, hicieron pasar de nuevo las aguas sobre ella. Los germanos habitantes de las costas acostumbraban a dar sepultura de otro modo, tan singular como poético, según vemos en el canto de *Beowulf*, y también en la *Edda*, que lo indica en su descripción de los funerales de Baldur. Llevaban al muerto, adornado con todas sus armas, a bordo de un «Dragón de mar»; sentábanle apoyado de espaldas contra el palo mayor; colocaban en torno suyo todos los objetos de su pertenencia que más había querido en vida; después izaban las velas y prendían luego al buque, abandonándolo al capricho de las olas. De este modo el héroe, montado en un corcel que respiraba fuego, se dirigía a la Walhalla de Wodan.

EDAD MEDIA

I.

ÉPOCA DE LA EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS

La historia puede considerársela como una serie de revoluciones y reacciones; como la oleada del espíritu humano, que en su desarrollo avanza y retrocede eternamente sin reposar jamás; a su impetuoso progreso opónese la inercia, amortiguando y refrenando su impulso, y en este dique se rompe la ola, que de otro modo avanzaría tempestuosa hasta lo infinito, sofocando bajo su espuma toda la vida. Cuando retrocede, sin embargo, deja ya un espacio abierto para arrojar en él nuevas semillas de civilización, para crear otros imperios del pensamiento, para introducir nuevas formaciones de estado, para establecer nuevas clasificaciones en la sociedad. Podemos deplorar que estos movimientos progresivos y retrógrados se efectúen tan violentamente, y acompañados siempre de convulsiones que arrancan a la humanidad torrentes de lágrimas y de sangre; pero debemos aceptarlos como una ley inmutable e inflexible de la naturaleza. La historia universal no se presenta como un risueño idilio, sino como una tragedia muy triste, aunque es verdad que a fin de que no sean tan terribles sus cuadros, se mezclan a menudo con entremeses cómicos, en los cuales aparece el héroe con un bufón por compañero, encargado de poner en movimiento ciertos músculos del rostro para excitar la risa de los espectadores, dando así tiempo a las glándulas lagrimales para descansar.

Desde el siglo IV de la era cristiana, un torrente revolucionario, que por lo inmenso, poderoso y duradero no había tenido hasta entonces igual en el mundo, trastornó la Europa hasta en sus últimos cimientos, hizo desaparecer el imperio occidental romano y cubrió con sus restos una gran parte del continente, erigiendo sobre las ruinas el imperio germánico y el cristianismo.

Este cataclismo inmenso se llamó la emigración de los pueblos. Durante dos siglos, sus oleadas furiosas avanzaron y retrocedieron; y esta corriente destructora y creadora a la vez, no se contuvo del todo sino con la constitución política de Carlomagno. Con esta constitución se inauguró la época que acostumbramos a llamar Edad Media: lo que media entre el principio de la emigración de los pueblos y la consolidación de la monarquía carolingia, es un laberinto caótico: el mundo antiguo había cesado de existir; el mundo cristiano germano no existía aún; los que conozcan la corrupción que corroía hasta el corazón todo aquel mundo, no se maravillarán de que sucumbiera tan miserablemente ante el ataque impetuoso de los «bárbaros», como los romanos, enervados ya, y los griegos, más enervados aún, dieron en llamar a nuestros antepasados. El nuevo incremento del cristianismo no había sido bastante para contener la horrible descomposición; muy lejos de ello, debió contribuir a acelerarla: la dieta mas rigurosa no puede salvar ya al glotón moribundo. A la destrucción del Olimpo, siguió lógicamente la caída del Capitolio; la nueva religión exigía nuevos hombres, y el ideal cristiano quiso formar del germanismo el cuerpo conque pudiera presentarse en el gran escenario de la historia. La sociedad antigua, sin embargo, no murió de repente; acercábase poco a poco a su tumba, y esto le dio tiempo para inculcar su cultura, a la vez que sus vicios, a la

Germania, que forzosamente se había erigido en su heredera. La religión cristiana, después de pasar por la corrupción de los griegos y romanos, desfigurada ya por los sacerdotes, y que doquiera se presentaba producía toda clase de milagros, poco edificantes para los «bárbaros rubios», sirvió de intermediaria para esa inculcación. En nuestros antepasados del período de la emigración de los pueblos y del que siguió inmediatamente después, apenas encontramos algunas de las virtudes que pintaba Tácito como propias de ellos; conservaban, sí, el valor y la energía, pero con harta frecuencia predominaban la lujuria romana y la falsedad bizantina, que, unidas al rudo vigor propio de las selvas, formaban el conjunto más repugnante.

La avalancha de pueblos que cayó sobre el imperio romano no se puso en movimiento de una sola vez: por escasas que sean las noticias que tenemos sobre los sucesos acaecidos en Germania durante los siglos segundo y tercero, debe suponerse, no obstante, que la existencia de las tribus alemanas en aquel entonces sumamente azarosa, sufría grandes cambios. Es evidente también que predominaba el deseo de reunir las fuerzas dispersas del pueblo en grandes federaciones de elementos congénéricos, pero la idea de formar una nación compacta parecía del todo perdida en aquella época, por más que hubiese existido antes: oíase hablar de tribus y confederaciones germánicas, mas no de un pueblo germánico. La constitución política y social del estado germánico primitivo, por otra parte, se había debilitado o alterado, o acaso disuelto del todo: la antigua constitución de comunidades era demasiado limitada, atendida la necesidad de extensión que llevaban consigo las guerras. Las antiguas repúblicas feudales habíanse transformado por consiguiente en reinos guerreros, y también el cristianismo, propagándose a los germanos desde Roma y Bizancio, influía poderosamente en favor del principio monárquico. Entre el duque elegido por esos germanos gentiles y el rey hereditario de los germanos cristianos, mediaba una gran distancia, pero la política teocrática sabía acortarla considerablemente; los grados se indican por la preponderancia que tenían en Germania los títulos romanos de monarcas y señores (*rex. dux, comes*), durante la emigración de los pueblos; pero sólo al gran rey de los francos, Carlos, le fue dado establecer del todo la monarquía en el estado germánico, es decir, transmitir al príncipe la soberanía, el poder supremo de la comunidad de los libres reunida en el *landesthing* (asamblea nacional).

Ya en el siglo tercero, y más aún en el siguiente, a duras penas podía Roma oponerse al progreso de los germanos; las riendas del poder se hallaban ya con frecuencia en manos de los jefes germánicos que servían a Roma; mientras que a los degenerados sucesores de los Césares no les quedaba sino el nombre. No había medio de impedir la concentración y organización, cada vez más amenazadoras, de las huestes emigrantes germanas en las fronteras de los imperios romanos occidental y oriental. A orillas de la parte superior del Rhin, entre los Vosgos, los Alpes y el Lech, habíase establecido la gran confederación de los alemanes, amenazando a la vez la Galia e Italia; en la región de la Alemania del Norte, situada entre el Elba y el bajo Rhin, entre el Harz y el mar del Norte, llena de pantanos, habitaban los sajones, que aborreciendo tanto la monarquía como el cristianismo, conservábanse fieles a los antiguos dioses. Entre el Harz y el Danubio, la Selva de Bohemia y el Saale, residían los turingios; el país situado a orillas del Rhin central, al rededor de Worms, estaba ocupado por los borgoñones o burgundiones; más hacia el Norte, en las orillas del bajo Rhin, del Mosa y del Waal, hallábanse los francos, que divididos en cattos, bructeros, sicambros y bátavos, constituían un pueblo de marcado tipo característico; en las costas del mar del Norte y en las islas limítrofes vivía la tribu de los frisonos. Sin embargo, entre todas las confederaciones y tribus, grandes y pequeñas, los que más se distinguían eran los godos. Según sus tradiciones, escritas por Jordanes, este pueblo habitaba primitivamente en Escandinavia (Skanz); pero cruzando el Báltico había llegado a la región situada al rededor de las bocas del Vístula; desde aquí avanzó hacia el Sur, pasando por el gran país de los sármatas, cubierto de bosques y estepas, recorrió el Danubio, el Theiss, el Borístenes (Dniéper), y llegó por fin al mar Negro. El terror que inspiraban las armas godas había cundido hasta el Bósforo, el Asia Menor y la Grecia. El pueblo se dividía en ostrogodos y visigodos, en estos últimos la dignidad real correspondía a la casa de los

amalos (amalungen), y en los otros a la de los baltos, considerándose ambas de origen divino, según la creencia de compatriotas. Algunas tribus congénicas, más o menos sometidas a los godos, estaban aliadas con estos, contándose entre ellas los hérulos, rugios, gépidos y vándalos; y más al este del dominio de los godos, hasta el Cáucaso, los alanos, nómadas que representaban un término medio entre los germanos y eslavos.

No sólo se distinguían los godos por el valor, sino también por su disposición para instruirse; eran muy aficionados a los cánticos, y entre ellos circulaban las tradiciones, como lo prueban los recuerdos de epopeyas godas en la obra de Jordanes. La tribu de los godos ha sido además, no el principio, pero sí largo tiempo, la más poderosa y fiel introductora de la civilización cristiano-germánica. A lo largo del Rhin, y en la parte superior y media del Danubio, habíase enseñado ya la doctrina cristiana a los pueblos germanos, desde el siglo II, y según la leyenda, unos discípulos de los apóstoles fueron los que la predicaron en aquellas regiones; pero en ninguna parte la conversión de nuestros antepasados a la nueva fe dejó un vestigio tan venerable por su antigüedad y tan glorioso como entre los godos, para los cuales creó un monumento más duradero que el bronce y la piedra: la traducción de la Biblia por el misionero y obispo Ulfila. Este santo varón, oriundo de Capadocia, había vivido entre los visigodos de la Dacia, a orillas del bajo Danubio, y después de cumplir con su misión como obispo entre aquellos cristianos arrianos, desde el año 348, quebrantado por sus penalidades y amargas decepciones murió en 388 en Constantinopla. Era un hombre tan venerado por su pueblo como lo fue antes Moisés por los hijos de Israel, y aún hoy día es muy respetada su memoria por cuantos hablan la lengua alemana, pues le reconocen como creador de la escritura germánica. Tomando por base los caracteres griegos, pero ateniéndose además a los signos germánicos, Ulfila creó un alfabeto godo, escribiendo después el primer libro germano, su Biblia goda, de la que el magnífico *Códice de plata* de Upsala, sobre todo, nos ha transmitido unos fragmentos de inapreciable valor. Sólo con el uso de la lengua escrita puede comenzar la verdadera civilización de un pueblo; y por eso la Biblia goda de Ulfila señala esta época de la cultura germánica. Para aquellos hombres lució un nuevo porvenir el día en que el Moisés de los godos se sentó en su celda, situada quizás a la sombra de una encina consagrada a Wodan o a Donar, para traducir del primitivo texto griego la oración del que dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y afligidos. Yo os aliviaré.» Esta oración, vertida al godo es como sigue:

«Alta unser thu in himinam, veilmai namo thein, qimai thiudinassus theins. vairthai vilja theins sve in himina jah ana airthai, hlaif unsarana thanan sinteinan gif uns himma daga, jah aflet uns thatei skulans sijaima svasve jah veis afletam thaim skulam unsaraim, ja ni briggais uns in fraistubnjai ak lausei uns af thamma ubilin. unte theina ist thiudangardi jah mahts jah vulthus in aivins, amen».(El padrenuestro) ¡Qué cambios debe haber sufrido nuestro idioma desde el día en que una madre goda rezó por primera vez este padrenuestro con sus hijuelos! El dialecto godo, elevado a la categoría de lengua escrita en la famosa Biblia de Ulfila, el monumento más antiguo del idioma germano, tuvo por hija la antigua lengua alemana castiza, que desde el siglo VII hasta el XI predominó en Alemania; por nieta a la alemana media y por biznieta a la nueva: los descendientes de la venerable lengua madre se ramificaron en numerosos dialectos.

Los godos no alcanzaron un grado superior de civilización en sus dominios de las orillas del Danubio y del Borístenes, pues sobre ellos gravitó a fines del siglo IV, todo el peso de la invasión de los hunos, cuando ya el primer choque había destrozado a los alanos. Esta espantosa avalancha, precipitándose con sin igual violencia desde el Asia superior, transformó nuestro continente en un mar de pueblos salvajes semejante a un caos; hubiérase dicho que se acercaba el juicio final, el «crepúsculo de los dioses», tal como está descrito en la *Edda*. Los pueblos pequeños se trasladaban continuamente de un punto a otro cual torbellinos de hojarasca en el otoño; mientras que los grandes se vieron obligados a huir, desde el Norte al Sur, desde el Este al Oeste; algunas tribus eslavas, penetrando en Alemania, llegaron al Elba; otras germanas extendieron sus expediciones aventureras hasta el archipiélago griego y las costas del África; los suevos, que hasta entonces habitaban la región al este de aquel río, viéronse impelidos hacia el noroeste de España; los alanos

pasaron desde el Don a Portugal, y los vándalos desde el Nieper a Andalucía, y desde aquí a la patria de Aníbal. La corriente de los godos emigrantes, irresistible y majestuosa, invadió las provincias de ambos imperios romanos, y al tercer ataque, los visigodos, mandados por Alarico, conquistaron Italia y Roma (410 después de J. C.). Bastará citar un rasgo característico, para dar a conocer la índole de aquellos reyes de ejércitos germánicos en la época de la emigración de los pueblos: cuando los descendientes de los Escipiones, Gracos y Césares, presentándose ante Alarico, le dijeron: «¡Oh rey! ¿qué quieres dejarnos?» «La vida», contesto lacónicamente. ¡Cómo se compendiaron los tiempos pasados y futuros en aquella hora en que el héroe godo, sepultado más tarde en el cauce del Busento, mostró a sus huestes, acampadas en las colinas de la campiña romana, la «ciudad eterna», la decrépita soberana del mundo, anunciándoles que era el seguro botín de la victoria! ¡Cómo se reveló su carácter cuando al presentarse los embajadores del senado romano, humildes y suplicantes, no quiso concederles más que la vida!

La emigración de los visigodos terminó con la fundación de su reino, que desde el Loira en la Galia, extendíase hasta la costa meridional de España. Al mismo tiempo, o pocos años más tarde (desde 449, en cuyo año Hengisto y Horsa penetraron en el condado de Kent), los anglosajones separaban del imperio occidental romano otra provincia importante, la Bretaña, fundando, después de haber vencido a los celtas y romanos en Inglaterra (país de los anglos), siete reinos germanos, que por el Norte se extendían hasta más allá del Frith de Forth y por el Oeste hasta las montañas de Gales. A todo esto siguió el segundo violentísimo choque causado en Europa por los mogoles: Atila o Etzel, el «azote de Dios», saliendo de Hungría cual torrente impetuoso, con innumerables huestes, entre las cuales se contaban también muchas tribus germanas tributarias, en particular los ostrogodos, invadió a sangre y fuego la Alemania, la Galia e Italia. En gigantesca batalla reñida en la llanura de Chalons (451) aceleró la pérdida de aquel nuevo soberano del mundo; pero, en aquel campo sangriento, los germanos habían combatido contra germanos, es decir, los visigodos contra los ostrogodos. El «último romano», Aecio, que había reunido hábilmente, y por la última vez, todas las fuerzas del mundo cristiano, romano, germánico y celta, pudo resistir con buen éxito al choque del mundo gentil, representado por los hunos, germanos, y eslavos. Atila murió dos años después, y con él se extinguió el imperio de los hunos. Veintitrés años más tarde (476), el germano Odoacro, duque de los hérulos y rugios, concluyó con el mísero espectro del imperio occidental romano, erigiéndose en rey de Italia, es decir, dándose un nombre que antes merecía de hecho desde que prestó sus servicios a Rómulo Augústulo, última sombra imperial.

Por espacio de mucho tiempo, y desgraciadamente en todo el trascurso de la Edad media, este país siguió siendo el punto favorito de los emigrantes germánicos, y en él hicieron toda suerte de tentativas para formar Estados. Después de una dominación de tres años eclipsóse la estrella del hérulo Odoacro, mientras que la del ostrogodo Teodorico, llamado Dietrich de Bern (Verona) en la epopeya alemana, brilló en todo su esplendor, iluminando el horizonte de la península apenina. Ciertamente que la invasión de los ostrogodos en Italia, en el año 489, fue promovida por la astuta diplomacia de Bizancio, que se proponía desalojar a los incómodos germanos de los países bajos del Danubio; pero si en Constantinopla se creyó que Teodorico conquistaría la Italia para la Roma oriental, contentándose con ser gobernador del imperio, incurrióse en un grave error. Después de vencer varias veces la tenaz resistencia de Odoacro, aniquilando sus tuerzas, y de sitiar algunos años a Rávena, la fortaleza más inexpugnable en aquellos tiempos, Teodorico, a quien sus contemporáneos no negaron el calificativo de «Grande», reinó hasta su muerte (526) en toda Italia con una magnificencia que se reflejaba sobre todo el mundo germánico. Mientras se esforzaba por arraigar entre los godos la antigua cultura, pudo pensar en reunir todas las tribus germánicas en una Confederación de Estados que dominara el mundo; pero la índole y las tendencias predominantes en la raza germana eran contrarias a esta idea, y mucho más a su realización.

Dietrich de Verona, llamado así porque cerca de esta ciudad había vencido definitivamente a Odoacro, debió contentarse por lo tanto con gobernar la Italia, e hizo lo de un modo que hasta el pueblo subyugado reconoció su régimen como benéfico. Este monarca, el más célebre de los reyes

guerreros que tuvieron los germanos, estaba dominado por el afán de instruirse, aunque su mano, acostumbrada sólo a empuñar el acero, no sabía manejar la pluma, tanto, que para escribir su nombre érale preciso valerse de letras cortadas en metal; pero reconociendo la superioridad de la instrucción romana, esforzóse en aunar el romanismo con el germanismo, no sólo bajo el punto de vista legislativo y administrativo, sino en lo tocante a las ideas y las costumbres. Agradábale atraer a los sabios a su corte, donde en todas partes se rozaban las costumbres antiguas con las germánicas; y su ministro Casiodoro, uno de los últimos que procuró favorecer y propagar la cultura antigua, pudo consolidar los principios de ésta para toda la Edad media, porque él fue quien organizó la enseñanza pública superior. El curso de la instrucción en las tres clases inferiores de la escuela se reducía a enseñar el llamado trivio (gramática, retórica y dialéctica), y en las cuatro superiores el cuadrivio (aritmética, música, geometría y astronomía); estas asignaturas constituían las siete artes liberales, y durante el trascurso de la Edad media consideráronse como base de toda enseñanza.

Mientras que el gran Teodorico se esforzaba en el Palacio de Rávena, con tanta inteligencia como poco éxito, en reconciliar a los germanos e itálicos, a los conquistadores y conquistados, a fin de constituir un todo homogéneo, en la ciudad de Roma, cerca de la antigua Basílica de San Pedro, se iniciaba una política cuyo objeto era la realización de un gran fin, el de erigir papa al obispo romano. No dejaba de ofrecer un ejemplo sumamente instructivo la sutil diplomacia con que este nuevo poder sabía salir incólume y ganancioso de todas las complicaciones y peligros de aquellos tiempos; ver cómo de cada derrota sacaba las fuerzas necesarias para alcanzar nuevos triunfos; cómo se ingeniaba para tener en jaque a unos adversarios oponiéndoles otros; y cómo, en fin, acababa por someterlos a todos. Si examinamos el asunto sin preocupación alguna, veremos que la historia del pontificado en su desarrollo es decididamente la del triunfo del espíritu sobre la materia, de la diplomacia sobre la fuerza bruta; y esta historia nos demuestra evidentemente que cuando se concibe una gran idea y coadyuvan a su realización un talento sutil y una energía incansable, se podrán encontrar en la lucha obstáculos, pero nunca imposibles. Los medios de que la Iglesia se valió durante los siglos en que estallaron las borrascas ocasionadas por la emigración de los pueblos, para someter nuevamente al yugo romano, convertido en cruz, a los que habían aniquilado el poderío de la reina del mundo, pueden considerarse como uno de los hechos más extraordinarios que jamás registró la historia. Examinándolo en su conjunto debemos admirarlo, por más que con harta frecuencia sustituye a este sentimiento la repugnancia, si estudiamos el gran fenómeno en sus menores detalles, pues no se puede negar que, según se observa en todos los grandes trastornos, en la cristianización de los germanos no dieron su fruto siempre las más nobles ideas sin el auxilio de las más vulgares: y que la idea cristiana se valió de unas formas bajo cuya extravagancia y disolución era imposible reconocer su primitivo carácter divino.

La dominación y el esplendor de los ostrogodos en Italia sólo habían tenido por guía la voluntad de Teodorico; cuando éste falleció, inicióse el período de la decadencia. Amalasunta, ilustre hija de aquel rey, que hablaba indistintamente con griegos y romanos en sus propios idiomas, no pudo contener una próxima caída, y ni siquiera le fue dado preservar su propia existencia de manos de los asesinos. En vano los godos elevaron consecutivamente sobre el pavés tres héroes, Witigis, Totila y Teja, los tres fueron víctimas de la encendida discordia y su pueblo sucumbió a los ardides bizantinos y al genio militar de Belisario y de Narsés. La batalla del Vesubio, en 553, consumó la ruina, y con ella concluyó la misión de los ostrogodos en la historia de Italia, mientras que el reino visigodo, sosteniéndose en España hasta 711, sucumbió al fin en los campos de Jerez de la Frontera bajo el alfanje del Islam. Los ostrogodos, no obstante, tuvieron quien les vengara de los bizantinos e itálicos: de ello se encargaron sus congéneres germanos, los longobardos, que en 568 pasaron los Alpes al mando de su heroico rey Albuino, subyugando toda la península hasta Calabria, excepto algunos puertos de mar. Albuino fijó su residencia real en la ciudad de Pavía, pero los sucesores de San Pedro en Roma, acostumbrados ya a considerar esta ciudad como una propiedad legítima, intentaron y supieron sostener también su independencia con más o menos suerte contra los nuevos conquistadores, bien que después se vieron obligados a llamar en su auxilio a los francos

contra los Longobardos, cuando estos les oprimieron más. Los francos salios y ripuarios, entre tanto, establecidos más allá de los Alpes, al mando de su rey Clodoveo (Chlodovech, 481) habían ensanchado sus dominios a orillas del bajo Rhin, constituyendo un imperio que después de la sumisión de los alemanes y borgoñones comprendía todo el sudoeste de la Germania y la mayor parte de Galia. Los francos tenían entonces, sin duda, la superioridad entre los germanos, y demostraban conocer el arte de constituir Estados mucho mejor que ninguna otra tribu germana. Su rey Clodoveo, convertido al cristianismo por su esposa, la borgoñona Clotilde, y que a su vez convirtió también a los francos, fue a pesar de esto uno de los bandidos más sanguinarios que jamás hubo en el mundo; pero también el político más grande de su época: fue un monstruo semejante a Iván el Terrible de Rusia, mas a la vez un verdadero fundador y organizador. Cuando en la Navidad de 490 recibió en la catedral de Reims el agua del bautismo, el triunfo de la fe católica sobre el arrianismo fue un hecho: el pontífice romano lo reconoció así y muy bien sabía por qué saludaba al bautizado con el nombre de «rey cristianísimo».

Clodoveo no pudo preservar a su dinastía, la de los Merovingios, de una decadencia que hizo despreciables a sus descendientes, los cuales merecieron el nombre de «holgazanes»; pero las columnas fundamentales de la monarquía franca, asentadas por Clodoveo, mantuviéronse firmes, sin vacilar tampoco al impulso de la peligrosa invasión musulmana en la Galia; cuando los moros intentaron destruirlas, Carlos Martel, el «martillo» de los francos, aniquiló en el campo de batalla de Poitiers (732) las esperanzas de los africanos, que se proponían subyugar al mundo germano, y con él la Europa entera. Pareció por lo tanto cosa natural que el hijo de Carlos Martel, vencedor en Poitiers, Pipino, llamado el Breve, pusiera fin en 752 al estéril reinado de los Merovingios, erigiéndose él mismo rey. En el ceremonial de aquel acto solemne pudo observarse la más extraña mezcla de opiniones y costumbres de los germanos gentiles y hebreos cristianos. En una asamblea del reino, celebrada en Soissons, los jefes francos proclamaron a Pipino, elevándole sobre el escudo ante el pueblo reunido, según costumbre de sus antepasados; pero también los obispos francos, comisionados por el papa Zacarías, asistieron al acto, dispuestos a ungir al nuevo rey como en otros tiempos Samuel ungió a David. Por medio de este acto se daba a conocer y se establecía el nuevo dogma cristiano de la institución divina de la dignidad real, de los reyes por la gracia de Dios. La Iglesia había imaginado para la dignidad real un origen divino, pero naturalmente bajo la condición y en la inteligencia de que, como poseedora y dispensadora de todas las gracias divinas, sería en lo sucesivo soberana de los reyes. Anuncióse que estos debían reinar sobre los pueblos en virtud del «derecho divino»; pero lo que no se decía, aunque se presumiera, era que sobre los tronos reales, debía elevarse la «Sede de Pedro». Todas las circunstancias concurren a demostrar que ya entonces la Sede romana había concebido el pensamiento de la dominación del mundo; y que vio en el germanismo un elemento a propósito para la realización de este pensamiento, por lo menos tal como aquel estaba representado en los francos Clodoveo y Pipino. No cabe dudar que hacía mucho tiempo se ideaba y preparaba en Roma la restauración del imperio romano en la persona de Carlos, hijo de Pipino, como más tarde se efectuó, pues debía parecer conveniente y cómodo agregar el poder del cristianismo a la dignidad imperial, de la que pudiera servirse la Iglesia a su antojo, según las necesidades, como de un «brazo político» siempre obediente.

El apóstol de los alemanes, Winifredo, monje anglosajón, que nacido en 680 en Kirton (Inglaterra), murió en su última misión (755) a manos de los frisonos, y al que santificó después la Iglesia agradecida con el nombre de San Bonifacio, tenía ya las mismas opiniones que hemos expuesto respecto a la situación de los germanos en general y de los reyes francos en particular, en sus relaciones con la Sede romana. Debemos añadir, no obstante, que ya en el siglo IV el cristianismo se había arraigado en el suelo alemán hasta los límites a que se extendía la influencia de la dominación y civilización romanas; habíanse fundado iglesias, conventos y obispados a orillas del Rhin y del Danubio, y algunos audaces misioneros predicaron la doctrina cristiana en los bosques de Alemania (Selva negra) y de Baja Bavaria (Baviera), las altas montañas de Helvecia (Suiza), y por el Este y el Norte hasta el Saale y el Elba. Sin embargo, hasta que se presentó

Winifredo, que había ido a buscar por sí mismo a Roma los poderes y la bendición para llevar a cabo su empresa, no comenzaron en gran escala las conversiones en Alemania. Severo en sus costumbres, rígido y brusco, lo mismo para sí que para los demás, intolerante e imperioso, poseído completamente de la idea romana, sin el menor vestigio de sentimiento nacional, jerarca en toda la extensión de la palabra, Bonifacio era sin duda uno de los hombres más importantes de su época; comprendió la idea de la universalidad del catolicismo, constituyóse en servidor fanático y entusiasta de ella, y por ella vivió y murió. Él fue quien estableció y organizó la Iglesia romana en Alemania: fundó conventos y obispados; ordenó todo el sistema eclesiástico en el sentido de la política papal; y habiendo obtenido por último la dignidad de primer arzobispo de Maguncia, hízose el padre del ultramontanismo alemán. Cuando rodeado de sus monjes, y a presencia de los descendientes de los catts. mudos de asombro, cortó con su propia mano la antiquísima encina sagrada de Donar cerca de Gelsmar, en Hesse, cada uno de los golpes de su hacha fue un grito de triunfo para Roma y un reto al germanismo pagano nacional, que sucumbió con creciente rapidez al combinado empuje de la diplomacia jerárquico-romana y de la política franco-monárquica.

La alianza de la jerarquía romana con el nuevo poder monárquico, creado, o cuando menos vigorizado entre los pueblos germanos durante la emigración de los pueblos, se demostró igualmente en las leyes y costumbres legales de las diversas tribus, consignadas en escritos desde aquella época, y transmitidas hasta entonces oralmente de generación en generación; pues aquellas leyes (*leges*) no se escribieron en alemán, sino en latín, lengua usada por la Iglesia. Tal vez influyera en esto la circunstancia de que el lenguaje de la Iglesia era a la vez el que se usaba para la instrucción general (entonces no se conocía mas que la eclesiástica), y de que los dialectos alemanes, excepto el de los visigodos, mejorado por Ulfila, no fueran propios para la escritura. Pero la causa principal que indujo a consignar en lengua extranjera los derechos populares, que a pesar de todas las diferencias de tribu y de región revelaban claramente por sus leyes fundamentales la homogeneidad nacional de los germanos, se fundó sin duda en el propósito que tenían los reyes, favorecido por la Iglesia para sus propios fines, de alejar más y más al pueblo, es decir, a los libres comunes, de la participación en la vida pública, creando unos códigos cuyo lenguaje no entendiese.

La religión se había presentado al pueblo alemán en lengua extranjera, en la romana, es decir, en la de sus más crueles enemigos; y lo mismo se hizo después con el derecho. Esta innovación impidió que el espíritu primitivo de la nación alemana se desarrollase por sí mismo, haciendo posible una civilización independiente. Por muchos siglos el curso de la historia alemana dependió de la suerte de la Iglesia romana.

Este importantísimo cambio en la historia alemana ha sido sin duda un efecto de la emigración de esos pueblos y de la propagación del cristianismo entre los germanos; ambas causas unidas han producido toda una serie de cambios religiosos, políticos y sociales, destrucciones y nuevas creaciones. El espectáculo que ofrece esa inmensa agitación, esa lucha de fuerzas de atracción y repulsión, es sin embargo poco agradable, y todo el resultado histórico-moral de la época de la emigración de los pueblos, excepto algunos pocos brillantes episodios, no es en rigor muy glorioso. Una generación, o más bien una larga serie de generaciones, fuertes como el hierro, vagaban en aquella época por el mundo; eran robustas, vigorosas como verdaderas hijas de las selvas; pero dominadas por la sensualidad, hallábanse dispuestas a disfrutar de las delicias de la civilización sin cuidarse de las leyes divinas y humanas cuando se trataba de satisfacer sus salvajes pasiones. La mezcla del elemento germano y romano, del paganismo y el cristianismo, produjo en todas las fases de la vida innovaciones extrañas; en todas partes se ofrecen a nuestra vista impulsos, principios y cosas incompletas; en nada se reconoce medida, belleza y armonía. Las tradiciones de la civilización antigua no podían producir sus benéficos efectos sino en algunos hombres y mujeres, y lo mismo sucedía con los humanitarios preceptos del cristianismo.

La existencia familiar y social tanto de los conquistadores germanos como de los romanos era una mezcla de los más opuestos contrastes: la pompa y la desnudez, la disipación y la miseria, la

glotonería y el hambre, se confundían entre sí. En los palacios de los príncipes germanos, antes propiedad de los senadores y caballeros de Roma, brillaban a montones los tesoros procedentes del botín, los ricos adornos y objetos artísticos; pero el salvajismo y la estupidez del pueblo inculto resaltaban en todas partes. Donde las costumbres romanas ganaron más y más influencia fue en la cocina, la bodega y el arreglo de la mesa, pues pronto reconocieron nuestros antepasados que los italianos y galos sabían comer y beber mejor que los germanos.

En el traje se manifestaba, tanto en hombres como en mujeres, una marcada predilección por los colores abigarrados y la superabundancia de los adornos. La chupa, el cinturón y el manto constituían aún las prendas principales del traje masculino y femenino, pero en el primero, la adopción de los calzones produjo un cambio importante; puede suponerse que a los longobardos corresponde el mérito de haber sido los primeros en introducir su uso entre los germanos. También nuestras antiguas madres imitaron pronto a las romanas en su manera de adornarse, pero aún se conservaba el carácter fundamental del antiguo traje de nuestras antepasadas. En la época de la emigración de los pueblos, la germana de elevada alcurnia vestía de la manera siguiente: cubría su cabeza un velo sujeto por una diadema de piedras preciosas, el cual, dejando descubierto el rostro, flotaba sobre los hombros. La cabellera, dividida por una raya en el centro, reuníase en las sienes en dos trenzas que caían sobre el pecho. La túnica interior, de hilo, estrecha y con angostas mangas, hacía resaltar las formas de la parte superior del cuerpo; ceñíansela al talle con un cinturón ancho, lleno de ricos adornos de oro, y sus numerosos pliegues llegaban hasta los zapatos que eran de cuero de color, bordados de oro o plata. Ricos adornos de oro y piedras preciosas engalanaban el cuello y el pecho; en el antebrazo poníanse brazaletes, y anillos en los dedos. La túnica exterior, en forma de manto, era de seda muy gruesa, con mangas anchas, y usábanla sobre todo las damas elegantes y coquetas, pues hacía resaltar las formas del cuerpo en vez de ocultarlas.

Lo que se canta y dice del bello sexo ha sido en todas épocas característico para las condiciones de esta sociedad, y partiendo de esta tesis respecto al período de la emigración de los pueblos, no podemos hacer grandes elogios de las germanas de aquel entonces. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que precisamente las noticias más claras que a nosotros han llegado tratan de mujeres celebres por sus indomables pasiones o su profunda corrupción; pero no puede negarse que la relajación de las relaciones conyugales era grande en la época de la emigración de los pueblos, conservándose aún mucho tiempo después. El cáncer principal que corroía aquella sociedad era el mal ejemplo que los grandes daban con sus concubinas (*frillen*), ejemplo que también los plebeyos imitaban cuanto era posible. Ciertamente que la Iglesia procuraba oponerse a esta epidemia de la poligamia; pero poco consiguió y hasta viose en la precisión de permitir que en las casas de sus propios ministros, de los mismos sacerdotes, se admitieran con harta frecuencia tantas concubinas, que parecían serrallos musulmanes. Por otra parte, la circunstancia de convertir cada vez más las hijas de los príncipes en instrumentos de especulaciones diplomáticas y auxiliares en la política, como lo hizo particularmente el rey Teodorico al casar sus hijas y sobrinas, poco podía contribuir a la moralización y al ennoblecimiento de las mujeres. Estas, del estado de víctimas pasivas de la política, pasaron a ser sus más activos agentes, y casi siempre a expensas de la nobleza del pudor femenino y en perjuicio de la moralidad de los pueblos. La misma Amalasunta, la ilustre hija del Gran Teodorico, y sin duda la mujer más importante de su época, fue funesta a su pueblo, cuando en su calidad de tutora de su hijo Atalarico, y después de la muerte de éste como gobernadora, administró los negocios del Estado. A decir verdad, la desgraciada no merecía por eso el horroroso fin que la hizo sufrir su primo Theodahad, con quien había compartido su trono: en 534 mandó ahogarla en el baño en una isla situada en el lago de Bolsena¹⁴, crimen que por sí solo justifica ya lo que indicamos antes, es decir, que durante la emigración de los pueblos la salvaje rudeza de aquellos hombres se daba muy a menudo la mano con la perfidia bizantina. Las mujeres germanas de aquella época no retrocedían ante la vergüenza y el escándalo, ni les arredraba la prostitución de su cuerpo y de su alma cuando se proponían satisfacer sus ciegas pasiones. Esto nos prueba la

14 Lago de los antiguos Estados pontificios.

horrible exactitud del hecho citado por el diácono Pablo, hijo de Warnefredo, en el capítulo 28 del libro II de su *Crónica de los longobardos*, refiriéndose a la reina Rosmunda. Dícenos que ésta, para vengar con sangre a su padre asesinado, Unimundo, en cuyo cráneo, convertido en copa, la había obligado a beber su esposo Albuino, compró con el mayor descaro varios asesinos, a quienes entregó a su esposo dormido después de haberle despojado de sus armas (572). Otra reina de los longobardos, Teodolinda, célebre por el celo que demostraba para propagar el cristianismo, e hija de Garibaldo, rey de los bávaros, inspiró sospechas de haber envenenado a su esposo Anthari, o por lo menos de haber sido cómplice en este crimen.

Las segundas nupcias de Teodolinda ofrecen un curioso ejemplo de la libre elección del esposo, permitida a veces a las princesas germanas, lo mismo que a las antiguas indias. El diácono y cronista longobardo de que hemos hecho mención dice lo siguiente: «Como los longobardos amaban mucho a la reina Teodolinda, permitiéronla conservar la dignidad real, aconsejándola que eligiese entre todo el pueblo un esposo a su gusto, pero que supiera gobernar con vigor. Oído el parecer de los hombres prudentes, Agilulfo, duque de Turín, fue el favorecido y designado para ceñir la corona. La reina le envió a llamar, y apenas hubo llegado mandó traer vino, ofrecióle la copa y brindó con él. Al tomarla el duque, y cuando besaba respetuosamente la mano de Teodolinda, ésta dijo ruborosa y sonriéndose, que no debía besarle la mano quien tendría derecho para besarle la boca; después mandó a Agilulfo, arrodillado a sus pies, que se levantase y la besara; hablaron de la boda y de la dignidad real. ¿Qué más? El enlace se efectuó con gran júbilo.» (590)

Las mujeres germanas hicieron mucho por el cristianismo. En esta religión del dolor y de la resignación había algo que halagaba la fantasía femenil: el Dios paciente era el ideal de las mujeres; el Crucificado las inspiraba compasión; y de este modo un sentimiento puramente humano infundía la fe en el Hijo de Dios, que también por ellas se había sacrificado. Además, la condición de la mujer entre los pueblos germanos, por lo menos jurídicamente, era muy propia para infundir en el bello sexo las esperanzas cristianas de una existencia más feliz en el otro mundo. El paganismo germano reservaba las delicias de Walhalla exclusivamente para los hombres, mientras que el cristianismo, tal como lo predicaba la Iglesia, abría también a las mujeres las puertas del cielo. No cabe duda que por la activa participación del sexo femenino en la conversión de nuestros antepasados se desarrolló más en estos el amor a la vida doméstica; pero no de pronto, sino muy paulatinamente, y al principio en casos aislados, que hasta más tarde no se generalizaron. El culto de María, centro del catolicismo, contribuyó sin duda, muchísimo después, a la civilización y moralización de nuestros antepasados convertidos a la fe cristiana. La corona de la Reina del cielo comunicó sus reflejos a las mujeres germanas, y en la veneración a la Madre de Dios se refundió el recuerdo de las sacerdotisas antiguas. La marcada afición a la poesía caballeresca hizo después lo demás; y por eso durante el apogeo de la Edad media vemos a la mujer figurando, al menos moralmente, como reina de la sociedad, del mismo modo que María, sentada en el trono del Olimpo cristiano.

La propagación de la nueva fe entre los germanos y por medio de estos, era una necesidad histórica, y se efectuó de una manera tan brusca como violenta, como todas las necesidades históricas. En tales períodos de transición, el hombre da rienda suelta a sus instintos animales, y precisamente en la época de que tratamos, manifestábanse horriblemente en el imperio de los francos, bajo los Merovingios. No sólo sería injusto, sino también absurdo, culpar a la nueva religión de todos los horrores que se cometieron en la corte y el país de los reyes «cristianísimos»; pero también fuera torpe error sostener que el efecto moral del cristianismo entre los francos fue casi nulo; hasta diremos que la maldad, el salvajismo y la disolución crecieron de punto en aquel pueblo después de su conversión a la nueva fe. Esto era muy natural pues aquel cristianismo franco fue una superstición mucho más torpe y grotesca que la del antiguo culto de la naturaleza. ¿Y cómo hubiera sido posible domeñar en tal estado los instintos bestiales del hombre? Hasta los mejores entre los francos no sabían ya distinguir el bien del mal, la justicia de la injusticia: testigo de ello es el célebre cronista franco Gregorio de Tours (muerto en 595), que en su *Historia de los francos*,

escrita en latín, describe la vida viciosa y criminal de sus compatriotas, sin la menor indulgencia y con toda la desnudez de la verdad, pero tan indiferentemente como si describiera cosas que así debían suceder. ¡Qué supina ignorancia debió predominar en una época en que el hombre más instruido de su pueblo, como lo era sin duda Gregorio, cristiano devoto, y obispo ortodoxo por añadidura, no echara de ver siquiera la monstruosidad en que incurría, cuando, después de describir todos los horrores y execraciones cometidos por Clodoveo, se deshizo en alabanzas y elogios de este rey cristianísimo: «De día en día Dios aniquilaba a los enemigos de Clodoveo, ensanchando sus dominios, porque su conducta era la de un corazón recto, y porque hacía lo más agradable a los ojos divinos.» Un obispo piadoso nos presenta aquí al monstruo Clodoveo como un cristiano que puede servir de ejemplo.

Deben verse también las descripciones que hace Gregorio de la vida monástica de aquel tiempo para poderse formar una idea de los efectos del cristianismo entre los francos. ¡Qué frailes y qué monjas los de entonces! Muy a menudo no eran otra cosa sino gentes sin conciencia de su estado. Y sin embargo, los conventos se consideraban como los únicos refugios donde podían salvarse los hombres y las mujeres de mejor condición, en medio de la ignorancia que les rodeaba.

Algunas mujeres de estirpe real, flores tan preciosas como escasas entre su sexo, ocultábanse detrás de los muros de los conventos, porque sólo estos parecían ofrecerles una barrera que las preservase de la corrupción general: tales fueron, por ejemplo, Radegunda, esposa de Clotario de Soissons, y Batilda, mujer de Clodoveo II. Los vicios y horrores de los Merovingios habían llegado a su colmo; y sus infamias y crímenes tuvieron más publicidad cuando se suscitaron las vergonzosas diferencias entre Brunequilda, esposa del rey Sigiberto, y Fredegunda, concubina del rey Chilperico. Todo cuanto se pueda imaginar de más salvaje apenas bastaría para dar idea de lo que estas dos furias intentaron hacer contra sí y los suyos; pero la venganza de Clotario, hijo de Fredegunda, cuando por fin cayó en su poder la enemiga mortal de su madre, la sanguinaria Brunequilda, cogida en Chalons en 614, es de lo más horroroso que jamás alumbró la luz del sol. El rey, después de recordar a la culpable todos sus crímenes y faltas, mandó aplicarle el tormento durante tres días; luego la montaron en un camello y se la paseó por todo el campamento para que sirviera de mofa y escarnio a sus guerreros; y por último atáronla por un brazo y un pie a la cola de un caballo salvaje, que debió arrastrarla a una muerte horrible. Tal fue el espantoso fin que la crueldad de los hombres impuso a la hija rey visigodo Atanagildo, a aquella que al llegar a la corte de los francos como novia del rey Sigiberto, fue saludada por Venancio Fortunato con unos versos latinos, en los que se la llamaba: «bella, graciosa, prudente, modesta, benigna, buena y noble, por su hermosura y talento, y por su ilustre alcurnia.»

En medio de la tremenda agitación de aquellos tiempos, algunos hombres como Gregorio y Venancio, el segundo de los cuales escribió en el año 600 un himno a la Navidad (*Agnoscat omne sæculum—venisse vitæ præmium*), cultivaban en silencio las musas. Varios sacerdotes cristianos preservaban las tradiciones de la instrucción antigua salvándolas del diluvio de la emigración de los pueblos; en las bibliotecas de los conventos, los autores clásicos hallaban seguro asilo; los cronistas monásticos procuraban escribir la historia de su época en la lengua de Livio, y los salmistas cristianos interpretaban el misterio de la Encarnación en el estilo de Virgilio, Horacio y Tíbulo, glorificando la inmaculada concepción de la Reina del cielo. Lo que entonces y más tarde hicieron los sacerdotes cristianos para impedir que la luz de la cultura que iluminaba en otro tiempo la Acrópolis y el Capitolio, se apagase del todo al soplo del impetuoso huracán de las invasiones, es digno de elogio, y en todo tiempo merecerá el aplauso de los pensadores. Poco importa que la Iglesia fuese de grado o por fuerza heredera de la civilización pagana greco-romana, como lo era; y debemos prescindir de si administró esta herencia por su voluntad o contra ella, pues de todos modos veíase en la necesidad de hacerlo; pero la verdad es que a veces la descuidó mucho. Sin embargo, la luz ardía y continuó ardiendo bajo las cenizas durante toda la Edad media, y al fin de ésta lanzó destellos tan vivos y brillantes, que una nueva aurora intelectual iluminó toda la Europa.

En los tiempos caóticos que siguieron a la caída del trabajado imperio de Occidente, la Iglesia fue el único poder estable y al mismo tiempo progresivo. No sólo era la poseedora de lo que llamaba el tesoro de las gracias divinas, sino también la tesorera de todo el capital de la cultura, capital que debía acuñar en forma de monedas de todos tamaños con el sello eclesiástico; también era natural que intentase y supiera sustituir en todas partes su generalidad universal a las particularidades nacionales. Considerado esto en su conjunto, no podía pensarse en una resistencia del germanismo, desunido, desbordado y emigrante ya hacía siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto, que siempre persistía tenaz en sus designios; lo que no había logrado la Roma de los Césares, es decir la sumisión de los germanos, consiguiólo la de los papas. Al reconocer el Dios extranjero y su culto, nuestros antepasados, aceptaron la civilización propagada y cultivada por los sacerdotes de este Dios; y así comenzó en los países alemanes la civilización cristiano-romana.

Sin embargo, el romanismo no pudo descomponer el germanismo hasta el punto de que no subsistiera un poderoso germen de nacionalidad; este germen desarrollado más tarde, en la Edad media, revélase en la tenaz oposición alemana contra Roma. Al hacer un examen minucioso, observamos que esta oposición, este odio instintivo de raza contra todo lo que era romano, alentaba ya en la época de la emigración de los pueblos, es decir, a medida que se desarrollaba y formaba nuestra memorable epopeya nacional. Nuestros antepasados, a pesar de todo, no dieron sin reserva sus héroes nacionales a cambio de los santos extranjeros aceptados por persuasión o por fuerza; precisamente en la época de las grandes conversiones al cristianismo, nuestras tradiciones nacionales debieron adquirir sus formas permanentes, por la cariñosa solicitud de los bardos, y la consiguiente popularidad; pues las formas de estas tradiciones antiquísimas (borgoñonas, escandinavas y longobardas) respiran, así en los hombres como en las mujeres, el extraordinario vigor y las indómitas pasiones de la época de la emigración de los pueblos, resonando en todas ellas el estrépito de las armas, de aquellas luchas tiránicas que destruyeron un mundo decrepito a fin de abrir espacio para otro nuevo. Durante muchas generaciones, el espíritu popular conservó fielmente el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, trasmitiéndoles al arte épico de la época de los Hohenstauffen. Entonces las férreas imágenes se pintaron al estilo cristiano-romano, revistiéndose de un traje caballeresco; pero la naturaleza pagano-germana se mostraba siempre vigorosa bajo adorno romántico, y el que sabe leer estos antiguos cantos heroicos, oirá el murmullo del verde follaje de la selva virgen alemana, verá en el crepúsculo de los tiempos prehistóricos a los hijos de la tierra solicitar el amor de las semidiosas, y en la aurora preñada de tempestades, al despuntar la Edad media, corrientes de germanos armados precipitándose desde los Alpes al país hespérico para ejecutar la sentencia del destino pronunciada contra Roma.

II.

PERÍODO CAROLINGIO

Desde que la satisfacción de las necesidades que el tiempo trae consigo se convierte en una exigencia ineludible, y tan luego como las ideas que inauguran una nueva época han llegado paulatinamente a su madurez, suele surgir de entre los contemporáneos un hombre poderoso que reúne en si las voluntades, las aspiraciones, las inclinaciones buenas o malas, la avidez y la fuerza de todos; un gigante de mente creadora y mano fuerte, que desde luego reconoce lo que los demás sólo presienten con vaguedad; que con vigorosa energía emprende lo que sus iguales evitan con timidez; que maneja el hierro y el fuego allí donde los demás emplean remedios atemperantes; que concluye con lo pasado e inaugura lo porvenir, blandiendo con una mano la espada de la conquista e impeliendo con la otra el arado de la civilización; que a la vez martiriza y colma de beneficios a los hombres; que, déspota de la cultura, labra con mano enérgica el campo de su época, sembrando pródigo en los surcos la semilla de una nueva civilización, pero abonándole sin vacilar con miles de cadáveres humanos. Vanos rasgos característicos distinguen a tales hombres hijos del destino: su mirada penetrante, que abarca desde las cosas más grandes a las más pequeñas; su facultad de elevarse con la misma facilidad a lo más grandioso y sublime que de descender a lo más abyecto; su actividad infatigable en todos los asuntos, aún en los más insignificantes; el espíritu reflexivo y circunspecto, y la acción rápida como el rayo; la indiferencia moral o más bien inmoral en la elección de los medios, allí donde se trata de grandes designios; el realismo severo en la clasificación, evaluación y empleo de hombres y cosas; una ciega confianza en los proyectos ideados, sin la cual no podría realizarse nada grande; y en fin, ese *no sé qué* misterioso, inexplicable y diabólico que existe en los elegidos, y que induce a los demás hombres a inclinarse ante ellos, de grado o por fuerza.

Tal era el franco Carlos, vástago de la casa de los Pipinos, a quien la fábula ha representado como uno de sus favoritos y designado la historia con el sobrenombre de «Grande» (Carlomagno), muchas veces mal aplicado, pero en este caso bien merecido.

Cierto que su padre Pipino le había preparado convenientemente el terreno, sobre todo

creando con sólidas bases y organizando en cuerpo compacto una nueva aristocracia, que puede llamarse burocrática, y que formaba contraste con la antigua nobleza alodial cada vez más rechazada. Pero sólo a contar del año 771 en que Carlos, después de la muerte de su hermano Carlomán, fue dueño absoluto del imperio de los francos, data una nueva época, que con razón se llama Carolingia en honor del gran soberano que la imprimió el tipo de su personalidad. Tenemos una imagen fiel de la persona de aquel hombre poderoso, no pintada, sino escrita por la experta mano de [Eginhardo](#), ministro de Obras públicas de Carlos, según hoy le llamaríamos. Eginhardo, de quien su célebre amigo, Harban Mauro, dijo después de su muerte que «era varón de palabra elocuente y morigeradas costumbres», escribió en latín una historia de la vida de su señor, trazándonos en el capítulo 22 de su obra el retrato del gran monarca: «Carlos, dice, era hombre de formas robustas y proporcionadas, de elevada aunque no desmedida estatura, pues medía siete veces la longitud de sus pies; la parte superior de su cabeza era redonda; los ojos muy grandes y vivaces; la nariz un poco más grande de lo regular; el cabello de hermoso color rubio, y el rostro de expresión alegre y afable. Su aspecto era sumamente majestuoso y digno, tanto sentado como de pie; andaba con seguro paso, llamando la atención por su continente varonil, y tenía un timbre de voz claro y sonoro. En cuanto al traje, vestía según costumbre del país: camisa y calzones interiores de hilo; sobrevesta con tiras de seda, y calzones; cubría sus piernas una especie de vendas y calzaba

zapatos. En invierno abrigábase los hombros y el pecho con una chupa de piel de foca o de marta cibelina; y sobre este traje poníase un manto de color verde mar. Su espada, siempre pendiente del cinto, tenía la empuñadura de oro o de plata. En las solemnidades presentábase con un traje entretejido de oro y zapatos cubiertos de piedras preciosas; llevaba el manto sujeto con un broche de oro, y en la cabeza una diadema del mismo metal con piedras preciosas.»

No debemos ocuparnos de las batallas y conquistas de Carlomagno: para nuestro fin basta recordar que se necesitaron muchos años y largas luchas para erigir el edificio que exageradamente se suele designar con el nombre de «monarquía universal Carolingia.» Ésta se extendía por el Norte hasta el Eider¹⁵ y el mar del Norte; por el Sur hasta el Garellano y el Ebro; por el Este hasta el Elba y el Theiss, y por el Oeste hasta el Atlántico. En este imperio de los francos comprendíanse todas las tribus germanas, excepto tan sólo los normandos en Escandivia y los anglosajones en Inglaterra. Lo que más trabajo y sangre costó fue incluir la gran tribu de los sajones en el cuadro de este imperio, obligándoles después a bautizarse.

Grande importancia tenía para lo porvenir extender las fronteras del germanismo hacia el Este, como lo hizo Carlomagno. A orillas del Saale, del Elba, del Havel y del Raab puso límites fijos al eslavismo, construyendo fortalezas y estableciendo colonias germanas: dos de estos países fronterizos (las *Marcas*) decidieron más tarde los destinos de Alemania: la Marca del Nordeste, de la que se desarrolló el Estado de Brandenburgo, y la Marca del Sudeste que después constituyó el imperio de Austria.

La idea fundamental en que Carlomagno basó el edificio de su imperio era la unidad religiosa y política del germanismo, o mejor dicho, el cristianismo y la monarquía. Era preciso que uno y otra se establecieran sólidamente, y así se hizo por medio de una bien entendida organización de la Iglesia y del Estado; mas a pesar de toda su piedad, Carlomagno no juzgó prudente conceder a la primera y al segundo derechos iguales, pues en él la idea política se anteponía evidentemente a la eclesiástica; y por más que aquel monarca engrandeciese la Iglesia, siempre se condujo con ella como soberano. Pero aún se debían emprender y conseguir cosas más grandes por la unión del poder político y eclesiástico del germanismo: la unidad política y religiosa del cristianismo occidental. En el apogeo de su fuerza y su poderío, Carlos no estaba lejos de conseguir este fin, y, por lo tanto, bien le cabía el derecho de tomar un título adecuado a su posición como soberano del Occidente, título que podía obtener renovando la dignidad imperial romana. Era preciso, pues, resucitar el imperio y trasferirlo a los germanos, y entonces el gran monarca de los francos se proclamaría y coronaría solemnemente como *imperator*. El papa León III, que en gran manera necesitaba del auxilio de Carlomagno, y que le prestaba obediencia, hubo de aceptar, por decirlo así, el cargo de maestro superior de ceremonias; pues la especie de que el papa causó viva sorpresa al rey al ceñirle de improviso la corona imperial, no es más que un cuento, según se ha demostrado.

Este acto político de la coronación de Carlos como emperador, acto que por cierto revestía inmensa importancia para los futuros destinos de los alemanes, habíase preparado y puesto en escena muy cuidadosamente, según todas las reglas de diplomacia de aquella época. En el periodo del solsticio de 799 y 800, hallándose Carlomagno con gran séquito en Roma, quiso que, tanto el senado romano, como el clero, el pueblo, y el *senado de los francos*, es decir, los nobles, le eligieran emperador. En aquellos tiempos se sabía ya manejar muy bien la máquina electoral. Una gran asamblea de senadores (francos y romanos, obispos, abades y *el resto del pueblo cristiano*, según dice el antiguo cronista) eligió al rey de los francos emperador del reconstituido imperio romano; y el papa, obedeciendo después a la indicación convenida, entró en el desempeño de sus importantes funciones, de las que sus sucesores supieron sacar mucho partido, multiplicando sus enormes exigencias. Así como en todos tiempos, también entonces se sabía en Roma preparar a maravilla el aparato escénico para las ceremonias eclesiásticas, habiéndose al efecto procurado que el día de Navidad asistiera gran concurso de espectadores a la Basílica de San Pedro. Cuando Carlos

15 Es el que forma la frontera entre los ducados de Schlesvig y Holstein.

estuvo arrodillado cerca del sepulcro del apóstol, León III se acercó, a la cabeza de una solemne procesión, y ciñó la corona imperial a la cabeza del rey de los francos, que con fingida sorpresa intentó levantarse. Los grandes y los plebeyos, los sacerdotes y los legos, pusieronse en pie simultáneamente, y levantando las manos exclamaron: «¡Salud y gloria al pío augusto Carlos, al grande y benéfico emperador de los romanos!» El papa ungió después al elegido, y poniéndole la púrpura imperial sobre los hombros, besóle en la boca.

Este importante acto político era la coronación del edificio del imperio de Carlos, la consecuencia lógica de su carácter y actividad: quedaba proclamado con toda solemnidad soberano del Occidente, y el imperio reconstituido pertenecía a los germanos. Mucha honra, pero poco provecho; mucha ostentación, pero pocos resultados. Mientras que Carlomagno empuñó el cetro, el imperio fue una verdad, pero a su muerte dejó de serlo, convirtiéndose para nuestro pueblo en una ilusión tanto más peligrosa, cuanto que se buscaba el centro de gravedad de los destinos de nuestro país fuera de él, y que durante muchos siglos se malgastaron las mayores fuerzas de los alemanes en el fantasma del imperio romano-germánico, sacrificándose el orden interior del Estado al esplendor fugaz y soñado de una soberanía occidental.

Sólo la Sede romana reportó un verdadero y constante beneficio del acuerdo entre Carlomagno y León III, pues para ella era de grandísima importancia el hecho de que, con la reconstitución del imperio occidental, quedara relegada al olvido la tradición de la soberanía de Bizancio sobre Roma y la Italia. Además, los «sucesores de San Pedro y representantes de Cristo» supieron hacer que el acto puramente ceremonioso llevado a cabo por el pontificado en la coronación de Carlomagno, tuviera la trascendencia necesaria para que desde luego se dedujera la doctrina de que el imperio romano reconstituido se fundaba en la igualdad de derechos del papa y del emperador (*concordia sacerdoti et imperii*); si bien más tarde resultó de esto un trastorno completo en las relaciones entre el Estado y la Iglesia, pues en vez de continuar ésta subordinada a aquel, erigióse con el tiempo en superiora. Pretendióse que el papa había regalado por su libre voluntad la corona imperial romana al monarca franco Carlos, y que, por consiguiente, pudo haber favorecido a otro; pero como no es dado regalar sino lo que es de propia pertenencia, y de lo cual se puede disponer libremente, ese donativo demostraría que el pontificado es superior a la dignidad real: sin papa no hay emperador. El papa hizo al emperador, y por lo tanto, aquel tiene tanta superioridad sobre éste como el Creador sobre lo creado: los grandes papas de la Edad media han practicado esta doctrina vigorosamente y con buen éxito.

Al grandioso desarrollo del poderío de Carlos exteriormente, correspondía su actividad diplomática y civilizadora en el interior del imperio, con lo cual no quiere suponerse que la administración del monarca por ambos conceptos dejara de dar lugar a la crítica. ¡Lejos de ello! Mas si se tiene en cuenta la trascendencia de su cometido, la obra gigantesca que aquel hombre osó emprender, ¿no causara admiración y asombro, considerado en su conjunto, cuanto hizo y consiguió? A pesar de todas sus faltas, fue uno de los arquitectos de más genio, perseverancia y energía que jamás puso mano en el edificio de la humanidad, caracterizándose como verdadero maestro, sin embargo de que siguió aprendiendo y estudiando toda su vida sin mostrar pereza ni orgullo cuando se trataba de adquirir conocimientos.

A su advenimiento al trono, Carlomagno encontró dispuestos los elementos de que debía servirse preferentemente: por una parte el clero cristiano; por otra, una aristocracia compuesta de la nobleza guerrera, formada durante la emigración de los pueblos (*gasindi*, criados; *leudes*, gente; *vassi*, vasallos) y de la nobleza cortesana, que se había desarrollado al mismo tiempo que la dignidad real germánica (dignatarios, servidores). La antigua nobleza feudal de los *siempre-libres* (*die semperfreien*) y que no había desaparecido aún del todo, disminuía sin embargo considerablemente, pero tenía mucha menos importancia para Carlos que la nueva nobleza de los vasallos, porque ésta, más voluntaria, acudía al servicio de la corte y del Estado, mientras que aquella, conservando tenazmente las ideas anti-monárquicas de los germanos gentiles, mantúvose

reacia mucho tiempo. Por esta parte, sin embargo, no debía tener cuidado el rey, pues las recompensas y el vasallaje creaban muchísimos partidarios a la monarquía. Del atributo real «por la gracia de Dios», es decir, de la idea de que la dignidad real trae su origen directamente del poder divino, deducíase la consecuencia de que el rey por la gracia Dios era también el propietario superior de todos los terrenos. De este modo podía crear, muy a menudo con graves perjuicios a los antiguos señores propietarios, todo un ejército de señores feudales adictos, confiriendo a la nueva nobleza terrenos (*feuda*) a cambio de los cuales los feudatarios o vasallos estaban obligados a prestar ciertos servicios en la corte, en la guerra y en la administración política. La obligación en que estaban todos los vasallos del reino de acudir al llamamiento, impuesta por Carlos con mano de hierro tanto a los señores propietarios como a los feudatarios, y exigida sin la menor indulgencia a todos los libres, no podía menos de influir perniciosamente en el antiguo estado de los labradores libres, aún existente, porque todos los llamados al servicio de la guerra debían armarse y mantenerse por su cuenta. En vista de la imposibilidad de cumplir en adelante con las obligaciones que se les imponían como libres, muchos pequeños propietarios cedieron su propiedad a un gran señor eclesiástico o seglar, el cual se la devolvió como feudo; así los labradores libres empezaron a ser siervos, constituyendo esto la regla general durante toda la Edad media, mientras los labradores libres eran la excepción.

La libertad comunal de los germanos y las instituciones federalistas que de ella nacieron desaparecían para ser reemplazadas por un orden político centralista-burocrático. Todo el imperio estaba dividido en distritos, a cuyo frente hallábase un *gaugraf* (conde del distrito), que en tiempo de paz administraba y juzgaba, y en caso de guerra tenía el mando de las fuerzas armadas de su distrito. Todos los meses dispensaba justicia, auxiliado por sus asesores (*schoeffen*), pero hacía lo aún bajo las antiguas formas, siendo limitada la publicidad del acto, puesto que los juicios se efectuaban entre cuatro paredes y no al aire libre. Poco a poco desterrábase más y más el antiguo sistema de expiación y compensación, sustituyéndose por otro más complicado de castigos corporales, de muerte o infamia. El *gaugraf* era para el distrito lo que el *centgraf* para la centuria o comunidad (conde de cien); las regiones de la frontera o marcas estaban administradas por margraves (condes de marca); los *sendgrafen* (*missi*, condes enviados) visitaban cada trimestre los distritos, por mandato del rey, para inspeccionar su administración. *Kammerboten* (enviados de cámara) se llamaban los administradores de los bienes de la casa real, de cuya renta se pagaban los gastos de la casa y corte de Carlos; pero había además otra clase de ingresos, tales como las contribuciones de los vasallos en productos del país, los rendimientos de los derechos de entrada y las multas jurídicas. Los empleados en viaje, y hasta los ejércitos reales durante su marcha, debían ser mantenidos gratuitamente por los distritos que cruzaban. En fin, tampoco cabe duda de que Carlos fue el fundador de cierto sistema de contribuciones, en virtud del cual los regalos voluntarios en ganados y frutos del campo, ofrecidos por los germanos en otro tiempo a sus jefes, se impusieron como una contribución anual permanente.

En el edificio político de Carlomagno no figuraba un «ministerio» o un «gabinete» tal como hoy día suele llamarse; pero existía en realidad. Ciertamente que los que desempeñaban los primeros cargos de la corte, tales como el mariscal, el portero mayor, el aposentador, el montero y el halconero mayor, sólo eran funcionarios en el sentido más estricto de la palabra; pero el vicario general podía representar muy bien al ministro de Cultos; el canciller, al de la Gobernación y de Estado; el gran tesorero, al de Hacienda; el juez supremo de la corte, al de Justicia, y el bibliotecario superior al de Fomento. Carlomagno, maestro en el arte de conocer y tratar a los hombres, sabía también valerse con buen éxito del constitucionalismo aparente como medio de gobernar, conociendo cuánto influyen las exterioridades en el ánimo de la mayor parte de los hombres, que las creen realidad. Así conservó una sombra de la antigua soberanía popular, es decir, del poder soberano de los libres. Todos los años, en la primavera y en el otoño, reuníase la asamblea de los señores alodiales y feudales para resolver si se debían aprobar o desechar las leyes presentadas. La asamblea de la primavera, llamada *maifeld* (campo de mayo), era la más solemne; mas a pesar de

todo no pasaba de ser una ceremonia, pues los debates y decretos se regían por el orden burocrático, hallándose autorizada la asamblea nacional para votar lo que agradaba al rey. Toda la legislación era al parecer resultado de las asambleas de primavera, pero en realidad Carlomagno decretaba las leyes, con el auxilio de sus ministros, según lo demuestra la célebre colección de las *Capitulares*, que, escritas en latín, han llegado a nosotros. Si admitimos el principio político de Carlos, debemos admirarle como legislador; puede pasar en efecto por un modelo antiguo del *déspota ilustrado*. Este soberano se ocupaba en todos los asuntos y quería ponerlo todo en orden; y así se daba el caso de encontrar junto a una ley muy importante sobre la hacienda, un decreto prohibiendo a las mujeres «copiar y comunicarse canciones amorosas.» Carlomagno vigilaba y reglamentaba la vida de sus súbditos desde el nacimiento hasta la muerte. Por la capitular de 789 prohibió también quemar los cadáveres, costumbre conservada por los germanos con tal insistencia, que Carlos impuso como castigo la pena de muerte, a fin de complacer a la Iglesia cristiana, que enseñando la resurrección de la carne, no podía ver sin horror la cremación.

Esto era por punto general el fuerte del gran rey y emperador; y debía serlo, porque tanto necesitaba de la Iglesia como esta de él; los gobiernos político y eclesiástico trabajaban aunados en provecho propio. El Pontificado consagró la dignidad real, es decir, la autocracia, como institución divina, y el Estado, o sea la espada conquistadora de Carlomagno, ayudó al Pontificado a llevar a cabo la cristianización de los pueblos germanos, dotándole con prodigalidad de terrenos y siervos, otorgando a los bienes eclesiásticos la exención de contribuciones (inmunidades) y asegurándole por medio de leyes políticas, el diezmo prefijado en el Antiguo Testamento, que se hizo extensivo a los cristianos. En tales circunstancias, la propagación del cristianismo, es decir, de la influencia eclesiástica y jerárquica, se desarrolló de admirable modo en los países germanos. Los arzobispados, obispados, abadías, iglesias y capillas, parecían surgir de la tierra como por encanto y las complicadas mallas de la red romana se extendían poco a poco sobre las tribus germanas. Los arzobispos, obispos y abades figuraban muy pronto en la primera fila de los vasallos de la corona y de los barones del imperio, sin contar que los más de estos prelados pertenecían ya por su alcurnia a la aristocracia, la cual reconoció y aprovechó con la posible frecuencia la ventaja de obtener la mitra para sus hijos menores. El Pontificado se regía por el derecho romano, mas por lo pronto veíase obligado a hacer aún varias concesiones a las ideas jurídicas del país. Así vemos que para el alto clero el tribunal competente era el real, en el que los prelados hacían las veces de asesores y pronunciaban sus fallos; en cuanto al bajo clero, siempre fielmente sumiso al superior, estaba bajo la jurisdicción del obispo de la diócesis en lo que atañía así a los asuntos eclesiásticos como a los civiles. Por punto general, ambas clases del clero se habían relajado en aquella época por la disolución de las costumbres; los clérigos de alta y baja categoría pagaban también su tributo al vicio; y los que contraían matrimonio entregábanse a la disolución como los seglares. Mas no perjudicaba esto a la autoridad de la Iglesia; su política sagaz, y humilde, aunque inflexible en sus principios; su severa disciplina, su rica propiedad, su predominio sobre las conciencias hicieron de la institución eclesiástico-romana una potencia preponderante en Germania.

Pero el cristianismo romano era también una potencia civilizadora, que utilizando muy especialmente el régimen monástico y contando con misioneros como Columbano, Emmerano, Gall, Fridolino, Pirmino y otros, obtuvo resultados verdaderamente asombrosos en el territorio alemán. Producto, como todo el mundo sabe, de las fantásticas ideas orientales, el monaquismo cristiano figuró primeramente en gran escala en Egipto; pero al pasar a Occidente hubo de sufrir no escasos cambios. En Europa, y sobre todo en el Norte, no es dado entregarse a la pereza filosófica de los fakires indios y de los anacoretas egipcios, que vegetan en la desnudez, o poco menos; el hombre necesita allí, casa, ropas, y comida y bebida abundantes; y he aquí por qué en vez de estacionarse como en Oriente, el monaquismo cristiano occidental luchó con la mayor energía por la existencia. En los primeros siglos de la cristianización de nuestro pueblo, los frailes fueron en los países alemanes verdaderos trabajadores en el más honroso sentido de la palabra, verdaderos soldados de la civilización. Benedicto de Nursia, el ermitaño extático de Subiaco, el fundador

práctico del célebre convento de Monte Cassino (año 529), dio formas y una dirección fija al monaquismo occidental romano. Los que observaban su regla obtenían las primeras dignidades monásticas en Germania: empero, sus principios fueron con frecuencia bastante pobres, como lo demuestra la historia de la fundación de uno de los conventos más antiguos y célebres alemanes, el de San Gall.

Su fundador, el irlandés Gall, había llegado a Germania en calidad de misionero a principios del siglo VII, acompañado de Columbano, como él canonizado más tarde por la Iglesia. Después de trabajar activamente largos años en la conversión de paganos en las regiones del lago de Constanza, y después de sufrir muchos contratiempos, determinó retirarse a terminar sus días en la soledad de una selva, donde se proponía fundar una colonia en unión de otros hombres piadosos que abrigaban la misma idea. Entonces cayó gravemente enfermo en Arbon, pero restablecido, gracias a la solicitud de su amigo el sacerdote Willimaro, el diácono de este Hilseboldo, le indico el Hochthal, cruzado por la impetuosa corriente del Steinach y tras del cual se eleva el Saentis, como sitio propio para establecer una colonia solitaria. Acompañado del diácono que conocía el terreno, el anciano misionero se puso en camino hacia la soledad de la montaña, detúvose para descansar en un sitio donde el Steinach precipitaba sus furiosas aguas contra moles de roca; y como al pasar por el salvaje valle se clavara una espina en el pie, parecióle ver en esto una indicación del cielo para que fundara allí su ermita. Acto continuo construyó con troncos de avellano una cruz, clavóla junto a la catarata y colgando en ella la caja de reliquias que siempre llevaba consigo, consagró el lugar con sus oraciones: desde este momento quedó fundado el convento de San Gall. A la fundación efectiva debía preceder, no obstante un milagro según el espíritu de la leyenda de aquellos tiempos. Gall encontró en Arbon, a donde había vuelto para despedirse de Willimaro, varios mensajeros del duque alemán Gunzo que le llamaba a Ueberlingen, porque su hija, Friedeborga, estaba enferma y deseaba ver al santo y alcanzar por sus oraciones la curación. Gall acudió al llamamiento, y después de hacer el deseado milagro, recibió en recompensa como donativo, y por mediación de Friedeborga, el valle donde quería vivir, y además dos libras de oro y dos talentos de plata, regalo del rey de los francos, Sigiberto. También para las «fundaciones» del siglo VII se necesitaba dinero. Gall, después de rehusar la sede episcopal de Constanza, que le ofrecían, y ayudado por el duque Gunzo, dio principio a su fundación en el valle del Steinach. Alrededor del sitio consagrado cortáronse los árboles de la selva; y en el claro dejado por la tala se erigió un modesto y pequeño convento, construido con madera; componíase de una capilla (*oratorium*) y de una habitación (*oficina*) para los frailes (*frates*), cuyo número fue al principio muy escaso. El fundador murió en 640 en Arbon, a consecuencia de una calentura, a una edad bastante avanzada y muy venerado por las gentes.

Pero aún después de su muerte coadyuvó a la prosperidad de la nueva fundación, pues su cadáver se trasladó al convento que llevaba su nombre y diéronle sepultura al lado del altar. Ya se comprenderá que el santo cadáver alcanzó pronto la fama de los milagros, y como consecuencia inevitable, el pueblo cristiano de Alemania emprendió peregrinaciones a San Gall. Los peregrinos, como es de suponer, no iban nunca con las manos vacías, y con el crédito del convento aumentaron de consiguiente sus bienes. Sin embargo, hubo de pasar por muchas pruebas; varias veces evitó difícilmente la destrucción y sólo floreció verdaderamente por espacio de cuarenta años, bajo la dirección de San Otmar (720-760), a quien se debe considerar como primer abad verdadero de San Gall. El convento se ensanchó y embelleció considerablemente, aumentándose al mismo tiempo mucho su propiedad territorial. En los antiguos documentos se habla ya de una residencia propia del abad (*palatium*), de habitaciones de los artesanos (*operarii*), y de una escuela donde se enseñaba a varios alumnos externos, es decir, muchachos y jóvenes que no estaban destinados a la vida monacal. La antigua modesta capilla de madera se sustituyó también por una iglesia de piedra, en cuyo coro, entre el altar mayor y el ábside, descansaba en un sepulcro de piedra el fundador del convento. Siguió después un período de contratiempos y confusión, producidos sobre todo por la envidia de los obispos de Constanza que entre otras cosas discutieron, aunque sin resultado, sobre la libre elección de sus abades.

Con la del gran abad Gozberto, en 816, inauguróse una época brillante para la fundación de Gall; aquel hombre, astuto y enérgico, era el verdadero modelo de un jerarca de la Edad media, en el buen sentido de la palabra; quiso hacer e hizo de su convento un instituto ejemplar; las dependencias del edificio se agrandaron y embellecieron, y en vez de la antigua iglesia erigióse una nueva y magnífica. El convento, rodeado de jardines, debía representar un mundo en pequeño y satisfacer todas las exigencias, necesidades y fines religiosos, científicos, industriales y artísticos de aquella época; al mismo tiempo debía ser una clínica para el cuerpo y el alma, un hospital, un albergue de forasteros, una escuela, una biblioteca y un taller; y efectivamente, todo esto fue San Gall. Al abad Gozberto se le debe considerar también como fundador de aquella biblioteca, que aún hoy día goza, con razón, de una fama universal, por sus raros tesoros antiguos. Entre estos se halla aquel célebre rollo de pergamino en cuya superficie está trazado el plano de construcción de un convento modelo, tal como se ideaba en la primera mitad del siglo IX, y por una mano tan experta, que se ha creído que su autor fue Einhart, ministro y arquitecto del emperador Carlomagno. El abad Gozberto no edificó sin embargo su convento con arreglo a este plano, que según parece se trazó sólo como bosquejo ideal del edificio.

La fundación de San Gall a orillas del Steinach nos ofrece en su desarrollo los orígenes y progreso del régimen monástico alemán: no cabe duda que este fue, en su tiempo, benéfico, y hasta podría decirse que los conventos antiguos de nuestro país eran otros tantos centros de civilización. Los monjes talaban los bosques, luchaban contra las fieras para conquistar la posesión del terreno, construían diques en los ríos, transformaban estériles yermos en fértiles campos, cuidaban de los pastos y del ganado, formaban jardines, dedicábanse al cultivo de las legumbres, plantaban árboles frutales y convertían en viñedo toda vertiente expuesta al sol. También ejercían y enseñaban todo lo concerniente a las artes y oficios, y establecían mercados inmediatos a sus colonias, a las cuales un religioso respeto aseguraba la paz. Así contribuyeron con todas sus fuerzas al desarrollo de la agricultura, de los oficios y del comercio, siendo también los más antiguos maestros de escuela de nuestro pueblo. Todo convento de alguna importancia tenía una escuela, en la que tanto los novicios como los alumnos externos, siguiendo las reglas del *trivium* y del *quadrivium*, se iniciaban en el reducido círculo de la ciencia de aquel entonces.

La escuela monástica modelo era la de Fulda, fundada en 804 y dirigida por uno de los hombres más sabios de su tiempo, Hraban Mauro; seguían en importancia las de San Gall, Reichenau, Hirschau, Weissenburgo, Korvey y otras. Como la lengua latina se había adoptado en general para toda instrucción superior, también fue en las escuelas la que se enseñó con preferencia; y a esto, y a la afición a la carrera monástica, debemos esencialmente la conservación y propagación por medio de copias de los tesoros de la antigua literatura. Sin embargo, la sabiduría y enseñanza monásticas debían cuidar también de la lengua del país, es decir, de la alemana, pues tenían que servirse de ésta para el pueblo; y como para la predicación, la instrucción religiosa y los actos del culto se escribían fórmulas alemanas de bautismo, confesión y oración, era también preciso componer diccionarios germano-latinos y latino-germanos para los efectos de la enseñanza. Esos glosarios y fórmulas, parte de los cuales tienen su origen en el siglo VIII, figuran entre los monumentos escritos más antiguos de nuestro idioma. El hecho de no haber sucumbido éste a la superior influencia que el latín tenía sobre él como lengua de la Iglesia, del Estado, del derecho y de la enseñanza, alcanzando por el contrario desde el siglo IX, según más adelante veremos, vida e importancia literarias, nos da evidente prueba de su vigor.

Al mismo tiempo que se establecían los conventos de hombres en Alemania, fundábanse los de mujeres, una vez reconocida por el misionero Bonifacio la importancia de la colaboración femenil en la cristianización de los alemanes. Tres monjas, Walpenga, Tecla y Lioba, han hecho célebres sus nombres como auxiliares del primer obispo alemán. La primera era priora del convento de Heidenheim; la segunda, abadesa del convento de Kitzingen, y la tercera, abadesa del convento de Bischofsheim a orillas del Tauber; este último fue durante mucho tiempo un centro favorito para la instrucción femenil. Desde el siglo VIII, la vida monástica femenina se propagó rápidamente en

Alemania; en todas partes existían ermitaños y ermitañas, y las clausuras de mujeres (*reclusæ*) iban aumentando en los conventos de monjas, cuya cifra se acrecentaba además considerablemente con los que fundaban las princesas y damas nobles. Según la regla, ninguna joven debía tomar el velo antes de los veinticinco años cumplidos; de modo que, a lo que parece, nuestros antepasados opinaban que hasta llegar a la edad de las solteras no era conveniente hacerse «esposa de Cristo». Hasta el siglo XI no eran muy rigurosas las leyes sobre el voto formal de las monjas; cierto que el hecho de quebrantarlo, es decir, el acto de casarse una monja debía castigarse con excomunión eclesiástica; pero en los primeros siglos de la Edad media se hacía poco caso de ella. Es evidente que las monjas de la época Carolingia no hacían tampoco mucho aprecio de tales cosas, pues las *Capitulares* del gran emperador demuestran que a éste le costaba no poco trabajo reprimir la disolución de muchísimas monjas; y en sus prescripciones y decretos vemos que no escaso número de «servidoras de Dios» no fueron fieles a su celestial esposo.

Afortunadamente, la diligencia y perseverancia del legislador, organizador y administrador dieron su fruto por lo que respecta a la agricultura, a la que hizo progresar teóricamente con sus ordenanzas y prácticamente con la institución de escuelas prácticas en sus propias fincas. En los campos también experimentó grandes mejoras la habitación de nuestros antepasados. La cabaña se convirtió en casa, el domicilio del hombre se separó de el del bruto. La casa del verdadero agricultor se subdividió en habitación, establo y granero. Una casa solariega comprendía un gran recinto amurallado o circuido de empalizada, dentro del cual se levantaban los siguientes edificios: 1.º la sala; 2.º la habitación de las mujeres, donde el ama de casa con sus hijas y las sirvientas se consagraban a hilar y tejer, y a las demás tareas domésticas; 3.º la sala de baños; 4.º las bodegas; 5.º el granero; 6.º otro depósito para la recolección; y 7.º establos separados para cada clase de ganado.

Entre las mujeres se conocían ya las labores finas, puesto que el problema cada vez más complicado del vestuario exigía de día en día mayor imaginación. Perfeccionábanse por lo mismo en el arte de la confección; sabían bordar artísticamente y trazar con la lanzadera del telar magníficas figuras en los tejidos, según se lee en las *Capitulares* de Carlomagno. Pero no se vaya a creer por eso que en las costumbres predominaran la honestidad y recato: en realidad distaban mucho de ello, hallándose invadida la sociedad por corrupción escandalosa.

Los edificios eran en tiempo de Carlomagno, muy sencillos; la madera era el material principal de construcción; pero data de aquella época la construcción de las casas de piedra y de ladrillo, y en lugar de edificarse habitaciones separadas, se reunió en un solo cuerpo las diferentes dependencias distribuidas en otros tantos pisos, puestos en comunicación por medio de escaleras interiores: también se abrieron al exterior balcones y se construyeron galerías. Los famosos palacios del emperador Carlomagno en Ingelheim, Aquisgrán y Neumagen eran de piedra y adornados con pinturas murales.

Sábese que en el año 895 se evaluaba la construcción y mobiliario de la casa en 12 sueldos de plata, por lo cual puede deducirse cuánto ha disminuido el valor de la moneda. Carlomagno emprendió también una reforma en el sistema monetario, sustituyendo la moneda de oro, entonces generalizada en el imperio occidental, con la de plata, y mandando acuñar de una libra de plata veinte *schildnige*. El célebre emperador se consagró por igual al fomento de la industria y del comercio, y entre otras cosas organizó un servicio de seguridad pública, para vigilar a los vagabundos y gente sospechosa: asimismo ejerció rigurosa vigilancia por lo que respecta a pesas y monedas; instituyó mercados y ferias, semanales y anuales, en los grandes centros de población, y construyó carreteras y puentes; y si no realizó su intento de unir el Rhin con el Danubio fue porque antes le sorprendió la muerte. Dícese, aunque esto no puede asegurarse, que también estableció el servicio de postas.

Si la parte material de la vida fue atendida, no lo fue menos la intelectual. Para fomentarla hubo de servirse, dadas las circunstancias por que atravesaba el país, de profesores extranjeros: mandó llamar de Italia arquitectos, pintores y músicos, y se rodeó de personas seglares y

eclesiásticas de verdadero saber, tales como Pedro de Pisa, Alcuino, Teodulfo, Adelardo, Pablo, Einhart y Angilberto. Fundó en su corte una escuela modelo y favoreció eficazmente la fundación de escuelas monásticas semejantes a las que establecieron Hrabán en Fulda, Hartmod en San Gall y Walfredo en Reichmau. El mismo emperador poseía el idioma griego, hablaba el latín, se consagraba al estudio de la gramática, retórica y astronomía; y tal era su afán por instruirse que aún durante la comida se hacía leer historias y gestas de los antiguos, según lo ha consignado su biógrafo Einhart. Como ya se ha dicho, era imposible que esta cultura se adaptara a la índole del pueblo germánico, ya que debía por su misma esencia tener el carácter cristiano-romano. Por la misma razón todos los trabajos artísticos de la época Carolingia, prepararon el camino al arte románico.

No obstante su prevención religiosa contra el paganismo germánico, Carlos no se dejó romanizar en absoluto. Fue por el contrario completo y genuino germano; por eso cuidó tanto del desarrollo y perfección del idioma nacional, según lo prueba su decreto ordenando se predicara en alemán en las iglesias; y fue aún más allá, pues empezó a redactar una gramática alemana, y dio nombres alemanes a los doce vientos y a los doce meses, nombres que aún se conservan en Suiza. Finalmente, para servirnos de las palabras de su ministro y biógrafo Einhart, «hizo copiar las antiguas canciones nacionales, puestas en boca de los héroes y en las que se narraban los hechos y las luchas de los antiguos reyes, con objeto de que el pueblo las retuviera en la memoria.» Desgraciadamente se ha perdido esta colección de antiquísimos cantos heroicos alemanes. Dícese que en el siglo XII existía todavía uno de estos manuscritos en Inglaterra, pero por desgracia también desapareció.

En la corte de Carlomagno se ofrecen los contrastes más salientes de la época, los tipos más diversos: germanismo y romanismo, paganismo, cristianismo e islamismo; legados del papa, embajadores del emperador de Bizancio, enviados del califa de Bagdad, obispos católicos y adoradores de Odín en Escandinavia, condes francos y alemanes, nobles sajones y frisonas, jefes eslavos y avaros, senadores romanos y jeques árabes de las orillas del Ebro. Este conjunto debió ser por demás abigarrado, a la par que en extremo variable, lo que se comprende dado el carácter de los tiempos y a pesar de que el palacio de Aquisgrán fue residencia favorita de Carlomagno. ¡Qué confusión de trajes, qué caos de lenguas, qué extravagante mezcla de pompa y de barbarie debió reinar allí en las grandes solemnidades y regocijos! Pero debe notarse además que la corte del emperador no era precisamente el lugar donde se observaban las más nobles costumbres, aunque tratemos de ser algo indulgentes en vista de la general relajación de las ideas y de los sentimientos de aquellos tiempos. A decir verdad, Carlos no se hizo culpable de la glotonería que en aquel entonces llegó a ser un vicio dominante; muy al contrario, era bastante sobrio en el goce de los placeres de la mesa, pero en cambio agradábanle mucho las mujeres, pues tenía cuatro esposas legítimas: la longobarda Bertrada, la suaba Hildegarda, la franca Fastrada, y la alemana Liudgarda; entre sus concubinas cítanse Adaltruda, Regina y Adalinda. Tuvo catorce hijos e hijas legítimos y naturales, de cuya educación cuidaba, dirigiéndola, según Eginardo, de modo que «hijos e hijas se instruyesen primero en las ciencias. Tan luego como su edad se lo permitiera, los varones debían montar a caballo, según costumbre de los francos, y ejercitarse en el manejo de las armas y en la caza; las hijas, en cambio, se ocupaban con la rueca y el huso, para no acostumbrarse a la holganza; y en general dábase a todos una buena crianza.»

Esta «crianza» u honesta educación de las doncellas, era, sin embargo, cosa rara, tanto, que más bien podría considerarse como muy excepcional. Las relaciones de ambos sexos en la corte de Carlomagno eran ciertamente hartamente ilícitas, tanto que el emperador hubo de cerrar no sólo un ojo, sino los dos, cuando su hija Hruotrud dio a luz un hijo natural, de cierto conde Rorich, y su otra hija Berta dos varones ilegítimos del preceptor de la corte, Angilberto. Lo que se cuenta de una tercera hija de Carlos, Emma, con su amante Eginardo, no pasa de ser una fábula poética, porque el emperador no tuvo ninguna hija de este nombre; pero caracteriza el buen tono y la buena «crianza» predominantes en la corte Carolingia. Mas tarde, después de la muerte del emperador, las princesas

faltaron a todos los deberes que les imponían el decoro y la honestidad, pues su hermano el emperador Ludovico se vio obligado a expulsar de la corte a los amantes de sus hermanas. En 808, el mismo Carlomagno hubo de adoptar medidas contra el exagerado lujo en los trajes: el edicto que al efecto expidió, aunque sólo condenaba la profusión de pieles, puede considerarse como el más antiguo de aquellos «reglamentos para los trajes», decretados cada vez con más frecuencia durante toda la Edad media por los príncipes de la Iglesia, los reyes y los magistrados de las ciudades, aunque sin resultado, pues ningún poder de la tierra iguala al de la moda, que como hija mayor de la necedad, en todos tiempos y lugares se ha burlado, burla y burlará siempre de los dioses y de los hombres.

El citado Angilberto, uno de los sabios de la corte de Carlomagno, y además yerno suyo, escribió en desdichados hexámetros latinos un panegírico biográfico del gran emperador: este producto de la musa palaciega sólo ha llegado en fragmentos hasta nosotros, cosa muy lamentable, pues en su conjunto nos habría dado una idea bastante clara de la vida en la corte Carolingia. Uno de los pasajes conservados cuenta, evidentemente copiando del natural, cómo la emperatriz Liudgarda, con sus dos hijastros Carlos y Pipino y varias de sus hijastras, todos montados a caballo, salían a cazar. He aquí una traducción por la que podrá formarse idea de la vida de los nobles a fines del siglo VIII.

«Liudgarda, la encantadora esposa del sublime Carlos, rodeada de numeroso séquito, sale por los altos pórticos al patio; su rostro podría competir con las rosas por su color y lozanía; la púrpura envidiaría el brillo de su cabellera trenzada; algunas cintas de oro sujetan el manto, y otras encarnadas rodean las sienes, blancas como la nieve; flota al viento la falda de hilo, dos veces franjeada de púrpura; el cuello está engalanado con piedras preciosas, y en la cabeza despiden rayos la corona de oro. Cuando así vestida se presenta, los criados de la corte abren paso a derecha e izquierda; monta en su corcel y brilla majestuosa ante el grupo de los nobles, que en el apogeo de su juventud, y con varonil y orgulloso continente rodean a los dos hijos del rey, Carlos y Pipino. El que lleva el nombre del padre, y que se le parece por sus formas, por su rostro y su genio, se presenta armado de todas armas, como el poderoso guerrero en las batallas. Después de la reina y de los príncipes, el ruidoso séquito cruza las puertas, acompañado del ladrido de los perros y del sonido de los clarines; siguen las princesas con un numeroso acompañamiento de damas, y a su frente avanza Hruotrud, majestuosa y altiva, montada en su corcel. Su rubia cabellera está sujeta por una cinta de color de púrpura, y en su cabeza ostenta una corona de oro. Entre las damas distínguese Berta, imagen fiel de su padre, tanto por su genio como por el rostro, la voz, los ojos y el carácter, sus blondos cabellos están enlazados con unas trenzas de oro y ceñidos por una diadema; una piel de marta acaricia su nevado cuello, y las costuras de su túnica desaparecen bajo brillantes piedras preciosas. Detrás va Gisela la hermosa, blanca y deslumbrante como la nieve: algunos hilos de púrpura cruzan el delicado tejido de su velo, que cubre el sonrosado cuello; su mano brilla como la plata, y como el oro su frente; sus ojos despiden rayos, y con inimitable gracia y aplomo refrena su impetuoso alazán. En pos de la brillante comitiva que avanza a galope rodeando a Gisela, su hermana Ruodhaid dirige su jaca, veloz como el viento: en su cabellera, en el cuello y los pies resplandecen las piedras preciosas de todos colores: y el manto de seda, sujeto sobre el seno por un broche de oro, flota al rededor de los hombros. Detrás va Theoderada, cuyas mejillas sonrosadas, cual las flores de mayo, contrastan con su cabello, rubio como el oro fino; lleva un collar de esmeraldas y un manto guarnecido de pieles grises; montada en un caballo blanco, la hermosa virgen pasa al galope, y tras ella Hiltruda cierra el cortejo de las hermanas, soberbia y magnífica entre la multitud de héroes que la rodean, dirigiendo sus caballos hacia el lugar de la selva donde la sombra protege a la brillante cabalgata.»

Si el gran emperador contempló alguna vez desde las ventanas de su palacio, como es de presumir, la salida de aquel lucido cortejo, que daba clara idea de todo cuanto su casa y su época podían ostentar en nobleza, hermosura, magnificencia, felicidad, esplendor y alegría; si vio aquel brillante grupo de sus apuestos hijos y hermosas hijas desfilando a la límpida luz de la aurora para

tomar parte en la alegre cacería, seguramente no acertó a pensar que toda la magnificencia carolingia, que toda su generación y menos aún su imperio, no durarían siquiera dos siglos: no pudo imaginar que inmediatamente después de su muerte (814), comenzaría con el reinado de su hijo Ludovico el período de la triste decadencia del poder universal Carolingio; no debió suponer en fin que el porvenir de su casa sería sólo una agonía lenta y sin gloria. He aquí otro ejemplo de esa eterna ley que dispone que la vanidad orgullosa de los hombres, de las dinastías, de las naciones y de las razas quede a la postre reducida a una nulidad efímera.

Pero aunque decayera el magnífico edificio del imperio Carolingio socavado interiormente por la separación cada vez más pronunciada de las nacionalidades de que se componía, su pensamiento fundamental y civilizador se mantuvo vigoroso y no dejó de ser eficaz para el Estado y la Iglesia; las ideas de la época carolingia conservaron su fuerza decisiva; el Imperio y el Pontificado, cuya buena inteligencia era la base de la teoría política predominante en la Edad media, llegaron a ser los polos sobre que giró el desarrollo social de muchos siglos. La legislación, la administración y la jurisprudencia marchaban en general por las mismas vías que Carlomagno señaló, aunque en los asuntos privados el tiempo introducía los consiguientes radicales cambios. Todas las señales exteriores de vida, especialmente en cuanto conciernen a la cultura intelectual, regíanse por las prescripciones de la Iglesia, que predominaron durante muchos siglos en las diversas naciones, aunque estas influyeran a veces en aquellas más o menos poderosamente.

Esa influencia se observa asimismo en la poesía cristiana mística del siglo IX, con la cual comienza la literatura poética de los alemanes, puesto que se han perdido los cantos religiosos y las epopeyas pagano-germanas de nuestros antepasados.

Dos producciones de esta poesía se distinguen mucho entre el escaso número de las demás, obras que tratando la misma materia difieren completamente en la forma: el *Heliand* (*Heiland*, Redentor), en antiguo dialecto sajón, y el *Krist* (Cristo), en antiguo dialecto de la Alemania superior. Ambas obras, llamadas *Armonías evangélicas*, tienen por asunto la vida de Jesús, según la refieren los Evangelios; pero ¡cuánta diferencia en el desarrollo de sus temas! Bien puede compararse a la que media entre la palabra hablada y la escrita, entre el arpa y el libro, entre el germanismo y el romanismo. Al poeta sajón que por mandato del piadoso emperador Ludovico compuso en la primera mitad del siglo IX el *Heliand*, debemos representárnosle como uno de los antiguos bardos del país, recitando oralmente su poema a sus compatriotas, o asistiendo quizás a una gran solemnidad religiosa. El autor del *Krist*, por el contrario, huyendo del ruido profano del mundo (*sonus inutilium rerum*, del ruido de las cosas inútiles, como lo llama en su prólogo latino), se oculta ansioso en su clausura monacal para inclinarse sobre sus rollos evangélicos, extendidos en su pobre mesa, o para escribir, o más bien pintar sus versos cuidadosamente, con la pluma de grulla, en la *charta pergamena* (hoja de pergamino) que tiene ante sí. El antiguo cantor sajón ha dado a toda su obra el carácter popular de su país, comunicando a su sencillo poema épico, cierto sabor nacional. Jesús aparece en ella rodeado de sus discípulos, como el duque de una tribu germana entre su séquito guerrero, y junto a María, «la más hermosa de las mujeres», «la bella joven» elegida por el *Dejen* (espada, héroe) José; el lenguaje de Jesús respira el sentimiento de veneración germánica hacia la mujer, como si en realidad hablara en los tiempos de Velea.

Esta poesía, fiel trasunto de la naturaleza, y escrita según las reglas de la antigua rima nacional, produce tal impresión, que llega a creerse fue Germania en realidad el país donde Jesús pasó su vida. El poeta del *Heliand* ha compuesto por lo mismo una obra muy importante y recreativa, obra en la que por última vez se reconoce el espíritu y carácter de la verdadera poesía popular de la nación de los primitivos tiempos. El monje benedictino Otfredo, que escribió su *Krist* en los años 863 a 872, en el convento de Weissenburgo (Alsacia), ha introducido por el contrario en Alemania la poesía sometida al arte, ofreciendo notable contraste con los cantos populares del país, calificados desdeñosamente por él de *obscenos* (*cantus laicorum obscenus*).

Cierto que al versificar las narraciones evangélicas no ha podido prescindir completamente del carácter germano nacional, pero en todas partes se reconoce que el sabio monje se propone en su poesía edificar a los lectores más bien que divertirlos; la moralidad, y no la narración, parece ser lo que más le interesa. El *Heliand* es un poema; el *Krist* un sermón; el primero es germano por su contenido y sus formas, el segundo, romano; y por eso mismo la poesía artificial de Otfredo produjo un importante cambio en el sentido romano, porque este autor empleó en vez de la métrica germana la rima final romana, las consonancias o asonancias que comenzaron a usarse en el latín bárbaro de la Edad media. Esto constituye un rasgo característico tan importante como puede serlo la introducción de una lengua extranjera en la legislación y en el culto nacional, pues todos sabemos que la poesía de un pueblo es la flor más delicada de su cultura, la expresión más íntima de sus ideas y aspiraciones. Nuestros antepasados, al abandonar la métrica antigua para adoptar la rima final, demostraron que habían perdido la fe en la posibilidad de seguir una nueva vía de progreso y deseaban obedecer las leyes del desarrollo de la civilización cristiano-romana, tales como Carlomagno las creara. Los sentimientos nacionales retrocedieron por de pronto tímidos y recelosos, refugiándose en lo más íntimo del corazón del pueblo; mientras que los principios eclesiástico-romanos predominaban orgullosos e intolerantes.

III.

ÉPOCA DE LOS OTONES

Jamás una voluntad enérgica y poco escrupulosa, vigorizando el impulso del genio, ha encontrado obstáculos, aún tratándose de conducir a los pueblos fuera de la vía del natural progreso, reuniendo elementos opuestos a los que constituyen monarquías como la de Carlomagno; mas apenas se paraliza la mano dominadora por efecto del destino, o se hiel por la muerte, la obra elaborada por la fuerza, vuelve a dividirse y disgregarse en partes. Esto demostraron todos los llamados *conquistadores* o *señores del mundo*, desde Sesostris hasta Napoleón. Las dos potencias más grandes de la época reunidas, la espada germana y el báculo romano, habían erigido el edificio del Estado carolingio; mas a pesar de esto fue poco duradero, en primer lugar porque el interés común de esas dos potencias sólo era pasajero y ficticio, y en segundo lugar porque una tercera potencia, el sentimiento nacional, se desarrollaba lenta, pero irresistiblemente.

La tradición asiática de la separación de los pueblos al construirse la torre de Babel vino a ser un hecho en el imperio universal carolingio. Los pueblos reunidos a la fuerza en aquel omnipotente conjunto no se entendieron ya entre sí, y por lo tanto, todos procuraron separarse; querían y debían hacerlo; querían desarrollarse en naciones independientes; tener su propia lengua y costumbres, sus propias leyes y su Estado. La obra de la romanización de los germanos que desde la emigración de los pueblos habitaban las antiguas provincias del imperio romano occidental, Italia, Francia y España, casi se había realizado ya. Los conquistadores germanos habían mezclado en aquellos países su sangre, su lengua, sus derechos y costumbres con los de los indígenas subyugados, y de esta mezcla, en la que la civilización superior de los conquistados triunfó completamente de la inferior de los conquistadores, resultó el romanismo con su lengua común en un principio, la romana o latina. A medida que los diversos pueblos romanos iban separándose más y más, esa lengua se ramificaba en los distintos dialectos franceses, italianos y españoles, que formaron luego como un todo compacto, como un nuevo tronco de idiomas junto al germano, o mejor dicho, opuesto a él, pues la oposición del germanismo y del romanismo fue pronto uno de los agentes más eficaces de la historia. Lo fue tanto más, cuanto que los germanos romanizados profesaban un odio mortal a Germania, su madre patria, odio salvaje y propio en todo tiempo y en todas partes de los apóstatas de la nacionalidad contra sus compatriotas, porque la conciencia culpable les irrita sin cesar. Ejemplo de ello tenemos en los alsacianos y otros apóstatas del germanismo.

El contraste que ofrecían en punto a política e idioma los elementos germanos y romanos se dio a conocer por primera vez con motivo de la célebre conferencia y conciliación habida en Estrasburgo en febrero de 842, en la que los hijos del desgraciado partidario del Pontificado, Ludovico, llamados Ludovico como su padre el uno y Carlos el otro, se coligaron contra su hermano Lotario. Para que los ejércitos de ambos pudieran comprenderlos, los dos hermanos, aliados contra el tercero, hicieron el juramento de alianza de modo que el ostro-franco Ludovico, llamado comúnmente el alemán, juró en el latín empleado entonces (*pro Deo amur et pro christian poblo et nostro común salvament*); y el franco-occidental Carlos a su vez juró en el dialecto antiguo usado a la sazón en la Alemania superior (*theneid geleistit tener, siueno bruodher Ludhuwige gesuor*, prestó el juramento que a su hermano Ludovico había hecho) según nos refiere en sus *Cuatro libros de historias* un primo de los príncipes aliados, nieto igualmente de Carlomagno, el conde Nithard, hijo del sabio Angilberto y de la hermosa Berta.

Este cronista de elevada alcurnia, aunque bastardo, después de describir la conferencia de Estrasburgo (libro 3. cap. 6), habla en cierto pasaje de una diversión guerrera, en la cual debemos

ver el mas antiguo ejemplo consignado en la historia de los torneos caballerescos de las épocas siguientes. Nithard refiere que sus dos primos se dirigieron a Wormatia (Worms), Ludovico por Spiron (Espira), y Carlos cruzando los Wasagus (Vosgos) por Wizzunburg (Weissenburgo), a fin de situarse con sus séquitos en un mismo campamento, entre la primera ciudad y Magonteiakum (Maguncia). Los dos poderosos señores, «ambos de estatura regular, de formas esbeltas y proporcionadas, y aptos para cualquier ejercicio», organizaron en aquel campamento frecuentes torneos para ejercitar su destreza. Nuestro historiador, que asistió a estas diversiones, las describe del modo siguiente: «En una plaza elegida y preparada al efecto reuniéronse los combatientes, mientras que al rededor se apiñaba todo el pueblo; primeramente se presentaron por ambos lados grupos iguales de sajones, vascos, austrasios y bretones, que lanzaron sus caballos a la carrera para comenzar la lucha; después, unos hicieron volver grupas a sus corceles, y cubriéndose con sus escudos, intentaron evitar con la fuga el ataque de sus adversarios, mientras que estos perseguían a los fugitivos. Por fin, ambos reyes, rodeados de sus jóvenes guerreros, pusieron al galope sus caballos, y blandiendo sus lanzas, precipitáronse uno contra otro, y dándose, ya el uno ya el otro, a la fuga, imitaron las diversas maniobras de una batalla. Fue un espectáculo admirable por la magnificencia y el orden reinantes, pues ni un solo individuo, entre tan numerosa multitud y pueblos tan diferentes, se atrevió a herir o insultar a otro.»

El convenio de Estrasburgo de 842 sólo fue el prólogo de otro mucho más importante, que al año siguiente se efectuó en Verdún entre los tres carlovingios Lotario, Carlos y Ludovico, y a consecuencia del cual los nietos de Carlomagno dividieron en sus partes naturales el imperio que su abuelo constituyó por la fuerza de las armas, distribuyéndolas entre sí de modo que Lotario recibió la Italia, Borgoña y la corona imperial; Carlos la Francia occidental (Francia), y Ludovico la oriental (Alemania). Este reparto sólo era la confirmación por la ley política del hecho histórico, de separarse los germanos de los romanos, subdividiéndose estos otra vez en varias fracciones. El sueño de la unidad política del cristianismo occidental había tocado a su fin. Un genio superior, inspirándose en las ideas de su época, y aprovechándose de los medios que ésta le ofrecía, quiso realizar el antiguo y siempre nuevo ideal de una poderosa unidad, de la fraternidad de los pueblos; pero el egoísmo romano no vive ni trabaja para favorecer los intereses generales, mientras por otra parte el espíritu de las nacionalidades será siempre hostil a esas teorías unitarias. Los hombres no son hermanos por su origen sino enemigos, y lo mismo sucede con las razas y las naciones. Así debe ser, pues sólo el continuo roce entre los hombres, las naciones y las razas facilita el desarrollo de la humanidad, que no es otra cosa sino lucha perpetua. Las ideas sobre una fraternidad de hombres y de pueblos cuya consecuencia sea una paz eterna, son hijas de la fantasía, puros desvaríos, como se ha demostrado hasta en la más poderosa forma de su encarnación, es decir en la religiosa, en todas partes y en todos tiempos. ¿Acaso se han aborrecido, atormentado y asesinado menos los cristianos unos a otros que aquellos que se llaman gentiles? ¡Muy al contrario! Precisamente bajo las banderas de la religión que tiene por divisa el amor al prójimo, los hombres y los pueblos han cometido entre sí los crímenes más horrendos.

Del año 843 data, pues, la separación nacional, la independencia política de Alemania. La forma de gobierno siguió siendo por lo pronto la monárquica-carolingia, pero la debilidad de los ineptos sucesores de Ludovico el Alemán dio lugar a la paulatina decadencia de la monarquía. Lo más funesto fue la renovación de la antigua dignidad ducal, abolida por Carlomagno en favor de la unidad del imperio. Ciertamente que los nuevos duques sólo eran en rigor empleados reales, pero esto se olvidó pronto, porque tanto los duques como los margraves obtuvieron su dignidad y poder con carácter hereditario; y de aquí resultó, como era de esperar, que de simples empleados pasaron a ser príncipes por herencia, sustrayéndose cada vez más a la autoridad real. Los grandes propietarios, la antigua y nueva nobleza, imitaban el ejemplo, y como no existía una mano bastante fuerte para reprimir la república aristocrática, renacida de entre sus cenizas, el desgraciado espíritu separatista de los alemanes, el funesto particularismo desarrollábase de una manera extremada. En 887 la aristocracia alemana tenía ya bastante fuerza para arrojar del trono al rey y emperador Carlos el

Gordo, y coronar al sobrino del destituido, el duque Arnulfo de Carintia. A decir verdad, el pobre Carlos no era hombre de bastante temple para oponerse, ni siquiera débilmente, a las pretensiones cada vez mayores y más acentuadas de la curia papal, que con sin igual astucia supo aprovecharse de las complicaciones que siguieron a la muerte de Cario-Magno. El sumo pontífice exigía, además del poder supremo espiritual, que en su concepto le pertenecía, el poder político, pretendiendo sobre todo que la investidura de la corona imperial le correspondía de derecho.

Sabido es que Roma apoyó todas estas exigencias monstruosas, particularmente por una falsificación pública, es decir, por las falsas «decretales», llamadas de Isidoro, colección de supuestos fallos y decretos de antiguos concilios, formada fraudulentamente, poco a poco, por los jerarcas, para ulteriores fines. Como la falsedad era tan grosera, la consecuencia natural fue que se creyese mejor su certeza; y por eso durante toda la Edad media estas llamadas decretales de Isidoro fueron la piedra fundamental de la doctrina jerárquica emanada del obispo romano. Sin embargo, para no faltar a la verdad histórica debemos reconocer que los prelados fueron los que intentaron sostener en los países alemanes la dignidad real unitaria, que por de pronto servía mejor aún a sus propios intereses contra los duques sajones, francos, alemanes, bávaros y lorenenses, los cuales hacían grandes esfuerzos para conseguir su completa independencia. No obstante, la monarquía parecía perdida cuando con la muerte del hijo de Arnulfo, Ludovico el Joven, que murió sin descendencia, extinguióse la casa Carolingia en Alemania (911). A los grandes del imperio no les pareció conveniente elegir un nuevo rey de la rama franco-carolingia, que debía vegetar hasta el año 987 y se extinguió entonces con la muerte de Ludovico el Holgazán (*fainéant*).

Pero la idea del imperio, el pensamiento de la unidad, tal como le concibió y realizó Carlomagno, no podía borrarse completamente de la memoria de las tribus alemanas, sobre todo cuando las incursiones de los normandos y de los magiares, que invadieron las Marcas alemanas del norte y del este, evocaron con más fuerza el recuerdo de la paz y seguridad de que el imperio había gozado en tiempo de su poderoso fundador. Las correrías de los magiares, en particular, que todos los años se repetían, es decir, las horribles y destructoras invasiones en Hungría de aquel pueblo nómada, horda de bandidos montados, de origen finlandés-tchudico, reclamaban imperiosamente una reunión de fuerzas alemanas para acudir a la defensa del país. No faltó entonces un príncipe inteligente y magnánimo que subordinara al bien general los intereses particulares: este fue el duque de los sajones, Otón el ilustre, a quien se hubiera ceñido la corona real si el anciano príncipe no hubiese preferido verla en la cabeza de un hombre joven y vigoroso. Por su influenciase verificó en Forchheim (8 de noviembre de 911), a orillas del Regnitz, un importantísimo acto político: la primera elección de un rey de los alemanes. En dicho día, los condes y señores de Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena, reunidos en Forchheim bajo la presidencia de Otón, eligieron rey de los alemanes al duque de los francos, Conrado, hombre vigoroso y experto en el arte de la guerra (*vir strenuus bellorumque exercitio doctus*, según dice un contemporáneo más joven, el longobardo Liutprando); y como a tal le saludó con júbilo el pueblo reunido frente al palacio en que se verificó la elección. Desde aquel día subsistió en nuestro país la monarquía electiva, conservándose este régimen durante nueve siglos. La asamblea de Forchheim evitó la división de la unidad nacional, pero también creó, o por lo menos renovó, una forma política que debía ser un continuo peligro para la unidad de la nación, impidiendo el desarrollo sucesivo del Estado nacional.

En su lecho de muerte, después de haber luchado valerosamente en numerosos combates por la conservación de la unidad del imperio y de la autoridad real, el rey Conrado recomendó por sucesor a su adversario, el duque de los sajones Enrique, imitando y recompensando así la generosidad de que en otro tiempo le dio a él pruebas el padre de Enrique, Otón el ilustre. En virtud de esta recomendación, el sajón Enrique, llamado el *Pajarero* (*Finkler*, cazador de pinzones), fue elegido en abril o mayo de 919, en Fritzlar, a orillas del Eder, rey de los alemanes, y acto continuo comenzó a dirigir con prudencia, energía y buen éxito, las riendas del gobierno del reino. Dos hechos, entre todos los demás, distinguieron principalmente su reinado: la completa expulsión de los magiares en el exterior, y en el interior la protección y fundación de las ciudades. Por punto

general, Enrique fue uno de los hombres más capaces que jamás ciñeron corona. Hubiérase creído que su influencia y autoridad no lograrían transformar el imperio alemán electivo en un imperio hereditario; pero poco antes de su muerte, la aristocracia alemana accedió a su deseo, consintiendo en elegir por heredero de la corona a su hijo Otón, en la asamblea reunida en Erfurt. En agosto de 936 tuvo lugar en el antiguo palacio imperial de Aquisgrán la elección solemne de Otón por los duques alemanes y los demás grandes barones del imperio. El arzobispo de Maguncia ungió y coronó al rey elegido, en cuyo acto figuraron por primera vez los llamados *Erzaemter*¹⁶ del imperio alemán. El duque Giselberto de Lorena desempeñó las funciones de archicamarero, el duque Arnolfo de Baviera las de archimariscal, el duque Eberardo de Franconia hizo las veces de maestra-sala y el duque Herman de Suabia las de archicopero.

Las ideas y aspiraciones de Otón tenían por objetivo grandes empresas, pero agradábale más aún la magnificencia; y he aquí porqué en vez de seguir el ejemplo de su heroico padre y de erigir un reino alemán, intentó renovar el imperio romano occidental de Carlomagno, seducido por el brillante fantasma de la corona imperial, la cual le ciñó en Roma (962) su protegido el papa Juan XII. Con esta transferencia del imperio a los alemanes, según se llamaba exageradamente a tan menguada dignidad, inició aquella insensata aspiración imperial que durante la Edad media tantos perjuicios acarreó a nuestro pueblo así como al pueblo italiano, provocando aquella segunda y no menos insensata pretensión que sostuvieron las argucias del Pontificado. Cada una de las peregrinaciones emprendidas por los reyes alemanes con el carácter de expediciones cuyo objeto era conseguir de Roma la corona imperial, sólo sirvieron realmente para disminuir su poder, aumentando el de los papas. No en su calidad de emperador romano, sino como rey alemán, Otón I llevó a cabo la hazaña que quizás justifique su sobrenombre de Grande. Fue ésta la brillante victoria que a sus órdenes alcanzaron las huestes alemanas sobre los húngaros en 10 de agosto de 955 en el Campo de Lech, cerca de Augsburgo, concluyendo desde entonces para siempre con la temible plaga de los magiares.

El principio de la dignidad real hereditaria entre los alemanes parecía ya fundado sobre una base firme; la corona real e imperial pasó de Otón I a Otón II y luego a Otón III; pero al morir éste en Roma (1002) antes de cumplir los 22 años, extinguióse el esplendor de la dinastía imperial de los Otones, después de haber pasado por peligrosos períodos de crisis. Cuando murió el emperador Enrique I biznieto del rey Enrique, que, al contrario de los tres Otones, buscó el centro de gravedad del poder imperial en Alemania, y no en Italia, considerando sin embargo, con sobrada parcialidad, al clero como tal centro, extinguióse para siempre la dinastía imperial sajona (1024). A la par que sus errores y faltas, deben consignarse también sus grandes méritos, pues manifestó marcada propensión civilizadora. Además, el rey Enrique I y el emperador Otón I fueron verdaderos «acrecentadores»¹⁷ del imperio alemán, gracias al vigor y perseverancia con que, conquistando y colonizando, extendieron más y más las Marcas orientales por el país de los eslavos.

El siglo X inició o continuó, bajo el imperio de la dinastía sajona, profundos cambios sociales en nuestro país, produciéndose un importantísimo fenómeno en la historia de la civilización, y es que a medida que la agricultura alemana hacia progresos, la posición política de los labradores alemanes empeoraba: lo primero se debió a la fundación de las ciudades; lo segundo a la movilidad de los ejércitos, reclamada por las invasiones de los magiares. Si bien se considera, los ciudadanos alemanes deberían venerar al rey Enrique como santo, no porque fuera él, como a veces se dice, quien fundó las ciudades alemanas, pues antes de su tiempo ya existían muchas, y entre ellas no pocas de la época de los romanos, sino porque abrió a los habitantes de las ciudades el camino para que pudiesen llegar a ser ciudadanos con derechos políticos; el cómo, lo indicaremos más adelante, limitándonos sólo ahora a decir lo necesario. El gran rey, que comprendía la importancia de una

16 Traducido literalmente *archicargo*, cargo que correspondían a los electores alemanes cuando se hallaban en presencia del emperador.

17 Título de los emperadores alemanes: «siempre acrecentador del imperio.»

clase media, mucho más claramente que no pocos de sus sucesores, procuró ante todo el abastecimiento de las ciudades, ordenando que todos los grandes actos políticos y los festejos se verificaran dentro del recinto de las poblaciones, concediendo a estas el derecho de establecer mercados y acuñar moneda. Después procuró encumbrar moral y políticamente a los ciudadanos, cuya mayoría había salido del estado de los *siervos*, otorgándoles, al menos hasta cierto grado, los derechos civiles. A consecuencia de estas concesiones de Enrique, la industria y el comercio de las ciudades se desarrollaron visiblemente, y con el aumento de riqueza aumentó la seguridad, pues los *castillianos* (así se llamaban los habitantes de las ciudades ceñidas de muros) de un *burgo* o castillo (de la palabra goda *baurgs*, con que ya Ulfila tradujo la palabra griega *polis*), para distinguirse de los aldeanos o labradores, dedicábanse muy especialmente desde los primeros tiempos al servicio de las armas.

Los terrenos de las ciudades, cuyo cultivo había proporcionado alimento a la mayoría de sus habitantes durante mucho tiempo, estaban por lo tanto más protegidos y de consiguiente mejor labrados que los de las aldeas. La fertilidad de los campos de las ciudades servía además de estímulo a los labradores de la comarca, tanto más, cuanto que se les ofrecía la seguridad de encontrar buenos mercados en las ciudades para vender los productos de una agricultura mucho más perfeccionada. Por otra parte, los oficios debían adquirir mayor importancia y exigir mayor número de trabajadores en las ciudades, porque sin cesar aumentaba el de las personas que deseaban y podían satisfacer nuevas necesidades. La habilidad en trabajar toda clase de materiales, piedra, madera, cuero, metales y otros productos aumentó, gracias a la competencia suscitada por la reunión de los artesanos de las ciudades. El descubrimiento y más acertada explotación de las minas metalíferas en el Harz y en el Fichtelgebirge produjo un visible adelanto en la industria metalúrgica. La industria de las ciudades, empero, necesitaba dar mayor salida a los productos elaborados, y de consiguiente una importación siempre más considerable de las primeras materias. Ambas exigencias indujeron a los ciudadanos comerciantes a extender más y más sus empresas, y por lo tanto aumentaba la circulación en las antiguas vías de tráfico, abriéndose además otras nuevas.

Todo esto también debía producir efectos benéficos en los labradores, pues el valor de los terrenos aumentó, y al mismo tiempo aumentaron los precios de los frutos y del ganado; pero al paso que era mayor el bienestar material de los labradores alemanes, estos sufrían un perjuicio moral y político incalculable, pues por lo regular veíanse obligados a renunciar a las armas. Sólo en las regiones donde el labrador conservó el derecho y el vigor necesario para usarlas se han conservado también las ideas y el espíritu de los antiguos germanos libres; pero estas regiones constituyen una excepción. En general los labradores no podían ya responder al llamamiento de los ejércitos reales, sobre todo desde los tiempos en que las invasiones de los magiares de la Pussta impusieron la necesidad de rechazar estas invasiones con fuerzas de caballería, como las del enemigo, y atender a la defensa. Este servicio especial de la época de los Otones dio su origen a los caballeros alemanes; pues un caballero no fue en un principio otra cosa sino un jinete que montado en su propio caballo, llevando por armas defensivas casco, coraza y escudo, y armado de lanza y espada, se reunía con el ejército. A los labradores no les era posible pagar los gastos que el servicio de caballería reclamaba; por esta razón iban dejando para la nobleza el uso de las armas, y una vez perdido el derecho de llevarlas, perdieron pronto también el que tenían a los honores políticos, entregando sus personas y bienes a los señores eclesiásticos y seculares, que cumplirían por ellos con el servicio militar armando pecheros montados. Los más de estos aldeanos descendieron al estado de *siervos*, y de este, en muchos puntos, al de esclavos o siervos. Sólo quedaban dos refugios donde el labrador o sus hijos podían librarse de tan mísera existencia: el convento y la ciudad; y aquí añadiré de paso que la palabra alemana *stadt*, ciudad, aparece escrita por primera vez a fines del siglo X, en la obra del monje Notker, el Tartamudo, de San Gall. El orden sacerdotal podía favorecer al que naciera siervo haciéndole ingresar en una sociedad, dentro de la cual se abría una carrera brillante al talento y la energía; el siervo que se refugiaba en el interior de una ciudad podía tener esperanzas de llegar a ser ciudadano, o de asegurar por lo menos a sus hijos el ingreso en tal

estado. La opresión que pesaba sobre los labradores redundó, pues, por una parte en beneficio de la Iglesia, y por la otra en favor de la ciudad: lo mismo aquélla que ésta reunieron así nuevas y numerosas fuerzas del oprimido pueblo.

El género de vida de nuestros antepasados en aquella época guardaba en todas las clases relación con el estado y la fortuna, pero en general era muy sencillo y hasta rudo. Las antiguas costumbres, en las que aún se reconocían vestigios muy marcados de la vida en las selvas vírgenes, parecían estar en abierta lucha, entre las clases nobles, con los usos de la corte de los Otones, que favorecían la civilización romana. La relajación de las relaciones de ambos sexos continuaba siendo la misma que en la época carolingia; los grandes del imperio procedían también muy arbitrariamente en los asuntos matrimoniales, sobre todo porque aún no se consideraba como indispensable el casamiento eclesiástico para tener validez ante la ley. Este acto se verificaba todavía según las primitivas costumbres germanas, y ni aún en los desposorios de los príncipes encontramos nada que se refiera a intervención del clero. Enrique el Cazador robó de un convento a su primera esposa, la encantadora monja Hadburga, y sólo un año después, cuando se hubo ya cansado de ella, ocurriósele la idea de que en rigor no era permitido casarse con una monja, por lo cual la hizo volver a su clausura. Más nos agrada otro episodio de la vida del gran rey, cuando solicitó la mano de su segunda esposa, la bella Matilde, hija del conde Dietrich de Ringelheim, educada a la sazón por su abuela en el convento de Herford. Seguido sólo de algunos compañeros, cual si fueran gente de humilde condición, así lo cuenta el biógrafo contemporáneo de la reina, Enrique entró en la iglesia del convento, donde la bella y modesta niña oraba en medio de las monjas, arrodillada junto a su abuela, que era la abadesa. Después de haberla contemplado mucho tiempo salió de la ciudad, vistióse el traje real, y volviendo con gran séquito se presentó a la superiora, solicitando ver a la hermosísima virgen. Matilde salió entonces; sus mejillas, blancas como la nieve y teñidas de rubor, parecían delicadas azucenas junto a encarnadas rosas; y al fijar Enrique sus ardientes miradas en la virgen, despertó con tal fuerza su pasión, que los esponsales hubieron de celebrarse sin tardanza. Con el consentimiento de la abuela, pero sin que lo supieran los padres, se condujo a la novia al día siguiente y con torios los honores debidos, a la residencia del novio, celebrándose la boda en Walhausen. Aquí gozaron ambos cónyuges de los placeres de una unión legítima, y Enrique regaló a su joven esposa, como dote, la citada ciudad con todo cuanto estaba a ella anexo.

Matilde, madre de Otón el Grande, fundó la célebre abadía de Quedlinburgo y fue una de las mujeres más inteligentes y virtuosas de su época; ejerció gran influencia en su esposo, y con ella da principio la serie de reinas y emperatrices alemanas, que con más o menos inteligencia y fortuna se ocuparon también de los asuntos políticos. Así lo demostró también Adelaida, segunda esposa de Otón I, hija del conde Rodolfo de Borgoña, trabajando en favor del imperio después de su esposo. Su contemporáneo y biógrafo, el abad Odilón de Cluny, poseído de una veneración tan profunda como justificada, dice de esta ilustre princesa que era afable, digna en sus costumbres, bondadosa y caritativa hasta lo sumo, humilde en la felicidad, resignada en la desgracia, sencilla en su modo de vivir, y en una palabra, resumiendo todas las alabanzas, que durante toda su vida la ilustre señora fue madre de todas las virtudes y de la moderación. Aquí encontramos ya la palabra *die mæze* (la medida, la moderación), usadas para indicar la más excelsa de las virtudes femeninas, tal como la cantaron después dos de los más grandes poetas alemanes de la Edad Media, Gualtero de la Vogelweide y Godoiredo de Estrasburgo, lo cual prueba que nuestros antepasados conocían y sabían apreciar muy bien la verdadera esencia de la nobleza femenil.

La esposa de Otón II, la bizantina Teofana, supo dirigir y conducirse con habilidad suma en los asuntos alemanes, y aunque con harta frecuencia no pudo menos de burlarse de la «barbarie» dominante, favoreció con mucho celo e inteligencia el estudio de los autores y lenguas clásicas entre los «bárbaros» del Norte; pero también introdujo las refinadas artes del tocador y las costosas modas en el vestir entre las «rudas alemanas», que con sobrado afán se ocuparon de este elemento de la civilización. El buen obispo Thietmar de Merseburgo nos habla en su crónica de estas y otras

exageraciones de sus contemporáneos, deplorándolas amargamente. Es posible que el devoto varón haya pintado esta vez su cuadro con colores más lúgubres de lo que debiera, pero de todos modos, harta razón habrá tenido para condenar la «multitud de meretrices» y hablar de las muchas mujeres adúlteras, entre las cuales había más de una que excitaba a su amante a dar muerte a su esposo. En aquel tiempo, la condesa Adela de Hamaland se cubrió de infamia por sus monstruosos crímenes: esta mujer, hija de una casa condal, y que tenía propiedades en Sajonia y Lorena, estaba verdaderamente dominada por el instinto de la avaricia y la lujuria, y por la sed de sangre. Después de asesinar a su hermana Liutgarda, a su propio hijo Dictrich, y su primo Wichmann, sólo expió estos crímenes con la pérdida de sus bienes, lo cual la obligó a recorrer el país como mendiga durante su vejez. Característico es también de las costumbres de aquella época el hecho de que la primera mujer de Otón el Grande, la anglosajona Editha, y Cunigunda, segunda esposa de Enrique II, acusadas de adulterio, aunque injustamente, se vieran en la precisión de sufrir las pruebas llamadas ordalías para purificarse de la vil sospecha.

Por otra parte puede asegurarse que muchas mujeres alemanas del siglo X favorecieron activamente las más elevadas tendencias espirituales de aquella época. Los palacios reales y episcopales, y los conventos de frailes y de monjas fueron los sitios donde se consagraban principalmente al estudio y a la imitación de la literatura latina. Los sabios extranjeros y nacionales podían estar seguros de obtener una acogida favorable en la corte de los Otones, como lo reconocieron entre otros los dos célebres obispos Rather de Verona y [Liutprando de Cremona](#). Y no visitaron aquella corte solamente hombres cuyo saber y actividad se limitaba a la filología y arqueología, sino también otros muchos, entre los cuales se distinguió Gerberto, maestro de Otón III, que procedente de Auvernia fue elevado más tarde por su discípulo a la sede pontificia. Este hombre poseía tan profundos conocimientos en física y matemáticas, que sus contemporáneos le tuvieron por brujo, porque había construido un antejo de larga vista, una especie de máquina calculadora, un órgano de agua y varias máquinas hidráulicas. Los adelantos de Gerberto en la técnica comunicaron un rápido impulso a los talentos artísticos del país, particularmente a los obispos Bernward de Hildesheim y Meimwerk de Paderborn. La piadosa afición de los eclesiásticos y seglares a construir sitios dignos del culto divino contribuyó poderosamente a la actividad artística que a la sazón estaba en sus principios en Alemania. Fácil es comprender que esta actividad no fue por el pronto, ni pudo ser durante mucho tiempo, más que una imitación, pues todas las muestras venían de más allá de los Alpes, y además también se experimentaban las influencias bizantinas.

El estilo arquitectónico que Carlomagno eligió al encomendar al abad Ansigis la construcción de la catedral de Aquisgrán, el primero y más grandioso templo erigido en territorio alemán, era un compuesto de elementos bizantinos y árabes, en los que prevalecieron los románicos, que en la época de su apogeo, es decir antes de que el estilo germano predominase, creó en territorio alemán edificios como las catedrales (en alemán *muenster*, del greco-latino *monasterium* que en rigor significa lo mismo que *claustrum*, en alemán *Kloster*, convento) de Quedlinburgo, Constanza, Schaffhusa, Zurich, Hildesheim, Espira, Worms y Maguncia (estas cuatro últimas se llaman en alemán *dome*, del latín *domus*, es decir *domini*, casa del Señor). En los siglos X y XI la escultura y la pintura alemanas pudieron ya adornar convenientemente el interior de estas grandiosas creaciones arquitectónicas: la primera hizo por lo pronto ensayos en la fundición, en el corte y pulimento de los metales; ejercitose en grabar sellos, en forjar y cincelar cajas de reliquias y cálices; pero en estos objetos el oro y la plata no se empleaban al parecer sino para engarzar las piedras preciosas; también se aprendió a transformar las láminas de oro y plata en relieves a cincel, usados sobre todo como adornos del altar mayor de las iglesias.

En la fundición del bronce se hicieron tales adelantos que ya en 1015 las puertas de bronce de la catedral de Hildesheim pudieron adornarse con representaciones plásticas de la Biblia. También el arte de grabar en madera y marfil hacia progresos; pero la escultura en piedra estaba en cambio atrasada, tanto que hasta el siglo XII no llegó a su perfección; empleóse por lo pronto en la decoración y se presentó como humilde servidora de la arquitectura. La pintura comenzó

igualmente a dar señales de vida en Alemania, haciéndose con ella adornos en los manuscritos, en las paredes y la madera, pero con bastante tosquedad; destinábase con preferencia al servicio de la Iglesia, que cuidaba muy principalmente de que sus libros rituales se pintaran con la posible magnificencia. Fácilmente se comprenderá que no puede esperarse gran cosa de los restos de la pintura mural en madera así como de los mosaicos que de la época de los Otones han llegado a nosotros; la que más había progresado era la pintura en miniatura de los manuscritos; y sin embargo, hasta el siglo XI no comenzó a elevarse poco a poco sobre las tradicionales formas bizantinas. El arte de bordar recibía notable impulso desarrollándose cada vez con más riqueza, y empleábase sobre todo en la confección de vestiduras sacerdotales. Un género enteramente nuevo del arte plástico, la pintura en vidrio, es invención de nuestros antepasados; comenzó a usarse en nuestro país a fines del siglo X y algunos alemanes la introdujeron en los pueblos vecinos: como pintura decorativa de los ventanales, se usó por primera vez, según parece en el convento de Tegernsee, en Baviera. Por último, también se trabajó mucho en la época de los Otones para perfeccionar la música y el canto sagrados, lo cual no impidió que la princesa bizantina Teofana, cuando por primera vez oyó cantar misa a los sacerdotes alemanes, juzgara que el conjunto no era más armonioso que aquel «graznido de cuervos», que el emperador Juliano creyó oír seis siglos antes cuando escuchó las canciones populares alemanas.

Uno de los hombres que más contribuyó a impulsar esta empresa civilizadora en la época de los Otones fue Bruno, hermano menor de Otón el Grande, arzobispo de Colonia desde el año 953, y quizás el hombre más instruido en las ciencias de su época, excepto Gerberto. A pesar de ser príncipe y prelado no creía rebajarse al desempeñar por sí mismo las funciones de maestro de escuela, y en todas partes hallábase pronto a dar su consejo y prestar su eficaz auxilio cuando se trataba de proteger los intereses de la instrucción, mientras ésta fuese la romana, impuesta forzosamente a los alemanes, pues en la vida espiritual del siglo X no latía ningún corazón nacional. Ni el autor del *Heliand* ni tampoco el del *Cristo* habían tenido sucesores; nada nos dice la historia de esta época sobre una literatura exclusivamente alemana, pues predominaba la manía de latinizarlo todo; en la corte, en la cancillería, en la Iglesia, en la escuela, no se usaba más que el latín; escribíase en latín; se leía el latín, y el que trataba de hacer alguna composición poética no usaba más que el latín. Hasta nuestra antiquísima fábula de los animales y antigua epopeya de Gualterio de Aquitania se reprodujeron en forma de versos latinos. Aun no existía una prosa escrita alemana, lo cual explica que todos los cronistas no escribieran sino en latín: entre los de aquella época sobresalieron Witukind, el monje de Korvey (muerto en 1004), por su *Crónica de los Sajones*, y Thietmar obispo de Merseburgo (muerto en 1019) por su *Crónica de Merseburgo* que contiene una historia de la casa de los Otones y nos da indicaciones preciosas respecto a la historia de la civilización. La continuación de la crónica del convento de San Gall, escrita por el monje de dicho monasterio, Ekkehardo, el cuarto de su nombre, muerto en 1036, siendo *scholasticus* (director de escuelas) en Maguncia, es muy superior como tal a la *Crónica de Thietmar*. Estos «sucesos de San Gall» (*casus San Galli*) son sin duda la crónica monástica más interesante entre todas las demás, a la vez que una obra monumental en honor de la antigua vida de los monasterios.

En la descripción de Ekkehardo podemos estudiarla hasta en sus más minuciosos detalles y nos sorprende agradablemente reconocer que en los conventos importantes y bien administrados, como lo era el de San Gall en el siglo X, la escuela constituiría el verdadero centro de la existencia claustral. ¡Con qué claridad nos describe los apuros de la comunidad monacal durante las invasiones de los magiares! ¡Con qué valentía la guerra entre los monjes de San Gall y los de Reichenau! Conocido es sobre todo el capítulo X de esta *Crónica*, en el cual se refiere lo que le sucedió a uno de los Ekkehardos, el segundo de este nombre, llamado más tarde el «Palaciego» (*palatinus*), con la duquesa Eduvigis de Suabia. Esta sobrina de Otón el Grande estaba destinada a casarse con el emperador de Bizancio, pero habíase negado a ello. Más tarde la casaron con el anciano duque Burkard de Suabia, quien la dejó muy pronto duquesa, viuda y doncella a la vez; era hermosa, pero altiva, de carácter brusco y severa; en su calidad de soberana era verdaderamente

terrible (*terribilis*) para el país y sus habitantes. La duquesa era, por consiguiente, una hermosura de tipo varonil, como más tarde la reina Isabel de Inglaterra, aunque fue más casta que ésta. Las relaciones de Eduvigis con Ekkehardo no fueron amorosas: la dama había solicitado del abad de San Gall que la diera por maestro al joven benedictino, no sólo muy sabio, sino también hermoso, gallardo, de noble aspecto y mirada expresiva; y habiéndose accedido a la demanda, Ekkehardo, salía del convento, situado en el valle de Steinach, costeaba el lago de Constanza y el lago Inferior y dirigíase con frecuencia al castillo de Hohentwiel, en el Hegau, donde la severa duquesa tenía su corte. Allí le enseñó los secretos de la gramática, leyendo con ella los poetas romanos, sobre todo Virgilio y Ovidio. Los monjes de Reichenau envidiaron al de San Gall su noble discípula, que demostraba el agradecimiento que tenía a su maestro haciendo a la fundación de San Gall magníficos regalos. Cierta día que iba a Hohentwiel, Ekkehardo se detuvo en Reichenau, donde le dio hospedaje el abad del convento, Ruodmann, quien por lo regular se mostraba bastante hostil a sus queridos hermanos de San Gall. Al despedirse el malicioso abad dijo al oído del maestro de Eduvigis: «Dichoso tú, que puedes enseñar la gramática a una discípula tan hermosa.» A lo cual contestó sin vacilar Ekkehardo: «Y tú, oh santo del Señor, ¿no enseñaste también por ventura la dialéctica a tu querida discípula la hermosa monja Gotelinda?» Y así diciendo alejóse a la carrera. Bien vemos que estos monjes del siglo X eran algo aficionados a bromas. La severa duquesa, que no tenía nada de sensible, puesto que siempre estaba dispuesta a desollar a su gente a palos cuando cometía la más leve falta, envió más tarde a su maestro con eficaces recomendaciones a la corte imperial donde «El Palaciego» alcanzó una elevada posición, llegando a ser maestro de Otón II. La «terrible» señora murió en 994 a una edad muy avanzada, dándosele sepultura en la iglesia del convento de Reichenau.

Gerberga, hermana de Eduvigis, era abadesa del convento de monjas de Gandersheim, en el Harz, fundado por Hadumoda, hermana de Otón el Ilustre; y entre las hermanas hallábase también aquella Roswitha, mejor dicho Hrotsuith, cuya existencia y carácter de escritora ha puesto en duda la crítica moderna, pero que por lo pronto debe considerarse como personaje histórico, es decir como una figura característica en la historia de la civilización, puesto que esta monja del convento de Gandersheim fue la primera escritora alemana. Hallándose a la altura de la instrucción de aquella época, poseía perfectamente el latín y tenía facilidad en hacer versos; pero sólo consagró su fecunda pluma a los asuntos religiosos y de instrucción recreativa. No puede negarse que tenía mucho talento, mas también observamos en ella rasgos de la moderna pedantería de las marisabidillas. Esta monja escribía leyendas en verso sobre los santos, describía del mismo modo la fundación de su convento, y obedeciendo a una orden de la abadesa Gerberga, compuso un poema, más bien histórico que heroico, cantando las hazañas de Otón el Grande: le terminó en 968, y puede considerarse en rigor como una fuente histórica. Sin embargo, ha dejado un recuerdo más imperecedero por sus seis comedias, si tal podemos llamar a estos primeros ensayos, hechos en territorio alemán, de la poesía dramática. Las piezas de Roswitha son leyendas dialogadas, escritas siempre con tendencia recreativa y religiosa, y sin más objeto que poner de relieve la ciega fe que en los milagros tenían los hombres de aquella época: traslúcese muy bien en esas composiciones la marcada intención de censurar y sustituirse al «frívolo autor dramático romano Terencio, demasiado favorecido aún por los cristianos». Sin embargo, nuestra devota monja ha competido valerosamente con el bueno de Terencio en la elección de asuntos espinosos y delicados, con la sola diferencia de que procuraba desarrollarlos ascéticamente, sin usar por eso de un lenguaje demasiado casto. ¡Lástima que no sepamos si estos dramas monacales llegaron a representarse, cosa que tal vez no fuera imposible! ¿Quien sabe si las monjas de Gandersheim intentaron poner en escena dramas morales cuyo latín era bastante conocido de todas las hermanas? Como quiera que sea, podemos atrevernos a suponer que Roswitha no ha escrito sus «comedias» para tenerlas encerradas en su pupitre, sino para darlas a conocer a la comunidad; más de una larga noche de invierno las hermanas de Gandersheim se habrán divertido en el refectorio haciendo recitar a la poetisa las comedias *Dulcitas*, *Paphnutius* o *Sapientia*.

IV.

ÉPOCA DE LOS ENRIQUES

Dejamos dicho ya que la primera tentativa para transformar el imperio alemán electivo en hereditario se había estrellado a consecuencia de la extinción de la dinastía sajona; pero la insistencia con que aquellas se repitieron, nos demuestra sin embargo claramente que el recto juicio de los alemanes, así como el de los pueblos vecinos se fijaba en la fundación y consolidación de la monarquía hereditaria, cuya forma política en aquel tiempo, es decir a principios de la Edad media, era la única que garantizaba la posibilidad de obtener condiciones de orden necesarias para una civilización progresiva. A decir verdad, no parece sino que la misma naturaleza, negando una larga vida a nuestras antiguas casas reales, se oponía a la fundación de una monarquía hereditaria entre los alemanes, y de consiguiente a la constitución de un fuerte Estado nacional. Sin embargo, no será difícil probar que el principal obstáculo moral para la fundación y consolidación de un Estado alemán nacional, es decir, la funesta ilusión del imperio romano alemán, ha producido en aquellos antiguos reyes que sin cesar corrieron tras el desdichado fantasma, el efecto de una degeneración física.

Entre tanto la nación, es decir el clero superior, los arzobispos, obispos y abades, y la alta y baja nobleza, duques, condes y barones (libres comunes) habíanse reunido después de la muerte de Enrique II a fin de hacer otra vez uso de su derecho de elección para nombrar sucesor al trono. A principios del otoño de 1024 efectuóse a orillas del hermoso Rhin, arteria principal de la vida política y religiosa de nuestros antepasados, la elección de un nuevo rey. En el ancho valle del río, entre Worms y Maguncia, los príncipes eclesiásticos y seglares, con sus séquitos, habían establecido sus campamentos; en la orilla izquierda los de la Franconia Romana y Lorena, y en la derecha los de la Franconia oriental, Suabia, Baviera y Sajonia. Mucho tiempo duraron las negociaciones de la elección, hasta que al fin la opinión pública se decidió en favor de los Conrados, primos, pertenecientes a la casa Francona de los Conradinos, y emparentados con la dinastía Sajona. Los dos pretendientes se pusieron de acuerdo, de modo que el más joven renunció en favor del mayor, que fue elegido rey por los príncipes y llevado en triunfo a Maguncia, donde el arzobispo Aribio le ungó y coronó en la catedral ante el altar mayor.

El rey Conrado II, hombre de estatura imponente, renano el más fogoso, enérgico y apasionado que jamás pisó las orillas del hermoso Rhin, iba acompañado de una digna esposa, la bella y prudente reina Gisela, viuda del duque Ernesto de Suabia y madre de un hijo del mismo nombre, mujer que igualaba en instrucción a Eduvigis del Honhentwiel, y que como ésta, era amiga de los sabios monjes de San Gall. Sus más célebres contemporáneos la consideran como la más ilustre de su época; pero su falsa posición como esposa del rey Conrado y madre del duque Ernesto ocasionó amargos disgustos; pues el rey, queriendo, con justicia, fortalecer el poder real, hallóse pronto en lucha con los intereses particulares de los príncipes. Desgraciadamente, éstos no recordaron nunca el principio de la unidad nacional, excepto cuando sus necesidades y compromisos les acosaban de cerca, y nunca vacilaron en sacrificar la seguridad y bienestar de su patria al engrandecimiento de sus casas, sin dejar de repetir al mismo tiempo de continuo la sagrada palabra libertad, precisamente cuando hacían traición al país. He aquí porqué desde los días de Segesto hasta los de los príncipes de la Confederación Renana las palabras «libertad alemana» en boca de aquellos príncipes, fue siempre una fórmula para disimular la «traición a la patria». La justicia histórica debe admitir en su favor, sin embargo, una circunstancia atenuante, y es que los reyes alemanes les daban siempre el mal ejemplo. También aquellos tenían, en su concepto, un

interés superior al nacional: ante todo les preocupaba el fantasma del imperio romano; después la existencia de Alemania. Un hombre de talento verdaderamente práctico, y cuyas opiniones eran tan en alto grado realistas, no contento con ser un verdadero rey alemán, quiso a su vez llevar a cabo la consabida «expedición a Roma»; subyugó una vez más la Italia al «imperio» y se hizo coronar por el papa Juan XIX en Roma (1027) en una brillante asamblea, a la que asistieron también los reyes Rodolfo de Borgoña y Knud de Dinamarca.

Al volver el emperador viose obligado a poner algún orden en los asuntos de Alemania, lo cual no era cosa fácil, tanto más, cuanto que las disputas con su hijastro Ernesto de Suabia llegaron a tener un desenlace trágico. Había en esta cuestión un fondo de fidelidad que debía arraigar en el corazón del pueblo, lo cual explica que más tarde el espíritu romántico de la Edad media convirtiese al desgraciado duque de los suabos en héroe favorito de sus fábulas. Según refiere la historia, el rey Conrado deseaba, en el caso de que Rodolfo de Borgoña muriese sin hijos, adquirir este país para el imperio alemán; pero su hijastro Ernesto exigía para sí la herencia borgoñona, fundándose en su parentesco. Para realizar sus pretensiones púsose en relación con varios príncipes alemanes y con el rey Roberto de Francia, proyectando varias veces levantar la bandera de la rebelión contra el jefe del imperio. En su segunda tentativa llamó a sus vasallos a Ulma; pero todos le abandonaron porque, según dijeron, sus obligaciones para con el emperador y el imperio se anteponían a las que pudiera imponerle su señor feudal; sólo uno, el conde Werner (Wecilo o el Wernercito) de Kiburgo, mantúvose fiel a su duque. En tales circunstancias, Ernesto se vio precisado a someterse al emperador, su padraastro, y éste encerró al rebelde en el Gibichenstein, a orillas del Saale. Werner defendió por espacio de tres meses su castillo de Kiburgo, cerca de Winterthur, contra el ejército de Conrado; y cuando, después de correr graves peligros, pudo escapar de las manos de sus perseguidores, anduvo errante y proscrito por el país.

A ruegos de su madre, Gisela, Ernesto obtuvo la libertad; y llegada la Pascua de 1030 el emperador le llamó a su palacio de Ingelheim para notificarle que volvería a ponerle en posesión del ducado de Suabia bajo la condición de abandonar a Werner y perseguir con todas sus fuerzas al proscrito, como enemigo del imperio. Pero Ernesto contestó indignado: «¿Debo abandonar, pues, al único amigo que me ha sido fiel? ¡Nunca! ¡no dejaré a Werner!» Y dichas estas palabras alejóse de la corte, obstinado en su propósito. A consecuencia de esto, el emperador despojo para siempre a su hijastro del ducado de Suabia, desterróle como enemigo del imperio y le hizo excomulgar por los obispos presentes. Así dos veces proscrito, sin hogar y sin fortuna, Ernesto no tuvo más apoyo que su fiel amigo Werner, en cuya compañía huyó a la corte del conde Otto de Champaña, con la esperanza de que éste le prestaría auxilio. Desengañados ambos proscritos, volvieron a la otra orilla del Rhin y ocultáronse en la Selva Negra, donde se les agregó un grupo de compañeros desesperados. Con este auxilio pudieron apoderarse del Falkenstein, castillo construido sobre una mole de peñascos a corta distancia de Wolfach, donde sólo les fue dado prolongar su mísera existencia, entregándose al robo a mano armada, hasta que los encargados de hacer cumplir la condena imperial, mandados por el conde Mangold de Peringen, se dirigieron contra el Falkenstein para bloquear el castillo. A fin de no perecer de hambre, los amigos abandonan la fortaleza, saliendo con su gente de la Selva Negra en dirección a la llanura del Baar; pero aquí se encuentran de improviso con la fuerza de Mangold, y ambas huestes traban la lucha con el valor y la furia de los antiguos teutones. Uno junto a otro, Ernesto y Werner pelean contra sus adversarios, y ambos amigos reciben la muerte conservándose fieles hasta el postrer aliento; pero también el jefe de las fuerzas imperiales, Mangold, queda tendido sin vida en el campo de batalla.

Largo tiempo circularon en nuestro pueblo romances en que se describía la muerte de estos dos amigos, y ocho siglos después del encarnizado combate trabado en la llanura del Baar, uno de los más ilustres hombres de la época, Ludovico Uhland, eligiendo el asunto de la antigua tradición de aquellos amigos fieles hasta la muerte, escribió una hermosa tragedia. Con la libertad que se concede al poeta, y para que el drama tuviera un desenlace conciliador, Uhland, después de haberse cumplido los destinos de todos, presenta al emperador y la emperatriz en el campo de batalla, donde

la desgraciada madre dirige al soberano las siguientes palabras: «¡Oh emperador! Las generaciones futuras se asombrarán al oír hablar de tu poderío y de la energía con que reinabas; pero muchos corazones se conmoverán cuando se recite o cante la triste historia del duque Ernesto y su amigo Werner.»

Cierto que Conrado reinó con energía y que debemos considerar a este salio-franco como uno de los mejores soberanos nacidos en nuestra patria, pues así como en el exterior hizo conocer al eslavismo la superioridad germana en Bohemia y Polonia, del mismo modo en el interior hizo prevalecer el derecho del Estado sobre la Iglesia, a la cual sometió enérgicamente bajo su mano, creando y destituyendo a su antojo obispos y abades. El emperador realista, oponiéndose a las pretensiones jerárquicas, mantúvose fiel al principio de que los asuntos mundanos deben resolverse con arreglo a lo que exige la realidad. Después de la muerte de Rodolfo de Borgoña, y en cumplimiento de un contrato que con él había celebrado, el emperador se hizo coronar en Peterlingen (1033) rey de Borgoña, anexionando así aquel país al imperio; pero este aumento de territorio sólo fue beneficioso y prudente por el hecho de que, a consecuencia de él, la Suiza germana-alemana, que geográficamente pertenecía al imperio, se unió entonces a él políticamente; mientras que el resto de Borgoña, como país romano por su origen, debía oponerse a su anexión al imperio. Conrado trabajó con tenaz perseverancia para que el poder real e imperial fuese hereditario en sus sucesores, y en este sentido favoreció a la baja nobleza a costa de la alta, facilitando a la primera todos los medios para que pudiera convertir en hereditarios sus «beneficios», es decir, sus bienes feudales. Y supo hacerlo de tal manera, que ya en vida suya los grandes de Alemania eligieron e instituyeron como sucesor a su hijo Enrique, habido con Gisela.

En la Pascua de 1028 el arzobispo de Colonia ungió y coronó al príncipe, que apenas había cumplido los once años, en la catedral de Aquisgrán, dándole el título de «rey de los alemanes» que se conservó en adelante para los sucesores electos y ungidos de los emperadores romano-alemanes.

Once años después, y muerto ya su padre, Enrique III empuñó las riendas del gobierno, cumpliendo con sus deberes gloriosamente, así en el interior como en el exterior, tanto más, cuanto que había recibido de aquél una esmerada educación militar y política, a la cual agregó su madre una sólida instrucción científica. Enrique III fue el verdadero soberano de su época, pues volvió a someter a los bohemios rebeldes, y obligó temporalmente a Hungría a ser tributaria de Alemania. En las orillas del Danubio extendió las fronteras alemanas hasta el Leith, otorgando a Luitpoldo de Babenberg el margraviato de Austria. Más tarde, en tiempo de Federico Barbarroja, Enrique Yasomirgott, descendiente de la casa de los Babenbergs, convirtió este margraviato en ducado hereditario. Enrique III, hombre de genio, comprendió muy bien que el poder espiritual volvería a recobrar la superioridad sobre el temporal, y que este último no bastaría por sí solo para contrarrestarle, lo cual explica la espontaneidad y hasta el entusiasmo, por no decir la pasión, con que el emperador acogió y favoreció un movimiento organizado en el celebre convento de Cluny, en Borgoña, por el cual se anunció a los pueblos que sólo en el ejercicio riguroso del ascetismo cristiano se podría buscar y encontrar una salvación contra los terribles males de la época, contra el despotismo, el hambre y la peste. La idea ascética de reforma concebida en Cluny hubo de producir también sus efectos exteriormente, uno de los cuales fue la llamada «tregua de Dios» (*tregua Dei*) recomendada por aquel convento, pero que en realidad recordaba una primitiva costumbre del paganismo germano. Pronto fue muy laudable imponer a las rudas pasiones del siglo XI un freno religioso, reprimiendo la salvaje inclinación a las pendencias y al robo, que se procuraba disfrazar proclamando el antiguo derecho germano de batirse en duelo, es decir el derecho de la fuerza, del cual no se permitió ya hacer uso sino tres días a la semana. En la noche del miércoles, las campanas debían anunciar el principio de la paz de Dios, y desde entonces hasta la mañana del lunes no se debía provocar ningún desafío ni trabarse riña alguna.

Precisamente el afán con que Enrique III protegía estas y otras ideas de reforma, emanadas entonces de la Iglesia, o por lo menos de alguna de sus instituciones, arraigó en el emperador la

convicción de que era el supremo soberano y protector del cristianismo; y como tal procedió para con el papismo. Con motivo de la expedición que en 1046 emprendió a Roma, a la edad de treinta años, usó con justicia y severidad de su derecho de sumo árbitro, destituyendo a los tres papas cismáticos, Silvestre III, Benedicto IX y Gregorio VI, que habían entablado litigio escandaloso para ocupar el solio pontificio. La destitución se efectuó el 20 de diciembre del citado año en Sutri, donde por mandato de Enrique se había reunido un gran sínodo de obispos alemanes e italianos. El rey, pues Enrique no se hizo coronar emperador hasta cinco días más tarde, es decir, por Navidad, en la Basílica de San Pedro en Roma, asistió a los debates. De los tres papas a quienes se citó para justificarse de la acusación de haber llegado a la sede de San Pedro por medio de compra (simonía), sólo se presentaron Silvestre y Gregorio, y este último hasta presidió la asamblea. Después de haberse fallado la destitución de Silvestre y su reclusión en un convento (Benedicto fue destituido algunos días más tarde en Roma), Gregorio se levantó, y dirigiéndose al sínodo hizo la siguiente declaración: «Yo, el obispo Gregorio, servidor de los servidores de Dios, confieso que por la compra punible y por la herejía simoníaca, que me elevaron al rango de papa, debo ser destituido del obispado romano. ¿Es también esta vuestra opinión?» «Sí!» contestó la asamblea. Y el destituido, bajando del trono, rompió su vestidura pontificia en señal de obediencia. Enrique le desterró a Alemania, nombrando en su lugar «representante de Cristo» a un alemán, el excelente obispo Snidger de Bamberg, quien tomó el nombre de Clemente II. En diciembre de 1046, en aquellos días en que tales sucesos tenían lugar, el imperio romano-germánico había llegado al apogeo de su poderío y de su esplendor, pues tres papas a la vez se humillaron ante él. El contraste no debió hacerse esperar mucho: a Enrique III siguió Enrique IV; a Gregorio VI, Gregorio VII. y a Sutri, Canossa. Lo triste, a la par que consolador de los destinos humanos es su eterno cambio, porque sólo la inconstancia de la suerte puede preservar a la sociedad de las locuras, o por lo menos de los extravíos de la presuntuosa grandeza de los hombres y de los pueblos.

El destituido Gregorio marchó a Alemania acompañado de su confesor, hombre de escasa estatura, de feas facciones y voz atiplada; pero en aquel débil cuerpo alentaba un alma de hierro, uno de aquellos espíritus predestinados, cuyo vigoroso pensamiento les impulsa a la dominación y cuyo genio caracteriza toda una época. Este monje, de origen longobardo-germano, y cuyo primitivo nombre alemán era Hildebrando, fue el enemigo más poderoso que jamás tuvo nuestro pueblo, tanto, que aún hoy día germina la semilla del odio sembrado por él en nuestra tierra. Hildebrando, no obstante, creyó sinceramente en su ideal, en la posibilidad de una teocracia universal, y poseído de ardiente celo, luchó hasta su última hora por realizar ese ideal de la dominación de Dios sobre la tierra, cuyo representante autocrático debía ser el papa. No debemos confundir de consiguiente a este hombre con sacerdotes adocenados y ambiciosos, pues, por su genio, fue, en su afán dominador, muy superior a los que se dejan llevar por un sentimiento de vulgar egoísmo. Hijo de su tiempo, no pudo, sin embargo, hacerse cargo de que su ideal era sólo una ilusión engendrada por un delirio de grandeza que contrastaba con la ignorancia del siglo XI. Muy por el contrario, al concebir su colosal proyecto de anteponer la Iglesia al Estado, erigiendo lógicamente al jefe de aquella en soberano de todos los soberanos de la tierra, desde el más grande al más pequeño, todo cuanto veía a su rededor debió parecerle como que asentía y le impulsaba a realizar sus planes. Probablemente se creyó vengador de la humanidad martirizada por la tiranía feudal, pues no se puede menos de reconocer una ligera tendencia democrática en el modo de proceder de aquel monje longobardo, hijo de unos labradores de Roavaco. Por lo pronto sabemos que de todos los demás Estados, su favorito era la joven república de Venecia, a la cual admiraba y apreciaba, si es posible que pudiera amar y admirar algo que no fuera su propia ilusión. En su calidad de compañero de Gregorio VI estudió en los palacios imperiales de Spira. Worms, Colonia y Aquisgrán la índole del pueblo alemán, recogiendo en esta sociedad sus ideas acerca del carácter de los grandes de Alemania, a quienes más tarde supo utilizar con la mayor destreza. Así como Enrique III, abrigaba la convicción de que la reforma monacal nacida en Cluny podía y debía convertirse en una norma moral para todo el cristianismo; y no cabe duda que Hildebrando fue un verdadero

asceta, pero en el monje se había identificado de tal modo el político, que debemos considerarle como tipo de un teócrata, a cuyo extremo no alcanzó después ningún otro pontífice. El sacerdocio personificó en él toda su gloria.

Cardenal-subdiácono bajo León IX, durante el pontificado de éste y el de su sucesor, Víctor II, dirigió la política de la curia romana. La prematura muerte del gran emperador (1056) señaló la aparición de la estrella de Hildebrando. Sólo él, en su sentir, podía llenar el vacío que la muerte del poderoso *imperator* había dejado en el mundo. Por otra parte, este acontecimiento le ofrecía la más favorable ocasión para realizar su ideal. Los principios de justicia y de orden habían comenzado a relajarse completamente en Alemania y en Italia al desaparecer de la escena de la historia el poderoso dominador, cuyo trono había sido ocupado por un niño mal educado y peor aconsejado, que los partidos se disputaban entre sí. Hildebrando creyó conveniente seguir dirigiendo entre bastidores los grandes actos políticos de la tragicomedia universal; y animado por esta idea dio al orbe católico a principios de 1059, en la persona de Nicolás II, un papa hechura suya. Al propio tiempo introdujo la importante innovación de conferir al colegio cardenalicio el derecho de elección de papa, derecho que hasta entonces habían ejercido el clero, la nobleza y el pueblo romano. Conservóse aún teóricamente para el emperador el derecho de sanción, pero en realidad era casi nulo, según lo demostró claramente la elección de Alejandro II, hecha sin consideración alguna a la corte imperial, después de la muerte de Nicolás II. Bajo los dos citados papas, el ministro preparó también otra arma poderosísima para la lucha del sacerdocio con el imperio, lucha esperada y ansiada por él, y para la que supo excitar los sentimientos nacionales de los italianos contra el imperio alemán. La política eclesiástica diose buena maña en todos tiempos para encubrir bajo un disfraz patriótico el despotismo universal, cuando así convenía a sus intereses. Después de la muerte de Alejandro II, Hildebrando creyó llegada la hora de presentarse en escena y de ser con derecho, lo que ya era de hecho hacía mucho tiempo; y en 29 de junio de 1073 fue solemnemente elegido y coronado papa en la iglesia de San Pedro con el nombre de Gregorio VII.

A los hombres que saben apreciar, o mejor dicho, menospreciar las cosas humanas, compláceles admirar el genio superior con que Gregorio VII sostuvo la gran lucha contra el rey de los alemanes Enrique IV, niño frívolo primero, joven apasionado después, envejecido por amargos sinsabores, y ensalzado sólo más tarde por la desgracia. Admírase la maestría con que Hildebrando condujo la Iglesia, perfectamente organizada y unida sobre la base de las reformas ascéticas de Cluny, para empeñar la lid contra el Estado feudal alemán, rudo, separatista y desunido. Aunque no ignoraba que podría exigir las cosas más monstruosas de la estúpida credulidad de las masas y de la necia superstición de las clases dominantes, y por más que estuviese bien convencido de la eficacia de sus medios espirituales, es decir de la excomunión y el interdicto, el papa tuvo muy buen cuidado de organizar una retaguardia de fuerzas temporales para la lucha. De aquí nacieron sus relaciones con la gran margravesa Matilde de Tuscia, el rey de los normandos de la Italia inferior, Roberto Guiscardo, con las ciudades de Lombardía, cuyo desarrollo republicano favoreció contra el alto clero y la aristocracia feudal, y en fin, con los príncipes y prelados alemanes. En cuanto a estos últimos, tuvo la gran ventaja de que Enrique IV les había dado bastantes motivos de queja, algunos supuestos, pero los más verdaderos, habiendo incurrido en toda clase de errores en sus relaciones con los grandes y hasta con tribus enteras del imperio. Gregorio contó además con la circunstancia de que, durante la menor edad del rey, se había desarrollado con toda su fuerza la antigua anarquía de la nobleza alemana; de modo que muchos magnates alemanes, desde el duque hasta el hidalgo segundón, enarbolaron resueltamente la divisa de Roma: «libertad alemana», rebelándose así contra el jefe legítimo del imperio. En cambio, la gran mayoría de las ciudades alemanas se mantuvo fiel a las banderas del rey y de la patria; y por lo que respecta a los obispos alemanes, tampoco se avinieron todos a ser criados del papa y a carecer de voluntad propia, como sucedió ocho siglos después: en el siglo XI muchos de ellos se conservaron leales a su rey y a su país, a pesar de las excomuniones papales. Y aún podemos decir que los más de los prelados alemanes tuvieron

suficiente patriotismo para mantenerse fieles a su rey, excomulgado por el papa, hasta el momento en que aquél, mal aconsejado por torpes favoritos, les irritó con sus imprudencias.

Todo el mundo conoce las tres grandes medidas con que Gregorio inició la lucha que debía conducir al triunfo completo de la Iglesia sobre el Estado. Reducíanse a prohibir rigurosamente la simonía; vedar el matrimonio a los sacerdotes, y, en fin, conceder la investidura seglar, es decir, otorgar a los príncipes del país la investidura de los prelados, con anillo y báculo, o, en otros términos, hacer partícipe al poder político en los empleos eclesiásticos. Claro es que el papa se proponía con esto separar al sacerdote de la familia, y por lo tanto de la sociedad, separar la Iglesia completamente del Estado, es decir hacerla superior a éste. Lo que más efecto produjo bajo el punto de vista moral y político fue el celibato forzoso, la obligación impuesta a los sacerdotes de abstenerse del matrimonio. Por la imposibilidad de atraerle legítimamente (las uniones ilegítimas se perdonaban sin dificultad, con tal que no se cometieran demasiados excesos), el sacerdote se convirtió en un ser ajeno a la familia, a la comunidad, al Estado y a la patria, en una verdadera cosa, en un objeto, o, por mejor decir, en un instrumento sin voluntad en las manos de Roma. El pueblo, dirigido por monjes fanáticos, contribuyó en muchos puntos a llevar a cabo forzosamente el celibato en Alemania. Más tarde, cuando ninguna mujer, ni casada ni doncella, estuvo libre de las asechanzas de los sacerdotes, los labradores y ciudadanos tuvieron suficientes ocasiones para meditar sobre la santidad y los méritos del celibato; y no fue poca gloria para el clero alemán el hecho de haber sido preciso obligar forzosamente a su mayoría a someterse a este decreto, tan contrario a la naturaleza. Todo lo que había de bueno y honrado en nuestro pueblo se rebeló contra él, y un sacerdote de la diócesis de Passau publicó una elocuente obra combatiendo el celibato, y considerándole con mucha razón como una «locura» contra la cual predicó también el obispo Otón de Constanza, pero inútilmente. No obstante, la oposición contra el celibato persistió en algunas partes mucho tiempo aún: en el siglo XII, la mayoría de los párrocos de la Alemania septentrional estaban todavía casados legítimamente; y en el siglo XIII hallábanse en el imperio alemán, por ejemplo en Silesia, sacerdotes y hasta obispos legítimamente casados. Por lo demás, al imponer el celibato obligatorio, Gregorio obró impulsado por razones políticas; apenas pensaría entonces en el motivo dogmático que más tarde se dio como pretexto, alegándose que el sacerdote que todos los días consagra la hostia en el acto de la misa, no debía profanarse por el matrimonio.

En 1076, la lucha entre el papa y el rey había llegado a su apogeo: por medio de su legado, Gregorio citó al jefe del imperio al tribunal de Roma para justificarse ante el representante de Cristo de los muchos crímenes de que se le acusaba, cometidos contra el derecho y el orden de la Iglesia. La respuesta del rey a tan inaudita pretensión se redujo a convocar en Worms una asamblea de los obispos alemanes, en enero del citado año, en la cual declaró destituido del trono papal «al falso y perjuro monje Hildebrando». El papa, a su vez, reuniendo un sínodo de prelados romanos e italianos en la iglesia de San Salvador de Roma (febrero), hizo declarar al rey destituido del imperio, excomulgóle con todos sus partidarios y fulminó el anatema solemnemente. La emperatriz viuda, Inés, madre de Enrique, que entonces residía en Roma, fue testigo presencial de la condena lanzada contra su hijo y pudo darse cuenta de la facilidad con que apelan a la excomunión los representantes del que ha dicho: «¡Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os persiguen!», facilidad que han perfeccionado después como si fuera un arte.

Cierto que con el cristianismo de Jesucristo no se alcanza tanto en este mundo como con el de Gregorio, y sobre todo no se consigue con el primero poner el pie triunfante sobre la cabeza del rey de una nación la más poderosa de su época, cosa que, como todos sabemos, logró Gregorio VII. El anatema fulminado por Gregorio contra el rey alemán, aquel temible rayo papal, tuvo bastante fuego para fundir la ligera soldadura del estado feudal alemán. Los hidalgos rebeldes sirvieron de instrumentos al enemigo mortal de nuestra patria, de antemano preparados por algunos corifeos clericales, como el obispo Bukko de Halberstadt, para trabajar en favor del papa. Muy pronto se formó contra el rey una gran conjuración en la que figuraron como príncipes los duques Rodolfo de Suabia, Wolf de Baviera, Bertoldo de Carintia y el sajón Otón de Nordheim; y como miembros

eclesiásticos el arzobispo Gerardo de Salzburgo y el obispo Altmann de Passau. Los conjurados y sus partidarios, reunidos en Tribur, a orillas del Rhin, acordaron en octubre de 1076 que Enrique, el rey excomulgado, debía abstenerse por lo pronto del ejercicio de su dignidad real, y además renunciar del todo a la corona si no obtenía dentro del término de un año la absolución completa del papa. En su servil sumisión al Santo Padre, los traidores llegaron hasta rogarle que viniera a Alemania para juzgar al rev. Esto era lo que ante todo quería evitar Enrique, y reconociendo que la corriente de la opinión pública era demasiado poderosa contra él, por efecto de la excomunión, resolvió adelantarse al papa, cruzar los Alpes y obtener a toda costa su completa absolución.

Tal determinación fue el prólogo de aquella ignominiosa escena de Canossa, única en la historia universal, y que en los anales de nuestro pueblo se ha consignado como una amonestación o advertencia de terrible gravedad. Aquella fue la humillación más servil que jamás sufrió el germanismo del romanismo, el Estado de la Iglesia. El hijo de Enrique III, el rey más grande del cristianismo, hubo de someterse al papa-monje Gregorio, al hijo del labrador de Roavaco, recibiendo un perdón otorgado con altanería y no escaso en condiciones. Pero considerando bajo un punto de vista puramente humano lo que sucedió desde el 25 al 27 de enero de 1077 en el castillo de la condesa Matilde (de la que se dice que hospedó al papa como Marta a Jesús, escuchando sus palabras como María), que se eleva inexpugnable sobre las rocas al sur de Reggio, hállese en el fondo algo que aún puede aplacar la ira patriótica de un alemán, pues entonces el espíritu (dado el carácter del siglo XI) obtuvo en Canossa un triunfo sin ejemplo sobre la materia, el pensamiento sobre la fuerza física, la idea sobre la espada. Y los días de Canossa señalaron además un cambio en los destinos, pues desde entonces el astro de Gregorio comenzó a eclipsarse lentamente, hasta que el 25 de mayo de 1085 el papa murió fugitivo en Salerno, siempre indómito, y tan convencido de su derecho que, según se dice, sus últimas palabras fueron: «He querido la justicia y odiado la injusticia; por eso muero en la miseria.» Enrique, el penitente de Canossa, vengó bien a la nación, maltratada en su persona, entrando triunfante en Roma (marzo de 1084), donde destituyó a Gregorio VII, haciendo elegir por sucesor a Clemente III. y ciñéndose por su propia mano la corona imperial. Sin embargo fue infeliz toda su vida. Enrique se defendió contra el nuevo rey Rodolfo, elegido por los rebeldes, y sofocó la sedición; pero hubo de sufrir la más amarga pena que puede afligir a un padre, la traición y rebelión de sus propios hijos, Conrado y Enrique. Poseído de profunda amargura, murió por fin en agosto de 1106, perseguido hasta en su tumba por el odio salvaje de los sacerdotes de la religión del amor.

Sucedíole en el trono real de Alemania con el nombre de Enrique V, su desnaturalizado hijo, coronado emperador en 1111 en San Pedro de Roma por el papa Pascual II. Enrique V fue un hombre astuto, tenaz, sin escrúpulo alguno, y que por su proceder con Pascual II demostró ya claramente que estaba formado con la materia de los déspotas. Había recibido como herencia de su padre la continuación de la doble lucha de la corona del imperio contra la tiara pontificia, y del orden político contra la anarquía de la nobleza alemana; pero guerreó intrépidamente contra ambos enemigos, sin dejarse intimidar por la excomunión y el anatema, que Roma fulminó tres veces contra su persona.

Sin embargo, viose al fin en la precisión de consentir en el concordato de Worms (1122) que puso termino a la contienda, mediante la condición de que la investidura se otorgara esencialmente a costa del Estado. El emperador murió sin hijos en 1125, y en realidad, a ser franco, debió reconocer en su lecho de muerte que el espíritu que había vencido a su padre, es decir, las ideas de Gregorio VII, que aún entonces producían sus frutos, habían triunfado también de él. La separación rigurosa de los sacerdotes y seglares, la constitución del sacerdocio en casta, siguió siendo regla invariable. La Iglesia alemana, es decir, un Estado dentro de otro, o más bien sobre él, sólo fue ya una especie de sucursal romana, porque la jurisdicción sobre los obispados estaba efectivamente en manos del papa y porque la mayoría de los arzobispos, obispos, abades, monjes, párrocos y vicarios alemanes, en una palabra, todo aquel numeroso ejercito tonsurado, que se distinguía por su disciplina, había reconocido al papa como supremo señor y soberano. Esta clase se mostró tan

humilde con Roma, como altanera para con su país, y pudo mantenerse tanto más firme y tranquila en su posición soberana, cuanto que contaba con la seguridad de encontrar en los príncipes alemanes, aliados voluntarios contra el rey-emperador, que sólo podía disponer, además de las fuerzas de su casa, de la tosca máquina del Estado feudal, desarrollado completamente, pero que por lo regular se negaba a funcionar en la hora decisiva. Bien mirado, todo el poder imperial se basaba ya sólo en la sumisión de los grandes barones del imperio, de los duques y obispos, de los condes y abades, debiéndose advertir, no obstante, que algunos jefes enérgicos del imperio la consiguieron a veces, y hasta obtuviéronla por fuerza; pero semejante sumisión no fue nunca otra cosa que un triste paliativo dictado por la necesidad, y que jamás dio resultado bueno y duradero. El Estado feudal, juiciosamente examinado, sólo fue en todas partes una anarquía organizada; pero en el imperio alemán, sin embargo, la forma, o más bien la disolución política feudal, produjo efectos tanto más perniciosos cuanto que los grandes feudos civiles, los ducados y condados todos, habían llegado ya a ser hereditarios a fines del siglo XI; mientras que la curia romana tenía en sus manos la investidura de los grandes feudos eclesiásticos, de los obispados y abadías.

Además de todo esto, el poderío de la Iglesia se acrecentó de una manera extraordinaria, precisamente en la misma época, gracias a las Cruzadas, esas emigraciones de pueblos en sentido inverso, decretadas formalmente en 1095 en el concilio de Clermont bajo la presidencia del papa Urbano II. Los alemanes no tomaron parte por lo pronto en tan temerarias empresas; en 1096, cuando la innumerable muchedumbre que Pedro el ermitaño quiso conducir desde Francia a la «Tierra Santa», merodeaba por la Alemania del sur, marcando su paso con toda clase de excesos, con el pillaje y el saqueo, y arrojando a la hoguera numerosos judíos para dar una prueba de su caridad cristiana, nuestros antecesores se limitaban a reflexionar sobre aquel nuevo sistema de ejercer la devoción. Sin embargo, el jefe de la primera cruzada que se organizó, el lorenés Godofredo de Bouillon, el conquistador de Jerusalén (1099), era ya un príncipe del imperio alemán; sus compatriotas compitieron muy pronto con los demás pueblos del occidente cristiano en lo de emprender cruzadas; y la peregrinación guerrera (el «querido viaje» según la expresión de aquella época) a la Tierra Santa, llegó a ser asimismo entre nuestros antepasados una moda caballeresca, que persistió aún cuando la conquista de Jerusalén vino a ser ya cosa imposible. Entonces se emprendió el «querido viaje» a Prusia y Lituania en vez de Jerusalén, para predicar allí el cristianismo a los paganos eslavos y finlandeses, de una manera poco edificante, pero en cambio civilizadora. Tales fueron en su gran conjunto, como nadie ignora, los efectos producidos por las Cruzadas a la tierra «prometida». El choque de los dos gigantes religiosos, del cristianismo occidental y del mahometismo oriental, derramó una lluvia de chispas de instrucción sobre los pueblos cruzados, cuyo horizonte natural e intelectual se ensanchó considerablemente. El comercio, estimulado por el aumento del consumo, buscaba y encontraba nuevos caminos; un poderoso rayo de la clara fantasía oriental difundió alguna luz en la estúpida ignorancia del monaquismo occidental; los habitantes del oeste, del sur y centro de Europa volvían a trabar relaciones más íntimas por la participación común en una gran empresa; suavizóse la aspereza del particularismo nacional por el hecho de pertenecer a la comunidad cristiana; los hombres aprendieron a conocerse mejor y apreciarse más, y en fin, promovióse el cambio de las ideas y tradiciones, de las fábulas y de la historia, de los usos y costumbres. El cristianismo se reanimaba de nuevo por la convicción de su sólida unidad ante el mundo del Islam. La lucha contra el mahometismo debía prolongarse en lo futuro durante siglos enteros en la historia de Europa, cual verdadera arteria llena de roja sangre. Las Cruzadas, consideradas en el sentido más amplio como lucha entre el Oriente y el Occidente, entre la humanidad cristiana y la musulmana, han fecundado, pues, por muchos conceptos, los trabajos de la civilización europea. También fueron la escuela del romanticismo, cuyos frutos espirituales constituyeron la poesía y el arte románticos, y cuya creación social fue la caballería.

A decir verdad, bien se necesitaban entonces nuevos estímulos civilizadores, pues el siglo XI fue una época de salvajismo y de disolución. En Alemania, dice un cronista eclesiástico de aquella época, «la ambición de los príncipes y la inmoderada codicia de los obispos y abades fueron la ruina

de la Iglesia y del Estado». Los obispos y abades, titulados barones del imperio, no tenían nada que envidiar por la rudeza de sus costumbres ni por su carácter pendenciero.

Como testimonio de esto cítase la escandalosa cuestión que en 1063 se dilucidó al fin por las armas entre el obispo Hezilo de Hildesheim y el abad Widerad de Fulda. En la Navidad anterior había surgido en la corte una violenta polémica entre estos dos reverendísimos señores, porque su reverencia el abad de Fulda había exigido que su silla se colocara en la iglesia al lado de la del arzobispo de Maguncia, contra lo cual protestó monseñor el obispo de Hildesheim. Todos sabemos que en punto a ceremonias y etiqueta los grandes de Alemania han sido desde un principio sumamente quisquillosos, mirados y enérgicos. El obispo Hezilo quiso hacer entender al ambicioso abad de Fulda cuál era el sitio que rigurosamente le correspondía; y cuando en el citado año el joven rey Enrique IV, que aún no había cumplido los trece años, celebró la Pascua de Pentecostés en la ciudad de Goslar, quiso probar de hecho que dentro de su diócesis ningún eclesiástico, excepto el arzobispo de Maguncia, podía disputarle el primer lugar en las ceremonias o asambleas. Hallábanse presentes este último prelado, el arzobispo Hanno de Colonia y gran número de magnates, así seglares como eclesiásticos, pues según costumbre, en las grandes festividades acudían siempre a las cortes de los reyes o emperadores numerosos personajes. Hezilo había tomado sus medidas del modo más conveniente para que Widerad, su adversario, que era medio paralítico y cojo, no volviese a tener deseos de ocupar un sitio al lado de Sigefredo de Maguncia; y para esto eligió como instrumento al conde Egberto de Brunswik.

Éste, de acuerdo con Hezilo, se ocultó con varios de sus «caballeros» detrás del altar mayor de la catedral, y cuando en la noche del sábado, antes de Pentecostés, las campanas tocaron a vísperas y los criados colocaban en el coro las sillas para sus señores, precipitóse súbitamente sobre la servidumbre del abad de Fulda y expulsóla a puñetazos y a palos de la iglesia. Al presentarse la corte se apaciguó el tumulto, pero no por mucho tiempo. El joven rey, los príncipes y prelados ocuparon sus puestos; el pobre Widerad, cuya silla no estaba junto a la del arzobispo de Maguncia, comenzó a cojear por el coro sin saber dónde sentarse; y a poco diose principio al servicio divino, mas apenas se entonó el canto de vísperas, fue interrumpido bruscamente por el estrépito de una lucha y ruido de armas. Era que los «caballeros» del abad, a quienes había ido a buscar en sus cuarteles de la ciudad la servidumbre maltratada, acababan de invadir la casa de Dios con los aceros desnudos y se arrojaban sobre los hombres del obispo y del conde de Brunswik, que de antemano estaban a la defensiva. Entonces da principio una ruidosa pelea; en las bóvedas de la catedral resuenan los gritos de los combatientes; y el suelo se cubre de heridos y muertos enrojeciéndose de sangre. El valeroso Hezilo se abalanza al púlpito, y haciendo las veces de «clarín de guerra» excita a los suyos a la lucha. «¿Qué importa la santidad del lugar? vocifera el obispo. ¡No hagáis caso de ella! Toda la responsabilidad será mía.» En vano el joven rey se levanta para restablecer el orden; tan poco caso hacen los furiosos del niño real como del lugar sagrado; ni los príncipes ni los prelados intentan poner término a la contienda, y sólo procuran que Enrique, protegido por los pecheros reales, salga sano y salvo de la catedral.

Dentro de la iglesia, los partidarios del obispo y del conde, vencedores de sus adversarios, pasan a cuchillo a los de Fulda, arrojan del templo a los que sobreviven y atrancan la puerta: sólo la noche pone término al sangriento escándalo. Las quejas y acusaciones del abad vencido no tuvieron eco en ninguna parte; por el contrario, como su enemigo Hezilo tenía mucha influencia en la corte, recayó sobre aquel toda la culpa del sangriento conflicto, alegándose que los de Fulda habían sido los agresores, y Hezilo excomulgó a los pecheros de Widerad, tanto a los difuntos como a los que habían escapado. El tribunal de la corte impuso al abad una fuerte multa, o mejor dicho, los señores que dominaban en la corte, tanto eclesiásticos como seglares, saquearon procazmente la rica abadía de Fulda, y una parte del dinero cogido fue a parar al bolsillo del obispo de Hildesheim, autor del escándalo de Goslar.

Este episodio nos da una idea exacta de la moralidad del siglo XI: si en las inmediaciones de la corte, y hasta en presencia de la majestad real, pasaban y podían pasar semejantes cosas, ¿qué género de excesos no se cometerían en otras partes? Y no se echa de ver tampoco que las mujeres hayan influido visiblemente en suavizar y purificar el salvajismo y disolución de la época. Las relaciones matrimoniales se concertaban aún sobre todo en las clases superiores, con la misma ligereza, poco más o menos, que en la época carolingia. Sabemos, por ejemplo, que el rival de Enrique IV, Rodolfo de Suabia, estaba casado legítimamente al mismo tiempo con tres mujeres; pero no por eso faltaban tampoco excelentes ejemplos en las mujeres. Berta, la esposa de Enrique, fue un admirable modelo de generosidad, fidelidad y paciencia. Su única hija, Inés, desposada con uno de los partidarios más fieles del desgraciado emperador, con el caballero Federico de Staufen, fue virtuosa abuela de una nueva generación imperial. Agradable impresión nos causa también el epitafio que Herimann, el Estropeado, sabio monje de Reichenau e hijo del conde Wolfrad de Suabia, poseído de piedad filial, puso en 1052 en el sepulcro de su madre Hiltruda, a quien llamaba «auxilio y esperanza de los suyos, madre de los pobres y refugio de los desconsolados», que «llena de dulzura, tolerancia y bondad, procuraba imitar el ejemplo modesto de Marta, mereciendo el beneplácito de todo el mundo».

En cuanto a las moradas y a los trajes, conservábanse en el siglo XI las formas fundamentales del siglo X. La construcción de madera, sin embargo, por lo menos en cuanto a las casas de los príncipes, caballeros y prelados, no era ya tan preferida como la de piedra, que ofrecía mayor duración y seguridad, y la cual se creyó cada vez más necesaria para la edificación de castillos. ¿Quién de los que podían costear el gasto no hubiera juzgado conveniente tener un refugio donde ocultarse y defenderse contra sus enemigos? En otro lugar haremos una descripción exacta del interior y del exterior de un castillo de la Edad media, limitándonos por ahora a decir que ya en el siglo XI resaltaba la diferencia entre los castillos de la montaña y los lacustres, entre los de los príncipes y los de los caballeros.

Tanto el traje de los hombres como el de las mujeres indicaba pocos progresos, pues aún no se habían sustituido del todo los colores abigarrados, que ofendían la vista, por otros más armónicos. Las mujeres vestían, como antes, la túnica inferior y la superior con el manto; todo sin pliegues, rígido y sin gracia: el traje de los hombres era semejante, agregándose sólo el pantalón. La túnica y el manto de las damas, de la misma longitud, llegaban hasta más abajo de las rodillas. El lienzo bizantino, la seda oriental, y las finas pieles, eran los principales géneros que se usaban para los trajes de los nobles; el terciopelo y la seda eran más preciosos y tenían más peso por los bordados de oro y plata. A los caballeros y las damas agradábales lucir adornos de metal y de piedras preciosas. En el calzado se observaba ya gran lujo: usábase unos zapatos estrechos y puntiagudos, de seda amarilla, roja, verde o azul, ceñidos con correas de tafilete, y ornados en la parte del empeine con bordados o esmaltes. Los prelados que vestían a la moda, según se dice, hasta llevaban en sus zapatos pequeños espejos para tener a la vista a cada paso su propia y reverendísima persona.

Los caprichos de la moda rayaron en lo extravagante cuando se inventaron los trajes llamados «partidos», que dividían aparentemente al ser humano, sobre todo al hombre, de arriba abajo, en dos mitades de distintos colores. Usábanse con mucha afición los cosméticos para el cutis y el cabello; las damas nobles procuraban tener peines de marfil; llevaban siempre pequeños espejos de mano, y también guantes, no a causa del frío sino para que sus manos pareciesen más graciosas. La cubierta del sarcófago de Rodolfo de Suabia en la catedral de Merseburgo, construida en bronce en el decenio de 1080 a 1090, nos da una idea del aspecto de un gran señor en ocasiones solemnes en la segunda mitad del siglo XI. Poco más o menos de la misma época tenemos la imagen de una mujer, sentada en un trono, vestida con el traje de gala de la época, a su izquierda tiene las tablillas de cera en que se escribía, y a la derecha el estilo.

Este trono, con sus formas angulosas y rígidas, demuestra cuán toscos e incómodos deben haber sido los muebles, aún de los nobles y ricos personajes, en la Alemania del siglo XI; y en

verdad no exageraríamos si dijésemos que en aquella época las familias de la alta aristocracia no vivían ni vestían con mucho tan bien, tan sana y cómodamente como viven y visten en la actualidad las familias decentes de obreros a quienes gusta un poco la comodidad y el aseo. Es de creer que el mayor regalo se hallaba en los palacios episcopales y en las ricas abadías, pues desde las épocas más remotas los señores eclesiásticos tuvieron siempre mayor previsión y mejor olfato para todas las cosas buenas que se encuentran en este «valle de lágrimas». Sabían acondicionar con toda comodidad las clausuras y disponían de tiempo sobrado para estudiar prolijamente el modo de proporcionar mayor placer y recreo a sus refinados paladares, asaz inteligentes en materias gastronómicas, distinguiéndose además como excelentes catadores de vino. Y por cierto que en las casas de los obispos y de los abades se comía y bebía ya perfectamente en la época de los Enriques. De ello nos da pruebas el *Libro de las bendiciones* (*liber benedictionum*), escrito en el siglo XI por un monje de San Galen y que aún hoy día se halla en la biblioteca de este convento. Según el citado autor, la mesa del convento de San Galen estaba provista de tan abundantes como variados productos del arte culinario, y en cuanto a las bodegas, nada tenían que envidiar a la cocina; en la mesa, adornada con varias clases de asados y de tortas, sal, especias y salsas, presentábanse como primer plato los pescados, entre los cuales figuraban también los castores; seguían después las aves, de las que se contaban quince especies; el tercer plato se componía de carne, para cuya preparación el autor de esta lista indica diecisiete guisos diferentes; y la caza de varias especies, entre ellas el capricornio, el uro y el bisonte, constituía el cuarto. La carne del pavo real, del cisne y del pato se consideran como indigestas, y también la avellana se cree dañina para el estómago; mientras que se recomiendan eficazmente los ajos. Para postres servíanse diversas clases de legumbres y de frutas, es decir, peras y manzanas del país y otras importadas del sur; no faltaba tampoco abundancia y variedad de bebidas, pues había allí cerveza y aguamiel para la gente ordinaria, y vino aromático, mezclado con miel, para los paladares delicados.

Claro es que con tales comidas se podía muy bien cruzar devotamente las manos sobre el vientre, nada ascético a la verdad, alabando de todo corazón al Dador de todo lo bueno; pero en cambio, poco o nada se hablaba ya de trabajos civilizadores como los que se efectuaban en otra época en los conventos. Verdad es que en algunas partes se continuaban las crónicas latinas, comenzadas en la época de los Otones, como por ejemplo la escrita por los monjes Herimann de Richenau y Lamberto de Hersfeld; pero estas crónicas debían servir particularmente, según lo demuestra claramente la de Lamberto, para favorecer los principios jerárquicos; y por regla general, todas las aspiraciones y los esfuerzos del clero alemán, con pocas excepciones, tendían únicamente a obtener un aumento de bienes y de autoridad. Debemos confesar que entre los prelados no faltaban en absoluto hombres instruidos, morales y patrióticos; pero la gran mayoría del alto y bajo clero no sabía elevarse sobre el nivel del vulgo. Estos «reverendísimos señores» se divertían en cazar cuando los ardides políticos y los devotos manejos combinados para explotar la estupidez de los feligreses les dejaban tiempo libre, recreábanse también jugando a los dados, o pasaban su tiempo en los burdeles. Las dolorosas quejas elevadas por los prelados más rectos y morales de la época sobre la corrupción e impudicia de sus colegas tonsurados no nos dejan la menor duda sobre el particular.

Al lado del clero, cuya graduación se elevaba desde el párroco de aldea hasta el príncipe arzobispo, desde el monje del convento hasta el abad-príncipe del imperio; y junto a la «alta» nobleza, compuesta de los condes, margraves y duques, los labradores y caballeros (la «nobleza baja») constituían en la época de los Enriques la verdadera masa de la población de nuestro país: los habitantes de las ciudades no podían competir en número con los segundos, ni menos con los primeros. En la época de los Enriques, como en la de los Otones, la caballería debía aún considerarse como corporación de soldados de a caballo. Los caballeros eran descendientes de los antiguos libres comunes, o ministeriales, que habían sustituido a estos, y que como jinetes armados desempeñaban el servicio militar. En cuanto a los labradores, los libres formaban la minoría y los *siervos* la mayoría; el libre podía tener propiedades y derechos jurídicos; poseía bienes verdaderos,

es decir, de tal naturaleza que no estaba obligado a servir a nadie; érale permitido venderlos o transmitirlos en herencia; correspondíale además el cargo de asesor en el tribunal, y podía llevar armas y dejarse el cabello largo en señal de su estado libre, como lo hacía el noble. En Westfalia y Alemania (ducado), incluso la Suiza, y también en los países bávaros y austríacos, a orillas del Danubio, existían estos labradores libres, que en nada cedían a la nobleza por el orgullo de casta; sólo se consideraban súbditos del emperador y del imperio; evitaban cuidadosamente uniones desiguales con gente de la clase de los *siervos* y demostraban en ocasiones dadas, al mismo poderoso clero, que en ellos se conservaba todavía bajo la ceniza una chispa de la energía y obstinación de los antiguos germanos gentiles.

Los labradores siervos (ya hemos indicado antes por qué eran los mayores en número) debían llevar el cabello corto; no podían ser asesores ni testigos, ni tampoco casarse sin permiso de sus amos; sólo les era lícito llevar armas cuando acompañaban a su señor a campaña; no se les permitía poseer propiedad verdadera, ni alejarse del terreno que debían cultivar sino cuando su señor lo mandaba o concedía licencia para ello. Al labrador *lito* (la palabra «siervo» no se usó hasta más tarde, desde el siglo XV) no se le consideraba por lo tanto como persona; era sólo un objeto; y así los nobles como los labradores libres tenían siervos. Inferiores a estos eran los individuos que en vez de cultivar en calidad de colonos una mojada de tierra, cuidábanse sólo del servicio inmediato de sus señores, de los quehaceres domésticos y los trabajos del campo; y no obstante, este grado más ínfimo de esclavitud servía a menudo de escalón para obtener la libertad, pues a los siervos domésticos no les era muy difícil, sobre todo en las casas de los príncipes, conseguir por medio de fieles servicios que su señor les elevara al rango de caballeros. Más tarde se opusieron a ello tantos obstáculos, que hasta llegó a ser imposible, cuando menos en teoría, porque la dignidad de caballero suponía la descendencia de otro. Al clero, a la nobleza alta y baja, a la caballería y a los labradores oponíanse los ciudadanos, a pesar de que la población de las ciudades se componía al principio de nobles y aldeanos, libres y siervos. El *baurgja*, según se escribía antiguamente en godo la palabra *burger* (ciudadano), tomaba su nombre del castillo que le dispensaba protección. Las ciudades alemanas, excepto las del tiempo de los romanos, fueron por lo tanto en su origen castillos reales y episcopales o ducales; éstos y los conventos de más consideración constituían aún en todas partes el centro de las comunidades ciudadanas. Ministeriales reales, episcopales y ducales, formaban las primeras corporaciones de ciudadanos, y con ellos se reunieron los libres comunes de la misma categoría, que fijaron su residencia entre la campiña y la ciudad. Todos estos primeros colonos ciudadanos constituían juntos la clase de los *altburger*, o *burgenses* (ciudadanos viejos o ciudadanos propiamente dichos), la nobleza ciudadana, cuyos individuos se llamaron más tarde «generaciones» o bien *glevner*, porque tenían como arma principal la *gleve* o larga lanza de los caballeros. Durante mucho tiempo, sólo estos ciudadanos viejos tuvieron derechos políticos; los labradores y artesanos siervos que estaban bajo la protección del castillo de la ciudad llamábanse *schutzburger* (ciudadanos protegidos), o tomando el nombre de su arma, *spiessburger* (ciudadanos de lanza corta) o bien *pfahlburger* (ciudadanos de palo), porque al principio debían construir sus casas fuera de la empalizada de la ciudad misma.

En las corporaciones ciudadanas se reconocía por lo tanto la diferencia de casta entre libres y siervos no menos marcadamente que entre los labradores, y todos sabemos que la nivelación de estos contrastes en las épocas posteriores de la Edad media ha suscitado dentro de las ciudades las más encarnizadas luchas de partido y de casta, a las cuales se debió que las repúblicas ciudadanas aristocráticas se convirtieran, con pocas excepciones, en democráticas: de esto hablaremos más adelante. Desde que comenzaron a existir las comunidades ciudadanas alemanas distinguieronse las ciudades del imperio y las del país; las primeras estaban bajo la soberanía y jurisdicción del rey emperador, y las segundas bajo la de un príncipe eclesiástico o seglar. Los empleados imperiales, episcopales o ducales, que en las ciudades representaban los derechos de soberanía, presidiendo los tribunales, llamábanse, según la localidad, burgraves, prebostes, o corregidores. Las ciudades del imperio estaban representadas en la dieta del mismo, y las del país en la de éste; pues las primitivas

asambleas de todos los hombres libres reducíanse ya poco a poco a tales instituciones parlamentarias representativas. Con el aumento de población y de bienestar de las ciudades opulentas, excitábase también poderosamente el amor a la independencia. Las comunidades ciudadanas supieron por lo tanto adquirir por vía de compra, contrato o donación ciertos derechos de soberanía, como por ejemplo el de acuñar moneda, que les otorgaban sus soberanos, los emperadores, príncipes, obispos y abades. Por este camino llegaron poco a poco a la autonomía, de modo que los empleados del emperador o de los príncipes no gobernaban ya las ciudades, haciéndolo en su lugar unos consejos de asesores elegidos por las «generaciones» y presididos por un maestro o burgo-maestre. En cuanto a la acuñación, debo añadir que en la época de los Enriques sólo se fabricaba en el imperio alemán una moneda de plata, el denario; doce denarios componían un *solidus* (suelto); este último corresponde poco más o menos al florín de los tiempos posteriores y no se acuñaba, sino que era simplemente moneda imaginaria; las de cobre no existían, ni se acuñaron hasta más tarde, en el siglo XVI. Las que circulaban de oro eran de la época merovingia, abundando más aún las bizantinas, por lo cual todas las monedas de oro solían designarse con el nombre de *bisanti* o *besantes*.

En las ciudades cuya prosperidad iba en aumento encontraban siempre refugio, no sólo la industria y el comercio, sino también las artes y las ciencias, que huían cada vez más de la corrupción de los conventos. En vez de las escuelas monásticas, cuya supresión propuso un cardenal del siglo XI, Danicani, porque «eran un obstáculo para la devoción de los monjes», fundábanse las escuelas metropolitanas, que florecían sobre todo en Lieja, Estrasburgo, Maguncia, Wurtzburgo, Hildesheim, Osnabruck y Ratisbona bajo la dirección de prelados, maestros y escolásticos. Fácil es comprender que también las escuelas de las catedrales, así como las de los conventos estaban destinadas con preferencia, si no exclusivamente, para los niños y jóvenes que quisieran dedicarse al sacerdocio; hasta las condiciones preparatorias y materiales de toda cultura superior, la escritura y la lectura, llamábanse entonces «artes eclesiásticas», cual si debieran reservarse para los sacerdotes y no fuesen necesarias para los legos. Aquel erudito Guillermo que murió siendo abad de Hirschau (1091), discípulo de la escuela de San Emmeran, debe figurar sin duda entre los sabios más grandes de la época; escribió para la instrucción de sus contemporáneos una especie de enciclopedia filosófica, la cual nos indica entre otras cosas cómo comprendían el estudio los pedagogos más importantes de la última mitad del siglo XI. «El orden de la instrucción, dice Guillermo, debe comenzar por la retórica, porque toda sabiduría se funda en ella: divídese en tres partes; la gramática que enseña a escribir y leer ortográficamente; la dialéctica que enseña a demostrar; y la retórica, por la cual se aprende a explanar en forma de discurso las cosas demostradas. Con estos estudios preparatorios se comienza el de la filosofía, según el método que aconseja enseñar ante todo el cuádrivio, es decir, primeramente la aritmética, después la música, luego la geometría y por último la astronomía.» Este método de enseñanza ha predominado durante toda la Edad media. El citado abad de Hirschau define la filosofía como «conocimiento concreto del mundo visible y del invisible»; a este último pertenecen, según dice, «el Creador, el espíritu universal, los ángeles, los demonios y el alma humana». Más notable es aún lo que dice al hablar de la tierra: «Ésta es el centro del mundo, y por lo tanto constituye el elemento inferior, porque el centro representa este elemento en todos los cuerpos esféricos; el mundo se parece a un huevo: la tierra en el centro figura la yema, y el agua que la circuye, la clara; en torno del agua pasa el aire, como la película alrededor de la clara; y exteriormente, en fin, se halla la esfera del fuego, representada por la cáscara del huevo.» El buen abad sabe ya, y lo dice explícitamente, que tierra, el agua, el aire y el fuego no son elementos, sino que más bien se componen de ellos.

Las ideas físicas y morales de la Edad media, indicadas solamente en la obra de Guillermo, se fijaron y desarrollaron por la «escolástica» de los siglos XII y XIII. Esta filosofía, de la cual se reconoce por gran maestro a Tomás de Aquino, y que sirvió de fundamento para la *Divina Comedia* de Dante, procuró conciliar, como es sabido, la fe con el saber, es decir, enlazar todas las ideas con el círculo de los dogmas cristianos, o en otros términos, hacer pasar el camello Dogma por el ojo de

la aguja Razón. Esta llamada filosofía no era por lo tanto otra cosa sino una teología vigorizada por una sutil dialéctica. Las ideas fijadas acerca del universo, desarrolladas y defendidas por ella, predominaron durante siglos en nuestro país, y por lo tanto conviene que las tengamos presentes.

En el centro del universo está suspendida la tierra en forma de esfera; al rededor de este centro terrestre giran con distinta rapidez, en siete cielos sobrepuestos, el sol, la luna y los cinco planetas; los otros astros son incorpóreos y penden libremente en el octavo cielo, cuya bóveda es una novena esfera, el cielo cristalino; el décimo, en fin, el empíreo, o la esfera de fuego, es inmóvil y debe llamarse el verdadero «cielo», pues aquí están sentados en su trono, Dios nuestro Señor, con el Hijo y el Espíritu Santo. Alrededor de ellos hállanse los elegidos; mientras que la mayoría de los bienaventurados está distribuida en las otras nueve esferas según los diversos grados de su dignidad. Dios, el Señor, que desde los últimos límites del universo lo gobierna todo, tiene por mensajeros y criados a los buenos espíritus, los ángeles, cuyo número, según el citado Tomás de Aquino, se calcula en millones de millones. La tierra tiene en su centro el infierno, donde habita el Anticristo, el falso dios, el diablo, Satanás o Lucifer con sus satélites, y donde los condenados sufren eternos tormentos. El diablo y sus malos espíritus son ángeles caídos que han conservado sus fuerzas sobrenaturales, otorgadas por Dios, y que sin embargo las emplean sólo en perjuicio del reino del Señor y para la perdición de los hombres.

El hombre es la corona de la creación y su fin supremo; para él existe el mundo; y así como el sol, la luna y las estrellas giran al rededor de la tierra, del mismo modo gira todo el mundo espiritual al rededor del hombre; pero éste no es nada por sí mismo, es decir, depende de los poderes espirituales que le rodean; los demonios procuran siempre inducirle al mal, mientras los ángeles le conservan continuamente en el bien. El abismo profundo que divide al universo, es decir, el dualismo de espíritu y naturaleza, de fuerza y materia, de bueno y malo, de Dios y el diablo, también existe en el hombre; éste vacila sin cesar entre Cristo y Belcebú; y el cielo y el infierno se disputan su alma. Toda la existencia terrestre del hombre, por lo demás, no es sino el medio para lograr un fin elevado, es decir, para alcanzar el cielo, que constituye su verdadera patria; debe merecerle por sus padecimientos y su penitencia en la tierra; mas para que esto sea posible, Dios ha enviado a su único Hijo a la tierra para que venza al demonio, ofreciéndose en holocausto de los pecados del hombre y poniendo a éste en disposición de alcanzar la salvación eterna.

La suma de estas ideas acerca del universo no podía ser sino el espiritualismo más parcial, y de aquí debía partir lógica y necesariamente el desarrollo de la más rigurosa intolerancia. La premisa del silogismo escolástico se llamaba Dios, y la consecuencia fue la Inquisición.

V.

ÉPOCA DE LOS FEDERICOS

Despierta el nombre de los Hohenstaufen eco tan alegre y solemne, que no puede menos de evocar los más sublimes recuerdos para nuestro pueblo; pero este eco triunfal conviértese en lastimero y concluye en ronco grito de dolor. La historia de la dinastía de los Hohenstaufen es uno de los más trágicos actos del drama universal, tanto más cuanto que en los destinos de esta gran familia influyeron mucho sus propias faltas, cuya expiación cayó precisamente sobre la inocente cabeza del último de los Hohenstaufen, que en 29 de octubre de 1268 rodaba sobre el cadalso levantado en Nápoles. Los orígenes de la historia de los Hohenstaufen son oscuros: al presentarse por primera vez en escena, la familia habitaba una modesta casa señorial cerca de la aldea de Wauschenbeuren, en Suabia, y de esta aldea tomaron su nombre también los propietarios de la casa, con el apellido de los de Beuren o Bueren.

No cabe duda que desde la antigüedad pertenecían a la nobleza del país, pero su afinidad con los Merovingios y Carolingios de que más tarde se habla, sólo fue invención de aduladores. El cambio de su residencia indica un aumento del dominio de la casa así como de autoridad. Federico de Bueren, cuyo nombre de pila fue asimismo el de dos de sus más célebres descendientes, abandonó a mediados del siglo XI el «Waeserschloessle», cerca de Wauschenbeuren, con su esposa Hildegarda, y marchó al Staufen u Hohenstaufen, montaña de imponente aspecto que se eleva aislada entre los valles del Fils y del Rems; es la extrema eminencia de la montaña del Aalbuch, opuesto al Hohenrechberg y al Hohenstuifen. Desde su pico se puede ver, en la dirección sudoeste, la cima de los Alpes de Suabia, mientras que su parte nordoriental mira hacia aquella pendiente de colinas del valle del Rems, donde está situado el convento de Lorch, panteón de los antiguos Hohenstaufen. Después que Federico hubo construido en dicha montaña el castillo de Staufen, los de Bueren tomaron el nombre de Stauffer, Staufen u Hohenstaufen. Su primogénito, llamado igualmente Federico, fue la primera figura histórica de la familia; fiel compañero de Enrique IV en todos sus apuros y peligros, este emperador le dio por esposa su única hija Inés, juntamente con el ducado de Suabia. Cuando murió, en 1105, su hijo mayor Federico, heredó este ducado; mientras que el menor, Conrado, recibió de su tío el emperador Enrique V el ducado de Franconia.

Introducidos así en el círculo de la alta aristocracia del imperio, los Staufen, como consanguíneos de los Salios, tuvieron mejor derecho a la corona real alemana; pero los príncipes alemanes, deseosos siempre de evitar la consolidación del poder real en una monarquía hereditaria, rechazaron el derecho hereditario de los Staufen, eligiendo rey al sajón Lotario de Suepplingenburgo. El principal autor de esta elección fue el arzobispo Adalberto de Maguncia, partidario acérrimo de Roma y enemigo de los Staufen, por el mero hecho de ser nietos del penitente y del vengador de Canossa. El astuto prelado supo valerse por primera vez en esta elección de un sistema electoral, desarrollado, o más bien convertido más tarde en el sistema de los príncipes electores, pues Adalberto consiguió que cada una de las cuatro tribus principales alemanas, es decir, las de Suabia, de Franconia, de Baviera y de Sajonia, designaran diez electores que a su vez debían elegir al rey. Esto fue una innovación importante, un paso gigantesco hacia la oligarquía, pues hasta entonces había estado en vigor, para las elecciones de rey, al menos teóricamente, el derecho popular que ejercía la asamblea de los libres. Pero desde esta época, quedó establecido definitivamente que el derecho de elección correspondiese a un reducido número de magnates, eclesiásticos y seculares, número que, al estatuirse el derecho imperial de la Edad media,

se rebajó a siete príncipes electores, los de Maguncia, Tréveris, Colonia, Palatinado, Sajonia, Bohemia y Brandeburgo, siendo los tres primeros eclesiásticos.

Después de la muerte de Lotario, la estrella de los Hohenstaufen comenzó a elevarse brillante y magnífica en los cielos de la historia. En la dieta de Coblentza, el duque Conrado fue elegido en 1138 rey de los alemanes, siendo el primero de la casa de Staufen. Después de esto, la rivalidad de la gran familia de los Güelfos, dueña de los ducados de Baviera y Sajonia, fue la que influyó principalmente durante largo tiempo en los destinos de Alemania, y la divisa de ambos partidos: «¡Aquí Waibling!» «¡Aquí Welf!», cruzando los enhiestos Alpes, llegó a Italia, donde los partidos adoptaron los nombres de Gibelinos y Güelfos. La contienda se redujo en un principio a mera cuestión dinástica, es decir, a lucha de dos familias poderosas, de dos magnates que se disputaban la supremacía en Alemania; pero pronto se convirtió en encarnizada guerra. «¡Aquí Waibling!» significó entonces en rigor el poder del Estado y la unión del imperio; «¡Aquí Welf!» indicaba el poder eclesiástico y el particularismo. No cabe duda sobre cuál de ambos gritos fue el más patriótico: el partido güelfo de Alemania, como aliado de Roma y enemigo mortal del país, conspiraba continuamente contra su patria, y nunca vacilaba en agitar la tea incendiaria de la guerra civil contra el imperio a la más leve indicación del papa. Desgraciadamente para Alemania, el flaco de la política de los

Hohenstaufen permitía siempre a los güelfos obrar con entera libertad; este flaco consistía en que también los Staufen abrigaban la imprudente ilusión de un sacro imperio romano, en vez de erigir y consolidar el Estado nacional alemán; y tanto es así que llegaron a trasladar el centro de su poder a Italia, después que Enrique, hijo de Barbarroja, hubo casado con la normanda Constanza y unido el reino de Nápoles y Sicilia con su casa. En la incansable lucha de la Iglesia contra el Estado, del clero contra la corona imperial, siempre ofrecía nuevas armas para la lucha la división de los Hohenstaufen entre Alemania e Italia; y el clero sabía también aprovecharse con suma habilidad de la segunda falta de la política de los Hohenstaufen, la marcada inclinación a favorecer a la nobleza, que no podía comprender el fenómeno tan admirable, como civilizador, de la existencia de las repúblicas democráticas de la Italia superior y central.

Al considerar sin embargo las cosas humanas deberíamos fijarnos siempre en el hecho de que los caracteres históricos deben examinarse y juzgarse por la medida de los respectivos tiempos, porque sólo algunos seres elegidos pueden adelantarse a lo presente, mientras que aún los hombres más importantes entre sus contemporáneos sólo giran en el círculo de las ideas que les rodean.

El emperador Federico I pudo entregar sin escrúpulo a Arnaldo de Brescia a la hoguera papal, pues Arnaldo era profeta, y Barbarroja sólo emperador. Federico II fue sin disputa uno de los hombres más inteligentes de la Edad media, y sin embargo, expidió sangrientos edictos para que la Inquisición procediese con más rigor, porque no dudaba que esta santa institución era conveniente para los fines de aquella época. Los Hohenstaufen habían heredado de las dinastías imperiales anteriores la desgraciada manía de persistir en la trasmisión del imperio romano a los reyes alemanes como un legado que sólo podían rechazar elevándose sobre las ideas de su época; pero esto no estaba en su mano. Tampoco les era dado salirse del círculo de hierro del estado feudal que entonces alcanzaba su completo desarrollo, y de aquí resultaba su inclinación a la nobleza, que por cierto contribuía a su propia desgracia; esta inclinación les inspiraba la idea de acabar de una vez para siempre con la eterna anarquía de los hidalgos, valiéndose para ello de la fuerza de las ciudades que más y más acrecentaban su poderío y bienestar. Y por cierto que la fidelidad de las ciudades hacia el imperio, confirmada por las más rudas pruebas, hubiera podido enseñar a los Hohenstaufen dónde debían buscar su apoyo más seguro; pero los hombres prefieren por desdicha el engaño a la enseñanza, y cuanto más torpe es aquél, tanto más les fascina y les arrastra.

La posesión del sepulcro de Jesús, situado en una de las pedregosas colinas de Jerusalén, había dado origen a las cruzadas, cuya importancia respecto a la historia de la civilización hemos indicado ya. El primer rey alemán de la casa de los Hohenstaufen, Conrado III, se vio obligado,

aunque muy contra su voluntad, a ceder a las ideas de su época, emprendiendo en 1147 una peregrinación a la «Tierra Santa», no sin reconocer, como buen político y hombre práctico, que en su país le quedaban que hacer cosas más importantes. Bernardo de Claraval, el poeta que compuso la letra de la canción titulada *Vanitas mundi*, se valió, según dicen, de su irresistible elocuencia para convertir en cruzado a Hohenstaufen, a pesar de su repugnancia. Es probable que Conrado, al reflexionar sobre la irresistible fuerza que llevaba en sí la manía de las cruzadas, pensara que lo más prudente era ceder.

En medio del estrépito y agitación que aquel frenesí produjo, muy propio de la época, pues reconocía por causa las ideas y creencias de los hombres, ocurrió en el imperio alemán un incidente que sin duda muy pocos consideraron como importante, pero que debía tener una trascendencia incalculable para Alemania: nos referimos a la fundación de la Marca de Brandeburgo. El rey Conrado, después de vencer a los güelfos, separó la «Marca septentrional» del ducado de Sajonia, otorgándola bajo el nombre de «Margraviato de Brandeburgo» a Alberto el Oso, hecho que la fábula relaciona con la fundación de Berlín. En el pobre y arenoso suelo de las regiones del Havel y del Spree, arrancadas con harta dificultad a los bárbaros eslavos, debía extenderse y desarrollarse con tiempo un sembrado que hasta muchos siglos más tarde no daría espigas maduras.

El sobrino y sucesor de Conrado, Federico I Barbarroja, como los italianos le llamaron por su barba cerrada de un rubio rojizo, volvió a elevar el imperio alemán de la Edad media al apogeo de su poderío. La fábula del encantamiento del gran emperador en el monte Kyfthaeuser y de su resurrección, que más tarde debía efectuarse para renovar la magnificencia del imperio, prueba de un modo conmovedor cuán imperecedero debía ser el recuerdo de este heroico soberano en la memoria de nuestro pueblo, que tanto le admiraba y respetaba. Barbarroja, sin embargo, no creó una obra duradera: verdad es que sometió, juzgó y castigó al güelfo traidor, Enrique de Sajonia, llamado el León, entrando triunfante en la destruida Milán; mas a pesar de esto no dominó la anarquía de los nobles alemanes ni el republicanismo de las ciudades italianas, ni tampoco pudo vencer a los representantes del papa, quienes sostuvieron triunfantes contra el poderoso suabo el absurdo principio de que la dignidad imperial sólo era un beneficio que estaba en manos del papa otorgar o rehusar, y que lo mismo podía ser un «regalo de gracia» que un «feudo».

Entre los muchos acontecimientos brillantes y ruidosos que se sucedieron durante el imperio de Barbarroja, ocurrió un incidente al parecer insignificante, del que nadie hizo aprecio sino aquellos a quienes más interesaba, y que sin embargo debía tener la mayor importancia para el porvenir de nuestro país. En medio de las fuentes donde tienen su nacimiento el Neckar y el Danubio elévase en la pendiente meridional de los Alpes de Suabia una colina pedregosa, a menos de una hora de camino de la villa de Hechingen. En la cumbre de esta colina veíase ya en el siglo XI el castillo de Zollern u Hohenzollern, que aún hoy día existe, y cuyos propietarios pertenecían a las familias nobles de Suabia, siendo Burkardo de Zollern el primero de quien se habló en documentos históricos, en 1061. Un hijo menor de la casa Conrado de Zollern, ensilló su caballo cierto día del año 1160 en el patio del castillo de su padre, sujetó en la silla su maleta, que por cierto pesaría bien poco, y acompañado hasta el pie de la colina por su llorosa madre abandonó su patria para buscar fortuna, como solían hacer los hijos menores. El joven aventurero debía ser hombre listo, pues habiéndose presentado en la corte del emperador Federico, elevóse pronto en el servicio de este; tuvo también la suerte de contraer enlace con una rica heredera de la casa de los Vohburgo; y en 1170 Barbarroja le nombró burgrave de Nuremberg.

Verdad es, sin embargo, que la historia de este fundador es algo nebulosa y que el crepúsculo que vela los orígenes de los Hohenzollern sólo arroja clara luz con el burgrave Federico III de Zollern en quien ambas ramas de la casa, tanto la primogénita como la menor, veneran a su común abuelo. La primera permaneció en sus propiedades hereditarias de Suabia, y en el trascurso de los siglos adquirió los principados de Sigmaringen y de Hechingen. La rama menor, o la francona, emprendió muy pronto una carrera más brillante: el biznieto de Conrado, el burgrave Federico III,

introdujo a su generación en el círculo de los príncipes alemanes, consiguiendo en 1273 que se diese a este empleo el carácter de hereditario. Muy pronto se concedieron los más altos honores a la casa, pues aquellos Hohenzollern eran los hombres más propios para coger por los cabellos a la diosa de la fortuna, o como decían los alemanes de la Edad media, a «Frau Saelde» en su rápido paso, sobre todo en tiempos como los siglos XIV y XV. Señores económicos y prácticos en el comercio del mundo, siempre contaban con dinero, virtud que en todo tiempo ha sido la mayor entre los hombres. La sagacidad, el genio emprendedor, la destreza consumada y los recursos metálicos de que los Hohenzollern disponían, fueron más que suficientes para que el burgrave Federico VI, aprovechándose del revuelto reinado del emperador Segismundo, obtuviera en 30 de abril de 1415 el cargo de margrave y elector de Brandeburgo, y archicamarero del sacro imperio romano. Doscientos ochenta y seis años más tarde, en 18 de enero de 1701, el elector Federico III se ciñó en Königsberg la corona real de Prusia; y ciento setenta después, en 18 de enero de 1871, el rey Guillermo I fue proclamado emperador de los alemanes en el palacio de Versalles. ¡Qué rápido fue el progreso de la familia del joven aventurero Conrado para franquear al fin las gradas del trono imperial!

El emperador Enrique VI, hijo de Barbarroja, era muy joven aún cuando empuñó las riendas del imperio; si en efecto fue él quien escribió la canción amorosa *Saludo con un canto a mi dulce amor que perder no puedo ni quiero* etc., de la cual se dice que fue autor este soberano, debió tener en su juventud una dulzura de carácter que desapareció del todo en el hombre, porque este Hohenstaufen demostraba todas las cualidades del verdadero déspota, tal como entonces lo necesitaba nuestro país. Sin duda hubiera sido el hombre más capaz para erigir sobre una base duradera la dignidad imperial hereditaria en vez de la desgraciada monarquía electiva, y seguramente habría realizado su proyecto si no le sorprendiera la muerte a la edad de treinta y dos años, hallándose en Mesina (1197). Su excelente hermano y sucesor, el rey Felipe, gastó todas sus tuerzas, que no eran pocas, contra los sacerdotes y güelfos rebeldes, hasta que en 1208 le asesinó en Bamberg el príncipe Otón de Wittelsbach.

Federico II, hijo de Enrique VI sobrino del rey asesinado, se ciñó en 1215, en Aquisgrán, la corona alemana. Este hombre ilustre, educado en el sur de Italia, fue más bien hijo del mediodía que del norte, más bien romano que germano, y en él se reconoció más marcadamente el dualismo alemán-italiano de los Hohenstaufen. Toda la genialidad del emperador Federico II no bastó para vencer este dualismo, del que también fue víctima: ni en Alemania ni en Italia le fue dado consolidar el poder de su casa, ni pudo vencer para siempre al papismo ni al particularismo alemán. Este último, aún en vida del emperador, volvió a degenerar en completa anarquía; mientras, el papismo, apoyado por prelados tan enérgicos como lo fueron Inocencio III, Gregorio IX e Inocencio IV, sostuvo con suerte sus exigencias jerárquicas al poder universal. La tiara no toleraba a su lado la corona del imperio como igual, sino como subordinada, e inútiles habían sido todas las luchas de Federico contra este orden de cosas.

Gregorovio, historiador de la ciudad de Roma, ha dicho con mucha razón, al hablar de Federico, que «fue con todas sus faltas y virtudes, el hombre más cumplido y de más genio del siglo, así como el representante de la cultura de la época», añadiendo, con mucha oportunidad, que Federico II de Prusia, filósofo, poeta, amigo de las ciencias, irreligioso, y además hombre político y astuto, en toda la extensión de la palabra, «ofrece rasgos característicos en un todo semejantes a los de su gran tocayo.» Cuando en 13 de diciembre de 1250, hallándose el emperador en Ferenetino, cerca de Luceria, cansado de gobernar, se agitaba en su lecho de muerte, «la lucha de los titanes de la Edad media», la contienda entre la espada eclesiástica y la seglar, entre el papa y el emperador, entre la Iglesia y el Estado, se decidió en favor de la espada eclesiástica, del papa y de la Iglesia. Y esto fue lo que decidió también de la familia de los Hohenstaufen. Roma no descansó mientras la odiada generación que con tanto valor había luchado no quedó aniquilada hasta en su último vástago. El rey Conrado IV, hijo legítimo y sucesor de Federico II, obligado a ceder a la anarquía y la traición, murió en 1254, habiendo comenzado con él en Alemania el interregno, «la época sin

emperador, el tiempo terrible». El rey Manfredo, el hijo genial y predilecto de Federico, fue vencido en Benevento en 1266, por el usurpador de su reino, Carlos de Anjou, llamado y armado por el papa, perdiendo no sólo la batalla, sino también la vida.

El nieto de Federico II, hijo de Conrado IV, el rey Conrado el joven, llamado Conradino por los italianos, poeta como su bisabuelo y su abuelo, cantó en su patria, Suabia, la graciosa canción de amor: *Gozo de las flores rojas que mayo ha traído*, etc., y desprendiéndose de los brazos de su madre, pasó los Alpes con un reducido ejército, acompañado de su amigo Federico de Austria, de la casa de Babenberg, en dirección al país mágico y seductor, donde los céfiros soplan bajo un cielo eternamente azul, donde florece el mirto y donde se eleva el laurel, para recobrar por la fuerza armada la herencia que un usurpador arrebató a sus antecesores. Venció al principio pero en el valle de Tagliacozzo sucumbió a la táctica astuta de su adversario: la vil traición de un Frangipani, cuya casa habían colmado de beneficios los Hohenstaufen, le entregó al de Anjou, que en 29 de octubre de 1268 mandó decapitarle en el cadalso de Nápoles. «¡Oh madre, cuánto dolor te causo!» exclamó el infeliz joven antes de recibir el golpe mortal. Margarita, hija de Federico II, que se había librado a duras penas de las asechanzas homicidas de su disoluto esposo, el margrave Alberto de Meissen, falleció en 1270 en el refugio que los fieles ciudadanos de Francfort le habían ofrecido; dos años después de su muerte sucumbió en el calabozo de Bolonia su hermano, el rey Eucio, último vástago de los Hohenstaufen. Así terminó la prolongada tragedia, rica en acontecimientos, de la casa de los Staufen: aún no ha tenido un poeta digno de ella, pero tampoco le necesita, porque sólo en sus hechos históricos lleva la consagración trágica.

El día más brillante y feliz en la historia de la familia de los Hohenstaufen fue sin duda el de la fiesta de Pentecostés de 1184, celebrado por Federico Barbarroja en Maguncia. La *schwertleite* (swertleite), es decir, el acto de armarse caballeros los dos hijos mayores del emperador, quien por su propia mano les dio el espaldarazo, comunicó mayor realce a esta festividad, la más grandiosa de la época caballeresca alemana. Allí estaba sentado en su trono el emperador de Occidente, en el apogeo de su poderío y magnificencia, rodeado de los más nobles príncipes del imperio, tanto eclesiásticos como seculares, quienes a su vez se habían presentado, según se dice, con un séquito de nada menos que setenta mil caballeros. Barbarroja, hombre de aventajada estatura y aspecto majestuoso, a pesar de su avanzada edad tomó parte en los ejercicios caballerescos, en los brillantes torneos, y la emperatriz Beatriz, segunda esposa de Federico, pudo pretender con justo motivo el honor de presidir el festejo como «reina de la belleza».

Según todos los datos que poseemos, aquel día de Pentecostés en Maguncia debió ser de una grandiosidad imponente, y a tal manifestación de la majestad real alemana correspondía también el poderío del imperio en aquella época. Verdad es que ya no estaba lejana la época en que las tenebrosas intrigas del interregno debían aniquilar la monarquía alemana, convirtiendo primeramente al imperio en un Estado federativo débilmente unido y después en una confederación anárquica; pero en las primeras etapas de esta decadencia la posición política de Alemania conservábase todavía incólume en el exterior, propagándose más y más la cultura de nuestro pueblo, sobre todo hacia el norte y el este. Schleswig, Mecklenburgo, Pomerania y Brandeburgo se germanizaban cada vez más; la orden de los caballeros alemanes, renunciando a sus infecundos esfuerzos en la llamada Tierra Santa, dedicóse con provechosa actividad a colonizar la Prusia, ganando Livonia, Curlandia y Esthlandia, donde se extendió la civilización alemana; posesionóse también, con este objeto, de las costas del Báltico, donde se fundaron ciudades alemanas. En Carintia, Estiria, Lusacia, Silesia y Moravia el germanismo ganó siempre más terreno al eslavismo; Bohemia era un país del imperio alemán, y Federico Barbarroja había obligado también a Polonia a reconocer la soberanía alemana.

Así como en aquellas fiestas de Pentecostés dio a conocer el gran Hohenstaufen todo el poderío del imperio, del mismo modo brilló también en todo el esplendor de su desarrollo el romanticismo caballeresco alemán, demostrándose en todos sentidos los múltiples resultados del

asiduo trabajo civilizador que realizaron nuestros antepasados en el transcurso del siglo XII. La población de Alemania se acrecentaba en aquella época cada vez más, y este aumento dio por resultado necesariamente que se propagase y activara el cultivo del suelo, haciendo que la antigua y célebre fecundidad de las mujeres alemanas fuese una bendición bajo el punto de vista de la economía política. En las ciudades desarrollábase la actividad de los oficios, ofreciendo formas cada vez multiplicadas, y relacionándose a menudo con las artes; y el comercio servía de intermediario entre la prosperidad adquirida y la satisfacción de las necesidades de una cultura más adelantada. Las expediciones a Roma y las cruzadas producían irresistiblemente sus efectos; las ideas que habían propagado servían de estímulo para formar la caballería alemana, desarrollando la poesía y el arte romántico alemán de la Edad media.

El romanticismo fue un producto del contacto del Oriente con el Occidente: formado y desarrollado al principio en los valles de Provenza, donde influyó en él poderosamente la instrucción ilustre de los musulmanes establecidos en España, cuya civilización había tomado la delantera a la Europa cristiana, el romanticismo, considerado poéticamente como hijo del arte de los trovadores (*art de trobar*), y socialmente como nacido de la andante caballería puesta al servicio de Dios y del amor (*l'ordre de chavalerie*), creó un «mundo risueño y fantástico» en el que la clara luz del día fue sustituida por la «noche iluminada por la melancólica luz de la luna». Según la doctrina romántica toda la existencia terrestre debía consumirse en deseos celestiales. Como era natural, este severo idealismo, en el cual volvió a reaparecer el ascetismo cristiano con su primitivo rigor, no era realizable, mas su influencia era bastante poderosa para penetrar en toda cultura superior; de tal modo que la idea de una caballería cristiana, acogida favorablemente, tuviera bastante tiempo una importancia histórica. Ya hemos indicado antes lo que significaba en Alemania en los siglos X y XI un «caballero»: ahora añadiremos que desde el siglo XII se enlazó con esta palabra la idea de una caballería cristiana ideal que los cruzados alemanes trajeron a su patria al regresar de Palestina, donde habían conocido los caballeros españoles, franceses e italianos. Juntamente con las ideas, se dieron a conocer también las reglas y costumbres de la vida caballeresca del extranjero; y así como en otras partes, tampoco en Alemania vaciló la Iglesia en apoderarse y servirse de este nuevo fenómeno social; pues como producto de las Cruzadas obedecía a un principio religioso.

Bajo el punto de vista ideal, era una institución moral y social, pues comprendía en sí las relaciones del caballero con la Iglesia, con el Estado (o sea con el señor feudal), con sus iguales y con el sexo femenino. En el sentido realista, empero, era una institución de la nobleza, porque desde el siglo XII, el origen caballeresco, es decir, la ascendencia inmediata de un caballero era la primera condición para ser considerado como tal, aunque se podía otorgar también este honor por excepción a hombres que no eran de noble cuna. La caballería, en su calidad de tal, no daba derechos políticos como la nobleza alodial y feudal, y sí sólo ciertos privilegios honoríficos; pero como bajo el «honor de caballero» se comprendían ciertas cosas especiales, es decir, el honor en su más pura esencia, los hidalgos, tanto de la ciudad como de la aldea, los príncipes, y señores de pueblo, ansiaban participar de este honor de casta, siendo recibidos en una orden caballeresca. Para norma de los caballeros creóse un código apropiado, es decir una serie de leyes y reglas sobre el proceder caballeresco con caballeros y con damas. Este libro de reglas de «cortesía» es principalmente de origen francés, y como Francia era ya en la Edad media la que hacía adoptar generalmente sus modas a los países vecinos, introdujo también su doctrina caballeresca de costumbres y buen tono entre los alemanes, que la reformaron a su gusto, llamándola *haefischkeit* o cortesía palaciega. Muy bien aplicado estaba el nombre, pues las cortes de los emperadores, reyes, duques, príncipes, condes y obispos eran los lugares preferidos para la vida caballeresca. La palabra *haefisch* (cortesano) no tenía entonces, sin embargo, la desfavorable y secundaria significación que la damos hoy día, pues los hombres y las mujeres a quienes se aplicaba esta denominación eran exactamente lo mismo que ahora comprendemos por un caballero y una dama instruidos.

La caballería, desde el pobre propietario de una casa señorial hasta el poderoso emperador, formaba con el clero superior en la Edad media lo que hoy día acostumbramos a llamar «sociedad»

o también el «gran mundo». A los círculos de esta sociedad, y sobre todo a los más nobles, refiérense las descripciones de costumbres que con tanta riqueza de colores nos pintan las epopeyas palaciegas y populares del período de la literatura bajo los Hohenstaufen.

VI.

LOS CASTILLOS FEUDALES

Durante el siglo XIII comenzaron los patricios de las ciudades alemanas a comunicar a sus *hoefen* (casas de labranza) o *gesaessen* (residencias) un aspecto más espléndido, sustituyendo las construcciones de madera y barro por las de piedra. La nobleza campesina, por el contrario, habíase visto obligada mucho antes a construir residencias fortificadas, según lo exigían o permitían las necesidades y medios de su categoría y de su fortuna. La diferencia principal en la edificación de los castillos fundábase, como ya se comprenderá, en la naturaleza del suelo.

En la Alemania central y meridional, donde abundan las montañas y colinas, se construían por lo tanto castillos enclavados en la montaña, mientras que en las llanuras y terrenos pantanosos del norte de Alemania edificábanse con preferencia castillos rodeados de agua. En los primeros, los medios defensivos consistían en su posición inaccesible, sobre alturas escarpadas y rocas; en los segundos se utilizaban con este objeto las corrientes, lagos o turberas. A esta diferencia local de las moradas caballerescas agregábase otra no menos importante: el centro de cada castillo estaba formado por una torre lo más inexpugnable posible, llamada *bergfried* (*berchfrit*, *berfredus*) porque en los peligros de un asalto era el último refugio de los defensores; pero mientras que en las residencias de los caballeros de alta categoría esta torre sólo formaba parte de la fortaleza, muchos castillos del segundo orden se componían tan sólo de ella y de una muralla. La vida en estas torres o *burgstaellen* (cuadras de castillo) según se llamaban, fue sin duda durante toda la Edad media, particularmente en las regiones apartadas, en extremo mísera y solitaria, y muy poco se diferenciaría de la existencia de los labradores tributarios de los señores feudales. Bien puede asegurarse que jamás penetró un rayo del romanticismo en aquellos recintos estrechos, oscuros e incómodos de los castillos, donde las mujeres arrastraban una existencia monótona y penosa, encargadas sólo de los quehaceres de la casa y de la educación de los hijos, mientras que la caza, los desafíos, los banquetes con sus vecinos y las visitas a los conventos hospitalarios ofrecían al señor del castillo alguna diversión.

Muy distinto era lo que se observaba en los *hofburgen* o palacios de los grandes barones, de los príncipes, obispos y abades. Fácilmente se comprenderá que de las condiciones locales dependía también la construcción fundamental de estos castillos; mientras que en la fortuna y poderío de sus propietarios estribaban la mayor o menor extensión del edificio, el valor material y el grado de magnificencia del mobiliario. No obstante, habíase formado cierto estilo arquitectónico en la construcción de los castillos, cuyas formas primitivas reaparecían siempre de nuevo. Con arreglo a dicho estilo, el verdadero castillo feudal de los señores acomodados estaba construido del modo siguiente: circuía todo el edificio una muralla, llamada *die zingeln*, donde se veía la puerta exterior, flanqueada y protegida de ordinario por dos torres; esta puerta daba entrada al *zwinger* o *zwingelhof* (falsa braga) llamada también *viehhof* (patio del ganado), porque aquí estaban las cuadras, los cobertizos y los graneros. Por detrás de la falsa braga un profundo foso circuía al castillo, cuya entrada facilitaba un puente levadizo, o bien un bote, cuando estaba rodeado de agua; al otro lado del puente había una puerta de entrada que podía cerrarse bajando el rastrillo; el coronamiento del muro que sobre aquella se elevaba llamábase *windberge* (escondite del gato), porque allí se colocaban los cabrestantes necesarios para levantar y bajar el puente levadizo y el rastrillo; dicho escondite se prolongaba a derecha e izquierda en forma de desván que se corría alrededor del castillo y se llamaba *wehr* o *letze*. Por detrás del portal del puente levadizo extendíase una especie de plaza, el patio propiamente dicho del castillo, llamado también «patio de honor»; en cuyo centro

veíanse cuadros de césped y flores, un pozo y un tilo, árbol favorito de nuestros antepasados, pues no sólo las poesías cortesanas sino también los cantos populares le designan como tal. Este patio estaba rodeado de los diversos cuerpos de edificio del castillo: la capilla, la cocina, la bodega, el torreón y el *palas* (de *palatium*, palacio). Este *palas*, o «casa señorial», era la habitación de los señores, donde también se celebraban los festejos: constaba de un gran salón, que hoy día designaremos con el nombre de sala de recibir, y varios cuartos llamados *kemenaten*. En caso de fiesta las paredes del salón se cubrían de colgaduras tejidas (*rueckelachen*); el suelo de alfombras y flores; y sobre los bancos que se corrían a lo largo de las paredes colocábanse almohadones (*kulter*) y cojines (*pflumiten*). El mobiliario aumentaba en variedad y elegancia con el progreso de la civilización; pero el usado en la Edad media, incluso el de las casas ricas, construía-se con madera muy dura, y era más bien sólido que elegante. Como objetos de lujo usábanse sillones esculpidos y torneados, provistos de blandos cojines, y también mesas, sillas, bancos y cofres ricamente adornados.

El lecho, uno de los más cómodos productos de la civilización, era todavía en el siglo XII muy sencillo, según lo demuestran claramente las imágenes del *Hortus deliciarum* (Huerta de las delicias) de la célebre abadesa de Hohenburgo, en Alsacia, Herrada de Landsberg, muerta en 1195. La armazón de la cama, apoyada sobre cuatro pies muy toscos, tenía por lo regular sólo una tabla de cabecera, que faltaba en los pies; un colchón, hecho con lienzo blanco o de color, y una pequeña almohada cuadrangular, completaban el conjunto de este mueble; nuestros antepasados descansaban en él vestidos y cubriéndose sólo con el manto. Wolfram de Eschenbach nos ha descrito en su *Parzival* un lecho de lujo del siglo XIII: componíase de un gran colchón de terciopelo, cubierto con dos lienzos de hilo blanco como la nieve, y de otro colchón más pequeño hecho con seda bordada de oro, que se apoyaba contra la cabecera del lecho; en él estaba la almohada, cubierta de blanco lienzo; y un manto orlado de armiño hacía las veces de colcha. A medida que el lecho se perfeccionaba y era más abrigado, aligerábase el traje de dormir, y desde el siglo XIII hasta el XV, tanto los caballeros como las damas se acostaban del todo desnudos (*Kleirderbloz*).

Excepto el salón, la mayor parte de las habitaciones en las «moradas señoriales» de los castillos eran pequeñas y bajas y tenían las paredes blanqueadas con cal o revestidas de madera. La casa o habitación de las mujeres hallábase en el palacio mismo o dependía de él, denominándose la *Kemenate* (en el lenguaje de entonces, «el secreto de las mujeres»). Este departamento constaba por lo menos de tres habitaciones; la de la familia, que al mismo tiempo servía de alcoba para la señora; el dormitorio de las criadas; y, en fin, el cuarto de labor, donde la señora y su servidumbre ejecutaban los muchos trabajos que les estaban confiados, entre ellos la confección de las ropas de todos los habitantes de la casa. En los siglos XII y XIII hasta las princesas cumplían en un todo este deber, según lo demuestra el siguiente pasaje del sexto episodio del canto de los *Nibelungen*: «Entonces el rey Gunther hizo anunciar a su hermana que él y Sigifredo querían visitarla. La doncella recibió a los dos señores con mucho decoro, preguntándoles cuáles eran sus deseos, a lo cual contestó Gunther: Queremos viajar por países remotos, y necesitamos para ello trajes elegantes. Entonces la noble princesa cogió de las manos a los dos héroes, condújoles a un rico sillón acolchado, y cuando hubieron tomado asiento, el rey dijo: Querida hermana, tú debes ayudarnos, pues queremos salir en busca de aventuras al país de Brunequilda, a cuya señora será preciso presentarnos con esplendidez. Con este objeto nos facilitarás a mi, a Sigifredo, a Dankwart y a Hagen cuatro diferentes trajes, a fin de que no tengamos que ocultar el rostro en la corte de Brunequilda. A lo que contestó Kriemhilda. Haré por vosotros todo cuanto pueda. Después se despidieron de ella los señores, y la hermosa reina llamó a su *kemenate* treinta criadas, las más hábiles para tal obra. En seda de Arabia, blanca como la nieve, y en otra de Zazamanca, verde como el trébol, sujetaron piedras preciosas por medio de bordados con su propia mano, la sublime Kriemhilda cortó los vestidos, en cuya confección no se economizaron ni el oro ni el armiño; y en siete semanas, las graciosas doncellas terminaron la penosa obra.»

Los géneros para vestir llegaron a ofrecer desde el siglo XII una notable variedad, mirándose al mismo tiempo mucho los tejidos, porque la importación de Italia, España, Bizancio y Asia estimulaba también a la industria del país a competir en inventos y mejoras. Ambos sexos vestían ropas de lino, lana y seda; el lino que más se apreciaba era el llamado *saben*, fabricado en telares bizantinos; los géneros de seda de muchas clases de tejido y de color designábanse con el nombre de *pfellel*, *baldkin*, *siglat*, *palmat*, *púrpura* y *zindal*; los géneros de lana eran los llamados *barragan*, *brunal*, *buckeram*, *diasper*, *fritschal*, *camelote*, *escarlata* y *sei*. Nuestros antepasados se abastecían en los bosques de las pieles que tanto se usaban entonces, pues en las selvas abundaban el zorro, el lobo, el oso, la cibelina y la marta; mientras que en las corrientes el castor aumentaba sus colonias.

Si dirigimos otra vez una rápida ojeada a la construcción de los castillos, veremos que hasta la segunda mitad del siglo XIV y el siglo XV no llegaron a su perfección arquitectónica. En los países alemanes había muchos castillos de grandioso trazado, ejecución artística y ricos adornos; uno de los más importantes fue el de Alberto, en Meissen, edificado desde 1471 a 1483; mas el verdadero ideal de un castillo, y sin duda una de las creaciones arquitectónicas más grandiosas y acabadas de toda la Edad media, fue sin disputa el Marienburgo, castillo de la orden teutónica en la Prusia occidental, cuyos principales cuerpos se construyeron poco más o menos en 1385: allí era donde el gran maestro tenía su corte, digna en verdad de un príncipe, y en la cual se notaba una mezcla particular de caballería y monaquismo. Sin embargo, hasta fines del siglo XV no comenzó a corresponder la comodidad en el interior de los castillos feudales con la solidez y magnificencia exterior; hasta entonces, aún para la gente acomodada, y también para los ricos, había sido un lujo exorbitante tener ventanas con cristales. A los toscos e insuficientes aparatos para dar calor sucedieron las estufas de decente aspecto con las que se podía caldear las vastas habitaciones. A decir verdad, sin ventanas bien construidas y buenas estufas no sería llevadera la existencia para el hombre, como todos sabemos, en nuestro desagradable clima, por más que se le califique de templado.

Acostumbrados como estamos a las comodidades de la vida moderna, podríamos encontrar muchos inconvenientes en las moradas de la época caballeresca romántica; pero se ha de observar que la sociedad de entonces sabía contentarse con ellas; no la contrariaban tanto las molestias de la vida, y por otra parte gozaba más alegremente de las diversiones en que le era dado recrearse. La primitiva e inextinguible inclinación germana a la vida en familia, que ha sido siempre el amparo de nuestro pueblo en los períodos críticos más peligrosos de su existencia, era lo que conservaba unida y sana la sociedad caballeresca, a pesar de todos sus excesos. No podemos representarnos la mujer alemana sino como una buena madre: hasta las damas más nobles de la Edad media cifraban su mayor gloria y alegría en criar ellas mismas sus hijos. El gran poeta Wolfram ha descrito con la graciosa sencillez propia de su estilo la escena en que la reina Herzeleide, recordando a María, «sublime reina que ofrecía su seno a Jesús», amamanta a su hijo recién nacido, Parzival. «La reina, sin vacilar, colocó el pezón de su pecho en la boquita del niño, y ella misma quiso ser su nodriza y criar a la tierna criatura.»

Godofredo de Estrasburgo, contemporáneo de Wolfram, nos dice que por lo regular se bautizaba a los niños seis semanas después de nacer y que las madres mismas llevaban a sus hijos a la iglesia. «Apenas la dama había recobrado su salud, cumpliendo con la costumbre establecida para las mujeres, debía ir con su hijo a la iglesia: cogíale en brazos y llevábale ella misma, graciosamente a la casa de Dios, según lo requería el decoro. Cuando con el mayor recogimiento se dirigía hacia el altar para hacer sus ofrendas y elevar sus oraciones, seguida de un lucido acompañamiento, lo encontraba ya preparado para el solemne acto del bautismo, acto en el cual debía recibir el recién nacido la señal del cristiano. Dispuesto ya lo conveniente, según es costumbre en tales ceremonias, presentábase el sacerdote, y preguntaba cuál debía ser el nombre del niño.» Si la criatura que debía bautizarse era niña, dábanla de ordinario un nombre nacional alemán, como Adelaida, Berta, Diemuth, Edelinda, Guta, Gertrudis. Hazicha, Eduvigis, Emma, Heilwig,

Hildegarda, Hildegonda, Cunigonda, Matilde, Mechthilda, Richinza, Kilinda, etc.; pero ya desde el siglo XI se introdujeron los nombres extranjeros tomados del catálogo de santos cristianos que después se pusieron cada vez más de moda. Aun en el siglo XII, sin embargo, los nombres nacionales eran los más numerosos, mientras que en el siglo XIII predominaron los extranjeros. Las canciones amorosas del siglo XIII nos han transmitido nombres de mujeres muy característicos entre los labradores de aquella época; algunos de estos nombres tienen una bonita significación, pero la de otros no es nada agradable. Entre los primeros figuran los de Engel (Ángel), Freude (Alegría), Liebe (Amor), Rose (Rosa) y Wonne (Delicias); entre los segundos, Geiss (Cabra), Igel (Erizo), Yutze, Hetze, Matze, Metze (Prostituta), etc.

La primera educación de las niñas, en la alta sociedad, correspondía a las madres, según lo requiere la misma naturaleza; después se completaba la instrucción en la misma casa de la familia o en los conventos de monjas o ya en las cortes de príncipes unidos con aquella por los lazos de la amistad. En los conventos bien dirigidos, una maestra de escuela (*diu schuole meisterin*) cuidaba de la enseñanza de las alumnas; en las cortes de los príncipes había también una para el mismo objeto. Aun en el siglo XII la educación de las jóvenes parece haberse limitado a la enseñanza de labores de mano y a los quehaceres domésticos; pero más tarde, cuando las tijeras y agujas de las madres de familia no pudieron bastar ya al aumento del lujo y al rápido cambio de las modas, y cuando los sastres y modistas se encargaron del vestuario, las mujeres y niñas «de mundo» buscaron nuevo pasto para su imaginación. Entonces comenzaron a instruirse en las «artes liberales», es decir, en la lectura y escritura, aventajando en esto a los hombres de su clase, entre los cuales eran tan raros tales conocimientos que hasta un poeta de la nombradía de Wolfram de Eschenbach, y un versificador tan inspirado como Ulrico de Lichtenstein, no sabían leer ni escribir. El segundo, a quien he caracterizado y dado a conocer en mi *Historia de la civilización y de las costumbres alemanas* como el Don Quijote alemán, nos describe en sus memorias rimadas, *Der vrouwen dienest* (El servicio de las mujeres), que, dicho sea de paso, tienen muy poca rima en su mayor parte, el grave apuro en que se halló a causa de verse obligado a dejar transcurrir diez días sin leer «un librito», es decir, una carta de amor versificada, que había recibido de la señora de sus pensamientos, no teniendo a su lado ni escribiente ni lector. La sociedad caballeresca habíase acostumbrado a considerar a la mujer como un centro en rededor del cual todo giraba; venerábala, por lo menos teóricamente, como a un foco de luz; sólo ella inspiraba a los vates; y por lo tanto era muy justo que las mujeres brillasen como favorecedoras y protectoras de la literatura. Las mesas de sus habitaciones estarían seguramente cargadas de libritos de cantares de los trovadores, cuidadosamente escritos y pintados, y junto a ellos se verían los gruesos tomos de pergamino, en cuyas hojas estaban inscritos los cantos de los *Nibelungen*, el *Irrein* de Hartmann, el *Parzival* de Wolfram y el *Tristán* de Godofredo.

Las mujeres jóvenes y bien educadas sabían recitar o cantar poesías líricas o épicas con acompañamiento de la cítara o del arpa, dándoles la mejor entonación. La dama joven e instruida no debía limitarse a ser hábil en las primorosas labores de mano; exigíasele también el conocimiento de la lectura y escritura, del canto y la música, y además el de algún idioma extranjero. Las mujeres de gran disposición, no contentas con esto, llegaban a poseer conocimientos universales, hasta donde lo permitían los adelantos de la Edad media; pero estas mujeres hay que buscarlas siempre en los conventos. Desde su clausura de San Ruperto, cerca de Bingen, la sabia abadesa [Hildegarda](#), canonizada más tarde (muerta en 1179), ejerció gran influencia en su época, figurando como Veleda en la antigüedad. En el alma de aquella profetisa que mantuvo correspondencia con papas y reyes, y a la que Federico Barbarroja recibió en su palacio de Ingelheim como un ser sublime, escuchándola con toda atención cuando le amonestó para que ejerciera justicia y cumpliera con sus deberes como supremo soberano del cristianismo, alentaba como un soplo de beatitud panteísta.

Dieciséis años después de Hildegarda murió la abadesa de Hohenburgo, Herrada de Landsberg, discípula y sucesora de la docta Relindis. Herrada fue una excelente superiora de su convento, y sin duda la mujer más instruida de su época, como lo probo en su *Huerto de las*

delicias (*Hortus deliciarum*), precioso manuscrito en latín, que por desgracia fue consumido por las llamas durante el bombardeo de Estrasburgo en 1870. Este libro era una especie de diccionario enciclopédico para instruir a las monjas en aquellas cosas que entonces se consideraban como más importantes; en la astronomía, geografía, filosofía, teología, historia eclesiástica y universal, y artes. Herrada no fue solamente sabia sino también poetisa, y entre los himnos latinos que componía para sus monjitas de Hohenburgo (*Virginculæ*) hállanse algunos bastante buenos. En fin, la buena abadesa era también pintora; con su propia mano ilustró su libro con dibujos tan numerosos que éste llegó a ser una de las principales fuentes históricas de las costumbres del siglo XII.

Las poesías profanas de esta época abundan en descripciones de la hermosura femenil, que en las alabanzas de ciertos atractivos llegan hasta la exageración; de lo cual se deduce que la sensualidad tenía para nuestros antiguos poetas románticos una importancia tal, que se reconoce muy poco el tan decantado espiritualismo cristiano de la Edad media. Aquellos poetas nos dan a conocer minuciosamente las modas en los trajes del bello sexo, y por ellos sabemos que el vestuario de las mujeres se componía de cuatro prendas principales: el *pfeit* (camisa); el *rok* (túnica interior); el *kuersen* (llamado también *kursat*, *kursit* o *sukemic*, es decir túnica superior); y manto. En el siglo XIII el célebre monje Berchtoldo y otros predicadores condenaban ya con violencia el lujo impúdico de las modas femeniles. Las damas elegantes sabían muy bien pintarse el rostro y las cejas, y disimular las formas defectuosas de su cuerpo; conocían a fondo las artes del tocado, y así como hoy, usaban ya postizos, no sólo para el cabello, sino también para el seno y las caderas.

Nos dirigiremos sin embargo al maestro Godofredo de Estrasburgo, al más perito entre los peritos, para que nos presente en traje de gala a su rubia Isolda como el ideal personificado de una dama palaciega, tanto por su aspecto como por sus costumbres. El poeta lo efectúa en aquella escena de su magnífica poesía en que la reina Isot y su hija «la ilustre doncella Isolda» se presentan a Tristán, con cuyo motivo el autor caracteriza notablemente la diferencia, en la actitud de la madre y de la hija, en el proceder de la dama y de la virgen palaciegas. «Con graciosa y segura planta, que apenas toca el suelo, ostentando sus hermosas formas, esbelta y ligera, cual si Cupido a su placer la hubiera modelado, preséntase Isolda junto a su madre. Lleva la túnica y el manto de terciopelo de color castaño; la falda con franjas a ambos lados, se ajustaba perfectamente a las caderas, ciñéndose al cuerpo con un cinturón, que precisamente estaba «en su oportuno lugar.» La túnica, oprimiendo las formas, «presentaba una superficie lisa de arriba abajo», ensanchándose no obstante alrededor de las piernas y cayendo en flotantes pliegues. El manto tenía por adorno, tanto interior como exteriormente, unas fajas de armiño y estaba orlado de piel de cibelina salpicada de negro y gris; sujetábase a la parte anterior del pecho por medio de un lazo de perlas unido al broche, donde la joven apoyaba el pulgar de la mano izquierda; mientras que con el de la derecha y el índice se recogía el manto, haciéndole formar airosos pliegues al rededor de los pies, y dejando ver su forro de seda y su magnífica orla de pieles. En la cabeza llevaba una estrecha diadema de oro adornada de esmeraldas y rubíes, diadema que sin embargo sólo se descubría por el brillo de las piedras, pues a no ser por esto, no se hubiera podido distinguir el metal entre la abundante cabellera de oro. Alegre y digna a la vez, Isolda avanzaba junto a su madre, con inimitable gracia en sus movimientos; sus pasos eran medidos; andaba erguida y con esa soltura propia del gavián, aunque sin descomponer un punto la rigidez de su porte. El original dice: «Su mirada, serena como la del halcón que observa desde el ramaje, paseábase tranquila de un punto a otro, sin que hubiera nadie en quien no produjesen su efecto aquellos dos luceros. El esplendor de su hermosura difundíase como un rayo de sol iluminando el espacio. Muy distinto era el saludo que madre e hija dirigían a los presentes al pasar por la sala: la reina saludaba con palabras, la princesa con mudas inclinaciones; la madre hablaba, la hija callaba.»

Si a esto añadimos que la rubia Isolda no sólo hablaba correctamente su lengua materna, sino también el francés y el latín; que sabía leer y escribir, cantar muchas melodías, tocar la cítara y el arpa, componer canciones y referir fábulas y cuentos, se comprenderá que era modelo de una joven dama formada según la *moralitas* palaciega, es decir, según el «arte de las buenas costumbres.»

Encontramos el complemento de esta moralidad en el conocido y excelente poema instructivo del siglo XIII, *El Winsbecke y la Winsbeckin*, en el que la madre instruye a su hija del modo siguiente: «Querida niña, generosos deben ser tus pensamientos y casta tu vida; entonces tu fama será notoria, y tu corona virginal te sentará bien. Debes saludar honesta y bondadosamente al que merece honra y no te será lícito dar a tus ojos una expresión provocativa; el pudor y la moderación son dos virtudes por las cuales nosotras, las mujeres, alcanzamos una recompensa sublime.» La significativa palabra «moderación» se repite continuamente en las obras de nuestros pensadores y poetas de la Edad media. Gualtero de la Vogelweide dice: «Los esfuerzos que se hacen para poseer la verdadera moderación son fuente de todo lo bueno y de todo lo bello»; y eleva una súplica a la «excelsa moderación» para que le inspire. Godofredo de Estrasburgo, a su vez, elogia esta cualidad (*die mæze*), considerándola como el colmo de las virtudes femeniles: «De todas las cosas que en este mundo vieron la luz del sol, ninguna tan digna como la mujer que rige por la moderación su vida, su cuerpo y sus costumbres.»

En la educación de los hijos varones procuróse siempre desde un principio imbuirles en las costumbres caballerescas y cortesanas; mientras que las «artes liberales», es decir, los conocimientos superiores quedaban relegados a un lugar muy secundario, y a la voluntad del discípulo estudiarlas o no, si los hijos de casas nobles, sobre todo los menores, no se dedicaban desde su juventud a la carrera eclesiástica, en cuyo caso, por demás frecuente, comenzábase, desde luego, como se comprenderá, por los estudios a ella correspondientes. Con el séptimo año de su vida el niño se trasladaba desde la habitación de las mujeres al círculo de los hombres: cuando el mismo padre no se encargaba de la educación de su hijo, confiábasele a un maestro, a un caballero amigo, que se encargaba de la enseñanza, o bien se le educaba con otros de la misma clase y edad en la corte de un príncipe. Los ejercicios corporales, como por ejemplo la caza, el torneo y la guerra, eran para los jóvenes *edelknachte* (criados nobles), y para los *junkherren* (señores jóvenes o hidalgos) la cosa más importante; pero también se les enseñaba, a la par de la religión cristiana, las reglas de cortesía palaciega, el canto y la música, y sobre todo a tocar el arpa, la cítara y el violín (*fidel*). También se les ofrecía la ocasión de aprender lenguas extranjeras, y los viajes a países lejanos se consideraban entonces como un medio de instrucción. Uno de los buenos efectos de esta educación caballerisca eran los esfuerzos consagrados a ofrecer a los jóvenes, y aún a los niños, las relaciones entre el hombre y la mujer rodeadas de una aureola verdaderamente ideal, presentándoles el «servicio de las mujeres» (en el mejor sentido de la palabra) como un deber indispensable del hombre bien educado y del verdadero caballero. Ulrico de Lichtenstein, a quien el duque Leopoldo el Glorioso armó caballero en 1222, exagerando después el romanticismo caballeresco hasta la locura más grotesca, escribía: «Cuando aún era niño oía a menudo leer y decir que a nadie le era dado alcanzar verdadera dignidad y honores mientras no estuviese siempre dispuesto y sin vacilar en servicio de las mujeres dignas.» El *Winsbecke* pone en boca de un padre los siguientes consejos a su hijo: «¡Hijo, si quieres adornar tu cuerpo y procurar que tenga aversión al desorden, respeta y ama a las mujeres castas; porque éstas rechazan con sus virtudes todo lo malo! Son el delicioso tronco de que todos nacimos, y el que no ensalza en ellas esta verdad no tiene educación ni vergüenza; debemos considerarle como un insensato, aunque tuviera el talento de Salomón.»

A los catorce años cumplidos dábase por terminada la enseñanza del *junkherrein* (señorito) en todos los principios de la cortesía, que no era sólo una doctrina del decoro propio, sino una completa instrucción de sus deberes.

El joven se hallaba entonces apto para llevar armas y servía en clase de «escudero» ejercitándose prácticamente al servicio de un caballero.

De este modo hacía sus pruebas en la guerra, adquiriendo el necesario conocimiento del mundo y de los hombres, porque a veces acompañaba a su señor a una cruzada a la Tierra Santa, o al país de los prusianos gentiles, o bien a una expedición imperial a Roma; y entonces se le ofrecía ocasión de poner a prueba sus cualidades físicas y morales; también se le iniciaba con bastante

frecuencia en los asuntos de la política y en los secretos de la corte. Después de pasar de este modo el tiempo de prueba, admitíasele a la primera ocasión oportuna en la orden de caballería, previa la formalidad del espaldarazo, que se efectuaba sin ceremonia alguna antes de comenzarse una batalla o después de una victoria en el campo mismo de la lucha, o bien con solemnidad en grandes festejos y festividades. En este último caso era obligación del escudero prepararse debidamente velando sus armas (*waffenwacht*), devotamente y de noche, en una iglesia o Capilla, además de esto debía confesar y comulgar, y cumplido este requisito, un sacerdote entregaba al aspirante, arrodillado delante del altar y vestido de blanco, la espada de caballero. Después debía presentarse ante una asamblea de caballeros y damas para prestar juramento, por el cual se comprometía a proteger a la Iglesia, ser fiel, atento y respetuoso a su señor feudal, no provocar ningún desafío injusto, amparar a las viudas y huérfanos, y respetar a las mujeres. Pronunciados estos votos se le ponía coraza, gola, brazales y tibiales; calzábanle las espuelas de oro; se le ceñía el cinturón con la espada; y armado así arrodillábase para recibir de mano de un caballero el espaldarazo, es decir, tres golpes dados de plano en los hombros con la hoja de una espada. Por último, el novel caballero recibía el yelmo, el escudo y la lanza; presentábanle su caballo, y debía montarle con toda su armadura sin tocar el estribo, haciéndole andar después por un círculo según todas las reglas de la equitación. Godofredo indica el sentido moral de la recepción de caballero en su bella descripción de la *Schwertleite* de Tristán, en la que el anciano Marke dice a su sobrino: «Como ahora tienes bendecida la espada y eres caballero, ten presente sobre todo cuál debe ser la recompensa de los caballeros y la tuya, recordando siempre quién eres, sin olvidar tu alcurnia y tu nobleza. Sé humilde y sincero, veraz, honesto y ordenado; sé bueno siempre con los pobres y orgulloso con los ricos; respeta y estima tu cuerpo; honra y protege a todas las mujeres; sé humano y leal con el mundo y siempre renazca tu clemencia y lealtad.»

El joven caballero se apresuraba entonces a elegir una «señora», dama o doncella, a quien consagrar su servicio amoroso según las reglas de la cortesía. Debemos añadir aquí que este servicio no se mantenía siempre, ni siquiera por regla general, dentro de los límites de una veneración platónica, sino que tendía a obtener una «recompensa amorosa» muy positiva. Numerosos ejemplos sacados de nuestra literatura de aquella época lo confirman así, y hasta el grave y casto Wolfram habla en el *Parzival* de las relaciones de ambos sexos, con harta frecuencia muy ligeras. En cambio el mismo Wolfram ha consagrado al amor puro un monumento bello y maravilloso en los fragmentos de su *Titurel*, llegados a nosotros; compónese este poema de magníficos versos, en los que se describe el despertar del amor en los corazones del joven Schinnatulander y de la doncella Sigime y los deseos que mutuamente se inspiran. Muy pocos pasajes de Homero, de Shakespeare y de Goethe llegan a igualar en ternura, delicadeza y veracidad a esta manifestación de pura poesía. En cambio, aparece retratada con singular complacencia toda la frivolidad y ligereza de la galantería alemana en los hechos memorables de Ulrico de Lichtenstein, de ese Don Quijote alemán, como ya le hemos llamado varias veces: hombre que a pesar de estar casado, abandonaba a su esposa por servir a su «Dama», y volvía a reunirse con ella cuando por estar herido o maltrecho, necesitaba de sus cuidados y asistencia. El *Servicio de las mujeres* de Ulrico prueba que el romanticismo caballeresco degeneró a veces en verdadera insania, y también se echa de ver en este libro cuán desapiadadamente trataban a menudo las prudentes «Dulcineas» a sus locos servidores amorosos.

La peligrosa broma que la señora de Ulrico se permitió con el pobre enamorado cuando él creía llegada por fin la hora de alcanzar la recompensa suprema de su amor, es uno de los episodios más extravagantes que se hayan inventado en la Edad media.

El verdadero «servidor del amor» indicaba ya a la gente, sólo por la elección de los colores de su traje, en qué estado se hallaban las relaciones con su dama; pues los diversos matices señalaban los grados del drama amoroso. Tenemos un poema escrito en el lenguaje usado entonces, cuyo título es: *Los colores*, y en el cual una dama se queja amargamente de que su caballero vista de amarillo, porque este color indicaba haber recibido ya por completo el galardón amoroso. Por lo demás, las

modas cambiaban rápidamente tanto por lo que respecta al traje masculino como al femenino; sólo continuaron invariables hasta los siglos XV y XVI, en que se comenzó a usar el llamado traje a la española, las tres prendas principales del vestido de los hombres: el calzón, la chupa y el manto. Los vestidos «ondulados» y los «acuchillados» eran extravagancias que condujeron al traje más grotesco aún de los pantalones y mangas anchas. A fines del siglo XII adóptase la moda caballeresca de llevar los escudos de armas de la familia bordados en una o varias partes del traje; y desde el siglo XIII obsérvese un gran lujo en birretes, sombreros y calzado, así como en las armas, que tienen adornos. Entre las más insignes locuras de la moda debemos hacer mención de los «zapatos de pico», que usados ya en el siglo XI, aún se llevaban en el siglo XV, y del «traje de campanillas», que en esta última época se lucía en el mundo caballeresco, usándose cinturones, brazaletes y ligas con campanillas y cascabeles. Las costumbres cortesas exigían que la dama diera a su caballero una prenda de amor, un cinturón, una banda, un manguito o un guante, y el caballero la fijaba en su yelmo o escudo al entrar en campaña o al tomar parte en un torneo. También hubo amantes que trocaban sus camisas como prendas de amor. Grande era la satisfacción y orgullo de la dama cuando su caballero traía la prenda despedazada o agujereada en la lucha; pero lo que más halagaba la vanidad de una bella era sin duda el ser elegida en un torneo «reina de la hermosura» para entregar a los vencedores, entre los cuales se hallaba a menudo su propio amante, los premios de la victoria.

El torneo (del francés *tourner*) era el ejercicio gimnástico universal de los tiempos caballerescos y la principal diversión en todos los festejos en que tomaban parte los caballeros. Desde el siglo XII generalizáronse y se organizaron los torneos en Alemania según todas las reglas del arte, conservándose hasta el siglo XVI y aún el XVII, aunque la parte seria de tales actos desapareció más y más desde el siglo XV. En los torneos se luchaba a caballo con lanza y espada, o a pie, con hacha, maza, lanza corta y espada. Cuando los partidos peleaban en grupos uno contra otro, llamábase esto un *buhurd* (bohordo en español); pero más generalizado estaba el combate hombre contra hombre, y como la manera más caballeresca de batirse era a caballo y con lanza, llamada *tjost* (justa), se «torneaba» o bien se «justaba». En la justa empleábanse lanzas embotadas (*schimpfreunen* o justa de juego), o bien lanzas agudas (*scharfreunen*, justa seria); cuando se combatía de este último modo la liza quedaba a menudo cubierta de heridos y muertos. El premio del torneo (*turnierdank*, gracia del torneo), que al principio se redujo a sencillos regalos, como cadenas de oro, bonitos bordados, armas, un buen caballo, etc., se hizo más tarde objeto de prodigalidades y extravagancias: en un torneo efectuado en la Pascua de Pentecostés de 1229 por los patricios de Magdeburgo, el premio del torneo fue una hermosa doncella.

Lo mismo en sus expediciones guerreras que en sus viajes en general, caballeros y damas podían pretender la más amplia hospitalidad, pues sólo se viajaba a caballo, y siempre con cuadrúpedos propios, por caminos que en rigor no lo eran; sólo se podían hacer por lo tanto cortas jornadas, y como los albergues públicos algo cómodos no se hallaban más que en las ciudades, los viajeros debían procurar llegada la noche el alcanzar a tiempo un castillo, donde poder esperar hospitalaria recepción. Los huéspedes eran recibidos según todas las reglas de la cortesía; la señora de la casa, rodeada de sus hijas, daba la bienvenida al recién llegado en la sala de honor, ofreciéndole su mano y dirigiéndole afables palabras. Una vez despojado de su armadura, se le daba cómodo traje de casa y una copa de vino, el cual probaba antes la castellana; y después mandábase prepararle un baño. Al sentarse a la mesa para cenar, cedíase al viajero el puesto de honor; la señora o señorita del castillo le servía los platos; y a la hora de acostarse acompañábanle a su cámara.

En los grandes convites a que daban lugar a menudo las numerosas festividades, las bodas, bautizos, y la reunión de las dietas, reinaba la mayor abundancia. Los ricos magnates tenían entonces ocasión de lucir sus preciosos jarros, copas y fuentes, expuestas con gran aparato en ricos aparadores; sus vastas habitaciones y sus magníficos muebles, colgaduras y alfombras. La cocina y la bodega se ponían también de gala, ofreciendo a los convidados sus más opulentos productos; mientras que en días ordinarios, hasta en las mesas de los nobles se servía con mucha sencillez, reduciéndose la comida a carne ahumada y salada, col, legumbres, cerveza y aguamiel. A juzgar

según las modernas aficiones, en el arte culinario del período caballeresco se prodigaban demasiado las especias de toda clase, sin exceptuar los vinos, entre los cuales merecían la preferencia los de Grecia e Italia, que rara vez se recibían puros, aunque, mezclados y preparados con abundancia de especias, llamábanlos «bebida pura» (*loutertrank*). En los castillos y sus dependencias se albergaban en días de festejos centenares y hasta miles de huéspedes de ambos sexos. Comenzábanse aquellos siempre por una misa, para que no faltara la consagración religiosa; al volver de la iglesia los convidados sentábanse a la mesa para tomar el almuerzo (*imbiz*), que se componía ya de manjares y bebidas muy sustanciosas. La mañana se empleaba en un torneo o una cacería, a la cual asistían las damas como intrépidas amazonas. Plácenos representarnos una verdadera señorita noble montando un brioso corcel, mezclada entre los cazadores y con el halcón en el puño de la mano derecha. Llegada la tarde, las bocinas anunciaban la hora de comer; cubríase la mesa de ramilletes; se tendían sobre ella guirnaldas; y también los convidados llevaban a menudo coronas de flores. En los mejores tiempos de la época caballeresca era costumbre separar a los señores de las damas.

En los esponsales del joven Giselher con la hija del margrave Ruedeger, descritos con tanta gracia en el canto de los *Nibelungen*, separáronse (*nach gewohnheite*, según costumbre) los dos sexos cuando en la gran sala se preparó la mesa. La señora del margrave quedó sola con los caballeros para cuidar del orden del servicio; mientras que la princesa presidió la mesa de las damas en otra habitación. Más tarde, sin embargo, introdújose también en Alemania la moda francesa, según la cual hombres y mujeres sentábanse a la mesa por parejas. La conversación era franca y alegre durante la comida; pero las chanzas y bromas pecaban a menudo de groseras, y hasta de obscenas, hasta el punto de que nuestras damas de hoy día no hubieran podido escucharlas sin avergonzarse. La verdad es que nuestros antecesores, a pesar de todas las delicadezas del «servicio amoroso», eran gente ruda, que no se pagaba de tales pequeñeces, consideradas naturales, y que sin pararse a escoger mucho sus palabras, daba francamente a la cosa su verdadero nombre. De los siglos XII, XIII y XIV hemos heredado gran número de chistosas poesías cortesanas, algunas de las cuales, de bastante valor literario, demuestran claramente que nuestros antepasados preferían para su conversación un terreno rechazado por la buena sociedad moderna, es decir, aquel en que se dicen las cosas claras, sin disfrazar su doble sentido. No debemos perder tampoco de vista respecto a las relaciones de ambos sexos, que las «señoras caballerescas» románticas fueron en realidad durante toda la Edad media, según la ley, las servidoras obedientes de sus padres y esposos, que las hacían reconocer a menudo su superioridad de un modo brutal. Dícese que hasta Sigifredo, modelo de todos los héroes, no vacilaba en castigar a su «sublime» señora Kriemhilda, y que una vez la dio de palos por haber ocasionado un escándalo con sus chismes. «Mucho me arrepentí, dice la princesa al malicioso Hagen, del mal que hice a Brunequilda, tanto más cuanto que mi señor me apaleó bastante por ser charlatana.»

Durante la comida se admitía a los juglares para que lucieran su habilidad: el célebre código de la Edad media, el *Sachsenspiegel* (Espejo de los sajones) nos explica lo que todos comprendían bajo el nombre de juglar: *pfifer* (flautistas), *puker* (timbaleros), *violeler* (violinistas), *singer* (cantores), *springer* (saltarines), *koukeler* (titiriteros), *leser* (recitadores), *scherer* (tundidores), *beder* (barberos) y en general toda la gente ambulante, embaucadores y curanderos. Al cerrar la noche las damas iban a la capilla del castillo para oír el canto de vísperas, y después reuníase la sociedad otra vez en el salón para entretenerse en toda clase de juegos (*spiel*), pues la palabra *spil* significaba entonces diversiones o pasatiempos en general. Los caballeros de edad se recreaban con el juego de dados (*wurfzabel*) o con el ajedrez (*schachzabel*), procurando vaciar entre tanto los toneles de vino del anfitrión. Las señoras ancianas, sentadas en los nichos (*lauben*) que había en las paredes, de más de una braza de profundidad, charlaban sobre asuntos más o menos románticos. Los jóvenes se divertían con «juegos de sociedad», de los cuales, así como los de la infancia, se contaban ya una infinidad, de modo que la mayor parte de los que aún hoy se usan se inventaron por

nuestros antepasados. También distraían su ocio con la música y el canto (entonces se tocaba el laúd y se cantaba a coro) o bien se entregaban al recreo más grato para la juventud, al baile.

La cortesía palaciega conocía dos clases principales de bailes, la verdadera «danza» y el «*reihen*»; aquel era un movimiento acompasado o sostenido, y ésta consistía en saltar. En la «danza» el caballero cogía de la mano a una o dos damas y paseábalas por la sala arrastrando los pies; algunos instrumentos de cuerda y ciertos cantos que entonaban el primer bailarín o bailarina servían para marcar el compás. Esta manera tan decente de bailar tenía un carácter más solemne en las danzas con antorchas que solían ejecutarse en los casamientos de príncipes. El «*reihen*» se bailaba dando grandes saltos, y de consiguiente no podía ser gracioso, pues tanto los hombres como las mujeres procuraban elevarse a porfía, con una extravagancia que podía competir con la de «las grullas, los osos y los cabritos»; de modo que, como era natural, de esta danza nacieron aquellos indecentes e impúdicos bailes introducidos en la época de la reforma, según después veremos. Antes de separarse los concurrentes, hartos ya de diversiones, para irse a dormir, ofrecíanles el *schlaftrunk* (el trago antes de acostarse), compuesto de vino solo, y con el cual se comían frutas frescas y confitadas.

Las bodas palaciegas daban lugar naturalmente a las fiestas más brillantes del mundo caballeresco romántico; y aquí observaremos de paso dos cosas: la primera es que las niñas de catorce a quince años se tenían ya por casaderas, contándose algunas cortes de príncipes en que las novias no pasaban de doce años; y la segunda que el casamiento eclesiástico sólo tenía una importancia secundaria. Enrique de Freiberg, que continuó los escritos de Tristán de Godofredo, describe minuciosamente los desposorios en una corte del siglo XIII, en aquel pasaje donde refiere cómo Tristán se casa con la joven duquesa de Arundel, Isolda Weisschand (mano blanca). En el *palas* del castillo ducal está preparada la mesa del banquete, y después de ofrecer primero a la novia, y luego a los huéspedes según su categoría, el agua para lavarse las manos, dase principio a la comida, que se sirve en platos preciosos, bebiéndose el vino en copas de oro.

Terminado el festín, se transforma el comedor en sala de baile, pues las mesas se ponen a un lado, y los músicos comienzan a tocar sus violines. Tristán coge a Isolda de la mano para bailar con ella; imítanle los caballeros y las damas, y todos avanzan acompasadamente, sin levantar los pies del suelo, pues las largas colas (*swaenze*, *swaenzelein*, colitas) de los vestidos de las señoras impiden un movimiento más rápido. Después, cuando las parejas bailan alegremente, entra en la sala un obispo que viste su traje de ceremonia; interrumpe la danza; los concurrentes forman un círculo, en cuyo centro se coloca la novia, asida de las manos de su padre y de su hermano; el novio se pone junto a ellos; pronúnciase el voto de fidelidad, se cambian los anillos y el obispo entrega la doncella a su futuro como legítima esposa, recibiendo ésta como marido (*gap Isoten die maget im ze rehter é und gap in ir*). Después se encienden las velas y comienzan a circular las copas de vino; pero pronto se avisa al novio que es tiempo de dirigirse a la cámara nupcial, y cuando ya está en el lecho, la madre, acompañada de todo un séquito de damas, le lleva la novia; deposítala en brazos del novio; dales la bendición, haciendo coro las demás mujeres, y el matrimonio se considera consumado «tan luego como una misma colcha cubre a la pareja.»

El pasatiempo más noble en la vida de los castillos se debió sin duda al interés que el extraordinario desarrollo de nuestra literatura poética, bajo los Federicos de Hohenstaufen, despertó en la sociedad caballeresca romántica, donde quiera que ésta se inspiraba en cosas elevadas. Junto al trono de los Hohenstaufen, el retoño extranjero del romanticismo creció rápidamente, formando al fin un árbol del que brotaban magníficas flores. El dialecto de la patria de los emperadores suabos, el que se habla en el centro de la parte superior del país, fue durante tres siglos la lengua escrita de Alemania. En las cortes de los landgraves de Turingia, de los margraves de Brandeburgo, y de los duques de Austria, de la casa de Babenberg, la poesía cortesana tenía sus centros favoritos; pero entre todos prefería la bella Marca Oriental (Austria), a orillas del Danubio, con sus hermosos campos y su alegre vida alemana. El *minne* (amor, del alemán antiguo de la parte superior del país

meinan, recordar, opinar, amar en su doble manifestación como amor de Dios y amor profano, constituía el alma de la poesía romántica de nuestra Edad media. La época en que floreció fue sin duda la comprendida desde los años 1150 a 1350, pues entonces se manifestó en producciones líricas, didácticas y épicas. La epopeya buscaba sus asuntos en el extranjero, ocupándose sobre todo en las fábulas romano-bretonas del rey Artus, del Santo Grial, del rey Marke y otros; pero también los tomaba de la patria, recogiendo de nuevo las antiguas tradiciones heroicas nacionales, y aprovechándose asimismo de los conocimientos del antiguo mundo mitológico, adquiridos por conducto de Bizancio y Roma. Sin embargo, todos estos asuntos de naturaleza tan distinta, no sólo se revestían de carácter caballeresco, sino que también se inspiraban en el romanticismo; los héroes y heroínas griegos y romanos, los reyes y duques germano-paganos, los príncipes y princesas celtas, Dicterico de Verona, Atila y Carlomagno, Eneas y Lavinia, Sigifredo y Kriemhilda, presentábanse todos como caballeros y damas cortesanas de la época de los Hohenstaufen; y todo giraba en torno del amor, de modo que esta literatura está muy bien caracterizada por Wolfram de Eschenbach cuando dice: «El poder del amor vence en los países próximos y en las regiones lejanas; el amor vive en la tierra, pero plácele mucho servir de compañero en el cielo; en todas partes hay amor menos en el infierno.» El número de las poesías líricas, didácticas y épicas del género caballeresco romántico era considerable, pero desgraciadamente es muy reducido el número de tradiciones respecto a la personalidad de los poetas; y aún de los más importantes poco ha llegado a saberse, sin contar que las noticias que poseemos son más bien suposiciones que hechos indiscutibles.

Evidentemente nuestros antepasados no juzgaban digno de su atención cuidarse de las condiciones en que vivían los poetas, a quienes al fin y al cabo se igualaba con los «juglares», pues desde la antigüedad, y aún en la actualidad, la falta principal de nuestro pueblo fue mostrarse frío, desdeñoso, y verdaderamente mísero para con sus pensadores, poetas y artistas mientras vivían, es decir, cuando más apoyo necesitaban. También redundó en perjuicio de los vates la circunstancia de que la poesía fuese en la época de los Hohenstaufen, por decirlo así, una moda, pues considerábase como un requisito de la educación y de las buenas costumbres cortesanas saber componer para cierta melodía la letra a fin de cantarla con acompañamiento de la cítara, del arpa o del violín, o bien poder inventar con la canción nueva al mismo tiempo una nueva melodía, y por eso encontramos entre nuestros doscientos cantores amorosos, ciudadanos, nobles, prelados, príncipes y reyes. Sin embargo, esta misma afición a la poesía, así propagada, debía rebajar el valor del arte lírico, y de aquí resultó ese carácter de mendigos que adquirieron los trovadores de amor. Nos causa un efecto muy desagradable ver que un hombre tan generoso como lo era Gualtero, casi pierde el juicio de alegría cuando el emperador Federico II, cediendo al fin a sus súplicas, le hace donación de un pequeño feudo. Y lo repetiré aquí: la nación alemana no se cuidó nunca de aliviar en lo más mínimo la situación de los hombres de genio; y esto puede aplicarse a todas las épocas. En el siglo XIII, el emperador Federico se mostró siempre extraordinariamente pródigo para con las nulidades humanas, tanto del sexo masculino como del femenino; Gualtero, por el contrario, debió pretender durante mucho tiempo antes de que se le concediera una pequeña propiedad feudal. En el siglo XVIII, por ejemplo, un príncipe alemán señaló a una juglaresa, a quien había hecho venir de París, un sueldo de 30.000 *thalers*; mientras que Lessing sólo obtuvo 300.

Respecto a las formas de la poesía amorosa, componíanse de *leichen* (del francés *lais*), es decir, sencillos versos pareados; de *reihen* o melodías de baile; estrofas, sentencias, como, por ejemplo, las que se hallan en la poesía instructiva del *Winsbecke*; y «cantos» compuestos de varias estrofas rimadas. El contenido de esta poesía lírica, cuya expresión más antigua demuestra todavía su origen popular, es nacional alemán, caracterizándose como tal, sobre todo por su ingenuidad en el modo de considerar la naturaleza y por la ternura del sentimiento amoroso. La falta de pensamiento en esta poesía, sin embargo, cansa mucho, y la continua repetición de las mismas imágenes y descripciones es muy monótona. Experimentamos una sensación verdaderamente agradable cuando el franco y positivista Nithart de Reuenthal, alejándonos de esta esfera cortesana, nos conduce entre sus labradores bávaros y austriacos, describiéndonos las travesuras de que son

objeto los *toerper*, villanos (de aquí nuestra palabra *toelpel*, zopenco) y las *toerperinnen*, villanas: en este asunto las rígidas formas del canto amoroso nos producen un efecto sumamente cómico. Sólo en uno de nuestros poetas líricos antiguos, en el gran maestro del canto amoroso alemán, estas formas se presentan como la expresión natural de una noble personalidad; este poeta es Gualtero de la Vogelweide, cuya patria se ha creído reconocer en el Tirol, y que vivió y murió bajo los dos grandes Federicos de Hohenstaufen.

Así como una enhiesta cumbre de los Alpes se destaca soberbia sobre las colinas que la circuyen, del mismo modo Gualtero se eleva por su genio y carácter sobre todos los demás trovadores; Gualtero no es sólo un eminente poeta, sino un pensador de rica fantasía, de sentimientos profundos, que conocía perfectamente su época con sus necesidades y dolores. Patriota de corazón, manteníase fiel al emperador y al imperio; vituperaba las miras anárquicas de los príncipes, combatía la corrupción de los sacerdotes y señalaba al papa como un «nuevo Judas». No es difícil formarnos idea de su persona por la descripción que él mismo hace en una de sus poesías. Sentado en una piedra a orillas de un riachuelo, con las piernas cruzadas y apoyando la barba en la mano, piensa con profunda tristeza en los trastornos de Alemania después de la muerte de Enrique VI, buscando medios para combatir tantos peligros. Este poeta tenía un tono profundo para todo lo que conmovía el corazón humano; compuso la más graciosa de todas las cántigas amorosas (*Unter der linden*, Bajo el tilo); pero también escribió el más sublime himno patriótico alemán que ha conocido la Edad media (*Ir sult sprechen willekomen!*, Debéis dar la bienvenida). Y así como supo ensalzar cual ningún otro poeta a las mujeres alemanas, del mismo modo enseñó a sus compatriotas lo que les convenía. En todo tiempo ocupará un lugar preferente entre los mejores varones de nuestro pueblo; y como poeta lírico alcanzó también un alto rango entre los vates moralistas: por eso se atribuyó a Gualtero el poema instructivo *Bescheidenheit* (es decir, El Conocimiento) que se conoce con el título del *Freidank* y que juntamente con las sentencias del Winsbecke, el *Renner* (corcel) de Hugo de Trimberg, el *Welschen Gast* (huésped italiano) de Tomasino Tirkler, y el libro de fábulas *Der Edelstein* (la piedra preciosa) del monje predicador Ulrico Boner, muerto en 1350, figura entre las producciones más excelentes de la didáctica de la Edad media.

En los cantos de los trovadores más antiguos, como los de Kuerenberg y de Dietmar de Aist, reconócese aún, como ya hemos dicho, el origen popular; en los de épocas posteriores y de los últimos tiempos, como son los de Conrado de Wirtzburgo, Reinmar, Frauenlob, Regenbogen y otros, el carácter lírico desaparece del todo, predominando la reflexión. De esos poetas pensadores nació a fines del siglo XIII el poema, o mejor dicho controversia poética titulada *Der Saenger Krieg auf der Wartburg* (la guerra de los trovadores en el Wartburgo), composición llena de artificios, de juegos de palabras y de enigmas. Preténdese que se debió a las plumas de Gualtero de la Vogelweide, de Wolfram de Eschenbach y de los personajes fabulosos Enrique de Ofterdingen y Klingsor, lo cual ha dado lugar a la fábula, según la cual estos vates empeñaron en Wartburgo una controversia poética en que se jugaba la vida.

Podemos considerar como último y verdadero trovador al tirolés Oswaldo de Wolkenstein, muerto en 1445, cual fue al mismo tiempo todo un caballero «errante» o «andante» cual no se ha visto ningún otro en Alemania; pues ya a la edad de diez años tomó parte en una cruzada (*leiben reise*) al país de los prusianos, y durante quince anduvo errante, y en busca de aventuras, en Polonia, en Rusia, en las regiones del Báltico y del mar del Norte, en Bretaña, en Oriente y hasta Persia. Después de su vuelta, el incansable caballero, no pudiendo soportar su monótona existencia en las montañas del Tirol, emprendió de nuevo los viajes, dirigiéndose como peregrino al Santo Sepulcro y después a Italia. Su vida fue por otros conceptos muy agitada; conoció los contrastes del favor y de la malevolencia de los hombres, de la gloria y de los ultrajes, de la felicidad y de la desgracia; y fue sin duda el primer políglota de la Edad media, pues conocía diez idiomas. Sus poesías parecen la expresión de los últimos suspiros del arte lírico amoroso.

La epopeya cortesana comenzó en la segunda mitad del siglo XII, desarrollándose primero bajo la inspiración de los eclesiásticos. El *pfaff* (esta palabra, que significa sacerdote y se usa hoy como improprio, era en la Edad media un nombre honorífico) Conrado compuso un *Canto de Roldan*, el *pfaff* Lamberto un *Canto de Alejandro*; Enrique de Veldeke fijó después el estilo de la epopeya caballeresca en su larguísima composición titulada *Eneit* (Eneida), y Hartmann de la Aue procuró comunicar a este estilo la mayor gracia (*zierheit*), deseoso de que alcanzase el más alto grado de favor, para lo cual publicó su *Erek* y su *Iwin*. No obstante, dos contemporáneos y adversarios, el caballero franco Wolfram de Eschenbach y el maestro alsaciano Godofredo de Estrasburgo, elevaron a su apogeo la epopeya caballeresca alemana; el primero se distinguió como idealista entre los alemanes de la Edad media; el segundo como positivista; pero ambos fueron hombres de genio y cada cual a su modo consumados poetas. Wolfram transformó en su *Parzival* la tradición romana del Grial y de Arto en una poesía alemana, que por su grandiosidad y profundo sentido sería única en su género en toda la Edad media, si cien años más tarde no hubiese escrito Dante *La Divina Comedia*. El poeta alemán quiso dar forma poética en su gran epopeya a la idea de la caballería en su acepción más sublime; y he aquí porqué su *Parzival* es una especie de Fausto que, instigado por la duda, va en busca de aventuras por el mundo de la religión. Por primera vez en tierra alemana púsose en boca de Wolfram, la pregunta acerca del objeto de la existencia, la utilidad de la vida humana, y la heroica lucha del espíritu alemán, pregunta formulada en el *Parzival* y que respira una grandeza verdaderamente trágica.

Con la interesantísima tradición amorosa celta de Tristán e Isolda, Godofredo escribió un poema de gran valor literario, pero que desgraciadamente quedó sin concluir: la seductora galanura de su estilo, su elegancia y claridad forman singular contraste con el lenguaje confuso y con frecuencia un poco pesado de Wolfram. Godofredo, poeta alegre que siempre busca las situaciones más felices de la vida, hace una marcada oposición al sutil filósofo. El más hábil «conocedor de los corazones» en su época sabe descubrirnos los secretos senderos del laberinto de las pasiones humanas, y en alas de su genio condúcenos al mundo palaciego. La belleza de sus figuras características, revestidas a veces de un ligero tinte de ironía, no tiene igual en la Edad media, y su crítica mordaz sobre las ordalías, nos revela una libertad de espíritu, verdaderamente asombrosa en un poeta que escribió a principios del siglo XIII. Pero el que quiera conocer la ingenua gracia con que Godofredo sabe pintar el sumo placer del amor satisfecho, debe seguir al caballeresco Tristán y a la rubia Isolda a su refugio en la soledad; ni «Frau Aventure» (la señora Aventura o la poesía caballeresca), ni poeta alguno, antiguo o moderno, ha inventado o descrito cosa más graciosa que esta pintura, brillante cual las gotas de rocío iluminadas por la aurora en el solitario seno de la naturaleza.

Junto a la parte cortesana de nuestra epopeya de la Edad media, brillaba otra nacional, debida a la circunstancia de que el corazón del pueblo había conservado fielmente durante siglos enteros las tradiciones heroicas de la patria: a no ser así el antiguo mundo fabuloso no hubiera podido salir de repente, en los siglos XII y XIII, de la oscuridad a que le había relegado la pretenciosa cultura eclesiástica romana. La época de los Hohenstaufen despertó también a las masas, con poderosa fuerza, del profundo letargo en que yacían, y entonces quisieron tomar parte a su manera en el movimiento intelectual del siglo. La poesía influía igualmente en el pueblo, mas para excitar un verdadero interés debía producir otros acordes que no partieran del extranjero ni de la nobleza, como por ejemplo aquellos celta-romanos tan requeridos en los castillos. El pueblo necesitaba un alimento poético más saludable y conforme con su clase para recrear la fantasía y el corazón, y guiados por un sabio instinto, sus bardos, sus cantores, y los juglares ambulantes recogían de la tradición oral los asuntos nacionales en que la imaginación del pueblo había trabajado silenciosamente de generación en generación. Delante de las puertas de los templos, en las romerías, en las ferias de las ciudades, y a la sombra de los tilos, los aldeanos volvían a entonar los antiguos cantos heroicos, acompañándose con violines, cantos en que nuestro pueblo había encerrado los recuerdos de sus tiempos primitivos y de la inmigración.

El antiguo y frondoso bosque de las tradiciones alemanas empezaba a susurrar poderosamente y de su sombra surgían las gigantescas figuras de Sigifredo, de Hagen, Dietrich, Hildebrando, Hsan y Wate, que penetraron en el círculo cortesantemente ataviado y embellecido por los caballeros de la Tabla redonda del rey Arturo y sus damas.

El renacimiento poético de las leyendas heroicas alemanas no permaneció mucho tiempo exclusivamente relegado a cantores y auditorios populares; sus relatos tuvieron también oyentes en los castillos feudales y en los palacios de los príncipes; y he aquí cómo los poetas de la escuela cortesana recogieron a principios del siglo XIII las antiguas tradiciones patrióticas, y formaron en mayor escala una colección de los cantares, componiendo las epopeyas obtenidas de este modo según las reglas del arte caballeresco romántico. Así se explica la forma adquirida por los diferentes ramos de nuestra tradición heroica nacional durante el apogeo del romanticismo cortesano.

Cierto que los compositores palaciegos de estas poesías no eran ni con mucho bastante despreocupados para llevar a cabo su tarea en el antiguo estilo nacional, si bien volvían a usar asaz correctamente el primitivo arte métrico nacional, es decir los versos largos, opuestos a los pareados cortos de que se hacía uso en la epopeya cortesana. No es menos cierto también que trataban sus asuntos con cierta libertad romántica, oscureciendo la pureza del tema con elementos extranjeros de carácter caballeresco; mas a pesar de ello, la fuerza primitiva propia de la tradición nacional les obligaba a respetarla en los puntos principales. Además, algunos de los ciclos fabulosos han tenido compositores que sin duda poseían altas dotes poéticas; tal favor merecieron en particular nuestras magníficas epopeyas que en su conjunto componen el «Gran libro de los héroes», el canto titulado, *Peligros de los Niebelungen* y el de la *Kudrun*, designados oportunamente como la *Iliada* y la *Odisea* alemanas. El canto de los *Niebelungen*, sobre todo, nos demuestra en su forma actual los muchos cambios y ampliaciones del antiguo mito primitivo de Sigifredo, con el cual se han reunido aquí las tradiciones de las tribus de los borgoñones, hunos y ostrogodos. En la literatura universal figurará sin duda como la epopeya más original, extraordinaria y gigantesca que jamás produjo un pueblo, desde que Homero escribió la *Iliada*. Créese oír en ella el estrépito de las armas durante el período de la emigración de los pueblos. Grandiosa en su plan, magnífica en su ejecución, de una moral elevada que como el rayo ilumina las profundidades del corazón humano, pregona de un modo conmovedor el predominio de Némesis en la historia universal. Mas ¿quién fue el hombre que poco antes o después de 1210 dio su actual forma a nuestra epopeya nacional, y a quien, como dijo Goethe, todo el mundo debería conocer, para recibir directamente en su alma las impresiones, según la medida de sus facultades? Nadie lo sabe; todos los esfuerzos hechos con el fin de descubrir y glorificar al poeta de Los Niebelungen dieron siempre resultados muy problemáticos: la obra existe, pero su autor o autores siguen siendo desconocidos.

La sociedad que pudo producir una literatura como la que acabamos de bosquejar, debió haber alcanzado necesariamente un alto grado de cultura, y hasta el más superior que era dado obtener bajo el imperio de las ideas de la Edad media; pero este florecimiento intelectual sufrió la suerte de todas las cosas humanas; pasó. Desde el siglo XIV, el mundo caballeresco romántico decayó más y más rápidamente, y con él perdióse su literatura. La epopeya cortesana desapareció en la enojosa y obscena prosa de la novela caballeresca, y la epopeya popular en la de la novela del pueblo, que no menos grosera y torpe, alcanzó boga durante siglos enteros en nuestros «Libros populares», compuestos en gran parte con las tradiciones nacionales y cortesanas.

El canto amoroso caballeresco, degenerando en la copla del pueblo, se oyó en boca de los seres más innobles, en los días de feria. ¿Y cómo hubiera podido interesarse la disoluta caballería del siglo XV en las cosas verdaderamente bellas y sublimes? En los castillos reinaba un desorden completo, a consecuencia de los exorbitantes gastos y de la penuria que ocasionaban. Los hombres ya casi no eran caballeros, sino más bien ladrones que aprovechaban el derecho de desafío y el uso de las armas para robar a mano armada en los caminos, entregándose a una vida licenciosa que ahogó en ellos todo sentimiento de honor, hasta el punto de no advertir al adversario por medio de

un cartel, cuando pensaban atacarle; las orgías y los más torpes vicios eran sus placeres. En cuanto a las mujeres también habían degenerado: todas eran coquetas, cortesanas y gazmoñas. Ciertamente había numerosas excepciones; cierto que todo lo más escogido de ambos sexos hacía valerosa oposición al desenfreno y al libertinaje dominantes; y no lo es menos que aún a fines del siglo XV había casas feudales en que el señor era un caballero en toda la extensión de la palabra, y la señora una mujer honesta, sencilla, laboriosa, y solícita instructora de sus hijos; pero los esfuerzos y virtudes de pocos no podían detener la decadencia general. Los ideales del romanticismo iban desvaneciéndose; las formas en que se manifestaron estaban ya gastadas; y el mundo caballeresco romántico se dirigía a pasos gigantescos a su descomposición.

VII.

LA ALDEA Y LA CIUDAD

Mientras tanto, ¿qué aspecto ofrecían la aldea y la ciudad, y cómo pasaban su vida los labradores y ciudadanos?

La mole del Estado feudal se sostenía pesadamente sobre su base, formada por la clase labradora, mas a pesar de esto, donde quiera que el duro «derecho señorial» no se modificaba material y moralmente en todas sus consecuencias, la vida del labrador alemán fue más desahogada durante los siglos XII, XIII y XIV que en los tres siguientes. Los efectos civilizadores de las Cruzadas extendíanse también sobre la agricultura, pues la colonización de las regiones eslavas en las marcas orientales y nordorientales por los alemanes, permitía al labrador eludir el yugo que en su patria pesaba sobre él; y precisamente esta circunstancia imponía a los señores, grandes y pequeños, cierta obligación de no usar con demasiado rigor de sus «derechos», a fin de no inducir a sus siervos y esclavos a la desesperación y a la fuga. Sin embargo, la mayoría de los labradores alemanes era y seguía siendo siervos y esclavos, es decir, hombres en quienes no se reconocía ningún derecho, expuestos a los malos tratamientos y a la arbitrariedad de sus amos, y considerados poco más o menos como objetos u mercancías que se podían trocar, vender o regalar. Y la verdad es que los siervos se cedían y traspasaban como se dan hoy ramos de flores, juguetes u otros objetos.

Cierto conde, Hartmann de Kiburgo, por ejemplo, regaló a su querida esposa Margarita, como dote, según se desprende de un documento del año 1230, la aldea de Veliheim con todos sus siervos de ambos sexos. No hemos exagerado al decir que en los «buenos tiempos antiguos», en la «noche iluminada por la encantadora luz de la luna», cuando dominaba el romanticismo de la Edad media, se hacía en nuestro país un verdadero tráfico de esclavos, y esto no sólo con prisioneros de guerra extranjeros, sino también con siervos indígenas, tanto hombres como mujeres y niños. Bastantes documentos tenemos como el que en 1333 firmó el caballero Conrado de Urach, según el cual dicho hidalgo vendió al abad de Lorch dos hermanas siervas, Inés y Matilde, con sus hijos, por tres libras. No debemos, sin embargo, horrorizarnos de tales cosas, como los fariseos, pues los labradores siervos eran una consecuencia lógica del estado feudal, y este mismo una necesidad histórica. Por otra parte, no cabe duda que el labrador alemán del siglo XIV estaba menos deshonrado como siervo corporal que el labrador alemán del siglo XIX como siervo espiritual.

La agricultura se extendió desde el siglo XII considerablemente, porque el desmonte de los bosques dejaba mucho terreno libre; también aumentaba la variedad del cultivo de trigos y legumbres; se mejoraban mucho los instrumentos de labranza; poníase más cuidado, y se introducían diversas innovaciones en las huertas de árboles frutales y en la vinicultura. Los conventos, sobre todo, seguían distinguiéndose por estos conceptos, y protegiendo además la piscicultura. El uso de la miel en gran escala, para la fabricación de vinos compuestos, y de la cera para velas de iglesia, debía contribuir a la prosperidad de la cría de abejas. También se cuidaba mucho de la del ganado caballar y de cerda, pues la carne de cerdo figuraba en las mesas de nobles y plebeyos, y se necesitaban muchos caballos para la caza, los torneos, y las batallas. Desde el siglo XIII el gran consumo de lana favorecía también la cría de carneros. Al mismo tiempo empezábase a poner coto a la destrucción de los bosques, pues la subida de precios de la madera, sobre todo de la de construcción, aconsejaba la conservación de los árboles. Las selvas alemanas estaban aún tan pobladas de animales, que se perseguía la caza mayor y menor no sólo por pasatiempo, sino más bien por conveniencia. Entonces, y mucho tiempo después, casi hasta mediados del siglo XVIII, los propietarios de la caza podían contar con una buena renta.

La caza mayor estaba exclusivamente reservada a la nobleza; la menor, es decir, la que se practicaba con trampas y lazos, era permitida al labrador, aunque sólo en sus propios terrenos, si los tenía; pero esto se modificó con el tiempo de tal modo, que al fin se privó al labrador de todo derecho de cazar. A medida que en muchas partes de Alemania la antigua propiedad común libre de los labradores de una marca pasaba a manos de unos pocos, por la reunión de grandes propiedades territoriales, o hasta desaparecía del todo, el derecho de caza, perteneciente en un principio al propietario del terreno, quedaba limitado a los señores poderosos, quienes castigaban con crueldad y dureza todo ataque a su prerrogativa, como atentatorio a su propiedad. Cuando más tarde se hubo desarrollado la idea de la soberanía del Estado, el derecho de caza se declaró comprendido en los privilegios del rey, constituyendo «regalía»; de este modo el derecho de caza, o más bien, la injusticia de cazar en territorio ajeno se convirtió en ley.

Inútil parece decir que los labradores que habían conservado sus antiguas libertades se distinguían marcadamente por su género de vida, su proceder y sus costumbres, de los siervos y esclavos. Sus casas y aldeas tenían ya otro aspecto, y mientras que las cabañas de los labradores siervos eran casi todas de madera, barro y paja, difiriendo poco de sus pocilgas, el labrador libre de la Sajonia inferior y de Westfalia, de la Suabia superior, de Suiza, de la Baviera baja y de Austria, habitaban unas casas relativamente cómodas, construidas, según la localidad, con gruesas vigas, ladrillos y barro, o también piedra; tenían verdaderas puertas y ventanas (aún sin vidrios), escaleras, muebles, vajilla y camas. No contribuyó poco a aumentar el bienestar y holgura de aquellos labradores el sistema de arrendamiento que subsistió en creciente vigor desde el siglo XIII hasta el XV. Los señores nobles y eclesiásticos habían reconocido que en vez de hacer cultivar las tierras descuidadamente por sus perezosos siervos, les era mucho más beneficioso arrendarlas a labradores libres, que pagaban su arrendamiento con regularidad y estaban obligados a cultivarlas con esmero en su propio interés. Tanto al propietario como al colono convenían que fuesen duraderas estas relaciones, pues con el trascurso del tiempo el arriendo temporal se convertía en hereditario y la granja pasaba de padres a hijos. Mucho contribuyó a mejorar la condición de los labradores libres y arrendatarios la circunstancia de que en muchas partes se pudieran satisfacer con ciertas cantidades en dinero las contribuciones y censos que por lo regular se pagaban en productos del país, pues de este modo el beneficio era para ellos porque los productos de la agricultura subían de precio con increíble rapidez, como sucedía con frecuencia.

El verdadero labrador alemán había heredado de sus antecesores la costumbre de habitar más bien una casa de campo aislada que un pueblo; las comunidades, que en su mayor parte o del todo se componían de propiedades libres y de haciendas arrendadas, formaban por lo tanto aldeas dispersas en una gran extensión. En los pueblos de esta clase de la Alemania del sur, así como en sus campos, representábanse las escenas de la vida pastoril descritas por poetas contemporáneos de la Edad media en sus cantares y críticas; estos poetas fueron Tanhuser, Nithart, Wernher (el «Jardinero») y otros. En sus composiciones se reconoce a menudo la envidia que les causaba el haberse mejorado las condiciones de los *doerper* que podían vivir hasta con opulencia, en términos de verse labradores jóvenes que con sombreros de pluma y espada al cinto hacían la corte a las labradoras (*doer perinn*) a la sombra de los tilos, imitando ridículamente las costumbres caballerescas.

Las bellezas aldeanas, a su vez, luciendo vestidos de cola hechos a la última moda, con el espejo de mano al cuello o en el cinturón, la cabellera recogida con lazos de seda y adornada de coronas de flores, miran con indiferencia a los galantes labriegos y buscan a los caballeros que también acuden para hacer el amor a las muchachas poco desdenosas, según describe el jocoso Nithart de una manera bastante chistosa.

Más seria es la célebre historia de la aldeana de Helmbrecht, hija de un colono de la Edad media, cuya historia escribió detalladamente Wernher el Jardinero a principios del siglo XIII y que tuvo un desenlace trágico. Esta pintura de costumbres, llena de vida, nos hace ver cómo un joven

labrador de buena familia, aunque observando la vida caballeresca, sólo llega a ser un ladrón; para castigar sus crímenes le arrancan primero los ojos, ahorcándole después. También nos demuestra esa antigua novela alemana cuán profunda era la corrupción y la espantosa ignorancia que se ocultaban bajo las graciosas formas del romanticismo.

También ha llegado hasta nosotros otra historia de aldeanos del siglo XV, que pintada muy al natural, y revelando principios muy realistas, tiene gran importancia respecto a las costumbres: se titula *Von Metzis Hochzeit* (de las bodas de Metzi). El lugar de la acción fue sin duda una aldea situada a orillas del lago de Constanza, quizás en Turgovia. El joven colono (*maiger*) Baersche ama a la doncella Metzi y ella corresponde a su amor, pero a condición de que su casamiento se haga con todos los honores. Baersche consiente, y después de arreglar el asunto según las costumbres aldeanas, procédease en presencia de los parientes de ambas partes a efectuar los desposorios. Metzi lleva a su novio en dote un caballo, una vaca, una ternera, un macho cabrío y tres colmenas; Baersche regala a su novia una yugada de terreno, dos ovejas, un gallo con catorce gallinas y una libra de peniques. Ambas partes creen conveniente celebrar el matrimonio en la misma noche y sin la cooperación del sacerdote, es decir sin casamiento eclesiástico; después comienza en la espaciosa casa de Baersche el festín, al que se invita a los vecinos con sus mujeres y niños. En las cubetas llenas de puches de mijo, tocino, zanahorias, salchichas, y de la «mermelada de la novia», se come con las manos y con cucharas; pues entonces se conocían ya estas en las casas de aldeanos de la Alemania meridional; mientras que los tenedores no se comenzaron a usar hasta principios del siglo XVI, y aún sólo en las casas ricas: bébese el vino en tal cantidad, que los convidados no saben al fin si es de día o de noche; y después se conduce a la novia a la cámara nupcial, donde ya está el novio, pero no sin que ella, según costumbre de los labradores, se resista con violencia, profiriendo lastimeros ayes. A la mañana siguiente se lleva a la feliz pareja una sopa para almorzar en la cama, y se la felicita. Baersche regala después a su señora Metzi una bonita marrana, y en seguida se efectúa el *brutloff* (carrera de los novios), que consiste en ir el joven matrimonio a la iglesia, acompañado de los *toerper* (labriegos) al son de los pífanos y atabales para casarse *post festum*. A la vuelta se come y se bebe otra vez en casa del novio, y entre tanto se colocan los «dos hombres buenos» al lado de la novia, a fin de recibir por ella los regalos de boda, que consisten en una cubeta, un jarro, un peine, un cinturón, un espejo de mano, una pieza de lienzo y treinta peniques en dinero: el padre de Metzi da las gracias por estos regalos. Después todos los concurrentes se encaminan hacia el tilo del pueblo, a cuya sombra se comienza a bailar; pero la danza se convierte de pronto en una *urchige* (sólida) lluvia de palos, con lo cual termina el idilio de una verdadera boda de aldeanos en los buenos tiempos antiguos.

Considerado políticamente, el labrador era un cero a la izquierda, mientras que el ciudadano había llegado a ser ya en el siglo XIII una cifra, con la cual debían contar tanto el Estado feudal como la Iglesia, el imperialismo y el papismo. Las ciudades alemanas, en cuyo desarrollo habían influido sin duda mucho los italianos, tanto mediata como inmediatamente, experimentaban, precisamente desde el tiempo en que el romanticismo caballeresco comenzaba a declinar, un rápido acrecentamiento por todos conceptos. En el exterior, porque las ciudades representaban, en medio de la disolución naciente del imperio, la salud, la fuerza y facultad progresivas de comunidades republicanas consolidadas en ellas; y en el interior porque se llevaba a cabo una gran reforma del sistema gubernativo. Esta reforma consistía en la transformación del gobierno aristocrático de los patricios en el democrático de los gremios, y fácilmente se comprenderá que esto no podía efectuarse sin largas y penosas luchas entre la nobleza y el pueblo dentro del recinto de las ciudades. Las corporaciones o gremios de artesanos, encargados principalmente del sostenimiento y protección de la comunidad por medio de las armas, supieron obtener poco a poco que se les reconociesen todos los derechos de ciudadanía, concediéndoles el usufructo de la propiedad comunal, y admitiéndolos, primero parcial y después totalmente al desempeño de los empleos. De este modo, la democracia de la mayor parte de las ciudades, bajo su forma de gobierno de gremios, alcanzaba una señalada victoria sobre la aristocracia. Había sido necesaria una encarnizada lucha,

no sólo en los debates de los consejos y en las tabernas de los hidalgos y de los gremios, sino también en las calles, donde hubo sangrientos combates. Sólo en algunas ciudades alemanas, sobre todo en Nuremberg, los hidalgos conservaron el poder hasta la época de la reforma.

Así como el pueblo había aprendido a conocer y apreciar su fuerza en la lucha con los patricios dentro de las ciudades, del mismo modo estas supieron apreciar su poder en la lucha contra la anarquía de la nobleza, cuyos sangrientos tumultos fueron una continua agitación para la Edad media en la época de su decadencia. Nada podían ni debían odiar más los laboriosos industriales ciudadanos que las continuas perturbaciones de la paz pública por parte de los caballeros, o más bien salteadores, los cuales se fundaban sólo en el derecho de la fuerza o del desafío que desde la decadencia del poder imperial había llegado a prevalecer de una manera horrorosa.

Para proteger contra ellos su industria y su comercio, y también a fin de conservar la libertad de ciudadanos, en medio de las muchas violaciones de la vida pública de las ciudades, por parte de príncipes, eclesiásticos y seculares, las comunidades ciudadanas de Alemania se dieron también exteriormente de un poderoso recurso, cual era la alianza, por asociación, de cuya eficacia daban prueba sus gremios, reuniéndose en confederaciones de ciudades. Sin embargo, lo que ya había sido antiguamente la desgracia de la nación, es decir, el espíritu separatista, sólo permitía alianzas de varias ciudades, y no una gran confederación nacional de todas; la que formaron las de la Alemania del norte, llamada Hansa (palabra flamenca que en su origen significa una contribución pagada con un objeto común) fue la más grande de todas en gloria y poderío; y tuvo por origen la alianza ofensiva y defensiva celebrada en 1241 por Hamburgo y Lubeck, a la cual se asociaron pronto Brunswik y Bremen. En los tiempo de su apogeo, la confederación de la Hansa, el más notable hecho político de los antiguos ciudadanos alemanes, comprendía ochenta y cinco ciudades, y se extendía de Lubeck a Colonia, y de Brunswik a Dantzig; el acto de alianza, debatido y firmado en 1364 en Colonia dio a la Hansa su consolidación interior y exterior.

En el siglo XV dominaba de hecho, no sólo en el norte de Alemania, sino también en los países escandinavos, el Báltico y el mar del Norte, constituyendo una potencia terrestre y marítima que sin duda producía efectos civilizadores en la patria y en el extranjero, pero que nunca podía negar el cálculo mezquino de una política comercial hasta en sus ultimas consecuencias. Aun regía esta política cuando en el siglo XVI, como más tarde veremos, un hombre de genio concibió el proyecto de confiar a la Hansa una importante misión nacional y social.

Las ciudades de la Alemania del sur constituyeron también en el siglo XIV una gran confederación, a la que ya en 1327 se asociaron Maguncia, Worms, Espira, Estrasburgo, Basilea, Friburgo, Zurich, Soleura, Berna, Constanza, Ueberlingen, Ravensburgo y Lindau. Más adelante formaron otra las ciudades renanas, franconas y suabo-suizas, que con muy poca suerte sostuvieron la «gran guerra de las ciudades», comenzada en 1388 contra los príncipes y caballeros de la Alemania meridional, que dominados por su odio habíanse aliado contra ellas. Entonces la población, la organización militar y los recursos metálicos de algunas ciudades alemanas, como Augsburgo y Estrasburgo, eran tan poderosos, que podían poner en campana de treinta a cuarenta mil hombres armados; pero no había un solo político ni un general que supiera reunir y emplear para un gran fin nacional las numerosas fuerzas que salían del seno de las ciudades alemanas.

Aun en el siglo XIII la mayor parte de estas ciudades ofrecían un aspecto poco agradable con sus calles angostas y húmedas, que se agrupaban cuanto era posible alrededor de su centro, el castillo real o ducal, el palacio del obispo o del príncipe-abad: las «juderías», que en algunas partes se han conservado hasta nuestra época, aunque modificadas, pueden darnos una idea bastante exacta del aspecto de esas calles. En el siglo XIV, el material de construcción, sin excluir ciudades como las de Francfort y Augsburgo, se componía aún casi exclusivamente de madera, barro, cañas y paja. Como no eran conocidas todavía las chimeneas, los incendios en las ciudades se repetían casi diariamente, y atendida la clase del material de construcción, fácilmente se comprenderá cuáles serían los estragos causados por tales siniestros. Los aparatos para apagar el fuego ofrecían un

aspecto lastimoso: hasta el siglo XV no se dictaron disposiciones sobre los incendios, y en el siguiente comenzó el uso de las bombas para extinguirlos. Augsburgo pudo vanagloriarse de poseer en 1518 una de esas máquinas, sin duda una de las primeras que se han visto en Alemania.

Los grandes incendios abrían no obstante espacio para construir mejor las calles y edificios, y al fin se emplearon para estos últimos materiales más sólidos; en el sur de Alemania comenzó a predominar la construcción de piedra labrada; y en el norte se usaban ladrillos. Por otra parte, los cambios introducidos en el arte militar a causa del invento y empleo de la pólvora, influyeron mucho para que variase el aspecto interior y exterior de las ciudades. El uso de las armas de fuego hacía necesaria una clase de fortificaciones esencialmente nuevas y más complicadas, y entonces se idearon los bastiones, que debían aplicarse también más o menos al interior de las plazas. La forma exterior típica de una verdadera ciudad alemana de importancia, en el siglo XV, era la siguiente: alrededor del *woeichbild* (del latín *vicus*, rastro) se corría un ancho foso, que en días de peligro podía llenarse de agua, y que estaba defendido por unas torres avanzadas; detrás del foso elevábase el baluarte de la ciudad con su muralla coronada de almenas, y para mayor solidez de la defensa, entre el uno y la otra, a intervalos más o menos regulares, había unas altas torres redondas o de forma cuadrangular, en cuyo centro interior estaban las puertas, bien guardadas, provistas de rastrillos y coronadas también de almenas, y de las cuales se bajaban los puentes levadizos para atravesar el foso. Para formar idea del aspecto que ofrecía una puerta de una ciudad de la Edad media bastará ver el «Spahlenthor» de Basilea o el «Holstenthor» de Lubeck. Citaremos como un rasgo ejemplar y característico en las costumbres de la Edad media el hecho de que mientras se empleaba mucho arte y gastaban grandes sumas en la erección de edificios públicos, como iglesias, casas consistoriales, mercados, hospitales y puentes, las casas particulares se construían y arreglaban aún con mucha sencillez.

Tanto en la Alemania del norte como en la del sur hay ciudades que todavía ofrecen nobles testimonios de este laudable interés en favor de los edificios públicos, como por ejemplo la casa consistorial de Brunswik y el Artushof de Dantzig. La rica ciudad de Nuremberg tuvo fama, como nadie ignora, sobre todo en los siglos XVI y XVII, de ser el conjunto más hermoso de una ciudad de la Edad media; y también poseía en su *schoenen Brunnen* (precioso pozo) la fuente más bonita de Alemania.

Obsérvese, sin embargo, que las comodidades y los embellecimientos de las ciudades progresaban muy lentamente, pues hasta el siglo XIV no se comenzó a retirar los estercoleros y cenagales de las calles, generalizándose el empedrado en las poblaciones más aseadas.

Más tarde, en el siglo XV, las comunidades ciudadanas principiaron a cuidarse con más celo de la construcción de cañerías para obtener agua potable; y al mismo tiempo, las ventanas de tela se sustituían por las de vidrio en los edificios públicos. El aumento de la renta territorial, los resultados del comercio y el mayor grado de instrucción permitieron a la nobleza ciudadana, en el último período de la Edad media, edificar y arreglar suntuosamente sus moradas (*hoeft*) según todas las reglas del estilo profano de la arquitectura gótica. Así se elevaron en Augsburgo. Ulma, Francfort, Munich, Viena, Maguncia, Colonia, Bremen. Lubeck. Breslau y otras ciudades alemanas aquellos magníficos palacios de patricios y ricos comerciantes: la «Casa de piedra» (*das steinerne Haus*) de Francfort y la «Casa de Nassau» (*das Haus Nassau*) de Nuremberg pueden servirnos de modelo de estas moradas, cuyo interior estaba adornado de entabladuras artísticamente combinadas y esculpidas, de muebles de las formas más diversas, de graciosas colgaduras, de ventanas de vidrio que ostentaban ricos colores, de blandas alfombras y de vasares (*Fresuren*), cargados de brillante vajilla de oro y plata artísticamente trabajada.

En los siglos XV y XVI las ciudades alemanas tenían fama en el extranjero por su belleza su esplendor y comodidades. Eneas Silvio Piccolomini, papa que fue después con el nombre de Pío II, y su compatriota Bonfini, han trazado una descripción verdaderamente entusiasta y seductora de la ciudad de Viena en la segunda mitad del siglo XV, descripción que sin embargo no pinta como muy

sobrios ni honrados a los vieneses de ambos sexos, sino todo lo contrario. Los italianos, que poseen en alto grado el sentimiento de lo bello, declaraban que no podría encontrarse ciudad más encantadora que Colonia; y Miguel de Montaigne, el francés más ingenioso del siglo XVI, juzgó que Augsburgo era mucho más bonita que París.

El bienestar creciente en la vida de las ciudades alemanas, por efecto de la abundancia y riqueza de los últimos tiempos de la Edad media, no comenzó hasta después de las funestas calamidades, de las epidemias y horrores que afligieron a nuestro país a mediados del siglo XIV: nos referimos a la peste negra, al desorden producido por los errores de la secta de los flagelantes y a las matanzas de judíos. Nacida en la remota China, la terrible epidemia, la muerte negra o «gran mortandad» (*der grosse Sterbent*), como la llamaron nuestros antepasados, cruzaba toda el Asia e invadía la Europa, causando terribles estragos en nuestro país desde los años 1348 a 1350. El número de víctimas fue verdaderamente enorme: la peste negra arrebató en Basilea 14.000 almas, en Estrasburgo 16.000, en Lubeck 9.000, en Dantzik 13.000, en Weimar 5.000, en Erfurt 16.000, en Munster 11.000, en Tréveris 13.000 y en Viena 40.000; en esta última ciudad, aquel terrible cólera de la Edad media ocasionó en un solo día la muerte de 960 habitantes. Muchas ciudades perdieron la mitad de su población; dentro del radio del imperio alemán, sólo de la orden de los descalzos sucumbieron 121.434 frailes, víctimas de la terrible epidemia, que según se calcula costó la vida nada menos que a 25 millones de europeos. Para formarnos una idea de los terribles estragos de aquel azote debemos fijarnos en la necia superstición de las masas, que en aquella epidemia creían ver un castigo de Dios, contra el cual no había medios de curación; y también se ha de tener en cuenta el escaso conocimiento de la medicina, así como la circunstancia de que la deplorable costumbre de sepultar los muertos en las iglesias y a su alrededor, convertía las ciudades en verdaderos focos de pestilencia. Ante el doloroso cuadro de la espantosa calamidad que les rodeaba, los hombres parecían impulsados a desviarse de los senderos regulares de la vida; una especie de embriaguez moral les trastornaba el juicio; los unos buscaban consuelo contra el temor de morir en el abuso de los placeres sensuales, en el bullicio de las orgías; otros se creían obligados a pagar un tributo a la terrible epidemia, y de aquí resultó esa locura ascética de las romerías de los flagelantes que si bien observadas ya en el siglo anterior en Italia, aunque en pequeña escala, desarrollábanse también ahora en Alemania bajo la influencia del terror que infundía la peste negra, agitando con su ruidoso fanatismo todo el país.

La absurda idea de aplacar la ira de Dios por medio de peregrinaciones que se emprendían con el fin de martirizarse el cuerpo llegó a tomar el carácter de una epidemia espiritual, de una verdadera locura, que según parece tuvo su primer origen en Austria. Sin embargo, pronto resonó en toda la Alemania el eco de los disciplinazos y cantos de contrición de los flagelantes, que a centenares, y hasta miles, recorrían en largas procesiones los pueblos y ciudades, vestidos con el hábito de crin de los penitentes o sólo con una camisa, cargados de pesadas cruces, y armada la diestra con unas disciplinas de tres cabos. En esta forma se dirigían de dos en fondo a las iglesias, arrodillábanse delante de los altares, y quitándose los hábitos o las camisas, se azotaban con tal barbarie, que su sangre salpicaba las paredes de la casa del Señor, mientras que los pacientes entonaban su monótono canto: «¡Vengan ahora todos los que quieran expiar sus pecados! Así evitaremos el fuego del infierno. Lucifer es un compañero muy malo.» Esta insania se apoderó hasta de los niños, precisamente como había sucedido en la época de las cruzadas: de la ciudad de Espira, por ejemplo, salió con cruz y banderas una partida de romeros flagelantes compuesta de doscientos niños, entre los cuales apenas contaban doce años los de más edad.

Con la monomanía popular que promovió las romerías de flagelantes corría parejas a menudo la de la danza, que sin duda fue también un efecto epidémico del éxtasis espiritual, de las alucinaciones fanáticas, y que aún en el siglo XV predominaba en algunas partes, como por ejemplo en Alsacia: las manifestaciones de esta epidemia son por cierto uno de los fenómenos más extravagantes de la época del romanticismo. En los caminos, en el campo, en las calles de las ciudades, en los cementerios, y hasta en las mismas iglesias, los grupos de hombres y mujeres de

todas edades, medio desnudos, ceñidas las sienes de coronas de flores, y enlazadas las manos, entregábanse horas enteras al baile con loco afán, profiriendo ruidosos gritos y entonando roncros cánticos hasta que caían en tierra del todo aturridos.

También debemos considerar como una dolencia popular de nuestros antepasados, ocasionada, cuando menos en parte, por los estragos de la peste negra, el odio furioso contra los judíos, que en el siglo XIV tuvo por consecuencia las horrorosas matanzas de israelitas. El cristiano de la Edad media, en su confusión de ideas, creíase no sólo con derecho sino también obligado a odiar a los judíos, porque habían dado muerte a Jesús; y los judíos, por su parte, excluidos de la participación en la propiedad territorial y en los oficios, obligados a vivir del tráfico y la usura, y encerrados en sus juderías (*ghettos*) y debían ver en cada cristiano un enemigo. Añádese a esto que la envidia que causaban iba en aumento a medida que el genio financiero y la ancha conciencia de los hijos de Israel en todo lo referente al dinero, amontonaban en las juderías riquezas sobre riquezas. En varias épocas, los que profesaban la religión de amor habían desahogado ya su odio y envidia asesinando a numerosos judíos, como lo hicieron en Alemania; pero las grandes matanzas y la quema de judíos en las hogueras no tuvieron principio hasta en tiempo de la peste negra, pues se acusó a los israelitas de haberla ocasionado con el envenenamiento de los pozos. Esta fábula era tan absurda como la de los niños cristianos asesinados cuya sangre necesitaban los judíos, al decir de la gente, para celebrar su pascua, o como el cuento de las hostias robadas y profanadas por los judíos; pero la estupidez es muy poderosa allí donde conviene para satisfacer los execrables instintos y las bajas pasiones de los hombres.

En las ciudades situadas a orillas del Rhin, en Suiza, Suabia, Franconia, Baviera y hasta muy en el interior de la Alemania central y septentrional, humearon desde 1348 a 1350 las colosales hogueras donde se quemaba a los judíos, y en todas partes inundáronse de sangre las juderías. Miles y centenares de miles de judíos de ambos sexos y de todas las edades fueron muertos entonces sin piedad, a menudo después de una resistencia tan heroica como inútiles fueron los valerosos esfuerzos de algunos cristianos sensibles y reflexivos, para poner coto a tan espantosos horrores: el delirio debía llegar a su colmo y hasta sus últimas consecuencias. Aquellos tiempos fueron terribles, y no es difícil comprender que un cronista alemán del siglo XIV pudiera decir: «Después que la mortandad, las peregrinaciones de los flagelantes y la matanza de los judíos hubieron terminado, el mundo volvió a vivir y a recobrar su alegría.»

Casi se podría creer y decir que las ciudades alemanas sentían la necesidad de expiar por medio de un redoblado trabajo civilizador las horribles hecatombes que sembraron en el país el espanto y el terror durante aquel período calamitoso, pues en todos los terrenos de la cultura, tanto intelectual como material, desarrollóse en las ciudades una vigorosa actividad que produjo benéficos resultados. A decir verdad, el hilo dorado de la poesía, que los ciudadanos recibieron de la disoluta nobleza, no adquirió nuevo brillo; y muy lejos de ello, palideció más y más bajo las formas de la «trova» (*meistergesang*) ciudadana. Era no obstante muy laudable que los honrados menestrales se reunieran en escuelas de rima y de canto, pues así manifestaban su interés en la parte ideal de la vida. Estas escuelas florecieron particularmente en Nuremberg, Ravensburgo, Augsburgo, Ulm, Francfort y Estrasburgo después que Enrique de Meissen, según dice la tradición, fundó la primera en Maguncia, y cuando el emperador Carlos IV hubo otorgado a estas asociaciones en toda forma los derechos de gremio (1378). La presidencia del gremio de versificadores o cantores llamábase *Gemerk*, y sus individuos *bunecgsen-meister*, maestro de caja, *schluesselmeister* y maestro de llaves, *merkmeister*, maestro apuntador, y *kronen-meister*, maestro de corona) dirigían los ejercicios y certámenes poéticos y musicales, que se efectuaban en presencia de las mujeres e hijas de los asociados todos los domingos por la tarde en la iglesia o en la sala de la Casa Consistorial. Esto se llamaba «cantar escuela» y según la decisión del maestro apuntador, el maestro de corona entregaba a los trovadores distinguidos modestos premios, consistentes en coronitas de alambre de oro o plata. El libro que contenía las reglas de los *meistersaengers* llamábase *tabulatura*, la canción *bar*, las estrofas *gesatche*, las diversas clases de versos *gebände*, las melodías *toene* o

socisen. El que no conocía aún a fondo la *tabulatura* era «discípulo», el que la poseía bien «amigo de la escuela», el que sabía componer la letra para una melodía dada, «poeta», y el que era apto para escribir un aria nueva «maestro». Cuatro siglos se conservó el «gracioso» arte de la trova ciudadana; en 1770 se cantó por última vez una escuela solemne en Nuremberg, patria del único y verdadero *meisterseenger*, Hans Sachs; pero como las formas de esta trova contenían desde el principio un excesivo número de figuras y circunloquios, y la poesía estaba plagada de sentencias grotescas y afectadas, muy pronto degeneró en la insignificancia más enojosa.

Los méritos contraídos por las ciudades alemanas al continuar su obra civilizadora debían buscarse en otro terreno, es decir, en las ideas positivistas, pues muy pronto debía experimentarse la necesidad de basar la industria y el comercio en ciertos conocimientos sólidos y prácticos. Esta necesidad dio origen a la fundación de «escuelas populares», las más antiguas de las cuales se instituyeron en Leipzig, Colonia, Hamburgo, Lubeck, Rostock, Stettin y Viena. Esta fue una primera, aunque débil tentativa, para emancipar la instrucción escolar alemana de las cadenas jerárquicas; la enseñanza en estas escuelas populares limitábase a la lectura, la escritura, cálculo, y mucho dogmatismo eclesiástico, y en las clases superiores al latín.

A la escritura, sobre todo, se dedicó mucho cuidado y tiempo, hasta que se inventó la tipografía; la caligrafía y la pintura en miniatura produjeron, como todos saben, unos manus critos verdaderamente magníficos, que adornaban las bibliotecas de los príncipes, prelados y ricos ciudadanos. Algunos documentos se escribían con tinta dorada y plateada en pergamino purpúreo; y gracias a este último invento, los rollos de manuscritos en papiro tomaron muy pronto la forma de libro. La encuadernación adoptada al principio en los conventos no llegó a ser oficio hasta el último período de la Edad media. El invento del papel de algodón y de lino, debido a la China e importado en Occidente por los árabes, hizo más general y barata la confección de manuscritos. El establecimiento de molinos de papel, los primeros de los cuales se fundaron en 1320 a orillas del Rin, entre Maguncia y Colonia, fue un suceso importante para la historia de la civilización en Alemania. A decir verdad, el ramo del comercio de libros y la formación de bibliotecas nacieron ya en los conventos; pero sólo con la fundación de las universidades adquirieron más importancia y extensión. De las escuelas populares y de los muchos ramos del comercio dependía también el perfeccionamiento de estilos especiales para los negocios, las cancillerías, los tribunales, los sermones y crónicas. Desde fines del siglo XIII, en todas las grandes ciudades de Alemania disponíase que se escribiesen las respectivas constituciones, así como los fallos de los tribunales de justicia; y de este modo se hicieron los *Códigos*, componiéndose la crónica titulada *Sabidurías* (*Weisthuemer*) a la que tanto debe la historia de nuestros fastos jurídicos. De más importancia para la historia del derecho alemán son sin embargo las dos célebres colecciones de leyes y procedimientos legales de la Alemania del norte y del sur, que arregladas desde 1215 a 1276, llamáronse *Sachsettspiegel* (Espejo de los sajones) y *Schwabenspiegel* (Espejo de los suabos), siendo debidas a la necesidad que se experimentó de consignar los derechos por escrito al inaugurarse un período de anarquía.

Con no poco vigor despertábase igualmente en las ciudades, el sentimiento de que todo cuanto bueno hay en el hombre, debía empeñar la lucha contra la creciente perversidad y disolución; y el que esto se hiciera por la vía religiosa dependía de las ideas de la época. Por eso vemos presentarse en los siglos XIII y XIV toda una serie de predicadores y moralistas fervorosos, cuya voz se escuchaba hasta en las regiones más apartadas del país; uno de ellos fue Bertoldo de Augsburgo, del cual dijo un contemporáneo: «Por su boca habla Dios del cielo.» El fraile Eckart, Juan Tauler, Enrique de Noerdingen, Herman de Pritzlar, Enrique Seuse, predicaban también con una elocuencia arrebatadora contra la corrupción moral de sus contemporáneos, o inspirándose en la idea de una futura filosofía alemana, cuya influencia había experimentado ya Wolfram de Eschenbach, penetraban con su estudio místico en los misterios del cristianismo, descubriendo así que no estaban satisfechos del dogma jerárquico y declarándose en favor de los que manifestaban tendencias reformadoras. Los cronistas habían hecho uso al principio de la forma rimada, según lo

demuestra la crónica de Godofredo Hagen de Colonia, pero después adoptaron la forma más conveniente de la prosa, que en el siglo XII sirvió ya para escribir dos crónicas modelo en su época, la *Crónica de Alsacia, de Estrasburgo*, de Jacobo Twinger Kœnigshofen, y la *Crónica de Limburgo*, comenzada, según dicen, por Juan Gensbein.

En todo esto reconocíanse los activos esfuerzos de las ciudades alemanas, que también manifestaban su carácter piadoso por la fundación de hospitales, albergues para forasteros e incluso. Nuremberg tenía ya en 1368, y Ulm en 1380, un *funden kindlin hus* (inclusa). Así mismo consagraron su atención y solicitud, por primera vez en la Edad media, al servicio sanitario, en mayor escala y más lógicamente que hasta entonces se había hecho. En los primeros decenios del siglo XV figuran ya médicos y ordenanzas para los boticarios de las ciudades, entre los primeros, los más buscados durante toda la Edad media fueron los judíos; y añadiremos aquí de paso, como una curiosidad, que ya entonces había doctoras, es decir, judías que se ocupaban en el arte de curar. En 1419, la hebrea Sarah recibió del obispo de Wirtzburgo título de doctora, y en 1428 obtúvose también Zerlina de Francfort, célebre oculista.

El riguroso orden de los gremios ciudadanos puede parecernos mezquino para nuestras ideas modernas, pero en la Edad media estas instituciones eran propias de la época, y según las leyes y costumbres severas de los gremios, preferíase ante todo la capacidad para los trabajos industriales y artísticos. Los talleres (*bauhuetten*) de las asociaciones ciudadanas de artistas y artesanos, de maestros, oficiales y aprendices, de operarios de toda clase y categoría, reunidos por leyes y tradiciones constantes, reconociéndose por medio de contraseñas, teniendo voto y formando un todo articulado que obedecía a las señas y palabras del maestro, esos talleres, decimos, eran la manifestación más grandiosa y más eficaz del espíritu corporativo alemán de la Edad media; sólo esos talleres hacían posible a la Iglesia la construcción de los edificios gigantescos de aquella época, de los cuales hablaremos después. La industria alemana durante la Edad media era en general muy importante y apreciada en el extranjero, mucho más aún que hoy día. Nuestros antepasados se hicieron célebres como mineros, tundidores de bronce, armeros, carpinteros, tejedores de paños y de lino, tintoreros y tiradores de alambre; como plateros, los de Colonia gozaban de gran fama en el extranjero. También se reconocía el espíritu de inventiva de los alemanes en todo lo referente a la mecánica, concediéndoseles sin oposición el mérito de haber inventado, o por lo menos perfeccionado, los relojes de bolsillo, las armas de fuego, los molinos, la pintura en cristal, el grabado en cobre y madera, la pulimentación de los diamantes, el mecanismo de los órganos y de otros muchos instrumentos.

El invento más glorioso, sin embargo, que jamás hizo alemán alguno en el terreno de la mecánica, fue sin duda el del ciudadano de Maguncia, Juan Gensfleisch, llamado Gutenberg, que de 1436 a 1440 inventó el arte de la tipografía, debiéndose también al genio de este hombre el procedimiento que tuvo por objeto utilizar el grabado en madera para la multiplicación de manuscritos. Con letras cortadas en madera Gutenberg imprimió en 1456 la Biblia eclesiástica (*Vulgata*); después substituyó con ayuda del fundidor Pedro Schœffer y del platero Juan Fust las letras de madera por otras de metal. Con esto se dio un paso inmenso en la vía de la civilización, y el sencillo ciudadano de Maguncia figuró desde entonces en la lista de los más venerables propagadores de la cultura. Desde el año 1462 se extendió el arte tipográfico desde Alemania por todo el mundo. Cuando en 1464 el impresor alemán Ulrich Hahn de Ingolstadt fue a Roma para ejercer su «arte negro» (nigromancia), el papa Paulo II no pensaría seguramente que el espíritu humano había descubierto la más terrible de todas las aliadas en su lucha contra el papismo, y que el hombre que llegaba de más allá de las montañas había traído en su caja de letras rayos y truenos en comparación de los cuales todas las excomuniones e interdictos del Vaticano eran juegos de niños.

En el siglo XV un número bastante considerable de ciudades alemanas podían pasar por ricas; no podemos sin embargo medir la riqueza de la Edad media con el metro moderno de los millones.

Antes de que por el descubrimiento de América comenzaran a circular los tesoros de oro y plata, el valor del dinero en el antiguo continente fue tan crecido que en la rica ciudad de Augsburgo el hombre que tenía una renta anual de doscientos a trescientos florines pasaba por rico; pero el que tenía una renta de dos mil florines o más, pasaba por un verdadero Crespo. El notable bienestar que al fin se habían proporcionado las ciudades por medio de su comercio e industria, era motivo suficiente para que en los últimos tiempos de la Edad media fuesen el centro de una sociedad muy animada, pero también focos de corrupción, a la cual contribuían no poco las reuniones libres de ambos sexos en los baños, muy frecuentados, y las casas públicas de prostitución, abiertas hasta en las ciudades pequeñas. Las leyes ciudadanas contra el lujo y las ordenanzas de vestidos renovadas siempre, demuestran la exageración del lujo en las ciudades; y las leyes penales decretadas con tanta frecuencia contra el crimen del estupro prueban el cinismo y desvergüenza con que se procuraba satisfacer los más brutales deseos. Conrado de Wirtzburgo y otros novelistas posteriores nos han referido un sin número de picantes historias de las ciudades, hablándonos de esposas infieles, de sacerdotes enamorados y de astutos alcahuetes. Las historias de las Dietas y Concilios, y sobre todo la del Concilio de Constanza, nos dicen claramente cuánta era la disolución de nuestros antepasados, y de que modo sabían satisfacer su irresistible inclinación a los placeres de la vida. El libertinaje, la pasión del juego, la afición a los bailes impúdicos, y otras cosas de que hablan observadores contemporáneos, nos dan a conocer cómo se pasaba la vida en los establecimientos balnearios de la Edad media, por ejemplo en el muy frecuentado de Baden, en el Aargau, que entonces estaba en moda.

También a la parte más sensata de la población de las ciudades agradábale la ostentación y el lujo, mostrar sus riquezas, y nunca faltaba ocasión para organizar fiestas, con las cuales alternaban las ferias y regocijos públicos; todos los días había algo para ver, para oír y para reír; pues todo el tropel ligero de los «andantes», músicos, juglares, domadores de fieras, charlatanes y adivinos buscaban con preferencia las ciudades. Hoy los patricios ponían en escena un torneo, concluyéndole con un baile de las familias nobles; mañana el cabildo y los ciudadanos organizaban un tiro al blanco, y con este motivo los artesanos podían lucir su habilidad en el manejo de la ballesta (en alemán *armbrust* del latín *arcubalista*) y más tarde también del arma de fuego. Las bodas en las familias ricas daban lugar a festejos para toda la ciudad. En tiempo de invierno la juventud se divertía con paseos en trineo, con el *schembartlanf* y las bromas de carnaval, de las que se ha desarrollado la «comedia de carnaval», principio grosero y grotesco de la comedia mundana en Alemania. En tiempo de la Pascua de Resurrección el escenario de misterios construido en las iglesias o a lo largo de sus paredes exteriores, ofrecía rico deleite a los piadosos espectadores; después, al principio de la primavera, se celebraba alegremente en las ciudades la fiesta de mayo, originaria del paganismo germano y que figuraba la victoria del verano sobre el invierno; en algunas partes plantábase «el árbol de mayo» alrededor del cual la juventud bailaba bajo la dirección del elegido rey del mayo (*maigrowe*) y de la reina del mayo (*mai-in*), elegida a su vez por aquel; en otras partes los aparatos para el festejo eran mucho más variados. En la ciudad de Freiburg, en Uechtland, situada en la frontera de tierra germana y romana, la fiesta de mayo se celebraba del modo siguiente. En el mercado se había construido un castillo de madera, cubierto de flores y de ramaje y adornado de banderas, lazos y sentencias; la defensa de este castillo estaba confiada a las más hermosas doncellas de la ciudad vestidas con sus mejores trajes de fiesta. Los jóvenes igualmente con sus mejores atavíos asaltaban y sitiaban la fortaleza. Las armas de ataque y de defensa eran coronas de hojas verdes y ramilletes de flores: cuando las defensoras y el castillo mismo estaban cubiertos desde abajo hasta arriba de flores y hojas, se izaba la bandera blanca, estipulándose después la capitulación con variedad de cláusulas picarescas y galantes; un párrafo decía que cada una de las vencidas debía pagar rescate a uno de los vencedores. El rescate era la rosa que la niña llevaba en el cabello, la que ofrecía la doncella al joven besándole en la boca. Los vencedores se ponían el objeto de rescate al pecho, montaban a caballo, y acompañados al son de

los clarines paseaban por la ciudad, mientras que las mujeres ricamente adornadas les echaban hojas de rosas desde las ventanas. Un baile concluía la bonita, ingeniosa y modesta fiesta.

Cuando de este modo las diversiones populares nobles indicaban en todas partes el rico tesoro de poesía oculto en el corazón del pueblo, este tesoro se manifestaba de una manera agradable en la poesía popular, en las canciones que desde el siglo XIV se extendían siempre más y más entre los ciudadanos y aldeanos. La canción popular alemana, que recorre toda la escala musical de la vida interior y exterior, y que descubre con verdad y sencillez natural las ideas y los pensamientos de todas las clases y castas del pueblo, es una de las flores más sanas y perfumadas de la civilización de nuestro país. En estas canciones, cuya fuente mana aún hoy día con todo su vigor primitivo, los tonos de la alegría son tan verdaderos e íntimos como los de la tristeza, los sonidos de la burla tan verdaderos como los de la ira y de la queja; aquí palpita en efecto y con toda su tuerza el corazón del pueblo alemán y éste se presenta en su energía y en su debilidad, en sus virtudes y en sus faltas. Podemos designar a nuestra poesía de canciones populares como la historia secreta de nuestro país; pero al mismo tiempo es la historia pública del mismo por aquella rica cadena de canciones históricas cuyos eslabones más antiguos toman su origen de la primera mitad del siglo XIII. La canción popular histórica que substituyó a la envejecida poesía caballeresca, resonó con más tuerza en la segunda mitad del siglo XV y en la primera del XVI; es el canto de despedida de la Edad media dando la bienvenida a la aurora de una nueva era.

VIII.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

Desde que la lucha entre la tiara y la corona imperial se había decidido en favor de la primera, el edificio magnífico de la jerarquía había recibido su clave y acabamiento; con oposición o sin ella, la sede romana ha sido la primera gran potencia de Europa desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV. Pero la perfección interior no correspondía en nada al esplendor exterior; la Roma papal era un sepulcro blanqueado, venerable por fuera y lleno de podredumbre en su interior. Ya en el siglo XIV hombres sabios, doctos y verdaderos católicos como, por ejemplo, Francesco Petrarca, hablaron de la capital del mundo cristiano en términos tan duros que sólo se conciben como hijos de su indignación a la vista del estado moral de aquella ciudad. Las inmensas riquezas adquiridas por la Iglesia durante la Edad media fueron la perdición de sus servidores, perdición de cuyos atractivos seductores sólo podían huir los hombres extraordinarios. En los siglos XIV y XV la desmoralización de los sacerdotes, frailes y monjas era un hecho conocido por todos, y se la consideraba como un mal necesario; naturalmente éste se extendía también sobre Alemania, donde la época desastrosa del interregno había producido una corrupción indecible en el clero, de modo que las órdenes religiosas que vivían según la regla de su fundador, cuidándose laboriosamente de la agricultura y cumpliendo concienzudamente sus obligaciones como padres espirituales, eran una excepción. Las escuelas de los conventos que antes gozaran de gran fama en el imperio alemán, habían decaído de tal modo que, por ejemplo, en 1291, ni el abad de San Gall ni ninguno de sus monjes sabían escribir.

No podemos admirarnos por lo tanto de que en el siglo XIV, y más aún en el XV los conventos alemanes dejaran tanto por desear, que no pudieran ser considerados como recintos sagrados de soledad y de recogimiento; de misterio y de oración. Ciertamente que la ruptura del voto de castidad era castigada con duras penas; pero la mayor de estas, que consistía en emparedar viva a la culpable, revela, no sólo la extrema inmoralidad a la sazón reinante, sino la terrible dureza de los castigos impuestos. El que quiera adquirir noticias más exactas sobre la vida que en los tiempos indicados se hacía en muchas clausuras de «esposas de Dios», deberá leer lo que las actas nos han transmitido sobre los tres conventos de monjas de Suabia, Gnadenzell, Kirchheim y Soeflingen. Y con tales excesos, se daba la mano la más tosca superstición; pues en verdad, quitando al cristianismo de la Edad media su traje artístico, sólo queda el fetichismo puro, que se manifestaba en el culto de falsas reliquias que bastante a menudo traspasaba los límites de lo ridículo. A veces degeneraba la idolatría cristiano-católica de la Edad media en una burla brutal de sí misma; pues como tal debemos considerar las lúbricas orgías de las llamadas «fiestas de locos» y «misas de burros». Los que quieran hacernos creer que estos excesos grotescos se han cometido en Francia, pero no en Alemania, se esforzarán en vano; pues ya en la segunda mitad del siglo XII la abadesa Herrad de Santa Otilia dice literalmente: «En disolutas reuniones de clérigos y legos, las iglesias se profanan con glotonerías y borracheras, con farsas y bufonadas, con juegos, ruido de armas y con vanidades y excesos de toda clase en presencia de prostitutas.»

Ciertamente que ya en la misma época se notaban en nuestro país movimientos de oposición contra la corrupción de la Iglesia en doctrina y culto. En las noticias del prior César de Heisterbach, muerto en el cuarto decenio del siglo XIII, encuéntrase un ejemplo notable. El citado eclesiástico refiere que en tiempos del arzobispo Reinaldo de Colonia, a mediados del siglo XII, se prendió a los partidarios de una secta de herejes condenándoles a la hoguera; los herejes, y a su frente el «maestro» Arnaldo, fueron conducidos desde la ciudad al cementerio de los judíos donde se había

levantado una gigantesca hoguera. Cuando ésta estuvo encendida y los herejes en medio de ella lamidos ya por las llamas, se vio cómo el maestro puso sus manos sobre las cabezas medio quemadas de sus discípulos y se le oyó decir: «¡Permaneced constantes en vuestra fe!» Había empero entre los herejes también una doncella, cuya hermosura excitaba la compasión de sus verdugos; por eso la sacaron de la hoguera prometiéndole un buen casamiento o un puesto en un convento si abjuraba de sus errores. Pero ella preguntó: «¿Dónde está el maestro?» y cuando se lo enseñaron en las llamas, desprendióse de los brazos de los que la sujetaban y cubriéndose el rostro con el vestido, precipitóse en medio del fuego sobre el cadáver de Arnaldo, «y así, añade el prior, bajó con él al infierno». Este noble ejemplo de valor de una mártir femenil en cosas de religión, en el suelo alemán, es uno de los más antiguos de que tenemos noticia; este ejemplo nos demuestra cómo los sacerdotes de la «religión del amor» trataban ya en tiempos remotos a los que no querían creer en la infalibilidad ni en la facultad exclusiva del dogma romano de poder salvar las almas de la perdición.

En el siglo XIII se introdujo en el imperio alemán en toda forma el tribunal religioso, organizado por el papa Inocencio III, la Inquisición o el «Santo oficio» (*Sanctum officium*); pero no sin oposición de la mayor parte de los obispos alemanes que con razón veían en este instituto un atentado contra su propio poder. Y a la verdad, pasó mucho tiempo antes de que el ominoso tribunal de la Inquisición pudiera arraigar del todo en Alemania; y aún Conrado de Marburgo, nombrado primer gran inquisidor en el imperio alemán, fue muerto en medio de la calle (1233). Más adelante sin embargo cambiaron las cosas, pues el poder papal creció poderosamente en el siglo XIII, en Alemania, lo propio que en todas partes, a consecuencia de la actividad enérgica desplegada por las dos grandes órdenes mendicantes fundadas por el italiano Francisco de Asís y por el español Domingo (franciscanos y dominicanos con sus diferentes variedades). La superstición y la intolerancia de la Edad media comenzaron ahora a desarrollarse con todas sus fuerzas, pero no llegó en Alemania a su apogeo sino en la época de la persecución maniática de las brujas; creemos por tanto conveniente abandonar por ahora este tema, para volvernos a ocupar de él oportunamente en la parte tercera de esta obra.

Como la Iglesia era el tribunal supremo en todas las manifestaciones de la vida, y todo debía llevar lógicamente el sello eclesiástico, así también la ciencia y el arte eran protegidos por la Iglesia hasta el punto que le parecía conveniente a sus fines. En lugar de las escuelas degeneradas de los conventos y catedrales, fundábanse desde el siglo XIV con permiso papal las superiores, siendo las más antiguas Praga, Viena, Heidelberg, Colonia y Erfurt. Ciertamente estas escuelas superiores no lo eran en el sentido de hoy, es decir, universidades donde se enseña la generalidad de las ciencias (*universitas literarum*); una universidad de la Edad media era una corporación formada por profesores y estudiantes al efecto de la enseñanza y del estudio. Por lo general cada una de dichas universidades se dedicaba con preferencia a una sola y determinada materia; enseñábase teología, filosofía, jurisprudencia y medicina, predominando la «escolástica», que puede designarse como la idea eclesiástica oficial científica del universo.

Esta doctrina, representada en Alemania con grande honor por el suabo Alberto de Pollstaedt, fue en su conjunto la tentativa de hacer pasar al camello dogma por el ojo de la aguja razón, tentativa emprendida centenares de veces con difusa doctrina y con una perseverancia incansable. La jurisprudencia ocupábase más o menos exclusivamente del derecho romano, que por consiguiente empezaba desgraciadamente también en Alemania a sustituir más y más al derecho del país. Como la medicina, así también todas las ciencias naturales estaban restringidas por las rígidas reglas eclesiásticas; sin embargo, no quedaban ociosas y la química alemana de la Edad media inventó, según todos sabemos, la pólvora (en 1334) fabricada según una tradición fabulosa, primero en forma de granos por el fraile franciscano Bertoldo Schwarz (Aucklitzer); pero conocida probablemente ya antes por los chinos, indios y árabes. Las obras de la arquitectura alemana de los siglos XIII, XIV y XV demuestran irrefutablemente que las ciencias matemáticas, sobre todo la geometría, se cultivaban con bastante fruto.

Aquí en el terreno del arte, la Iglesia de la Edad media había permanecido fiel a su misión civilizadora, según lo probaba ya la forma artística del servicio divino. Bajo la protección de parte de la Iglesia, reunióse con el espíritu de la doctrina cristiana la naturaleza alemana, para crear aquel estilo artístico que desde el siglo XII empezó a sustituir al romano; aquel estilo conocido con el nombre de germánico o gótico que ha producido cosas admirables, sobre todo en la arquitectura. Podemos y hasta debemos considerar el estilo gótico como la perfección del arte cristiano, porque con una profunda idealidad y con una ejecución consecuente, ha dado a la idea cristiana, es decir, a la espiritualidad de la materia, su manifestación artística; esto lo atestiguan las obras arquitectónicas de nuestros grandes maestros alemanes, Gerardo de Rile, Eiwin de Steinbach, Juan Hueltz, Andrés Egl y otros. Estos artistas han ideado, fundado y construido catedrales gigantescas que cual aspiración al cielo se lanzan a los aires, y cuyas torres penetran en la región de las nubes como rayos de la fe; catedrales gigantescas como las de Colonia, Estrasburgo, Friburgo, Ulma, Ratisbona, Viena y de otras ciudades alemanas, que descuellan en eterna memoria de lo que los piadosos pensamientos de nuestros antepasados se atrevían a emprender en unión con la energía de los ciudadanos alemanes. En los adornos exteriores e interiores de estos colosales edificios manifestábanse la destreza de los escultores y pintores del arte gótico, cuya actividad artística se protegía sobre todo en Praga, Nuremberg, Estrasburgo y Colonia.

El culto mismo adquiriría un atractivo artístico más por los progresos de la música instrumental y vocal, por la mejora de los órganos que en 1444 se proveyeron por primera vez de un pedal, por la multiplicación y perfección de los instrumentos de aire y de cuerdas, por la introducción del canto llano y del metrónomo inventado por el maestro Franko de Colonia. Las melodías originarias del principio del siglo XV que han llegado a nosotros merced al llamado *Libro de cantos de Locham*, demuestran ya un notable progreso en el arte de cantar. La Iglesia sabía en fin aprovecharse también para sus propósitos de la curiosidad de los hombres, haciendo de las representaciones teatrales de la mitología cristiana y de la leyenda de los santos un verdadero acto de culto dentro y fuera de las iglesias. Tales eran los Misterios o «comedias milagrosas», llamadas así porque trataban de los misterios y milagros del cristianismo; también se les designaba con el nombre de «ministerios» (del latín *ministerium dei*), porque formaban parte del culto. En la Alemania estos espectáculos eclesiásticos, puestos en escena al principio por los sacerdotes y más tarde con la cooperación de comediantes de oficio, llamábanse «comedias de Navidad» y «comedias de Pascua», porque en estas solemnidades se representaban las escenas del nacimiento y de la muerte de Jesús; las comedias de Pascua llamábanse por eso también «comedias de la Pasión». Esta clase de espectáculos religiosos es muy antigua, siéndolo también en Alemania donde encontramos principios de la comedia de la Pasión ya en los tiempos más antiguos del convento de San Gall; la abadesa Herrad refiere haberse puesto en escena comedias de Navidad en el siglo XII. En la misma época tienen su origen también los libros más antiguos de texto de estas comedias eclesiásticas, escritos al principio en lengua latina, pero interpolados ya en el siglo siguiente de fragmentos alemanes, hasta que más tarde el latín se sustituyó del todo por la lengua del país. En el siglo XV los *Misterios* llegaban a su apogeo; en tres pisos (infierno, tierra y cielo) se elevaba la escena por la cual se paseaban grupos numerosos de «actores» ricamente vestidos; duraban las representaciones días enteros, y las artes decorativas y mecánicas, el lujo de trajes, la declamación, el canto, la música y el baile se reunían formando un conjunto parecido a una ópera, que pasaba o al menos debía pasar por «acto religioso».

Merced a sus esfuerzos por el desarrollo del arte y por medio de la actividad ya arriba mencionada de pensadores místicos y moralizadores enérgicos, la Iglesia alemana intentó y supo poner y conservar a nuestros antepasados en relación con el lado idealista de la existencia. Dominaba empero inmediata o mediatamente en la existencia de nuestro pueblo en general y disponía no solamente de su conciencia sino también de su bolsa, cuyos cordones sabía desatar de cien maneras. No era un Estado dentro del Estado, sino un Estado sobre el Estado; a todo sabía adaptarse, o más bien todo lo sabía adaptar a sí mismo; hasta las reminiscencias del paganismo

germano que aún no habían desaparecido del todo, entre ellas la ordalía judicial, el juicio de Dios, que en los últimos tiempos ya estaba bajo la protección de la Iglesia bajo las formas de duelo, de prueba del fuego y del agua, pruebas que como ya hemos indicado antes, eran objeto de la burla de los hombres pensadores. La Iglesia, sin embargo, no hacía de ello ningún aprecio; poco a poco supo absorber casi toda la esfera del derecho, implantando con habilidad y energía su derecho canónico en medio de la infinita confusión jurídica en Alemania de derechos territoriales, de ciudadanía, feudales, conyugales y hereditarios. Generalmente, en los tiempos posteriores de la Edad media nuestro derecho nacional se sustituía siempre más por el extranjero (romano y canónico), sobre todo desde que los dos Federicos de Hohenstaufen, el Barbarroja y su nieto, habían reconocido también para Alemania el *Corpus juris* justiniano como el código «imperial» vigente para todos. Este cambio producía profundos trastornos, sobre todo en el código penal; mientras que en el *Espejo de los sajones* predominaba todavía el antiguo sistema nacional de redimir las culpas por dinero, en el *Espejo de los suabos* se reconoce ya el principio romano de la pena del talión (*jus talionis*). Según la idea hebreo-cristiana sobre el derecho, la autoridad castigaba por sí misma todos los delitos o crímenes, tanto los que se cometían contra el Estado como los que se cometían contra personas particulares; la consecuencia de esto era que en lugar del antiguo procedimiento criminal público y oral del país con acusación, se empleaba el procedimiento secreto inquisitorial con sus horribles calabozos y tormentos, con sus penitencias impúdicas y asquerosas y con sus castigos crueles de mutilación y de muerte.

Un resto del derecho del procedimiento criminal germano conservábase hasta fines de la Edad media en los *Freistuehlen* (sillas francas) de Westfalia, en los «tribunales de la veheme» (*feme, veme, vehme* significa tribunal y *verfemt* juzgado, sentenciado). Si despojamos a estos de ese carácter horrible con que los poetas modernos los han revestido superficialmente, veremos que todo eso no era otra cosa sino tribunales que habían conservado su autoridad como imperial; tenían sus sesiones en pleno día, al descubierto, en conocidos lugares consagrados de Westfalia; procedían en un todo según las reglas del antiguo procedimiento criminal alemán, sin encarcelar o atormentar al acusado, ocupándose tan sólo de crímenes capitales, y sin conocer por lo tanto más sentencia que la de muerte. Ciertamente que el poder de la *veheme* y el horror que infundía a los criminales acrecentábase considerablemente por las formas misteriosas, propias de los francmasones, si así podemos decirlo, que se empleaban para la recepción de los iniciados (*freischoeffen*); sus contraseñas, sus prácticas y señales eran un misterio a los ojos de los profanos. Los presidentes de los tribunales de la santa *veheme* de Westfalia, los *freigraves*, a menudo sencillos labradores, eran con frecuencia los únicos administradores de justicia en el imperio alemán, pues sus sentencias alcanzaban aún a los criminales más nobles y por medio de la organización de la *veheme* estas sentencias se ejecutaban con seguridad.

A la confusión judicial de la época, correspondía del todo el enredo de medidas, pesos y monedas en el imperio alemán. En Aquisgrán había una fábrica de moneda imperial, pero una multitud de magnates eclesiásticos y seculares y de ciudades tenían y ejercían también el derecho de acuñación. Por las monedas de oro más bonitas de la Edad media pasaban las llamadas augustales que el emperador Federico II hizo acuñar. No es posible determinar exactamente el valor de las monedas de entonces, porque la ley del oro y la plata no guardaba ninguna proporción y cambiaba además de continuo. La noción de la *mark*¹⁸ no era tampoco fija; pues según la localidad el marco de plata se acuñaba a doce, veinticuatro, cuarenta y cuatro, cincuenta y hasta sesenta *schillings*, y éstos últimos con sus quilates en plata tan diferentes, guardaban proporciones muy variadas con la calderilla de los *denares*, *peniques*, *kreutzer* y *hellre* (ochavos). ¿Cómo podía averiguarse en la confusión de la Edad media cuáles eran los precios de los comestibles y manufacturas, la tarifa de los jornales y el tipo de las contribuciones? Lo cierto es que el gravamen de estas últimas, consistentes en impuestos de toda clase, diezmos, contribución territorial, y derechos de consumos sobre herencias, y de todo lo cual estaba exenta la nobleza, así como el clero, pesaba gravemente

18 Marco, peso de oro y plata de ocho onzas. (N. T.)

sobre los ciudadanos y más aún sobre los labradores; estos últimos sufrían además la carga pesada que consigo traían las luchas a mano armada y las guerras, pues el arte militar era rudimentario y tendía con una dureza cruel a la destrucción de vidas y propiedades.

El militarismo alemán conservó durante toda la Edad media las formas principales establecidas bajo los Otones y Enriques; el estado feudal sólo conocía un ejército de vasallos, organizado y dirigido según las leyes del derecho feudal. En las guerras del imperio, el rey o emperador alemán era general en jefe; a sus órdenes estaban los grandes vasallos de la corona; así como también sus caballeros, los que, a su vez, eran obedecidos por los pecheros. La bandera imperial, con el águila negra de una cabeza en campo dorado, usada ya bajo Otón II, pero no reconocida definitivamente hasta los tiempos de Federico Barbarroja, era la insignia suprema del ejército, y a los suabos correspondía el derecho y el honor de llevarla en las guerras del imperio, al frente de las huestes.

Las armas defensivas entonces usadas eran el escudo, el yelmo y el arnés; las armaduras compuestas de piezas metálicas habían sustituido a la cota de malla de los tiempos antiguos. La caballería usaba como armas ofensivas la lanza, espada de dos manos, maza y hacha de armas; mientras que las milicias ciudadanas se servían de ballestas y de flechas, picas y alabardas. Poco se sabía aún sobre la estrategia y la táctica, si bien solían suplirse con las estratagemas y ardides de guerra; el ataque y la lucha de hombre a hombre decidían de la victoria en la batalla campal; pero en la guerra de sitio, habíase adelantado más, pues se usaban las llamadas torres de sitio, y otros aparatos temibles, como los arietes, catapultas, etcétera, empleándose las ballestas como armas arrojadas (*ballisten, biyden, gewerf, quotwerke*). La costumbre de uniformar los soldados tuvo su origen en la Edad media, habiendo sugerido el pensamiento las bandas de color que los guerreros llevaban sobre su armadura; después, algunas compañías eligieron para su vestimenta el color de aquellas, mas parece que los mercenarios ciudadanos fueron los primeros que desde la segunda mitad del siglo XIV usaron uniforme. La organización de milicias mercenarias alcanza en Alemania hasta el siglo XII, pues la insuficiencia de los ejércitos feudales exigió ya en tiempos anteriores un aumento de fuerzas.

En el imperio alemán, el mercenarismo, introducido ya en Italia, Francia e Inglaterra en el siglo XIV, no llegó a tener hasta el siglo XV aquella importancia decisiva que en las guerras les dieron los *reislauffer* suizos, y los *lansquenetes* alemanes. En las luchas de los labradores suizos contra los duques de Austria, pero más aún en las batallas de las ciudades y aldeas de la confederación suiza contra Carlos, duque de Borgoña, palideció el esplendor de la caballería feudal; la victoria o la derrota la decidió en adelante la infantería, para cuya organización y dirección las instituciones suizas sirvieron de modelo en los últimos tiempos de la Edad media. A este cambio se agregó la introducción de las armas de fuego en el siglo XIV; pero ya antes de esto los príncipes y ciudades alemanas usaban bombardas, obuses y culebrinas, que muy toscas aún, redujéronse a las proporciones de armas portátiles bajo la forma de arcabuces y otras análogas, pero muy incómodas todavía. En 1388 fue cuando se comenzaron a usar también las pistolas en Alemania, llamadas «cañones de mano».

Aquí llegamos al fin de nuestro viaje por el mundo alemán de la Edad media, próximo ya a su fin en la segunda mitad del siglo XIII. Con la caída de los Hohenstaufen, el imperio había perdido su dominio como potencia soberana, lo cual se demostró evidentemente cuando, después del «terrible período» del interregno, el conde suizo Rodolfo de Habsburgo fue elegido rey de los alemanes (1273). Como todo suizo, este soberano era un verdadero hombre de negocios, para quien nada había más extraño que la idea de ejercer la soberanía según el ejemplo de los Otones, Enriques y Federicos. Lo que se proponía era hacer buenos negocios, y dominado por este pensamiento, inició hábilmente y llevó a cabo con el mejor éxito el principal, cual era la fundación de una casa reinante de Habsburgo, adquiriendo la hermosa Austria. Su hijo y sucesor, Alberto, no se mostró menos ávido de adquirir, pero no fue tan hábil como su padre.

Sus exigencias y usurpaciones, y las de sus descendientes, indujeron a los hombres libres de Suiza, que por el convenio de 1291 habían fundado su Confederación, así como a las ciudades de este país, a consolidar y defender su antigua independencia, lo cual hicieron sin el impulso de un Tell o un Winkelric, héroes nacionales que deben pertenecer y pertenecen al dominio del mito y de la fábula. Más felices de lo que fueron en los siglos XII y XIII los *stedinger* y *ditmarsen*, labradores de la Alemania del Norte que habitaban a orillas del Eider y del Elba, cuando lucharon heroicamente por su independencia contra la aristocracia y el clero, los confederados suizos sacudieron en el siglo XIV el yugo imperial con sus victorias de Moorgarten, Laupen, Sempach y Naefels, conservando sus propias libertades, para consolidar después su confederación republicana, merced a los triunfos alcanzados sobre Carlos de Borgoña en las batallas de Gradson, Murten y Nancy. Este desarrollo de la confederación suiza marcaba la rápida decadencia del Estado feudal de la Edad media, del Imperio y de la Iglesia alemana, tan visiblemente como por otra parte el uso de la pólvora y la introducción de la tipografía.

Algunas tentativas de restauración, que hicieron con muy diferentes miras los tres emperadores de la casa de Luxemburgo, Enrique VII, Carlos IV y Segismundo, y con ellos también el excelente patriota Ludovico de Baviera, fracasaron del todo, y debían fracasar; pues la Edad media había llegado irrevocablemente a su fin. Los ideales que el romanticismo había hecho surgir, se iban perdiendo; el pensamiento romántico había agotado su fuerza creadora, y por doquiera se despertaban nuevas ideas y opiniones. Sin embargo, a decir verdad, la Edad media no desapareció súbitamente; sus formas sobrevivieron al espíritu, conservando su vigor en nuestro país aún mucho tiempo, vigor que bastante a menudo se revelaba con brutales manifestaciones. Pero sólo eran un cuerpo sin vida, una cáscara sin grano, una armadura vacía. Todo cuanto de bueno existía en nuestro país se alejó de aquel espectro, para saludar a la nueva edad.

ÉPOCA DE LA REFORMA

I.

PRESENTIMIENTOS Y PRESAGIOS

De la época histórica en que se efectuó el tránsito del romanticismo de la Edad media a la llamada Reforma, podemos formarnos una idea si la comparamos con un árbol que en la primavera echa nuevos capullos y retoños, cuando aún conserva adherida a sus ramas la hojarasca del último otoño.

Aun existían las formas eclesiásticas y políticas de la Edad media, pero junto a ellas, y a su alrededor, germinaban nuevas ideas y vivía un nuevo pensamiento.

¿Cuál? El moderno realismo. Sin embargo, cuando éste comenzó a bullir y abrirse paso, pronto hubo de darse cuenta de que a uno de sus pies tenía atada una cadena unida a un peso de plomo; pues arrastraba consigo desde la Edad media la idea cristiano-romántica acerca del universo, es decir, la doctrina teológica sobrenatural.

Esa cadena debe considerarse como una necesidad histórica para que el progreso humano no se pierda en el infinito; el hombre debe penetrarse bien de «dónde va» para comprender mejor de «dónde viene». En su eterno viaje la humanidad lleva una pesada carga, pues arrastra en pos toda la suma de sabiduría y locura humanas. Sólo a la ignorancia le es permitido creer que la sociedad pueda hacer jamás lo que llamamos *tabula rasa*, o cortar la cadena que une lo pasado y lo porvenir. Miles de eslabones que no es posible romper enlazan lo que era con lo que es, y esto a su vez con lo que será; todo es pasajero, todo es un perpetuo cambio.

Pero esta marcha del mundo no sigue siempre pasos iguales; aseméjase al movimiento de un viajero que caminando ahora cómodamente por la llanura, trepa después con lentitud por la montaña, franquea penosamente los declives, esfuerza sus músculos para vadear los ríos, que en su rápido curso producen nubes de espuma; y una vez vencidas las más altas y pedregosas crestas, llega al otro lado y continúa su marcha con la respiración más libre y a pasos acelerados. Y así como estas detenciones, más o menos largas, entorpecen el viaje, del mismo modo se interrumpe, cuando menos en apariencia, el desarrollo histórico. Hay épocas que parecen desarrollarse muy lentamente, mientras que otras parecen volar con rapidez vertiginosa. El que no tiene inteligencia para advertir el impulso propio de los sucesos, debe suponer necesariamente que todo retrocede o poco menos, y a esta ilusión óptica corresponde otra por la cual ve sucediéndose como en veloz carrera los acontecimientos históricos del mundo. Ciertamente que las revoluciones tienen este aspecto, pero el hombre sensato sabe que sus rayos y sus truenos sólo son descargas de la electricidad acumulada poco a poco. La revolución eclesiástica del siglo XVI era al sistema papal de la Edad media, lo que el efecto a la causa, lo que la consecuencia lógica a la premisa. Hacía mucho tiempo que la iglesia misma comprendía la conveniencia, y hasta la necesidad de una «reforma en la cabeza y en los miembros»; pero las lamentables consecuencias de los concilios de Pisa, de Constanza y

Basilea, que con tantas esperanzas habían comenzado, demostraron ya en la primera mitad del siglo XV la imposibilidad de tal reforma por sí misma. A las tímidas proposiciones de enmienda que hicieron los teólogos bien intencionados, la curia contestó con la hoguera, en la cual fue quemado Juan Huss; y a fines del siglo, el papa Alejandro VI encendió el montón de leña donde murió Savonarola, cual si este fuego debiera iluminar más claramente los horrores de los Borgias, para mayor escarnio de la cristiandad. Sólo el *Nolumus* de Roma, lanzado con arrogancia y soberbia en medio de exigencias y necesidades ineludibles, avivó el ligero soplo reformista, convirtiéndole en una violenta tempestad revolucionaria.

Ya en aquella noche iluminada por la luna del romanticismo, encontramos en algunos países y también en tierra alemana, algún hombre que presentía la nueva luz que iba a alumbrar una nueva época; pero en el trascurso del siglo XV, lo que constituía y constituye la diferencia decisiva, la oposición a la Edad media, es decir, la afición al positivismo de los hechos, había arraigado poderosamente. Al espiritualismo romántico parcial, oponíase, si bien al principio con timidez y prudencia, y hasta a menudo con repugnancia, el verdadero realismo, reconocido como carácter principal de todo el período trascurrido desde el siglo XVI hasta hoy. En tiempo de la Reforma aún vestía el traje teológico dogmático, habiendo cambiado sólo la casulla abigarrada por el hábito talar de los predicadores; desde la mitad del siglo XVIII paseábase con el traje de los legos, mostrando en sus labios la sonrisa del escepticismo.

La herejía ha sido y es en todas partes y en todos tiempos hermana gemela de la ortodoxia: las sectas han sido y son hijastras de la madre Iglesia. La historia de esta última es la de una lucha continua consigo misma, lo que la llamada historia universal refiere del cristianismo, no es otra cosa sino una variación infinita del tema contradictorio de la fe y de la duda, de la autoridad y de la libertad, del dogma y del escepticismo. Apenas consiguiera el papado su última victoria sobre el imperio con la destrucción de la casa de los Hohenstaufen, cuando la duración de su poderío y de su dominación tuvo que pasar por el tamiz de dudas más o menos atrevidas.

Los trovadores de Provenza, los tres fundadores de la literatura italiana, Dante, Petrarca y Boccaccio, a los que se unieron más tarde sus compatriotas Pulci y Maquiavelo; después los rimadores franceses, los poetas humorísticos alemanes, y Chaucer, padre de la poesía inglesa, hicieron toda vigorosa oposición, ya en tono patético o bien en estilo satírico; pero esta oposición dejaba intacto el dogma, atacando sólo la conducta de los sacerdotes y las usurpaciones del poder jerárquico, que ya en la época de los Hohenstaufen había combatido con tanto valor el poeta alemán Gualtero de la Vogelweide. La lucha contra la jerarquía adquirió sin embargo mayor extensión e importancia, cuando la resurrección de los «estudios clásicos», que desde la primera mitad del siglo XIV se inició con entusiasmo en Italia, comenzando a producir sus efectos. El «humanismo», bajo cuya denominación se comprendía en contraste conocido o desconocido el escolasticismo, el estudio de la poesía, del arte, de la filosofía, de la Historia antigua y los resultados de estos estudios; el humanismo aparecía en la oscuridad del monaquismo de la Edad media como una aurora precursora de un nuevo día del trabajo civilizador europeo. A la claridad que irradiaba esta aurora, los hombres miraron a su alrededor, reconociendo con asombro cuán estrecha y limitada era en realidad la sociedad erigida por el sistema romano eclesiástico. Sintióse una inclinación, un deseo irresistible de ensanchar el horizonte geográfico y cósmico, basándose en una necesidad muy realista; pues el comercio de los pueblos europeos era ya tan activo y laborioso, que no le satisfacían los recursos de la Edad media. La mayor facilidad para el cambio de los metales finos comenzaba a ser una necesidad tan urgente que a toda costa debía satisfacerse. El Asia oriental pasaba por ser un manantial inagotable de oro y plata; y el deseo de llegar hasta ella, en Katai (China) y en Zipangu (Japón), era el móvil que impulsaba a emprender los grandes viajes de exploración de Díaz, Gama y Colon, el último de los cuales descubrió un continente, el Nuevo Mundo, la América, cuando se proponía llegar por el Occidente a las costas orientales de Asia. Los descubrimientos geográficos del siglo XV y las colonizaciones del siguiente, juntamente con los

impulsos del humanismo, permitieron a la ciencia natural establecerse sobre una nueva base desde la cual pudo aspirar a los grandes descubrimientos de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton.

Los pueblos latinos, italianos, portugueses, españoles y franceses, precipitáronse con noble entusiasmo, o también con censurable codicia en la senda de aventuras con que les brindaban los mares y países recién descubiertos; y más pausadamente siguiéronles otros descubridores, traficantes y colonos de raza germana, holandeses e ingleses. También los alemanes hicieron una tentativa para tomar parte en la excursión al «Dorado», en el Nuevo Mundo, tentativa que, si bien fracasó, es digna de mención. Todo el mundo sabe que los Welser y Fugger de Augsburgo fueron los Rothschilds del siglo XVI; entre sus deudores principales figuraba el emperador Carlos V, cuyas cajas siempre estaban vacías, por más que en su imperio «no se pusiera nunca el sol.» En 1528, el emperador empeñó o vendió la costa de Venezuela, descubierta hacía algunos años por el caballero español Ojeda, y de la cual tomó posesión España, al banquero de Augsburgo Bartolomé Welser, que quiso aprovecharse de esta adquisición.

Su agente cerca de la corte de Madrid, Ambrosio Dalfinger, natural de Ulma, armó en el puerto de Sevilla una escuadra, y dejando en representación suya a sus compatriotas Bartolomé Sailer y Claudio Federmann, hízose a la vela en octubre de 1529 con 400 soldados alemanes y españoles y 80 caballos, dirigiéndose a Venezuela, de cuyo territorio tomó posesión para la casa Welser con objeto de colonizarla. No tenía nada que envidiar este «Cortés alemán» al famoso jefe español en valor y energía, pero le aventajaba en dureza y crueldad. Redujo a la esclavitud a los indios que habitaban a orillas del lago Maracaibo y mucho más lejos; penetró conquistando, destruyendo y devastando hasta el valle de Epnari, donde vivían las tribus indias de los picabuyes y alkaholadis; y sin detenerse aquí, avanzó hasta los afluentes del Orinoco y los valles de los Andes: murió en 1535 en Coriana a consecuencia de las heridas que recibiera en su lucha contra los indígenas. Su sucesor en el gobierno, Jorge de Espira, continuó tres años las conquistas de Dalfinger, obteniendo resultados asombrosos, pero sucumbió, de una manera misteriosa, asesinado probablemente por los españoles. Estos hacían cuanto era posible por la astucia y la fuerza para impedir que en aquellas regiones fértilísimas se estableciese una colonia alemana y sus tentativas debieron tener el resultado apetecido, tanto más cuanto que los colonos alemanes no recibían de su país socorros suficientes, que pronto cesaron del todo. En Alemania había entre tanto demasiado que hacer para pensar en aprovecharse enérgicamente de la ocasión favorable que se ofrecía de adquirir una parte del Nuevo Mundo más allá del Océano: entregábanse alternativamente a la lucha y a las discusiones teológicas.

En 1555 o un poco después, según pretenden los españoles, una sentencia del «Consejo de Indias», autoridad superior de las colonias de España, desposesionó en debida forma a la casa Welser del «reino de Venezuela». Así se disipó el fugaz sueño «dorado» de nuestros antecesores. Es posible, y hasta probable, que la tentativa de los alemanes para colonizar y establecerse en América no hubiera tenido un fin tan triste a no haberse acometido en una época en que la fuerza marítima del imperio alemán, es decir de la Hansa, se acercaba rápidamente a su decadencia. La desgraciada desunión política de Alemania ha dificultado en todos tiempos el que nuestro pueblo llevase a cabo una colonización en gran escala, o cuando menos ha contribuido a que fuera infecunda para la patria siempre que se acometía semejante empresa. En tiempos antiguos, posteriores y modernos, los alemanes han colonizado y civilizado la Kurlandia, Livonia y Esthlandia, el «país de los sajones», Transilvania y una gran parte del «lejano occidente» de la América del Norte. Pero ¿qué eran y son desgraciadamente todas estas colonias alemanas? Nada más que «posiciones perdidas» del germanismo.

En los tiempos pues en que los pueblos latinos se ocupaban con afán y buen éxito en la colonización, consagrábanse nuestros antepasados con no menor empeño, aunque con menos fortuna, al estudio de la teología. Pero este estudio, reconocido como necesario, lo practicaron con mucha más profundidad que los latinos su Renacimiento, que sólo tenía una significación artística,

o ligeramente científica, aunque no religiosa. En los germanos el cristianismo se había erigido en potencia interior; mientras que en los latinos conservábase sólo como un culto exterior que cuando más podía tomar la forma de una obra artística. De este modo fue posible que un pintor italiano creara el ideal de la *Madonna*, al propio tiempo que un fraile alemán pedía se adoptase de nuevo el cristianismo evangélico; y he aquí porqué un papa pudo reírse de todo corazón de la burla de que era objeto el sacerdocio cristiano en la *Mandragola* de Maquiavelo, al paso que la Inquisición castigaba con los tormentos y la muerte toda rebelión contra este sacerdocio.

Mientras que allende los Alpes el estudio de las humanidades, si exceptuamos su efecto estético, sólo era un pasatiempo de la aristocracia de la inteligencia, que únicamente conducía a la indiferencia en materia de religión, y no afectaba mucho a la Iglesia, en Alemania el movimiento intelectual se dirigía abiertamente contra Roma, puesto que los humanistas alemanes atacaban al método escolástico-teológico de pensar y enseñar, apadrinado por la Iglesia como el único permitido. Pero no se limitaban a la forma los ataques de los humanistas, pues alcanzaban también a su fondo, considerado hasta entonces como sacrosanto. Las ideas paganas, claras y brillantes, que los humanistas habían tomado de la literatura clásica se opusieron primeramente con sencillo entusiasmo, y más tarde con intención hostil, a la oscura barbarie del monaquismo septentrional. Los efectos no debían hacerse esperar, si bien los más caracterizados humanistas estaban muy distantes de proponerse hacer una oposición intencionada, o hasta sistemática, contra la doctrina y constitución vigentes de la Iglesia. Estos jefes, Rodolfo Agrícola, Gregorio de Herinburgo, Conrado Celtes, Wilibaldo Pikheimer, Juan Reuchlin, Juan Wimpfeling y Desiderio Erasmo, natural de Rotterdam. pero naturalizado ya en su juventud en Alemania, eran sabios que ante todo y exclusivamente se esforzaban por establecer sobre una base más sólida la educación científica de la juventud alemana, reformar las universidades, extirpando la rutina escolástica por medio de un estudio racional y del de las lenguas y literaturas clásicas, y adoptando un nuevo sistema así para el estudio de la historia, de la jurisprudencia y de la teología como de las ciencias físicas, matemáticas y geográficas.

Cierto que los trabajos filológicos de Reuchlin y Erasmo, que indicaban el buen camino para ocuparse de las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos, fueron precursores eficaces de la reforma; pero ninguno imaginaba la posibilidad, o tan sólo la conveniencia de tal reforma. Al contrario, Erasmo, el modesto y tímido sabio que nunca salía de sus cuatro paredes, se horrorizó de tal modo ante los tumultos y turbulencias de una reforma desencadenada, que hizo contra ella todo cuanto le permitía su pusilanimidad. No se podía hablar con aquellos humanistas antiguos de una acción sobre la masa del pueblo, por la sencilla razón de que despreciaban la lengua patria, teniendo a mayor gloria hablar y escribir en latín imitando en todo lo posible a Cicerón. Pero esto tenía su razón de ser bien fundada, pues dado el descuido y abandono en que la literatura nacional alemana había caído durante el siglo XV, todo el que pretendía ser hombre instruido se servía del latín. Así, en la opinión pública, en los ciudadanos y también en los habitantes de la campiña los elementos reformadores del humanismo no empezaron a producir sus efectos hasta que la generación joven de los humanistas alemanes trasladó estos elementos, del recinto estrecho de la escuela a todas las esferas de la vida, intentando poner en contacto los resultados del renacimiento científico con la realidad de la vida. Sólo entonces la duda que entraña todo progreso, levantó más y más su voz y principió a ejercer una crítica atrevida demasiado justificada de lo existente en la Iglesia y el Estado. La cuestión de la reforma se había puesto abiertamente a la orden del día.

No podemos hablar del giro que tomaron las cosas sin hacer mención del jefe de este humanismo joven, y reformador en su más alto grado. Fue este el caballero y poeta Ulrico de Hutten, nacido en 1488 en el castillo de Steckelburgo, en Franconia. Él dio forma y cuerpo a todos estos sentimientos y aspiraciones de sus contemporáneos y compañeros de edad, con su pensamiento y su elocuente palabra. Sus estudios y sus viajes le habían conducido a distintos puntos del país alemán y allende los Alpes, y en todas partes había reconocido con inteligente mirada los males y defectos de la época y lo que hacía falta a su patria. Era hombre de demasiado genio para

dar importancia a los vanos alardes y a las mezquinas diatribas teológicas, y para que el orgullo de los sabios y la envidia o el favoritismo de los cortesanos pudiesen influir en él: de versificador humanista se hizo heraldo de la reforma eclesiástica y de la regeneración política de Alemania; de orador latino, cronista alemán; de caballero noble, combatiente nacional. Genuino alemán, idealista en el más alto grado, no le sobrepujó ninguno de sus contemporáneos en el entusiasmo con que se sacrificaba por su patria; y con mucha razón la soberbia frase: «Lo he osado» con que comienza la hermosa canción de consuelo y esperanza que a sí mismo se dirigió en 1521, ha venido a ser una de las más favoritas de los alemanes. La influencia de Hutten en el movimiento de la época se demostró con eficacia por primera vez cuando los «hombres oscuros» (*virī obscuri*), con cuyo nombre colectivo designaban los partidarios del humanismo a sus adversarios, es decir, a los partidarios de la idea y del método escolástico-ortodoxos, acusaban de herejía a Reuchlin. La controversia literaria iniciada por esta causa entre los «teologistas», cuyo cuartel general era la universidad de Colonia, dirigida por los dominicos, y los humanistas, dio la irrefutable prueba de que la superioridad en genio y saber estaba del lado de los últimos. De su seno salió también al mismo tiempo aquella obra maestra de sátira escrita en el latín bárbaro de los frailes, titulada *Cartas de hombres oscuros* (*Epistolae virorum obscurorum*; 1516-17), y compuesta probablemente por Juan Krotus con la colaboración de Pedro Eberbarch, Herman de Nuenar y Hutten.

De todos los contemporáneos de este último, el que tuvo mayor afinidad con él fue el reformador suizo Ulrico Zwinglio, nacido en 1484 en el pueblo montañoso de Wildhaus del condado de Toggenburgo, y hombre dotado de una de las inteligencias más libres y mejor organizadas de aquel tiempo. Más suave, prudente y moderado en sus miras y en su vida que Hutten, poseía un profundo conocimiento de los clásicos y fue por lo tanto mucho más humanista que cualquiera de los reformadores. Tuvo de común con el caballero alemán, el haber sido también un hombre político. Las ciencias políticas a que desgraciadamente Lutero era ajeno por completo, fueron poderosos auxiliares en Zwinglio; y así como Hutten esperaba llegar por medio de la reforma eclesiástica a una regeneración del imperio alemán, Zwinglio, republicano de pura raza, quiso reunir con esta reforma la consolidación y el desarrollo de las repúblicas de su patria. Cúpole también la sublime, pero trágica suerte de morir en el campo de batalla de Rappel (1521) como mártir de sus convicciones religioso-políticas. No hay sitio entre los dichosos de la tierra para hombres como Hutten y Zwinglio, para hombres fieles a sus principios, entusiastas, lógicos y desinteresados.

Junto a la oposición prudente y tímida de los humanistas antiguos y a la atrevida e impetuosa de los nuevos, avanzaba la religiosa que conservaba y desarrollaba las tradiciones de las sectas heréticas de la Edad media, de los waldenses, husitas, de los «hermanos de la vida común», de los begardos, de los beguinos. Esta tendencia reformista tenía de común con nuestros místicos de la Edad media la aversión contra la vida mundana del clero, contra el absolutismo de la curia papal y contra las manifestaciones idólatras de la doctrina eclesiástica. En este último concepto debía promover muy especialmente la desaprobación de todos los hombres pensadores y prudentes, el escandaloso tráfico a que dio lugar el culto de las reliquias. Sería ridículo si no fuera deplorable el tomar nota de las preciosidades que el emperador Carlos IV, protector principal del culto de las reliquias, reunió en la catedral de Praga a cambio de enormes sumas. Allí estaban los esqueletos de los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob) las cabezas de los evangelistas Marcos y Lucas, del apóstol Bartolomé y del protomártir Esteban, una imagen de la Madre de Dios, pintada por el evangelista Lucas, y parte del velo ensangrentado que llevo la Virgen junto a la cruz; y además de esto los pañales del niño Jesús, y un pedazo del pesebre en que le habían colocado, con el mantel que sirvió en la última cena y un pedazo de la mesa, la toalla de Cristo, un trozo del manto de púrpura con que Herodes había expuesto a Jesús a las burlas del pueblo, la cuerda con que le ataron, dos espigas de su corona y varias gotas de su sangre, una parte de la esponja en que se le dio de beber en la cruz y un fragmento de la roca que se hendió a la muerte de Cristo; una mano de Lázaro y varios cabellos de María Magdalena; la palma que el evangelista Juan había llevado en el entierro

de la Madre de Dios. Tesoros semejantes encontrábanse en otros numerosos sitios y ante estas rarezas arrodillábanse y oraban miles y millones de fieles.

Dados estos antecedentes, era muy natural el deseo de los hombres pensadores y piadosos de concluir con este paganismo y volver al cristianismo verdadero, tal como lo enseñaban los Evangelios. Esta reacción se inició en la segunda mitad del siglo XV en los Países Bajos, es decir, en un país del imperio alemán. Tomás van Kempis, autor según se dice del célebre librito *La imitación de Jesucristo*; Juan de Goch y Juan de Wessel habían levantado este grito que con bastante claridad oponía la autoridad de la Biblia como única fuente segura de la fe a la autoridad del papa, al menos en la conciencia de todos los que tenían ojos para ver y oídos para oír. En los países del Rhin halló eco y se difundió el llamamiento; así, por ejemplo, Juan de Wessel intentó algo obteniendo mejores resultados que su contemporáneo Juan Geiler de Kaisersberg (murió en 1509), es decir, la reunión de las miras y opiniones reformistas-teológicas, utilizando su elocuencia popular. Geiler, predicador primero en Basilea y después en Estrasburgo, fue sin duda uno de los más grandes oradores que han subido al púlpito en Alemania. En ocasiones parece como un Abraham anticipado a Santa Clara, con la diferencia de que era más pensador que este capuchino-humorista del siglo XVII.

Nuestros antepasados tampoco prescindían en el púlpito de la broma y la chanza; gustábales la sátira y con tanto más placer oían la verdad cuanto más alegremente se la decían. Prueban esto aquellos «consejeros alegres» de las cortes, aquellos «bufones cortesanos», empleados en tiempo de la Reforma, que sabían adquirir a veces gran influencia sobre sus señores. Así vemos al consejero jovial del emperador Maximiliano I, Kunz (Conrado) von der Rosen, al cual su soberano, según refiere Sebastian Frank, «encontraba probo y siempre sabio en los negocios importantes, fiel y muy astuto bajo la capa de la locura, de modo que a este bufón se le consideraba como uno de los principales entre los consejeros secretos de Maximiliano». Pero también el pueblo tenía sus bufones, rimadores ambulantes, cuyas sátiras se dirigían desde el siglo XIII, preferentemente, contra la impudicia de los eclesiásticos según lo demuestra el librito del *Pfaff Amis*. A fines del siglo XV se reunían también por escrito las chanzas favoritas de tendencia opositora que circulaban con el nombre del *Till Eulenspiegel*, en el libro popular del mismo nombre, y algunos años más tarde se reprodujo muy característicamente la antiquísima epopeya alemana del lobo Isegrim y del zorro Reinhart en forma rimada y en dialecto bajo alemán (*Reineke Vos*): dejando aparte el primitivo sentido y tono sencillo que se sustituyó con una tendencia satírica-antijerárquica. Sabios de más o menos fama como Desiderio Erasmo y Enrique Bebel tomaban parte en estas burlas populares. Erasmo dirigió contra las primeras su aguda y satírica *Alabanza de la locura*, y Bebel, catedrático de Tübinga, descargó contra las últimas la gruesa pieza de artillería de sus *Facetias*, en cuya ocasión más de una bala pasaba por encima del clero atacando al mismo dogma.

Naturalmente los partidarios de lo existente no permanecían quietos cuando de este modo se atacaba, ridiculizaba y sentenciaba por todas partes el sistema eclesiástico y pedagógico a cuyo amparo vivían. No descuidaban su defensa y no eran muy escrupulosos en la elección de sus armas. Es verdad que los adversarios también ofrecían sus puntos flacos. La vida de muchos «poetas», como los teólogos y eclesiásticos llamaban con desprecio a los humanistas, sobre todo a los de la generación posterior, no era muy edificante; y con frecuencia la conducta de los segundos era tan desarreglada que era muy fácil acusar a los que la observaban de todo género de excesos. La lucha literaria que cobraba siempre mayor importancia por medio de la tipografía, adquiría gran desarrollo y formas más variadas, verificándose de una y de otra parte bajo la bandera de San Grobiano (rústico), verdadero patrón y protector de los literatos de aquella época. Es posible también que la disputa entre los teólogos y humanistas se hubiera ventilado dentro del círculo de los sabios y hubiese desaparecido por fin de la arena como tantas otras cuestiones literarias surgidas antes y después, si las condiciones políticas del imperio alemán hubieran sido más satisfactorias y si los abusos eclesiásticos no hubieran violentado la paciencia alemana hasta el punto de que se procurara al efectuar sus contraataques dirigir los tiros al mismo pontificado. En el Vaticano donde reinaba un

fastuoso Medici con el nombre de León X, se vivía opulentamente, mientras en Alemania circulaban los Breves de indulgencias. Pero se necesitaba más dinero a causa de la gigantesca construcción de la Basílica de San Pedro, la cual principiada por Bramante, continuada por Rafael, coronada por Miguel Angel con su maravillosa cúpula y acabada más tarde por Bernini, consumía cantidades inmensas. Por eso la venta de indulgencias debía hacerse en mayor escala en los países que habitaban los «bárbaros del Norte.» Quizás este tráfico hubiera pasado también esta vez sin obstáculos y proporcionado pingües beneficios, si el fraile dominico Tetzel hubiera ejercido su misión menos ruidosamente. Pero después de abierta en Sajonia su tienda ambulante, y pregonadas sus «indulgencias» para conseguir el perdón de los pecados, despertóse la conciencia alemana en el doctor Martín Lutero, fraile agustino y profesor de teología en la universidad de Wittenberg, fundada hacía poco en el electorado de Sajonia. En 31 de octubre de 1517 clavó en el portal de la iglesia del castillo de Wittenberg 95 tesis dirigidas contra el escandaloso tráfico de indulgencias, ofreciéndose, según la costumbre de los sabios de entonces, a defender y sostener estas tesis por escrito u oralmente contra cualquiera que las atacara.

El ruido de los martillazos al clavar aquel pedazo de papel dio la señal de la revolución religiosa.

II.

DESDE WITTENBERG HASTA MUNSTER Y OSNABRUCK

De la desunión y del desorden del estado político de Alemania, que desgraciadamente eran hechos consumados a principios del siglo XVI, se engendraron los elementos que favorecían y apresuraban esencialmente la separación de la Iglesia alemana en dos partidos enemigos, pues la Reforma ponía en manos del espíritu separatista de nuestro pueblo una nueva arma poderosa, de la cual se apoderó al punto para servirse de ella. Así sucedió que precisamente cuando en España, Francia, Inglaterra y Escandinava el estado nacional unitario y monárquico se consolidaba, el imperio alemán tendía resueltamente a la división en una confederación de Estados grandes y pequeños. Los pensadores patriotas, que preveían hacía mucho tiempo los males que podían seguirse de la división del país en muchos elementos políticos, lamentábanse amargamente, y uno de los hombres más dignos de su época, Gregorio de Heimburgo, había exclamado ya poco después de 1450, lleno de ira: «¡Oh, ciega y aturdida Alemania, niegas la obediencia a un emperador, prefiriendo someterte a mil tiranos!»

Pero preciso es confesar que el imperio no era tampoco tal como la nación y la época requerían. Después de la muerte del emperador Segismundo, la casa de Habsburgo había tomado posesión de la Bohemia, obteniendo la corona imperial alemana, que conservó en su poder hasta que con el emperador Carlos VI se extinguió la línea masculina de los Habsburgo. El reinado de Alberto II y el de Federico III fueron tales como podía esperarse de príncipes de carácter tan débil y faltos de genio. La constitución y administración del imperio parecían existir sólo por irrisión, y por doquiera reinaba la anarquía. Los soberanos de los Estados particulares sólo hacían aprecio de la autoridad imperial cuando les convenía; pero por lo demás, los príncipes, prelados, señores y ciudades grandes y pequeñas obraban como tenían por conveniente. Semejante estado de cosas pareció mejorar bajo el reinado de Maximiliano I (1493-1519), pero las esperanzas que éste hizo concebir sólo se realizaron en parte, en primer lugar porque, atendiendo a razones muy naturales, y preocupándole más el poder de la casa de Habsburgo que el imperio, tuvo por principales miras su casamiento con la heredera de Borgoña, María, hija de Carlos el Temerario, y el enlace de su hijo Felipe con la infanta Juana la Loca, hija y heredera de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla. En segundo lugar porque prefería ser el «último de los caballeros» más bien que el verdadero emperador de una nueva época. Fue en efecto lo que se llama un «señor caballeresco» de gran valor personal, de sentimientos humanos y carácter romántico, no exento de algún rasgo de buen humor; pero bajo el punto de vista histórico era una figura de poco relieve. Acometía empresas sin llevarlas a cabo nunca; proyectaba sin descanso, pero no ponía manos a la obra con energía; trazaba planos y hacía combinaciones, mostrándose empero incapaz para la ejecución, tanto en el gabinete como en el campamento. En la llamada «guerra de los suabos», que el imperio alemán hizo a la Confederación suiza, manifestóse de la manera más deplorable su ineptitud diplomática y militar. Después que los suizos hubieron derrotado varias veces al emperador, éste se vio obligado a reconocer por la paz de Basilea (1499) la separación definitiva de los confederados del imperio. De este modo se aseguraba a la Suiza el desarrollo de sus pequeños Estados republicanos, pero el imperio, no sólo perdía su más hermosa provincia, sino que ésta, dominada bien pronto por la influencia de la política francesa, debía ser en adelante enemiga de Alemania.

Más tarde, además de los enlaces matrimoniales de que antes hicimos mención, Maximiliano negoció un tercero muy provechoso, desposando a su nieto Fernando, hijo segundo de Felipe y de Juana, con Ana, hija de Wladislao, rey de Hungría y de Bohemia; su nieto mayor, Carlos, heredó

después de su padre Felipe las provincias de Borgoña y de los Países Bajos, y de su madre España con Nápoles y Sicilia y además las inmensas colonias españolas del Nuevo Mundo. El nieto menor, Fernando, recibió del abuelo los países alemanes de Austria, y del suegro la corona de Hungría y de Bohemia. En este acrecentamiento de poder de las dos ramas de la casa archiducal de Austria, la española y la alemana, justificábase con muchísima razón aquel dicho: *¡Bella gerant alii, tu felix Austria nube!* (Hagan otros la guerra, pero tú, Austria, cástate). Pero lo que Austria adquiriría por medio de los casamientos no aprovechaba a la Alemania; muy por el contrario, cuantas más coronas reales o ducal es se ceñían los Habsburgo, tanto más extraños se hacían a su patria. Los nietos de Maximiliano habían perdido ya del todo su carácter alemán, y la transformación española de la casa de los archiduques (pues el elemento español dominó al fin sobre el alemán, borgoñón, wallon, húngaro y eslavo), llegó a ser una desventura nacional para Alemania. Tan funesta influencia ejerció ese elemento en la casa imperial que la impidió comprender la índole de la Reforma, a la que desde luego hubo de declararse hostil. A estas circunstancias agregóse la rivalidad de las casas de Habsburgo y de Valois-Borbón, que subsistió dos siglos, durante los cuales el imperio alemán sólo se consideraba como un medio de la política particular de los Habsburgos. El castigo de esta falta no se hizo esperar, pues más tarde o mis temprano se expían en política ciertos errores.

El emperador Maximiliano había empuñado con la mejor intención las riendas del imperio, y si hubiese sido un buen político en vez de un «señor caballeresco», habríale sido dado satisfacer la necesidad de una reforma de la Iglesia y del Estado, sentida y ansiada en todas partes, pero no de la manera que lo hizo. Sin embargo, tenía que emplearse precisamente algún medio para reprimir la anarquía del imperio, a fin de que este último no quedara del todo indefenso contra los peligros que le amenazaban ya harto ostensiblemente por parte de Francia, y que eran inminentes por la de los otomanos. En las filas de la aristocracia alemana figuraba entonces un hombre, el elector-arzobispo de Maguncia, Bertoldo de Henneberg, que debe considerarse como el último patriota eclesiástico y político eminente. Fue el alma de aquellos proyectos y negociaciones reformistas que en la Dieta de Worms, en 1495, adquirieron la forma de leyes del imperio. Allí se decretó la llamada «Paz perpetua del país», destinada a poner fin a los terribles estragos que ocasionaba el derecho de la fuerza; allí se instituyó un tribunal supremo, el llamado *Reichskammergericht*, cuya residencia fija fue después Wetzlar, y que tenía por objeto arreglar las cuestiones entre los Estados del imperio; allí, en fin, se decretó un impuesto general para todo el imperio («el dinero común»), a fin de crear y proveer de fondos una caja nacional. Para el mejor gobierno y administración del imperio se dividió éste en diez distritos, los de Austria, Baviera, Suabia, Franconia, el Electorado renano, el del Rin superior e inferior con Westfalia, el de Borgoña, y de la Sajonia superior e inferior. El elector-arzobispo Bertoldo pensaba, no obstante, en una reforma mucho más radical de la constitución del Estado; ideaba un parlamento imperial, formado por los príncipes eclesiásticos y laicos y por los representantes de las ciudades que dependían inmediatamente de él; quería un gobierno parlamentario constitucional, no para debilitar, sino más bien para vigorizar la monarquía alemana.

Los esfuerzos y excitaciones del prelado en este sentido se estrellaron sin embargo contra la escasa inteligencia y el ilimitado egoísmo de los otros príncipes, así como contra la falta de energía del emperador. Éste sabía de sobras cómo y dónde el zapato romano apretaba a su patria, pues en 1510 mandó redactar una detallada memoria expresando las quejas de los alemanes contra la Sede romana, pero fue demasiado débil, irresoluto e inhábil para hacer una enérgica tentativa a fin de atajar este mal. Ocupándose de muchos asuntos en todas partes, no logró hacer nada bueno en ninguna. Los gérmenes de reforma, sanos y fecundos sin duda, contenidos en los decretos de la Dieta de Worms en 1495, no pudieron desarrollarse; la época favorable para regenerar el imperio, es decir, para transformar el débil Estado feudal alemán en una monarquía sólida y vigorosa, había pasado ya. Mientras que en Francia la unidad nacional se consolidaba bajo la forma monárquica absoluta y en Inglaterra tomaba la de monarquía constitucional, en Alemania sucumbía a manos del particularismo aristocrático. Precisamente en la época de tránsito de la Edad media a la moderna,

los magnates alemanes, dejando de ser vasallos del emperador y del imperio, como siempre lo fueron, erigiéronse en príncipes soberanos en sus países. No cabe duda que la escisión surgida en el seno de la Iglesia contribuyó mucho a la funesta multiplicidad de Estados pequeños, a la transformación de la soberanía de los príncipes en una autocracia ilimitada. Es indudable también que había príncipes alemanes que por convicción íntima se asociaron a la Reforma, pero otros, en cambio, lo hicieron por motivos muy poco nobles. Como quiera que sea, los señores convertidos así al luteranismo o al calvinismo, hallaron en esto un medio muy cómodo para negar su obediencia al emperador, que se mantuvo adherido al catolicismo, dando por pretexto, como siempre, «la cuestión religiosa.» ¿Y los señores príncipes, sus compañeros, que continuaban en el seno de la Iglesia católica? ¡Ah! estos no podían tolerar que sus colegas luteranos y calvinistas fuesen más independientes y autócratas que ellos mismos; y por lo tanto, obraron también como soberanos «por la gracia de Dios».

Todo el mundo conoce las consecuencias del acto de Lutero en 31 de octubre de 1517 y la marcha de la Reforma. Tampoco se ignora la vida de Martín Lutero, que nacido en 10 de noviembre de 1483 en Eisleben (Sajonia) y educado en un convento, llegó a ser, después de sufrir muchas privaciones, fraile agustino, más tarde doctor y catedrático de teología, después rebelde contra Roma. Arrostrando el rayo de la excomunión, hízose reformista, y a la faz del emperador y del imperio defendió sus opiniones, por lo cual fue desterrado. Tradujo la Biblia al alemán como no se había traducido hasta entonces; contrajo matrimonio con la ex-monja Catalina de Bora, sosteniendo su casa a fuerza de un asiduo trabajo y procurando no faltaran en ella «la mujer, el vino y el canto»; fundó la Iglesia luterana pactando para su consolidación con los príncipes que favorecían la Reforma. Después fijó los límites religiosos del luteranismo separándolo de la reforma político-nacional y de la revolución político-social; sustituyó el principio autoritario católico con la letra de la Biblia, y rechazó como herejía cada una de las dudas que le fueron opuestas, calificando de «visionarios» a cuantos se atrevieron a sostener y confesar respecto a la doctrina paulina-agustina otra opinión que la suya. Lutero compuso el gran himno de guerra de la Reforma («Un castillo fuerte es nuestro Dios, etc.»), pero sentó también el principio del limitado conocimiento de los súbditos («Puedes comprender con tu razón, dice, que dos y cinco son siete; pero cuando tu superior te dice que dos y cinco son ocho, debes creerlo contra tu saber y voluntad»). Lutero murió en 18 de febrero de 1546 en Eisleben. Herder, con el vigoroso estilo propio de su atrevido genio, ha caracterizado al reformador del modo siguiente: «¡ Poderosa encina del suelo alemán! ¡Arriba en tu copa ruge la tempestad, pero arrostras inmóvil su furor! ¡La tempestad ruge desatada; y algunas pobres y endebles ramas son rotas por el huracán; pero tú ¡oh encina! permaneces en pie: tal eres tú, Lutero!» No cabe duda que si este metafórico retrato del reformador es exacto en su conjunto, no lo es menos considerado desde el punto de vista de la historia de la cultura. Sin embargo, vale la pena de preguntarse si una u otra de las «pobres ramas rotas por el huracán» no tenían cuando menos un valor tan grande como el luteranismo ortodoxo que quedó en pie, y sobre cuyo servilismo e intolerancia un contemporáneo de Lutero, Sebastian Frank, una de las cabezas mejor organizadas y de los corazones alemanes más excelentes del siglo XVI, expresó ya en 1534 de esta manera: «En otro tiempo, bajo el pontificado, había mucha más libertad de vituperar también los vicios de los príncipes y señores; ahora todos deben ser cortesanos si no quieren que se les llame rebeldes; ¡que Dios nos ampare!» Esta queja era demasiado justificada, pero ¿a qué servía acusar a la naturaleza humana y a la necesidad histórica? Pues es propio de ellas que la rebelión tan luego como llega al poder en la lucha incansable entre la autoridad y la libertad, a su vez se hace conservadora defendiendo la autoridad con todos sus medios. Los rebeldes de ayer son en todos tiempos los déspotas de hoy.

Lutero poseía la vigorosa naturaleza del campesino de la Alemania inferior; era un hombre de profundos sentimientos, convencido íntimamente y penetrado de la verdad y de la bondad del cristianismo bíblico, tenaz como el hierro y argumentador a manera de los rústicos de la Sajonia inferior, de miras limitadas y de instrucción teológica y estrecha. A su temor de Dios sólo igualaba

su temor al diablo, y tanto él como su sabio auxiliar Felipe Melanchton (Tierra negra) se atenían con una fe fanática a las creencias de su época en demonios, magos y brujos. Lutero no podía pues darse cuenta de la grandeza y de la belleza de la antigüedad clásica y de su cultura, y el movimiento humanista apenas había influido en su ánimo. En cambio brillaba su alma con cierto fulgor poético; cultivaba con apasionada afición la música, y su talento oratorio era de una genialidad creadora. Sobre la base del dialecto de Meissen-Sajonia creó, enriqueció, pulió, dio flexibilidad a nuestra lengua castiza moderna por medio de su traducción de la Biblia y por medio de sus escritos de enseñanza y controversia. Por lo demás no fue en toda su vida otra cosa que un fraile, o cuando más un teólogo, considerando y tratando como tal las mismas cosas políticas. Puede comprenderse que las ideas y exigencias de los políticos de la reforma nacional, y más aún los revolucionarios político-sociales infundían miedo a este hombre, que se agitaba en una esfera sobrado limitada de opiniones y de ideas; también es posible que desconfiara, y con razón, de la veleidad de las masas y de la inconstancia del pueblo. Pero a pesar de todo eso, su parcialidad ruda y sangrienta contra el pueblo en la guerra de los campesinos («Todo el que pueda, dijo, mate, pegue y degüelle a los campesinos») tiene algo de repulsivo y odioso, y el convenio hecho con los príncipes a costa del pueblo para asegurar su reforma eclesiástica, algo de precipitado y hasta egoísta.

Pero tal como era y se daba a conocer, Lutero era hombre capaz de enarbolar la bandera de una lucha a vida o muerte contra Roma y pelear cuerpo a cuerpo con el coloso del papismo; sólo temía a Dios y al diablo, pero no conocía el miedo a los hombres. Su progreso en el camino de la rebelión antipapista fue en un principio algo lento, casi tímido. Varias veces estuvo en manos de los partidarios de Roma el hacer que retrocediera el rebelde, o cuando menos el detenerle en su camino. Pero a medida que las disposiciones de los adversarios del atrevido fraile aumentaban en perversidad, terquedad y odio, sus proporciones se acrecentaban hasta llegar a las de un héroe. En 1521 alcanzó el verdadero apogeo de su grandeza personal y de su importancia histórica; entonces hizo en un sencillo carro de labrador su heroico viaje a Worms para presentarse al emperador y al imperio y para defender y justificar su doctrina. Cuando al pasar por Leipzig algunos amigos cuidadosos le advirtieron diciéndole que para él podría alzarse en Worms una hoguera, lo mismo que antes se había alzado una para Huss, contestó: «¡Aunque entre esta ciudad y Worms encendieran una pira que llegase hasta el cielo, quiero a pesar de eso proseguir mi camino para pisar los dientes de Behemoth.» Ya en camino, se presentó también como predicador popular de gran estilo, precisamente en Moera, pueblo cerca de Eisenach, del cual eran oriundos sus antepasados. Colocándose bajo el tilo de la aldea explicó la doctrina evangélica a una innumerable multitud que de cerca y de lejos había acudido para oírle; refirió además porqué y con qué derecho se había rebelado contra el «poder anticristiano» del papa romano. Este sermón popular bajo el tilo de la aldea de Moera, considerado desde el punto de vista humano, es uno de los actos más importantes de la vida de Lutero. Otro no menos trascendental aconteció en 13 de junio de 1525, cuando el reformador se casó con su Kaethe (Catalina); este acto significaba la solución práctica de la oposición teórica contra el celibato, tan contrario a la naturaleza, y la restitución del sacerdote al seno de la familia.

Cuatro años después se representó en Marburgo una escena que, tanto bajo el punto de vista humano, como cristiano y político, fue una vergüenza para el reformador; tratábase en esta «disputa religiosa», según todo el mundo sabe, del arreglo de las cuestiones entre luteranos y zwinglianos respecto a la comunión, cuestión comprendida por Lutero en el sentido estricto y literal de las palabras de la Biblia. Zwinglio, que había dirigido, mientras tanto, en la Suiza alemana, con tanto valor y habilidad, la lucha contra Roma adelantando en su reforma de un modo notable, demostró superior a Lutero en espíritu, saber y método dialéctico, pues hizo todo lo que su conciencia le permitió para impedir una ruptura entre los reformados alemanes y suizos. Lutero, sin embargo, no sólo rehuyó toda conciliación, sino que completó con la más perversa intención la lamentable ruptura, lanzando con la brutalidad propia de un labrador tenaz en su infalibilidad o inaccesible en sus opiniones, aquellas palabras: «Vosotros no poseéis el verdadero espíritu», lenguaje propio

solamente de un sacerdote ortodoxo. Fácilmente se puede ver que en los dos reformadores, que a la sazón (1529), en la conferencia de Marburgo, se separaron para siempre, se caracteriza la diferencia existente entre el pueblo meridional y septentrional de Alemania: de aquí la habilidad y atrevimiento de Zwinglio, y de aquí la tenacidad y la constancia de Lutero. Aquel era un hombre radical, este un conservador que, calculando con mucha diplomacia, creía hacer más agradable su trabajo reformador a los príncipes alemanes y a los magistrados de las ciudades, conservando en doctrina y culto todo cuanto pudo de la antigua Iglesia. Este cálculo no dejaba de ser fundado, pues la costumbre es una segunda naturaleza. El carácter conservador del luteranismo contribuyó sin duda a la rápida propagación del mismo.

Otras causas poderosas eran la aversión nacional de los alemanes al romanismo, la repugnancia a la explotación de que eran víctimas, el deseo de un sinnúmero de hombres sensibles y pensadores de tener más perfecto conocimiento de la religión y evitar las manifestaciones semipaganas del culto externo, y por último, el inmenso botín que la abolición de conventos y obispados y el secuestro de los bienes eclesiásticos debía proporcionar al tesoro de los príncipes y ciudades. El interés, en la acepción más común y efectiva de la palabra, ha representado un importantísimo papel también en la Reforma, como en todas las crisis y catástrofes de la historia universal. Y en general sólo un optimismo superficial e ilusorio puede creer y pretender que las masas hayan pasado por impulso interior de la antigua a la nueva Iglesia; la inclinación interior y la convicción independiente sólo existían y obraban en una pequeña minoría. La gran masa, sin embargo, seguía la moda de la Reforma, como antes había seguido la moda de las Cruzadas y de las expediciones de flagelantes, y no pocos, si no por el contrario muchísimos hombres, confesaban, no por su salvación eterna, sino por su interés terrenal, la nueva doctrina. La influencia de los instintos más bajos tampoco dejaba de sentirse; sobre todo, un número bastante considerable de habitantes de ambos sexos de los conventos abolidos consideraban la confesión del luteranismo como un privilegio para todos los desórdenes, y no fue solamente en Nuremberg, de cuya ciudad refiere un hecho ruidoso el contemporáneo y cronista Antonio Kreutzer, donde se dieron casos harto deplorables por parte de los que abjuraban sus votos.

Mientras tanto la agitación había cundido entre todas las clases de la población del imperio alemán, ya en sentido atractivo o repulsivo: la cuestión se hallaba reducida a saber si sería bastante poderosa para arrastrar o no tras sí a todos los elementos contrarios. El *sí* o el *no* pendían, dado el estado de las cosas, del jefe del imperio, es decir, del emperador. Raras veces los alemanes, cuando menos los caballeros, ciudadanos y labradores, habían saludado con tan alegres esperanzas a un emperador a su advenimiento al trono, como lo hicieron con el nieto de Maximiliano, Carlos V; y raras veces también las esperanzas de un pueblo han salido tan frustradas como ésta. El emperador de los alemanes era y continuaba siendo extranjero en Alemania; medio walon y medio español, despreciaba así la lengua alemana, que sólo sabía hablar mal en el dialecto flamenco, como también a todo lo alemán. Sus dotes naturales y la educación española sobrado devota le habían hecho incapaz de comprender y de sentir el pensamiento fundamental de la Reforma, al que eran por consiguiente ajenos su espíritu y su corazón. No era partidario fanático de la Iglesia romana: demasiado frío para poder ser fanático, no vaciló en sitiar al papa en Roma y en abandonar a la «capital del cristianismo», después de su conquista, a todos los horrores de la guerra cuando esto convino a sus intereses. Pero instintivamente adivinaba el germen de la libertad contenido en el principio de la Reforma, y no titubeaba en aniquilarlo hasta donde le fuera dado. Era lo que hoy se llama un político realista, pero político realista del siglo XVI; lo que comprendía, creía y manejaba, fue siempre consecuencia de aquella mezcla de astucia diplomática, sagacidad y falta de escrúpulo que se llamaba la «práctica italiana», porque este arte político que tan poco sabía y quería saber de los ideales de los pueblos, como fundado sólo en el egoísmo dinástico, había recibido en las cortes italianas su desarrollo hasta rayar en el crimen. Un político de esta clase, un absolutista que reconocía muy a su grado la utilidad del dogma de la autoridad romana para el sistema que apadrinaba, y que además quería asegurarse la alianza de la sede papal contra Francisco de Francia

en la lucha entre la casa de Habsburgo y la de Valois-Borbon, un príncipe a quien Alemania, como tal, era del todo indiferente y que sólo pensaba en la grandeza de su casa y en el poder de España, ¿cómo hubiera podido proteger la Reforma? Era imposible. El edicto imperial de proscripción que en abril de 1521 pronunció en Worms contra Lutero, demostró que nada podía esperarse del emperador para la Reforma y señaló la separación del imperio en una Alemania católica y otra protestante.

Esta separación no se hizo esperar mucho. La circunstancia de que el elector Federico de Sajonia protegía al fraile excomulgado y proscrito, que el landgrave Felipe de Hesse y otros grandes del imperio, así como ciudades y aldeas enteras, confesaban abiertamente el Evangelio, demostraba claramente la escasa influencia que ejercían ya en una gran parte de Alemania, la excomunión pontificia y la proscripción imperial. La tempestad que se había desatado en esta época era una de aquellas que impulsan el desarrollo histórico, y por lo tanto que no pueden dominarse, aún cuando para hacerlas frente se recurra inútilmente a decretos soberanos y a medidas violentas. Pero las fuerzas que a la tempestad de la época se oponían, la autoridad papal y el poder imperial, eran, en unión con los príncipes alemanes que permanecían fieles a la Iglesia antigua, bastante fuertes para impedir que esta tempestad pudiera desplegar del todo sus alas. Esto se vio evidentemente cuando los partidarios de conservar lo existente en el Estado y la Iglesia hicieron fracasar las diferentes tentativas emprendidas para dar nuevo vigor al movimiento religioso, así en el concepto nacional como social. De ello nos ofrece un ejemplo la tentativa efectuada por la caballería del imperio, la baja nobleza, para lograr desde el sudoeste de Alemania un cambio que tendiera a una limitación del poder particularista de los príncipes y a la propagación de la reforma eclesiástica.

El jefe de esta empresa fue el tan célebre y estimado caballero Francisco de Sickingen, el primero que introdujo en su castillo de Ebernburgo el culto según el ritual luterano evangélico: su amigo Hutten apoyó la atrevida empresa con todo el fuego de su alma patriótica. Lutero en cambio, al cual Sickingen había ofrecido generosamente su protección, no quiso entender en este asunto, sancionando con esta reserva su opinión declarada con energía en todas ocasiones, es decir, la obediencia pasiva del verdadero cristiano. («Un cristiano no es otra cosa que un ser pasivo, nacido sólo para sufrir.» «El cristiano debe dejarse aniquilar, descuartizar si es preciso, sin intentar la más mínima resistencia. No le importan nada las cosas mundanas; debe dejar a su contrario que robe, veje, oprima, esquilme, atropelle y haga cuanto quiera; pues el cristiano es un mártir en esta vida.») Abandonado así por aquel de quien se había prometido el mejor auxilio, Sickingen pereció. Y defendiendo valerosamente su castillo de Landstuhl contra los ejércitos reunidos del conde Palatino, del landgrave de Hesse y del elector de Tréveris, cayó herido mortalmente y murió al siguiente día (mayo de 1523). Sus adversarios victoriosos rodearon su lecho de muerte, y como uno de ellos se atreviese a dirigirle una palabra de consuelo, contestó. «Esto no vale la pena; no soy yo el gallo por el cual se baila», dando a entender así, que su persona y su suerte eran de poca importancia comparadas con el objeto por el cual habían luchado. Al lado del sepulcro del «último caballero», como puede llamarse a Sickingen con más razón que al emperador Maximiliano, pronunció uno de sus deudos estas palabras que pueden considerarse como un elogio fúnebre: «Tuvo un corazón varonil, honrado y enérgico y lo conservó hasta la hora de su muerte.»

Hutten, al cual la enemistad de sus adversarios dentro de la misma Reforma había obligado a refugiarse como proscrito, a la otra orilla del Rhin, recibió en el convento agustino de Mulhausen donde había encontrado un corto intervalo de descanso, la noticia del fin de su amigo, noticia que para él equivalía a la pérdida de su última esperanza. Poco después se vio precisado, según refiere Erasmo, con la malicia que le caracteriza, a huir de noche, a causa de las persecuciones de los «hombres oscuros» de Mulhausen, a Zurich, donde Zwinglio le acogió generosamente. En Zurich o en el presbiterio de Pfaefers, donde el abad de Pirminsburg, amigo de la Reforma, le dio hospitalidad, compuso su último escrito patriótico: «Contra los tiranos» (*In tyrannos*), cual grito de venganza en memoria de las víctimas de Landstuhl. Zwinglio procuró al héroe, enfermo ya de muerte, su último asilo en casa del párroco Hans Schnegg, muy experto en el arte de la medicina, en

la graciosa isla de Ufnau en el lago de Zurich. También en esta soledad le persiguió la saña y las denuncias del odioso y maligno Erasmo, pero el pobre fugitivo se salvó pronto de hombres tales como este sabio cortesano, de todos sus enemigos y de todos los cuidados y necesidades de la existencia. Murió en 31 de agosto o en primero de setiembre de 1523 en la isla de Ufnau: esta isla es su sepulcro, pero el verdadero lugar de éste no se conoce. Con Hutten había desaparecido el hombre que sin duda comprendió del modo más grandioso el pensamiento de la Reforma: quería sobre la base de este pensamiento verificar la regeneración política y religiosa de Alemania, creyendo haber encontrado el instrumento a propósito en los caballeros del imperio, bajo la dirección de su amigo el guerrero Sickingen.

La tentativa había fracasado, pero no fue la única, pues la bandera de la reforma política nacional y social que había caído de la mano del moribundo caballero, fue recogida por el labriego alemán, aunque sólo para enrojecerla con su sangre y volver a soltarla de nuevo.

Si examinamos las descripciones de los autores indígenas y extranjeros del siglo XVI, observamos que las condiciones económicas de la Alemania eran entonces y sobre todo inmediatamente antes de iniciarse la Reforma, satisfactorias en su conjunto; sobre todo en las ciudades se había llegado a un alto grado de prosperidad. Pero la cuarta clase, la de los labradores, había quedado muy atrás, dado el progreso de la tercera; verdad es que en algunos puntos del imperio existían aún comunidades de labradores libres poseedores de gran propiedad, cuyas condiciones eran relativamente buenas; pero en general los labradores alemanes eran una «clase agobiada por las penas, un harapo pisado por todo el mundo, gentes cargadas y sobrecargadas por los servicios corporales, los trabajos comunales, los censos, intereses, contribuciones y portazgos.» El labrador se llamaba y era el «hombre pobre»; su miseria era tan evidente y tan horrorosa, que con frecuencia los príncipes y nobles sensibles y pensadores sentían remordimientos ante su estado. De ello nos ofrece un ejemplo aquel propietario de Turingia, Enrique de Einsiedel, que dirigió a Lutero la pregunta, de si estaría obligado y haría bien en quitar a los labradores la pesada carga de los servicios corporales. A esto el reformador dio la contestación, característica para el luteranismo: «No; el propietario no ha impuesto él mismo estos servicios, sino que los ha heredado de sus antepasados»; además no estaría bien renunciar a derechos vigentes: el «hombre rústico no importa que se halle agobiado, porque de lo contrario se volvería sobrado impertinente.» Los labradores alemanes al conocer la «nueva doctrina» que tan profundamente les conmovió, se habían formado sin embargo otra idea de la «libertad cristiana», proclamada por el reformador; en muchos puntos habían opinado ya, antes de propalarse la alegre noticia de esta libertad, que el yugo de la servidumbre, bajo el cual gemían, debía romperse. Ya a fines del siglo XV y a principios del XVI la desesperación había empujado a comunidades enteras de labradores a declararse en abierta rebelión. Así se habían sublevado en 1471 los labradores de los contornos de Wurtzburgo, en 1502 los de las regiones del Rhin, y en 1514 los de Wurtemberg; en este último país, es decir, en el valle del Rems, habíase formado desde 1503 una asociación de labradores, llamada «El pobre Conrado», en el dialecto del país *Koan Roth*, a causa de no encontrar ya remedio alguno para la miseria del pueblo. Esta asociación de labradores de Suabia había adoptado también por primera vez el *Bundschuh* (zapato) como símbolo y emblema de los labradores descontentos. (Sebastian Münster escribió en 1545: «Un sayo de terliz, dos zapatos y un sombrero de fieltro constituyen el traje de los labradores.») Todas estas rebeliones aisladas habían sido reprimidas y cruelmente castigadas; pero la agitación existía, aumentaba en fuerzas y extensión, produciendo en 1525 una irrupción que tendía al parecer a difundir por todo el imperio el fuego de una revolución de los labradores alemanes. habiendo estallado por fin en Suabia, Alsacia y Franconia.

Tomás Münzer de Altstaedt, un Lamennais del siglo XVI, puede considerarse como heraldo de esta tentativa democrática para transformar a la Alemania social y políticamente; pues en el lenguaje del Antiguo Testamento predicaba un evangelio que era una mezcla del cristianismo evangélico y del moderno comunismo. La mayor parte de los jefes de la gran rebelión, Schappeler, Hubmaier, Metzler, Rebmann y Weigand eran oriundos de Suabia, Baviera y Franconia. El jefe

político que se hallaba a su frente fue el honrado Wendel Kipler, hombre instruido en derecho y diplomacia; su mejor guerrero no fue el vulgar Godofredo de Berlinchingen, sino otro noble, Florian Geier, que no medió forzosamente como su citado compañero, sino que por su libre voluntad y con el mayor entusiasmo había abrazado la causa del pueblo, sacrificándole con fe pura y sublime, corazón y brazo, vida y hacienda. Allí donde hombres como Kipler y Geier tenían el mando, todo marchaba perfectamente y por decirlo así con cierto orden en medio de la revolución; la fantasía apocalíptica y comunista de Münzer no encontró eco allí. El gran manifiesto de los «doce artículos principales, fundados y justos, de todos los labradores y villanos contra las autoridades eclesiásticas y laicas de las cuales creen poder quejarse», aquel manifiesto de labradores que en la primavera de 1525 circuló por la Suabia superior, es sin duda el más importante documento político-social de toda la época de la Reforma. Aspiraba a abolir totalmente la servidumbre, a llegar a un acuerdo equitativo respecto a los servicios corporales, tributos y otros, a limitar el derecho exclusivo de caza de los nobles, a la restitución de las propiedades arrebatadas ilegítimamente a las comunidades, al derecho de estas a elegir sus párrocos y a reformar el procedimiento judicial.

Todas estas exigencias de los labradores eran tan fundadas como moderadas; y además éstos se declaraban expresamente prontos a renunciar a cualquiera de ellas que se les «demostrara como injusta según la palabra de Dios.» Hasta el mismo Lutero, a pesar de su compromiso con los príncipes y la nobleza, cuando los labradores apelaron a «la legitimidad de los doce artículos, a la Sagrada Escritura y al doctor Lutero», no pudo menos de reconocer la justicia de varios de los artículos y de amonestar a los potentados a celebrar un arreglo justo con los labradores, mientras que su secuaz Melanchton condenó sin ambages a los labradores, porque su modo de obrar era contrario al mandamiento cristiano de la obediencia ciega y de la paciencia absoluta. No cabe poner en duda la formalidad de la amonestación de Lutero a la paz y a un arreglo justo dirigida a los príncipes. Él, hijo de labrador, ¿cómo hubiera podido cerrar del todo sus ojos y oídos a la miseria de los aldeanos? Pero los príncipes y señores feudales, los opresores y explotadores del pueblo no querían entender en nada que tuviese siquiera asomos de una renuncia, aunque fuera solamente parcial, de sus «derechos bien adquiridos»; pues en tales se trasforman, según todos sabemos, con el tiempo todos los abusos, usurpaciones e injusticias. Por consiguiente los labradores hicieron lo que creían de derecho: obtener forzosamente y con la espada en la mano lo que se negaba a sus súplicas; en Suabia y Franconia se rebelaron los villanos levantando la bandera del «zapato» contra los príncipes, nobles y sacerdotes.

Desde un principio sin embargo dos opiniones distintas surgieron y lucharon entre sí en los campamentos de los rebeldes; la moderada cuyo jefe más importante era Wendel Kipler y que trataba de quitar a los labradores las cargas feudales, pero al mismo tiempo quería indemnizar a la nobleza de la renuncia a sus derechos feudales por medio del secuestro de los bienes eclesiásticos, obligando de este modo a los caballeros a que hicieran suya la causa del pueblo: la radical, a la que se inclinaba Florián Geier, tendía a la destrucción del hidalguismo y del clericalismo y a la fundación de un gobierno unitario-imperial aboliendo los principados particulares. Es claro que no podía pensarse en la realización de este ideal abstracto razonable; tanto menos en cuanto la falta de disciplina en las huestes de los labradores hacía prevalecer de momento la rebelión, las pasiones disolutas y la codicia más salvaje, y tanto más cuanto que el general de la confederación suaba, el mariscal de Waldburgo, desplegaba en el Allgau y en el Hegau una crueldad verdaderamente digna de caribes en la lucha contra la rebelión, concitando el espíritu de venganza que encontraba instrumentos diabólicos en hombres tales como Jaecklein Rohrbach.

Estos «hombres del terror» en aquellos tiempos, que en alta voz declararon que se debía dar una lección ejemplar a la nobleza, fueron los que en abril de 1525 celebraron la sangrienta pascua de Weinsberg, después que los labradores del condado de Hohenlohe y del Odenwald hubieron tomado por asalto la ciudad y el castillo haciendo prisioneros a su comandante, el conde Ludovico de Helfenstein (casado con Margarita, hija natural del emperador Maximiliano) con todos sus caballeros y pecheros. El segundo día de Pascua la aurora iluminó un espectáculo terrible que se

representó en una pradera, frente al portal inferior de Weinsberg: a pesar de que su esposa, la princesa imperial, con su hijo de dos años en el brazo, se había arrodillado ante Jaecklein Rohrbach, instigador, ordenador y ejecutor del crimen, para pedirle la vida de su esposo, el conde de Helfenstein y con él su escudero y su bufón, juntamente con trece hidalgos, fueron muertos a lanzadas con acompañamiento de tambores y de cornetas.

Esta venganza, tomada contra la voluntad y sin conocimiento de Kipler y de Geier, venganza que había alcanzado a varios nobles conocidos como los más encarnizados «desolladores de villanos», perjudicó muchísimo a la causa de los labradores; ya porque Florian Geier, indignado de la carnicería, abandonó con su «banda negra» al ejército de los labradores, llamado la «banda clara», no mentándose en adelante el nombre de este honrado y franco hidalgo en la junta directiva de los villanos; ya porque el terror que Jaecklein y sus compañeros habían querido infundir con aquel asesinato, recayó sobre los labradores y su causa. Lutero, lleno de furor, publicó su escrito «Contra los labradores asesinos y ladrones», diciendo en él que «todo el que pudiese debería acosarlos, degollarlos y matarlos en secreto o públicamente como perros rabiosos.» Y así sucedió en efecto; el poder de los príncipes prelados y señores se demostró superior a las fuerzas mal organizadas, mal disciplinadas y peor conducidas de los villanos, cuya sangre corrió a torrentes en los campos de batalla de Sindelfingen, Frankenhause, Wirtzburgo y Koenigshofen y en los cadalsos levantados para los vencidos.

La guerra de los labradores y su fin contribuyó sin duda mucho a entorpecer e interrumpir en ocasiones el desarrollo de la Reforma. Otro acontecimiento que le hizo también gran daño, enajenándola miles y miles de partidarios, fue la conocida orgía, conjunto de orgullo, impudicia, crueldad, y a la par grotesco y horroroso, que tuvo por teatro a Munster, ciudad de Westfalia, por los años 1534-1535 y por actores a los sectarios anabaptistas. Un testigo presencial y víctima de la citada orgía, el ciudadano Enrique Gresbeck de Munster, nos ha descrito todos sus horrores en el dialecto bajo alemán, componiendo en un sencillo relato uno de los libros más instructivos de aquel tiempo. La facilidad con que dos holandeses vagabundos, el panadero Jan Mattbys y el sastre Jan Bockelson, pudieron apoderarse del gobierno de una ciudad alemana, residencia de un obispo, valiéndose de los recursos del fanatismo, y pudieron defender la ciudad contra su príncipe legítimo, ejercer una sangrienta tiranía contra los ciudadanos, hacer efectivos por breve tiempo los sueños más extravagantes del comunismo y de la poligamia, esta facilidad demuestra con una terrible lógica que la sociedad estaba conmovida en sus mismos cimientos, que el impulso reformador, tan justificado por sí mismo, se encaminaba a la mayor disolución, y que con harta frecuencia el pasado arrebató la victoria al nuevo ideal.

Al mismo tiempo que en los campos de batalla de la Alemania del sur fracasaron los esfuerzos, así de los caballeros como de los labradores, para hacer fecunda la reforma en el sentido nacional y social, en la Alemania del norte la mayor creación política del espíritu de ciudadanía, la *Hansa*, iba acercándose a su ruina; y en el mismo año 1535, en que en la tierra ensangrentada de Westfalia la idea reformista degenerada cedía a la reacción más cruel, acaeció en Lubeck la caída del burgomaestre Jorge Wullenweber y con ella la destrucción de los grandiosos proyectos de este hombre que a su modo y con sus medios anhelaba y quería lo que a su manera habían proyectado e intentado Sickingen y Kipler. La gran liga hanseática había llegado al apogeo de su poder en los tres primeros decenios del siglo XVI; sus naves dominaban el Báltico y el mar del Norte, y por medio de sus galeras de guerra y de sus buques mercantes representaba un papel importante en los destinos de los Estados escandinavos.

En el tiempo en que el rey Cristian II de Dinamarca, cuñado del emperador Carlos V por su esposa Isabel, intentaba sostener forzosamente la llamada unión escandinava, es decir, la reunión de la corona de Suecia con la de Dinamarca-Noruega, la intervención anti-danesa de la Hansa en las cuestiones septentrionales fue funesta para ella misma. Entonces ocurrió en la historia marítima hanseática-alemana un episodio digno de mención: el joven caballero Gustavo Erikson, fundador de

la dinastía real de los Wasas de Suecia, había huido de la corte danesa, buscando y encontrando un refugio en Lubeck. La capital de la Hansa, con la cual Cristian II estaba en abierta guerra, negó al rey de los daneses la extradición exigida del joven sueco destinado a restablecer la independencia de su patria; y Nicolás Broemsen, burgomaestre de Lubeck, resolvió con sus compañeros de consejo hacer acompañar al fugitivo a las costas de la patria velando por su seguridad. Gustavo Wasa emprendió su viaje en mayo de 1520 a bordo de una galera de Lubeck y ésta le llevó con buena suerte por entre los cruceros daneses al promontorio de Stensöe, a poca distancia de Kalmar, a pesar de que el almirante danés Norby vigilaba con una fuerte escuadra aquellas aguas. Verdad es que el sueco salvado se portó más adelante muy mal con sus salvadores alemanes; pero en la política no hay moral; y la gratitud no figura entre los artículos de la fe de los reyes ni de los pueblos.

La lucha por la posesión de las coronas septentrionales llevada a cabo con la valiosa ayuda de los hanseáticos y que terminó con la expulsión de Cristian II, y con la elevación de Federico de Holstein al trono danés y de Gustavo Wasa al de Suecia, pareció haber consolidado de nuevo el poder de la Hansa; así como la terrible escisión que se manifestó en esta época contribuyó a acrecentar mucho este poder. En los años 1530-31 llegó a predominar la «nueva doctrina» y con ella la democracia en Lubeck y en las otras ciudades de la confederación hanseática; alma y jefe de este movimiento fue el comerciante de Lubeck Jorge Wullenweber, sin duda el político más extraordinario que ha salido hasta ahora del ciudadanismo alemán. Elegido burgomaestre de Lubeck, hízose pronto dictador de la Hansa y como tal condujo a la ardiente lucha las fuerzas de la democracia hanseática contra los patricios, y al mismo tiempo contra Cristian II rey de Dinamarca, vuelto al trono y apoyado por la casa de Habsburgo, y contra su rival y vencedor Federico, lucha en la que también estaba involucrada la emprendida contra la Iglesia romana. El genio y la energía de Wullenweber sostuvieron hasta el año 1535 la bandera de la democracia de la Alemania del norte contra todos estos enemigos; después sucumbió a una coalición del clero luterano con la aristocracia de las ciudades y de los campos, llena de rencor y deseosa de venganza, coalición realizada con vil ingratitud contra el pueblo y su jefe. Wullenweber cayó más tarde en manos de uno de sus enemigos mortales, del duque Enrique de Brunswick, partidario fanático de Roma, y, víctima de uno de los más vergonzosos asesinatos jurídicos que jamás ha presenciado el mundo, murió en setiembre de 1537 bajo el hacha del verdugo. La gran obra en que había trabajado cayó envuelta en su ruina; el poder marítimo de la Hansa estaba aniquilado para siempre. Verdad que el luteranismo se había introducido en la Alemania del norte; pero ¡a qué precio! La servil ortodoxia luterana coligóse con la aristocracia ciudadana y campesina para oprimir al pueblo, que a consecuencia de esto degeneró en las ciudades en una masa sin carácter ni energía y en el campo en una esclavitud digna de perros.

Tal fue el triste fin de las tentativas emprendidas una después de otra en el sur y norte de Alemania por los caballeros, villanos y ciudadanos para hacer extensiva la reforma eclesiástica a la social-política. Con el fracaso de estas tentativas la Reforma había perdido su mejor fuerza, degenerando de una causa nacional en una de partido; de una cuestión popular, en un asunto de príncipes y teólogos. Los sabios la convirtieron en objeto de mezquinas disquisiciones; los príncipes se declararon en pro o en contra de ella según lo exigían en apariencia o en realidad sus intereses dinásticos, y a consecuencia de eso la abominable tesis de que el príncipe del país tenía el derecho de disponer y decidir sobre la religión de sus súbditos, llegó pronto a convertirse en ley de Estado (*Cujus regio ejus religio*).

Luteranos de convicción eran sobre todo el elector de Sajonia Federico el Sabio, y su hermano y sucesor Juan el Constante; también el landgrave Felipe de Hesse puede contarse entre ellos, a pesar de que hizo que los dos serviciales reformadores, Lutero y Melancton, le dieran el «consentimiento eclesiástico» para poder tomar en vida de su mujer legítima una segunda esposa también «legítima». Evidentemente debió ser en extremo tentadora para muchos príncipes y burgomaestres de las ciudades del imperio la ocasión de añadir a sus dignidades políticas, merced a la profesión del luteranismo, la de obispo de un condado o de una ciudad. Además el pingüe negocio financiero de la «secularización» de obispados y conventos ¡cuán a las claras demostraba la

conveniencia y hasta la necesidad de la Reforma! A veces el «celo por el evangelio» de los príncipes llegó hasta a secularizar todo un país. Un Hohenzollern, Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la orden Teutónica, se manifestó verdadero maestro en el arte de secularizar, quitando por medio de la introducción del luteranismo en Prusia, a su propietaria legítima, la orden Teutónica, el dominio de este país y haciendo de él un ducado hereditario para sí y sus descendientes, que no tuvo escrúpulo en someter al vasallaje de la corona de Polonia.

La circunstancia de que el emperador Carlos tenía hartos que hacer fuera del país por su posición política, y de que su representante en Alemania, su hermano y sucesor Fernando, se vio obligado a respetar por lo pronto el luteranismo en el imperio, porque no pudo prescindir del auxilio de los príncipes luteranos contra la prepotencia de los turcos, redundó en provecho de la propagación de la Reforma en el centro, norte y sur de Alemania. Los osmanlíes aún estaban entonces en el apogeo de su poder y animados del espíritu de conquista, oprimían mucho con sus ataques a Hungría y a Austria; en 1529 llevaron sus armas frente a los mismos muros de Viena y durante los siglos XVI y XVII el «peligro de la invasión de los turcos» pesó en la política del imperio. El terror causado por ellos dejó tan hondas raíces en la memoria de nuestro pueblo, que en el sur de Alemania aún en el siglo XVIII las madres solían hacer callar a los niños traviesos diciéndoles «¿que viene el turco!»

Los primeros síntomas de un arreglo en la escisión entre los partidarios de la Iglesia antigua y entre los confesores de la nueva se notaron en la dieta de Espira (1529), pues la mayoría de los representantes del imperio resolvió allí que se debían tomar precauciones contra el progreso del cisma eclesiástico. Diecinueve Estados favorecedores de la Reforma, y a su frente el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, protestaron contra esta resolución, por lo cual se les dio el nombre de «protestantes». Este calificativo se aplicó por el uso a todas las confesiones reformadas; de modo que el «protestantismo vino a ser el verdadero contraste del catolicismo». Un año después (1530) el emperador Carlos, que después de haber vencido a Francisco rey de los franceses y al papa Clemente VII, pudo ocuparse con mayor detenimiento de los asuntos del imperio, convocó una gran dieta en Augsburgo, rechazando en ella la confesión presentada por los protestantes y redactada por Melancthon (la confesión de Augsburgo), fórmula dogmática del luteranismo. Como además el emperador al dar por terminada la dieta, habló de medidas severas contra los protestantes, ordenando al tribunal supremo del imperio que procediera judicialmente contra los príncipes ejecutores de la secularización, los príncipes y ciudades protestantes se reunieron en la llamada «Liga de Schmalkalda» (1531). La «Paz religiosa de Nuremberg», realizada al año siguiente, contuvo apenas por breve intervalo la desunión que debía estallar entre católicos y protestantes; esta suspensión de hostilidades fue sin embargo bastante larga para reforzar considerablemente al protestantismo, «al cual se adhirieron el electorado de Brandeburgo, los ducados de Wurtemberg, Sajonia, Pomerania, Cleves, etc.

El emperador, ocupado en romántica expedición marítima contra Túnez, en su tercera guerra con Francisco I y en las discusiones que surgieron con los habitantes de los Países Bajos, descuidó al protestantismo, que fue propagándose en tanto en el imperio hasta el año 1541. Ni la «conferencia religiosa» tenida en Ratisbona en presencia del mismo emperador, ni el concilio de Trento, rechazado por los protestantes como «no libre», pudieron apaciguar la gran contienda.

Hasta 1547 no pudo Carlos emprender contra los protestantes aquella campaña a cuyo feliz resultado contribuyó mucho la traición del joven duque Mauricio de Sajonia, cuya ambición y carácter pendenciero le llevó a intentar contra su primo Juan Federico la usurpación de la dignidad de elector, decidiéndose la guerra en la batalla de Muhlberg a orillas del Elba. En otoño del citado año el victorioso emperador era soberano absoluto del imperio y el protestantismo pareció muerto en Alemania; pero sólo estaba muerto en apariencia, pues había arraigado mucho, así en cantidad como en calidad, y de un modo muy distinto que en los países romanos, donde adquirió partidarios accidentalmente, hasta en Italia y en España. Después, en 1552, cambió el aspecto de las cosas,

cambio debido al nuevo elector de Sajonia, el mismo Mauricio, quien demostró a su maestro en la «práctica italiana» el emperador Carlos, su superioridad en este género de manejos. Bien es cierto que el astuto sajón sólo mediante una traición pudo reunir fuerzas para tal empresa diplomática y guerrera, fuerzas con las cuales obligó al emperador, sorprendido y prisionero, a ajustar el tratado de Passau en favor de los protestantes; instigó al rey de los franceses Enrique II a la guerra contra Carlos y pagó la condescendencia del Valois permitiéndole él y los príncipes conjurados de Hesse, Brandenburgo y Mecklenburgo, arrebatarse al imperio alemán las ciudades y obispados de Cambrai, Metz, Toul y Verdún, abriendo de este modo la frontera occidental de nuestro país al afán conquistador de los franceses.

La deshonra de esta traición hay que achacarla al protestantismo, y ningún paliativo puede bastar a encubrirla. Es de advertir que el manifiesto de guerra del rey de los franceses contra el emperador, contenía ya entonces las frases de «protección a la libertad alemana», que desde aquel tiempo los franceses y sus amigos emplearon siempre al preparar y ejecutar contra Alemania sus ambiciosos proyectos. Digno es también observar que los franceses sólo por medio de intrigas y traiciones pudieron apoderarse de la ciudad de Metz, que se conservó fiel al imperio; en esta traición intervino también el obispo de Metz.

Debe reconocerse como la mejor de las acciones intentadas por Carlos V en su calidad de jefe del imperio, pero desgraciadamente no llevada a cabo, la que tuvo por objeto, durante el mismo año en que Metz fue arrebatada al imperio alemán (1552), reconquistar este baluarte del imperio; esto sólo se consiguió 318 años más tarde. Debemos añadir sin embargo, que los católicos alemanes no conservaron mucho tiempo el derecho de poder zaherir a los protestantes por su traición. Los dos partidos religiosos pronto no tuvieron nada que echarse en cara respecto a su infidelidad a la patria: los católicos entregaron la causa de Alemania al general de los jesuitas y al rey de España; los protestantes a los reyes de Suecia y Francia.

La paz religiosa de Augsburgo. lógicamente nacida del tratado de Passau (1555), en virtud de la cual los protestantes (de la confesión de Augsburgo) obtuvieron los mismos derechos políticos en el imperio que los católicos, no fue y no pudo ser otra cosa que una tregua, pues tan propia era del protestantismo la necesidad de extenderse, como del catolicismo la voluntad de reconquistar lo perdido. Y esta pérdida era mucha; pues el protestantismo no sólo se había propagado desde la Alemania central en dirección al Norte, sino que también invadía el Sur y Sudeste. La mayor parte de la Suiza alemana reformada por Zwinglio y sus colaboradores permaneció protestante; vastas regiones de Baviera, Austria, Salzburgo y Estiria, que hoy día son países predilectos de Roma, se habían convertido al luteranismo durante el siglo XVI; y hubo un tiempo en que Viena misma pudo pasar por una ciudad luterana. Ni aún la circunstancia de que la línea austríaca de la casa de Habsburgo guardara la misma fidelidad a la Iglesia antigua que la línea española; y de que los duques de Baviera permanecieran fanáticamente adictos a Roma, pareció poder poner coto al progreso y a la consolidación del protestantismo en las partes meridional y sud-oriental de Alemania. En el último tercio del siglo las cosas tomaron sin embargo un aspecto que produjo grave trastorno.

El catolicismo había pasado en tanto por un proceso interior de regeneración que le dio las fuerzas necesarias para poder, no solamente detener, sino también rechazar el protestantismo; tanto más, cuanto que la envenenada discordia encendida entre luteranos y calvinistas había quebrantado la unidad protestante. Es preciso examinar detenidamente esta contienda para apreciar el grado de malicia diabólica que alcanzaban esos teólogos.

Al protestantismo quebrantado, desunido, ajeno ya a sus propios principios, oponíase con incomprensible energía el catolicismo, reorganizado por la sociedad de Jesús y dotado de una disciplina de hierro por los decretos del concilio de Trento (1562); el catolicismo pues no vaciló en obrar. La dirección estratégica y la ejecución táctica de la gran campaña que Roma, apoyada por el poder de Felipe II de España y por los Habsburgos alemanes y los duques de Baviera, emprendió

contra el protestantismo, estuvo en manos de la orden de Jesús, cuya organización, encaminada a la dominación universal, debemos reconocer como esencialmente apta para este fin. Merced a sus especiales procedimientos, el jesuitismo alcanzó una influencia inmensa tanto en la baja como en la alta sociedad. Desde la «casa madre» de la «compañía de Jesús», al pie del Capitolio, su «general» manejaba los complicados hilos de una red en la que estuvieron envueltos reyes y príncipes, así católicos, como en ocasiones protestantes.

Después que la reacción jesuítica católica, aún durante el siglo XVI, hubo exterminado el protestantismo en los países católicos como España y Roma, o le hubo debilitado por todo extremo como sucedió en Francia, inauguróse a principios del siglo XVII en suelo alemán la lucha abierta, que durante el reinado tolerante del emperador Fernando I y del emperador Maximiliano II sólo había podido agitarse clandestinamente. Esto aconteció en tiempo del emperador Fernando II, en el cual renació el antiguo fanatismo de su primo el español Felipe, y cuyas conocidas palabras: «Más me gusta reinar en un desierto que en un país hermoso lleno de herejes», caracterizan por completo sus ideas y su política. Después que en los años 1608 y 1609 los príncipes alemanes de los dos partidos, la «Union protestante» y la «Liga católica», se hubieron amenazado unos a otros, en el año 1618 estalló la más horrorosa de todas las guerras, guerra que durante treinta años llenó de horrores al imperio alemán, trasformando nuestro país en un desierto, reduciendo su población de diez y ocho a cuatro millones, y sumiendo al resto en espantosa miseria: en 1648 tuvo esta guerra vergonzoso fin con la paz llamada de Westfalia, estipulada en Munster y Osnabruck, y dictada casi por la corte francesa. Esta paz convirtió en un hecho consumado la mutilación del imperio (por medio del reconocimiento de las usurpaciones efectuadas por los franceses en el Occidente, y de las adquisiciones suecas en el Norte) y la separación completa en el interior.

La posición de Alemania como potencia europea estaba perdida, su unión nacional quedó reducida a una sombra. La diplomacia extranjera, y sobre todo la francesa, había tenido cuidado en Munster y Osnabruck de hacer que todos los príncipes del imperio recibieran en sus territorios la completa soberanía y el derecho de contraer alianzas entre sí y con potencias extranjeras, «mientras esas alianzas no se dirigiesen contra el emperador y el imperio», según decía un artículo reservado, que sin embargo en la práctica para nada se tenía en cuenta. A la dieta debía pertenecer la legislación, el sistema de contribuciones del imperio, la declaración de guerra y la estipulación de la paz. La dieta, presidida por el elector de Maguncia como archicanciller del imperio, se dividía: 1.º en «Consejo de príncipes del imperio», en el cual además de los príncipes seculares y eclesiásticos (en junto 98 votos), también los cuatro «bancos» de los condes del imperio y los dos bancos de los prelados tenían un voto respectivamente; y 2.º en «Colegio de las ciudades del imperio», cuyo colegio a su vez se dividía en el «banco» suabo y en el renano, correspondiendo a este catorce votos, mientras que al primero correspondían treinta y siete.

Esta constitución del parlamento del imperio fue constante desde la separación de Alsacia. A consecuencia de las continuas amenazas que pesaban sobre el imperio por parte de los turcos y franceses, la dieta se trasformó de temporal en perpetua, estableciendo su residencia en Ratisbona: sus debates ya no se efectuaban como antes por los Estados del imperio, sino por medio de apoderados (embajadores comiciales que sólo votaban según las órdenes de sus mandatarios). En su conjunto la dieta sólo ofrecía un cúmulo enorme de dificultades, de fórmulas y de rutinas, y a pesar de eso, este defectuoso cuerpo parlamentario tenía tal competencia, que despojaba de todo su poder al verdadero jefe del imperio, rebajando la posición del emperador hasta la de un mendigo. Por lo demás en la paz de Westfalia se había reconocido la igualdad política de los protestantes con los católicos, y por lo tanto figuraban representantes de ambas confesiones en el «Consejo del imperio» y en el «Tribunal Supremo». El número de los siete electorados de la Edad media se había aumentado con un octavo, el de Baviera.

El resultado total de las estipulaciones de Munster y Osnabruck fue la debilitación, el aniquilamiento, la impotencia de nuestro país, su dependencia política y civilizadora del extranjero,

y en primer lugar de los franceses. El título de imperio (en alemán *Reich*, rico) sólo fue un sarcasmo de nuestra pobreza política, material e intelectual. Alemania era considerada en los cálculos de la política europea tan sólo como proveedora de mercenarios, teatro de las guerras y blanco de extranjera rapiña que atraía a todos los que tenían la audacia y fuerzas necesarias para ello; entre estos últimos figuraba sobre todo Luis XIV, cuyas guerras del último tercio del siglo XVII devastaron nuestras regiones del Rhin, del Mosela, del Saar y del Neckar, devastación que llegó a ser proverbial, peor que la de los hunos, y tanto más sensible, cuanto que las heridas de la guerra de los Treinta años habían principiado a cerrarse. El citado déspota fue también el que excitó a sus aliados los turcos y suecos contra el débil imperio alemán; aprovechándose de los apuros de este para arrebatarle la Alsacia, y coronando este acto con la toma de Estrasburgo, preparada de antemano con indecible ruindad (1681). Un hidalgo y sacerdote alemán, el príncipe obispo de Estrasburgo, Egon de Furstenberg, le ofreció para ello su traidor apoyo. Pero bien se concibe que tales cosas sufriera Alemania ¡tan indefensa había quedado y hasta tal punto había degenerado, merced a la españolización de los Habsburgos, merced a la reforma fracasada, o cuando menos realizada a medias, merced al cisma eclesiástico, a la guerra civil y al particularismo!

La época de la Reforma tocaba a su término sin que de la oscuridad en que se hallaba sumida Alemania, tras los presagios de una brillante aurora, que parecía sonreírle y brindarle hermosas esperanzas, hubiera surgido un nuevo día; pero en la negra noche que la envolvía, apareció inesperadamente una estrella que alumbró nuestro desgraciado país con tenue resplandor de esperanza. En el norte de Alemania se presentó un general, un hombre político, de los que tanta falta habían hecho hasta entonces a los alemanes. Este hombre fue el elector de Brandenburgo, Federico Guillermo, llamado el «Gran elector», y con mucha razón; pues él fue quien fundó el Estado brandenburgoés-prusiano, él fue quien con su gloriosa victoria de Fehrbellin (1675) sobre los suecos, volvió a demostrar por primera vez al mundo que los extranjeros no eran del todo señores y dueños del suelo alemán.

III.

LA EDAD DE BRONCE DE LA ORTODOXIA

Nadie, o a lo más sólo un hombre superficial, podría negar que impulsó a la época de la Reforma una aspiración noble, la tendencia a la perfección y un fondo de sentimiento religioso. Verdad es, como ya hemos demostrado en el capítulo anterior, que esos hermosos «sueños de oro» eran irrealizables; pero al llegar a la mitad de su carrera, la Reforma fue ya una potencia civilizadora, cuya benéfica influencia se extendía, según sabemos, hasta el bando enemigo, hasta la antigua Iglesia. La circunstancia de haber surgido en los países alemanes y del seno del pueblo un hombre que enriqueció con un nuevo capítulo el libro de la historia universal, tuvo en sí algo de importante a la par que de honroso para nuestro pueblo. La tentativa de despojar al cristianismo de su representación idolátrica, y devolverle su carácter primitivo, salió del fondo del corazón del reformador y fue emprendida con valor. La simplificación del culto debe considerarse también como un adelanto nacional, porque la severa gravedad y sencillez del ritual protestante, despojado de toda ostentación, correspondía sin duda a las ideas y a los sentimientos germanos mucho mejor que las aparatosas ceremonias romanas.

Sin embargo, aunque laudable la abolición de esas manifestaciones exteriores que tan mal se avienen con el sentimiento religioso, sin perjuicio de abusos tales como el culto de supuestas reliquias y el tráfico al por menor de las indulgencias, podría preguntarse si los reformadores respecto a las primeras habían dejado de tomar en cuenta las necesidades materiales de los hombres.

Lutero fue por este concepto un hombre más práctico que Zwinglio, a quien su radicalismo indujo en el error de abolir también la música sacra, arreglando las iglesias reformadas de la Suiza alemana con tal desnudez, y el culto con tan severa sobriedad, que así aquellas como éste debían producir frío en los corazones. El sentimiento de lo bello en cuanto a las formas, tan pobre ya en los pueblos de la raza germana, se resintió más aún ante esa desnudez y frialdad del culto. Verdad que el prosaísmo de éste, fue causa de la separación de los protestantes en sectas, pero hubo otra causa mucho más poderosa, la rigidez y petrificación dogmáticas de la nueva doctrina, que revelándose muy pronto, no pudo satisfacer la necesidad religiosa del corazón. Una tercera causa fue la furiosa polémica que las fracciones del partido ortodoxo empeñaron entre sí y que ahuyentó a las almas pacíficas de la región de una ortodoxia que despertaba tan estrepitoso clamoreo y tan ruidosas contiendas en la soledad de los conventículos de las sectas.

No cabe duda que el mismo Lutero fue más que nadie responsable del tono rudo y grosero que sus «belicosos sacerdotes» emplearon contra sus adversarios zwinglianos y calvinistas; pues el reformador fue quien primeramente introdujo en sus disertaciones teológicas, como por ejemplo en la motivada sobre la comunión, «Contra los fanáticos», ese estilo chocarrero que después fue imitado por toda una legión de pastores (párrocos protestantes), llegando el caso de que uno de esos venerables «servidores de la palabra de Dios», Juan Aurifaber, escribiera en 1557 a un amigo: «Ahora queremos tocar la campana de los puercos.» Todo el catálogo de injurias de nuestra lengua (que según sabemos es bastante rico), se agotó completamente en las repugnantes polémicas que suscitó el luteranismo, cuando Melancthon quiso y aconsejó un arreglo entre los luteranos y zwinglio-calvinistas sobre la doctrina de la comunión, como provechosa para el protestantismo. Entonces fue cuando Matías Flacius promovió un verdadero escándalo para defender la «doctrina pura» (luterana); y no menos insensata y groseramente se discutió y gritó, prodigando injurias de todo género, sobre la necesidad o superfluidad de las «buenas obras», de la «predestinación» condicional o absoluta, y de otras argucias teológicas, que sin embargo fueron graves cuestiones de

la época, porque precisamente de la teología dependía la resolución de los más importantes asuntos. Sin embargo, las disputas no se redujeron siempre a denuos y palabras feas; lejos de ello, los «sacerdotes pendencieros» no vacilaron en demostrar su cristiano amor a sus adversarios cuándo y dónde pudieron por medio de los hechos.

Por punto general no debemos aceptar sino con gran reserva la generalizada opinión de que la Reforma suavizó y mejoró notablemente las costumbres; muy lejos de ello, semejante resultado no puede considerarse como regla; sólo fue una excepción, pues la moralidad de los «pastores», por término medio, no tuvo nada de ejemplar. Debemos reconocer, sin embargo, que las condiciones espirituales que los reformadores encontraron eran muy malas, pues harto sabemos por un sinnúmero de testimonios de los siglos XIV, XV y XVI cuántos estragos hacían la ignorancia, la glotonería e impudicia en clero alemán. Los más de los «venerables» pastores protestantes no eran al principio mejores por ningún concepto que la mayoría de sus «venerabilísimos» colegas católicos. Muy lejos de ello, cuando la Iglesia romana, despertada de su letargo moral por el cisma eclesiástico, volvió a ser más rigurosa que nunca en la política y las costumbres, obligó a sus servidores con mayor severidad a no dar ningún escándalo público. Muchos eclesiásticos desmoralizados veían en la confesión protestante una oportunidad para entregarse a una vida disoluta sin ninguna sujeción; pero con harta frecuencia se debió confiar a tales bribones, a falta de cosa mejor, el servicio protestante de la palabra de Dios. Un certificado del año 1592 escrito de mano de un teólogo protestante, con razón apreciado (el doctor Selnecker), nos demuestra cuán lentamente se mejoraban estas condiciones; el citado teólogo dice en el lenguaje característico de aquella época lo siguiente sobre sus venerables colegas: «Los más de los vigilantes (párrocos), no ven; van como una vaca ciega allí donde les impelen sus deseos, entregándose a la glotonería y a la buena vida; pues están encenagados en los pecados que más debieran vituperar; en el adulterio, en la embriaguez, en todos los vicios. Su genero de vida no está conforme con la doctrina que predicán, y casi no se sabe dónde encontrar un hombre, maestro o párroco, que no tenga grandes vicios.»

La «profunda moralidad», uno de los frutos producidos, según se dice, por la Reforma, no pasó pues de ser, cuando menos al principio, y aún durante mucho tiempo, una mera frase. A pesar de esto, en la historia de la civilización, es un hecho que desde mediados del siglo XVI hasta la mitad del XVIII, la teología protestante fue la primera potencia espiritual en Alemania, aunque la católica, dirigida muy hábilmente por los jesuitas, hizo a veces con éxito la oposición a su adversario. Sin embargo, por más que ambas se odiasen y atacaran con el mayor encono, estuvieron de acuerdo en imprimir a toda la cultura durante el citado período el sello característico del teologismo. Las universidades y colegios, así como las escuelas populares de las ciudades y aldeas, estaban dominadas por la férula teológica; para estas últimas principalmente, el protestantismo ha hecho sin duda muchísimo; y el celo que, siguiendo el ejemplo de Lutero, desplegaban muchos de sus discípulos, así como algunos príncipes y autoridades protestantes benévolas para la instrucción del pueblo, en extremo descuidada hasta entonces en las ciudades y aldeas, excitaba también a hombres poderosos y magistrados católicos a imitar el ejemplo en competencia.

A decir verdad, preciso es reconocer que fueron bien pobres los resultados obtenidos en esas escuelas populares, pues cuando los discípulos más aventajados llegaban a deletrear penosamente manuscritos e impresos, y a escribir, o más bien pintar letras, con más trabajo aún, adquiriendo los primeros rudimentos del cálculo, creíase haber alcanzado mucho. En cuanto a la mayoría de los discípulos, tanto los maestros de las ciudades, como los de las aldeas, parecían satisfechos de haber cumplido del todo con su deber cuando conseguían hacerles aprender a palos los capítulos principales del catecismo, el Padrenuestro, varias oraciones, y cuando más alguna canción religiosa. Repetiremos que estos conocimientos se enseñaban a palos, en la verdadera acepción de la palabra, pues el palo representaba en la pedagogía de nuestros antepasados el principal papel. Hasta muy entrado el siglo XVIII, decir que se educaba a un niño era sinónimo de que se le apaleaba. Ciertamente que un sentimiento humanitario había inducido a organizar la instrucción superior

sobre mejores bases, pero no se había tenido el tiempo necesario para realizar el proyecto. Allí donde se trataba de luchar con astucia y energía contra los estudios clásicos y la ciencia natural, apenas naciente, la teología protestante y la católica uníanse con íntimos y fraternales lazos. Lutero no quería reconocer a la filología y la filosofía sino como humildes servidoras de la teología; y el hecho de llamar a la razón, en su grosero estilo, una «loca», o «bestia rabiosa», y lo que es peor aún, «ramera del demonio», demuestra claramente cuál era su opinión respecto a las ciencias verdaderamente libres.

Melanchton tronaba a su vez contra el nuevo sistema descubierto por Copérnico, con más vehemencia aún que los católicos, y aprobaba además que el cruel fanático Calvino hiciera quemar vivo en 1553, en Ginebra, al sabio español Miguel Servet, porque este «hereje» había tenido la franqueza de confesar que no podía conformarse con el dogma de la Trinidad. La teología protestante estaba siempre en continua discordia con las matemáticas; y ni siquiera las aceptaba cuando se ofrecían como auxiliares. Aun en 1679 la facultad teológica de Jena obligó al matemático de la misma universidad, Weigel, a hacer una retractación solemne, por su benévola, pero peligrosa tentativa, de probar matemáticamente el «misterio de la Trinidad». Los jesuitas, que muy pronto se hicieron dueños absolutos de la instrucción superior en las regiones católicas de nuestro país, hacían a su vez la guerra con igual empeño a la libertad del pensamiento y al humanismo. Su sistema de educación tendía lógicamente a sustituir la actividad espiritual propia del hombre con un formalismo ortodoxo vaciado en el molde romano. El idioma griego se descuidaba completamente en sus colegios, de los cuales se excluía el estudio de las ciencias naturales; entregábanse a los discípulos los autores latinos ya mutilados, sustituyéndolos también con una absurda literatura monacal, y se introducía en las escuelas y colegios el uso de la lengua latina, para desviar con más facilidad a los jóvenes del germanismo. Los colegios y universidades protestantes les imitaban, y de este modo el latín volvía a ser el lenguaje oficial de los sabios. Los perjuicios que esto debía acarrear a la cultura nacional son evidentes; la ciencia, dejando de estar en contacto con el espíritu popular, descuidaba cada vez más los verdaderos intereses de nuestro país, y, encerrada en los límites de una lengua muerta, se trasformó en orgullosa pedantería. La lengua alemana, empero, descuidada y desatendida por los sabios de escuela, hubiera quedado sumida en perpetuo salvajismo si aun en los peores tiempos, es decir, durante la guerra de los Treinta años no hubiese habido siempre verdaderos patriotas que cultivaban con solicitud el idioma materno, tan desdeñado de los pedantes. Volveremos a tratar de este punto en el lugar correspondiente.

Las universidades eran los principales centros donde la sabiduría de la época de la Reforma concentraba toda su actividad del modo ya indicado, pero también se iniciaron en ellas en los siglos XVI y XVII los principios de una ciencia superior y más libre. En el capítulo II hemos hecho ya mención de las cuatro universidades más antiguas de Alemania; después de éstas se fundaron sucesivamente, desde principios del siglo XV hasta fines del XVII, las de Wirtzburgo (1403), Leipzig, Rostock, Friburgo, Greifswald, Basilea, Ingolstadt, Tubinga, Maguncia, Wittenberg, Francfort del Oder, Marburgo, Koenigsberg, Jena, Dillingen, Helmstaedt, Altdorf, Giessen, Paderborn, Rinteln, Kiel, Innsbruck y Halle (1694). Los príncipes fundadores de universidades protestantes no reconocían, como era natural, el derecho de sanción del papa acatado en la Edad media; y sólo por mera fórmula pedían permiso al emperador. La organización de las universidades era, y seguía siendo aún, la de los últimos tiempos de la Edad media: las tres primeras facultades comprendían la teología, jurisprudencia y medicina; la cuarta, la filosofía, según la lengua moderna, abrazaba las llamadas siete artes libres (*artes liberales*), es decir, la gramática, retórica, música, dialéctica, aritmética, geometría y astronomía. Las tres primeras facultades «creaban doctores», la cuarta «hacía» maestros (*magistri*).

En la época de la Reforma, la posición de los profesores en las universidades sufrió un importante cambio, pues se los consideró y pagó como servidores de los príncipes fundadores; mientras que antes debían contentarse con los honorarios satisfechos por los estudiantes. A decir verdad, así disfrutaban de una renta más segura, pero esta renta debían destinarla a pagar el precio

de su independencia, porque eran y fueron en lo sucesivo servidores de príncipes en el sentido más humilde de la palabra. No obstante, como los sueldos se reducían a una corta suma, la renta de los profesores, incluso el importe de los honorarios y de las disertaciones, era insuficiente, y en la mayor parte de casos más bien parecía la limosna de un mendigo. Para citar un ejemplo diremos que todos los gastos anuales de la universidad de Wittenberg ascendían en la época de Lutero a 3.795 florines; el mismo Lutero y Melancton tenían los honorarios más subidos como profesores, es decir 200 florines anuales; mientras que el sueldo más alto de un catedrático de la universidad de Viena era de 300 florines, y el de los profesores de los demás puntos no excedía por término medio de 150 florines. La existencia de estos sabios, semejante muy a menudo a la del mendigo, era una cadena de humillaciones. Los más concienzudos vegetaban, siempre con apuros y deudas; los que tenían mejor conocimiento del mundo y menos escrúpulos, proporcionábanse otro sueldo como astrólogos o alquimistas, o bien practicaban con este fin la lisonja y la adulación hasta el grado extremo de la bajeza. Otros, sin dejar de ejercer su profesorado, dedicábanse a la venta de cerveza y vinos, estableciendo en su casa una taberna pública para los estudiantes. Los actos penales de las universidades alemanas de los siglos XVI y XVII nos explican tristemente el grado extremo relajación a que habían llegado las costumbres de los nobles en la sociedad de los sabios, haciéndonos comprender cuál sería la disolución de la vida doméstica, y la frecuencia con que las mujeres e hijas de los profesores de universidad faltaban a la decencia y al decoro. La costumbre de enviar a las universidades a los jóvenes hidalgos bien provistos de dinero, para que pudieran distinguirse por el lujo, los banquetes y las francachelas, contribuía bastante a la mayor disolución del mundo académico. En algunas partes hasta se confería el rectorado de la universidad a tal o cual estudiante noble; y estos rectores, a menudo muy jóvenes, demostraban entonces a la comunidad académica que todo era permitido tratándose de banquetes, orgías y pependencias.

Y a pesar de eso, tales modelos eran del todo superfluos, pues toda la picardía, ligereza y rudeza propia antes de los escolares vagabundos de la Edad media, se había transmitido a los estudiantes de la época de la Reforma. El contraste que ofrecían los hechos de la vida real académica con los rigurosos estatutos y constituciones de las universidades alemanas, llegó a rayar en lo ridículo, como se puede ver si se compara, por ejemplo, la *constitutio* y *ordinatio* de la universidad de Tubinga del año 1518, con el proceder de los estudiantes de esta ciudad en aquella época o algo después. El estudiante alemán manifestaba desde un principio inclinación a distinguirse marcadamente como *Bursch* (de *bursarius*, socio de una *Bursa*?) tanto por su traje como por sus maneras, de los que llamaban «filisteos» (ciudadanos), calificativo que, según dicen, empezó a aplicarse en Jena en 1693. De aquí resultó también la afición de los estudiantes a exagerar siempre las modas del día en sus trajes: así, por ejemplo, los jóvenes del siglo XVI dieron en la manía de estrechar el traje español, introducido por la corte imperial, hasta el punto de hacerlo indecente, así como más tarde exageraron la anchura de los bombachos de una manera escandalosa, dándose también maña después para desfigurar el traje del siglo XVII hasta lo fantástico. Entonces llevaban bigote y perilla, el cabello largo, y sombrero de anchas alas con pluma ondulante; sobre la ropilla, adornada en el pecho y en las mangas de cuchilladas, poníanse un ancho cuello de encaje; el capotillo se sujetaba debajo del hombro con mucha coquetería, y era más bien un adorno que una parte del traje; el pantalón, exageradamente ancho, ceñíase por debajo de la rodilla, y las botas, llamadas de campana y provistas de espuelas, dejaban ver la pantorrilla. En el costado izquierdo llevaban pendiente un espadón con empuñadura de cazoleta; en el cinto un librito de memorias; en la diestra un nudoso palo y en la izquierda la pipa.

La costumbre india de fumar, introducida en Alemania por los ejércitos españoles, holandeses o ingleses, durante la guerra de los Treinta Años, se generalizó tan pronto entre los estudiantes como entre las tropas, y todas las censuras del clero contra la innovación, entre otras la de que «las bocas que fuman tabaco no son sino chimeneas del infierno», tuvieron tan pobre resultado, que muy pronto los venerables señores figuraron entre los más asiduos fumadores, o como se decía al principio «bebedores de tabaco». Los estudiantes se desafiaban a fumar, como ya lo hacían a beber,

pues el antiguo vicio de embriagarse se propagó durante la época de la Reforma en las universidades alemanas de una manera lastimosa, a la par que otros muchos excesos. A la vista del mismo Lutero, los estudiantes de Wittenberg pasaban la vida entregados a «la embriaguez, el escándalo y la disolución»; y lo mismo sucedía en todas partes: a la glotonería y a los actos deshonorables había que añadir una desenfadada inclinación pendenciera, que no sólo se manifestaba en numerosos desafíos y sangrientos tumultos, sino que llegaba hasta el homicidio y el asesinato.

Las mismas coplas entonadas por los estudiantes expresaban su característica rudeza; y para comprender sus ideas sobre el mundo y la filosofía de la vida estudiantil, hubiera bastado oír lo que cantaban a principios del siglo XVII en medio de sus báquicos festines: «¡Comamos y bebamos hasta mañana! ¡Que reine la alegría exenta de cuidados! Poco tiempo nos queda que vivir en la tierra, y por eso debemos aprovecharlo y divertirnos. El que cae ya no vuelve a levantarse; para él concluyen la vida y el placer; no sabemos de nadie que haya vuelto del infierno para decirnos cómo se está allí. Vivir en buena compañía no es pecado. ¡Emborráchate, pues, hasta no poder más; acuéstate y levántate para embriagarte siempre de nuevo!»

He aquí una prueba fehaciente de la «profunda moralidad» difundida, según se dice, por la Reforma entre nuestros antepasados. Como es consiguiente, de poco sirvió también que el pastor Matías Friederich publicara en 1552 su «Diablo de la borrachera» contra el vicio de la embriaguez, lo mismo que contra todos los vicios (el «Diablo del baile», el «Diablo de las maldiciones», el «Diablo de las prostitutas» etc.), pues no obtuvo ningún resultado. Durante la guerra de Treinta años la disolución de la vida académica aumentó hasta el punto de que a menudo estaban borrados del todo los límites entre una vida de estudiante, de soldado o de salteador; aún en el siglo XVIII se encuentran bastantes huellas de tal existencia. El desarrollo de los usos y costumbres de vida estudiantil (los «filisteos» los calificarían tal vez de abusos y malas costumbres), se verificó desde la época de la Reforma, sobre todo dentro de los «Cuerpos de compatriotas» que en las universidades habían ocupado el lugar de las «Naciones» de la Edad media, distinguiéndose unos de otros por divisas y colores. En estos cuerpos de compatriotas, a los que en el siglo XVIII se reunían las «órdenes», y en el siglo XIX los «cuerpos» y «estudiantinas», desarrollóse y prevaleció poco a poco aquel código de los estudiantes alemanes conocido bajo el título francés de *Comment*. Los decretos más antiguos de este extraño código, son sin duda los que se refieren al llamado *pennalismus*, originarios aún de los escolares vagabundos de la Edad media, de los llamados «sirantes, bacantes» y «vagantes». *Pennal* (del plumero de los escolares) llamábase al estudiante que ingresaba por primera vez en la universidad (hoy llamado «zorro»). Durante un año era un esclavo muy atormentado por sus compañeros. La absolución solemne del penalismo, empero, la llamada «deposición», era un tormento exagerado contra el cual se opusieron varios gobiernos particulares y hasta la dieta del imperio, pero en vano. Del año 1713 ha llegado a nosotros un «sermón de deposición» que indica minuciosamente los diferentes grados del maltrato de los pennales que debían absolverse y que a menudo ponían en peligro la vida del paciente; pues le atormentaban con peine, tijeras y lima, con hacha, cepillo de carpintero y sierras, con limpia-oidos, taladro y navaja de afeitar, instrumentos todos de dimensiones enormes. Del sermón en cuestión resulta cuán difícil era entonces pasar del grado de pennal al de estudiante. Hoy día ya no es tan brutal este procedimiento y también el «comment» se ha civilizado. Los partidarios más modernos del mismo tienen sin embargo de común con los más antiguos una sola cosa: el particular afán de formar dentro del Estado otro estado pequeño de la misma condición.

En la época de que hablamos, el método de la enseñanza académica era aún muy mezquino. Las explicaciones teológicas, o según se las llamaba oficialmente, las «lecciones» y los «ejercicios», se limitaban casi siempre a la dogmática y a la exégesis; las jurídicas al código; las instituciones, a las pandectas y a los cánones; las médicas a las obras de Hipócrates, Galeno y Avicena, añadiéndose algunas observaciones sobre anatomía, diagnosis y farmacia; las filosóficas a algunos pocos autores latinos y a un número más reducido aún de griegos, a la retórica, dialéctica, moral, matemáticas y física. La ciencia de la historia se descuidaba del todo o se maltrataba de una

manera bárbara. Las grandes faltas y los evidentes vacíos de la enseñanza académica, se llenaban y encubrían del mejor modo posible por medio de disquisiciones y controversias, y estos ejercicios académicos, revestidos a menudo de muchas superficialidades retóricas, llenaban el lugar de la prensa científica que aún no existía. Estas indicaciones revelan de un modo suficiente que en la época de la Reforma era mucho más incómodo y costaba mucho más trabajo el llegar a ser sabio que hoy día, en que un hombre de inteligencia mediana puede adquirir con buena voluntad y metódicamente una u otra ciencia profesional, para lucirse después como «técnico», a costa de la ciencia ajena. En aquellos tiempos al contrario, sólo los hombres de dotes extraordinarias podían lograr por medio de grandes esfuerzos, de largas meditaciones y de un incansable estudio, ser verdaderos sabios, hasta el grado que lo permitía el estado general de la cultura. A pesar de esto, había en los siglos XVI y XVII en los países alemanes un número crecido de sabios y de hombres doctos.

El teólogo modelo luterano fue Melanchton, cuya senda dogmática siguieron Chytraus, Calistus y Hutter, mientras que los colaboradores y sucesores de Zwinglio, Oekolampad, Buces, Kapito y Bullinger, se esforzaron y supieron propagar las ideas más liberales de éste reformador. Más tarde sobresalió como hombre de mérito entre las filas de los teólogos protestantes, Amoldo, que a fines del siglo XVII fundó por medio de su «Historia imparcial de la Iglesia y de la herejía», publicada en 1699, la historia eclesiástica. En las esferas católicas alcanzaron gran fama los dos jesuitas Kanisius y Busenbaum, como dogmáticos y catequistas y controversistas siempre prontos a la polémica. Dentro del protestantismo conserváronse las tradiciones del misticismo alemán de la Edad media, apareciendo apóstoles tan entusiastas como Schwenkfeld y Weigel, y también locos como Kuhlmann, pobre visionario que fue quemado en 1689 en Moscú, porque se dio el nombre de Cristo, el verdadero Hijo de Dios.

En aquella esfera mística designada por Lutero sencillamente como «región de las visiones» se inspiró también el trabajo teosófico del sutil pensador y zapatero de Gorlitz, Jacobo Bohrne, en cuyo lenguaje sencillo y casi torpe se nota cierto presentimiento del panteísmo moderno, un átomo de la filosofía natural de la Alemania moderna. El título de su obra principal: «La aurora, o sea la raíz o la madre de la filosofía, astrología y teología. Descripción de la Naturaleza: cómo todo fue y se hizo: cómo la Naturaleza y *Elementa* se han llegado a crear: de las cualidades del mal y del bien: de dónde toman su origen todas las cosas: sobre el estado de las cosas y sobre su efecto: de cómo se realizará el fin de los tiempos: una descripción del reino de Dios y del infierno, y de cómo los hombres obran en cada uno de ellos. Todo esto compuesto fundamentalmente en inteligencia del espíritu y en la disposición de Dios, con toda diligencia, por Jacobo Bohrne, Gorlitz, en el año de Cristo 1612, a la edad de 37 años, el martes de Pentecostés»; este título, decimos, nos da una idea de la manera como razonaba este «*philosophus teutonicus*», con cuyo título honorífico se le designaba.

Gichtel, partidario entusiasta de Bohrne, fundó la secta de los «hermanos angélicos» de Bohrne; pero las sectas protestantes sólo pudieron hacer una oposición eficaz a la ortodoxia cuando hombres como Felipe Jacobo Spener, que en Francfort abrió en 1670 sus primeros *collegia pietatis*, introduciendo así las palabras pietismo y pietistas en la lengua alemana, no quisieron sufrir ya la dura e infecunda tiranía del luteranismo según la letra bíblica. Verdad que el pietismo empujó pronto a sus partidarios a toda clase de excesos, pero en sus principios fue un elemento de progreso en extremo eficaz. El principio de Spener de que la religión incumbía sólo a la conciencia, fue un verdadero progreso sobre las fórmulas abstractas del luteranismo, petrificado en su dogma. Los primeros y verdaderos pietistas se esforzaron por sustituir las desagradables e inútiles disputas sobre dogmas y fórmulas, por un cristianismo tolerante y eficaz; dieron también en este sentido un ejemplo laudable, cuidando con gran celo de las escuelas populares, abandonadas casi o del todo por la iglesia luterana. Un discípulo favorito de Spener, Augusto Hermann Francke, fundador de la casa de huérfanos de Halle, puso en práctica con gran afición y éxito el sistema de educación pietista.

Al mismo tiempo que el pietismo amenguaba la influencia protestante, efectuaba en otro sentido un nuevo esfuerzo; pues el pensamiento filosófico encontró por primera vez en Alemania en la persona de Godofredo Guillermo Leibnitz, un hombre capaz de darle desarrollo metódico. Leibnitz gozaba en este país en el siglo XVII poco más o menos la posición que Alejandro de Humboldt tendría doscientos años más tarde. Reunía a una gran sabiduría un criterio independiente; y éste le hizo capaz de crear el primer sistema filosófico en nuestra Patria, sistema en que la doctrina idealista sobre el universo alcanzó su expresión científica. Además trazó el camino, por medio de sus obras y excitaciones, hacia los estudios matemáticos y físicos, políticos e históricos. Esforzándose en establecer nuevas relaciones entre el estudio y la vida, animado del deseo de regenerar las ideas en extremo viciadas por la rutina; y, representando a la vez al sabio y al hombre de mundo, intentó y supo trabajar en los círculos más elevados en bien de la ciencia y del progreso. En resumen; le cabe la gloria de haber establecido aquella relación necesaria de la vida con los estudios, no vacilando en oponerse a la inclinación de los sabios de su época de escribir en latín, y recomendando el uso de la lengua materna para tratar los problemas científicos: él dio el ejemplo no teniendo a menos el componer, bien que accidentalmente, versos alemanes.

La fecunda y benéfica actividad de Leibnitz encontró en varios conceptos un excelente continuador en Cristiano Thomasius, verdadero padre del racionalismo alemán, espíritu preclaro del siglo XVII, cuyos trabajos valerosamente dirigidos contra la barbarie, tanto teológica como jurídica, producían sus efectos aún en el siglo XVIII. Thomasius se atrevió a colocar en 1687 el primer anuncio de lecciones, escrito en alemán, en la «tabla negra» de la universidad de Leipzig, y el disgusto que este atrevimiento causó a sus señores colegas demostró claramente que fue una verdadera acción político-nacional.

La tendencia de la época de la Reforma, dirigida hacia todo lo efectivo y práctico, desapareció temporalmente, en parte o del todo, bajo el velo tenebroso del sistema teológico; pero volvió a salir de la oscuridad, demostrando su vigor, sobre todo en dos conceptos. Por un lado, excitaba a nuestros antepasados a orientarse mejor, por medio de un conocimiento, más determinado y amplio, de lo pasado, y por otro lado, despertaba en ellos la necesidad de hacer más familiares los fenómenos de la naturaleza. De aquí resultó una notable actividad en el ramo de la historia y en las ciencias exactas. En cuanto a la primera, es de notar que también los historiadores sabios sustituyeron cada vez más la lengua latina por la alemana. Verdad que por lo pronto predominaba aún en las crónicas alemanas el espíritu crédulo y poco crítico de la Edad media; y aún los mejores cronistas del siglo XVI, como Turmair-Aventur, Kantzow y Ischudi, deben vituperarse por su amanerado lenguaje, y aún, el último, por su afición a crear mitos. Sin embargo, despertábase en algunos cronistas de aquel tiempo, bien que tímidamente, un criterio más racional y filosófico de juzgar las cosas; así, por ejemplo, el ya varias veces mencionado suabo Sebastian Frank, el cual se dio a conocer en muy variados ramos de literatura, hizo la primera colección de proverbios alemanes, y además una crónica alemana, la primera crónica universal en alemán (*Crónica y Biblia histórica desde los tiempos primitivos hasta el año 1531*). La *Cosmografía* de Sebastian Munster, escrita poco tiempo después, nos da una idea de los principios de la geografía y etnografía. De mucho mérito es la *Historia los señores Jorge y Gaspar de Frundsberg de Reissner*, porque retrata en todos sus detalles el militarismo del tiempo de los Lansquenetas, y de un gran valor para la historia de la civilización son las Memorias auto-biográficas con que en la época de la Reforma inauguró el ramo de literatura consagrado a las Memorias. Entre estas últimas, existen cuatro muy dignas de mención: una del Sur de Alemania, la del caballero Godofredo de Berlinchingen; otra del Este, la del caballero Hans de Schweininchen; otra del Oeste, la del barón Gaspar de Furtenberg; y otra del Norte, la del ciudadano Bartolomé Zastrow. Los doce tomos en folio de los *Anales de Fernando* (de los años 1640 y siguientes), escritos por el conde Francisco Critóbal de Khenvenhiller, formaron la base de la historia diplomática. Puffendorf, que en su *Introducción a la historia de los principales imperios y Estados* (1682), creó un modelo excelente, fue el primero que introdujo un método científico en la investigación, elección y exposición del material histórico.

Así como la ciencia histórica en sus principios se vio obligada a luchar penosamente con las tradiciones fantásticas de la Edad media, otro tanto sucedía también con las ciencias naturales independientes. Sólo muy lentamente la joven ciencia pudo abrir brecha en la vetusta e imponente fortaleza de la tradición, la rutina y la pedantería, en la cual la astrología, con sus horóscopos y pronósticos, la alquimia, con su piedra filosofal, con su tintura de oro y elixir vital, con su magia blanca y negra, con sus exorcismos, encantos y desencantos, con sus apariciones terroríficas y sus pactos con el demonio, ejercitaban a mansalva sus malas artes, a costa de la ignorancia y la superstición del vulgo; pero revestidas de aquella terrible seriedad de la convicción, y de aquella crueldad hija de la ceguera intelectual, de que los procesos de las brujas nos dan horroroso testimonio. Verdad es que en medio de las locuras de aquel carnaval de la superstición, se levantó alguna voz que negaba estos espantajos; por ejemplo, la del sabio Agrippa de Nettesheim, el cual, después de haberse ocupado durante muchos años en las ciencias secretas, declaró ya a principios del siglo XVI en alta voz, que la supuesta ciencia oculta no era otra cosa que polvo y humo. Tales manifestaciones de la sana razón eran punto menos que inútiles, pues nadie hacía caso de ellas; del mismo modo que en todos tiempos y en todas partes era y es trabajo perdido el oponerse a los desvaríos y vértigos que dominan a las sociedades.

Una cabeza tan bien organizada como la de Paracelsus (Felipe Aureolo, Teofrasto, Paracelso, Bombasto de Hohenheim), cuya actividad reformista como químico y médico se fundaba en el gran pensamiento de la unidad de todo ser, no sabía sin embargo eximirse del todo de esas funestas perturbaciones, hijas de los sueños astrológicos, de la alquimia y de los magos, que le obligaron a rodearse con la aureola de doctor milagrero para alcanzar éxito en su cualidad de médico ambulante. Sus inmediatos contemporáneos (Agrícola, Lieber, Wurtz y Gessner) desarrollaron, según las reglas del arte, los principios de Paracelso respecto a las ciencias naturales y médicas. Gessner, el suizo más instruido quizás de los hasta aquí conocidos, pudo designarse como verdadero fundador de nuestra geología, geognosia y mineralogía, aunque también hizo mucho en favor de la botánica y de la zoología. Como matemáticos y astrónomos, los alemanes producían trabajos excelentes; las investigaciones de Copérnico (Koepernik o también Koppernik, nacido en 1473) y de Kepler (nació en 1571) evidenciaron verdades de esas que forman época, difundieron nuevas ideas sobre el universo y dieron a la tierra su lugar en el sistema universal. Después que Copérnico hubo dado a luz su gran sistema del movimiento de los astros (*De orbium cælestium revolutionibus*, 1543), en que demostraba que el Sol era centro de nuestro sistema, Kepler descubrió (1609-17) las tres leyes del movimiento de los planetas que llevan su nombre, dando lugar a que el sistema de Copérnico pudiera completarse y desarrollarse, y facilitando así al inglés Newton su teoría de las leyes de la gravitación.

La importancia de esta doctrina no hay para qué encarecerla. La Iglesia no la comprendía bien en un principio, pero después de haberse formado una idea exacta, se declaró en oposición con ella, persiguiéndola con todo su poder, especialmente en la persona del gran contemporáneo y colega de Kepler. Podemos explicarnos la oposición eclesiástica contra el nuevo sistema universal, porque éste anulaba la ficción teológica de un gobierno arbitrario del mundo por parte de Dios, reemplazándole con el hecho de una disposición de las fuerzas naturales, según rigurosas leyes. La consecuencia práctica y filosófica de la premisa de Copérnico y Kepler sólo fue descubierta en tiempos posteriores.

De lo expuesto resulta, que nuestro país tuvo una gloriosa parte en el gran movimiento filosófico y científico, que tanto influyó en los trabajos de la civilización europea de los siglos XVI y XVII, por medio de pensadores como Bruno, Descartes, Bacon, Spinoza. No debemos perder de vista, sin embargo, que los arriba citados elementos de progreso y los hechos científicos, sólo influyeron inmediatamente muy poco o nada durante toda la época de la Reforma en la existencia política, religiosa y social de nuestros antepasados. A pesar de cuanto en la esfera de la actividad idealista se intentaba, en la realidad pesaba el yugo de bronce de la ortodoxia; peso que, sin embargo, los hombres de aquellos tiempos, en su ciega fe, no sentían mucho. El yugo lo formaban

la teología y la jurisprudencia; y ambos elementos procedían con igual barbarie. En el modo de ser alemán se dejaba sentir aún en el siglo XVII muy escasamente el desarrollo que las teorías del derecho natural, político e internacional de Grocio, Maquiavelo, Spinoza, Hobbes, Sidney y otros extranjeros introdujeron las ciencias políticas, a pesar de que sabios alemanes de primer orden, como Leibnitz y Puffendorf, trabajaban en este desarrollo. La desgraciada formación o más bien deformación de las condiciones del imperio era ajena a todos esos teoremas políticos, jurídicos y filosóficos, y quitaba toda esperanza de poder realizarlos, bien sea que tendiesen a la consolidación de una monarquía absoluta, como en Francia, o de una constitucional parlamentaria, como en Inglaterra. El optimista más superficial tenía que renunciar a su fe en la posibilidad de que el caos de centenares de grandes y pequeños Estados, caos en que se hallaba sumido el imperio alemán después de la paz de Westfalia, pudiera convertirse un día en verdadero Estado.

Y no exageraremos si empleamos el calificativo de *bárbara* al hablar de la jurisprudencia de la época de la Reforma; pues esto demuestran las obras sobre el código penal, escritas por una de las más grandes autoridades de aquel tiempo; es decir, por el profesor de la universidad de Leipzig, Benedicto Karpzov, al cual cabe el triste honor de haber sido una de las autoridades en las que se fundaron los horrores cometidos en el siglo XVII contra las llamadas brujas. El objeto principal de los estudios y disertaciones sobre la ley criminal, era la *Carolina*, es decir, el código penal del imperio, compuesto en 1532 por orden y disposición del emperador Carlos V, cuyo código llevaba el siguiente título: «Código penal del ilustrísimo, poderosísimo e invencibilísimo emperador Carlos V, y del Santo imperio Romano: formado y decretado en las dietas del imperio, reunidas en los años treinta y treinta y dos en Augsburgo y Ratisbona.» Este código penal (*Peinliche Halsgerichtsordnung*), cuyos artículos deben producir por cierto un efecto terrible en los nervios de los juristas algo sensibles, fue sin embargo para el siglo XVI una innovación benéfica, porque intentó hacer del caos de leyes penales existentes, una sola ley del imperio, y amalgamó la justicia criminal romana, desgraciadamente introducida en el imperio alemán, con las leyes penales del país. Verdad que esta combinación no fue de las más felices, porque en ella predominó el elemento romano mucho más que el germano. La *Carolina* estaba escrita con sangre; el tormento era para ella el medio de prueba principal, y por lo tanto estimulaba este código a la invención de refinadas artes de tortura, complaciéndose realmente en crueles castigos de mutilación y de muerte.

También respecto a la administración de justicia criminal la mejora y suavización de las costumbres por el protestantismo, se demuestra ser una fábula. Los protestantes atormentaban, mutilaban y enrodaman con el mismo afán que los católicos, y, como éstos, no vacilaban en ofrecer al Moloch de su dogma sacrificios sangrientos. Pocos asesinatos jurídicos hechos por parte de los católicos igualaban en vileza al que un gobierno luterano verificó con Nicolás Krell, canciller del electorado de Sajonia, al cual, después de diez años de horribles sufrimientos en un calabozo, los auxiliares del verdugo llevaron en 9 de octubre de 1601, sin medios de defensa jurídica, enfermo y mísero, acusado de ser un «traidor calvinista», al cadalso erigido en la judería de Dresde para decapitarle. Es digno sin duda de mención que, después de abolido el tormento hacía mucho en todos los países católicos de Alemania, esta «venerable» institución estaba en vigor, aún después del año 1820, en el reino ortodoxo luterano de Hanover.

Según las leyes de la Carolina, se informaba, es decir, se atormentaba, y se juzgaba, o lo que es lo mismo, se ajusticiaba en nuestro país en la época de la Reforma; y un número de delitos que hoy se consideran y tratan como faltas, pasaban entonces por crímenes, cuyo castigo se ejecutaba en el cuerpo o pagaba con su vida el acusado. El gremio de los verdugos, si bien despreciado y considerado como deshonesto, gozaba en sus diferentes grados, desde el de verdugo maestro hasta el de asistente del tormento, llavero de calabozo y mozo desollador, una importante posición en aquella sociedad. No era cosa fácil el hacer, según las reglas del arte, todos los servicios en los calabozos, cámaras de tormento y cadalsos. Era preciso aprender las artes de azotar, marcar con un hierro candente, emplumar las prostitutas, cortar manos, orejas y narices, atenacear; los varios sistemas de ahorcar y decapitar, quemar, hervir en aceite, enrodamar, meter a las infanticidas en un

saco para ahogarlas, atravesar con una estaca el cuerpo del delincuente, descuartizarle por medio de caballos, o enterrarle vivo; pero este oficio aseguraba al que lo practicaba una existencia muy provechosa.

El hecho de que el arriba citado Karpzov pudo vanagloriarse de haber cooperado al fallo de 20.000 sentencias de muerte nos puede dar una idea de la laboriosidad de los verdugos. Poco se dejaba conocer la bondad del genio alemán en esta administración de justicia criminal, pero en cambio se notaba alguna que otra vez un talento verdaderamente diabólico en la invención de horribles tormentos. Túvose, por ejemplo, en Francfort sobre el Mein, en 1570, la ocurrencia de obligar a un acusado tenaz, en el cual todos los tormentos conocidos no habían producido efecto, a confesar su supuesta culpa, enfundándole el desnudo cuerpo con una recia envuelta en la cual se puso un ratón vivo. En la misma ciudad sabían también los verdugos prolongar días enteros la agonía de los delincuentes; en 1588 se ahorcó en Francfort a un judío con los pies hacia arriba, de tal modo, que sólo al séptimo día la muerte le libró de sus tormentos. Tal era el *Código penal* del emperador Carlos puesto en práctica.

Sólo raras veces notábase un resto de humanidad, sentimiento fugaz, rayo de luz en estas terribles oscuridades; por ejemplo, ordenaba la *Carolina* que «el que se viera obligado por el hambre, sufrida también por su mujer o sus hijos, a robar comestibles» no debía ser castigado. Es digno también de mención que alguna que otra vez, si bien en circunstancias muy particulares, se indultaba a los criminales. Como ejemplo citaremos aquí una documentada historia de la ciudad de Basilea, del año 1567. Cierta mañana de invierno, encontróse en dicha ciudad cerca de la fuente del mercado de granos, en el llamado *Beirsigloche*, el cadáver de un niño recién nacido y degollado. Averiguóse que la madre asesina era la hija soltera de un ciudadano muy apreciado, y su culpa se acrecentó por la circunstancia de que había engendrado al niño asesinado en adulterio con el esposo de su hermana. Sentencióse a la delincuente a ser enterrada viva; pero existían, sin embargo, circunstancias tales, que determinaron la opinión pública de la ciudad a la clemencia; pues a ruegos del clero conmutóse la primera sentencia con la de una muerte más suave, es decir, la de ahogar a la víctima. Condújose por lo tanto a la sentenciada al puente sobre el Rhin, donde entonó el salmo: *De profundis clamavi ad te, Domine!* Los corchetes le ligaron después las manos sobre la espalda, echándola, vestida sólo con la camisa de los sentenciados, por encima de la barrera, al río, el cual la elevó, sin que se sumergiera, conduciéndola hacia la orilla cerca de la torre de Santo Tomás. Allí habían acudido mujeres compasivas que la sacaron aún viva a tierra; el consejo empero, contando la angustia mortal sufrida como cumplimiento de la sentencia, la indultó. Parece que no se hizo indigna de la gracia, pues la crónica refiere que más tarde se casó con un hombre honrado.

La administración de justicia de un pueblo es el resumen de los elementos de civilización de la respectiva época, lo mismo que sus moradas y género de vida, su ciencia, arte y poesía son sus componentes; cada época tiene por lo tanto los jueces que merece. Ciertamente que en todos tiempos las locuras y pasiones de los hombres han representado y representan su papel, motivo por el que a menudo y premeditadamente la justicia se convierte en injusticia. Pero en general ha sido y es en todas partes la administración de justicia expresión fatal de la historia de la civilización, es decir, independiente de la voluntad personal, como a conjunto de las opiniones e ideas de una época. Por eso debemos considerar también uno de los fenómenos más horribles de la historia general y particularmente de la de nuestro pueblo, la creencia en la brujería y la persecución de las brujas, no como cosa arbitraria sino como una necesidad histórica.

Es un hecho reconocido que nuestros antepasados persiguieron a las brujas con más afán que cualquier otro pueblo, cual si hubieran querido resarcirse de lo perdido respecto a la inquisición; entre el sinnúmero de procesos contra brujas instruidos en Alemania había sin duda muchos y hasta muchísimos ocasionados por la envidia, la malicia, la venganza o la avaricia. ¡Era tan fácil satisfacer la enemistad y la sed de venganza acusando a un enemigo o a una enemiga de hechicería y de alianza con el diablo! El proceso contra las brujas era también fuente de dinero; pues los bienes

de las brujas y de los hechiceros sentenciados se secuestraban, repartiéndose regularmente de modo que dos terceras partes tocaban al señor feudal y una tercera parte a los jueces, asesores, sacerdotes, acusadores y verdugos.

Muy significativo es que, precisamente en la época en que los procesos contra las brujas causaban los mayores estragos en Alemania, es decir, desde el último tercio del siglo XVI hasta el último del XVII, los acusadores, jueces y verdugos de las brujas se enriquecían de una manera escandalosa. A pesar de todo es un hecho que la gran mayoría de estos jueces obraron con la mejor buena fe entregando a la tortura a miles y miles de infelices mujeres, casadas y solteras, y sentenciando a la hoguera, o según estilo jurídico de entonces «a ser reducidas a ceniza», las amantes del demonio, «convictas» por medio de horribles tormentos.

Cierto que a muchos de estos jueces les sería gravoso su empleo, obligándoles a asistir a la tortura de doncellas, matronas y ancianas, suplicio que a veces duraba horas y hasta días enteros; pero seguían soportando resignados el férreo yugo de la ortodoxia y sólo creían cumplir con su deber pronunciando sentencias de muerte. Pero no todo se reducía a esto; pues no solamente los verdugos estaban poseídos de la terrible locura de la creencia en demonios, hechiceros y brujas, sino muy a menudo también las víctimas. Está demostrado que muchas «brujas» sin que se las obligara por la tortura, confesaban voluntariamente, y hasta se vanagloriaban de haber tenido relaciones amorosas con el diablo, de haber asistido los sábados a los aquelarres, de haber conjurado tempestades y de haber hecho enfermar a hombres y ganados por medio de artes diabólicas. Sólo a alguno que otro entre los contemporáneos se le ocurría que aquellas locas eran más bien desgraciadas enfermas; pero la generalidad no veía en esas infelices más que criminales dignas de muerte y por lo mismo querían que se las tratara como tales. Considerada desde el punto de vista de la psicología histórica esta manía de las brujas, era un contagio moral que debía ponerse en la misma categoría que otras calamidades de este género, tales como las manías de las cruzadas, de los flagelantes y de las matanzas de judíos.

Al final de la cuarta división de la segunda parte nos hemos ocupado de las ideas emitidas acerca del universo en la Edad media, sobre las cuales llamamos de nuevo la atención del lector; pues la creencia en hechizos y brujas estaba basada en el contraste a la sazón admitido entre Dios y el diablo, es decir, entre el reino de Dios y el del demonio, el cielo y el infierno, el mundo de la luz y el de las tinieblas. La dificultad de conciliar la existencia del diablo y el de su imperio con el dogma de la omnisciencia, bondad y omnipotencia de Dios, se allanaba con la fórmula teológica de la «permisión» divina. La locura diabólica, que bien puede llamarse así, evocó un ejército de fantasmas nocturnas, engendró los más espantosos delirios, las más locas supersticiones, como las de amores y tratos con el diablo; creyóse que por medio de hechizos podría conseguirse el cambio de tiempo, descubrirse tesoros ocultos, aparecer difuntos, evocar duendes, cerrar y clavar las puertas, tirar al blanco sin errar, hacerse invulnerable; preparándose al efecto balas que sin apuntar hacían blanco en objetos o personas, filtros amorosos e imágenes, espejos y ungüentos hechizados, etc. Había en fin toda clase de aparatos y rituales de exorcismos e infinidad de instrumentos para descubrir los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra.

La teoría y práctica de esta ciencia «secreta», o como se llamaba, de la nigromancia, enseñábase en «libros de hechizos» escritos al efecto. Como autores de estas obras cítanse hombres célebres de la antigüedad, de la Edad media y de la época de la Reforma, como Salomón, Virgilio, el papa Silvestre, Miguel Escoto, Nostradamus, Agrippa de Nettesheim y Paracelso. Los más buscados de estos libros eran los que llevaban el nombre del doctor Fausto, la *Grande y poderosa fuerza del infierno*, colecciones de necedades que aún en el siglo XIX han figurado en las bibliotecas de los conventos. El supuesto propietario y autor de este peligrosísimo libro de magia, el doctor Fausto, al cual Goethe hizo más tarde héroe de su drama universal, ha personificado el mito alemán del diablo y de las fábulas de hechizos, tal como se desarrollaron durante el siglo XVI. El primer manuscrito de la leyenda de Fausto o bien el más antiguo libro de Fausto, impreso y

publicado en 1587 en Francfort del Mein con el título: *Historia del doctor Juan Fausto, famoso hechicero y nigromante*, y el *Juego de polichinelas del doctor Fausto*, escrito poco después, fueron aún en el siglo XIX uno de los espectáculos populares predilectos.

El doctor Fausto ha vivido en realidad. Nacido en Knittleingen, en Suabia, fue célebre a principios del siglo XVI como sabio muy experto en física y química. En el ex-convento de Maulbronn enséñase aún hoy día la «torre de Fausto», donde según se dice, el doctor, hospedado en 1516 por el abad Juan Entenfuss, tuvo su laboratorio. Hizo como médico una vida vagabunda, según costumbre de la época, y unió a su carácter aventurero, conocimientos poco comunes en ciencias naturales, y rara habilidad, por medio de los cuales logró efectuar excelentes curaciones. Estas, en una época tan pagada de milagros, debieron ser consideradas por el vulgo como tales, y por lo tanto fue cosa muy natural que la gran mayoría de sus contemporáneos considerase al doctor como nigromante y hechicero; para lo cual era preciso haberse entregado al diablo y haber hecho con él un pacto. La fantasía popular alemana apoderóse muy pronto de este personaje haciendo de él su figura favorita; mas para llegar a convertirla en protagonista de nuestra leyenda contribuyeron a ello también sabios, como Melanchton, del que sabemos por conducto de su discípulo Mennel cómo y por qué el gran brujo fue arrebatado al fin por el diablo después de terminado el plazo de un pacto hecho con él.

Pero los hombres, empeñados en hacerse mutuamente amarga y pesada la existencia, no se contentaron con que los ateos y partidarios del diablo fuesen a parar al infierno para expiar en su crimen de nigromancia por medio de eternos tormentos; consideraron por el contrario en su ignorancia de las leyes de la naturaleza y en su celo por el bien del «reino de Dios», los pactos con el demonio y la brujería como un «crimen extraordinario», persiguiéndole con incalificable furia. No era que los cristianos considerasen injusto el violar el curso de la naturaleza y los destinos humanos; pues según un sinnúmero de leyendas, que pasaban por verídicas, los santos cometían tales violaciones todos los días; pero lo hacían con la ayuda de Dios y por eso eran magos «blancos» que hacían milagros. Los partidarios y aliados del demonio hacían sus prodigios con el auxilio del príncipe de las tinieblas y por eso eran magos «negros» y «hechiceros»; eligiendo con preferencia el demonio el «débil vaso», la mujer, como instrumento de sus artes culpables. Pero era preciso tomar contra este todas las precauciones posibles; y cuando se trataba de procesar a las brujas, los teólogos y juristas cristianos se fundaban en primer lugar en la ley de Moisés, donde se mandaba (Libro de Moisés 11. 22, 18): «¡No dejéis vivir a las hechiceras!» La bula del papa Inocencio VIII, del 4 de diciembre de 1484, dio la señal de la persecución contra las brujas; en dicha bula enumeraba Su Santidad los pecados de las brujas alemanas, o, según en rigor debía decirse, de los «malos espíritus», pues sólo en el siglo XVI se sustituyó este calificativo por la palabra *hexe*, encargando a los dominicos, maestros de herejes y profesores de teología en Colonia, Enrique Kraemer (Institor) y Jacobo Sprenger, que procedieran por medio de la inquisición contra tamaño escándalo. Los dos frailes profesores e inquisidores mostráronse dignos de la confianza del Papa, pues procedían metódicamente en la ejecución de su encargo.

Sprenger escribió con ayuda de Kraemer y de un tercer teólogo llamado Gremper, uno de los libros más extravagantes que jamás se han publicado para vergüenza de la humanidad, titulado *Malleus maleficarum* (Martillo de las brujas). Para nosotros los hombres modernos el «Martillo de las brujas» sólo puede ser engendro de un insensato o de un loco víctima de monomanía religiosa, y por instinto cruel; pero para nuestros antepasados podía y hasta debía ser un *liber sanctissimus*, y lo era en efecto. En su primera parte trata del demonio, de los brujos y brujas y de la permisión divina; en la segunda de los efectos de la brujería y de las precauciones contra la misma; en la tercera se da una minuciosa instrucción sobre la forma con que debían instruirse los procesos contra las brujas. El papa había procurado dar a este libro la autoridad canónica, amenazando con la excomunión y el entredicho a todo el que opusiere obstáculos a sus encargados respecto a la persecución de las brujas. Maximiliano I dio a la bula papal, por medio de su imperial asentimiento, el valor de ley del imperio; el «Martillo de las brujas» se publicó impreso en 1489 con aprobación de la facultad

teológica de Colonia, siendo muy pronto un código ensalzado y observado por los tribunales de maleficios; y entonces empezaron los horrores de los procesos contra las brujas en grandísima escala.

La Reforma no solamente no oponía ningún obstáculo a ellos, sino que por el contrario los favorecía aún considerablemente; pues el protestantismo tenía a honra el no quedarse ni una sola línea rezagado al catolicismo respecto al horror al diablo. Tanto los pulpitos luteranos como los católicos resonaron con las roncadas voces de los exaltados perseguidores de las brujas; durante los siglos XVI y XVII, así los tribunales católicos de maleficios como los protestantes competían verdaderamente en los países alemanes en punto al exterminio de las hechiceras. Los párrafos de la *Carolina* respecto al crimen de la brujería eran de un rigor extremado; ordenaban contra los acusados el procedimiento del «interrogatorio criminal», es decir, de la tortura, condenando a los convictos con la muerte en la hoguera. El muy sabio y respetable protestante Benedicto Karpzov declaró en su *Práctica criminal* de 1635 lo siguiente: «Deberán ser castigados con la muerte en la hoguera todos los que tengan pacto con el diablo, aunque no hagan daño a nadie, bastando con que hayan asistido a conventículos diabólicos, hayan tenido cualquiera relación con el demonio, o confiado en su ayuda sin hacer otra cosa.» Y, para completar el cuadro con un ejemplo católico, en el Código del archiducado de Austria bajo el Enns del 30 de diciembre de 1656 se decía (art. 60, p. 5): «Se castigará con la hoguera el crimen de brujería, ora mediando un pacto tácito o expreso con el demonio para causar daño a los demás, o bien cuando, renegando de la fe cristiana, se hayan trabado relaciones diabólicas uniéndose al diablo carnalmente, aún sin causar daño a nadie. Y este castigo en hombres arrepentidos podrá mitigarse con la decapitación en circunstancias muy especiales y cuando el daño no haya sido grande.»

¿Qué idea se formarían nuestros antepasados de la vida de una bruja? ¿y cuál sería en realidad la deplorable suerte de esas desgraciadas?

La fisonomía que ofrecen esos «buenos y santos tiempos antiguos» nos da de un modo categórico la contestación a estas dos preguntas, contestación reproducida por los hechos y documentos de la época.

Supongamos que una mujer joven, obligada por un conjunto de funestas concausas de ideas fantásticas y sufrimientos corporales o morales, sentíase deseosa de poseer un poder sobrenatural e intentaba por lo tanto hacer pacto con el diablo; a este efecto buscaba relaciones con mujeres tenidas por hechiceras para que estas la ayudasen en su proyecto. Concedida esta ayuda, se la informaba acerca de su modo de obrar. En otros casos el diablo, que tiene predilección especial por las doncellas y mujeres devotas y virtuosas, daba a alguna bruja el encargo de atrapar a la víctima elegida. Pero en ambos casos, la que debía caer en el lazo infernal se entregaba al demonio renegando y abjurando solemnemente, si era católica, de «Dios y María», y si protestante, de «nuestro Señor y sus diez mandamientos.» Pero para firmar el pacto diabólico era preciso entrar en relaciones amorosas con el espíritu malo, que en tal ocasión tomaba la forma de un hidalgo, de un caballero o de un cazador vestido de verde, sirviéndose de los nombres Volland, Martillito, Plumita, Graesle, Gruenhuetl y otros. El demonio imprimía entonces en cualquier parte del cuerpo de su amante el sello del infierno, la «señal de bruja» (*stigma diabolicum*) y la neófita quedaba convertida ya en tal; para igualarse del todo a sus hermanas era preciso sin embargo introducirla formalmente en la comunidad que adoraba al antecristo, al falso Dios, o la caricatura de Dios, el diablo. Esta introducción se verificaba en los aquelarres (conciliábulos de brujos y brujas): cada país tenía uno o varios lugares en que se verificaban estas reuniones. En Alemania se contaban desde el Báltico y el mar del Norte hasta los Alpes cuando menos una docena de «montañas de brujas», pues las cimas de las montañas eran los sitios favoritos para esta clase de reuniones, y entre las montañas alemanas, la del Brochen o Bloscksberg en el Hartz era la más preferida. Todas las semanas en ciertas noches se verificaban los aquelarres de hechiceros y de brujas; pero la junta general de los brujos alemanes, la festividad principal de esa iglesia del demonio, tenía lugar en la primera noche

de mayo o noche de Walpurgis (como recuerdo de la gran fiesta de los sacrificios de primavera entre nuestros antepasados paganos) que se celebra en el Brocken.

Nuestra bruja se prepara para el viaje; se desnuda, unta su cuerpo y escoba con el «ungüento» fabricado, según la instrucción del diablo, con los miembros, reducidos a papilla, de niños no bautizados, y murmurando una palabra secreta de paso, salta sobre su extraña cabalgadura y sale por la ventana o por la chimenea para alejarse rápidamente por los aires. Cuanto más se acerca a la montaña de la reunión tanto más numeroso se hace el ejército de brujas y hechiceras, que montadas en mangos de escoba, cañones de chimenea, haces de paja, ruecas o también en machos cabríos, cerdos, dragones y búhos, acuden de todas las direcciones. Satanás recibe a veces a su familia bajo la forma y el traje de un alegre bailarín; pero por lo regular está sentado a mucha altura sobre la tumultuosa multitud en la cima del Brocken. Allí se presenta en toda su tenebrosa majestad infernal, en un trono de ébano guarnecido de oro; su forma es mitad de hombre y mitad de macho cabrío, del cual lleva la barba y además una larga cola de buey; sus dedos acaban en terribles garras y uno de sus pies se parece al casco de un caballo, mientras que el otro afecta la forma de una pata de ganso. Varios cuernecillos se enlazan en su frente a una especie de corona, descollando entre todos uno mucho más largo, de cuya punta brota un rayo de luz más clara que la luna; esta luz, unida al brillo infernal de sus grandes ojos de búho, iluminan la escena.

A las nueve de la noche empiezan las ceremonias de la junta; toda la comunidad reunida desfila procesionalmente por delante del rey de los infiernos, en cuya ocasión todos se arrodillan delante de su trono, renegando de Dios; y llamando a Satanás su señor y maestro, le besan la mano y el pie izquierdos y el trasero. Después sigue una especie de confesión general, en la cual los hechiceros y las brujas refieren al diablo sus pecados, diciendo que han hecho menos mal del que podían y debían; Satanás les da la absolución y les impone la penitencia según las circunstancias. Hecho esto baja de su trono y celebra en un altar la misa diabólica acompañada de un sermón en el cual promete a sus creyentes un paraíso en el que reina la voluptuosidad. Al final de la sacrílega ceremonia y para completar la nefanda parodia del culto cristiano católico, da a sus feligreses la comunión bajo ambas especies; pero la hostia es negra y tiene el gusto de madera podrida y el líquido del cáliz es nauseabundo. Sigue un banquete en el cual todos los platos y bebidas tienen un aspecto repugnante y un gusto detestable; porque en general el diablo recompensa muy mal a sus partidarios y como «padre de la mentira» les miente en toda ocasión, engañándoles de tal modo, que aún el dinero adquirido con su ayuda se transforma de noche en serrín, carbón y barro. Después empieza el gran baile de brujas; todos los bailarines y bailarinas se dan las manos para formar un círculo con rostros dirigidos hacia afuera, baile que puede considerarse como verdadero aquelarre; y el acto finaliza aconsejando el diablo a sus secuaces hagan todo el daño posible: Satanás se reduce entonces a sí mismo a ceniza, de la cual las brujas se llevan una cantidad, porque es el hechizo reconocido como más eficaz. Cesa la orgía a la media noche y todo queda sumido en el silencio.

El registro de los «indicios» (*indicia*) de la brujería era infinito en la acepción literal de la palabra, porque todas las cosas, así las más sublimes como las más ridículas, podían infundir sospechas de afiliación en la gran comunidad diabólica; en miles y miles de casos cualquiera desdichada casualidad suscitaba estas sospechas. Es una verdad terrible pero reconocida que, desde que el «Martillo de brujas» hubo recibido la sanción canónica, durante dos siglos enteros ninguna doncella y ninguna mujer alemanas estaban seguras de no ser acusadas, encarceladas y sentenciadas como brujas. Los «tribunales de maleficios» se componían de teólogos y juristas; porque la brujería se consideraba como un crimen *fori mixti*, es decir, como un crimen que tanto era de la competencia de los tribunales eclesiásticos como de la de los civiles; formándose en ellos los procesos de tal modo, que de 100 acusaciones siempre resultaban 99 sentencias.

Las «torres de brujas» de Alemania, recintos llenos de tormentos y horrores, en los cuales las pobres «brujas», niñas a veces que aún no habían llegado a la pubertad, estaban expuestas sin protección a los deseos brutales de los corchetes; esas torres hubieran debido llevar la inscripción

que Dante colocó en la puerta del infierno: «Las que aquí penetréis ¡abandonad toda esperanza!» Está probado que muchas «brujas» confesaban todo lo que sus jueces querían tan sólo por librarse de los tormentos. Para formarnos una idea del valor de tales confesiones y de los medios por los cuales regularmente se lograban, basta decir que muchas brujas sometidas al tormento confesaban haber causado con sus hechizos la muerte de personas que a los jueces les constaba que se hallaban vivas y sanas; y también que niñas de 11, 9 y 7 años, acusadas de brujería, confesaban hallarse encinta del diablo.

En una de estas torres de brujas volvemos a encontrar a la que, acomodándonos a la superstición de sus contemporáneos, vimos dirigirse a la junta de la noche de Walpurgis. Como la acusada es de vigorosa constitución y de voluntad enérgica, el calabozo no ha producido su efecto, es decir el de «ablandarla», y por lo tanto persiste en su inocencia. Las actuaciones han principiado con el «interrogatorio benigno» cuya pregunta principal es: «¿Cree la delincuente en la existencia de brujas?» ¡Insidiosa pregunta! Si niega, la acusada se da a conocer públicamente como hereje; y si afirma, da un «indicio» de que debe «hallarse más enterada del asunto». Por lo pronto se continua en el camino de la clemencia, es decir, se intenta arrancar a la acusada la confesión de su culpa por el medio de la privación de alimento, bebida y sueño; pero la bruja permanece firme y obstinada. Procede por lo tanto el sujetarla a uno de los «juicios de Dios», tal como la práctica de la Iglesia en las ordalías los había desarrollado y multiplicado; elígese la «prueba del agua» que con más frecuencia se empleaba y por eso se llama «prueba de bruja». La casualidad, es decir, la voluntad del alguacil que tiene la cuerda a que está atada la bruja, permite que ésta quede flotante sobre el agua: mal «indicio», pues el agua no admite en su seno nada impuro y pecaminoso; continúanse por lo tanto los procedimientos con la desvergonzada «prueba de la aguja» con el fin de encontrar y poner de manifiesto la «señal de bruja» en la delincuente. Si tampoco esta prueba da resultado claro (pues el diablo borra a menudo el estigma para salvar a su amante), se procede al «interrogatorio criminal.» En la cámara de tortura se enseñan a la bruja, en presencia del juez que instruye el proceso, del escribano y dos asesores, todos los instrumentos de tormento por el maestre de los corchetes que al mismo tiempo la explica el uso y el efecto de los mismos; pero tampoco esto vence la obstinación de la hechicera. Permanece firme, aún cuando ya la han desnudado, y el verdugo comienza a desempeñar su terrible cometido pronunciando la fórmula: «¡Tan delgada te pondremos por la tortura que tu cuerpo trasparente los rayos del sol!» Nuestra bruja es heroína; soporta con paciencia casi sobrehumana todos los horrores que en ella se cometen, todos los tormentos de los «torniquetes de pulgar», de las «botas españolas», de la «escala», de la «liebre engrasada», del «torno» y del «azote», del azufre ardiente, aceite sirviente y plomo derretido, en fin, veintidós grados de tortura uno más fuerte que otro, tormentos que hacen erizar los cabellos, que retuercen los miembros, rompen los huesos y destrozan la carne, y sólo al vigésimo tercer grado quebrántase en este cuerpo roto, sangriento y quemado la fuerza del alma. Con una voz que ya no tiene nada de humano, confiesa todo lo que se quiere que confiese; si sus verdugos se lo exigieran, confesaría haber asesinado a Dios, antes de que hubiese creado el mundo. Ya el «tribunal de maleficios» puede pronunciar en solemne sesión y con plena conciencia (?) la sentencia de muerte de la bruja «convicta» que después de descuartizada debe ser reducida a cenizas. Pero al volver en sí del desmayo en que la habían sumido los tormentos, la víctima se retracta de todas sus confesiones, y por eso se aumenta el rigor de la sentencia, que se redacta de nuevo consignando que la bruja debe «ser reducida a cenizas a fuego lento, pero no después de muerta», es decir, que se la debe quemar viva. Y muere en las llamas con aquel admirable heroísmo que tantas de sus compañeras de infortunio han demostrado en el cadalso o en la hoguera.

Ya hemos dicho que la quema de brujas en Alemania sólo en el siglo XVI aumentó de tal modo, que poco más o menos desde 1560 a 1570 se quemaron las hechiceras en masa. Bien puede decirse que cada ciudad, cada diócesis, cada pueblo y cada castillo en los países alemanes aspiraba a tener su hoguera de brujas. La estadística de estos asesinatos jurídicos es lo más horroroso de que puede darnos noticia la historia de los desvaríos humanos. No exageraremos calculando en 100.000

el número de «brujas» asesinadas jurídicamente en Alemania: quizás no llegamos aún ni de mucho a la cifra verdadera. Un proceso de esta clase llevaba casi siempre en pos una serie de causas criminales, y en los detalles más insignificantes fundábanse a menudo procedimientos verdaderamente monstruosos, procesos que causaban la perdición de hombres de todas clases y oficios, niños de ambos sexos, señoras nobles y criadas, legos y clérigos, artesanos, hidalgos y canónigos, empleados, sabios y artistas, doncellas en todo el brillo de la hermosura juvenil y ancianas de fealdad asquerosa. Para convencerse de ello basta examinar la lista de las 219 personas que desde 1627 a 1629 fueron ejecutadas en la ciudad de Wirtzburgo «convictas de brujería», mientras que en el mismo espacio de tiempo perecieron en la hoguera en toda la diócesis del mismo nombre, bajo el «clemente» báculo del obispo Felipe Adolfo de Ehrenberg, nada menos que 900 «brujos.» El arzobispo de Salzburgo dispuso en 1678 la última quema de brujas en gran escala, en cuya ocasión murieron 97 víctimas.

Verdad es que desde que se dio principio a la furiosa y ardiente persecución contra las brujas no faltaron en Alemania hombres a quienes su razón y su conciencia indujeron a oponerse a tales horrores; pero estos fueron predicadores en el desierto de la ignorancia y de la malicia; y también en esta ocasión se demostró una vez más con terrible evidencia que el «orden moral del mundo» de que tanto habla el vulgo y de que tan poco se preocupa, sólo puede llegar a predominar cuando el orden inmoral ha satisfecho su afán hasta el cansancio completo, bien que temporal. Ulrico Molitor efectuó una de las primeras tímidas tentativas para poner en duda la realidad de la brujería, escribiendo su *Plática sobre los brujos*, en el mismo año 1489 en que se imprimió el *Martillo de las brujas*. En la segunda mitad del siglo XVI el sacerdote Loos y el médico Weier hicieron enérgica oposición a la creencia en brujas y a los procesos de brujería; pero no se les prestó oído, persiguiéndoles al contrario encarnizadamente. En 1593 Augusto Lerheimer publicó su *Reflexión y memoria cristiana sobre la brujería*, en cuya obra se opuso sobre todo a las pretendidas relaciones amorosas con el diablo.

Treinta y ocho años más tarde, en 1631, publicóse la célebre disertación *Cautio criminalis*, cuyo autor, el conde Federico de Spee, fue uno de los mejores alemanes de la época, a pesar de pertenecer a la orden de los jesuitas, y gozó de justa nombradía en la historia de la literatura como cantor de la *Frutz Nachtigal* (1649). Este hombre generoso a quien su deber obligaba a acompañar como «confesor» a las brujas sentenciadas a la hoguera, y que había encanecido en este ejercicio antes de tiempo, dirigió con tanto tacto como energía, protegido muy insuficientemente por el velo del anónimo del peligro de ser acusado y sentenciado él mismo como hereje, un ataque no sólo contra la creencia sino contra los procesos de brujería, descubriendo con maestría todos los horrores de los mismos, para llegar a la conclusión de que tal procedimiento llevaba a la hoguera a todos los acusados aún a los más inocentes. Pero su voz honrada encontró escaso eco; gustaba más la gente de oír al imbécil Karpzov. Sólo a fines del siglo XVII Spee tuvo un sucesor de nobleza igual en el neerlandés Baltasar Becker, cuyo libro *El mundo encantado* (1691) llegó a iluminar por fin con clara luz la noche de aquella supersticiosa creencia en brujerías. Además, el excelente Thomasius, que siempre peleaba en primera fila cuando se trataba de oponerse a la estupidez y a la injusticia, desafió desde 1701 a 1712 varias veces y con gran energía las iras de sus contemporáneos, atacando a su vez al desvarío de la brujería y a los procesos de las brujas.

IV.

LOS LANSQUENETES Y EL FUROR GUERRERO.

Nadie ignora que se llamó a los cañones *ultimæ rationem principium*, es decir, últimas razones de los príncipes, pudiéndoseles llamar sin embargo con el mismo derecho últimas razones de los pueblos; pues el hombre ha sido desde un principio un ser esencialmente guerrero, condición que conservará mientras exista. El mismo poeta de la libertad y de la humanidad¹⁹ pone en boca del prudente Stauffacher, que mira como a principal apoyo la justicia, estas palabras: «Como último remedio, si otro no sirve ya, nos quedará la espada.»

A todas las preguntas emitidas en el sentido de una paz «eterna» o si se quiere algo duradera entre los hombres, la historia contesta con una negativa categórica. En todos tiempos la fuerza ha sido y es superior al derecho; y este ha sido y es sin aquella el conocido cuchillo sin hoja; puesto que los hombres son y serán en su esencia moral siempre los mismos, a pesar de todas las fases del desarrollo del progreso. Todas las cuestiones de derecho se aducen al fin y a la postre a cuestiones de poder; y para la solución de éstas los hombres y los pueblos apelan siempre a la última *ratio*, es decir, a la espada, a la decisión por las armas. La guerra es por lo tanto, a pesar de cuanto se diga en contrario, un factor necesario en el proceso del desarrollo histórico; y está fundada en la naturaleza de los hombres; razón por la cual todos los que saben leer en el libro de la historia universal comprenden sin dificultad porqué en todos tiempos y en todas partes el interés hacia el estado militar debe ser uno de los principales en los pueblos.

Púsose esto de manifiesto en la época de la Reforma: lo que caracteriza las guerras de aquella época es la transformación del ejército feudal en permanente, y la sustitución de la táctica moderna, entonces iniciada, a la de la Edad media. Logróse aquello porque necesariamente el mercenarismo de oficio hubo de ocupar el lugar del servicio temporal feudatario, pues para la guerra, tal como se practicaba merced al uso de las armas de fuego, eran precisos soldados de oficio; y lo segundo porque la decisión de las batallas no dependía como en la Edad media de la caballería, y tampoco como en el siglo XV de la infantería de los husitas y suizos «parecida a un muro movable», sino más bien de la combinación de las tres armas: infantería, caballería y artillería, cuyos movimientos obedecían a un plan determinado. Las dos batallas de Marignano (1515) y de Pavía (1525) nos dan idea de este gran cambio en el arte guerrero.

En el concepto moral y nacional, el mercenarismo comparado con el servicio feudatario era un paso en sentido de retroceso. El guerrero feudal acudiendo al llamamiento del Imperio o de su señor, había cumplido los mandamientos del deber y del honor; el mercenario vendía su pellejo al mejor postor y con harta frecuencia a los enemigos declarados de su propio país. El provecho y la ventaja personal sustituían en él al deber y al honor; los demás motivos morales los suplía el mercenario con el espíritu de corporación, y la fidelidad a la bandera; pero esta compensación era muy a menudo bastante débil. El *reislaufen* (servicio en el extranjero) de los suizos, así como la degeneración de los lansquenets alemanes, demuestran marcadamente lo inmoral y lo pernicioso de tal sistema para los pueblos y países.

Knechte (mozos), *kriegsknechte des landes* (mozos militares del país), y de aquí lansquenets, llamábanse en el imperio alemán los mercenarios, los soldados de oficio, que bajo el reinado de Maximiliano I adquirieron mucha importancia. Un gran guerrero alemán, Jorge de Frundsberg, se conquistó más tarde el nombre honorífico de «padre de los lansquenets» como organizador de los

19 Federico de Schiller en su *Guillermo Tell*.

misimos. Estos mercenarios reclutados al principio entre los labradores alemanes, componían la fuerza esencial, no sólo de la infantería, sino de todo el ejército en general, en la época de la Reforma. El comandante de todos los lansquenets de un ejército llevaba el título de «coronel general o jefe superior del ejército», y era sólo responsable al soberano (*Kriegsherrn*, señor de la guerra) o al señor que le pagaba (*Soldherrn*). El estado mayor componíase del tesorero del ejército, del intendente superior, del cuartel maestre general, del médico superior del ejército, del capitán preboste y del «maestre de contribuciones.» La hueste de lansquenets se dividía en regimientos mandados por coroneles cuyo sueldo mensual era por término medio de 400 florines. El cuadro de oficiales del regimiento se componía del teniente coronel, del maestre de guardia, del cuartel maestre, del furriel, del cura, del cirujano, del preboste y del «sargento de prostitutas», el cual estaba encargado de la vigilancia de los mozos de servicio y las meretrices del campamento. Cada regimiento se componía de 8 a 10 compañías y cada una de estas, con un capitán a su frente que percibía 40 florines de sueldo mensual, de un teniente, un alférez, un sargento primero, un capellán y dos cabos. Al frente de la compañía marchaban regularmente 12 a 15 «mosqueteros» armados de pequeños fusiles de gancho o mosquetes, y que llevaban en una correa colgante del hombro izquierdo doce cápsulas de madera cada una de las cuales contenía una carga de pólvora; de la misma correa pendía también la bolsa de balas y las mechas.

A los mosqueteros seguían los «arcabuceros», cuya arma principal era el arcabuz llamado también «fusil de gancho», provisto al principio de llave de mecha y desde 1517 de llave de rueda, inventada en Nurenberg. Tanto los arcabuceros como los mosqueteros llevaban también una espada de dos filos, corta y ancha; ligeras corazas y celadas. Seguían después los «piqueros» armados de coraza, brazales y tibiales, y cascos; como armas ofensivas llevaban espada corta, dos pistolas de llave de rueda y una pica de mango muy largo, en lugar de las cuales algunas divisiones de la compañía llevaban mandobles o alabardas, es decir hachas de mango largo. En tiempo del emperador Carlos V una compañía se componía regularmente de 400 infantes. El mayor sueldo lo percibían los mosqueteros que tenían unos diez florines de paga mensual; todos estaban obligados a armarse a su costa. Los uniformes aún no estaban generalizados; pues los lansquenets consideraban por lo regular suficiente el uso de bandas del color de su respectivo señor temporal, siguiendo en lo demás los caprichos de la moda o del buen o mal gusto personal.

Entre ninguna clase de gente dominaba «la licenciosa y deshonesta moda de las bragas», según el predicador de la corte de Brandeburgo, Andrés Musculus, titulaba a la extravagante moda de los bombachos, de un modo tan exagerado como entre los lansquenets, que para un sólo par de calzones necesitaban 60 y hasta 130 varas de género. Los cuerpos de lansquenets eran generalmente un foco de disipación, de desmoralización y de todos los excesos; gustáales oírse llamar los «lansquenets piadosos» y ellos mismos se llamaban así. Basta sin embargo leer las descripciones trazadas por autores contemporáneos acerca de su género de vida para convencerse de que en efecto eran «una horda temible» según les designaba el honrado Hanns Sachs. Ciertamente que el «derecho militar», al cual estaban sujetos, era bastante riguroso y que los artículos vigentes en tiempo de guerra ordenaban terribles castigos contra la insubordinación, desertión, rebelión, hurto, asesinato, delitos de incendio, violación, etc., pero la aplicación de estas leyes era hartamente difícil si ya no imposible. La justicia se practicaba sin embargo de un modo eficaz entre los lansquenets, pero sólo en casos muy graves, y entonces pública y verbalmente y al aire libre. La manifestación más cumplida de la justicia de los lansquenets era el «derecho de la pica»: cuando este debía aplicarse, el regimiento formaba en cuadro, en cuyo centro se hallaban el acusado y el preboste, actuando este último como acusador. El procedimiento era tan sumario como inexorable; el voto de sus camaradas o absolvía al acusado o bien le sentenciaba a «ser pasado en el acto por las picas.» En este caso el regimiento formaba presentando la punta de las picas, por entre las cuales era empujado el delincuente hasta que caía exánime. Otro grado inmediato en la escala del castigo, aún bastante bárbaro, eran «las carreras de baquetas», cuyo castigo fue introducido entre nuestros antepasados,

según se dice, por Gustavo Adolfo, rey de los suecos. Observábase bastante a menudo cierto buen humor brutal entre esos lansquenets que contribuía a caracterizarlos.

En la historia universal encontramos un hecho en que este *buen humor* de los lansquenets alemanes se manifestó marcadamente; sucedió cuando el terrible «sacco di Roma» (saqueo de Roma) en el mes de mayo de 1527, después que el ejército de Carlos V hubo tomado por asalto la «ciudad eterna», cuando la contienda del emperador con el papa Clemente VII. El que quiera enterarse de lo que entonces significaba la toma de una ciudad, debe leer las descripciones que de tales horrores nos han dejado testigos presenciales. Durante días enteros la ciudad de Roma fue copia fiel del infierno descrito por Dante; pero es digno sin embargo de mención que los autores consignen que los soldados alemanes no se portaron con tanta impudicia y crueldad con las desgraciadas doncellas y mujeres romanas, como lo hicieron los de raza latina. En cambio nuestros compatriotas agotaron sus burlas a la persona del pontífice, refugiado en el castillo de Santángelo; y la farsa siguiente, ejecutada por ellos, caracteriza la disposición que diez años después de aquel en que Lutero se había presentado en escena, tenían los lansquenets del ejército imperial. Cierta día de mayo, el sargento de lansquenets Guillermo de Saudizel se presentó montado en un mulo delante del castillo pontificio: iba vestido con el traje de ceremonia del pontífice y llevaba puesta en su cabeza una tiara. Rodeáronle sus camaradas disfrazados de cardenales y obispos, haciendo al lansquente papa grandes saludos y genuflexiones, besándole los pies de un modo grotesco, es decir, efectuando todas aquellas reverencias que suelen hacer al verdadero papa sus prelados. Asistentes y «suizos» abrían y cerraban el cortejo, que acompañado del son de flautas y tambores entró en el Borgo; allí, frente del castillo de Santángelo, Saudizel se hizo llenar una copa de vino y brindó por el cautivo Clemente VII. Los obispos y cardenales apócrifos imitaron a su jefe bebiendo copiosamente y gritando que iban a crear papas, obispos y prelados que fueran obedientes al emperador y no rebeldes; por fin el turbulento Saudizel exclamó: «¡Nombro mi sucesor a Lutero; quiero regalarle el pontificado; el que esté conforme levante su mano!» Oído lo cual, todos sus alegres compañeros levantaron la mano prorrumpiendo en gritos de júbilo: «¡Lutero papa! ¡Lutero papa!»

Un regimiento de caballería contaba en el siglo XVI de 750 a 1.000 caballos; dividíase en «estandartes» y uno de estos se componía regularmente de 180 jinetes de línea (coraceros) y de 60 ligeros (carabineros). Aquellos eran aún por completo «los caballeros de hierro» de la Edad media; montaban caballos de gran alzada, llevaban una fuerte lanza y estaban armados además de una larga espada que al mismo tiempo hería de punta y filo, de dos pistolas y de una maza; estos montaban caballos más ligeros, llevaban la armadura menos pesada, tenían espadas y pistolas; pero usaban como arma principal la carabina, especie de arcabuz pequeño. El coracero (caballería pesada) tenía 24 florines, y el carabinero 12 de paga mensual; el coronel del regimiento tenía 400 florines. El cuadro de oficiales lo constituían el teniente coronel, maestre de guardia, intendente y furriel; cada estandarte estaba mandado por un capitán; el mando superior de la caballería de un ejército estaba en manos de un «feld-mariscal.»

La artillería estaba a las órdenes superiores de un *feldzeugmeister* (general de artillería); sus subordinados más próximos eran un teniente, un tesorero, un maestre de artillería y varios auxiliares. El maestre o condestable (*bucchenmeister*, más tarde *constubler*) mandaba con ayuda del pirotécnico (más tarde bombardero), los hombres empleados en el servicio de cada pieza. Las culebrinas o *karthaunen* servían ya en las operaciones de campaña o en los sitios; la más pequeña de las piezas de campaña llamábase el *scharfe tindlein* (el niño áspero) y disparaba balas de plomo de media libra de peso; seguían después como de mayor calibre el falconete, el sacre, la media culebrina y la culebrina; esta última estaba servida por diez y ocho hombres y arrojaba balas de cuarenta libras. Las piezas de artillería de sitio llamábanse, empezando por las de mayor calibre, *scharfmetze* (mortero), que arrojaba una bala de hierro de cien libras, «el basilisco», «el ruiñón», «la cantora» y «el gran sacre», habiendo además obuses que arrojaban proyectiles de piedra cuyo peso alcanzaba a doscientas libras. Las bombas, es decir los proyectiles explosivos se conocieron

desde 1524 y se usaban también las granadas de mano (de aquí el nombre de granadero). Las muchas invenciones así técnicas como científicas en el siglo XVI, redundaban en provecho del perfeccionamiento de las armas de fuego, de la fortificación y de la castrametación. La instrucción militar tendía más especialmente a la habilidad individual que al movimiento calculado de las masas. Las marchas eran muy lentas, los preparativos para una batalla en extremo embarazosos, la dirección de la acción misma pesada en alto grado. Verdad es que generales como Frunsberg y Schertlin iniciaron grandes innovaciones tácticas y estratégicas; pero en conjunto no se hicieron en el siglo XVI, y por lo que toca a los ejércitos alemanes imperiales tampoco en el siglo XVII, grandes progresos.

En los ejércitos mandados por Tilly y Wallenstein un regimiento de infantería se componía de 10 compañías de a 400 hombres (200 mosqueteros con armas de fuego y estoques, 100 piqueros, 50 alabarderos y 50 supernumerarios), de modo que debía contar 4.000 hombres, mientras que en realidad sólo tenía por lo regular 3.000 individuos. Un regimiento de caballería tenía 6 estandartes de a 240 hombres (60 lanceros o coraceros, 60 carabineros y 120 «medio armados»); como cada caballero estaba acompañado de un mozo (*rossbub*) con un caballo de mano destinado a llevar el bagaje, el regimiento debía constar de 2.880 individuos; pero regularmente sólo se componía de 2.260. La circunstancia de pagar el emperador Fernando II a su coronel-general Wallestein, según contrato, 600.000 florines para la formación de cada regimiento de infantería, nos da idea de los gastos que exigía el reclutamiento y arreglo de un ejército.

El citado general reconoció mucho más que su contemporáneo Tilly la importancia de la artillería, aumentándola por lo tanto en el ejército imperial hasta el número de 80 piezas. Su adversario Gustavo Adolfo, rey de los suecos y sin disputa el general más inteligente del siglo XVII, introdujo mejoras que más o menos pronto se aceptaron también por los alemanes. La tendencia de Gustavo Adolfo era dar mayor ligereza y movilidad a la infantería y a la artillería. En los regimientos de infantería dio a la mayoría de los individuos, en vez de las picas y alabardas, armas de fuego; aligeró a la caballería dotándola de una armadura más ligera e introdujo en la artillería por primera vez la «volante», sustituyendo las pesadas culebrinas por cañones de cuatro libras que también se cargaban con cartuchos, mientras que al servir las piezas imperiales el barril de la pólvora estaba junto al cañón y el sirviente echaba la pólvora en la boca por medio de una pala. El rey de los suecos enseñó a sus regimientos el sistema de moverse y batirse con arreglo a los principios tácticos; introdujo y probó también con buen éxito un nuevo orden de batalla, aboliendo la disposición usual de las masas en nutridos cuadros, en los que la artillería producía efectos mortíferos; y formando en su lugar líneas de batalla que dejaban a la infantería, protegida a intervalos y en los flancos por divisiones de caballería, espacio para ejecutar movimientos rápidos, sobre todo para la evolución de abrir paso en momentos dados a la artillería, oculta y preparada de antemano a retaguardia de la línea, entrando así oportunamente y de un modo súbito en la acción.

La fuerza numérica de los ejércitos que en la época de la Reforma entraron en campaña no puede compararse ni con mucho con el número de tropas de los tiempos posteriores y de los modernos; en el siglo XVI un ejército de 25.000 hombres y en el XVII uno de 50.000 pasaban por grandes. El ejército relativamente más numeroso en Europa a fines del siglo XVII era el del electorado de Brandenburgo (Prusia), después que el «gran elector» hubo consolidado la posición de su Estado como potencia militar. Cuando murió este príncipe (1688), el ejército prusiano contaba 26.858 hombres y 40 piezas de artillería, que exigían un gasto anual de dos millones y medio de thalers, casi la mitad de la renta total del país. Debo añadir sin embargo que en aquella época la transformación de los ejércitos de mercenarios, cuyos servicios eran temporales, en ejércitos permanentes constituidos por medio de reclutamiento, se había realizado casi definitivamente.

Tanto en Alemania como en las demás naciones servían de modelo las instituciones militares, establecidas en Francia por Luis XIV, por su ministro de la guerra Louvois y por sus mariscales: el lansquenete había cedido su lugar al soldado. Los ejércitos, instrumentos ciegos de una engañosa

política de gabinete, aumentaban en número y en el lujo de uniformes. Antes de finalizar el siglo XVII toda la infantería estaba ya armada de armas de fuego provistas de bayoneta. En la caballería agregáronse a los antiguos coraceros y carabineros los lanceros y húsares. En proporción con el desarrollo técnico del arte de la guerra, la posición social de los soldados era objeto de preferencia; nació cierta idea del honor militar, el contraste entre ciudadano y soldado dio a su roce alguna aspereza y abrióse entre pueblo y el ejército un verdadero abismo. La admisión en la clase de oficial fue pronto un privilegio de la nobleza. La soldadesca, reclutada en su mayor parte en la esfera más baja de la población, arrastraba sujeta a rigurosas «ordenanzas» y bajo la vara del cabo una existencia trabajosa. Pero esos desdichados mercenarios, excluidos de los beneficios de la vida ciudadana, esos esclavos uniformados, consideraban a pesar de eso, y a consecuencia de un espíritu de cuerpo fomentado sistemáticamente, a los ciudadanos y labradores como seres muy inferiores a ellos, tratando aún en tiempo de paz con mucha frecuencia a los súbditos del príncipe, cuyo uniforme llevaban, como enemigos.

En la Edad media el modo de hacer la guerra había sido, por decirlo así, bárbaro. Los lansquenets del siglo XVI metodizaron las luchas y en el siglo XVII, los furores de la guerra de los Treinta años, que en nuestro país causaron tan terribles estragos, desarrollaron este método hasta cierto grado de perfección. Exceden verdaderamente de todo cuanto puede concebirse los crímenes que en aquella época se cometían en nuestro suelo alemán, todo cuanto el pueblo alemán tuvo que sufrir de la escoria de Europa vestida con el uniforme del soldado; pues solo una fantasía inhumana verdaderamente diabólica puede inventar los tormentos que en la citada guerra sufrieron los habitantes de toda edad y sexo. Una codicia desapiadada y una furiosa inclinación a destruir; una ardiente sed de sangre y una crueldad refinada; una lascivia salvaje y una fiera inconcebible. Tal cúmulo de horrores, apenas se ha contemplado en ningún tiempo y en ninguna parte por segunda vez. Dos autores contemporáneos, Grimmshausen en su *Simplicissimus* y Mascherosch en sus *Visiones de Pilandro* nos han pintado la vida de los soldados de aquella época sangrienta, propia en realidad de desenfundados bandidos; pero los colores empleados por ellos apenas tienen al horroroso tinte de la realidad; y, a pesar de eso, sus descripciones nos causan tal impresión, que en estas hordas salvajes no vemos, no, seres humanos, sino verdaderos demonios, hordas de diablos, para quienes aún lo más monstruoso, los robos, incendios y violaciones, los tormentos y asesinatos en todas las formas imaginables no eran otra cosa sino inocentes chanzas.

En todo el brillo de sus horrores el furor de la guerra de los Treinta años dióse a conocer más especialmente en la conquista de Magdeburgo por los ejércitos de la liga católica (1631). Esta conquista fue, según todo el mundo sabe, una verdadera destrucción: sobre las ruinas de la ciudad incendiada yacían unos 30.000 de sus habitantes asesinados. El fanatismo de algunos católicos había demostrado allí bajo el mando de Tilly y de Pappenheim lo que eran sus obras de «amor cristiano»; pronto sin embargo el protestantismo no tuvo nada que envidiar a aquellos generales y soldados en punto a crueldades en la guerra. Es cierto que mientras el rey de los suecos asumió el mando en jefe de los ejércitos coligados, obróse cuando menos por lo que a ellos concierne según principios algo humanos, pero después que Gustavo Adolfo hubo desaparecido del teatro de la lucha, los partidarios de la Biblia competían con los del Breviario en perversidad y desenfreno. Por donde pasaba la guerra con el asesinato y la devastación, la seguían sus compañeras el hambre y la peste, dando esto lugar a escenas dignas de caribes. De 1636 a 1637 hubo antropófagos de ambos sexos en Alsacia, Hesse y Sajonia; no solamente se desenterraba a los muertos sino que se daba caza a los vivos, para matarlos y devorarlos. Padre hubo que mataba y comía a sus hijos; e hijas que aprovechaban la carne de sus padres y madres muertos de hambre, para satisfacer su voracidad; la población pereció en distritos enteros en grandes masas a consecuencia de la miseria. Las regiones despobladas trasformábanse en guaridas de animales salvajes, y en las ruinas de las ciudades y pueblos habitaban manadas de lobos.

Según cálculo fidedigno murieron en Sajonia en dos años (1631 a 1632) nada menos que 934.000 personas por el hierro, el fuego, el hambre y la peste. Uno de los países alemanes más

poblados era entonces el ducado de Wurtemberg; en el período de 1634 a 1641 perecieron 345.000 de sus habitantes, de modo que siete años antes de concluirse la terrible guerra el país sólo tenía ya unos 47.000 habitantes; y en este reducido ducado habían sido arruinadas 8 ciudades, 45 pueblos, 65 iglesias, 158 abadías y escuelas; en total 36.000 edificios. De los 500.000 habitantes que el Palatinado tenía en 1618 existían en 1648 tan sólo 48.000; de un modo parecido se había disminuido la población en Franconia, Turingia, en la Alemania baja, en una palabra, en todas partes donde llegaba el terrible azote de la guerra. Existen razones importantes para suponer que la población del imperio alemán, que en 1618 llegaba por cierto a 16 o 18 millones, en 1649 había disminuido hasta unos 4 millones. No podemos admirarnos por lo tanto de que en algunos puntos se recurriera a los medios más raros para llenar tan terribles vacíos; así, por ejemplo, sabemos, según actos públicos, que la dieta del distrito de Franconia reunida en Nuremberg en febrero de 1650 tomó la resolución de que durante los diez años siguientes ningún hombre de menos de 60 años tomara el hábito de fraile; la de que todos los sacerdotes que no eran frailes podían casarse, y lo que es más raro, que a cada hombre le era permitido casarse con dos mujeres.

En vista de la terrible suma total de pérdidas materiales y morales causadas a nuestro país por la guerra de los Treinta años, bien podemos decir que ningún pueblo ha sufrido jamás prueba más espantosa que la experimentada entonces por la nación alemana; y también que en ningún tiempo nuestro pueblo ha demostrado más claramente su indestructible vitalidad, reanudando el trabajo interrumpido de la cultura en medio de la pobreza, de las necesidades, de la soledad y de la destrucción que nos había dejado el azote de la guerra.

V.

ARTISTAS Y POETAS; MÚSICOS Y ACTORES; LOS PRIMEROS PERIODISTAS Y LOS LIBREROS.

Jamas aniquilados ni vencidos nuestros predecesores por el peso de las desgracias, aún cuando éstas los agobiaran transitoriamente, supieron reanudar después de la paz de Munster y Osnabruck el trabajo civilizador, durante largo tiempo interrumpido. Pero lo reanudaron en las circunstancias más desfavorables; de modo que sólo con extrema lentitud pudo el pueblo moverse holgadamente en aquel caos de ruinas producido por la guerra: hubo empero momentos en que pudo dudarse que nuestro país alcanzara el período del florecimiento de su cultura a que llegó en el siglo XVI. A principios de la época de la Reforma el espíritu alemán había manifestado una originalidad, independencia y atrevimiento de que sólo quedaron recuerdos en el siglo XVII. Entonces Alemania era la primera potencia de la Europa civilizada; ahora vivía de las limosnas del extranjero y la imitación fue el signo característico de esta nueva época. La terrible guerra de los Treinta años había producido efectos verdaderamente desastrosos: había perturbado y oscurecido la inteligencia y endurecido el corazón. La desesperación había inducido a las gentes a esperar un auxilio fundado en medios sobrenaturales, precisamente porque los naturales parecían ineficaces. Era por lo tanto lógico que la superstición y con ella el poder de la ortodoxia, es decir, de los eclesiásticos y de los predicadores, aumentaran considerablemente; y que a consecuencia de esto durante la guerra e inmediatamente después de la misma, entre otros desvaríos el más deplorable, el horroroso de los procesos contra las brujas llegara, según ya hemos visto, a su apogeo. Bajo todos conceptos el siglo XVII se nos ofrece, por lo que respecta a Alemania, como inferior al XVI, que por más de una causa podía presentar trabajos con los cuales hasta hoy no pueden otros ser comparados.

Vengamos por ejemplo a las artes alemanas; nadie pretenderá que los trabajos artísticos actuales superen en ejecución y gusto artístico a los del siglo XVI, a pesar de que el actual, comparado con aquel, tiene una ventaja no pequeña en cuanto atañe a los descubrimientos e invenciones, tanto en ciencias naturales, como en trabajos técnicos y mecánicos. En los siglos XV y XVI los artistas alemanes eran famosos y célebres y hasta daban la norma en toda la Europa por la originalidad de sus planos y por la habilidad en la ejecución de los mismos; en nuestros días no pueden compararse por regla general y en ninguna de estas cualidades con los franceses.

Sólo una crasa ignorancia se atrevería a negar que el arte alemán, y en primera línea las nobles artes, estaban más desarrolladas antes de la Reforma que después de la misma. Casi durante dos siglos la arquitectura, la escultura y la pintura no lograron producir en Alemania trabajo que pudiera igualarse a las creaciones de estas artes inmediatamente antes del cisma o en el tiempo en que este se realizó. Y esto era muy lógico. El catolicismo admite las pompas religiosas, el protestantismo no; pero éste no puede pasar sin el auxilio de aquel cuando se trata de crear objetos artísticos. El protestantismo, sin embargo, en la intransigencia de su período juvenil, no permitió buscar y emplear tal auxilio; de aquí la sencillez sombría y exenta de fantasía del culto protestante y la esterilidad artística de su dogma. Compárense con ellas la exuberancia y ostentación, el fausto de las ceremonias católicas, en especial de las dedicadas a María, fuente inagotable de poesía y de arte; y sin dificultad se comprenderá por qué todos los artistas sobresalientes que desde fines del siglo XV hasta mediados del XVI trabajaban en nuestro país buscaron sus inspiraciones en el catolicismo.

Era esto lógica necesidad, y tanto más cuanto que el arte católico se había regenerado por lo pronto en Italia en virtud de la voluntaria aceptación de las ideas y elementos clásicos, así en el arte como en la literatura, desarrollándose por ende aquella fuerza original creadora, aquel afán de producir que caracteriza al «Renacimiento italiano.» La influencia de éste se notó también muy en breve en la vertiente septentrional de los Alpes; y con respecto a la arquitectura, más tarde en Alemania que en Francia; pues sólo desde mediados del siglo XVI los arquitectos alemanes cambiaron el estilo ojival por la construcción arquitrabada y las cúpulas, propias del estilo del Renacimiento, empleándolas por lo pronto sólo en las construcciones civiles, como castillos, palacios y casas de patricios, con exclusión de las eclesiásticas. La parte del castillo de Heidelberg, llamada el «edificio de Oton-Enrique» construida a principios del Renacimiento alemán (1556-59) y el castillo de San Martín en Maguncia, originario del período posterior del Renacimiento, lo mismo que el castillo de Offembach, edificado poco más o menos en la misma época, son verdaderos modelos de las magníficas construcciones de este estilo. En las ricas ciudades comerciales como Colonia, Ulm, Augsburgo y Nuremberg muchas casas de patricios originarias de la Edad media, trasformáronse en el siglo XVI en palacios del Renacimiento con fachadas decoradas de columnas, balcones y frontones tan graciosos y magníficos como caprichosos. Hasta principios de la guerra de los Treinta años las construcciones según estilo del Renacimiento alcanzaron gran boga en Alemania, como lo demuestran, por ejemplo, la casa consistorial de Augsburgo construida por Holl (1615-20), y la de Nuremberg, edificada al mismo tiempo por Holzschuher. Después que hubo pasado la tempestad de la guerra, la afición a las construcciones artísticas despertóse de nuevo, en especial en las ciudades de la Alemania del norte, conservándose los motivos principales del estilo del Renacimiento, pero empleándolos con mayor libertad; también se mezclaron con elementos tomados del llamado «estilo barroco» de Bernini o bien concretándose a imitar la sencillez clásica.

Esta última dirección seguían los arquitectos que a fines del siglo XVII y a principios del XVIII adornaban con edificios monumentales la capital del naciente Estado de Brandenburgo-Prusia: Nehring y Bott, constructores del arsenal de Berlín, y el original y vigoroso Andrés Schlueter, uno de los artistas alemanes más notables de su época, que trazó el plano y dirigió la construcción del grandioso e imponente palacio de Berlín (1699-1706). El que más le igualaba entre sus contemporáneos fue J. B. Fischer de Erlach, quien dio a conocer en Viena su actividad arquitectónica, y que fluctuó entre los estilos antiguo y barroco. De aquel es un ejemplo el castillo imperial de recreo de Schoenbrunn, construido por él (1696-1700); de éste la iglesia de Carlos Borromeo que edificó más tarde. El estilo barroco degeneró después en el plateresco, estilo amanerado y grotesco, que hizo de la decoración la parte esencial de la arquitectura.

La escultura alemana en piedra, en madera, en marfil y en metal había hecho en tanto grandes progresos en el siglo XV y ofrece en el XVI obras que llevan el nombre de los mejores artistas de la época. Aquí resaltaron de visible modo los felices resultados que produce el íntimo enlace del arte con el oficio. Los escultores en piedra y madera, los fundidores y plateros alemanes de aquella época no creían rebajarse con ser buenos obreros y como sabían aprovecharse de la habilidad que lleva consigo la práctica del oficio, en favor del arte, sabían también elevar este último a la esfera del arte. De este modo trabajaban escultores como Adan Kraff y Jorge Syrlin que realzaron el estilo germano de escultura de la Edad media hasta el apogeo de la perfección. Y así lo atestiguan «La pasión de Jesús» en la iglesia de San Sebald en Nuremberg y la magnífica urna del Sagrario en la catedral de Ulm. En los trabajos de la familia Vischer, fundidores en metal de Nuremberg, se echa de ver el íntimo enlace de las tradiciones de nuestro estilo ojival con los nuevos motivos del Renacimiento.

El notable fundador de la fundición en bronce fue Pedro Vischer y su obra principal el sepulcro de San Sebald en la iglesia del mismo nombre en su ciudad natal, que empezó en 1508 y acabó con ayuda de sus hijos en 1519, creación artística de primer orden de la que con razón se ha dicho que ninguna otra obra del arte plástico alemán ha reunido «tan rica, genial y armónicamente la belleza del sur con la sujetividad del norte.» Característica por lo que respecta al modo de pensar

de los discípulos del arte en aquel período es la inscripción puesta al pie del noble monumento del genio alemán y de la laboriosidad artística: «Pedro Vischer, ciudadano de Nuremberg, hizo con sus hijos la obra que fue acabada en el año 1519 y se pagó con ayuda de gente piadosa, de las limosnas: fue construida en alabanza de Dios Omnipotente y en honor de San Sebald, príncipe del cielo.» Muy laudable en los ciudadanos alemanes era también su interés por los monumentos públicos, que les impulsaba a adornar las iglesias, las casas consistoriales, las lonjas y los mercados de las ciudades de nuestra patria con obras del arte plástico. En general debe decirse en honor del siglo XVI, que en las clases instruidas estaba muy desarrollada la afición a lo bello, y que no solamente en los palacios de los príncipes y en los castillos de los señores, sino también en las casas de los ciudadanos se anhelaba poseer obras de arte, procediéndose en este sentido con verdadero criterio artístico.

La pintura alemana nada tenía que envidiar a la arquitectura y a la escultura. Había recibido su primer impulso en Flandes donde por la familia de artistas de los van Eyck se dio muy pronto a la pintura la nueva dirección que este arte había tomado más acá de los Alpes. Es por lo tanto fácil de explicarse por qué las primeras escuelas de pintura de aquella época se abrieron en la Baja Alemania, es decir en Colonia y Munster. La Alemania del Sur pronto siguió el ejemplo. En Alsacia, Suabia y en Suiza aparecieron pintores que adquirieron honrosa fama, entre los que deben mentarse Martin Schongauer, Bartolomé Zeitblom, Hanns Schuehleim y Nicolás Mannel. A medida que crecía el interés, aumentaba la producción. Augsburgo, Basilea y Nuremberg, distinguidas entre muchas ciudades por su actividad intelectual, industria y riqueza comercial, se convirtieron en residencias favoritas de la pintura alemana.

En Augsburgo vivía la familia de pintores Holbein, en la que se distinguieron tres de sus miembros, abuelo, hijo y nieto: el último, Juan Holbein el Joven (1495-1543), fue un gran maestro, cuyo carácter brilla sobre todo en sus trabajos de Basilea. Como pintor de Vírgenes ha sabido hacer de la Madre de Dios el ideal de la madre de familia alemana. Todo el mundo conoce la belleza del dibujo en sus cuadros, la finura y delicadeza de su colorido. Pero su mejor obra, la más característica, es la celebrada *Danza de la muerte* que debe considerarse como uno de los señalados triunfos de la genialidad trágica de la raza germana.

Alberto Durero (1471-1528) nació en Nuremberg donde trabajó también hasta su muerte, excepto los años de sus viajes en clase de discípulo y como maestro. Era uno de aquellos hombres de facultades generalizadoras, como raras veces la naturaleza los crea. Durero ha reunido en sí los diferentes caracteres constituyentes de la pintura alemana del primer cuarto del siglo XVI, elevándolos hasta su más acabada expresión. En todas sus obras, ya pertenezcan a la pintura al óleo, al grabado en cobre o en madera, ha manifestado con un genio del todo independiente los frutos de sus estudios hechos en Italia y en los Países Bajos, reuniendo felizmente con la profundidad alemana las formas y los colores graciosos y brillantes de las escuelas italiana y flamenca. En todas sus obras, producidas en la madurez de su vigor y de su instrucción, encontramos un profundo sentimiento de la naturaleza, intuición mística y grandeza moral; pero también una genialidad fresca y alegre. Estudió hasta su muerte, pues uno de sus últimos trabajos, sin duda el más profundo y el más grandioso por su estilo, son aquellas dos tablas con las cuatro «columnas de la Iglesia» Juan, Pedro, Marco y Pablo, más conocidas con el nombre de los *Cuatro temperamentos*.

Además de Holbein y Durero floreció Lucas Cranach (su nombre verdadero Sunder, de Cranach en Franconia), no inferior a ellos, que sobresalió en el arte de retratar y que intentó y supo dar a sus cuadros la expresión de su entusiasmo por la Reforma. En la pintura sobre vidrio que en esta época dio a conocer sus creaciones más magníficas, sobresalieron Hirschvogel y Wild, y las artes del grabado en cobre y madera gozaron de gran perfección bajo la dirección de maestros de primer orden, como Holbein, Durero y Cranach. Más tarde, en el siglo XVII, varios artistas de apellido Merian se distinguieron como grabadores en cobre.

La música, la poesía y la comedia no alcanzaron igual altura que las artes gráficas en la época de la Reforma. La música instrumental, sin embargo, experimentó ya en el siglo XVI ciertas mejoras con el aumento y más perfecta fabricación de los instrumentos de viento y de cuerda: a las flautas, trompas, y bocinas, se añadieron los fagots, y el mecanismo de las diferentes clases de violines mejoró esencialmente. El adelanto de mayor importancia en la esfera de la música vocal de esta época fue el cántico eclesiástico protestante, que respecto al texto ocupó también en la literatura nacional un lugar eminente. El canto coral eclesiástico adquirió sin duda grande importancia para el desarrollo ulterior de la música alemana; pero este desarrollo fue muy lento en el siglo XVI, y quedó del todo interrumpido en el XVII, porque como tantas otras cosas «a la moda» también la ópera italiana invadió nuestra patria encontrando en las cortes alemanas ávida acogida y solícita atención. La primera ópera representada en la corte del Elector de Sajonia en Torgau, en 1627, fue la *Dafne*, traducida del italiano por Opitz y puesta en música por Sthutz. El espectáculo de la ópera extranjera con sus escenas inmorales e inverosímiles, y sus fantásticos bailes, limitó nuestra música nacional por mucho tiempo a las iglesias y con preferencia a las protestantes, porque en las católicas predominó un culto pomposo en el que también se pagó tributo a la música italiana. Fue preciso que más tarde, según veremos, apareciera un genio musical de fuerza gigantesca, Juan Sebastian Bach, para poner a salvo y dar mayor realce a la música alemana sobre la mísera imitación y el mal gusto extranjero, para desarrollar los gérmenes musicales encerrados en el canto coral de los protestantes y para colocar por fin el arte músico religioso en el más alto punto de perfección artística.

Por lo que atañe a la literatura nacional de nuestro país en la época de la Reforma y hasta los últimos años del siglo XVIII, no podemos, si queremos ser francos, vanagloriarnos mucho de su estado. En todo aquel período no se publicó una sola poesía que pudiera pasar por obra original, por verdadera manifestación poética del genio nacional, por acabada expresión del de la época de la Reforma, por una revelación, en fin, de los sentimientos e ideas, de la voluntad y de las aspiraciones que entonces conmovían e impulsaban a nuestro pueblo, sentimientos y aspiraciones personificados en un tipo poético. Nuestra literatura no llegaba de mucho a la altura de la italiana, española e inglesa, ni tan siquiera de la francesa. La pobreza de los siglos XV, XVI y XVII, en creaciones poéticas de valor duradero, se manifiesta con harta evidencia comparándola con la riqueza de nuestra literatura en su primer periodo de florecimiento en la Edad media y con su segundo periodo a fines del siglo XVIII, y principios del XIX. En toda la época de la Reforma buscamos en vano un solo poeta de primer orden, una individualidad que respecto a su época tenga, en lo que atañe a la literatura nacional, la importancia que Gualtero, Wolfram y Godofredo en la Edad media, y que Lessing, Goethe y Schiller en los tiempos modernos. Verdad es que tampoco en los siglos XVI y XVII, nos faltaban hombres de talento: muy al contrario, estos no escaseaban, pero ninguno de ellos se elevó a la altura de un genio, ni supo romper las cadenas del teologismo y hacerse intérprete de ideas más humanas, ni salir en fin del estrecho círculo de la imitación para producir concienzudos trabajos originales. Manifestáronse, es verdad, en determinados puntos hombres de valía que dieron a conocer trabajos excelentes, pero considerados en conjunto, los productos de la literatura nacional de aquella época tienen en su mayoría mayor valor para la historia de la civilización, que para las especiales del arte y de la literatura, puesto que no llegaron a alcanzar el nivel de perfección que asegura dilatada existencia a las producciones del ingenio.

Al par que la canción popular del siglo XVI y especialmente de la histórica, la poesía religiosa de los protestantes hizo su aparición en gran manera favorable a la literatura nacional. El mismo Lutero, que como nadie ignora estaba dotado de voz sonora y vigorosa, había dado tono a esta poesía, y siguieron su ejemplo con más o menos éxito una serie de compositores místicos. En el siglo XVII el cántico bíblico de Lutero dejóse oír por última vez en toda su fuerza en los entonados por Pablo Gerhardt. Al mismo tiempo en el campo católico el noble Federico de Spee compuso sus canciones piadosas y Angelo Silicio (Juan Scheftler) imitando en versos la prosa de Jacobo Boehnn, escribió sus consideraciones místico-panteístas, que en rigor, según la teología, era herejías en alto

grado dignas de condenarse. Verdaderamente el panteísmo de Scheffler se manifiesta en algunos pasajes con tal audacia, que creemos oír a Dschelaleddin, el antiguo panteísta persa, y en otros pasajes con tal ternura íntima que nos hacemos la ilusión de tener a la vista la obra de un moderno predicador alemán, del panteísta Leopoldo Schefer.

El espíritu de la duda y de la oposición, poderoso entre nuestros antecesores del siglo XVI, dio preferencia entre todos los estilos al satírico. Este estilo fue el que usaron Erasmo y los autores de las *Cartas de hombres oscuros* y se cultivó siguiendo estos modelos en grande escala en nuestro país; usó en sentido reformista Sebastian Brandten su *Buque de los locos* a bordo del cual todas las clases y categorías sociales ostentan sus locuras, y le emplearon asimismo Tomás Murner, violento libelista católico y Juan Fischart de Maguncia (nacido en 1545-1550), poeta alemán dotado de vigoroso numen y hombre versátil en grado sumo. Fischart fue un publicista incansable, siempre dispuesto a romper lanzas en favor de la Reforma, siempre pronto a luchar por esta causa; enérgico adversario de los jesuitas, genio satírico que nunca vacilaba en atacar de un modo violento, y en ocasiones grosero, las locuras y los vicios de sus contemporáneos; y que dotó con nuevas palabras el caudal de la lengua alemana, tratándola a manera de artista consumado. La extraordinaria facilidad que le adornaba la demostró con cierta extravagancia en su traducción de la célebre novela satírica de Rabelais, publicada con el título de: *Historia de las aventuras y hazañas llevadas a cabo por los héroes y señores Grasdgoschier, Gargantúa y Pantagruel*.

Sin embargo este hombre original, que tan perfectamente poseía y empleaba el idioma patrio, demostró en su narración poética *La nave afortunada de Zurich*, que describe el conocido viaje de los zurigenses a Estrasburgo. que sabía emplear también el estilo ligero y gracioso. En esta novela histórica en verso describe un acontecimiento que constituye uno de los episodios más donosos de la vida ciudadana del siglo XVI en Alemania. Estrasburgo por entonces, ciudad libre del imperio, y objeto ya de las miradas codiciosas de los franceses, tenía especial interés en vivir en buena armonía con los confederados suizos, que a la sazón eran bastante poderosos para ayudar a sus amigos en caso de necesidad. No obstante, en Estrasburgo existían dudas con respecto a si los suizos por efecto de la distancia a que se hallaban, podrían acudir con la necesaria prontitud en auxilio de su aliada cuando el caso lo exigiera. Súpose esto en Zurich precisamente en el momento en que se celebraba en Estrasburgo una gran fiesta de bateleros (1576); y en el acto reuniéronse buen número de alegres ciudadanos que armaron un gran barco, en cuya cubierta pusieron una olla de hierro con gachas en estado de ebullición; después dirigiéronse bien armados por el Limmat y el Aar al Rhin y pasando por Saeckin, Basilea y Brisac, llegaron a Estrasburgo antes que las gachas se hubiesen enfriado. Recibieronles con grandes honores y transportes de alegría; la posibilidad de acudir pronto en auxilio de la ciudad aliada quedó probada y poco después Estrasburgo hizo formal alianza con Zurich y Berna.

La tendencia oposicionista de la literatura en el tiempo de Brandt y Fischart invadió también la literatura dramática que entonces se hallaba en su infancia y que se propagó más pronto por el Sur de Alemania que por el Norte. La más antigua noticia que poseemos de una pieza alemana puesta en escena en Berlín alcanza al año 1593 y por ella venimos en conocimiento de que esta primera obra dramática fue «una comedia muy linda y edificante del feliz nacimiento de nuestro Señor Jesucristo», o por mejor decir un verdadero «misterio» semejante a los de la Edad media. Pero también en las regiones católicas del Sur de Alemania los misterios no solamente estaban aún en boga, sino que se representaron hasta los siglos XVIII y XIX, según demostraremos en la cuarta parte de esta obra: al propio tiempo desde principios del siglo XV en que se habían inventado, representábanse en las ciudades meridionales de Alemania y especialmente en Nurenberg, comedias profanas llamadas carnavalescas, pues en ellas se empleaban los disfraces de carnaval; y así fue paulatinamente creándose un arte dramático más noble ya, aunque todavía grosero, cuyo escenario eran las calles y cuyos asuntos principales se reducían a obscenidades y palizas, hasta que a fines del siglo se introdujeron en él comedias nacidas al calor de la controversia religiosa y que por lo mismo eran menos indecentes.

Por el año 1480 se representó por primera vez la *Comedia de la señora Jutta* que «fue papa en Roma», comedia que no era otra cosa sino una reproducción dramático-satírica de la fábula de la papisa Juana. Esta sátira anti-romana continuó acérrima en las comedias carnavalescas del pintor Manuel de Berna, en las que «de un modo burlesco se descubría la verdad sobre el Papa y sus sacerdotes» y que el autor hizo representar en 1522 en su ciudad natal por hijos de los ciudadanos. Los discursos que en ellas pronuncian el prior Relling, el capellán Nuzblust, el vicario Fabler y la «vaca de las almas» (cocinera del párroco) Lucía Schnebeli, son tan divertidos como característicos.

Nueve años después se puso en escena por primera vez en Nurenberg un espectáculo carnavalesco por demás divertido, *El hierro caliente* de Hanns Sachs, que demostró ya un progreso visible en la comedia de polichinelas, tendiendo a elevarla hasta la de costumbres. Este «maestro de canto», excelente zapatero y poeta de Nurenberg, fue sin duda una de las figuras más características del siglo XVI, individualidad excepcional que produce en el ánimo una impresión benéfica. Dotado de una fecundidad verdaderamente asombrosa, escribió más de seis mil poesías, «cantos de maestro, tragedias, comedias, sátiras, fábulas y parábolas, cánticos y canciones amorosas.» Sólo un poeta contamos en la literatura alemana, Federico Ruckert, que como el buen Hanns Sachs, supiese dar expresión poética a todo lo que conmovía e interesaba a su época. Hombre de corazón y de genio, el zapatero de Nurenberg dio vida en las formas más variadas a las ideas y opiniones de la época de la Reforma. Sus mejores trabajos fueron sus sainetes y farsas carnavalescas, debiéndose decir en su honor que fue su pluma la más honesta y discreta de todos los autores de su época.

Mientras que gracias a Hanns Sachs la comedia popular alemana tendía a su perfeccionamiento, en los círculos ilustrados se intentaba por otro estilo realzar la literatura teatral, favoreciendo las llamadas «comedias de escuela» que se ponían en escena en los institutos de enseñanza y universidades por profesores y estudiantes. Representábanse las comedias de Plauto y Terencio en su lengua original y hasta se osó interpretar las de Aristófanes: así por ejemplo la comedia de este autor, *Pluto*, se representó el 1 de enero de 1531 en Zurich por profesores y discípulos en lengua griega. Un tal Cristóbal Klauser representó el papel de la mujer de Cremilo, papel que por mucho tiempo aún desempeñaron niños y jóvenes. Los jesuitas supieron hacer del arte dramático escolar, gracias a la variedad del repertorio y del aparato teatral, un medio para aumentar su autoridad e influencia.

Prodújose también un cambio importante en la comedia alemana merced a la circunstancia de sustituirse la escena improvisada con la permanente. El gremio de los maestros de canto de Nurenberg construyó en 1550 en esta ciudad el primer teatro de nuestro país, siguiendo pronto su ejemplo Augsburgo y otras ciudades. Sin embargo debemos formarnos sólo una idea muy modesta de estos antiguos teatros de Alemania; sólo se había pensado en la escena y aún esta carecía de telón y estaba provista tan sólo de los aparatos más indispensables; los espectadores tenían que resignarse a arrostrar el viento y la tempestad, el sol y la lluvia, del mejor modo posible. El alumbrado artificial no hacía falta porque las funciones sólo se efectuaban de día. De no menor importancia que la construcción estable de los teatros fue desde fines del siglo XVI la sustitución paulatina de los aficionados por actores de oficio. Las compañías dramáticas inglesas y holandesas que de paso daban representaciones en Alemania servían de modelo a los comediantes del país.

En los primeros decenios del siglo XVII, algunas cortes alemanas, como por ejemplo la de Brandeburgo, Brunswick, la de los Electores de Cassel y de Sajonia, tenían ya temporalmente compañías de actores de oficio a su servicio. No obstante, la circunstancia de proceder por regla general los comediantes de las clases más ínfimas de la sociedad es bastante a explicar por qué la fama de las compañías teatrales que bajo la dirección de «principales» o «maestros comediantes» se organizaban a modo de gremios, no fuera de las más honrosas, tanto que al comediante se le consideraba por deshonorado y se le colocaba poco más o menos al nivel del verdugo.

Por lo que toca a las comedias representadas eran, ya farsas, ya «espectáculos de asesinatos.» En ambos figuraba sobre todo el payaso, que había imitado de su compatriota, el comedor de

arenques holandeses, algunas particularidades y costumbres no muy decentes. En el fondo todas estas comedias sólo eran representaciones de polichinelas en mayor escala, y puestas en escena con figuras animadas. Alguna que otra vez un hombre de talento y energía se ponía al frente de una de estas compañías vagabundas; así por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XVII, aquel maestro Juan Velthen que puso las comedias de Molière en el escenario alemán, introduciendo la innovación de que en la comedia los papeles de mujer se representaran por actrices. Esto se había ya puesto en práctica en la ópera con la que en el tiempo de Velthen el drama no podía competir; pues las traducciones y las imitaciones insustanciales de la ópera italiana dominaban en el teatro alcanzando el género extranjero gran boga en Alemania y en todas partes.

Antes de finalizar el siglo, todas las grandes capitales a la par que las ciudades comerciales de Hamburgo, Leipzig, Nuremberg y Augsburgo tenían sus teatros de ópera. Los espectáculos representados en la escena de estos teatros se convirtieron en verdaderas maravillas; todos los asuntos imaginables religiosos y profanos, mitológicos e históricos, trágicos y cómicos se ponían en escena con el mayor lujo de maquinaria, decoraciones y trajes, y por un personal numeroso junto al cual figuraban también animales. No debemos asombrarnos de ello, pues poseemos noticias detalladas del último tercio del siglo XVII, respecto a algunas representaciones de ópera que costaron 50, 60 y hasta 70.000 florines, cantidades muy considerables en aquella época.

Un hecho que prueba el sentido moral de nuestros abuelos, son las arias de contenido en extremo impúdico, cantadas en óperas pastorales y cómicas, por muchachas y mujeres. Pero los comediantes intentaban competir del mejor modo posible con sus compañeros de la ópera, poniendo en escena comedias escandalosas, para atraer a su vez a los espectadores. Representaban con este objeto al lado de sus farsas las llamadas «Acciones principales y de Estado» es decir, tragedias horripilantes, groseramente compuestas y no escasas en cómicas obscenidades, entresacadas ya de la tradición e historia bíblicas o ya de las profanas; estas producciones trágico-cómicas se declamaban con gestos extravagantes y ridículos movimientos.

La grosería y rudeza que predominaban en el teatro alemán han contribuido en gran parte a la decadencia literaria de aquella época. Apenas podía decirse que existiera una literatura nacional, pues la tradición literaria no solamente fue interrumpida por la guerra de los Treinta años, sino que parecía extinguida para siempre, no existiendo posibilidad de que en Alemania se desarrollara el drama nacional originario de los misterios de la Edad media, tal como felizmente se efectuó en España e Inglaterra. Faltaban además en ella los grandes poetas que en los dos países citados supieron comunicar a la poesía y al arte dramáticos un vigoroso desarrollo nacional. Pero no se tuvo en cuenta que nuestro pueblo poseyó en otro tiempo una rica y admirable poesía nacional; la epopeya alemana, tal como la habían cantado los grandes poetas, no prevalecía ya. Apenas si alguna que otra vez, pero siempre a intervalos, dejaba oírse una verdadera canción popular, como aquella que comienza: «Ven, consuelo de la noche, ¡oh! ruiseñor.

La canción histórica tan bella y popular aún en el siglo XVI, se transformó en el XVII en producto de docta pedantería. Ya antes de la guerra de los Treinta años y a consecuencia de las relaciones de las cortes católicas de Alemania con la española, y de las protestantes con la francesa, el gusto por lo extranjero y sobretudo la deplorable mezcla de lenguas, contribuyeron a desnaturalizar nuestro idioma con la mezcla de frases y modismos españoles, italianos y franceses. Sin embargo, este abuso deplorable encontró resistencia por parte de personas ilustradas y patrióticas, entre las que en primera línea figuran los círculos de nobles, y sobre todo el ilustrado príncipe Ludovico de Anhalt-Kothen, que trabajó con gran ahínco contra la romanización cada día creciente del idioma alemán. Inspirándose en la idea del barón Gaspar de Teutleben, hidalgo distinguido de Turingia, fundó en 1617, en calidad de Orden la «Sociedad productora», llamada también «Orden de la palma», que tomaba por símbolo la palmera y por divisa el mote: «Todo para la utilidad», y cuyos socios se obligaban a hablar y a escribir el castizo alemán y a hacer cuanto fuera útil para enaltecer la lengua materna. Esta sociedad, que sirvió de modelo a otras, («La orden

de los pastores del Pegnitz²⁰ de Nuremberg, «La sociedad de patriotas alemanes» de Hamburgo, «La orden del cisne» a orillas del Elba), empleó, no obstante, muchas veces sus emblemas, divisas y títulos a manera de juguetes; pero a pesar de esto, sus miembros tienen el mérito de que ni aún en la desatada tempestad de la guerra de los Treinta años permitieron que la bandera nacional se cubriese de lodo, aunque no siempre la tremolaran muy alta.

No obstante, en su conjunto, estos aislados esfuerzos de los patriotas no podían evitar la romanización, que durante la terrible guerra hizo grandes progresos, ni la moda que invadía más o menos a todas las clases sociales de nuestro país. También la literatura siguió de tal modo la desgraciada tendencia de la época, que los mismos poetas y literatos de sentimientos genuinamente alemanes, como por ejemplo, Jorge Rodolfo Meckherlin, se contentaban con imitar modelos extranjeros en un alemán relativamente puro. Tampoco Martin Opitz, el fundador de la primera escuela de poesía en Silesia, llamado también por algunos el padre de la moderna poesía alemana, fue superior a él. Era éste un sabio muy versado en ciencias, y hombre de reconocido patriotismo, pero cuyas composiciones, canciones, sonetos, églogas, así como sus largas y enojosas poesías didácticas, carecen de originalidad. Su *Libro de la poesía alemana* (1624) adquirió gran boga y durante largo tiempo sirvió de código a la poesía nacional, falta de originalidad e independencia y reducida a la imitación de los clásicos, de los italianos, de los españoles y de los franceses. La influencia de estos últimos llegó a preponderar de tal modo que la poesía alemana sólo se estimaba correcta cuando empleaba el monótono alejandrino francés.

Alguna que otra vez dejábase oír la sonora voz de un poeta verdadero, como se echa de ver en las inspiradas canciones místicas y profanas de Pablo Flemming; pero enmudecía muy pronto, y cuando uno de los más eminentes alemanes del siglo XVII, Federico de Logau, en sus poesías morales tan nutridas de profundos pensamientos y tan vigorosas en su forma, combatía, entre otros desvaríos y vicios de sus compatriotas, los que predominaban en la literatura, el público hacía tan poco caso de sus palabras que el poeta veíase obligado a renunciar a sus propósitos, formulando su indiferencia en el epigrama siguiente:

«La tierra es redonda y gira,
por eso la gente se atonta.»

La llamada segunda escuela de poesía de Silesia, intentó una reacción contra esa poesía producto raquíutico de la retórica, recomendada por Opitz, pero sólo logró que nuestra literatura cayera en otro extremo no menos lamentable, es decir, que diera en un peligro peor que el que quiso evitar. Era éste la obscenidad un tanto exagerada que Hoffmannswaldau y Lohenstein empleaban en sus poesías «galantes» y en sus pomposas tragedias imitando a los italianos. No puede ser más triste la impresión que produce una época en que la musa lírica y trágica se había prostituido hasta tal punto, bien que con el beneplácito de las clases instruidas. Y estos excesos literarios debían aparecer tanto más repugnantes, en cuanto no eran productos inconscientes de la pasión, sino de la inteligencia, faltos además de originalidad y de sentimiento. Aspiraba la pedantería de los poetas a competir con Ovidio, Petronio y Marcial. Las liviandades, por decirlo así, ingenuas, tal como se presentaban en nuestras farsas de la Edad media podían soportarse hasta cierto punto, pero esta obscenidad refinada, ostentada con descaro por Hoffmannswaldau y Lohenstein, como mercancía de fácil venta en la buena sociedad, causa verdadera repugnancia y es triste testimonio de la degeneración así literaria como moral de nuestra desgraciada patria, terriblemente combatida por la guerra.

Andrés Gryph, contemporáneo de los dos citados poetas, demostró ideas más profundas que ellos. Esforzóse por dotar a nuestra literatura con un drama artístico, aunque desgraciadamente rigióse en sus tragedias por un modelo desdichado, la tragedia latina de Séneca, que entonces se consideraba como uno de los mejores autores. Los dramas impresos de Gryph, en los que la palabrería retórica tendía a sustituir los caracteres y las pasiones, no eran propios de la escena.

20 Río pequeño que atraviesa la ciudad de Nuremberg. (N. del T.)

Mejor suerte cupo al poeta con sus comedias: dio forma verdaderamente típica a las fanfarronadas bélicas de los soldados en su *Horribilikribifax*, y en su *Pedro Squenz* a la deplorable poesía de su época.

Por lo demás en el siglo XVII, como aún hoy día, el género favorito en literatura era la novela fabulosa. En cuanto a las pastorales e históricas sólo eran imitaciones. El español Montemayor, el francés D'Urfé y la francesa Magdalena Scudery eran los modelos que seguían nuestros novelistas Dietrich del Werder, Felipe de Zefen, Enrique Buchholz y el duque Ulrico de Brunswick. *El bandido asiático* de Enrique Anselmo de Ziegler y Kliphausen y *La historia de la vida y amores del heroico Arminio y de la ilustre Tusnelda* de Gaspar de Lohenstein, eran consideradas por nuestros antecesores como las más perfectas de aquellas novelas por demás monótonas y extravagantes, mezcla heterogénea de toda clase de materiales.

Sin embargo la novela picaresca, tal como la habían cultivado los dos españoles Mendoza y Quevedo, competía felizmente con estas novelas heroicas. Comparada con la sublime locura del romanticismo caballeresco y pastoral, la novela española representaba un sano realismo, que en Alemania produjo trabajos excelentes, quizás los mejores que dio a conocer en el siglo XVII la literatura nacional. *Las aventuras de Simplicius Simplicissimus* (1669) de Juan Jacobo Cristóbal de Grimmelshausen, es un libro que puede designarse como la primera novela histórica original alemana, obra de un valor verdaderamente inapreciable, porque es la imagen más acabada e ingeniosa del estado social de nuestro pueblo durante la guerra de los Treinta años. De gran valor para la historia de las costumbres son también *Las maravillosas y verdaderas visiones de Filandro de Sittewalt* (1644) de Juan Miguel Moscheroch, inspiradas por los *Sueños* de Quevedo y que a través de la sátira nos ofrecen verdaderos cuadros de costumbres. Moscherosch, hombre inteligente y patriota entusiasta, en unión con Logau, Rachel, Gryph y otros de sus más excelentes contemporáneos combatió con todas sus fuerzas la deplorable decadencia de la lengua y la diabólica mezcla lingüística impuesta por la moda. El verso final de una de sus poesías satíricas dice: «Con vergüenza vemos como se desfigura y destruye el idioma. ¡Alemanes degenerados, fuerza sería trataros a latigazos!»

Pero ni la reconversión sería ni la amarga sátira conseguían resultado alguno contra este género de abusos. Por mucho tiempo aún la tendencia a la romanización predominó por desgracia en Alemania. Tampoco se nota que la novela histórico-satírica, tal como Cristian Weise la presentó, a contar del siglo XVII a principios del XVIII, o bien la sátira tal como la empleó entre los protestantes Baltasar Schupp de un modo enérgico y eficaz, y entre los católicos el padre Abraham y Santa Clara (Ulrico Megerle), tipo genuino del verdadero capuchino, de un modo tan risible como grotesco, contribuyeron a mejorar las costumbres de los contemporáneos.

Al finalizar la época de la Reforma fuerza nos es arrojar una mirada a los principios de la misma, para fijarnos en un verdadero fenómeno de la historia de la civilización, fenómeno que desde entonces siempre ha aumentado en importancia. Nos referimos a ese nuevo medio de comunicación intelectual y periódica llamado la prensa.

El origen de la misma se enlaza en nuestro país con las canciones populares e históricas que en los siglos XIV, XV y aún en el XVI se repetían de boca en boca. Siguen después, en el siglo últimamente citado, las noticias de los «gacetilleros», pagados por las cortes alemanas en todas las ciudades importantes, y los relatos de los embajadores y otros empleados. Dos circunstancias influyeron mucho en favor de la propagación y por consiguiente también del éxito de las hojas volantes que desde principios de la Reforma aparecieron cada vez con más frecuencia: el arte tipográfico cultivado cada vez con mayor celo y la institución de los correos. Sabemos ya que a fines del siglo XIV la Orden alemana instituía en Prusia correos a caballo para el transporte de las cartas. Entre las ciudades hanseáticas existían en el siglo XV coches-correos que sólo se ocupaban en el transporte de las cartas. En 1516 el emperador Maximiliano hizo instalar por Francisco de Thurn y Táxis (cuya casa veintinueve años más tarde adquirió la posesión hereditaria de la

Dirección superior de los correos del imperio) el primer servicio regular para la correspondencia entre Viena y Bruselas, servicio que se tomó por modelo para las instituciones postales en los diferentes países del imperio. Desde mediados del siglo XVII los correos alemanes se encargaron también del transporte de las personas, aunque los viajes en correo sólo llegaron a ser más usuales en el siglo XVIII.

El periodismo alemán, si así podemos llamar a la literatura de hojas volantes que iba rápidamente en aumento, el periodismo que entonces aún estaba en los albores de su vida, experimentó al lado de las citadas ventajas, no escasos obstáculos; por lo que bien puede decirse que al ver la luz la prensa alemana comenzaron también las medidas gubernamentales contra ella. La censura de impresos (obra del papa Alejandro VI que la decretó en su Bula de 1501) sirvió de tijera para cortar las alas de la prensa apenas desplegadas. Las hojas volantes, soliloquios, canciones y sátiras impresas en el imperio, y que al mismo tiempo trataban de asuntos eclesiásticos y políticos, excitaban de tal modo la bilis del emperador Carlos V, que hizo redactar el primer decreto de censura, aprobado en las dietas de Espira (1529) y Augsburgo (1530). Ordenábase en él, «que en adelante nada de nuevo podría componerse e imprimirse ni venderse pública ni clandestinamente sin ser antes examinado y aprobado por personas inteligentes nombradas por la autoridad eclesiástica, o política.» Los «autores, impresores y libreros que contravinieran el decreto debían ser castigados según las circunstancias en su cuerpo o en sus bienes.» La censura ha dominado 318 años en los países alemanes, es decir, desde 1530 a 1848; pues todas las necedades parece como que tienen por desgracia asegurada larga vida y muchas hasta se representan con carácter de eternas.

Los llamados «cuadernos postales», libritos que al fin del año daban una serie explícita de los acontecimientos ocurridos en él, constituían un paso más con respecto a los relatos de los gacetilleros y a las hojas volantes o periódicos verdaderos. También los calendarios contribuyeron a este progreso, si bien debe notarse que tan sólo antes de 1550 comenzaron a publicarse calendarios anuales, mientras que los anteriores estaban destinados para cierto número de años. En el siglo XVII lo que los «correos a caballo» habían intentado y logrado, alcanzó ya gran desarrollo, pues las colecciones de relatos históricos, actas e impresos de todo género adquirieron ya el tamaño de obras en folio, cuyos tomos adornados de grabados en cobre y madera se publicaban periódicamente. La más importante de estas publicaciones es el *Theatrum Europeum*, escrito en alemán, que desde 1662 vio la luz en Francfort en veintiún tomos en folio. En la industriosa ciudad libre a orillas del Main se imprimió también desde 1515 el primer periódico digno de este nombre, una publicación semanal fundada por el ciudadano Egenolf Emmen, que no solamente en Alemania sino en toda Europa fue la primera que apareció a intervalos tan cortos. La competencia sin embargo no tardó en manifestarse. En la misma ciudad de Francfort se publicó ya en 1616 un segundo periódico. Después, es decir desde 1619, se fundaron otros en Nuremberg, Augsburgo, Hanau, Hildesheim, Colonia y Viena; Berlín hasta 1655 no tuvo su gaceta periódica. La *Correspondencia de Hamburgo*, sin embargo, tomó la delantera a los periódicos alemanes y europeos. Los franceses en cambio precedieron a los alemanes en la fundación de publicaciones científicas; pues el periódico científico más antiguo de nuestro país titulado *Acta eruditorum* (1683), publicado por Otón Meneken y otros catedráticos de Leipzig, era una imitación del *Journal des Sçavans* (1565) de los franceses. La actividad editorial de los sabios sólo adquirió importancia nacional cuando Thomasius, hombre no solamente erudito sino de una inteligencia sana y generalizadora, comenzó en sus *Coloquios mensuales* escritos en alemán, a tratar cuestiones y fenómenos científicos.

Así en la aparición y en el perfeccionamiento de la impresión de libros como también en el desarrollo del comercio de los productos literarios, que al compás de ambos comenzaba a florecer, la Alemania meridional se adelantó bastante a la septentrional.

Francfort sobre el Main «el bazar de los alemanes» y la más importante de las ferias del mundo, ya a últimos del siglo XV tenía fama como mercado de libros, por cuyo concepto desde el siglo XVI Leipzig comenzó a hacerle gran competencia. En 1564 se publicó el primer catálogo de

libros de la feria de Francfort, en 1594 el primero de Leipzig. Desde 1564 a 1600 en los mercados de Francfort y de Leipzig se exhibían 21.941, número de libros que en su gran mayoría había salido de las prensas alemanas. No obstante, el hecho de que de aquellos 21.941 libros, nada menos que 14.478 estaban escritos en latín y solo 6.618 en alemán, demuestra cuál era la preponderancia que entonces el latín tenía en el comercio literario sobre el idioma nacional. En el total de aquellos, se contaban también 457 libros franceses, 351 italianos y 37 españoles, circunstancia de la que pueden deducirse los diferentes grados en que estos tres idiomas se cultivaban en nuestro país. El impresor, el editor y el librero eran entonces una sola persona. Por lo demás el comercio tipográfico aumentó rápidamente: en 1564 sólo había doce ciudades alemanas con casas editoriales, en 1596 había ya 59 ciudades con 117 editores.

Pero en la misma proporción en que aumentaba y prosperaba el comercio de libros, multiplicábanse las vejaciones de la censura. Los mandatarios del Emperador y los príncipes, la autoridad católica y los consistorios protestantes competían en la persecución de los libros y libreros. Las prohibiciones, pesquisas, confiscaciones, multas y prisiones estaban a la orden del día en el imperio alemán. El hecho de que en 1524 el librero Juan Herrgott fue ejecutado en Leipzig por haber vendido libros prohibidos, basta para caracterizar a un siglo, en el que la brutalidad de la justicia se manifestaba con tan horrorosa evidencia, así como basta recordar las sentencias pronunciadas en el proceso contra Grumbach (1567) y en especial la que se dio bajo la influencia inmediata del elector Augusto de Sajonia contra la persona del desgraciado librero, y en la que se decía: «Aunque el citado Grumbach merece un castigo serio, su Alteza Real se digna, por su gran bondad, mitigarlo de modo que el delincuente sólo sea descuartizado vivo.»

VI.

CHOZA Y CASA; CASTILLO Y PALACIO

Cuando el honrado Sebastian Frank dio en 1538 a la estampa su *Crónica alemana*, consignó en el prefacio esta alabanza a su patria: «Germania está en la actualidad dotada y favorecida por Dios de tal manera, que ninguna nación puede vanagloriarse de ser superior a ella, así en trigo de buena calidad y en excelente vino, como en aires puros, en el ingenio popular, en el número de provincias y ciudades pobladas, y sobre todo en las artes, puesto que Germania ha inventado la imprenta, los arcabuces y muchas otras cosas, y aún diariamente inventa nuevas artes, descubriendo países y continentes desconocidos. El pueblo alemán es paciente, bondadoso, y comparado con el de otras naciones piadoso, superior a muchos en moralidad, temor de Dios, conciencia y religiosidad. Aquí residen los mercaderes más opulentos que visitan lejanos países, mercaderes que apenas se encuentran en otro punto de la tierra; aquí se ejecutan trabajos artísticos de mérito en pintura, bordados, escultura, biografía, arquitectura, fundición, escritura y toda clase de artes; de modo que hasta los mismos turcos se asombran y manifiestan inclinación hacia los alemanes. Es un pueblo, a la vez que valiente, jovial, y tan dispuesto a empresas serias como a ligeras bromas; un pueblo que sabe acomodarse a todas las circunstancias de la vida; de manera que cualquiera debería dar gracias a Dios por haberle hecho nacer en Alemania.»

Cien años más tarde otro excelente patriota, Federico de Lugau, se expresaba del siguiente modo: «Alemania en tiempos antiguos era el país de la honradez; mientras que ahora está infectada por los vicios y los abusos más vergonzosos, por todos aquellos males que debieran enérgicamente combatirse y de que otros pueblos han sabido desprenderse.»

La diferencia entre estas dos opiniones, como se ve, no era pequeña. A mediados del siglo XVI un hombre tan sabio y honrado como Frank podía vanagloriarse en alta voz de su patria; a mediados del siglo XVII un hombre tan honrado y sabio como Logau se veía obligado a avergonzarse de su país. Ambas opiniones eran sin embargo muy fundadas: en el siglo XVI nuestro pueblo, a pesar de las disensiones religiosas, era una nación ventajosamente situada, rica, soberbia, en cultura intelectual la primera de todas y por su posición política respetada y temida; en el siglo XVII, en cambio, se hallaba empobrecida, decaída, miserable, políticamente impotente, intelectualmente servil imitadora del extranjero, infestada por los vicios de los pueblos latinos, víctima de las intrigas y de los instintos rapaces de las naciones extranjeras, una sombra, en fin, de lo que había sido.

Las causas de esta triste transformación se han indicado en los capítulos anteriores: no obstante, aprovechamos esta ocasión para insistir en que la decadencia de nuestro país en el siglo XVII es debida muy especialmente a una circunstancia de que sólo hemos hecho mención como de paso: nos referimos al cambio de dirección que experimentó el comercio universal, cambio ocasionado por el descubrimiento de la vía marítima que conducía a las Indias Orientales, y a la colonización de América. El comercio alemán, si bien muy importante en el siglo XVI (Francfort del Main fue considerada hasta el año 1530 como el primer emporio mercantil de Europa; y las casas de Fugger, Welser, Baumgasten de Augsburgo eran miradas como las más ricas entre las importantes que contaba Europa), no pudo seguir en mucho tiempo la nueva dirección que trasladó el movimiento comercial en grande escala, del centro de nuestro continente, a la costa occidental. Y no pudo seguir esa corriente por la sencilla razón de que el caos reinante en el interior del imperio y el fraccionamiento creciente del mismo en numerosos Estados, impidió a nuestros antecesores el

procurarse parte del rico botín que ofreció el Nuevo Mundo y el adquirir puertos importantes para su comercio en grande escala, fundando al efecto colonias en los países ultramarinos.

La clase de los labradores alemanes, en su gran conjunto, no pudo recobrar sus fuerzas sociales y políticas durante doscientos años, fuerzas agotadas por el terrible azote de la guerra de los labradores. Políticamente hablando el labrador ya no era tenido en consideración, pues aún en aquellos Estados alemanes en que el constitucionalismo especial de la Edad media pudo subsistir frente al desarrollo creciente del absolutismo de los príncipes soberanos; y en que, por lo tanto, los «estados del país» tomaban parte en la administración, sólo se hablaba del clero, de los caballeros y de los ciudadanos, pero nunca de los labradores. Estos eran siervos, hombres nacidos para labrar la tierra, para trabajar por sus señores feudales, para pagar los diezmos y otras contribuciones, y para hacer cuanto mandaba la autoridad eclesiástica o seglar de que dependían. Sólo excepcionalmente el clero luterano se ocupaba del estado intelectual y moral de los labradores, bien descuidado por cierto; en cambio no retrocedía en su intento de pintarles como grata a Dios la desdichada servidumbre que desde un principio recomendaba eficazmente el luteranismo ortodoxo. Los sacerdotes católicos por su parte no les iban en zaga; procuraban a su vez infundir a los labradores una sumisión y un respeto que eran garantía de larga esclavitud. Los prelados católicos figuraban en primera línea entre aquellos «cazadores entusiastas» que gracias al ejercicio inconsiderado de la caza eran una de las peores plagas del campesino. Hacer sacar los ojos a los cazadores furtivos se consideraba en el siglo XVI como uno de los derechos más legítimos del señor. Sin embargo, inventóse un tormento más refinado y fue debido a aquel arzobispo de Salzburgo que en 1537 hizo envolver a un labrador en una piel de ciervo y desgarrarle por su jauría, en castigo de haber muerto a la pieza en sus propios sembrados, que estaba devastando el animal.

La caza era un fuero de los nobles y prelados y ocupaba en la época de la Reforma una gran parte del tiempo de las clases ricas. El número de piezas existente a la sazón debe haber sido enorme, si se tiene en consideración que en una sola batida dada por uno de los cazadores más aficionados de la época, el landgrave Felipe de Hesse, se cogieron nada menos que mil jabalíes y ciento cincuenta ciervos, y que un contemporáneo de Felipe, el príncipe elector Juan Federico de Sajonia, mató por su propia mano en junto unos 3.583 lobos, 208 osos y 200 linceos. En los bosques de la Alemania septentrional, sobre todo en territorio prusiano, existían aún alces y bisontes; y en todo el imperio alemán multitud de lobos, osos, linceos y castores. El Capricornio había desaparecido en 1650 de los Alpes alemanes, pero aún se criaba en los «jardines zoológicos», que ya en el siglo XVI eran un requisito indispensable de las cortes de los príncipes. En 1686 se mató el último oso en el imperio alemán, es decir en Turingia. Al par que la caza mayor, la aristocracia alemana practicaba también la caza con halcón, tan en boga en la Edad media, y en ella, lo mismo que en todas las cacerías, tomaban parte las damas, a menudo tan aficionadas como los caballeros, a los que, cabalgando en ligeros corceles, tomaban con frecuencia la delantera, presentándose las primeras en el punto de cita al darse la señal de reunión.

No obstante los gravámenes y contribuciones, la agricultura alemana alcanzó un estado muy floreciente en el siglo XVI, adquiriendo al mismo tiempo la choza del labrador alemán mejor aspecto en el exterior e interior. La paciencia inagotable y la incansable perseverancia; la afición al trabajo, al orden y a la economía de nuestros labradores, consiguieron en algunas regiones vencer todos los obstáculos. Es verdad que sus habitaciones conservaban aún el aspecto de chozas, construidas casi todas exclusivamente de madera y cascote, y cubiertas con techos de paja. Pero estas chozas contenían ya utensilios suficientes y sólidos; las arcas encerraban lienzo y vestidos; en cualquier rincón seguro se ocultaba la alcancía que aguardaba los ahorros en buena moneda de plata; en las cuadras un ganado bien cuidado comía en aseados pesebres; desde las ventanas, que aún carecían de vidrios, se contemplaba un pequeño jardín con abundancia de legumbres y flores, y detrás de la casa se extendía una huerta con árboles frutales.

De la Alemania septentrional, central y meridional, se conservan noticias del todo fidedignas, escritas en el siglo XVI, según las que, muchos labradores alemanes vivían con desahogo y aún con opulencia, añadiéndose que, en esta clase, ambos sexos se permitían gran lujo en el vestir, y que las fiestas mayores, bodas, bautizos y entierros se celebraban con abundante comida y copiosa bebida. Verdad es que la moral de los labradores de aquella época no era por cierto irreprochable; de modo que es preciso apreciarla con el tolerante criterio del «buen tiempo antiguo» para no caer en ciertas inconveniencias. En las comarcas protestantes, lo mismo que en las católicas, las relaciones recíprocas de ambos sexos daban a conocer muy poco esa «profunda moral» tantas veces citada y que tanto había exigido la Reforma, como la reacción. Procedíase contra las doncellas extraviadas empleando duras penitencias eclesiásticas y castigos impuestos por la autoridad civil. Cuál era la forma con que esto se verificaba en Baviera, por ejemplo, lo demuestra la «Ordenanza» publicada en 1578 y que decretaba que un primer embarazo de soltera se castigaría con una multa, exponiendo la culpable al público, mientras que el cuarto se castigaba con su extrañamiento del país.

En otras partes se procedía con no menos rigor contra las pobres muchachas que eran madres antes de ser casadas; y hasta a fines del siglo XVIII y a principios del XIX se conservó en varias regiones, tanto católicas como protestantes de nuestro país, el cruel castigo de vestir a la culpable con una camisa o saco de penitente, y ceñidas las sienes con una corona de paja, exponerla el domingo a la puerta de la iglesia, sufriendo las burlas de los que entraban y salían, según se lee en aquel pasaje del *Fausto* de Goethe, en el que la maliciosa Liseta habla a Margarita de la seducida Bárbara, «que sufrió la humillación de hacer su penitencia en camisa.»

En el siglo XVI la agricultura se desarrollaba y prosperaba notablemente. Se talaban inmensos bosques y se desecaban grandes pantanos, para procurarse terrenos de cultivo. Los príncipes y señores tenían interés en sacar la posible ganancia de sus territorios, por lo cual muchos de aquellos inducían a sus labradores al cultivo inteligente de los campos, praderas, árboles frutales y viñas. Publicábanse a este efecto los llamados «Decretos agrícolas»; los príncipes y princesas se ocupaban personalmente de la agricultura en grande y pequeña escala (como por ejemplo la princesa electora Ana de Sajonia, que gozó fama de célebre ganadera y fabricante de queso), y también se fijaba la necesaria atención en la teoría agrícola.

Ya en 1580 se imprimieron los *Siete libros de agricultura*; cuarenta años más tarde se publicó el *Curioso libro del cultivo de árboles frutales*, por el que sabemos que en el imperio alemán se conocían a la sazón trece clases de cerezas, diez y nueve de ciruelas, ciento diez de peras y ciento quince de manzanas. Gracias a la importación del extranjero, la agricultura y horticultura de nuestros antepasados se enriquecía en la época de la Reforma con nuevas plantas y árboles frutales. A principios del siglo XVI se introducía el alforfón; más tarde, los protestantes expulsados de los Países Bajos, dieron a conocer el cultivo de la colza. De Italia llegó por el año 1650 el maíz a la Alemania meridional, el cual fue importado primero por Colón a Europa. Pero la más preciosa entre estas importaciones fue la de la patata, que el botánico Klusius fue quien primero cultivó en territorio alemán (1588). El cultivo de esta planta alimenticia, que hoy día es el manjar por excelencia de millones de labradores, tuvo que luchar al principio con grandes obstáculos. El clero arguyó con energía, porque no podía cobrar el diezmo sobre las patatas, a las que daba el nombre de «tubérculo del diablo», y los labradores creían de tal modo en ciertos puntos, en Brandenburgo y Pomerania por ejemplo, en la cualidad diabólica de la patata, que fue preciso no solamente exigirles su cultivo, sino obligarles a ello por fuerza.

El desarrollo de este cultivo en el imperio alemán fue por lo tanto muy variado. Sábese que ya en los dos primeros decenios del siglo XVII la patata se cultivaba en algunas partes como planta alimenticia; pero hasta 1640 no se plantó en Hesse, Westfalia y en las regiones imperiales de Sajonia; en 1647 en Brunswick; en 1650 en Berlín, y sólo en 1716 en Bamberg, Bayreuth, en el Palatinado, en Badén y Suabia. Los pueblos del Alpe de Suabia fueron probablemente los últimos que se consagraron al cultivo de la patata en 1740. Para el de las hierbas alimenticias, la

importación del trébol verificada en el siglo XVII fue muy importante. Al propio tiempo también la horticultura progresaba: en las huertas criábanse diferentes clases de col, zanahorias, rábanos y lechugas, y además cebollas, ajos, perejil, apio, guisantes, lentejas, judías, pepinos y calabazas. Entre las flores se preferían las violetas, la rosa, el lirio, el jacinto, la anémona, el romero y el tulipán.

Los jardineros al servicio de los príncipes y prelados alemanes trabajaban en un principio según el gusto florentino en el «embellecimiento de la naturaleza», después según el holandés, y por fin al estilo francés, estilo adoptado en los jardines de Versalles, en los que una jardinería artificial puso en boga las formas geométricas y exageradamente rígidas. Desde la segunda mitad del siglo XVI se fundaron también en Alemania jardines botánicos, el primero en Koenisberg (1551).

La viticultura se practicó con buen éxito en las regiones de la Alemania septentrional, de las que hace tiempo ha desaparecido; es verdad que en Hamburgo existían en aquel tiempo establecimientos propios para dulcificar estos productos de la vid alemana. Al lado de los vinos del Rin y del Mosela, los del Necker, de Alsacia y del Palatinado conservaban su antigua fama. Ulma era para toda la Alemania meridional el emporio principal del comercio de vinos. Un inteligente en vinos, Juan Rasch, publicó en 1582 su *Libro para el cultivo de la vid y su cosecha*, y un conocedor no menos excelente de la cerveza, Enrique Kraust dio a la estampa en 1575, en beneficio de sus compatriotas, sus *Cinco libros del admirable, filosófico y preciosísimo arte de hacer cerveza, noble regalo con que Dios nos ha favorecido*, obra que por mucho tiempo mereció la alta consideración de la gente del oficio.

En la época de la Reforma tuvo lugar asimismo la introducción de cuatro nuevos artículos de consumo: el tabaco, el café, el chocolate y el té. Del primero ya hemos hecho mención más arriba, por lo cual sólo añadiremos que al principio, la oposición contra la nueva costumbre «de beber tabaco» rayaba en algunas partes en lo cómico. Por ejemplo, se publicó en 1661, en la ciudad de Berna, un decreto en el que se incluía en la lista de los diez mandamientos, inmediatamente después del «No fornicar» el de «No fumar.» En cambio, en otros puntos echóse de ver que la contribución sobre el tabaco daría muy pingües beneficios, por lo cual se favoreció su consumo y cultivo: este desde 1630 se desarrolló en varias regiones alemanas.

El café originario de Arabia se importó a Alemania en 1582 por el médico Rauwolt, el cual había conocido esta bebida en su viaje a los países orientales, descrito por él. En 1647, otro viajero, el célebre Oleario, la mencionó llamándola *kahowa*. En Europa el café se bebió por primera vez en París en la corte de Luis XIV, a la que un embajador de Mahometo IV facilitó estos preciosos frutos del arbusto árabe. Sin embargo, el nuevo artículo de consumo debe haber sido importado casi al mismo tiempo en Inglaterra, pues el más antiguo café del occidente se estableció en 1652 en Londres, mientras que el primer café francés fue abierto ni público en 1671. Según parece el primer punto de Alemania en que se tomó café fue en la corte de Brandeburgo (1675). El primer café alemán se estableció en Viena (1683), que aún hoy día es una ciudad modelo para los cafés. Stuttgart tuvo un establecimiento de esta clase en 1712.

Al mismo tiempo que el consumo del café, se introducía en Alemania el del chocolate, que los españoles importaron de México a Europa, y además diose a conocer el té procedente de la China; de modo que las tres citadas bebidas se tomaban desde fines del siglo XVII en un principio sólo por los ricos en el almuerzo. Cien años o más debían transcurrir para que estas plantas ultramarinas, sobre todo el café, dejaran de ser en nuestro país un artículo de lujo convirtiéndose en un recurso precioso de la clase popular.

Durante la guerra de los Treinta años e inmediatamente después de la misma, la situación de los labradores alemanes, excepto en las pocas provincias que se habían salvado de sus horrores, era verdaderamente deplorable. Basta el hecho de que tan sólo en el ducado de Wurtemberg 40.000 mojas de viña estaban del todo devastadas, para hacerse cargo de los estragos causados por el azote de la guerra, no sólo en la población rural y en los edificios, sino también en los campos.

Habitando entre las ruinas de sus aldeas incendiadas, nuestros pobres labradores terriblemente diezmados, se hallaban faltos de recursos, sin dinero, sin ganado, sin trigo que sembrar, sin herramientas, cubiertos de harapos y jirones, expuestos a todas las inclemencias del cielo, imposibilitados de proseguir su trabajo a pesar de su constancia y de sus necesidades, amenazados en fin constantemente por las hordas de salteadores asesinos que se formaron durante la guerra y que ejercían aún sus desafueros firmada la paz. A estos merodeadores, individuos de los diferentes ejércitos beligerantes, se habían reunido multitud de vagabundos y mendigos, bandoleros y ladrones, y aún sacerdotes y maestros de escuela que olvidaron sus deberes, gitanos y judíos, estudiantes y prostitutas, la escoria, por decirlo así, de todos los pueblos.

Estas hordas, esa hez de la sociedad saqueaba el país, empleando para ello así la astucia como la violencia; pero lo más sensible es que podía efectuarlo a mansalva; porque las deplorables instituciones para garantizar la seguridad pública, existentes en el imperio, eran impotentes ante la organización de estos bandoleros. Uno de los principales recursos empleados por las policías alemanas de los diversos Estados en aquella y aún en posteriores épocas, consistía en la llamada «expulsión»; al malhechor aprehendido a quien no podía acusarse de otro delito que del de la vagancia, se le propinaba una soberbia paliza expulsándole al otro lado de la frontera, procedimiento que el país vecino, llegada la ocasión, imitaba, devolviendo como buen amigo tan honroso presente; y de este modo los numerosos Estados alemanes se regalaban mutuamente colecciones escogidas de vagabundos y malandrines. Ahora bien, precisamente en la segunda mitad del siglo XVII, época en que nuestros labradores tenían que crearse un nuevo modo de ser y dar vida a la agricultura, la terrible plaga del bandolerismo se hallaba en todo su apogeo.

Y si añadimos a ella todos los restantes obstáculos y peligros que sufría la renaciente agricultura, y comparamos con tales circunstancias el aspecto relativamente satisfactorio de los pueblos, campos, praderas, viñas y huertas de árboles frutales a fines del siglo XVII, no podremos menos de experimentar un sentimiento de respeto ante la fuerza moral, la energía, la sobriedad y la perseverancia de nuestros campesinos. No podremos negarles, no, nuestra admiración, tanto menos en cuanto a la sazón el labrador dependía mucho más que hoy de su propia fuerza. La barrera impuesta por las castas por una parte, y la imperfección de los medios de transporte por otra, sujetaban la existencia de los labradores a un aislamiento de que actualmente apenas podríamos formarnos idea. Difícil sería también hacernos cargo del deplorable estado de los caminos, de los peligros que ofrecía la navegación fluvial, del poco aseo y escasez que reinaban en los albergues, cuanto menos en los de las aldeas. El humanista Erasmo, en uno de sus coloquios, hace una descripción de uno de los albergues campestres del siglo XVI; sin embargo debemos tener en cuenta que Erasmo era hombre algo afeminado.

Durante el siglo XVII la gente robusta de ambos sexos viajaba a caballo, si bien las personas de edad y jerarquía, los prelados y los enfermos, usaban ya monumentales vehículos, coches y carrozas, muy parecidos aún a los de la época de la Reforma. La gente rica y noble llevaba en sus viajes exagerado bagaje, esto puede atribuirse al deseo de brillar, y además a la necesidad en que se veían de llevar consigo muchas cosas que hoy se encuentran en cualquier fonda menos que mediana. El viaje que Wallenstein hizo en 1530 desde Carlsbad en Bohemia a Ratisbona, donde se hallaban reunidos los príncipes, puede servirnos de ejemplo por lo que respecta a la costumbre de viajar con un bagaje suficiente para un ejército. El séquito del duque se componía de seis príncipes, ciento cincuenta nobles, y de un escuadrón de coraceros al mando del coronel Octavio Piccolomini; su bagaje se componía de diez y siete carrozas de lujo, veinticuatro coches, sesenta carros con los equipajes y setecientos caballos.

En el siglo XVI las ciudades alemanas se habían desarrollado de tal modo que los extranjeros que viajaban por nuestro país, al describirlas, expresaban la admiración que les causaba su aspecto. Augsburgo, Nuremberg, Ulma, Francfort, Maguncia y Colonia eran verdaderamente magníficas. Dominaba todavía entre los ciudadanos aquel laudable interés que cifraba todas sus aspiraciones en

realzar a la ciudad natal con edificios monumentales, enriqueciéndolos con los tesoros del arte. Hermoso ejemplo de lo que esta generosa emulación de los ciudadanos era capaz de producir, y de lo que la mecánica y el arte alemán habían alcanzado a conseguir en el siglo XVI, nos ofrece el célebre reloj astronómico de la catedral de Estrasburgo, obra artística cuya construcción acordó el «honrado y sabio» Concejo en 1547 y cuyo plano fue trazado por los distinguidos matemáticos Heer, Bruckner y Herlin. La ejecución comenzada bajo la dirección de estos varones eminentes por artesanos expertos, suspendióse sin embargo más tarde y se reanudó en 1571, cuando los hermanos Isaac y Josías Habrecht, naturales de Schaffausen y ambos relojeros, fueron a Estrasburgo. Estos dos, el profesor Conrado Dasypodius, David Wolkenstein de Breslau, y Tobías Stimmern, pintor, fueron los encargados de acabar la obra, lo que efectuaron satisfactoriamente terminando su trabajo en 1574 tal como hoy día lo vemos; y en verdad que hace honor a sus ejecutantes. Fischart ha descrito en lindos versos este artístico reloj. Existe también una bonita leyenda según la cual una noche de septiembre de 1680 y a una hora desacostumbrada, sonaron las campanas del reloj y la voz argentina de un niño cantó al mismo tiempo las frases de una canción coral: «Nos acecharán y nos perseguirán como a herejes», suceso que se consideró como el presagio de una desgracia. No careció el aviso de fundamento; pues al terminar el año los protestantes celebraron por última vez las ceremonias de su culto en el magnífico edificio construido por Erwin, e inútilmente resonó bajo las altas bóvedas su grito de angustia: «¡Desde el profundo de mi alma, clamo a ti, Señor!» Aunque entonces se contaban pocas familias católicas en Estrasburgo, los franceses arrojaron a los protestantes de la catedral, a cuya puerta aquel arzobispo traidor al imperio y a la ciudad llamado Egon de Furstenberg, salió a saludar al rey Luis con palabras dictadas por el más servil espíritu de adulación.

En la época de la Reforma la casa de los ciudadanos alemanes estaba muy distante ya, por su construcción y mueblaje, de las formas macizas y la pobreza de la Edad media. Los grandes progresos que la industria alemana había hecho en sus diversos ramos, debían necesariamente redundar también en beneficio de las modestas habitaciones de los ciudadanos. Según los documentos y descripciones contemporáneas, en las habitaciones de estas familias existían mesas, sillas y escaños, y no faltaba el banco provisto de blandos cojines que circuía la colosal estufa de porcelana. En uno de los lados de la estancia se hallaba una especie de sofá, y en un ángulo una fuente o lavabo destinado a la limpieza de la familia y a la de los utensilios; por último, veíase también una especie de bufete sobre el cual había jarros, copas, botellas y cacerolas. No faltaba tampoco el reloj de pared, pues ya desde 1500 se había reducido su mecanismo, primero en Nuremberg, hasta convertirlo en reloj de habitación y bolsillo; estos últimos se llamaban «huevos de Nuremberg» a causa de su forma oval. En la habitación descrita, encontramos también un pequeño espejo colgante, un velón, tintero con papel y sello, un juego de ajedrez, uno de dados y otro de cartas; pues ya en la segunda mitad del siglo XIV se imprimían cartas de juego.

A nuestros antecesores corresponde la perjudicial invención de uno de los más antiguos juegos de cartas, el «lansquenet»; el *hombre*, el juego de cartas más antiguo y sin duda el más distinguido, tiene, según se dice, origen español. Trascurridos los primeros tiempos de la Reforma comenzó a usarse entre nosotros un juego de cartas muy raro, llamado *karniffel* o *karnoeffel*, en cuyos naipes y reglas se reflejaba el caos religioso y político de la época. Los juegos de sociedad se contaban entonces por centenares: cuando menos Fischart en su *División de la historia* enumera próximamente quinientos de estos pasatiempos, a cada uno de los cuales da su nombre correspondiente, junto al ajedrez, los dados y los naipes, veíanse en la casa de los ciudadanos alemanes del siglo XVI, la Biblia y otros libros «para solazarse e instruirse», según dice Juan Sachs. El mismo autor nos introduce en la habitación de dormir, en la que encontramos una cama con jergón, colchón, almohadas de plumas, sábanas y manta, así como todos aquellos objetos indispensables a la comodidad; y además algunos armarios para la ropa blanca; y no debemos dejar en olvido el arca guarnecida de hierro y provista de fuerte cerradura, en la cual se conservaban los caudales y las joyas. En tales habitaciones vieron la luz gran parte de aquellos hombres que

aparecen como fúlgidas estrellas en la historia de la civilización alemana de la época de la Reforma, en tales moradas han efectuado sus trabajos y se han despedido de la vida.

La casa alemana en la que brillan aunadas la comunidad, la honradez y la piedad, aparece a nuestra vista de un modo gracioso e interesante. Es preciso tener en consideración la existencia modesta de nuestros grandes maestros antiguos para juzgar con imparcialidad completa de sus creaciones. Sin embargo, esta poesía doméstica está animada por cierta sencillez y dulzura que encantan. Leed por ejemplo la carta impregnada de filial ternura que el maestro Durero escribió cuando la muerte de su madre, en 1513, y podréis formaros una idea del suave afecto, de la ternura y de las buenas costumbres que a pesar de todos los excesos del siglo prevalecían en la vida familiar de los ciudadanos.

En la época de la Reforma el esplendor de la aristocracia ciudadana de la Edad media fue ofuscada definitivamente por la aristocracia del dinero, por los grandes capitalistas que ya comenzaban a entender en el arte de hacer negocios fraudulentos y sabían también monopolizar los ramos más productivos del comercio. El hecho de que un balance efectuado por Luggen dio por resultado durante siete años una ganancia de 13 millones de florines, y el más importante de haber ascendido la fortuna de la misma casa a 63 millones de florines, cantidad colosal en aquella época, demuestran la enorme ganancia que el capital podía conseguir en el siglo XVI. Con los productivos medios que estos mercaderes poseían, la vida podía ser más cómoda y divertida. Se comprende por consiguiente que las ciudades comerciales de Alemania fueran muy superiores a las residencias de los príncipes, excepto quizá Viena, por su hermosa arquitectura y la disposición interior de sus casas, por la afición al arte y por las instituciones de utilidad pública en ella fundadas. Lo mismo puede decirse en cuanto al total de población; Berlín, por ejemplo, comparada con Augsburgo, Nuremberg, Francfort, Colonia, Lubeck, Brema y Hamburgo, era tan sólo un mísero rincón cuya población llegó a ascender a 20.000 almas a mediados del siglo XVII. El penoso trabajo del Gran Elector sacó Berlín de su estado de aldea; pues este soberano fue el que adornó la capital que había de ser del futuro reino de Prusia con edificios monumentales, hizo empedrar, limpiar e iluminar las calles y decretó mejores Ordenanzas para la construcción de casas y para la extinción de incendios.

Para apreciar en el siglo XVI la verdadera riqueza de la vida ciudadana, era preciso dirigirse a las citadas plazas comerciales, sobre todo a las del Sur, que gracias a su comunicación más rápida y más fácil con Italia se hallaban provistas en mayor abundancia que las ciudades del Norte de todo cuanto puede embellecer y hacer grata la existencia. Allí se veían elegantes y magníficas casas de patricios, construidas al estilo del Renacimiento, adornadas exterior e interiormente con pinturas al fresco, soberbios vestíbulos y escaleras con columnas de mármol, balcones realzados por trabajos escultóricos, ventanas en las que la pintura al vidrio hacía alarde de sus primores. En el interior admirábanse salas y habitaciones con el piso entarimado de maderas finísimas y preciosas traídas de ultramar, y cuyas paredes y techos estaban revestidos de estuco y brillantes dorados. Sobre esos mismos pisos, cuidadosamente entablados, ostentábanse magníficas alfombras de Turquía o de Persia; en las paredes se veían tapices de Arras y espejos de Venecia, en los estrados estatuas antiguas y pinturas modernas, en los armarios colecciones completas de vasijas y objetos de mesa de toda clase, ricamente trabajados, de oro, plata o cristal: todos los muebles y utensilios de la casa eran otras tantas obras de arte.

A espaldas de las casas se extendían vastos parques en los que eran de admirar los más raros árboles y arbustos, y las flores más exóticas; animados por saltos de agua y estanques poblados de dorados peces; provistos de salas de baño, con bañeras de mármol, y de pajareras llenas de loros y canarios. En tales habitaciones vivía la sociedad patricia vestida con los trajes elegantes y ricos de la época. Durante todo un siglo predominó la moda borgoñona-española cuyas formas por demás estrechas rayaban a veces en ambos sexos en la exageración. Las modas de las damas cambiaban naturalmente con frecuencia; sin embargo, debe decirse en honor de las mujeres alemanas de la época de la Reforma, que sus trajes eran mucho más honestos y decentes que los de sus

predecesoras del siglo XV. Pero no dejaban de ser de feo efecto las gorgueras, que en ambos sexos adquirían en ocasiones el tamaño de una rueda, en cuyo centro sobresalía la cabeza, como si se hallara colocada en un plato; de manera que el individuo carecía de la libertad de movimientos. En general en el corte y en los géneros del traje masculino y femenino notábase cierta rigidez, algo que sujetaba a severas formas la acción y el gesto, efecto sin duda de la preponderancia que alcanzó la rigurosa etiqueta española en las costumbres de las clases elevadas.

Mucha importancia se daba también a los placeres de la mesa y en una casa patricia la despensa y la bodega estaban abundantemente provistas de toda clase de manjares y bebidas. Por lo que respecta a estas últimas se bebían al par que los vinos del Rhin, del Necker y del Mosela, los húngaros, españoles y griegos. Poseemos un libro de cocina publicado en 1587 por el cocinero y gastrónomo Max Rumpolt, por el que sabemos que en aquellos tiempos se ponían en la mesa 63 clases de sopa, 127 platos de pescado, 70 de empanadas de carne, 225 de legumbres, 46 de fiambres y 50 de ensaladas; además leemos en él que con la carne de buey se hacían 83 clases de guisados, asados y fritos; con la de ternera 59; con la de carnero 45; con la de cerdo 43, y con la de ciervo 37. Muy generalizada se hallaba la costumbre de poner especias en el alimento, lo que fácilmente explica que no solamente los señores sino también las damas apuraran sendos tragos. El uso ya generalizado entonces de las cucharas y de las servilletas, y la sustitución del tenedor de cinco puntas, por el de dos y tres puntas, señalan cierto progreso en la cultura. En la mesa de las clases elevadas el tenedor se usaba a fines del siglo XVI, pero trascurrió todo un siglo antes que los labradores lo aceptaran.

Las diversiones y fiestas solemnes de las ciudades en la Edad media fueron en aumento en la época de la Reforma. La gente gustaba de los pasatiempos de toda clase; y en las ciudades se sucedían los espectáculos de los titiriteros, las comedias, las cacerías, las carreras de caballos, el tiro al blanco, y los paseos en trineo, así como los disfraces. En estas ocasiones el carácter varonil de nuestros antecesores, muy afectos a los placeres de la vida, se manifestaba con frecuencia de un modo tan grosero, que las ideas exageradamente cultas, o un tanto hipócritas de nuestra época hallarían en ello justa ocasión de acerba crítica. Es innegable sin embargo que nuestros buenos antepasados cometían a veces grandes excesos, sobre todo en la mesa y en los bailes; y así nos lo prueban los dos párrocos Mateo Friederich de Schonberg y Florian Daul de Schnellewalde en los libros que respectivamente publicaron, el primero en 1557 con el título de *El Diablo de la borrachera*, y el segundo en 1567 con el de *El Diablo del baile*, destinados ambos a combatir la obscenidad y la crápula en estas diversiones. Friederich procedió de un modo irónico y mordaz; Daul tronando con violencia contra esos vicios; pero los dos pintan de modo hartamente gráfico los abusos que combaten. En *El Diablo del baile* se elogian primero las «danzas honestas, decentes y pulcras, en las que las parejas avanzan con modestia, gracia y cortesía una tras otra, sin girar, sin agitarse ni saltar, y sin empujarse»; y se combaten después «las danzas nocturnas, libres y deshonestas», en las que las parejas se mueven y agitan sin orden, a la manera de vacas furiosas, girando y empujándose del modo más brutal. Teniendo en consideración que estas «diabólicas danzas» se usaban entre los protestantes, nos ofrecen otra prueba de la «profunda moralidad» de nuestros antepasados, tal como la ensalzaba el luteranismo. Verdad es que una moral y una vida más noble no prevalecieron en nuestro país durante la época de bronce de la ortodoxia católica y protestante, sino en tiempos posteriores.

En la primera mitad del siglo XVII los ciudadanos alemanes cayeron en una miseria parecida a la de los labradores. El furor guerrero de los Treinta años causó también crueles estragos en las ciudades: la ciudad de Augsburgo, entre otras, perdió en la guerra casi 60.000 de sus habitantes. Y las contribuciones de guerra y los saqueos destruían a la par la riqueza de las ciudades, y con ella los goces de la vida. Los oficios estaban desatendidos por efecto de las desgracias, el comercio estaba paralizado, las artes se extinguían. Sólo a contar de 1650 los ciudadanos alemanes profundamente aniquilados pudieron paulatinamente rehacerse y reanudar sus trabajos.

Durante la guerra de los Treinta años era cosa excepcional que un hombre de la clase media dejara herencia, como a fines del año 1631 lo hizo Juan Zisenisen, doctor en ambos derechos, en Hanover, el cual, según documentos hipotecarios, dejó la cantidad de 5.000 thalers imperiales, unos 50 thalers en metálico y muchos aderezos, joyas, anillos, collares y copas de oro y de plata. Legó además una coraza, con peto y gorguera, y un casco, un arcabuz, un mosquete y una espada con empuñadura plateada. En libros: un ejemplar de Horacio y otro de Hesiodo, algunas obras en lengua francesa, otras de jurisprudencia, un legajo de toda clase de disquisiciones, un libro en pergamino, una *Synopsis juris civilis*, un librito en lengua italiana, *Cristo el buen pastor*, y varios sermones de honras fúnebres. Sesenta y ocho años mas tarde el secretario municipal de Hanover, Daniel Mader, hacía ya mención en su herencia, de una biblioteca relativamente numerosa, de 300 volúmenes, entre los cuales se encontraban los clásicos griegos y latinos, algunas gramáticas y diccionarios de las lenguas modernas y también las obras de jurisprudencia, filosofía y bellas letras de la época.

Si de los círculos ciudadanos pasamos a los de los nobles, veremos que en el transcurso del siglo XVI, el castillo feudal se iba trasformando en el palacio de los modernos señores, bien fuese porque los castillos de nada servían ya contra la artillería, o porque sus propietarios los abandonasen del todo por encontrar más cómoda la vida en puntos mejor situados de la llanura, en donde alzaban otro género de edificios que aún conservaban mucho de los castillos feudales en exterior e interior, pero que poco a poco adoptaban la arquitectura del Renacimiento y más tarde la del estilo barroco y florido. Estos castillos presentaban una variedad infinita de formas, dimensiones y esplendor con relación a los gustos, a la fortuna y al régimen de sus moradores. Existía una línea divisoria entre la aristocracia de la corte y la nobleza campesina, y tanto una como en otra la mayor o menor fortuna, los diferentes grados de instrucción y las varias confesiones contribuían a esta separación. Las memorias del caballero Juan de Schweinichen, de confesión luterana y natural de Silesia, cuyas páginas abarcan el período comprendido desde 1552 a 1602, nos demuestran la sencillez campesina por no decir indigencia en que se criaban los hijos y las hijas de un noble de provincia de escasa fortuna. El joven hidalgo Juan tuvo que guardar primero los gansos, instruyóle muy escasamente el escribano del pueblo y después fue a la escuela de Goldberg, donde aprendió el latín; ayudó en su edad adulta a su padre en los trabajos de la trilla, en cuidar los caballos y en llevar los sacos al molino; se colocó después en la corte del duque de Leignitz donde adquirió gran fama como borracho y más tarde acompañó a un pobre diablo, un duque arruinado, en sus viajes por el imperio, viajes que Juan ha descrito con singular gracejo.

De muy diferente modo vivía su contemporáneo el rico barón Gaspar de Furstenberg, perteneciente al catolicismo, el cual murió siendo gobernador de Westfalia y cuyas memorias abrazan el intervalo de 1572 a 1615. Este noble fue educado en la casa paterna por un excelente ayo, y cursó después en la Universidad de Colonia; era hombre versado en los autores latinos, cuyos pasajes más notables citaba con asombrosa facilidad. La belleza de su segunda esposa, mujer de sangre plebeya, recordó a este amante de los clásicos la Corina de Ovidio. Reunía las cualidades del hidalgo provinciano, cuidadoso vigilante de la administración de sus propiedades, y las del noble cortesano, pues a fuer de celoso católico representó varias veces un importante papel, en aquella época agitada, en los asuntos del Electorado de Colonia, desempeñando cargos en la administración y en la diplomacia. Estos cometidos diplomáticos eran a veces de una naturaleza muy excepcional. Así por ejemplo, el 13 de junio de 1589 escribía en su diario: «He recibido entre otros encargos el de lograr que el cabildo de la catedral antes de la próxima Dieta, mejore de costumbres.» En 1591 prometió la mano de su hija Goda a Bernardo de Heiden, y redactó sobre el particular la siguiente nota: «Al anunciar a mi hija Goda la demanda de Heiden y mi voluntad y la de mis amigos, he observado su virginal pudor y notable confusión.» En julio del siguiente año se verificó en Neuhaus la boda cuyos gastos pagó el tío de la novia, el obispo Teodoro de Furstenberg: «El novio, acompañado de numerosos amigos de ambos sexos, llegó por la tarde, y antes de cenar se verificó el casamiento; la cama se dispuso en la sala grande y después comenzó una cena digna de príncipes.» El día siguiente «los *patres societatis Jesu* representaron una magnífica *comedia*, *Ester*; no se hizo

otra cosa que comer, beber y bailar con grande alegría. Se entregó a mi hija la novia su dote y además S. E. el Príncipe (el tío-obispo) y el conde Simón de Lippe le regalaron preciosas joyas de todas clases.» Es digno de notar que a pesar de su cualidad de católico el noble westfaliano no tuviera escrúpulo en dar su hija en matrimonio a un protestante. No obstante, esto le cuesta un suspiro. «Mi hija, la candorosa Goda, dice, está casada con el hidalgo Bernardo de Heiden, *utinam esset catholicus*.» Con frecuencia se encuentra en el diario la nota: «Estamos alegres y nos divertimos.» Según la costumbre de la época, una casa como la del barón de Furstenberg debía poseer un tesoro en objetos de plata, y en verdad, en 1591, el peso de la que poseía el noble Gaspar era de 28 libras, cuyo valor ascendía a 11.000 thalers, cantidad muy considerable en aquella época, con la mitad de la cual se hubiera podido comprar en Colonia o Maguncia la casa más hermosa con su jardín correspondiente. Algunos años después Furstenberg empezó la construcción del castillo de Schnellenberg cerca de Attendorn, que destinaba para sus solaces y que fue terminado por su hijo y heredero Federico. Este castillo puede presentarse como modelo de una mansión señorial en la época de tránsito del siglo XVI al XVII.

Por sus rasgos principales el viejo castillo de Stuttgart es aún hoy el tipo de los castillos de la segunda mitad del siglo XVI. Su construcción terminó en 1570. Sus principales dependencias eran, en el piso bajo del edificio y mirando al Sudeste, un gran vestíbulo llamado Purnitz, de 136 pies de largo por 31 de ancho: este vestíbulo servía de comedor a la servidumbre; pero en las grandes festividades se convertía en escenario de espectáculos y fiestas. En el piso superior estaba situada «la cámara de los caballeros», es decir, el estudio, la sala de audiencia y el comedor del duque, y encima de «la cámara de los caballeros», se hallaba la habitación de la duquesa y de su servidumbre, habitación compuesta de salas y estancias cómodas y retiradas. En la parte septentrional estaba la cocina y un salón para banquetes y bailes; en la meridional se había construido la capilla. Las paredes de las salas y de las habitaciones particulares de los duques estaban cubiertas de colgaduras de seda o lana en las que se hallaban representadas escenas bíblicas. Frente a la fachada septentrional del palacio se extendía el «paraíso»; así se llamaba el parque artísticamente plantado y cuidadosamente cultivado, el cual poseía el primer naranjal de Alemania. Tampoco faltaba un jardín zoológico provisto de toda clase de cuadrúpedos y aves; y en esta residencia de príncipes existían, como es consiguiente, espaciosas caballerizas y una soberbia armería.

La vida transcurría en tales castillos durante el siglo XVI del propio modo que en las mansiones señoriales de los hidalgos campesinos ricos, bien que con mayor ostentación. Existía la costumbre de dar a los príncipes una educación teológica semi-docta; se les mandaba con sus ayos a las universidades, y después a viajar para que perfeccionasen su educación, visitando muy especialmente la corte imperial de Viena. Mas tarde por desgracia, París vino a ser la ciudad favorita de los príncipes alemanes, que desde allí importaron aquella «galantería» (también podría llamarse licencia) que prevalecía en la corte francesa.

Poca atención se fijaba en aquella época en la educación intelectual de una princesa alemana, pues ante todo se exigía de ella que fuera una buena ama de casa, inteligente, hábil y laboriosa, o por mejor decir, una excelente administradora. Bastaba pues que supiera leer y escribir, algo de cuentas, un poco de geografía y mucho de catecismo. Excepcionalmente se daba el caso de que las hijas de príncipes y grandes señores recibieran una instrucción superior, que en este caso estaba basada en el conocimiento de la lengua latina. Así resulta del número no escaso de mujeres que en la época de la Reforma se ocupaban, en mayor o menor escala, de asuntos religiosos y políticos: por ejemplo, la reina María de Hungría, hermana de Carlos V, estaba en correspondencia con Lutero; las duquesas Catalina de Sajonia, e Isabel de Brunswick, la princesa Margarita de Anhalt, las electoras Sibila y Ana de Sajonia e Isabel de Brandenburgo, varias mujeres de las casas condales de Stolberg y de Mansfeld, la docta baronesa Arbula de Grumbach a cuyo consejo enérgico debe atribuirse quizás la resolución de Lutero de casarse, y por último las dos plebeyas Catalina Junker de Eger y

Magdalena Haymer de Ratisbona, estas dos últimas entusiastas defensoras de la Reforma por medio de cantos y cartas públicas, se dedicaron muy especialmente a los asuntos de esta índole.

El tono empleado en la conversación de las familias nobles era muy mesurado. El «tú» afectuoso se usaba en los coloquios, pero no en las cartas. La fórmula más usada en las epístolas entre los esposos soberanos era la de «Vuestra Excelencia.» Los príncipes y princesas no se atrevían a escribir al padre o la madre de otro modo que usando la de «Vuestra Gracia» o la de «Gracioso Señor Padre» y «Graciosa Señora Madre». La palabra *Bugle* (amante) se usaba en aquel tiempo sin trascendencia alguna y sólo en el sentido de amigo y amiga, o bien entre hermanos. Con la misma ingenuidad se llamaba a una muchacha, aunque fuese hija de un príncipe «ein Menseh»²¹. Desconocíase a la sazón la coquetería y el disimulo mal entendidos y nadie vacilaba en dar a las cosas su verdadero nombre, aún en la sociedad más escogida, que ni siquiera trataba de contener la risa ante las manifestaciones, por lo regular algo groseras, del carácter popular. La despreocupación con que las princesas de aquella época trataban en sus correspondencias de los asuntos del matrimonio, parecería algo rara a las princesas de nuestro tiempo.

En el siglo XVI los matrimonios de los príncipes basábanse por lo regular en nuestro país en principios morales, aunque en algunos casos particulares aconteciesen escandalosos hechos. Un afecto sincero, íntimo y recíproco, una fidelidad bien entendida, no eran cosas raras en los matrimonios ilustres; el escándalo de sostener queridas no se había importado aún a nuestra patria como tantas otras cosas que nos llegaron de la corte de Francia, aunque por desgracia en el siglo XVII también esta mala costumbre invadió las cortes de Alemania. Los príncipes que se enamoraban de doncellas plebeyas no retrocedían ante un matrimonio desigual; el duque Guillermo de Baviera se casó con la hermosa María Pettenbeck, el archiduque Fernando de Austria con Felipina Welser, bella hija de Augsburgo cuyo cutis era tan delicado que al beber vino el color rojo se transparentaba en él. No obstante también en el siglo XVII se efectuaban matrimonios de esta clase: el duque Rodolfo Augusto de Brunswick-Luneburgo se desposó en 1681, con Isabel Rosina Menthe, hija de un barbero, y el príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau, en 1698, con Ana Luisa, hija del boticario Fohse.

Los matrimonios entre príncipes y princesas ya entonces eran excepcionalmente fruto de un amor sincero: por lo regular se reducían a negocios de familia o de Estado que se efectuaban con todo estudio, se discutían en sus menores detalles y se resolvían por medio de contratos matrimoniales, en los que se preveían todos los accidentes y circunstancias posibles. La dote o «los bienes matrimoniales» que tenía que aportar la novia y el «regalo nupcial» que ofrecía el novio estaban estipulados del modo más gráfico. Los dotes de las primeras variaban de 20 a 40 mil florines, los regalos nupciales o infantazgos de 4 a 5 mil florines anuales. Era muy raro que una dote ascendiera a 70 mil talers imperiales, como la de la princesa Ana, hija del elector Mauricio de Sajonia, que se casó con Guillermo de Orange, el «Taciturno» y después de un matrimonio muy infeliz murió del *delirium tremens*. Los novios o sus consejeros y encargados de arreglar el matrimonio, fijaban también su atención en que las novias estuvieran bien provistas de vestidos, ropa blanca y sobre todo de joyas. Convenido ya todo, se celebraban en solemne audiencia los esponsales, en cuya ocasión suplía al novio un representante. Delante de la corte reunida, el padre dirigía a la hija la pregunta de si con todo el corazón quería aceptar por esposo al príncipe que había pedido su mano, a lo cual la preguntada contestaba con la fórmula establecida: «Basta que así plazca a mi Gracioso Señor padre, para que yo me considere satisfecha.»

Las fiestas nupciales se celebraban en las cortes con una grandiosa pompa; a centenares y hasta miles ascendían los convidados, y como es de suponer todos hacían soberbios regalos a los novios. La boda que el duque Juan Guillermo III Julich-Kleve-Berg celebró en 16 de junio de 1585,

21 La palabra *Menseh* significa en alemán, con el artículo masculino el hombre, con el artículo neutro la mujer atolondrada, o por mejor decir, disoluta. Es muy difícil dar su verdadero sentido a estas palabras en la traducción. (N. del T.)

en Dusseldorf, con la princesa Jacoba de Baden, puede darnos idea de tales fiestas. En la tarde del citado día la comitiva se dirigió a la capilla del palacio donde debía verificarse el enlace; el cortejo desfiló en el orden siguiente: a la cabeza una banda de música con instrumentos de cuerda y viento y una docena de gentil-hombres llevando antorchas de cera encendidas; después venían los novios acompañados del padre y hermana del novio, rodeados de los testigos y seguidos de todos los convidados. La novia llevaba un vestido muy escotado de tisú de plata recamado de oro y un magnífico collar de oro, diamantes y rubíes. Su cabellera pendía sobre los hombros y en la cabeza ostentaba una diadema de oro. Antes de la bendición el capellán de la corte pronunció el sermón de rúbrica: después recibió del novio un anillo que colocó en el dedo anular de la novia, y de ésta una corona que puso sobre la cabeza del novio. Dada la bendición se entonó el *Te-Deum* con acompañamiento de trompas y timbales; después toda la comitiva se dirigió en el mismo orden a la sala del banquete, donde estaba preparada la mesa. Algunos gentil-hombres con capas españolas sirvieron los manjares bajo la dirección del mayordomo mayor. Terminada la comida principiaron en otra sala, cuyas colgaduras ostentaban escenas bíblicas, solemnes danzas de las que bailó la primera la pareja nupcial precedida y seguida, según el relato, por otras con antorchas encendidas. Después del baile y en una sala inmediata se sirvió una colación de confituras que fueron presentadas en forma de soberbios ramilletes; y terminada aquella fueron acompañados los novios a la cámara nupcial. A la mañana siguiente tuvo lugar la entrega del infantazgo y de los regalos de boda; y durante algunos días se prolongaron aún las diversiones; banquetes, bailes, disfraces y fuegos artificiales.

Las fiestas nupciales adquirirían proporciones gigantescas en las cortes del siglo XVII, que en tales ocasiones lo mismo que en otras muchas, procuraban ocultar su pobreza intelectual y material con brillantes oropeles y extraordinarios gastos. La corte imperial, sobre todo, desplegaba soberbia pompa, y Viena admiró en 1666 cuando el emperador Leopoldo I se desposó con Margarita Teresa, infanta de España, la boda más espléndida que jamás se ha celebrado en territorio alemán. Las fiestas nupciales duraron tres meses justos y el punto culminante de todos los espectáculos fue el famoso «baile de caballos», cuya descripción ocupa en el *Theatrum europaeum* nada menos que 16 páginas en folio. Este espectáculo, cuyos personajes eran todos miembros de la alta aristocracia, fue una carrera de sortija en grande escala, representada con un inmenso aparato y apelando a los recursos teatrales de aquella época. Las carreras de sortija habían sustituido desde la segunda mitad del siglo XVI a los ejercicios caballerescos, justas y torneos. La diferencia entre el torneo y la corrida de sortija puede expresarse diciendo que aquel era un juego guerrero y este un sencillo juego en el que las artes de equitación y el lujo, unidas a todo género de pantomimas, representaban el principal papel. No obstante, arreglados y dirigidos por gente experta, estos últimos juegos con sus fantásticas «invenciones» con sus «mantenedores» y «aventureros», con sus «lemas» y «motes», eran escenas y espectáculos de todo punto magníficos. Otra de las diversiones de la buena sociedad era las «Comedias pastorales», en las que se presentaba en escena una fingida Arcadia, y las llamadas «Posadas» en las que el príncipe y la princesa representaban respectivamente los papeles de hostelero y hostalera. En el siglo XVII no se podía prescindir de tales espectáculos; quizá los alemanes de aquella época se veían obligados, por la convicción de que nada valían, a aparecer en escena diferentes de lo que eran en realidad.

Naturalmente, las citadas diversiones cortesanas procedían todas del extranjero; de Italia, España y Francia. El siglo XVII y gran parte del siguiente fueron para nuestro país un triste período en que se despreciaba todo cuanto tenía carácter nacional; una época desdichada en que se imitaba todo lo extranjero. Las cortes y la nobleza católicas conservaron aún por algún tiempo las modas españolas, mientras que los protestantes habían aceptado ya las francesas. Habíalas precedido en esto la corte electoral de Heidelberg y la del Landgrave de Hesse en Cassel.

Mucho antes de finalizar el siglo XVII «Monsieur et Madame A-la-mode», según los patriotas de aquel tiempo llamaban a la servil imitación de las costumbres francesas, dominaban como soberanos en toda la aristocracia del imperio alemán. Los señores y las damas reconocían esta

soberanía absoluta adoptando el traje de la corte francesa tal como se había inventado en tiempo de Luis XIV, con las largas pelucas y corbatas de encaje, los chalecos excesivamente largos, las casacas y los calzones cortos, los zapatos con rosetas de cinta, los provocativos corsés, los miriñaques enormes, y las rozagantes colas de los vestidos.

Sin embargo, la peluca y los miriñaques no fueron lo peor que del otro lado de los Vosgos llegó a nosotros. Monsieur y Madame A-la-mode trajeron consigo cosas mucho peores: aquel refinamiento en los vicios que los hacía doblemente perniciosos, rodeándoles como de una aureola de elegancia y de gracia, y haciéndoles aparecer por lo tanto como privilegio de las clases distinguidas. No sería difícil demostrar cómo bajo la influencia inmediata y mediata de la corte francesa, en las cortes alemanas, en extremo inclinadas a la imitación, y gracias a su ejemplo, en toda la aristocracia de nuestro país, se desarrollaba la idea, en extremo vituperable y perjudicial, de que las leyes morales sólo existían para la gente del pueblo, para el ciudadano y el labrador, pero no para los príncipes, los nobles y los prelados. Sentado tal principio, cualquier infracción del derecho y de la moral era por decirlo así una cosa lógica. De aquí el rápido desarrollo de un despotismo tal en los soberanos, como no se había visto hasta entonces en Alemania; y al mismo tiempo que se ostentaba con todo su orgullo este sultanismo, los nobles e hidalgos degeneraban convirtiéndose en despreciables cortesanos; los ciudadanos se trasformaban en individuos sin voluntad ni ideas propias, y los labradores carecían por completo de derechos políticos. Ya a principios del siglo XVII se experimentaban las consecuencias de la influencia francesa en las cortes alemanas; por ejemplo en la corte de landgrave Mauricio de Cassel, donde en 1615 se puso en escena una tragedia en la que el mismo Mauricio y su esposa Juliana, en unión de otros cortesanos y damas, representaron los papeles, y cuyo argumento eran adulterios y venganzas, argumento que cuyo desenlace era una sangrienta catástrofe. El estado deplorable de las relaciones de familia en las casas soberanas dio por resultado a fines del siglo una serie de hechos a cual más vergonzosos. Como cada reyezuelo alemán quería tener su Versalles, también deseaba tener su Montespan, para imitar en lo posible al mayor enemigo de Alemania, a Luis XIV, admirado a pesar de esto como sublime modelo. Dos hechos espantosos acontecidos en el mismo año de 1664, demostraron de un modo elocuente hasta donde habían alcanzado los estragos que las mancebas causaban en las cortes alemanas: el trágico fin del escándalo dado por el elector Juan Jorge IV de Sajonia con Sibila de Neitschutz, corrompida ya en su adolescencia, y la sangrienta escena del palacio de Hannover, donde el amante de la princesa heredera Sofía Dorotea, el conde Felipe Cristóbal de Koenigsmark, a instigación de la condesa de Platen, querida del elector y enamorada también del conde, fue atraído a una emboscada nocturna y asesinado. Para conocer todos los estragos que causaba entre las mujeres de la época el «espíritu francés, orgulloso, pérfido y disoluto», según un patriota irritado calificó en 1659 a la moda francesa, basta leer lo escrito por la joven condesa Aurora de Koenigsmark, más tarde querida de Augusto el Fuerte, después del asesinato de su hermano, acerca de las relaciones de este con la corte electoral de Hannover. La elegante dama se expresa en términos tan libres que en la actualidad causarían repugnancia a un mozo de mulas. Y téngase en cuenta que esta no era ya aquella ingenuidad con que nuestras abuelas se permitieron en el siglo XVI ciertas chanzonetas, alguna que otra vez, sino la galantería a la moda, la coquetería o la disolución intencionadas.

Puede decirse con absoluta seguridad, que entre las mujeres de nuestro país la corrupción nunca ha sido tan grande como a fines del siglo XVII y a principios del XVIII. Por fortuna esta corrupción no era en general, y aún en el período citado no faltaban en todas las clases de la sociedad alemana mujeres casadas y solteras que no hacían concesiones ni a Monsieur ni a Madame A-la-mode, sino que conservaban fielmente las buenas tradiciones de la familia alemana, cumplían concienzudamente sus deberes como hijas, esposas y madres, y mostraban interés y actividad en objetos más elevados, en los asuntos religiosos y políticos, en el progreso de la literatura y el arte. Obraríamos con sobrada preocupación e injusticia si quisiéramos atribuir a una u otra confesión religiosa la conducta de estas dignas depositarias de la moral y de las nobles ideas; así las mujeres católicas como las protestantes, las plebeyas como las nobles, merecen por igual estos elogios.

No abandonamos pues la época de la Reforma sin habernos consignado un hecho consolador en la historia de las costumbres. Por lo demás, poco o nada se nota en el tránsito de la época de la Reforma a los tiempos modernos que pueda satisfacernos. El imperio decaído, los Estados grandes y pequeños más o menos consolidados, los labradores esclavizados, los ciudadanos presa de la indiferencia, la nobleza trasformada en cortesana o rural, los príncipes afrancesados, el catolicismo falsificado por los jesuitas, el protestantismo petrificado por el dogma, la lengua mutilada, la literatura desnaturalizada por el gusto extranjero, el arte degenerado; tal era el estado de Alemania en el tránsito de la época de la ortodoxia a la de los tiempos modernos.

Necesitábase gran perseverancia para elevar de nuevo a nuestro pueblo a la altura de una nación, para convertirlo en un Estado. La cuarta parte de este libro demostrará cómo y por quién se realizó este trabajo

EDAD MODERNA

I.

EL GENIO DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Si consideramos la época de la Reforma como el puente por el cual la civilización europea pasó de la Edad media a los tiempos modernos, la relación que aquella guarda con estos y sus especiales contrastes pueden caracterizarse del modo siguiente: fe y ciencia, fantasía y estudio, romanticismo y buen sentido, espíritu y materia, orden jerárquico y humanismo. En estos contrastes está fundado el modo de ser de la época moderna. El desarrollo de la sociedad humana no se verifica, según hasta aquí se ha pretendido con arreglo a leyes imaginarias, sino según las leyes de la naturaleza y según los decretos de la razón humana correspondientes a ellas.

No se necesita probar por ningún concepto el progreso que esta nueva dirección señala comparada con la que prevaleció durante la Edad media. Desde el momento en que los hombres más ilustres de la humanidad, es decir, sus grandes pensadores y sus perseverantes investigadores, comenzaron a reemplazar la ciega fe con la ciencia positiva, desde el instante en que examinaron críticamente y sin preocupación los dogmas y la tradición, de entonces, repetimos, data la paulatina emancipación de nuestra sociedad, agobiada por la tiranía de jerárquica tutela.

En la Edad media la existencia trascurrió limitada por los muros de la iglesia; desde su nacimiento hasta su muerte el hombre sólo tuvo facultad de moverse hasta donde se lo permitían las cadenas de hierro de los preceptos eclesiásticos. Todo aquel que trataba de romperlas, o que abrigaba sólo la intención de hacerlo, era aniquilado sin piedad. Es cierto, según ya hemos visto, que precisamente tal sujeción produjo bien presto rudos combates; pero en la Edad media y aún en la misma época de la Reforma, esta resistencia había sido esencialmente religiosa. Por consiguiente, la Reforma eclesiástica del siglo XVI sólo había cambiado las formas de la tutela jerárquica, conservando su esencia. Y la razón de esto salta a la vista: si bien Lutero y los demás reformadores plantearon el principio de la libertad de conciencia y de examen, resultado lógico de aquella, en cambio negaron y rechazaron en realidad este principio «protestante», tan luego como sujetaron la libertad de pensar y examinar a la «letra bíblica». Por esto pues, el teologismo protestante no supo contribuir al mayor desarrollo de la sociedad, ni por lo tanto al de nuestro pueblo.

En la tercera parte de esta obra se ha demostrado de evidente modo, y sólo la ignorancia y la parcialidad pueden negarlo, que la mejora en las costumbres atribuida a la Reforma es una frase vacía de sentido, frase desmentida en todas partes por los hechos; pues en los siglos XVI y XVII la superstición estaba tan arraigada en las regiones protestantes de nuestro país como en las católicas, y en las cortes protestantes se hacía quizás mayor alarde de lujuria, crápula y disipación que en las católicas.

Ni aún la ignorancia y la parcialidad se atreverán a negar que el protestantismo tenía que oponer a la nueva luz de los tiempos modernos una fuerza de oposición mucho más débil que el

catolicismo. Este disponía de una organización y de una disciplina, tan propias para la defensa como para el ataque. Además, la Iglesia católica no entendía en esos escrúpulos de que a veces se sentían sobrecogidas las confesiones protestantes, al recordar que en rigor tenían su origen en el principio de la libertad. Por eso el protestantismo al combatir las nuevas teorías nacidas con él, era presa de vacilaciones que lo obligaban a ciertos compromisos, mientras que el catolicismo se hallaba desligado de ellos. Esta circunstancia explica por qué el genio de los tiempos modernos, que a pesar del teologismo se manifestaba en súbitas apariciones, pudiera introducirse con mayor facilidad y rapidez en las poblaciones protestantes de nuestro país que en las católicas.

Entre las manifestaciones del genio moderno y entre las nuevas fuerzas ideales y materiales de la vida, hay que incluir el humanismo, cuyos principios tendían a prestar un carácter mundano y puramente racional a las opiniones y sentimientos; después el estudio ampliado de la geografía que con el horizonte físico del hombre ensanchaba también el moral; que por medio de la importación de nuevas plantas alimenticias enriquecía la agricultura, y que con la abundancia de los metales preciosos de América fecundaba la actividad de la industria y del comercio europeos. El admirable progreso de las ciencias naturales y por fin la existencia y preponderancia de la conciencia política moderna señalaron nuevos derroteros al espíritu moderno.

El teologismo, así católico como luterano, tenía justa razón para oponerse con todas sus fuerzas y recursos a esa revolución que experimentaban las ciencias naturales y físicas gracias a los esfuerzos de Copérnico, Kepler y Galileo que demostraron era el Sol centro de nuestro sistema planetario y sustituyeron la idea del Universo geocéntrico de la Edad media con la del heliocéntrico. Desde que nuestro reducido planeta ha cesado de considerarse como centro inmóvil del Universo, desde que gira alrededor del Sol, la falsa suposición hasta entonces sustentada, ha desaparecido de la mente de los hombres pensadores, es decir, de una reducida minoría de la humanidad. En aquella falsa creencia, empero, se fundaba todo el edificio de los antiguos dogmas, edificio suspendido en los aires desde la hora en que se le quitó la base.

Al par que este descalabro, el jerarquismo recibía otra grave sacudida por parte de las modernas ideas políticas, consecuencia lógica de las que sustentaban los pensadores reducidas a su realidad positiva. Reconocióse, si bien no en alta voz, que los Estados debían depender y gobernarse en adelante, no según los principios religiosos, sino por los políticos. No se negaba la existencia más allá de la muerte, pero se hacía de la vida terrestre el principal objeto de los cuidados de un gobierno, fundados en las necesidades y exigencias de la realidad. Esto precisamente caracterizó a la idea política moderna y por lo pronto se realizó bajo la forma del despotismo de los príncipes, del poder real absoluto. Por uno de esos magníficos contrastes, no excepcionales en esa tragedia llamada Historia Universal, un cardenal de la Iglesia romana, Richelieu, debía ser el hombre que por primera vez hizo de la moderna idea política un sistema de gobierno. Richelieu fue uno de aquellos hombres que el acaso depara cuando son más necesarios. Creó el absolutismo monárquico que allí donde llegó en Europa a su perfecta manifestación y a su actividad libre, se presentó como un progreso indisputable, como un poderoso elemento de la civilización. Era un monstruo que devoraba centenares de alimañas feudales y jerárquicas. Pero hay que reconocerlo; concluyó con la anarquía de la nobleza, obligó a la Iglesia a reconocer la superioridad de la idea política y creó el orden que es la primera exigencia de los Estados civilizados. Este sistema que, dada la naturaleza de los hombres, no es posible sin una organización vigorosa y severa de la policía, hacía posible la agricultura y facilitaba la prosperidad de la industria y del comercio. La agricultura mejorada, la industria multiplicada y el comercio en mayor escala, eran fuentes de bienestar y de riqueza. Y esta a su vez alentaba y recompensaba la actividad científica y artística. Las invenciones de los sabios y las creaciones de los artistas ensanchaban más y más la órbita de la instrucción, sembrando de continuo nuevos gérmenes intelectuales que más tarde brotaban, y robustecían las fuerzas progresivas de la sociedad europea.

Así considerado, el absolutismo de los príncipes del siglo XVIII se nos presenta como el precursor eficaz y necesario de la democracia moderna; y si examinamos más de cerca las relaciones que existen entre ésta y aquél, nos confirmaran de nuevo en la antigua verdad de que esos eternos viajeros del tiempo, hombres y pueblos, no pueden dejar de recorrer una sola de las etapas que en su camino tienen fatalmente marcadas. Por lo tanto, el desarrollo del absolutismo no era en sí una desgracia para Alemania, por más que lo fuera la circunstancia de que el «monstruo» no llegase entre nosotros a su completo desarrollo, ya que atendida nuestra crónica enfermedad, la división del imperio en multitud de pequeños Estados, dio vida a las rapaces «alimañas» que con frecuencia obraron del modo más escandaloso; precisamente porque se habían propuesto competir con él. De gran importancia fue para el porvenir de nuestra patria que en el Norte del mismo los Hohenzollern fundaran un Estado, el cual, gracias a hazañas del Gran Elector en paz y en guerra, iban sin duda a desarrollar hasta convertir en potencia y hacer predominar en Alemania el poder real absoluto. El 18 de enero de 1701, día en que Federico III, elector de Brandenburgo, se ciñó con su propia mano la corona real de Prusia en la sala de audiencia del palacio de Koenigsberg, fue sin duda una fecha que debía influir grandemente en la suerte de nuestra patria. Este hombre era pequeño a pesar de sus altos tacones y su enorme peluca. No obstante, el acto, que principalmente tendía a satisfacer su desmesurada vanidad y su afición a la magnificencia, tenía una importancia que quizás él mismo no supo apreciar. Las campanas cuyos tañidos celebraban la inauguración del nuevo reino, doblaron al mismo tiempo por la muerte del Santo Imperio Romano germánico, cadáver hacía algunos años. El nieto del primer rey de Prusia, Federico II, dedujo las consecuencias lógicas e históricas de la premisa sentada aquel día de enero en Koenigsberg, emancipando de una vez para siempre la existencia política de la tutela jerárquica y encaminando al mismo tiempo a la joven Prusia por un sendero, que seguido con perseverancia, podía y aún debía de hacer de los Hohenzollern los señores de Alemania; porque en el imperio alemán no existía ni se hallaba en vías de formación potencia alguna que pudiera contrarrestar u oponerse por mucho tiempo a la prusiana en su inopinado progreso.

El absolutismo de los Hohenzollern debió, por decirlo de una vez, llevarse por fin la victoria sobre todos los absolutismos alemanes, en especial sobre el de los Augsburgo y el de los duques de Lorena, porque se desarrolló conforme las exigencias del tiempo y supo acomodarse a las condiciones de la vida moderna. Fue el primero que en Alemania y hasta en Europa realizó en la persona de Federico el Grande el tránsito del despotismo brutal al ilustrado, después que Federico Guillermo I, hubo sustituido la brutalidad inconsciente con la razonable: verdad es que el absolutismo prusiano no siguió al siglo XVIII cuando éste dio el paso que condujo a la transformación completa de la sociedad; pero bastante caro pagó su falta. Permaneciendo en el mismo estado en que la dejó Federico el Grande y retrocediendo por añadidura en vez de progresar, Prusia estaba próxima a faltar a su misión, hasta que, por fin, en la segunda mitad del siglo XIX, volvió a recordarla. Los habitantes de Berlín realizaron en los días de marzo de 1848 una revolución local; pero el absolutismo de los Hohenzollern hizo en 1866 una revolución nacional, y obró en esta ocasión impulsado por su carácter, porque él mismo era por su origen revolucionario: cuña de hierro que había penetrado en el viejo y pútrido tronco del imperio para hacerle saltar tarde o temprano en pedazos.

Reasumiendo lo que llevamos dicho hasta aquí, deducimos en consecuencia que la conciencia y la doctrina política modernas poco a poco se separaron del dogma eclesiástico, fundándose en una idea puramente humana y por consiguiente positiva. En esta lenta transformación pueden distinguirse tres fases. En la primera la política soporta aún la tutela eclesiástica, pero en realidad obra más bien en el sentido y espíritu religioso tradicional, que según los mandamientos jerárquicos (absolutismo brutal razonado). En la segunda fase los príncipes no solamente se emancipan de un modo cada vez más decidido de las ideas e influencias eclesiásticas, sino que colocan su poder absoluto, que según ellos es idéntico al interés del Estado, sobre los intereses de la Iglesia (despotismo ilustrado). En la tercera fase, por fin, se verifica el rompimiento completo con las

tradiciones de la Edad media; y el proceso del desarrollo histórico ulterior no se presenta ya como la lucha entre el Estado y la Iglesia, sino como lucha entre los derechos de los príncipes, de la nobleza y del pueblo, o con otras palabras, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia (época de las revoluciones). Desde fines del siglo XVIII esta gran lucha cuenta con nuevos elementos sociales, por efecto de la división de la tercera clase del pueblo en una llamada burguesía y en un llamado proletariado, en cuyas dos clases el antiguo contraste de riqueza y pobreza, de capital y trabajo se manifestó de un modo tan rudo y áspero como nunca había tenido lugar hasta entonces.

El desarrollo científico de las modernas teorías jurídico-políticas no ha tenido origen en Alemania, por más que los alemanes ya en época temprana tomaron parte en este trabajo. Un alemán ilustre, Samuel Pufendorf, demostró que el derecho no era asunto de conveniencia y de utilidad, sino producto de un pensamiento. El primero que rechazó del todo la ficción llamada derecho divino, deduciendo las ideas del derecho y del Estado, libre e inmediatamente de la conciencia humana, fue el holandés Hugo de Groot (que murió en 1675): con él empezó la larga serie de tratadistas y jurisconsultos, así en derecho político como civil, que negativa o afirmativamente han formulado la doctrina de la moderna ciencia democrática. En el siglo XVII eran principalmente los ingleses y holandeses (Hobbes, Milton, Lidney, [Locke](#), Espinosa) quienes se consagraban a tales trabajos y en el siglo XVIII con preferencia los franceses. Uno de estos, el famoso Montesquieu, ha escrito la biblia constitucional-monárquica del liberalismo europeo (*L'Esprit des lois*, 1749), otro, Rousseau, el catecismo de la democracia republicana (*Le contrat social*, 1762). En el siglo XIX prosiguieron esta empresa los franceses, quienes de la premisa democrática sacaron la deducción socialista y comunista, construyendo con la mejor buena fe los castillos en el aire del socialismo y comunismo (Saint-Simon, [Fourier](#), [Cabet](#)) o bien los destruyeron de nuevo al impetuoso soplo de la crítica ([Proudhon](#)). Muchos alemanes siguieron las huellas de estos precursores franceses tomando parte con notable afición en los trabajos de formación de la teoría socialista, de modo que en la segunda mitad del siglo XIX nuestro país se convirtió en escenario de la encarnizada guerra entre el trabajo y el capital, entre el individualismo y el socialismo.

En todos los fenómenos que acabamos de citar debe recordarse otra vez aquella antiquísima verdad, a pesar de lo cual siempre nueva, de que en la historia de la civilización, al levantarse el Sol, las cimas de las montañas brillan ya iluminadas por su luz mientras que por mucho tiempo las tinieblas de la noche reinan en los valles; así como la de que en la espesura de las selvas domina una tranquilidad funesta, mientras las ráfagas de la tempestad hacen doblegar las copas de los altos abetos y hayas. La aurora de una nueva época no aparece en las llanuras donde se agita el vulgo, sino en las cimas del trabajo y del pensamiento. El genio de la humanidad no tiene su asiento entre el tumulto y la agitación de los mercados, sino en el tranquilo estudio de solitarios pensadores. La voluntad popular falsamente llamada racional y que tan fácilmente se deja guiar por cualquier miserable adulator, no es la que produce las grandes ideas y convicciones, sino la actividad, el talento y el entusiasmo de algunos hombres elegidos dotados de excelente cabeza y gran corazón. Si las masas del pueblo no siempre rechazan, crucifican o apedrean a sus verdaderos jefes y héroes, se agitan en todos los tiempos en pos de ellos con el intervalo de algunas docenas de años y hasta de algunos siglos. De aquí resultan esos chocantes contrastes en los grados de instrucción de cada pueblo, que también se echan de ver en Alemania. Ciertamente existen miles de hombres y mujeres alemanes que se hallan a la altura de instrucción que exige el siglo de los grandes descubrimientos, el siglo del vapor y de la electricidad. Pero esto no impide que un tirolés genuino piense aún hoy del mismo modo que uno de sus antecesores de los tiempos de Margarita Maultasche²². Un robusto labrador de Pomerania o de Mecklemburgo debe ser muy civilizado ya para considerar el pequeño catecismo de Lutero como la suma de toda sabiduría humana. Para los capellanes bávaros educados bajo la rigurosa disciplina de los seminarios, las más bellas creaciones clásicas son algo menos que

22 Traducido literalmente «boca de bolsa», es decir, de labios colgantes, que imprimen a la fisonomía el sello de la estupidez. (N. del T.)

obras del demonio o cosas puramente inútiles. Una labradora de Westfalia, país clásico de los jamones, vería aún hoy asar un hereje, con la misma devoción con que su bisabuela vio atenacear con hierros candentes a Jan Bockelson. Y sin embargo todos estos tipos de una raza no civilizada aún, pero muy extendida en los países alemanes, pertenecen a ese pueblo para quien Kant y Lessing han pensado, para el que Goethe y Schiller han escrito sus poesías, y para quien centenares de sabios y artistas eminentes han estudiado y trabajado.

Podríamos aumentar el número de semejantes contrastes y diferencias; podemos recordar por ejemplo entre otras cosas que en nuestro país las antiguas castas existen aún, si bien no de derecho, de hecho; y que la fábula estúpida de la sangre roja y de la azul influye aún poderosamente en la sociedad alemana. Sin embargo, no debemos olvidar que este libro de la *Germania* tiene señalados sus límites, de los que no pretende salirse. Y precisamente aquí en la introducción de la última parte es preciso que recordemos estos límites; pues cuanta mayor es la riqueza y cuanto más numerosas sean las direcciones en que la vida de nuestro pueblo se ha desarrollado en los siglos XVIII y XIX, tanto menos debemos proponernos seguir los diversos senderos que ante nosotros se presentan, si no queremos perder la primitiva y principal dirección y extraviarnos en un caos de detalles, sacrificando así el conjunto a las partes que lo constituyen.

II.

COLETA Y POLVOS

Que en la época en que mayor boga alcanzaba la escuela romántica se acostumbraba en los círculos literarios a hablar con desprecio del siglo del iluminismo, es cosa sabida. «¡Coleta y polvos!» Con esta frase los románticos creían haber caracterizado lo bastante aquella época y condenándola según merecía al desprecio. Pero los hombres de seso no podían menos de reconocer en este orgullo romántico una estupidez extremada: sólo que los verdaderos sabios formaban, como sucede siempre y en todas partes, el partido reducido e impotente del buen sentido y por consiguiente era muy justo que nuestros compatriotas dejaran durante algún tiempo que una turba de atolondrados motejaran y despreciaran la época más fecunda y gloriosa de la historia de la civilización. «¡Coleta y polvos!» ¡Sea enhorabuena! Pero de aquellas cabezas empolvadas de las que pendía la coletilla, han salido los planos de las batallas del gran Federico, Rossbach y Leuthen, la *Crítica de la razón pura* de Kant, el *Edicto de tolerancia* de José II, el *Natan* de Lessing, la abolición de la esclavitud y de la tortura, el *Fausto* de Goethe y el *Don Juan* de Mozart.

Es cierto que el siglo de los polvos y de la coleta fue una época de frivolidad y de opresión, pero también es cierto que fue un período de ardiente y apasionada aspiración a la ciencia y a la libertad. Raras veces, quizás nunca, la sociedad humana se ha agitado presentando contrastes tan chocantes y admirables como los que ofrece la sociedad del siglo XVIII. Al comenzar éste, Luis XIV pronunció la soberbia frase: «El Estado soy yo»; y a sus postrimerías aparece la «declaración de los derechos del hombre.» ¡Qué de cosas se agitaron y removieron en algunos decenios! De un lado la política de las intrigas, de los ardides, de las puertas y escaleras secretas, de los gabinetes «negros»²³, de las *oubliettes*²⁴, del veneno y del puñal del asesino; de otro lado, la aurora de un nuevo día inundando los horizontes, precursora del Sol de la libertad y de la humanidad. De un lado el misticismo, el pietismo y el jesuitismo congregándose y discutiendo en sociedades secretas; de otro el ataque contra la ortodoxia y la superstición emprendido por los librepensadores ingleses, los enciclopedistas franceses y los investigadores e iluminados alemanes. La sátira y el sarcasmo de Voltaire, fuerzas negativas y demoledoras, sustituidas por el entusiasmo de Rousseau y Schiller, afirmativo y creador, y poderosísimo elemento de civilización. El genio alemán, encadenado por el dogma eclesiástico y por el mal gusto extranjero, presa de mortal letargo, aparece en la hora de su resurrección con todo esplendor y magnificencia: entonces se presentan un Lessing, un Gotze, un Gottsched y un Goethe. El siglo XVIII ha sido llamado siglo de los grandes aventureros y bien merece tal calificativo si se tiene en cuenta que a principios del mismo el Zar Pedro de Rusia y Carlos XII de Suecia y a fines del siglo Napoleón Bonaparte se presentaron en la escena de la historia universal. Pero lo que sí puede afirmarse, es que fue la época de los hombres de negocios y de los intrigantes, de los titiriteros, embaucadores y estafalarios: de los Law, Dubois, Goertz, Alberoni, Clement, D'Eon, Bieren, Agdolo, St. Germain, Cagliostro, Casanova y Schrepffer, pero también produjo caracteres heroicos, tales como Federico el Grande, Kosziusko y Mirabeau, y grandes ciudadanos como Washington, Franklin y Pestalozzi; y así como en los hombres, también en las mujeres se manifestaba tan admirable contraste: la corrupción de las alemanas Kossel y Graevenitz no cedía en nada a la de las francesas, la Pompadour y la Dubarry; pero en cambio ningún otro país podía presentar mujeres como la emperatriz-reina María Teresa, la duquesa Luisa

23 Los gabinetes negros eran en el siglo pasado, y aun a principios de éste, oficinas secretas en las que se revisaba la correspondencia de ciertas personas. (N. del T.)

24 Calabozos secretos en donde se hacía desaparecer a los acusados políticos sin formación de causa. (N. del T.)

de Sajonia Weimar y la reina Luisa de Prusia, en cuyas tres damas, pero en cada una del modo más especial, se manifestaba en todo su esplendor el más noble tipo femenino. De muy diverso modo se nos presenta aquella Catalina de Anhalt-Zerbst, mezcla rara de genio, energía y vicio y que como «la Semiramis del Norte» convirtió en realidad histórica las antiguas fábulas babilónicas.

El mismo contraste que se echa de ver en los personajes se observa también en las opiniones e ideas; examinados de cerca se confunden el servilismo más indigno y la franqueza más audaz, el desprecio de la propia dignidad y la más heroica independencia, la duda cínica y el mayor entusiasmo, el egoísmo y la sensibilidad. Y sobre este caos de contrastes y disonancias, resuena enérgica la voz que clama por la libertad y la justicia, la verdad y la belleza. En punto a fe y a religiosidad, en punto a amor a los ideales de la humanidad, nuestra época atea, realista, época de judíos y de bolsistas, es inmensamente inferior al siglo de la coleta y de los polvos. No obstante, nuestros antepasados, para permanecer fieles a sus dioses, tenían que refugiarse en su idealismo «abandonando la limitada esfera de los hechos concretos por la libertad del pensamiento»; pues en la vida estrecha y asfixiante de la realidad, tal como se ofrecía en el corrompido imperio alemán, no cabía tan elevado culto.

Nunca los ojos de un mortal han contemplado máquina tan pesada y desvencijada como la llamada Dieta de Ratisbona con su «Corpus Catholicorum» y «Corpus Evangelicorum», con su «Colegio de los Príncipes del Imperio», con sus «Bancos» de las ciudades, de los condes y prelados del Imperio, con sus fórmulas, deliberaciones, rectificaciones y protestas, con sus enormes legajos de actas, sus juicios, recursos, comisiones y diputaciones. Costaba inmenso trabajo conseguir que esta asamblea diese una «resolución definitiva de la Diputación del Imperio» y con mucha frecuencia tal procedimiento enojosamente circunstanciado, podía compararse al *mons parturiens*; pues entre las resoluciones de la Dieta y su cumplimiento existía tan inmensa distancia, que precisamente en las cosas más importantes, raras veces se hacía algo que valiese la pena. Y si añadimos que este aborto de Parlamento se esforzaba en cubrir su deplorable organización con los oropeles de una sabiduría pedante y de una etiqueta tan rígida como el lienzo almidonado, no podremos asombrarnos de que el fantasma de la Dieta ofreciera un aspecto cómico, promoviendo en el mismo país la burla de la gente y en el exterior la risa de los extranjeros.

La institución más robusta entre las ya caducas y anticuadas del Imperio, era el Tribunal Superior del Imperio en Wetzlar y el Consejo de la Corte imperial de Viena. Es verdad que esas oficinas judiciales supremas despachaban los negocios de un modo en extremo lento; pero a pesar de ello ofrecían a veces cierta protección contra la arbitrariedad de la justicia secreta de los príncipes. Las atrocidades efectuadas por los tribunales ejecutivos de los grandes y pequeños monarcas alemanes casi hasta fines del siglo XVIII, hielan de horror la sangre. El aparato mezquino de esta justicia de soberanos en miniatura, hubiera sido sólo ridículo si esta mezquindad no hubiera ido acompañada de inhumana dureza. Estos soberanos en miniatura ejercían la justicia como los señores de horca y cuchillo de la Edad media. Para conocer cómo procedían los tales, bastará mencionar el abominable proceso que el conde de Wittgenstein hizo instruir en los años 1704 a 1705 por su tribunal de Laasphe a orillas del Lahn contra la «madre Eva» (de Buttlar) y sus compañeros pietistas, proceso cuyo objeto, por demás sabido, no era otro que apoderarse del dinero y los bienes de esta mujer, jefe de una secta de pietistas, que en la quinta condal de Sasmannshausen se entregaban clandestinamente a vergonzosos desórdenes.

Y como un ejemplo de la justicia soberana en mayor escala puede añadirse a esta cita el proceso que después de la muerte del duque Carlos Alejandro de Wurtemberg se instruyó contra su primer ministro, el desapiadado y soberbio judío Suss Oppenheimer, el cual fue ahorcado el 4 de febrero de 1738 en el campo de las ejecuciones cerca de Stuttgart, colocándole a este fin en una jaula de hierro suspendida de una altísima horca. Considerada desapasionadamente, esta ejecución no fue otra cosa que un asesinato jurídico cometido a la luz del día; bien es cierto que aquel hombre había merecido su suerte, porque era una de las peores rémoras del pueblo y de su siglo. Sirvió al

mismo tiempo de terrible ejemplo al ilimitado orgullo y a la soberbia que se apoderaban de la raza semítica, tan luego como había adquirido una posición sólida. Debe consignarse, no para excusar, sino para explicar el júbilo popular con que no solamente en Wurtemberg sino también en los Estados vecinos fue celebrada la muerte del «hebreo Suss», que los judíos de aquella época, obligados por la preocupación cristiana a vivir del préstamo, han sido en muchas comarcas de Alemania verdaderas sanguijuelas de la población, sobre todo de la población rural, a la que vejaban y estrujaban sin piedad. No deja de caracterizar a este período la circunstancia de que varios predicadores luteranos trataran de convertir al sentenciado judío Oppenheimer, y que mientras el reo encerrado en la jaula de hierro gritó con voz lastimera: *¡Adonai Elohim!*, el vicario Hoffman le consoló diciendo: «¡Judío terco! ¡Pues así lo quieres, muérete! ¡Viva Jesús!»

El país de Wurtemberg ha visto, algo más tarde, casos muy raros de la justicia de sus soberanos. Nadie ignora cuáles fueron los tormentos que el disoluto déspota, duque Carlos Eugenio, hizo sufrir durante muchos años al honrado jurisconsulto Moser y al ilustre patriota Schubart, encerrados en un calabozo sin formación de causa. Sin embargo, ya en la época en que la justicia soberana se consideraba en nuestro país como usufructo de Federico el Grande, es decir, como privilegio natural del absolutismo por la gracia de Dios, el genio de los tiempos modernos comenzaba a influir en la justicia penal en sentido más humanitario; y también en punto al derecho civil las necesidades y exigencias de los Estados respecto a su policía, obligaban a los gobiernos a oponerse, cuando menos en parte, al cúmulo monstruoso de leyes, recopilando y creando los códigos civiles por los que debían regirse algunos Estados, en primer lugar el prusiano. Prusia fue también la que dio el ejemplo a todo el continente europeo de la abolición de la tortura²⁵. En 1740, al tercer día de su reinado, Federico prohibió que en adelante se efectuaran los interrogatorios aplicando el tormento, y esta fue sin duda una de las mejores acciones del rey. El buen ejemplo no deja de tener también sus imitadores: en el margraviato de Badén la torturase abolió en 1767, en el electorado de Sajonia en 1771, y en Austria en 1776. No obstante, en otros puntos la tortura se conservó aún durante largo tiempo, por ejemplo en Baviera hasta 1807 y en Hannover, aunque parezca mentira, hasta 1822.

También los tribunales de «maleficios» continuaban en algunas partes funcionando con actividad piadosa y con tal despreocupación, cual si no hubiese sonado la hora que anunció al mundo el siglo de las luces. Sería un error creer que el protestantismo hubiera cedido al catolicismo en punto a su fervor por el reino de Dios. La última solemne quema de una bruja en el imperio alemán se verificó en el obispado y principado de Warzburgo, donde la víctima de esa brutal justicia, la monja María Renata Singer, mujer de 70 años, subpriora del convento de Unterzell, y que según dicen las actas del proceso, «siendo una niña de seis o siete años había sido seducida por un oficial (un demonio disfrazado)», fue sentenciada a ser decapitada y quemada, y ejecutada el 21 de julio de 1749 por haber ejercido la hechicería, endemoniando a sus compañeras, las demás monjas. Con menos formalidades se decapitó en 1759 en Landshut, Baviera, una pobre niña de 14 años «por haber tenido trato con el demonio.»

La mancha del último asesinato jurídico verificado en una bruja en territorio alemán, cae sin embargo, sobre un país protestante, el cantón de Glaris, y en general puede asegurarse que los pequeños cantones de Suiza fueron los últimos refugios de las bárbaras costumbres de la Edad media. Una pobre moza de servicio, Ada Goldi, fue acusada de haber dado a la hija de su señor en un dulce recibido del demonio «puntas de alfiler que hirieron el estómago de la niña», y de haberla paralizado por medio de sus hechizos una pierna. El tribunal ortodoxo de maleficios de Glaris cumplió con su deber, arrancó de la bruja la confesión deseada sometiéndola por dos veces a la tortura y la sentenció a muerte. El 18 de junio de 1782 la infeliz fue decapitada en el Patio de los

25 «El 10 de octubre de 1325, Aragón prohíbe la tortura judicial, desmarcándose de los países de nuestro entorno, donde era una práctica generalizada, regulada por leyes y analizada en sus detalles en los libros de derecho que se estudiaban en las universidades.» <https://eljusticiadearagon.es/el-justicia-de-aragon-celebra-700-anos-de-la-prohibicion-de-la-tortura-en-aragon/>

juegos en Glaris y enterrada debajo de la horca. Este proceso anacrónico fue el que Schlaezer calificó en sus *Indicaciones de Estado* con la expresión de «asesinato jurídico» inventada por él y empleada por primera vez en esta ocasión. En general debe admitirse como evidente que, cuando menos en la primera mitad del siglo XVIII, la Alemania protestante competía con la católica en punto a esta superstición. Testimonio característico de lo que acabamos de afirmar es un decreto de la Academia de ciencias de Berlín del año 1732, respecto al descubrimiento de tesoros escondidos. El presidente del citado instituto de sabios, un señor conde de Stein, publicó en forma de decreto el siguiente aviso: «Como según antigua tradición, en la Marca y sobre todo en la región de Lebus, Lehnin y Vilsneck, están escondidos considerables tesoros, para cuyo descubrimiento y para cerciorarse de si aún existen, ciertos frailes, jesuitas y otros parásitos de la misma calaña vienen de Roma, el vicepresidente debe vigilar bien a esa clerigalla y no perdonar medio alguno para dar con las riquezas, recurriendo a la vara mágica, a los exorcismos y a mandrágoras a cuyo efecto se le entregarán los libros mágicos de nuestro archivo y el *Speculum Salomonis*.» A tal altura científica se hallaba en 1732 la Academia de Berlín fundada a instigación de la «filosófica» reina Carlota, esposa de Federico I, con ayuda de Leibnitz. Verdad es que a la sazón el docto instituto no llegaba a costar 300 thalers anuales, pues Federico Guillermo I no quiso gastar absolutamente más. Este rey, semi-labrador, semi-sargento, trataba a la ciencia y a los sabios con un desprecio brutal. Llamaba a Leibnitz un «individuo bueno para estar de centinela», e hizo discutir a su bufón, maese Morgenstern, en una solemne asamblea, con los catedráticos de la Universidad de Francfort del Oder, una tesis formulada por el mismo: «Los sabios son charlatanes y locos.»

Sin embargo, no debemos pasar en silencio la circunstancia de que el servilismo de los sabios alemanes de aquella época, digno tan sólo de esclavos, provocaba y justificaba con harta frecuencia tales desprecios y malos tratos. Pero superiores a los sabios en cuanto a servilismo eran aún los sacerdotes luteranos. El que quiera saber a qué estado de degradación y de indignidad habían llegado los sabios alemanes, aún los de más celebridad y fama, lea los escritos que dirigían a Augusto el Fuerte de Sajonia, es decir, a uno de los representantes más inicuos y brutales del sultanismo bárbaro y arbitrario, a uno de los mayores déspotas que pesaron sobre su país y sus súbditos, a uno de los libertinos más disolutos, hombre que ni siquiera vacilaba en tomar por queridas a sus hijas. La Universidad de Leipzig dedicó en 1727 a este personaje una poesía festiva en la que le llama «Tito de nuestra época» y le alabó como «el poderoso Augusto, joya del mundo, maravilla fabricada por manos de Dios mismo.» Por su parte Gottsched compuso un poema en el que pinta al mismo Augusto, grande tan sólo en la fuga, como guerrero superior a los héroes de Homero; concluyendo sus versos del modo siguiente: «En la paz eres dos veces grande; tu alegría estriba en allanar a tus súbditos el camino de la salvación y por eso viven rodeados de la dicha.» Tales alabanzas encierran una sátira verdaderamente cruel para los pobres sajones a los que, según nadie ignora, el «dos veces grande» Augusto causó infinitos sufrimientos. Las desgraciadas guerras, de vergonzoso fin, que este Hércules sajón emprendió para apoderarse de la corona real de Polonia, demuestran del modo más triste los manejos de la política de gabinete, y los caprichos y antojos de los príncipes, por quienes los alemanes tenían que derrochar entonces sus bienes y su sangre.

El arte militar sufrió durante el tiempo de la coleta y los polvos, en el cual el ejército del imperio fue objeto de burla, muy importantes cambios, sobre todo en Austria y en Prusia. En el campamento austríaco manifestaban sus dotes, generales como el príncipe Eugenio, Luis de Badén, Daun, Liechtenstein y Laudon, en el prusiano Federico Guillermo I, el príncipe Leopoldo de Dessau, después Federico el Grande con su hermano Enrique y sus generales Fernando de Brunswick, Winterfeld, Seidlitz, Schwerin, Zieten y otros, en las postrimerías del reinado de Carlos VI, último emperador de la casa de Habsburgo, el ejército austríaco se hallaba muy desorganizado y al morir este monarca no contaba más que 68.000 soldados capaces de entrar en campaña. Reinando María Teresa, su contingente se aumentó hasta 200.000 hombres que exigían un gasto anual de 14 millones de florines. Este ejército ofrecía un aspecto abigarrado, a causa de las gentes de diversas nacionalidades que lo componían, pero los cuerpos de la Guardia imperial eran verdaderamente

magníficos. Hasta el año 1772 el enganche era la base del reclutamiento, pero desde entonces la quinta ofreció los elementos principales para el ejército activo.

En cuanto a Prusia, el Gran Elector la había convertido ya en un Estado cuya existencia y porvenir dependía de la espada. Toda la política de Federico Guillermo I tendió al desarrollo de su país como Estado militar. En esta política se confunden sus cualidades de labriego y de soldado; en ella no se echan de ver miras superiores de cultura y menos aún conocimiento de los medios que la favorecen; mucho temor de Dios, más temor aún del rey; mucha basura y extraordinaria avaricia. El «Sargento coronado», según se llamó al rey, pudo apoyarse en tales bases para dotar a su país, que sólo tenía 2.275 leguas cuadradas y 2.240.000 habitantes, de un ejército de 72.000 hombres, de los que 26.000 eran enganchados, es decir, extranjeros reclutados por medio de la astucia o de la fuerza. De la renta total del Estado, que ascendía a 7.371.707 thalers anuales, el ejército absorbía 5.977.407. Todo prusiano que tuviera la talla de soldado estaba obligado a llevar «la casaca del rey.» Exceptuábanse sólo los hijos de los curas protestantes, los de los ciudadanos que probaban poseer una fortuna de 6 a 10.000 thalers, los hijos únicos y los jóvenes de la nobleza que, sin embargo, casi todos servían como oficiales. Federico Guillermo I ha creado el soldado con coletilla, polvos y polainas, tal como se veía, no pintado, pero sí en las célebres «paradas de Potsdam»; aquel regimiento de granaderos formado de «tres mil hombres de gran talla», entre los que se contaban magníficos ejemplares de gigantes que el avaro rey había pagado en 5 a 10.000 thalers.

La educación militar de los soldados ofrecía ya entonces en Prusia resultados sorprendentes: los movimientos uniformes como los de una máquina, el fuego por pelotones, batallones y regimientos, todo esto se hacía con una exactitud extrema. Federico el Grande dio a esta máquina militar el genio motor, su aliento de general. Durante su reinado el ejército llegó por fin a la cifra de 200.000 hombres que todos los años costaban 13.000.000 de thalers, es decir, más de la mitad de la renta del Estado. Los elementos que componían el ejército hacían indispensable una disciplina terriblemente rigurosa; porque no podía considerarse aquel como pueblo armado, sino como soldadesca procedente de las regiones más opuestas, y de la ínfima clase social, con la que los oficiales sólo tenían de común el aire que respiraban y la muerte violenta a que estaban expuestos. El genio estratégico de Federico se dio a conocer en la rapidez de movimientos de sus ejércitos y en haber sabido comprender y utilizar las ventajas del orden oblicuo.

Bien pronto el ejército prusiano fue el modelo al que trataron de ajustarse todos los ejércitos de los grandes y pequeños Estados alemanes, aunque sólo en sus exterioridades. Los déspotas en caricatura que así remedaban a Federico, tenían sólo en su favor la ridiculez de su empeño, pues no deja de ser inicuo este comercio de carne de cañón, comercio que puede considerarse como una afrenta de aquella época y de aquellos príncipes, y que prueba hasta qué punto se había rebajado el pueblo alemán, a partir de la paz de Westfalia. Un pueblo que tales abusos toleraba, bien podía considerarse como ajeno al siglo de las luces y bien podía decirse que había perdido la esperanza en un porvenir mejor. Esos «Padres de la Patria» que así traficaban con los cuerpos de sus súbditos, vendiéndolos uniformados a los holandeses, ingleses y franceses, se llamaban duques de Brunswick y de Wurtemberg, príncipe de Anhalt-Zerbst y conde de Anspach; sin embargo, el verdadero traficante en carne humana al por mayor era el conde de Hesse-Cassel, quien pudo acuñar millones de thalers, gracias a la venta de 16.992 de sus súbditos. Un eco amortiguado y doloroso de las maldiciones y de los suspiros exhalados a causa de tales infamias, resuena en la patética *Canción del Cabo* de Schubart. Pero con mayor claridad se expresa Seume en su autobiografía, pues él mismo fue víctima de aquel negociante de sangre humana, «por la gracia de Dios.»

Con el advenimiento de Federico II al trono, monarca a quien no podrá rehusar el sobrenombre de grande todo aquel que juzgue con alguna inteligencia de sus obras en paz y en guerra, el despotismo ilustrado comenzó a reinar en el suelo alemán; mientras que en Francia, así como en los demás Estados europeos, debía seguir imperando aún durante mucho tiempo un gobierno corrompido y estúpido, mezcla de barbarie y de molicie. Federico es una de esas figuras

históricas que separan dos épocas, una de esas figuras que inician un nuevo capítulo en la historia del mundo. Su mérito como guerrero, aunque Klopstock le tachase, no sin razón, de ser un «extranjero en su patria» por su simpatía a las cosas francesas, consistió principalmente en haber devuelto al nombre alemán su antiguo brillo, elevando la nación prusiana al nivel de la austriaca, gracias a su heroica lucha de siete años contra fuerzas muy superiores.

Con esto desvaneció de hecho el espectro del Sacro Imperio romano, convirtiendo a la vez el dualismo de Hohenzollern-Lorena en el polo, o mejor dicho, en los dos polos opuestos alrededor de los cuales debía desarrollarse en lo sucesivo la historia alemana. La Prusia así creada por el Federico guerrero, se consolidó por el Federico político, que introdujo en las leyes y en la administración de su país el espíritu moderno, en cuanto podía aplicarse, dada la política del Estado. Que todo estuviese sometido a las órdenes superiores, y que Federico, aunque dijera formal y sinceramente: «No soy más que el primer servidor del Estado», considerase como su real derecho disponer sin reserva de la sangre y de los bienes de sus propios súbditos, esto era cosa que ya estaba en la esencia del despotismo ilustrado, así como en la minoría efectiva de los pueblos. Estos debían ser gobernados militarmente para progresar, y era preciso que un rey fuese el primero en decir: «¡En mis Estados cada cual puede ser feliz a su modo!» para que se comprendiera el gran pensamiento de la tolerancia religiosa, tanto tiempo combatido y condenado por el catolicismo y el protestantismo.

En sus laudables esfuerzos para proteger la economía popular, el gran rey, celoso partidario del «sistema mercantilista», incurrió, y no podía menos de incurrir en grandes errores, pues el «Evangelio del trabajo», que por cierto no labró la felicidad, ni siquiera aisladamente, si bien abrió el camino al «sistema industrial», el libro titulado *La Riqueza de las naciones*, de Adam Smith, no se publicó hasta 1776, cuando el anciano Federico tenía ya demasiada edad para estudiar, ni menos proponerse establecer nuevos principios de economía política. En lo que más fecundos llegaron a ser sus esfuerzos fue en el mejoramiento de las condiciones de los labradores, pero puede decirse que hasta después de la catástrofe de Jena y de las grandes reformas ideadas y planteadas por Stein no prosperó verdaderamente en Prusia una clase libre de labradores. El edicto de Federico de 1764 fue la base de esta mejora, pues allanó el camino que debía conducir a la completa abolición de la servidumbre. Y el rey no se desviaba ni un momento de la línea que se había trazado, antes bien avanzaba resueltamente, protegiendo y fomentando la actividad agrícola. Nada podría referirse del gran Federico tan humano y loable, sino recordar cómo el anciano rey, atormentado por los disgustos y los achaques, siempre modelo, y poseído del sentimiento de su deber, sin abandonar sus trabajos de rey hasta el postrer aliento, iba aún en los últimos días de su existencia a visitar las factorías y pueblos fundados por él, para ver por sus propios ojos si se habían cumplido sus órdenes y disfrutaban de bienestar los colonos.

Lo mismo en esto que en otras cosas, sirvió de modelo a su imitador y rival José II, que emprendió la gigantesca obra de modernizar el Austria, digámoslo así, y pereció en la demanda, porque quiso hacer demasiado o todo de una vez, y porque en tan grandiosa obra quiso guiarse por el corazón más bien que por la cabeza, creyendo a los hombres y los pueblos mucho más inteligentes de lo que son. Jamás animaron el corazón de un príncipe voluntad más sincera ni espíritu más leal. El pensamiento fundamental de su política interior, el de que Austria se debía centralizar y germanizarse para consolidar su gobierno, era exacto; pero la ejecución quedaba en todas partes muy atrás del proyecto, por las razones antes expuestas, y también porque nadie estaba preparado en Austria para ello, careciendo por consiguiente el emperador de los empleados y del ejército que Federico Guillermo I había sabido organizar para su hijo en el seno de la nación. A pesar de esto, las reformas de José, atendida la diferencia de los tiempos, fueron incontestablemente de lo mejor que había hecho un gobierno austríaco. A decir verdad, en todas las obras del noble emperador advertíase el vicio del «despotismo ilustrado», de generalizar y uniformarlo todo sin tener en cuenta las individualidades de las personas y de los pueblos.

Sin embargo, el haberse introducido en Austria la libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa (*Edicto sobre la censura*, 1781); la igualdad política de protestantes y católicos (*Edicto sobre la tolerancia*, 1781); la abolición de la servidumbre; la obligación de todos los ciudadanos de contribuir a los gastos del Estado (*Edicto sobre los impuestos*, 1789); el Código civil y criminal que estableció la igualdad ante la ley (*Código civil*, 1786; *Código penal*, 1787); la supresión de 700 monasterios, que eran focos del fanatismo y del ocio; la creación de escuelas publicas; y la fundación y dotación de institutos de toda clase, científicos y humanitarios, son otras tantas obras que figuran entre las más útiles y beneficiosas del siglo, y su autor, José, ha ocupado por eso para siempre el primer lugar entre los héroes de la civilización alemana. De este lugar eminente no le desalojaron nunca sus tres enemigos capitales, la estupidez del pueblo, el orgullo de la aristocracia y el carácter dominante del clero. Las almas serviles juzgan sólo por el buen o mal éxito, pero las liberales saben distinguir entre el mérito y la fortuna. Así será querida la memoria del desgraciado emperador, particularmente porque, en grato contraste con el inventor afrancesado de la nación prusiana, declaró altamente que se enorgullecía de ser alemán (carta de José a Dalberg, del 18 de julio de 1787).

Y no dejó de tener importancia que el emperador adoptase para todos, en el lenguaje hablado y escrito, el trato cortés de «usted» en vez del grosero «él o tú», porque así desaprobaba marcadamente la brutalidad con que las llamadas clases superiores trataban a las inferiores. Hasta los últimos años del siglo, los criados y criadas eran llamados con los apelativos más groseros, uniéndose a esto una increíble dureza en el trato. En el ejercicio, los oficiales pegaban a los pobres soldados hasta estropearlos; los grandes señores procedían lo mismo con sus lacayos, haciéndoles saltar a veces los ojos y los dientes; y las damas nobles arrancaban a sus camareras puñados de cabello, cuando no un pedazo de oreja. En el trato oficial predominaba también el tono ultrajante usado en las representaciones de los payasos, habiendo llegado a distinguirse sobre todo los funcionarios austríacos, bávaros y wurtembergueses por su destreza en manejar el bastón. En fin, como la prueba más elocuente se puede citar el siguiente breve discurso pronunciado en un consistorio de Wurtemberg para reprender a uno de sus individuos. «¡Rector de Leonbronn! ¡Ya vuelve otra vez ante el consistorio ducal, torpe zopenco, camarada ridículo, encarnación del vicio, vicioso 26 años, ignorante de nacimiento, imbécil, espita borracha, barril de aguardiente, tonel de cerveza, sentina del pecado! Sepa que esta es la última vez que nos vemos. A la más pequeña falta será despedido sin misericordia; ya lo ha merecido dos veces, pero el muy Ilustre Colegio ha antepuesto la clemencia a la justicia ¿entiende?, mandando que se le dirija una buena reprensión, lo cual queda hecho con la presente. Ahora *diximus et salvavimus*. Stuttgart, 26 de setiembre de 1759. Fhromman, consejero consistorial.»

Las excitaciones y disposiciones emanadas primeramente de María Teresa, y después de Federico y José, para fomentar la agricultura, redundaron en beneficio de todas las regiones de Alemania, pues en todas partes los príncipes reconocían la necesidad de hacer que el suelo fuese más fecundo y productivo. No obstante, pasaron setenta años de aquel siglo antes que los labradores adoptaran un método más racional para el cultivo de la tierra: se plantó la patata, generalizóse el cultivo del trébol, e introdujose el del maíz; las fincas demasiado extensas se dividieron, haciéndose la distribución de los bienes comunales poco fructuosos; se mejoró el abono de la tierra y se multiplicaron los aparejos y útiles de labranza. En el Palatinado prosperó el cultivo del tabaco; en Baden el del cáñamo; en Wurtemberg, Westfalia y Silesia el del lino; y en Franconia y Bohemia el del lúpulo. En la cría del ganado vacuno y lanar, y en la producción de queso, leche y manteca, ocuparon naturalmente el primer lugar Suiza, la alta Baviera Boralberg, el Tirol y Estiria; y en la cría del ganado caballar, Holstein, Mecklenburgo y Hannover. El cultivo de los árboles y plantas frutales se extendió desde los alrededores del lago de Constanza, siguiendo la línea del Rhin, por Suabia, el Palatinado y Franconia. La viticultura, practicada con creciente celo e inteligencia, daba resultados cada vez más prósperos en el sudoeste de Alemania; mientras que en el nordeste la vid cedía casi completamente el terreno a la patata, más productiva y conforme con la naturaleza del

suelo. En Turingia se comenzó a practicar más racionalmente la selvicultura, aunque esta no se apreció debidamente hasta que se fue experimentando más y más la falta de combustible para la industria. En el último tercio del siglo XVIII efectuóse también una gran transformación en la horticultura: la afición a los setos, bosquecillos y a enramadas metódicamente alineadas, a los senderos trazados geométricamente, con regularidad matemática, y a las estatuas mitológicas, desapareció muy pronto, sustituyéndose en los jardines al «embellecimiento de la naturaleza», «la imitación de la naturaleza», para lo cual sirvieron de modelo los parques ingleses, con su verde césped, sus grupos de plantas, sus arbustos pintorescamente diseminados, sus juegos de agua y sus tortuosas sendas.

En la arquitectura, conservóse aún en la disposición de las casas el gusto francés llamado rococó y que bajo el reinado de Luis XV llegó al apogeo de lo extravagante y lo grotesco, y al que con justa razón se dio el calificativo de estilo Pompadour. Basta pronunciar este nombre para despertar al punto la idea de lo afectado, de lo ampuloso, del falso esplendor, y con frecuencia también del vandalismo, puesto que el rococó influyó perniciosamente en las obras y monumentos del estilo ojival y del Renacimiento, sustituyendo con sus caprichosos adornos las bellezas de lo antiguo. El yeso fue el más eficaz auxiliar de esa arquitectura, basada, no en lo grande y majestuoso, sino en lo amanerado y bonito, en lo aparente y deslumbrador. En las casas acomodadas, particularmente en el campo, conserváronse durante todo el siglo XVIII, y aún en nuestros días, cámaras adornadas al estilo del siglo XVII, o al de los mejores tiempos del XVI, y no como cosas raras, sino para habitarlas usualmente. Así se observaba, y obsérvase todavía, particularmente en la Suiza alemana, donde en muchas localidades se manifiesta una tendencia persistente a conservar las antiguas costumbres del país. Por eso se mantenía en vigor el uso de cubrir las paredes de las cámaras o salones con un elegante revestimiento de madera; y añadiremos que en los siglos XVI y XVII fue cuando alcanzó mayor desarrollo en la Suiza alemana el arte de construir chimeneas. En una antigua casa señorial, habitada sin embargo hace mucho tiempo por campesinos, en Wulflingen, cerca de Winterthur, se ve aún hoy una magnífica chimenea de aquella época, verdadera obra maestra fabricada con ladrillos, la cual nos ofrece una prueba de la habilidad artística con que los antiguos alemanes realizaban a su consoladora e indispensable amiga durante la mayor parte del año. Las ciudades del norte de Alemania, sobre todo las marítimas, no fueron infestadas tanto como las del mediodía por el estilo Pompadour en el adorno y disposición de las casas; las construcciones macizas, con sus remates denticulados, ofrecían un aspecto pomposo. El decorado interior era sencillo y duradero. Como en la Edad media, pero a causa de las íntimas relaciones comerciales con Inglaterra, ofrecía la casa muchas comodidades no conocidas aún en otros puntos.

No puede negarse que el traje rococó, con sus caprichosas formas y variedad de colores, estaba en perfecta armonía con el adorno interior de las habitaciones. El traje de gala, tal como lo vestían los hombres, desde el ciudadano rico hasta el ministro, el príncipe y el emperador, consistía en una casaca de terciopelo o de seda de color claro u oscuro, ricamente adornada con bordados de oro y de plata en el cuello, en las costuras y en las anchas bocamangas; el chaleco de brocado y muy abierto, permitía ver la corbata de encajes y la pechera de la camisa, guarnecida de encajes que hacían juego con los de los puños; el calzón corto, era de la misma tela que la casaca, pero de otro color; las medias de seda, y por último los zapatos, pues sólo se usaban botas para la caza, para montar o en días lluviosos, estaban adornados con hebillas de acero, plata u oro. Mientras la peluca de rizos estuvo en moda, usóse el sombrero bajo de seda negra, que se llevaba generalmente debajo del brazo; pero cuando la coleta, transmitida por la soldadesca de Federico a todo el mundo masculino, sustituyó a la peluca, el sombrero de fieltro negro de tres picos adquirió mayores dimensiones ocupando su puesto natural en la cabeza. El rostro del «hombre de mundo» debía estar completamente afeitado; y hasta principios de nuestro siglo no volvió a recobrar su imperio la barba. Todos los hombres a la moda, jóvenes y ancianos, ceñían espada; y los señores de edad no olvidaban nunca un «junco español» con puño de oro o de plata.

El traje de nuestros abuelos nos parecería más extravagante aún si no lo fueran tanto las modas femeniles de estos tiempos. Cuando las hermosas de la época de los polvos y de la coleta, y también las que no lo eran, querían presentarse de gala en sociedad, su traje era una obra artística que exigía no poco trabajo y tiempo, sin hablar del dinero. He aquí la descripción del exterior de una «dama del gran mundo» en traje de fiesta: en la cabeza elevábase una especie de torre de cabello de varios pisos, sostenida con alambre y crin de caballo, engomada, empolvada, ornada con un cúmulo de cintas, flores y plumas, y que hacía parecer a su portadora un metro más alta de lo que era. Una coraza que hacía las veces de corsé, formada con varillas de ballena, impelía hacia atrás la espalda y los brazos, y haciendo sobresalir el seno, comprimía la cintura, comunicándole cierta semejanza con el cuerpo de una avispa. Sobre la ancha circunferencia del armazón de alambre, extendíase la falda de seda, llena de falbalás, cintas y lazos, y cubierta de una sobrefalda muy larga, abierta por delante, con ricos adornos a los lados; las mangas, guarnecidas de encajes, sólo llegaban hasta el codo, quedando el antebrazo cubierto por largos guantes perfumados. El cuello y el pecho se llevaban tan al descubierto que los eclesiásticos de las dos confesiones se escandalizaban, hasta el punto que el predicador de la corte, Hermes, llegó a lamentarse amargamente de ello en su novela moral *Viaje de Sofía de Memel a Sajonia*, impresa en 1770. «Oh vosotras, decía, las más nobles del sexo femenino, os conjuro a considerar en qué apuros pone el modo de vestir de las damas al predicador y a cualquier hombre que no quiera miraros la punta de la nariz, ni dirigir la vista malignamente a la pared hacia vuestro lado.» Como era de esperar, a despique de las predicaciones y de las quejas, el cuello y el seno continuaron tan desnudos como antes.

Las damas elegantes llevaban abanico, y el pañuelo adornado de encajes, y además en el bolsillo una cajita de nácar provista de «moscas», o lunares postizos. La acertada elección del sitio en que debían aplicarse estas «moscas», cortadas en las formas más graciosas, y que se llamaban «asesinas», por el efecto que habrían de producir en el corazón de los hombres, era uno de los secretos más importantes del tocador. Las damas llevaban zapato de raso o de terciopelo, con lazos bordados de oro y tacón de una pulgada de alto casi en el centro de la suela, lo cual obligaba a las bellas a andar apoyándose en la punta del pie. Este calzado, y sobre todo el traje de los hombres y de las mujeres, nos dan a conocer el aspecto afectado de la sociedad de aquella época, explicándonos especialmente su manera de andar y moverse en los pasos de baile. Todo estaba calculado y medido por el patrón del «minué.» Por lo demás, debe confesarse que esta danza predilecta de la época de la coleta y de los polvos era, no sólo más decorosa y decente, sino también más artística y graciosa que las contorsiones, empujones, apretones y rápidas vueltas que se llaman bailes hoy día.

En los dos primeros tercios del siglo XVII el trato social estaba sometido a una severa regla, haciéndose aún la distinción de clases según las castas. He aquí porqué después del período de la revolución y del terror, en 1800, consideróse en Weimar como cosa sin precedente un baile al que asistieron nobles y burgueses. En la época de la coleta y de los polvos, y particularmente en las esferas superiores de la clase media, sometíase la vida a severas reglas, estando sobre todo las casadas y solteras sujetas a la mas rígida conveniencia. El padre de familia ejercía una autoridad sin límites, que ninguno pensaba en eludir; y no solamente los hijos, sino también la esposa, obedecíanla ciegamente. La ilustración de las mujeres se limitaba al catecismo, que reinaba cual soberano así en las familias católicas como en las protestantes. La lectura de novelas se consideraba como un pecado. La cultura femenil superior de las damas y de las burguesas llegaba hasta hablar un poco en francés, tocar y tararear arias. No estaba bien visto que las mujeres se presentasen solas en el paseo, en el teatro o el concierto, y hubiera sido cosa grave e inaudita que una joven o casada de buena familia entrase en la iglesia o en una tienda sin ir acompañada de su camarera.

Por lo demás, a pesar de haberse adoptado las modas, la lengua y las danzas francesas, no era difícil encontrar en la nobleza y en la clase media quien observase con todo su rigor los buenos principios alemanes, pensando que el gobierno de la casa es la mas hermosa misión de la mujer. Ejemplo de ello dio la baronesa Ana Dorotea de Hardenberg, cuyo hijo, Federico Augusto, fue más

tarde ministro de Wurtemberg, y que nos dejó un libro notable, el cual nos permite penetrar en la vida íntima de una familia noble del tiempo de la coleta. La noble dama ejercía una rigurosa vigilancia sobre el horno de cocer el pan y el departamento de las hilanderas, así como sobre los criados y criadas, inspeccionando por sí misma la preparación del queso y la manteca. No dispensaba ni a sus hijas ni a las mujeres de servicio de hacer su tarea diaria en el trabajo de hilar. Por una de sus «listas de comida» vemos que ésta constaba a medio día de «sopa de caldo, carne de vaca, con salsa ácida y nabos tiernos.» El arreglo de la casa era sencillo; las habitaciones no tenían pavimento de madera, sino de ladrillos, y las paredes estaban blanqueadas en vez de ostentar tapices. Los muebles eran sólidos, y abundantes la vajilla de plata y la ropa blanca. En cuanto al método de vida, era uniforme y monótono; sólo se recibían visitas en las ocasiones solemnes, y acaso cuando se trataba de una cacería, pero entonces los convidados acostumbraban a permanecer algunos días, pues el mal estado de los caminos únicamente en los más largos días de verano permitía la ida y vuelta de aquellos cuyas moradas se hallaban a dos o tres horas de camino.

Versalles continuaba sirviendo de modelo en el modo de ser de las cortes alemanas, particularmente desde que, bajo el reinado del último Habsburgo, las modas francesas habían sustituido a las españolas también en la corte de Viena. El célebre canciller de María Teresa, conde Kaunitz, era el tipo de aquel afrancesamiento que produjo en la voluptuosa ciudad del Danubio, o por lo menos en la sociedad elegante, una extraña mezcla del refinamiento y la galantería de los franceses con la ruda ignorancia interior y la mojigatería religiosa, de la que aún se conservaba una buena dosis. De aquí resultó que damas y caballeros, después de pasar las noches en orgías, practicaban en las calles y en las iglesias de Viena las más grotescas penitencias públicas, para volver a entregarse después a sus placeres. María Teresa, que con razón pasaba por la mujer más hermosa de su tiempo, era tan excelente madre como buena esposa; tenía gran talento, y sabía manejar con maestría ese lenguaje afable especial en Viena. Así en su casa como en su corte, todo era espléndido, y gustábale arrojar el dinero a manos llenas a su alrededor, en el sentido literal de la palabra. Se había propuesto generosamente hacer a sus súbditos, de alta y baja condición, tan honrados y virtuosos como ella, pero pronto hubo de reconocer que las ordenanzas de policía no bastan para refrenar la licencia y que las buenas costumbres no se pueden imponer. Las famosas «comisiones de castidad» instituidas por María Teresa, hicieron más mal que bien, enseñando al vicio a disfrazarse bajo el manto de la hipocresía. La emperatriz, teniendo la conciencia de su «derecho divino», pensaba y obraba como soberana absoluta, pero sin desconocer las necesidades de la época; y atendida su educación y sus costumbres, no se puede menos de agradecerle el haber intentado introducir en el Austria monacal, valiéndose de hombres como Switen y Sonnenfels, los puros rayos del luminoso sol del siglo.

En la corte de Berlín, el rey Federico I había llevado a su colmo el amor por todo cuanto tenía gusto francés. Federico Guillermo I, que decía: «No me agrada ese furor por lo francés; soy verdadero alemán.» opinaba lo contrario; mas como el rey-cabo, que tenía montada su casa a semejanza de la de un hidalgo campesino, y quería inspeccionar por sus propios ojos la cocina y la bodega, la despensa y el granero, buscaba y creía haber encontrado el germanismo en la rudeza teutónica, la corte de Prusia ofreció durante su reinado un aspecto nada seductor, mezcla de cuerpo de guardia y de convento. La hija del rey Guillermo, condesa de Bayreuth, ha bosquejado en sus *Memorias* un cuadro poco edificante de aquella corte. Si hemos de juzgar por el incisivo lenguaje y la pluma, más incisiva aún, de aquella princesa, el avaro monarca hacía padecer hambre a su propia familia. La indiscreta hija refiere cosas espantosas de la brutalidad del padre, ortodoxo y beato, sobre todo con su hijo Federico, el cual, según dice la princesa, fue arrancado varias veces a duras penas de las manos asesinas del enfurecido autor de sus días. Es un hecho notable y característico de la época, que este rey, esencialmente tudesco, hiciera educar a su único heredero sólo por franceses y francesas; de modo que Federico creció afrancesado y no tuvo en toda su vida el menor interés ni afición por la cultura alemana.

Como rasgo el más característico de la corte de Federico I puede citarse la célebre «tertulia del tabaco» del rey, cuya plebeya sencillez formaba por cierto un singular contraste, aunque no desagradable, con el exagerado fausto, con el lujo, elegancia y corrupción de otras cortes alemanas, y en particular la de Dresde. Las bromas que los generales, ministros y diplomáticos, reunidos bajo la presidencia del rey, y mientras fumaban y bebían cerveza, se permitían, después de tratar de los asuntos de guerra y política, con los dos profesores bufones de la corte, Gundling y Fassmann, no eran ciertamente muy finas; pero Guillermo figuraba mejor en su fumadero, que su vecino Augusto de Sajonia en medio de sus odaliscas alemanas, polacas, italianas y turcas, y rodeado de sus hijos bastardos. La corte de Federico el Grande estaba gobernada de modo que se pudiesen conciliar la economía con la dignidad; en las grandes ocasiones sabía ostentar toda la pompa de los reyes; mientras que en sus residencias de Postdam y Sans-souci el monarca no gastaba más de ochocientas mil pesetas al año. Federico era en su persona tan sencillo como su padre, pero no le gustaba cazar, fumar y gastar como él; su distracción favorita era la música, la lectura de libros franceses y composiciones poéticas del mismo idioma, y la conversación con sus comensales Voltaire, Maupertuis, Dargents, Lamettri y otros. Las «cenas de Sans-souci» eran famosas en todo el mundo, mas no conocidas de los alemanes, pues Federico profesaba a la ciencia y al arte de su país, así como a sus representantes, un desprecio que sólo igualaba a su ignorancia de lo que valían aquellos. Jamás quiso tomarse el trabajo de aprender a escribir y hablar correctamente el alemán. Si del tiempo que malgastaba en componer versos franceses, muy pobres en el fondo, hubiese consagrado una pequeña parte a observar y estudiar el movimiento intelectual de su país, en una época en que Wieland y Lessing habían escrito ya sus obras maestras y en que el genio del joven Goethe comenzaba a tender su vuelo de águila; si, cuando menos, hubiera querido recordar lo que Gellert le dijo en su famosa conversación, en 1760, no habría emitido en 1780 la opinión injuriosa e infundada de que los alemanes sólo eran buenos para ser apaleados. Por lo demás, fue indudablemente una fortuna para el desarrollo de la literatura alemana que Schiller pudiese decir con razón, hablando de su musa:

«Del trono de Federico
se alejó vilipendiada....»

puesto que nunca la poesía sana, vigorosa y enérgica se desarrolló en la atmósfera artificial de las cortes. Los príncipes alemanes procuraron siempre con insistencia que las mejores y más bellas producciones del genio alemán nacieran y prosperaran sin su concurso, y aún a despecho de ellos. El gran maestro del despotismo ilustrado, el «filósofo de Sans-souci», tenía, por otra parte, razón suficiente para decir en el último angustioso período de su vida, que estaba cansado de reinar sobre esclavos; y a juzgar por otras expresiones análogas, tuvo el claro presentimiento de que la pirámide del poderío prusiano, colocada de punta por él, podría derrumbarse el día menos pensado. Y entre otros indicios y pronósticos no podía ocultársele que en la capital, cuya población alcanzó bajo su reinado la cifra de 150.000 habitantes, predominaba «la más ignominiosa corrupción de las costumbres en ambos sexos y en todas las clases.»

Característico era el contraste que ofrecía el despacho de Federico, en el terrado de Sans-souci, con el «pasillo del inspector» en el palacio imperial de Viena: una comparación de los famosos «decretos marginales» que salían de aquel gabinete, con las resoluciones verbales adoptadas en el citado pasillo, hubiera bastado para dar clara idea de la diferencia entre el modo de gobernar de Federico y de José: el rey tenía todas las ventajas como soberano, y el emperador como hombre. Después de trabajar con su secretario desde las cinco de la mañana, José solía bajar a las nueve al pasillo, con el cual se comunicaban las puertas de la oficina del inspector de la cancillería imperial, para recibir por su propia mano las solicitudes de las personas que esperaban audiencia.

En el año 1785 fue recibido allí, y escuchado bondadosamente por el emperador, el famoso escritor Augusto Teófilo Meissner, autor de los *Bosquejos*. La escena que tuvo lugar caracteriza a José. De mediana estatura, bien formado, algo grueso y de cara redonda, contempló ante sí al docto

sajón; y sus ojos, de un azul claro, fijáronse en él un instante, sin que los labios perdiesen su expresión de benevolencia. «He oído, dijo el emperador, que le agrada a usted mi país, y que desea un destino correspondiente a sus conocimientos. Yo le creo apto para ocupar una cátedra de literatura alemana antigua y moderna. ¿Qué le parece a usted Praga?—Haría todo lo posible por desempeñar con celo el cargo que V. M. me confiara.—No se aprobará que yo dé la preferencia a un extranjero; pero yo pienso de otro modo. Cuando hice arreglar el Prater y Augarten, escogí, para trasplantarlos, árboles ya grandes, bajo cuya sombra pudiesen pasear mis contemporáneos. Lo mismo he de hacer con las instituciones públicas del país. No puedo esperar que Austria produzca un número suficiente de hombres que representen el espíritu moderno, y debo tomarlos donde los encuentre; por eso me importa poco que sea usted extranjero y protestante.» Meissner quería contestar cualquier cosa, mas el emperador añadió: «En cuanto a esto, sólo exijo tolerancia. El hombre honrado y capaz siempre valdrá para mí lo mismo, bien crea que el Mesías ha venido ya, o que debe venir aún, y menos me preocupa la diferencia entre las diversas confesiones cristianas. Yo digo con Nushirwan: *A mí me confiaron la misión de mirar por la felicidad de mis súbditos, no el cuidarme de su fe.*» Esta última frase encerraba una alusión muy cortés a uno de los trabajos de Meissner, que pocos días después recibió su nombramiento de profesor en la universidad de Praga.

José era muy aficionado a la literatura y la música alemanas, y mantenía relaciones amistosas con el gran Mozart, a quien apreciaba y honraba altamente, con aquel mismo Mozart que S. A. el Arzobispo de Salzburgo, Colloredo, trataba como un esclavo agobiándole de insultos. Después de la representación del *Rapto en el Serrallo*, el emperador dijo: «Es demasiado bello para nuestros oídos, querido Mozart, y hay superabundancia de notas», a lo cual contestó el célebre compositor: «Exactamente el número de las que se necesitan, Majestad.» Como la primera representación del *Don Giovanni* no fuera acogida con mucho favor en Viena, José expuso su parecer diciendo: «Es una obra sublime, aún más bella que las *Bodas de Fígaro*, pero no es bocado para mis vieneses.» «¡Bah!, repuso Mozart, es preciso dejarles tiempo para saborearlo.»

El emperador no tenía suficiente tiempo ni gusto para cooperar eficazmente en el movimiento de la literatura alemana; y por otra parte, la Viena de entonces no era terreno donde las ideas modernas hubieran podido germinar ni revestirse fácilmente de las formas literarias nacionales. Por lo demás, la vida morigerada y la sencillez de la corte de José hubieran podido servir de modelo a los príncipes alemanes si hubiesen querido imitarla, pero no lo hicieron, y de ello tenemos la prueba en todas las cortes alemanas hasta fines del siglo XVIII, puesto que también bajo el despotismo ilustrado siguieron entregadas a la disolución, a los vicios y a la crápula. Los detalles de la vida de la corte en Stuttgart, bajo el reinado del duque Carlos Eugenio, en Munich bajo el Elector Carlos Teodoro, y en Berlín bajo el rey Federico Guillermo II, son páginas poco recomendables del libro de la historia: y si el desprecio cortesano de la ley moral y la corrupción de la aristocracia eran considerados y tolerados como cosas naturales, según sucedía, esto denotaba en el pueblo gran relajación de sentimientos y falta de conciencia moral.

Tal conclusión la confirma el régimen de vida de los pueblos católicos y protestantes de Alemania hasta fines del siglo XVIII. Algunos viajeros alemanes que recorrieron el país antes y después de la mitad del siglo, hombres de vista perspicaz y de una veracidad incontestable, como Keysler, Risbeck y Nicolai, han publicado de cuanto vieron y oyeron, ciertas descripciones, las cuales demuestran que no solamente los grandes señores y nobles, sino también los simples ciudadanos y campesinos, obraban a menudo como si no existiese en el mundo nada parecido a leyes morales. El libertinaje tomó sus más desvergonzadas formas allí donde se unía con el fanatismo católico, como por ejemplo en Baviera, o con la hipocresía protestante, como en Silesia. El entusiasmo pietista, que llegó a ser moda dominante en la clase distinguida, sobre todo en los cuatro primeros decenios del siglo, y que el conde Nicolás Luis de Zinzerdorf personificó en su mayor fuerza, constituyendo un rasgo característico de la historia de la civilización, fue propio para atraerse numerosos adeptos, así de la aristocracia como de la clase media, a los cuales reveló que la elegancia en el vestir, los bailes, los placeres de la sociedad y del teatro, y hasta la lectura de

periódicos, eran cosas pecaminosas. Pero tal refinamiento misantrópico produjo decididamente más mal que bien, sobre todo porque alimentaba el principio insano de la indiferencia hacia la patria, alejando los pensamientos de los hombres de objetos prácticos, para fijarlos en las ilusiones de un mundo ideal.

Sin embargo, no se puede negar que entonces existía en Alemania otra cosa más censurable aún que la hipocresía de los conventículos, y era la rudeza académica. Un poeta contemporáneo, J. F. W. Zacharia, que siguiendo las huellas de Pope y de Boileau, introdujo con algún talento en la literatura alemana el género de poesía cómico-heroico, ha descrito la vida desarreglada de los estudiantes, pintándola con tal fidelidad en su narración poética *El Fanfarrón* (1744). que se cree estar viendo, con su antipático aspecto, a esos hijos embrutecidos de las musas:

Para los cuales la disipación era el placer.
Bebedores incontinentes,
cuyo juego era la lid y cuyo goce era la pendencia.

Justamente en aquella época en que el pueblo alemán estaba tan corrompido en todas sus clases, el genio del país preparábase en silencio para producir las obras artísticas y literarias que iban a cerrar un período de la civilización, la edad de la ortodoxia, y a inaugurar otro, nacido de la cultura y de la fuerza inteligente.

Por las razones ya expuestas en la tercera parte, el protestantismo alemán hizo muy poco en favor del arte plástico; el campo que podía fecundar, gracias a su primitiva y genuina índole, era el de la música y la poesía, en las cuales reveló a mediados del siglo una fuerza creadora que se elevó a las más sublimes inspiraciones, por lo menos tocante a la primera. A decir verdad, el principio protestante, en toda su pureza y brillantez, fue el alma de la música de Bach y de Handel. Juan Sebastian Bach (1685-1750), de Eisenach, el gentil cantor de Santo Tomás, de Leipzig, fue el primero que supo expresar en toda su plenitud el sentimiento musical propio del pueblo alemán, dejándole extenderse cual majestuoso torrente de notas, y dirigiendo su curso con la seguridad del genio. Sus composiciones para el órgano dieron a conocer un canto digno de tan magnífico instrumento. Bach supo comunicar al Oratorio procedente de Italia, una forma artística que debía considerarse como la más importante creación de la música religiosa y esta forma artística realzóla el maestro particularmente en la *Pasión de Mateo*, en la que lo melodioso y lo sublime confúndense en maravillosa armonía. El contemporáneo de Bach. Jorge Federico Handel (1684-1759), de Halle, obtuvo en Inglaterra con sus oratorios y cantatas (*Sansón, Macabeos, Mesías y Alejandro*), un triunfo inesperado o inaudito en los fastos del arte alemán. Las obras de Bach y de Handel han sido en la historia de la cultura las más grandes creaciones artísticas que el protestantismo pudo producir.

Con menos pompa y grandiosidad que la música, la poesía alemana iniciaba un nuevo período de actividad. A principios del siglo la literatura era todavía pobre: habiéndose perdido del todo las tradiciones nacionales, complacíase en figurar como servil imitadora de la francesa. Mezquinos rimadores y poetastros cortesanos, como Kanitz, Besser y Konig, pretendían pasar plaza de maestros y procuraban amenizar la aridez de sus alejandrinos con la libertad de su lenguaje, imitando en esto a la segunda escuela poética del siglo XVII. De vez en cuando surgía un verdadero talento, pero desaparecía casi de repente entre las turbias ondas de la época, sin dejar la más leve huella. Esto puede decirse de aquel Juan Cristian Gunther, en cuya inspirada rima resonaban los acentos de la lira alemana; víctima desdichada de la disolución escolar de aquel tiempo. La galomanía, apoyada y defendida por el profesor de Leipzig Juan Cristóbal Gottsched, hombre por otra parte eminente como filólogo y reformador del estilo, dominábalo todo con su formalismo intelectual, que el citado «Dictador del gusto» quería transmitir también a la escena alemana para concluir de una vez con el naturalismo. Con este objeto dispuso un auto de fe simbólico, en el que se debía quemar el payaso en el escenario del teatro municipal de Leipzig (1737), y con auxilio de la atrevida actriz Carolina Neuber, trató de sustituir con piezas del género francés los espectáculos de asesinatos y las grotescas farsas. También autores de reconocido mérito, como el famoso sabio

suizo Alberto de Haller y Federico Hagedorn, de Hamburgo, tomaban modelos franceses para sus trabajos. Hasta el poeta que antes que otro alguno debía presentar a la nación una obra genuinamente nacional, Cristian Timoteo Gellert de Hainichen, en Sajonia (1715-69), profesaba un respeto profundo a la teoría estética y a las prácticas de los franceses; pero en sus *Fábulas* (1746) supo introducir cuanto existía de mejor en el pueblo, y fácilmente se comprende que aquellas poesías, dignas y decorosas, que señalaban y criticaban con suavidad las locuras, flaquezas y vicios humanos, ejercieran una influencia duradera en la literatura nacional alemana. Las fábulas de Gellert fueron las que emanciparon de nuevo a la literatura alemana de la perjudicial influencia de una escuela falsa, comunicándole nueva vida, sobre todo en la esfera de la clase media.

Al propio tiempo partía de la Suiza alemana, que entonces tomaba una parte activa en el trabajo de la cultura germánica, un golpe contundente contra la galomanía: los dos eruditos de Zurich. Bodmer y Breitinger, inauguraron una ruda campaña literaria contra el género cultivado por Gottsched; y apoyándose en la literatura inglesa, sentaron el principio estético de que la esencia de la poesía no estribaba en las formas retóricas, sino en las manifestaciones espontáneas de una imaginación ardiente, de un sentimiento puro y entusiasta; y que la contemplación de la naturaleza era inagotable manantial de esas manifestaciones del alma. Dijeron también que sólo la literatura descriptiva y didáctica tendría que ceder el paso a géneros más elevados, a la epopeya y al drama; que debían reanudarse los rotos eslabones de la cadena de la tradición nacional literaria, tanto tiempo truncada y reducida a pedazos; y que para eso se debían desenterrar entre las ruinas del pasado los tesoros de la poesía alemana de la Edad media. Con estas nuevas teorías estaban conformes, menos por principio que por aversión a las producciones de Gottsched, los dos literatos que fundaron como a su órgano común el periódico titulado *El Subsidio bremés*: con todo, lo que se consiguió en realidad, fue sustituir una imitación con otra, como modelos de la literatura alemana recomendáronse los Thompson, Gray y Young, que ocuparon el lugar de Boileau, de Chaulieu y de Chapelle, precisamente lo mismo que ocurrió con la jardinería inglesa, cuyo sistema sustituyó al estilo francés. Así anduvieron las cosas hasta que: «Aparece Klopstock y domina al mundo con el sublime vuelo de su genio. Establece reglas, realza el idioma y le libra del servilismo galo.»

Federico Teófilo Klopstock (1724-1803), de Quedlinburgo, publicó en el periódico de Breda en 1748 los tres primeros cantos de su *Mesíada*, y en 1750 sus primeras *Odas*, marcando así el principio de una nueva época literaria. Alemania tuvo al fin un poeta original, pues Klopstock lo era, no tanto como autor de la *Mesíada*, en la cual se evidencia su relación con Milton, sino como autor de las *Odas*. La influencia que ejerció la *Mesíada* fue, sin embargo, más importante, aunque la crítica reconociera al punto los flacos de esa mezcla de dulzura bíblica y sentimentalismo alemán revestida de hexámetros algo áridos. Pero aquel largo poema que terminaba con monótona rima, tuvo al menos en sus principios un eco simpático en la juventud, y sobre todo en la del sexo femenino. En aquel himno característico del Salvador todo respira alemanismo afectuoso, todo es delicado, no sólo en los ángeles, sino también en los diablos (por ejemplo en la figura de Abbadona), y es indudable que puso en moda en Alemania la afectuosa sencillez. A la buena acogida que entonces tuvo el poema de Klopstock contribuyó aquel sentimiento confuso del dolor elegíaco con que nos despedimos de las ilusiones que se van, pues ese poema era de hecho el adiós de la cultura alemana, que llegaba a la meta de su progreso, a la edad de bronce de la ortodoxia, que rápidamente se alejaba. Y como poeta lírico, Klopstock no ha hecho cosa mejor que sus odas; en ellas se expresa el sentimiento de la naturaleza, el ardiente afecto, el amor sincero, los goces más nobles de la vida y el amor a la patria; de todo esto habla en sus odas con un lenguaje espontáneo y enérgico, con melodiosos y atrevidos giros, que rebosan genio y vigorosa concisión.

Allí donde se hable de la resurrección de los alemanes y de las tinieblas y la desmoralización, debe recordarse con orgullo a Klopstock, que fue una potencia purificadora en la historia de la civilización. Ejerciendo su misión de poeta con una dignidad que tenía algo de sacerdotal, comunicó a la literatura un carácter más elevado, enseñando a los poetas y eruditos alemanes que ante todo debían respetarse a sí mismos si querían ser respetados de los demás. No es necesario demostrar

detalladamente el provecho que redundó a la civilización alemana, pues la inteligencia salió de la situación humillante a que había llegado, en gran parte por su culpa. El valor moral de la poesía de Klopstock tuvo una influencia verdaderamente incalculable en las relaciones entre los dos sexos y las formas en que estas se manifestaban: cuando cantó el amor, supo encontrar acentos cuya ternura rivalizaba con la de los más antiguos cantos populares, y así volvió a introducir en las relaciones de los jóvenes de ambos sexos la pureza y la delicadeza, devolviendo al amor su unción religiosa. Quien compare la poesía amorosa iniciada por Klopstock con la rima «galante» del siglo anterior, reconocerá fácilmente que el cantor de Fany y Cilda debe ser para nosotros objeto de veneración, pues en todas ocasiones supo recordar a sus compatriotas aquella expresión de Tácito de que los germanos creían que en la mujer había algo de santo y divino.

Por lo demás, el acento inspirado de Klopstock en las relaciones de ambos sexos no tenía nada de ascético, era, por el contrario, cordial y alegre, y penetraba como un soplo revolucionario en la viciosa atmósfera de las formas amaneradas y rígidas. Una graciosa prueba de ello nos la ofrece aquella excursión por el lago de Zurich que Klopstock emprendió en un hermoso día del verano de 1750 en compañía de sus jóvenes amigos y amigas, y la cual le inspiró la más bella de sus odas, *El lago de Zurich*. En la descripción que hizo Hirzel, uno de los que le acompañaron en aquella excursión, en su carta dirigida a Klist, se respira un ambiente primaveral, un placer delicado, y la inocente, jovialidad de la juventud alemana electrizada por Klopstock, el cual la hizo comprender de nuevo el suave sonido de la palabra «patria.»

A decir verdad, en el germanismo de Klopstock había demasiado teutonismo nebuloso, y por eso los discípulos del maestro viéronse reducidos después a emitir roncos y huecos acentos de bardo, pero era laudable, y hasta generoso y noble, hacer resonar de nuevo la voz que en el siglo XVI dejaron oír Hutten y Fischart, y en el siglo XVII Logau y Moscherosch, para decir y repetir a los alemanes entorpecidos y privados de todo sentimiento nacional, que eran un pueblo y tenían una patria. Si nos representamos el aspecto desolado y desconsolador que a mediados del siglo XVIII ofrecía Alemania, lacerada, desunida, privada de su libertad y de su fuerza, comprenderáse que el más ardiente amor a su patria y la más ciega fe en su redención debían animar al poeta cuando decía a Germania:

«Con la gloria de mil años
 Tu cabeza coronada,
 Al frente de las naciones
 Sigues tu marcha inmortal.
 ¡Yo te amo, patria mía!»

III.

ESCEPTICISMO, GENIO E IMPOSTURA.

Si la agitación patriótica a que Klopstock dio el impulso, y que difundió su escuela poética, aparece por su carácter, decididamente religioso y protestante, como el último acto de alguna importancia del siglo XVII, el movimiento que la siguió, señaló el rompimiento con la tradición religiosa, católica y protestante. Aquella agitación, que, podemos decirlo, partía del alma del pueblo alemán, debe considerarse como el primer grado de la regeneración de la vida intelectual de Alemania; el movimiento, o sea el trabajo de despreocupación, que no era de origen alemán, pues provenía de Francia e Inglaterra, fue el segundo, debiéndose esto en gran parte al modo de gobernar de Federico el Grande, y más tarde de José II. El ejemplo de estos dos soberanos bastó para despertar de su entorpecimiento a la mayor parte de los gobiernos alemanes, y aún a varios principados eclesiásticos, centro favorito del oscurantismo, a los cuales agitó de tal manera, que en todas partes se adoptaron medidas más o menos acertadas para entrar en las vías recién abiertas de la cultura y del humanitarismo. Esta buena voluntad de los gobiernos alemanes fue acogida por todos los hombres inteligentes y más notables de la nación con aquel noble entusiasmo que fue el más hermoso rasgo característico de aquel siglo.

Un inglés, Locke, un escocés, Hume, y un francés, Bayle, habían puesto científicamente en movimiento la gran palanca de todos los conocimientos progresivos. La campaña abierta por el celo investigador y escéptico de estos tres hombres contra la llamada revelación de la fe, se continuó por los «deístas» ingleses, cuya «Filosofía del buen sentido» fue transmitida por Voltaire a Francia, pasando desde aquí a toda Europa, donde alcanzó su mayor profundidad y más sólidos fundamentos en los «despreocupados» alemanes; mientras que en Francia preparábase su más eficaz y poderosa arma en la *Enciclopedia* fundada por Diderot y d'Alembert, que ejerció una incomparable influencia en toda la sociedad europea.

Pero ¿qué era la despreocupación? ¿Qué entendían por esto nuestros padres? El gran Manuel Kant se dignó decírnoslo con las siguientes palabras: «Despreocupación es el acto de emanciparse el hombre de la tutela que se había impuesto; esta tutela es la incapacidad de servirse sin guía de su propia inteligencia, incapacidad que es voluntaria cuando no depende de la falta de inteligencia del hombre, sino de resolución y de valor para servirse de ella sin el auxilio de otro. ¡Osa ser sabio! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es la divisa de la despreocupación.» La palabra misma se había escogido con mucho acierto: la actividad intelectual libre e independiente debía iluminarlas tinieblas de la ortodoxia; la luz de la investigación debía disipar la oscuridad de las preocupaciones, cuyos dogmas religiosos, políticos y sociales no podían satisfacer ya las exigencias modernas. Sin embargo, como la índole del pueblo alemán requiere para todo un método sistemático, no exento de pedantería, la despreocupación se manifestó en Alemania más metódica y radicalmente que en Francia e Inglaterra. Así como en estos países, en Alemania los objetivos prácticos eran la religión libre y el Estado libre; pero los metódicos alemanes experimentaban la necesidad de encontrar el lazo que uniera esto con aquello, y por eso proclamaron y sostuvieron con especial energía la libertad del hombre en el reino del pensamiento, de la ciencia y del arte, o en otros términos, creyeron que la emancipación de la personalidad sería el preludio de la independencia social. Como era natural, a la luz radiante no le faltó la sombra, los apóstoles alemanes de la despreocupación, que cometieron varios errores, no fueron respetados por la calumnia; pero sólo un espíritu del todo inaccesible a la verdad histórica podía negar que aquellos

hombres habían cumplido honrosamente con su difícil misión, obteniendo así los más benéficos resultados.

El primero que efectuó extensamente este trabajo nacional literario fue Cristóbal Martin Wieland (1733-1813), natural de Oberholzheim, cerca de Biberach. Al principio avanzó con paso vacilante por la senda de Klopstock, profesándole un respeto religioso; no tardó en reconocer la verdadera índole de su talento, y entonces llegó a ser el polo literario opuesto, a la vez que el complemento saludable y necesario del autor de la *Mesíada*. Así como éste había interesado en el movimiento de la literatura nacional a las personas serias, religiosas y sentimentales, convenía después un escritor que supiese conseguir igual resultado con los caballeros y las damas «de mundo», con las personas de carácter frívolo. Wieland podía hacer esto, y lo hizo. Debe confesarse francamente, sin embargo, que el tono ligero y agradable de hombre de mundo, y ese refinamiento con que la literatura francesa había conquistado y sometido a la «sociedad» europea, hubiera sido necesaria antes a la literatura alemana. Wieland la comunicó aquel tono y refinamiento: con la prolongada serie de sus cuentos en verso y de sus novelas en prosa, demostró a la gente de mundo que un autor alemán podía escribir en su propio idioma con tanta tolerancia y despreocupación, con tanta agudeza y gracejo, con tanta frivolidad, y si era necesario, con tanta libertad como un escritor francés. Y esto tenía suma importancia: Wieland ha hecho mucho, casi todo lo que bastaba para despertar y vigorizar en las clases elevadas el interés por la literatura nacional, y este mérito no es poca cosa a los ojos de aquellos que conocen las condiciones sociales del florecimiento de la literatura alemana.

Como poeta, Wieland no fue nunca, por decirlo así, más que un agradable narrador, hasta en sus mejores producciones, como *Masarion*, *Oberion*, *Los Abderitas*, etc.; pero precisamente por esto, por su inagotable bondad de corazón y su irresistible gracia en el decir, adquirió el derecho de entrada en los círculos que se habían cerrado para otros.

En la clase media alemana la despreocupación había producido efectos mucho más importantes y fecundos que en las llamadas clases superiores, haciéndose para lo futuro, por la educación progresiva, principal intérprete de la opinión pública, creada y hecha respetable por ella. Para esto servía maravillosamente aquella inteligencia casera, aquella medida de los burgueses, que más tarde no bastaron ya para apreciar en su justo valor los fines más elevados del humanismo cosmopolita y del moderno helenismo. La despreocupación, con todas sus luces y sus sombras, manifestóse bajo la figura típica del escritor y librero berlinés Nicolai, a quien Lessing había honrado con su amistad, mientras que Goethe le fue hostil. Del círculo formado alrededor de aquella figura característica partió, mediata e inmediatamente, la prosperidad del periodismo alemán, que con las *Cartas literarias*, la *Biblia general alemana*, los *Avisadores de Gottinga y de Francfort*, el *Mercurio alemán*, el *Diario literario de Viena*, y otras hojas más o menos influyentes y acreditadas, contó con mensajeros que propagaron cada vez a mayor distancia las noticias acerca de las investigaciones y descubrimientos en las esferas del arte y de la ciencia.

Si la cultura alemana dejó por lo tanto de ser el privilegio de un docto exclusivismo, si comenzó a contraer relaciones cada vez más íntimas con la vida práctica, fue de gran importancia, atendidas las ideas y consideraciones teológicas, todavía preponderantes en la clase media alemana, que la corriente de la despreocupación atravesara el pantano teológico. Andando el tiempo, el pietismo se había oscurecido como la ortodoxia, contra la cual se sublevaba antes; la lucha alternativamente trágica y grotesca de Dippel y Edelman, para romper las cadenas del sectario, facilitó el tránsito del misticismo al criticismo. Eruditos como Michaelis, Semler y Reimar (Fragmentos de *Volfenbutler*), procuraban introducir de hecho, con más o menos audacia, el libre examen en la doctrina teológica; y en dependencia directa o indirecta de ellos, filósofos populares como Abbt, Spalding, Eberhard, Sturr, Iselin, Hirzel, Grave, Mendelshon y Zimmermann, declararon valerosamente la guerra a la intolerancia y ambición clerical, a sus tendencias dominadoras, a los abusos ortodoxos y pietistas de la religión, y a las supersticiones eclesiásticas y

políticas. Los esfuerzos combinados de esos escritores despertaron el sentimiento de tolerancia en innumerables almas, facilitando la victoria, en materia de fe, a la manera independiente de considerar los hechos, a lo que se dio muy justamente el nombre de «Racionalismo» porque se basaba en la *ratio*, en la razón.

No menos importancia tenía el trabajo hercúleo acometido por otra clase de despreocupados, que dirigidos por Moser, padre e hijo, Putter, aquel Moser a quien con razón se llamó «abogado de la patria», y Schlozer, el tenaz adversario y acusador de la estupidez y de la injusticia, consagraron a ilustrar las ideas políticas de sus compatriotas, a censurar los excesos del despotismo y a despertar nuevamente entre los alemanes el conocimiento oscurecido de los derechos y deberes del ciudadano. Juntamente con las reformas de José, esta tendencia fue bastante poderosa para que se hiciera también una tentativa de oposición nacional en el seno mismo de la Iglesia católica alemana. Un prelado concibió la idea de emancipar de la Santa Sede romana, dirigida por los jesuitas, a los católicos alemanes, a fin de que fuera posible organizar una iglesia nacional alemana. El obispo de Tréveris, Nicolás de Houlheim, escribió con tal objeto, bajo el nombre de Febronio, su famoso libro *Sobre el estado de la Iglesia y la legalidad del poder papal*; y después los cuatro arzobispos del imperio se reunieron en Ems en 1786 para establecer, mediante la llamada *Puntación de Ems*, las bases de una iglesia nacional católico-alemana. Pero tan ardua empresa se estrelló contra la resistencia de los obispos y la dominación jesuítica en Baviera.

De la Universidad de Gottinga, fundada en 1736, partió una reforma fecunda de las ciencias filosóficas, históricas y exactas. Heyne, el precursor de Federico Augusto Wolf, enseñaba allí la literatura clásica, fecundadora de la ciencia de la Edad media; Kastner, el ingenioso epigramático, las matemáticas y la física; el humorístico y perspicaz Lichtenberg, Schrok y Plauck, sentaron sobre nuevas bases la historia eclesiástica; mientras que Spitler y Heeren hacían otro tanto con la profana. En el mismo sentido trabajó Eichhorn para la historia de la civilización, al paso que Winckelmann, el genial fundador de la historia del arte alemán, gracias a su manera de observar y considerar el arte griego, presentó perspectivas estéticas de gran provecho para los clásicos de la literatura alemana. El trabajo de la despreocupación se efectuaba igualmente en el terreno de la educación y de la enseñanza, que se debía purgar de muchos resabios escolásticos y de la rutina teológica, a fin de abrir paso a las ideas y los principios del realismo humanista. A decir verdad, precisamente en este campo se manifestaron desde un principio muchas ilusiones y exageraciones, y no bastaron los esfuerzos pedagógicos de Basedow para evitar estas últimas. En cambio, el bueno e inteligente Pestalozzi, de Zurich (1746-1827), mostróse verdaderamente grande en sus innovaciones pedagógicas, y es ahora cosa reconocida que este hombre, gracias a su método de enseñanza analítico-matemático, inauguró una nueva era para la instrucción popular. La reforma de Pestalozzi fue lo único que permitió introducir poco a poco al pueblo en el círculo de una cultura digna del hombre. Poseído de abnegación, inaccesible al egoísmo, y por lo tanto, naturalmente desgraciado en sus condiciones personales, aquel sublime maestro de escuela ha hecho muchísimo por su país y por la humanidad entera, demostrando con su incomparable historieta rústica *Linardo y Gertrudis* cómo se debe escribir para el pueblo. Para los que saben ver lo grande en lo pequeño, y en las cosas modestas el verdadero esplendor, uno de los actos más sublimes del siglo de las luces fue el de Pestalozzi, cuando en uno de los terribles días de septiembre de 1798, al llegar, rendido de fatiga, al pueblo de Nidwalden, saqueado por los franceses, sólo pensó en recoger una multitud de muchachos hambrientos y casi embrutecidos cuyos padres habían sido inmolados, para cuidar de ellos con noble compasión, instruirlos y aliviarlos.

De todo cuanto antecede despréndese que en la obra de la despreocupación se trabajaba asiduamente y de muy diverso modo; mas para imprimirle el sello de la perfección necesitábanse dos hombres de gran genio, como lo fueron Gotoldo Efrain Lessing (1729-1781) de Camenz, y Manuel Kant (1724-1804) de Königsberg. El uno dirigió la marcha de la despreocupación en el terreno de la literatura nacional; el otro en el campo científico. Con justa razón se ha comparado la influencia de Voltaire en la historia de la cultura francesa con la de Lessing en la de la civilización

alemana, pues uno y otro concentraron en sí todo el movimiento intelectual de la época; pero Lessing se distingue honrosamente del irónico francés por el celo con que buscó la verdad, sólo por amor a ella. El genio crítico de la raza germánica manifestóse por primera y con toda su fuerza en el hijo del pastor de Oberlausitz. Lessing hizo de la crítica un arte a la vez creador y destructor: en su *Laocoonte* (1766), dio la *Magna Carta* a la filosofía artística alemana; analizando en aquel famoso libro el arte plástico y el poético según su íntimo modo de ser, determinó como esencia del último el movimiento y la acción, y completó así la idea de una poesía sencillamente descriptiva y reflexiva. La gran campaña crítica que inició en sus *Cartas literarias* contra la galomanía, fue llevada a cabo victoriosamente en su *Dramaturgia* de Hamburgo. Poseído de una convicción profunda, demostró hasta la evidencia en qué contradicciones habían incurrido los franceses pagándose de aquel pseudoclasicismo, tan ajeno al espíritu de su nacionalidad y de la época.

Lessing reconocía también la grandeza de los antiguos, y al hablar de Shakespeare demostró igualmente lo que sus compatriotas debían y podían esperar de los primeros y del segundo, haciendo ver que el verdadero método no consiste en la servil imitación de lo que se aprendió, sino en armonizar la experiencia obtenida con las eternas leyes de la naturaleza y con la índole de los sentimientos populares. Con esto alcanzó la independencia del arte patrio y de sus formas literarias, asegurando así la correspondencia de estas con el espíritu nacional. He dicho antes, y ahora repito, que ningún alemán culto puede hablar de Lessing sin que su corazón palpita de contento. Oponiendo la altivez germánica al orgullo francés, él fue quien pronunció estas arrogantes palabras: «Enséñenme una obra del gran Corneille que yo no sea capaz de hacer mejor.» Y demostró con los hechos que podía hablar así. Ya en 1755 opuso a las ampulosas declamaciones del drama francés y afrancesado la realidad de la vida del pueblo en su *Sarah Sampson*; en 1763 enriquecía la literatura con una comedia clásica titulada *Mina de Barnhelm*; y en 1772 compuso la primera tragedia alemana que mereciese este nombre, *Emilia Galotti*. Libertador intelectual de su pueblo, erudito, investigador, crítico y poeta, Lessing era un grande hombre. Jamás un pensamiento vulgar penetró en su sencillo y noble corazón, y sólo una vez el valeroso campeón profirió un grito ahogado de angustia, cuando la parca le arrebató prematuramente la mujer que amaba.

El torrente fresco, límpido y vigoroso de sanos pensamientos concebidos por este hombre venerable penetró hasta los más recónditos ángulos del establo de Augías, purificándolo todo; siempre en su puesto, siempre preparado a combatir, supo aumentar el efecto de su palabra, tanto en las alabanzas como en las censuras, con su noble dignidad. Fija siempre la vista en la luz de la razón, avanzaba hollando bajo sus pies las heces del oscurantismo, pisoteando a diestro y siniestro el convencionalismo y la barbarie, y dando siempre ejemplo para que sirviese de estímulo. Ha sido el primer hombre verdaderamente librepensador y artista de Alemania; no hablaba nunca de su amor a la patria, pero demostrábalo a cada momento, y Alemania no agotaba la plenitud de su cariño. Aquel sentimiento «que hace considerar la causa de la humanidad como propia e interesarse en su destino», henchía su corazón, e inspiróle, para brillante término de su carrera, el magnífico poema de *Nathan el sabio*, sublime canto del humanitarismo que formó época, por haber introducido y adoptado en la poesía dramática alemana el verso pentamétrico y yámbico. En resumen, Lessing ha presentado el modelo del clasicismo alemán, enseñando a llenar las bellas y proporcionadas formas helénicas con el espíritu y el alma alemanas, con la esencia germánica. Este moderno helenismo que con Goethe y Schiller llegó a su perfeccionamiento, tenía sus defectos, como todas las cosas humanas; mas a pesar de esto, el nuevo helenismo hizo de los alemanes hombres libres, y como tales, capaces también de ser ciudadanos libres.

Al propio tiempo que el ilustre bibliotecario de Wolfenbuttel llenaba su noble cometido, un hombre de mezquino aspecto que residía en Königsberg dedicándose con la mayor tranquilidad a la observación, con una constancia que rayaba en pedantería, y a quien nadie creía, a juzgar por su aspecto pulcro y por su gran prudencia, el mayor revolucionario del siglo de la revolución, dio a conocer desde su tranquilo gabinete de estudio, lanzándolos al mundo, aquellos trabajos de profundo pensador que se titulaban: *Crítica de la razón pura* (1781); *Crítica de la razón práctica*

(1785); *Crítica del juicio* (1787), obras que como el *Sistema del idealismo critico* han atacado titánicamente el Olimpo cristiano, invirtiendo completamente las ideas que habían prevalecido hasta entonces; es decir, presentando a Dios como una exigencia de la razón práctica, como algo cuya existencia no se podía demostrar teóricamente, y al mundo como una finalidad de nuestro esfuerzo.

Cuando Kant elevaba a la esfera de la más rigurosa ciencia la solución de los más altos problemas del escepticismo, reconoció que debía comenzar a pensar de nuevo, es decir, a remontarse a las fuentes de nuestros conocimientos para conseguir, apoyándose en su base, la posibilidad de que el reino del saber fuera del todo independiente del material de la llamada fe revelada. El examen de los fundamentos capitales de los conocimientos del hombre condújole al resultado de que no era la observación suficiente para apreciar la esencia de las cosas, sino la subjetividad humana, el yo consciente. En la filosofía de Kant, este yo es el centro del cual dependen las cosas como objetivos del yo inteligente. De la insuficiencia de la fuerza observadora para reconocer la naturaleza esencial de aquellas, Kant deduce después que andamos a tientas en la oscuridad, si traspasando los límites del mundo visible penetramos en el de lo sobrenatural, y de consiguiente que nuestras ideas sobre este último son meras fantasmagorías, suposiciones arbitrarias de cosas que no se puede probar si existen o no, y de las que no se sabe ni se puede saber nada.

Tal fue el ataque que sufrió el Olimpo cristiano con la *Crítica de la razón pura*; pero una vez en las alturas de lo sublime a que le trasportó su vigorosa lógica, el gran pensador, al ver desde allí a sus pobres y débiles contemporáneos, sintióse poseído de humana conmiseración; y por eso escribió, encogiéndose de hombros, la *Razón práctica*, afirmando lo que había negado, porque la razón práctica, dice Kant, no queda satisfecha de los argumentos aducidos por la razón pura, puesto que la primera tiende a determinar la voluntad humana en el obrar. El deber de la voluntad consiste en observar la sublime ley moral que dice: «Obra en todo tiempo según principios que puedan ser leyes generales»; y la obligación de esta ley moral se manifiesta como «imperativo categórico», o sea bajo la forma del imperioso deber. Si sometemos nuestros instintos e inclinaciones al deber impuesto por el imperativo categórico, y que debe cumplirse por ser tal, somos virtuosos; mas para ofrecer a la virtud su equivalente necesario, la razón práctica manda restablecer lo que fue suprimido por la razón pura, o sea la idea de Dios y la fe en la inmortalidad. Bien se ve que cuando el sabio de Königsberg dedujo las conclusiones prácticas de su sistema plegó las alas de su genio; pero de todos modos la filosofía de Kant fue la base en que se asentaron para lo futuro la ciencia y el arte alemanes. Esa filosofía tiene un poder y fuerza moral incomparables; en todo cuanto el pueblo hizo de bueno y excelente en aquella época se percibe el aliento del espíritu de Kant. Todos los filósofos alemanes que le sucedieron se apoyaron en aquel gigante, y los que creyeron poder prescindir de su apoyo, intentando derribarle, sólo fueron sofistas, no filósofos.

De lo sublime a lo ridículo no hubo jamás ni habrá nunca más que un paso. Precisamente cuando la despreocupación alcanzaba la más hermosa palma en el mundo católico con la supresión de la orden de los Jesuitas por el Papa Clemente XIV (1773); cuando en el mundo protestante se celebraba el más alto triunfo científico por el trabajo de Kant *Crítica de la razón pura*, y el no menos notable, bajo el punto de vista artístico, el *Nathan* de Lessing, la sociedad alemana, así como toda la de Europa, era presa de un contagio moral que tenía cierta semejanza con las aberraciones intelectuales de la Edad media: era la manía por lo maravilloso, la cual tuvo por consecuencia que junto a los grandes rasgos de la despreocupación figuraran los más torpes milagros del oscurantismo.

A que se creyera en la posibilidad de todo lo maravilloso contribuyó por una parte la falsa doctrina de la fuerza curativa del magnetismo, puesta en moda por Mesmer, y por otra la degeneración de la francmasonería, que debía su origen a las hermandades de albañiles de la Edad media en Inglaterra, donde se regularizó en 1717. Muy pronto se difundió en el continente, tanto, que a mediados del siglo no había en Alemania ciudad de alguna importancia que no tuviera su «logia.» En la francmasonería, la idea deísta humanitaria, o sea el buen espíritu de la época, luchaba

con la forma social, que en aquel estado de cosas no podía ser otra sino la de una sociedad secreta; pero esta sociedad llegó a ser pronto un secreto público, pues todos sabían que los hombres más notables de la nación como Federico el Grande, Wieland, Merder, Goethe y Carlos Augusto de Weimar eran francmasones. Inconscientemente al principio, y sabiendo muy bien después lo que hacían los francmasones se opusieron a la gran organización del oscurantismo, al jesuitismo; pero los hijos de Loyola eran más listos que los del gran «arquitecto del universo.» Prácticos en toda clase de intrigas, los jesuitas, ya antes de haber sido suprimida su orden por el Papa, y también después, supieron introducir en la francmasonería elementos hostiles para poder combatir y vencer al enemigo en sus propias trincheras. Estos elementos no eran otra cosa sino traficantes en misterios, hacedores de milagros que practicaban en gran escala el arte de engañar y embaucar.

La enfermedad del tiempo, es decir, el amor al misterio, hijo de un fanatismo religioso, de un sentimentalismo exagerado, y el excesivo deseo de saber, juntamente con la afición a lo sobrenatural, requería que se hicieran milagros a toda costa, y no faltaron mágicos que los realizaran. Muy instructiva por este concepto fue la carrera del siciliano José Bálsamo (conde de Cagliostro por gracia propia), cuyos triunfos comenzaron en Mietau, en los círculos aristocráticos de Curlandia. Una noble dama alemana, Isabel de Recke, que al principio fue su más entusiasta admiradora, convirtiéndose después en la más enérgica delatora de aquel audaz charlatán. Los procedimientos del antiguo cafetero de Leipzig, y de Schepfer, que más tarde fue su adepto, demostraron cuántos torpes engaños habían sido ciegamente creídos por la sociedad más distinguida. La evocación de los espíritus, practicada por Cagliostro en una noche de febrero de 1773, en Dresde, con ridículo espanto de los espectadores, es una escena característica del siglo de la despreocupación, la cual nos da a conocer cuán superficial era ésta muchas veces en el «gran mundo.»

No obstante, los hermanos que se habían mantenido fieles al espíritu de la primitiva idea de la orden, opusieron al fin una sabia resistencia contra el falseamiento jesuítico oscurantista de la francmasonería con el «sistema de la estricta observancia», con la *rosenkreuzeria* y otros absurdos semejantes. Los jefes del movimiento de resistencia, Bode y Knigge, convencidos de que el verdadero francmasón debía ser enemigo jurado de toda superstición y despotismo, consiguieron en 1782, al reunirse la gran asamblea de los masones libres en Wilhemsbad, cerca de Hanau, una reforma y purificación de la sociedad, cuyos principios fundamentales se han conservado después en las logias alemanas. Algunos años antes había intentado en la Germania meridional formar con la francmasonería una sociedad secreta que debía ser esencialmente agresiva en favor del progreso: tal fue la orden de los «Iluminados» fundada en Ingolstadt en 1776 por el profesor Veishaupt y el estudiante Zwach, orden que se extendió rápidamente en Baviera y Austria, encontrando partidarios hasta en el Tirol. Sin embargo, antes que se pudiese hablar seriamente de su influencia iluminadora en aquellas tenebrosas regiones, la secta hubo de sucumbir por la furiosa persecución promovida por los jesuitas de levita y de sotana, que dominaban en la corte y el gabinete del disoluto elector Carlos Teodoro.

En Austria sucumbió la idea despreocupadora en la tempestad reaccionaria que se produjo después de la muerte de José II, bajo la regencia de Leopoldo II. En rigor, el daño no era grande, pues en suma, aquella sociedad secreta era más bien un juego ingenioso, una «puerilidad sublime», como decía Federico el Grande, que no un trabajo civilizador formal: ni podía ser esto tampoco, porque el aparato misterioso, que era el elemento principal para la mayoría de los iluminados y de los francmasones, no se avenía con el espíritu moderno, cuya alma es la publicidad. Mejor inspirados estuvieron aquellos patriotas suizos que en marzo de 1762 reuniéronse en Schinznach, en Argovia, para fundar la famosa «Sociedad helvética», que tenía por objeto «aunar los sentimientos de comunidad dispersos e inflamar nuevamente el espíritu público amortiguado», y que trabajó en este sentido con tanto celo como brillante éxito. La Sociedad helvética dio uno de los primeros y más envidiables ejemplos de la importancia de las asociaciones en la vida moderna. Sin embargo, a pesar de este gran motor de la civilización, las asociaciones no alcanzaron hasta el siglo XIX un

desarrollo que las permitiese no sólo sustituir, sino también aventajar con mucho en influencia a la institución de la Edad media, tanto para el mal como para el bien.

Bajo la influencia siempre creciente sobre las teorías políticas y sociales de Rousseau expuestas con todo el encanto de una elocuencia deslumbradora, así como bajo los impulsos del mundo poético de Shakespeare que se había abierto poco a poco en Alemania, la marcha templada de la despreocupación había tomado un movimiento más rápido, convirtiéndose en el último tercio del siglo en impetuosa carrera de asalto. La nueva generación nacida a mediados «hecha tinta» era adulta. A los despreocupados de coleta y redecilla siguieron los rebeldes «genios originales», «genios forzudos», los «asaltadores» y «empujadores» con «cabezas de suecos» y fraques a lo Werther. Un espíritu pronunciado en rebeldía agitaba a los círculos que pretendían instruidos, oscilando entre las tradiciones de lo pasado a la esperanza anhelante de redención de esas tradiciones. La literatura se hizo petulante, revolucionaria, aventurera, procediendo con extremada irrespetuosidad contra todo lo senil y rancio, contra la tiranía de toda disciplina, contra lo nimio y pedantesco. Sus campeones eran extrañas figuras, y si su modo de proceder difería aparentemente mucho en el poeta, músico, patriota y mártir de Suabia, Schubart; en el austríaco Fersler, capuchino y francmasón; en el suizo Lavater, vicario de San Pedro de Zurich y apóstol de un cristianismo inspirado, y finalmente en el «Mago del Norte» de la Prusia oriental, aquel Hamann, que combinaba tan maravillosamente sus oráculos la Biblia y el genio, todos se distinguían, sin embargo, por la misma extravagancia temeraria, agitada e inquieta. Una especie de embriaguez se había apoderado de los ánimos, incluso los más reposados, y por doquiera resonaba el grito pidiendo la abolición de las modas francesas, en el sentido más lato de la palabra, la liberación del servilismo de instituciones decrépitas. ¡Guerra a los curas! ¡Abajo los déspotas! ¡Naturalidad y libertad! eran los gritos que se oían en toda Alemania.

Los acentos del elevado idealismo de aquel período borrascoso se dejaban oír siempre en medio de todas las variaciones, y allí donde no se rugía o se gritaba, murmurábase y se proferían silbidos. Este idealismo anhelante, fue el que pocos años después de celebrarse la alianza de los poetas de Gottinga en el norte protestante de Alemania, inspiró entre los católicos del mediodía la orden revolucionaria de los iluminados; este idealismo fue igualmente el que dio origen a las exageraciones de un compañerismo erigido en culto religioso entre los hermanos Lorenzo-Dosen, del círculo de Glein, en Halberstadt, y del de Jacobi, de Pempelfort, así como entre los visitantes del cenáculo místico-católico-platónico de la princesa Gallitzin en Munster, y los individuos del conventículo pietista de los Stolberg y Reventlow, en Holstein. Este idealismo fue también el que permitió a Herder adquirir el conocimiento cosmopolita de los sonidos del arpa gigantesca de todas las poesías populares; el que arrancó a Goethe sus más tiernas canciones de la juventud; el que puso en manos de Werther la pistola suicida, y en la de Schiller la pluma con que escribió los *Bandidos*, inspirada manifestación de aquella época borrascosa, cuyos dolores y esperanzas, cuyos deseos y luchas titánicas condensó después el autor del *Fausto* en el poema universal de la Edad moderna. Y esa misma presión idealista indujo en Berlín a las damas de gran tono a dejar el corsé y el guarda-infante, para presentarse en público «vestidas a la griega», cosa que ciertamente no era más revolucionaria que la pomposa oda de un poeta berlinés, que en un periódico de Berlín celebró el feliz éxito de la guerra de la independencia americana, diciendo lo siguiente:

Y tú también, Europa, levanta la cabeza,
Que al fin llegará un día
Que independiente seas
Y expulses a tus reyes rompiendo tus cadenas.

Una confesión tan explícita, que revela tales aspiraciones republicanas en el Berlín de Federico el Grande, y en aquella Prusia que el Italiano Alfieri llamaba un «cuerpo de guardia», demuestra cuánta era la fermentación caótica de aquel tiempo.

Pero en Italia, el movimiento revolucionario era esencialmente literario; ya hemos dicho cómo y porqué; y ahora nos resta hablar del hombre que parecía haber nacido para dirigir este movimiento literario, señalándole el camino recto, pues por su actividad crítica asemejábase a Lessing; su oído era sumamente sensible a todas las armonías de la poesía universal, y podía reproducirla y darla a conocer a su pueblo. Este hombre era Juan Godofredo Herder (1744-1803), de Morungen, en la Prusia oriental, mediano poeta, pero dotado de gran inspiración para la poesía. Lessing y Herder eran, uno el iluminado, y el otro el genio; la crítica de Lessing desmoronó piedra por piedra el edificio de las alucinaciones; la de Herder le derribó de golpe. Pasar de la crítica a la creación, como lo hacía Lessing, no era posible para Herder, pero en cambio tuvo el no escaso mérito de ser un lazo de unión tan delicado como sólido entre la cultura clásico-pagana y la romántico-cristiana, así como también entre el conocimiento erudito y la creación original. Herder enseñó a los autores alemanes a estudiarse a sí mismos, aconsejándoles que prefiriesen siempre lo original, lo natural y popular. Durante los años que Goethe fue estudiante en Estrasburgo, hizo por él, en particular lo que había hecho por la literatura alemana en general; es decir, desvió al amigo, así como a la poesía alemana, de las reglas francesas, mostrando al uno y a la otra el mundo de la Biblia, de Homero y de Shakespeare. En sus *Voces del pueblo en canciones* (1778) expuso el fruto de su gran actividad fecunda y fecundante como intérprete universal, y con esta publicación abrió a sus contemporáneos una verdadera «fuente de juventud.» Los escritos científicos de Herder demuestran del modo más satisfactorio la alianza de la ciencia y el arte alemanes efectuada en la unidad superior de la literatura nacional. En el dominio científico, aquel hombre universal mostróse también iniciador feliz, sobre todo tratando más racionalmente las cuestiones teológicas y de la ciencia histórica, al cual debe su fundamento filosófico. En suma, Herder produjo uno de los mejores libros del siglo en sus *Ideas sobre la historia de la humanidad* (1784); pero sus opiniones sobre la política cosmopolita nunca le hicieron olvidar, por lo demás que era alemán, y con patriótico dolor, al contemplar el imperio corrompido y desmoronado, exclamaba en 1778, rebelándose contra José II:

«¡Oh emperador, jefe de noventa y nueve príncipes
Y de Estados numerosos cual las arenas del mar,
Dadnos aquello que deseamos:
Una patria alemana!»

Este acento patriótico, mucho más resuelto en el cosmopolita Herder, ¡cosa notable! que en el teutón Klopstock, resonó después con todo el vigor de la juventud en la *Alianza del bosquecillo*. Era el tiempo en que florecían los almanaques de las musas y celebraban alianzas los poetas. Boie, que fundó en 1770 el almanaque de las musas de Gottinga, había promovido también la alianza de los poetas de Gottinga, en la cual se mezclaba singularmente el patriotismo de los antiguos bardos con la más delicada ternura. Juan Enrique Voss (1751-1826), natural de Sommerdorf, en Meklemburgo, que era el alma de aquella alianza, nos ha descrito la fundación idílico-fantástica en su oda *El roble del juramento*, donde refiere cómo en la tarde del 12 de setiembre de 1772, paseando con algunos de sus amigos por el campo, se les ocurrió de pronto jurar la «Alianza de amistad» y hallándose en un pequeño robledal iluminado por la luz de la luna llena, exclamaron:

¡Ah! mirad el poderoso
Roble de la amada patria,
Cuál desarrolla su germen
Y hacia el cielo se levanta.
De súbito trasportados
Por una idea entusiasta,
Coronados de follaje
Y con la diestra alargada,
Juramos alianza eterna
A aquel a quien fue otorgada

La santa chispa del genio;
 A quien conoce y ensalza
 La fuerza de la verdad,
 Y lo bueno y bello acata,
 Lo que es noble y lo que es puro
 Al que con acierto y maña
 El país rige y gobierna,
 Nuevo Orfeo...

Estos versos demuestran hasta qué punto tenían elevadas miras aquellos entusiastas jóvenes al celebrar sus alianzas; soñaban para su poesía una influencia estética y patriótica que ejerciese sobre sus contemporáneos una acción inmediata; pero como observó Merk, muy juiciosamente, no resultaron, en resumen, «más que tonterías». Las esperanzas concebidas por los que celebraron la alianza del bosque no tardaron en desvanecerse; el grito del bardo de la libertad, exagerado hasta la locura en el conde Federico de Stolberg, debía producir muy pronto náuseas en todos los que pensaban con la ridícula sensibilidad que manifestó otro aliado del bosque, un tal Miller, en su llamada novela religiosa *Siegwart*. Sólo dos individuos del grupo de los poetas e Gottinga, Voss y Burger, tuvieron una importancia duradera, debiéndose advertir, que el segundo por lo menos, no había tomado nunca parte en las exageraciones de los aliados del bosque. Voss llegó a ser un verdadero racionalista, y durante toda su vida defendió valerosamente los derechos de la religión y del pueblo, observando con su Ernestina, a veces en medio de dolorosas angustias, una vida ejemplar en su honrada medianía, la cual contrastaba notablemente con la ligereza y pocas consideraciones que entonces se dispensaban al matrimonio, y con la liviandad que después propagó y puso en moda el romanticismo.

Como poeta, Voss tuvo el gran mérito de poner en relieve la poesía de la existencia del pueblo, la poesía doméstica y la de la escuela. A decir verdad esta poesía era algo casera, pero en los idilios de Voss, en su *Luisa* y en su *Tamm*, en los cuales canta las virtudes de la pastorcilla y del honrado maestro de escuela, respirase algo de esa honestidad propia del pueblo alemán. Con su traducción de Homero (1781), que mostraba por primera vez a los alemanes el mundo antiguo, Voss prestó un gran servicio a la cultura nacional; toda la historia de la literatura correspondiente a los últimos dos decenios del siglo pone de manifiesto cuán provechosa fue aquella traducción por el torrente de luz y de bellezas difundido en la literatura.

Godofredo Augusto Burger (1748-1794), natural de Wolmerswende, que en honor de su Molly, dicha y tormento de su vida, escribió el magnífico *Canto del Solitario*, reconoció muy pronto que las abstracciones de Klopstock no podían ser de una utilidad duradera para la literatura alemana; y el mismo recto juicio que le aconsejaba escribir poesías populares, indújole también a componer baladas, las cuales apropió a la poesía alemana, después de haber ejercitado su talento en los romances ingleses sacados a luz por Percy. Así compuso su balada del *Cazador salvaje*, su canto del *Hombre de bien*, su *Leonor* y otras poesías del mismo género, que por la feliz elección del argumento, la precisión del dibujo, la viveza del colorido, la facilidad de la versificación y la amenidad del lenguaje han impresionado el espíritu y el corazón de tantas generaciones, colocando al autor entre aquellos pocos poetas que viven no sólo en la historia de la literatura, sino en el alma y la boca del pueblo.

Mientras que en la Alemania septentrional los confederados del bosque bailaban en torno de su «Roble de la alianza», habíase formado en el Sudoeste, en la región del Mein y del Rhin, una sociedad de jóvenes impetuosos, sin celebrar pacto alguno, pero que, reunidos casualmente, dispersáronse pronto por efecto de la efervescencia y opresión de aquella época. Francfort, Darmstadt, Gessen, Estrasburgo y Wetzlar eran los países donde se agitaban aquellos genios originales. Era un grupo de Titanes, o por lo menos creíanse tales los Wagner, Hahn, Lenz y Klinger; pero sólo a Goethe le fue dado escalar aquel Olimpo de la poesía, cuyo verdadero camino

le habían señalado Herder y Merk. Pero no, no a él solo, pues, continuando la figura, si Wolfgang Goethe subía por un lado del monte de los dioses como al asalto, por el otro comenzaba a trepar su contemporáneo Federico Schiller, más joven, pero de igual condición. Inútil parece observar que las palabras subir al asalto y trepar se han elegido exprofeso tanto para indicar la diferencia de vida de los dos excelsos poetas alemanes, como la de su elevación a la perfección clásica.

La aparición del joven Goethe era en todas partes el triunfo del hombre elegido; así en Leipzig como en Estrasburgo, cuando el «bellísimo estudiante» entraba en el salón de una fonda, los cuchillos y tenedores de los presentes quedaban en suspenso, y los que estaban a punto de apurar una copa volvían a dejarla en la mesa sin beber, sólo para admirar la belleza del joven. Y en todas partes sucedía lo mismo: en Sesenheim, donde el amor de Federica Brion fue para Goethe el sol que iluminó los días más felices de su existencia; en Darmstadt donde el «joven hijo de los dioses», que había ido a visitar a su mentor Merk, fue acompañado hasta fuera de la ciudad por las damas casadas y solteras hermosas; en Wetzlar, donde «debió sufrir los dolores de Werther» para poder cantarlos luego; y por último en Weimar, donde cautivó a todos, hombres y mujeres. Compárese con esto la mísera juventud de Schiller en la pobre casa paterna de Marbach, en Kamnstadt, en Ludvigsburgo, en Lorch, en la soledad y en la academia militar de Stuttgart. Pongamos ahora en parangón estos dos contrastes: Goethe haciendo en Weimar, en 1779, las delicias de la corte y de sus convidados, al desempeñar el papel de Orestes de la Ifigania, mientras que su íntimo amigo, el duque Carlos Augusto, hacia el de Píldes; Schiller, entre tanto, cirujano de regimiento, compareciendo un día del verano de 1782 en el castillo de Hohenheim, como un esclavo, ante el duque Carlos Eugenio, para ser reprendido duramente por haber escrito *Los Bandidos*, tratado como un malhechor y despedido con las siguientes palabras: «Ahora váyase, y le advierto que en adelante no haga imprimir ningún otro libro que no sea de medicina. ¿Me ha entendido usted? Le digo que no escriba más comedias, so pena de ser degradado y reducido a prisión.» El joven Goethe era llamado, como amigo predilecto de su duque, para habitar la elegante casa paterna de Weimar; mientras que el joven Schiller debía huir de noche de su mísera vivienda para no exponerse al furor ducal, tan cruelmente manifestado en Schubart. ¿No bastan estos contrastes para comprender que de ello resultó lo que debía resultar, es decir, que en Goethe la soberanía del genio y en Schiller el imperio del deber fueran el principio y la fuerza determinante?

La presencia de Goethe en la corte de Weimar, la afectuosa fraternidad entre el poeta y el duque, y el rápido desarrollo del genio que agitaba a la pequeña residencia de Ilm, señalan ruidosamente el progreso del espíritu moderno hasta en los círculos que antes le estaban cerrados. Aquella corte «de las Musas», con sus genios que iban y venían, con su espíritu osiánico-wertheriano, con sus faltas y exageraciones, con sus farsas aristofánicas, con sus inclinaciones shakespearianas, con el titanismo de Klinger, con sus comedias y amoríos, sus cabalgatas y excursiones, sus cacerías, sus banquetes y su descoco, que traspasaba todos los límites de la etiqueta y de la conveniencia, aunque en medio de las más desenfrenadas diversiones conservaba como un soplo de idealismo; aquella corte de las Musas, repetimos, ¿no era un hermoso modelo de revolución? Pero de una revolución que no se limitaba a desechar las formas sociales, sino también algunas veces las ideas fundamentales de la moral, en términos de que en aquella atmósfera, un hombre de tan exquisita moralidad como Schiller llegaba al punto de admitir en serio la monstruosa idea de una bigamia con dos hermanas. La posición que las mujeres ocupaban en la sociedad de entonces, durante los «alegres tiempos de Weimar», es muy importante para la historia de la civilización: la excéntrica duquesa Amalia, mujer de gran espíritu; Carlota de Kalb, la «Titánida» de Schiller, adorada de Juan Pablo, amiga de Goethe, de Fichte y de Holderlins, y que conservó hasta la última vejez la efervescencia de su espíritu; Carlota de Stein, la mejor de todas, la «gran llama» de Goethe, llama que se extinguió melancólicamente cuando su adorado amigo la abandonó para ir a componer sus *Elegías romanas* en brazos de la lozana y hermosa Cristina Vulpius; Carlota de Lengefeld, en nuestra opinión «la mejor de las Carlotas», luz y consuelo de la vida de Schiller, con su noble y bella Carolina; la hermosa cantante Corona Schroter, también llama de Goetz durante

algún tiempo, y no de poca importancia, Emilia de Berlepsch, resueltamente «emancipada»; Sofía de Schardt, a quien no bastó el evangelio de humanidad de su amigo Herder para impedir que se convirtiese al papismo; y finalmente aquella poetisa Amalia de Imhof, maravillosamente bella, con su blanco traje griego y sus celestiales ojos chispeantes de espíritu. Algunas de esas mujeres, de más o menos genio, tomaron una parte activa en la fermentación que produjo el clasicismo alemán.

Pero si se consideran en conjunto las relaciones entre las mujeres alemanas de aquel tiempo y los hombres eminentes, si se estudia imparcialmente el modo de ser de aquella ciudad y su género de vida borrascoso, que tendía a todo lo extraño, lo fantástico y lo exagerado, fácilmente se comprenderán las palabras de J. P. Richter cuando en 1798 escribía a un íntimo amigo suyo: «Las costumbres de este pueblo no se pueden describir sino verbalmente; todo es aquí revolucionario hasta la audacia y no se respeta a las esposas. Es evidente que en los ánimos se efectúa una revolución intelectual, más trascendental y no menos mortífera que la política.» Y sin embargo, en Weimar se hacían las cosas con mucha finura y muy discretamente, en comparación del desenfreno que entonces reinaba en Berlín. Un testigo ocular, bien digno de fe, el director de la Academia, Schadow, que en su juventud había observado la disipación de aquella vida, la describió en su vejez del modo siguiente: «En tiempo de Federico Guillermo II reinaba la misma disolución; todos se embriagaban con champagne y hartábanse de golosinas; todas las familias trataban de acercarse al rey y a la corte; todos tenían a gala ofrecer sus esposas e hijas, siendo los nobles los que en esto mostraban más afán. Todos cuantos se entregaron a esa vida murieron miserablemente, con el rey a la cabeza. Nadie podría imaginar el efecto benéfico que produjo después, en medio de tanta crápula, el ejemplo de Federico Guillermo III y de su noble y buena esposa, la reina Luisa.» Por fortuna, aquella ilustre princesa, admiradora de Schiller y de Juan Pablo, no era la única que reunía elevadas dotes, pues tenía algunas imitadoras, entre las cuales figuraba la duquesa Luisa de Sajonia Weimar. Esas mujeres han ejercido una benéfica influencia en la regeneración de las costumbres, justificando las palabras de Goethe cuando dijo:

«Si quieres conocer exactamente
Lo que es bueno y decente
Pregúntalo a las damas elegidas.»

IV.

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

Incurriría en error quien creyera que el incesante trabajo de los despreocupados o los violentos ataques de los agitadores pudieran derribar en breve las barreras de la ignorancia. Sobre la atrasada masa popular pasaba el movimiento científico y literario nacional sin producir ningún efecto. ¿Qué sabía o quería saber el campesino o el ciudadano alemán del clasicismo y del romanticismo? Nada. También aquí era una verdad de la historia de la civilización aquella comparación de las cimas de las montañas que se iluminan al salir el sol, mientras que los valles continúan aún sepultados en la oscuridad. Lenta y gradualmente descendía la luz desde las cumbres a las llanuras, pero el arado de la guerra napoleónica debía penetrar profundamente en el suelo alemán antes que las simientes diseminadas por sus pensadores pudiesen germinar y crecer. ¡Y con qué dificultad se efectuó y se efectúa aún la germinación! ¡Con cuántos obstáculos ha de luchar aquella simiente! Hasta mediados del presente siglo no fue posible convertir en bien común aquel tesoro de verdad y de belleza acumulado por los pensadores y los artistas, y esto se debió a la institución de escuelas más numerosas y perfeccionadas, a la inmensa actividad del periodismo y al espíritu de asociación centuplicado. Y aun admitiendo que el progreso de la cultura continúe siempre sin sufrir ninguna interrupción violenta, el hombre desapasionado debe deducir en conclusión que todavía han de pasar siglos y siglos antes que el pueblo, el verdadero pueblo, no el descrito o pintado, se halle en estado de sentir, no de comprender, la fuerza de una demostración de Kant, la belleza de una elegía de Goethe, la profundidad filosófica de un canto de Schiller o la majestad de una sinfonía de Beethoven.

A decir verdad, los héroes civilizadores se adelantaron tanto a la masa del pueblo, que hasta llegaron a perderla de vista; pero si hubiesen medido su paso con el de sus contemporáneos, estos se hallarían aún hoy científicamente a la altura del pastor Goethe, y literariamente a la del pastor Gottsched. ¿Qué sería del genio divino si se le exigiera tener en cuenta la capacidad intelectual de la gran masa del pueblo? Agradézcase, pues, a esos vates y profetas el que caminaron y avanzaron con paso firme y deliberado, sin cuidarse de los que abajo quedaban; y rechacemos la opinión, descaradamente sostenida por el espíritu de partido, de que los que más enaltecieron el nombre alemán pensaron y obraron como extranjeros, como si no fueran alemanes, porque con Schiller y Goethe al frente pagaron su tributo a las ideas cosmopolitas, como todos los grandes hombres del siglo XVIII. Sí, Goethe y Schiller eran ciudadanos del universo en el sentido más noble de la palabra; mas éranlo precisamente como verdaderos y genuinos alemanes, y si huyeron de la mísera realidad que los rodeaba, que los estrechaba y oprimía, para refugiarse, como puerto de salvación de su genio, en la nebulosa fortaleza del cosmopolitismo, no por eso dejaron de crear lo más exquisitamente alemán que posee la literatura de su país: Goethe sus *Canciones*, su *Fausto* y su *Herman*; Schiller su *Don Carlos*, su *Canto de la Campana* y su *Guillermo Tell*.»

El valor intrínseco y la belleza exterior de formas de las creaciones del arte y de la poesía clásica antiguos impresionan tan poderosamente a los modernos, que han dado en llamar «clásico» a todo cuanto es perfecto y acabado en su género. He aquí por qué se llama período del clasicismo alemán el que comenzó con Klopstock, alcanzando con Schiller y Goethe el más alto grado de esplendor; mas respecto a estos dos grandes amigos, la palabra conserva todavía el significado particular que sirve para caracterizar el ideal artístico de ambos, el moderno aticismo, o más exactamente, el helenismo alemán. Este es sin duda el supremo grado de libertad y belleza que el espíritu del pueblo alemán, o sea el germanismo, había podido alcanzar hasta entonces. Veamos

cómo llegaron a tanta altura aquellos dos hombres eminentes cuya amistad es en alto grado honrosa para Alemania.

Juan Wolfgang Goethe (1749-1832), nacido en Francfort del Mein, era hijo de un hombre previsor y enérgico y de una madre inteligente, cuyo carácter jovial había heredado el joven, según confesaba él mismo con agradecimiento. Juan Cristóbal Federico Schiller (1759-1805), natural de Marbach, en Suabia, era hijo de un hombre que a pesar de la gran diferencia de posición social, tenía muchos puntos de contacto con el padre de Goethe; no sólo se llamaba también Juan Gaspar, sino que se le asemejaba por sus opiniones y su manera de ver las cosas; en cuanto a la madre, si carecía del carácter jovial de la señora Ajas, aventajaba por mucho a esta en sensibilidad. Goethe creció alegremente en medio de todas las comodidades, por no decir la riqueza; Schiller sufriendo todas las privaciones. Quien compare, pues, la infancia y la juventud de ambos comprenderá fácilmente que el florido realismo de la poesía de Goethe debía consagrarse por necesidad al culto de la belleza, así como el belicoso idealismo de Schiller al de la libertad. En la edad más impresionable, la suerte deparó a Goethe en la persona de Enrique Merck un amigo que siempre supo transportarle desde el tumulto de las pasiones juveniles a la calma de su propio corazón, haciéndole comprender su misión de poeta, su vocación para dar forma poética a la verdad e imprimir un sello ideal en la materia positiva.

Goethe, que comprendió y fue fiel a esta vocación, tuvo razón más tarde al decir que todas sus obras eran confesiones, porque sólo había escrito lo que le había pasado. Para comprender esto basta estudiar sus tipos de mujeres, cuya hermosa naturalidad es uno de los más ricos privilegios de la imaginación poética de Goethe. «Sé que son eternas, porque son.» Para Schiller variaban las circunstancias; lo que le había sucedido inducía, no a embellecer la realidad, sino a combatirla; lo eternamente varonil, y no lo eternamente femenino, fue el alma de su poesía, y por eso sus tipos de hombre están mucho mejor presentados que los de mujer. También es característica la diferencia de los medios de instrucción por los cuales uno y otro se elevaron al helenismo alemán librándose de la efervescencia que reinaba. Goethe se consagró al estudio de las artes plásticas y de la ciencia natural, en la cual ocupó un lugar honorífico como investigador y descubridor; mientras que para Schiller el estudio de la historia y de la filosofía de Kant se unió en un sistema de purificación cuya fuerza y fecundidad manifestáronse en los trabajos históricos del poeta, y más claramente en los artístico-filosóficos. Con este método creó para los alemanes un estilo artístico-político-histórico en el mejor sentido de la palabra, «ateniéndose a las leyes de la belleza cuando le ponía en práctica.»

Las obras literarias nacionales de la juventud de Goethe y de Schiller, el *Goetze de Berlichingen* (1773), *Werther* (1774) y los *Bandidos* (1781), fueron sacudidas electro-simpáticas para los corazones sensibles de la nación, porque en ellas se exponía bajo la forma poética y con irresistible elocuencia todo cuanto en aquel momento conmovía y agitaba. En el desencadenado huracán del siglo XVI, el *Götze* presentaba con inusitado vigor la agitación y efervescencia del siglo XVIII, y por su forma era un verdadero drama popular nacional que tenía por motor el sentimiento patriótico de libertad, tal como lo había sabido infundir primeramente Klopstock a la juventud alemana. *Werther*, primera novela original de la literatura alemana, y obra maestra de primer orden, fue un «acontecimiento» literario como no se ha visto otro. Aquel grito de dolor e indignación exhalado de lo más profundo del pecho contra el embrutecimiento social y la rutina habilidosa, produjo tan inmenso efecto en los ánimos, que el juicioso Lessing quiso que se añadiera al librito un capítulo final enérgico para que el triunfo de las fuerzas del espíritu no degenerase en sentimentales extravagancias. Los *Bandidos* fueron la descarga más violenta de la tempestad del genio acumulado en el alma del estudiante Schiller bajo la presión de circunstancias externas. En aquella obra, los relámpagos del pensamiento iluminan con espantosa claridad el cieno de la vida alemana, y las palabras resuenan con tan enérgico acento de rebeldía, que se comprende cómo y porqué un príncipe alemán pudo decir: «Si siendo Dios hubiera estado a punto de crear el universo, y hubiese previsto que algún día se escribiera una pieza como los *Bandidos*, no habría comenzado mi obra.»

¿Qué habría dicho pues, su Alteza si hubiera podido prever que en la antigua ciudad universitaria de Tubinga. en el momento en que los resplandores luminosos de la revolución francesa deslumbraban, aún aquende el Rhin, no sólo a los hombres formales sino también a los jóvenes, tomarían forma y vida las teorías amenazadoras de los *Bandidos* de Schiller? El jacobinismo había penetrado a través de los muros del claustro de la venerable «institución» teológica, haciendo nacer miles de apóstoles que se diseminaron por el mundo. Estudiaban entonces allí Schelling. Holderlin y Hegel, distinguiéndose este último como resuelto jacobino, aunque estaba destinado a ser más tarde filósofo de la corte de Prusia. Cierta día toda la pandilla estudiantil se dirigió a la plaza del mercado para plantar allí un árbol de la libertad y bailar alrededor una carmañola; y fue un cuadro característico de la época el que ofrecían aquellos estudiantes con el traje de su instituto, casaca negra, medias del mismo color, zapatos con hebilla, capotillo negro pendiente de los hombros, larga coleta y tricornio, bailando en torno del árbol de la libertad para celebrar el nacimiento de la república francesa.

Goethe salvó a su genio de las fatales consecuencias de las locuras del tiempo de Weimar, trasladándose a vivir bajo el azulado cielo de Italia, entre sus tesoros artísticos, donde pudieron madurar *Egmont* y la *Ifigenia*, bellísima flor del helenismo alemán, y donde hizo rápidos progresos el *Fausto*, verdadera obra capital del autor. Este grave problema, en cuya resolución trabajó afanosamente a su manera la leyenda popular del siglo XVI, *Prometeo*. *Ashavero*, *Mahoma*, había seducido el alma de Goethe más que ninguna de esas obras, y volviendo siempre a ocuparse de él, convirtióle en joya de la literatura alemana, en moderno poema universal; de modo que esta «tragedia de la humanidad» ha llegado a tener en todo el mundo civilizado una verdadera importancia.

Entre tanto, Schiller debía sufrir los sinsabores de sus años de aprendizaje, cuyo más bello fruto fue el *Don Carlos*, magnífico poema cosmopolita, a la vez que íntimamente alemán, obra maestra en que se manifestó todo el genio del autor. Con su magnífico himno *El artista*, Schiller había penetrado ya en el campo lírico, donde recogió lo mejor que ha legado a su país. Precisamente en las producciones líricas resalta de un modo más característico la originalidad de ambos poetas; Goethe era particularmente el artista espontáneo; Schiller el vate por excelencia y maestro del pueblo. Toda la escala de la lírica de Goethe, desde el fugaz suspiro de amor que el poeta exhala al salir de la mansión de su amada en una noche de verano, hasta las sublimes odas en que semejante a Júpiter, por él descrito, esparce sobre la tierra benéficos rayos desde las nubes, respira tal sentimiento de ternura, tanta expresión de verdad, que el lector se siente transportado sobre las miserias de la vida, cuya realidad aparece aquí idealmente iluminada. La lírica de Schiller, por el contrario, invita al lector a seguirle por la escabrosa senda del pensamiento original sin arredrarse ante la penosa subida, para contemplar después con desprecio desde las alturas etéreas de la razón los «males y miserias de la tierra.»

Cuando Schiller entraba en el período de la edad viril, en el que Goethe se hallaba todavía, encontráronse los dos (1794), manifestándose conformes en el pensamiento de que lo bello debía ser la suprema ley del hombre, para que pueda ser ciudadano del reino universal de la razón, persuadidos de que la humanidad sólo puede progresar eficazmente por la vía de la «cultura tranquila», y no por las crisis y luchas violentas que agitaban entonces a Europa. Todo alemán culto sabe lo que aquellos dos hombres fueron el uno para el otro, y cuántos servicios debió a su amistad el país, amistad cuya consecuencia fue comenzar para ambos una nueva primavera de actividad productora. Schiller fue quien excitó sin tregua al amigo a continuar el *Fausto* y el *Guillermo maestro*; Goethe el que estimuló a Schiller a tomar parte con él en la «Guerra de los genios», así como a componer baladas y romances. A la emulación de los dos poetas en este género debemos una larga serie de baladas y romances que constituyen los más notables y característicos tesoros de la literatura alemana. La «Guerra de los Genios» (1797) de Schiller y Goethe, contiene más de un desacierto, pero ha purificado la atmósfera literaria. En aquel tiempo los dos amigos estaban en la cúspide del cosmopolitismo. Schiller decía:

«¡Germania! ¿Donde estás que no te veo?
Donde comienza el sabio el político cesa.»

Y Goethe añadía:

¡Oh alemanes! Inútil es que esperéis
Erigiros en nación:
Tratad de ser hombres libres
Puesto que serlo podéis.

Pero los acontecimientos debían infundir ya en los dos amigos la idea de que a la larga no sería sostenible el baluarte del cosmopolitismo. La soldadesca de la república francesa, con la boca llena de fraternidad universal, hizo en las regiones del Rhin tales comentarios sobre el texto cosmopolita, que los alemanes comenzaron a pensar en una nacionalidad propia. No como ciudadanos del mundo, y sí sólo como alemanes, pudieron componer, Goethe su delicioso idilio burgués *Herman y Dorotea*, y Schiller aquel *Canto de la Campana*, en el que resonaba un acento tan germánico, así como también el *Wallenstein*, la más grandiosa de sus obras. Tanto en el *Herman* de Goethe como en el *Canto de la Campana* de Schiller revelábase la aversión que inspiraba la manera de haber puesto en práctica sus teorías la revolución francesa, y en el *Wallenstein* rebosaba el sentimiento profético de una época en que «el mundo reposaría en la punta de la espada», intentando el napoleonismo transformar la idea de una fraternidad universal en la realidad de la esclavitud cosmopolita.

En los alemanes debe producir sentimientos de muy diversa naturaleza una mirada retrospectiva sobre la cultura germánica en su más alto grado de perfección, en el momento en que el napoleonismo comenzaba su obra devastadora, pues aún reconociendo que Schiller y Goethe tenían razón al querer conducir al pueblo por la senda de la «civilización tranquila», experimentábase a menudo una impresión desagradable al reflexionar sobre la importancia que se daba a nimiedades y pequeñeces literarias en medio de circunstancias que amenazaban aniquilar al país. Como tales pequeñeces podrían considerarse en parte los esfuerzos de los dos amigos, en otro tiempo laudables y útiles, por elevar el teatro de Weimar a la altura de una verdadera institución artística, cosa que se intentaba al propio tiempo en otros puntos de Alemania. En la segunda mitad del siglo XVIII el teatro alemán se había emancipado poco a poco del tosco naturalismo; la estabilidad fue el primer paso eficaz que se dio con este objeto, dando el ejemplo la famosa compañía de Ackermann, de la cual formaba también parte Eckhof, y que se estableció en Hamburgo en 1767. En esta ciudad abrió sus puertas el primer «Teatro nacional» alemán, y poco después, en 1776, el emperador José II, que muy al contrario de Federico, se interesaba mucho por la escena alemana, dispensándola su favor, convirtió en teatro nacional el de la Corte de Viena, dando órdenes para que «en lo sucesivo sólo se representaran buenas obras originales o excelentes traducciones de otros idiomas.» Tal fue la creación del famoso teatro imperial, que a pesar de todas las vicisitudes de la época y a pesar de la increíble estupidez de la censura teatral, cual la ejercía por odio a la cultura el absolutismo de Francisco Metternich, ha conservado en todo un siglo su posición como escenario modelo del drama recitativo en los países alemanes. Además habían contribuido grandemente al fomento del teatro y al aumento del interés público la energía y actividad de Lessing como dramaturgo y dramático, el conocimiento más exacto de las obras de Shakespeare, el establecimiento de teatros nacionales en Mannheim y en Berlín, las obras dramáticas juveniles de Goethe y Schiller que electrizaban a la gente desde las tablas, sobre todo el *Götze*, los *Bandidos* e *Intriga y Amor*; y finalmente la aparición de actores de tanto mérito como eran Schroder, Iffland y Flech. No deja de ser digno de mencionarse que en la época en que el clasicismo alemán, bajo la inmediata participación de Goethe y Schiller, emprendía la creación de un teatro modelo moderno en la Alemania protestante, en la católica continuaba en plena acción la representación de los misterios de la Edad media, como por ejemplo, en la ciudad imperial, de Gmund en Suabia, donde la representación anual por Pascua del drama de la Pasión se había hecho propiedad común del

vecindario, de tal manera que apenas había en la ciudad una familia que no hubiese tenido a uno o más de sus miembros entre los actores. La tragedia de la Pasión de Cristo, dividida en veinticuatro jornadas y representada en un escenario erigido en el lado septentrional de la catedral, ocupaba las tardes y veladas de los jueves y viernes santos, asistiendo a esta «devoción» quince mil o más espectadores. La última representación tuvo lugar por Pascua de 1803.

Por lo visto había, pues, en Alemania escenarios en los que las producciones dramáticas del clasicismo podían representarse y se representaban realmente de una manera digna. La gran trilogía de Schiller, *Wallenstein*, producto supremo del arte trágico de los alemanes, fue puesta en escena por primera vez en 1799 en Weimar, y en los primeros años del siglo XIX aparecieron en rápida sucesión en las tablas *María Estuardo*, la *Doncella de Orleans* y la *Novia de Messina*. También en las piezas respira el genio de Schiller y preséntase el poeta como el más grande dramático de su país y de su tiempo, pero adviértese en ellas cierto desagradable saborcillo de inexperiencia. Se nota que Goethe y Schiller, no pudiendo concluir poéticamente una vida nacional, grandiosa y real, se afanan penosamente en la esfera del arte abstracto por crear una compensación. Con la *María Estuardo* y la *Doncella*, Schiller pasó propiamente del clasicismo al romanticismo, mientras que la *Novia de Messina* era una tentativa de realizar en el drama alemán el ideal artístico del helenismo moderno. Esta tentativa no ha salido bien, el helenismo alemán no era un experimento sano; sin duda ha creado mucho bello, pero los peligros que encerraba cuando se le tomaba en serio, los prueba la muerte de Federico Holderlin, que fue paisano y coetáneo de Schiller y será siempre uno de los más grandes líricos de la literatura alemana, pero a quien volvió loco el contraste de su helenismo con la realidad germánica. En el umbral del siglo XIX, Schiller parecía haber verificado o estar a punto de verificar su fuga de esa realidad a la región del arte abstracto, pues en aquel tiempo dirigió a un amigo los siguientes versos:

En vano en los mapas buscas
 Aquella feliz región
 Donde de la libertad
 Siempre está verde el jardín,
 Donde de la humanidad
 Florece la juventud.
 Del tumulto de la vida
 Huye, y de tu corazón
 En el callado recinto
 Busca la paz y la calma.
 La libertad sólo existe
 En el reino de los sueños
 Y la belleza florece
 Únicamente en el canto.

Pero un destino feliz ha preservado a su patria de que el gran profeta del idealismo acabara en semejante quietismo. Schiller tuvo la dicha de no vivir para ver los tiempos calamitosos del mayor abandono, humillación y vergüenza de Alemania; pero tuvo el presentimiento de aquellos tiempos, y en virtud de su vaticinio conoció de antemano en Napoleón al tirano del mundo. Y conoció asimismo que no había de buscar la salvación de su pueblo en el cosmopolitismo parodiado y falseado por la conquistadora República francesa y más aún por el bonapartismo. Entonces verificóse en él la conversión feliz de las ideas cosmopolitas en ideas nacionales y patrióticas, y del fondo de estas dio a su patria un legado precioso, el poema de *Guillermo Tell*, que ostentaba espléndidamente la idea de la patria, a la purísima luz de radiante belleza, y que desde entonces ha hecho brotar siempre esa luz en innumerables corazones alemanes. Pocas obras humanas existen en toda la historia del desarrollo de este género que posean una potencia de acción tan nueva siempre, una fuerza moral tan productora de hazañas como el *Tell* de Schiller.

Así como sus estatuas de bronce en Weimar, los dos grandes amigos están inseparablemente unidos en la historia de su país, representando los dos, cada uno a su manera, al hombre perfectamente libre, y al enteramente emancipado de todo prejuicio teológico. Goethe no quería ser más que el artista libre y como tal consideraba de su incumbencia convertir en obras de arte todo lo que el pasado y el presente poseyera en recuerdos dulces y dolorosos, en vigor y pasión, en conocimientos y aspiraciones. Schiller en cambio consideraba la belleza, o lo que para él era lo mismo, la cultura universal, como escuela de la libertad, y ascendiendo del arte al Estado, del artista al ciudadano, señaló rigurosamente los fines del porvenir. Nosotros empero miramos con gratitud a los dos, evitando la pregunta estólida de cuál ha sido más grande, y alegrándonos cordialmente de que, como dijo Goethe, «existiesen dos mozos de esta clase.» Estos dos «mozos» eran dos naturalezas elegidas, dos príncipes del imperio intelectual, nacidos en la púrpura del genio, menospreciados del populacho, aristócratas en la acepción más noble de la palabra, que no se rebajaban hasta el nivel del vulgo, sino que procuraron enaltecer al Pueblo hasta el suyo. Es instructivo ver cómo Schiller, el profeta de la libertad, ha profesado aun más resueltamente que Goethe, el sacerdote de la belleza, este aristocratismo muy justificable en todos tiempos:

«¡Majestad de la naturaleza humana!
¿Debo buscarte entre la turba?
Muy pocos te han poseído,
Pocos son los que te cuentan;
Todos los demás son ceros
En que se nota el vacío.

La literatura nacional alemana reformada por Klopstock y Weiland, Lessing y Herder, Goethe y Schiller, dio lugar a un gran estímulo para la actividad artística, excitando la sensibilidad por lo bello, de la cual estuvo en alto grado poseída la sociedad alemana durante la segunda mitad del siglo XVIII, y que se manifestó más marcadamente con la creación y propagación de la colección de tesoros artísticos en Viena, Berlín, Dresde, Dusseldorf, Cassel y Mannheim, así como con la apertura de escuelas artísticas. A decir verdad, todavía era escasa la producción propia en el campo de las artes reproductivas, la arquitectura, la pintura y la escultura, aunque los Mengs, Hackert, Tischbein, Graff, Angélica Kaufman y Chodowiecki han hecho honor y dado brillo a las artes alemanas entre nacionales y extranjeros. Pero el estudio de lo antiguo, iniciado por Winckelmann, y las consideraciones artísticas expuestas por Lessing habían de producir su efecto, y la magnífica poesía alemana debía abrir los ojos a los artistas antes que los dibujantes y pintores, Carstens, Schick y Wachter, el escultor Dannecker y el arquitecto Schinkel se hallaran en estado de fundar en Alemania un arte que rechazara la influencia francesa.

El arte escultórico alemán, con sus rápidos progresos, que comenzó en nuestro siglo, manifestando aspiraciones cada vez más marcadas por la naturalidad, pudo estudiar modelos más inmediatos a los antiguos, y sólo tuvo que echar una ojeada retrospectiva sobre el arte alemán del siglo XV para sentirse animado en su tendencia a representar la naturalidad de la vida individual. A esta tendencia obedeció muy hábilmente Schadow, de Berlín, cuyo brillante discípulo, Cristian Rauch, el inimitable escultor de lo característico, alcanzó la victoria en su larga y fecunda carrera. El monumento de Federico el Grande, erigido en Berlín, y obra de Rauch, es una de las más grandiosas creaciones del arte europeo, así como el mausoleo de la reina Luisa en Charlottenburgo uno de los más hermosos.

El discípulo de este maestro, Ernesto Rietschel, fue a su vez un maestro, al que Alemania debe algunos de sus mejores monumentos. Los de Lutero, Lessing, Goethe y Schiller demuestran todo lo que se puede hacer en cuanto a grandeza idealista y profunda naturalidad característica en la ejecución. El monumento de Lutero en Worms es sin disputa una de las más poderosas concepciones de la escultura moderna. En Rauch y Rietschel vivía el espíritu del clasicismo alemán,

y en sus obras no se ha manifestado con menos grandeza que en las de los poetas y compositores de música.

En cuanto a la música, es grato observar que el noble impulso debido a Bach y Handel no fue en decadencia. Como en el dominio de la poesía y de las artes imitativas, en el de la música la teoría avanzó atrevidamente a la par de la práctica creadora. Lo que Winckelmann y Lessing habían hecho por aquella, hicieron por esta los ingeniosos críticos y teóricos Mattheson y Marpurg. La música no tardó en alcanzar frecuentes y extraordinarios triunfos. Al esclarecimiento científico de la belleza musical siguió inmediatamente una fecundísima producción. Jorge Benda introdujo entre nosotros el melodrama, Juan Adán Hiller la ópera bufa, y José Haydn dio a sus contemporáneos sus graciosos cuartetos y sinfonías, ofreciendo a sus extáticos oídos la historia de la Creación y la sucesión de las estaciones en dos grandes cuadros musicales. Cristóbal Gluck proporcionó a la naturalidad y profundo sentido de la música alemana una brillante victoria sobre la languidez italiana, fundando con sus óperas *Ifigenia in Aulida*, *Ifigenia en la Táurida*, *Eco* y *Narciso*, un estilo de ópera alemana más noble y nacional. Tras de Haydn y Gluck vinieron Wolfgang Mozart y Luis Beethoven. no menos notables que Bach y Handel en punto a música religiosa, según demostraron, el primero con su *Requiem*, y el segundo con su *Misa solemnis*. Mozart, el bello y sencillo salzburgués, hizo brotar de la inagotable mina de su fantasía y de su sentimiento, sonatas, cuartetos, sinfonías, y creó nuestra ópera clásica. Sus obras *El rapto del Serrallo*, *Las bodas de Figaro*, *La flauta mágica*, fueron la delicia de nuestros abuelos y serán la de nuestros nietos; pero ninguna como el *Don Juan*, que con razón ha sido comparado con el *Fausto* de Goethe. En esa ópera, la dulzura, la gracia, los esmaltados colores, el sereno ambiente meridional, únense en perfecto y maravilloso conjunto con la gravedad, con la profundidad y sublimidad del espíritu germánico. Como Goethe por Schiller, Mozart fue secundado por el ardiente y tempestuoso Beethoven que compuso el *Fidelio*, y, mediante la creación de sus nuevas y grandes sinfonías, elevó a la perfección clásica aquella forma artística. Con la poesía de Schiller y la música de Beethoven coincide plenamente el presentimiento del porvenir. La música de Beethoven es respecto a la de Mozart lo que fue la reflexiva musa de Schiller con relación a las alegres canciones de Goethe. Otra comparación nos parece aún más adecuada. El que, después de haber oído una de las sinfonías de Beethoven, lee las cartas de Schiller sobre la educación estética del hombre, fácilmente reconocerá que el idealismo alemán no ha emprendido jamás tan alto y temerario vuelo como en aquellas obras.

Mientras que de esta suerte se preparaban y completaban las victorias esperadas de la civilización alemana en el reino del arte, la ciencia, compenetrada, fecundada por los principios de la filosofía de Kant, manifestaba una actividad juvenil, tan variada como fecunda en resultados. El helenismo de nuestros clásicos impulsaba a un examen fundamental y vasto de la antigüedad, y un escritor y profesor de gran talento, Federico Augusto Wolf, dio nuevas bases a aquel estudio, huyendo de la esclavitud del texto y demostrando cómo y porqué la antigüedad era y debía ser siempre un elemento de instrucción tan poderoso como imposible de sustituir. Los célebres *Prolegómenos de Homero* (1795) de Wolf abrieron a la filología y a la arqueología nuevos terrenos que cultivar, y en ello se distinguieron sus colaboradores y émulos Buttmann, Bottiger, Bockh, Hermann, Godofredo Müller, Thiersch, Lachmann Welcker y Giacobbe. En el terreno de la filología desarrollóse también la inmensa actividad científica de Guillermo de Humboldt, el cual ejerció notable influencia en nuestra literatura clásica, tanto por su amistad íntima con Schiller, como por su crítica estética; habiendo con su obra fundado la ciencia filológica comparada, de que más tarde fue ilustre profesor Francisco Bopp.

La crítica filológica y arqueológica vino también a tomar posesión de la historiografía, y en 1780 Juan de Müller publicó su *Historia de la Confederación suiza*, que fue recibida con gran interés y ejerció notable influencia, como el primer trabajo histórico artístico dado a luz en nuestra literatura. No era posible entonces advertir los errores cometidos por Müller en la investigación de las fuentes, y por otra parte el contenido del libro, conforme con el espíritu liberal de la época, hizo prescindir del estilo amanerado, imitación de Tácito y Salustio, de aquel autor frívolo, a quien

Napoleón supo convertir con una mirada, de encarnizado enemigo en entusiasta adorador. Con mayor severidad dedicóse a la crítica histórica Bartoldo Jorge Niebuhr, cuya *Historia romana* ha llegado a ser un modelo entre los sabios alemanes por la gravedad de las investigaciones, por la sagacidad de la crítica y por la dignidad del estilo. Firmemente adicto durante su vida a la moral y a las declaraciones de Kant, Federico Cristóbal Schlosser, penetró muy adelante en nuestro siglo con sus dos principales obras: la *Historia de la civilización de la Edad media* y la *Historia del siglo XVIII*. Como hombre y como escritor estaba completamente imbuido y guiado por el clasicismo.

La influencia reformadora de Kant se comunicaba al derecho alemán, como a los demás ramos de la ciencia, y en su campo imponíase también el método filosófico crítico que trataba de conciliar la experiencia y la idea, abriendo en la práctica la puerta a los fundamentos de la humanidad. En cuanto a lo primero, Gustavo Hugo se hizo notable por su *Historia del derecho romano*; en cuanto a lo segundo, Anselmo Feuerbach desplegó más que ningún otro una actividad febril.

Finalmente, divisamos también las huellas del sabio de Koenigsberg sobre el terreno de la ciencia natural alemana, que aspiraba con empeño a elevarse, y por la cual el profesor Kiemeier de Tubinga procuraba hacer fecundos los principios de Kant. De la idea, vislumbrada por aquel investigador, de que el conjunto de la naturaleza forma un organismo, tomó su origen un trabajo naturalista realizado muy honrosamente por Juan Federico Blumenbach, fundador de la ciencia de la anatomía comparada, y por Abraham Gottlob Werner, padre de la geognosia.

Nuestro clasicismo en sus diversas manifestaciones, ciencia, arte y literatura nacional, había hecho hombres libres de los alemanes cultos, pero más de una vez había hecho también hombres errantes, en los cuales el sentimiento de la patria se despertó tan sólo por la caída del cosmopolitismo en la conciencia nacional. El haber promovido y apresurado aquella caída fue obra de Schiller, quien en su *Juana de Arco* y más todavía en su *Tell*, evocó el pensamiento de la patria, fundando en él la base de toda civilización. El sentimiento profundo y delicado del gran vate habíale revelado bien pronto el cambio que debía verificarse en el modo de ser de la revolución francesa. La transformación intelectual, coincidiendo con la política de allende el Rhin, había producido entre nosotros todo el fruto que podía esperarse del desarreglo de nuestro país y de la cultura de nuestro pueblo. A aquella transformación se debía la libertad y la independencia del arte y de las investigaciones científicas, y, como consecuencia de ellas, la emancipación del hombre y la autonomía del individuo. Mientras en Francia se adoptaban medios más prácticos para su realización, la idea cosmopolita del siglo XVIII se desarrollaba teóricamente entre nosotros. El gran fracaso de la práctica francesa debía necesariamente también causar un trastorno en la teoría alemana. El jacobinismo, tirano y verdugo en el interior, y en el exterior conquistador y bandolero, había disipado el sueño florido del árbol cosmopolita de la libertad. El napoleonismo arrancó sus raíces. Los idealistas alemanes frotáronse los ojos con estupor. El evangelio cosmopolita de la libertad e igualdad ¿había sido, pues, solamente un sueño pasajero?

El despotismo napoleónico era terrible realidad: bajo su yugo abrumador los alemanes comenzaron a pensar de nuevo en la Germania. En 1797, cuando a la desgraciada paz de Basilea entre Francia y Prusia siguió la más desgraciada todavía del Austria en Campo-Formio, en virtud de la cual pasó a los franceses Maguncia, la llave del imperio, un alemán llamado José Gorres, jacobino en su juventud y capuchino en sus últimos años, había saludado aquella vergüenza con una impúdica exclamación de alegría: «¡La integridad del Imperio está destruida! ¡Viva la República francesa!» Solamente en 1804, después que la paz de Luneville dio a la Francia toda la orilla izquierda del Rhin, y cuando el emperador francés se disponía a descargar sobre Austria y Prusia los bien merecidos golpes de Ulma y Austerlitz, Jena y Tilsitt, para dominar de hecho la Alemania entera bajo el título de protector de la Confederación del Rhin, solamente entonces, con el profético sentimiento de toda aquella miseria, de toda aquella vergüenza, y tal vez también de lo que podía y debía poner fin a aquel martirio, sintió nuestro querido poeta:

«¡Cuán fuerte es el instinto de la patria!»

y exclamó suplicante en presencia de la muerte de su pueblo:

«¡Oh! Aprende a conocer cuál es tu raza,
Anuda firme los antiguos lazos,
Estréchate a la patria, tan querida,
Y afirma allí tu corazón entero,
Que ese es no más el germen de tu fuerza!»

Mas es destino de los hombres y de los pueblos que aún la corriente de ideas y sentimientos, nacida de manantial más puro, no permanezca largo tiempo en su trasparente limpidez. El instinto de la patria había comenzado apenas a revelarse entre nosotros, cuando elementos impuros vinieron a turbarlo. En el límite de ambos siglos había ya principiado el gran movimiento retrógrado que, producido por la desesperación que infundiera la desgraciada marcha de la revolución, había sido dirigido en un principio por autores franceses, como Bonald, Maistre y Chateaubriand, no tardando en tomar un carácter general. Indudablemente aquella corriente de retroceso fomentó el principio de nacionalidad, pero también vino emponzoñado por la agregación de tendencias jerárquicas y feudales: es decir, que la iniciada contra-revolucion explotó por cuenta propia el sentimiento nacional. Ella inició y mantuvo el titulado romanticismo, situación religiosa, política y estética que no era en suma sino una Edad media caprichosamente compuesta y adornada. Hacía retroceder todas las miradas, más allá aún de la reforma, y engañaba diciendo que la salvación debía buscarse lejos, muy lejos, en la santa oscuridad del pasado. Inculcaba la errónea idea del «buen tiempo viejo» y, aparte de las ventajas materiales que ofrecía, supo inducir a hombres de espíritu a que predicasen que las ideas de los protestantes libre-pensadores o revolucionarios no se avenían con un buen género de vida, y que las costumbres de los antepasados, con un poco de catolicismo y feudalismo, venían como pintadas a las damas y caballeros a la moda. Finalmente, se atrajo el concurso de los ignorantes, deslumbrándoles con la ilusoria perspectiva de una época caballerescas que no había existido nunca. La «escuela romántica» promovió en Alemania el triunfo de aquella retrogradación, empeñada temerariamente en realizar el loco pensamiento de arrojar de nuevo a la Europa en la esclavitud de la Edad media. Al efecto grande, aunque breve, de aquella marcha retrospectiva pudo contribuir la consideración de que la sociedad europea, aniquilada física y moralmente por los males del jacobinismo y del napoleonismo, se persuadiera fácilmente en semejante situación de que se habían falseado las vías abiertas por el siglo XVIII y de que por su causa se veía conducida a la ruina. En vista de esto, los propagadores del retroceso podían perfectamente convencer a las gentes de que en los buenos tiempos antiguos todo había andado mejor, y por lo tanto se podía y se debía volver a ellos.

En los comienzos del retroceso, o sea de la transición del clasicismo al romanticismo, no era fácil prever, al menos en Alemania, ni sus progresos ni su objeto final. Aquellos comienzos se relacionaban con un poeta y con un filósofo de tendencias absolutamente liberales, Juan Pablo Federico Richter, conocido bajo el sencillo nombre de Juan Pablo, de Munfiedel (1763-1825), y Juan Gottlieb Fichte (1762-1814), de Rammenau. El primero, sin duda alguna superior a todos los humoristas alemanes, extendió su vuelo a las regiones etéreas desde la Fábrica de la sátira donde comenzó su carrera, a las regiones donde el humorismo «semejante al ave del Paraíso que duerme volando sobre sus anchas alas extendidas, mece las tempestades de la vida en el venturoso sueño de su patria ideal.» Aunque por la riqueza de su fantasía Juan Pablo sobrepujó a los demás autores, la forma no le descubrió jamás sus misterios; y de ahí que sus mejores obras, sin exceptuar la principal, el *Titán*, con tanto vigor concebido y tan ingeniosamente delineado, no llegaran a producir una impresión completa. El *Titán* debía compararse con el *Fausto*, al que igualaba en cuanto a la disposición y al pensamiento dominante. El fin de la obra era la exposición histórica del desarrollo de una personalidad armónicamente perfeccionada por sus condiciones de educación y de carácter, conduciéndola desde su infancia hasta su madurez, para regir y encaminar su vida en sus

más elevadas empresas. Pero la forma no correspondió a la grandeza del asunto. Al leer el *Titán* siéntese algo semejante a lo que se sentiría en presencia de un cuadro del Correggio y otro de Teniers, cortados en pedazos, de todas figuras y dimensiones, y confusamente mezclados. Aquí un ojo que brilla, allí una linda boca que sonríe, ya la delicada mano que saluda, ya el cándido seno que rebosa; y sobresaliendo entre la abigarrada confusión, el contraído rostro de algún jugador, la amoratada nariz de algún borracho, cascotes de vasos y residuos de cocina; en fin, la incoherencia y el desorden por todas partes.

Las obras de Juan Pablo tuvieron un éxito inmenso, especialmente entre las mujeres ilustradas, que, en concepto de la cultísima berlinesa Enriqueta Herz, podría acaso atribuirse a que el gran humorista pintaba a su sexo bajo un aspecto más ideal de lo que es en realidad. El mérito de aquellas obras consistía en el valor con que reclamaban y defendían la libertad más completa del pensamiento, así como su principal defecto era convertir en ley suprema la arbitrariedad, fomentando como útil el sentimentalismo. Ciertamente es que Juan Pablo no había previsto este resultado, puesto que en sus muchos escritos mostróse indignado contra la tiranía napoleónica y, a pesar de su carácter dulce y pacífico, no dejaba de sentirse muy disgustado por la vergüenza de su patria. Pero los males del clasicismo, a los cuales contribuyó Juan Pablo, existían en germen en la índole del humorismo, tal como él lo practicaba y entendía. Este humorismo suponía el yo humano colocado en el centro del mundo, anulando todos los fenómenos por su oposición a la idea. El yo del humorista admite, por consiguiente, una sola ley, el capricho soberano, en el cual, como en un espejo cóncavo, se refleja el mundo aparente convertido en caricatura.

Semejante esta doctrina a la filosofía de Fichte, era bajo su forma primitiva y más especial (*Doctrina de la ciencia*, 1794) la continuación exacta de la filosofía de Kant. Fichte juzgaba absoluto el idealismo crítico, pretendiendo con perfecta lógica que el origen y formación del mundo están basados en un principio fundamental, que para el filósofo era el yo, el ser humano, el centro de la creación. En su incondicional soberanía el yo se localizaba por sí mismo, y el mundo no era más que la objetividad finita de aquel yo infinito. No hay que admirarse, pues, si aquel pobre yo, tan felizmente llegado a la cima más alta de la soberanía de la razón, comenzaba a sentir los efectos del vértigo. A tal altura, más que en parte alguna, pesaba sobre el hombre la idea de su semejanza con el Criador; así es que pronto empezó a descender de ella poco a poco. En otros términos: la libertad absoluta del yo humano, que Fichte pretendía haber probado teóricamente, no era sostenible en la práctica, siendo preciso admitir, a imitación de Kant, como una exigencia de la razón práctica, aquel Dios mismo destituido por la razón pura. La *Doctrina de la ciencia* de Fichte se convirtió, tras de varias transformaciones, en la *Guía para la vida feliz* (1806), en cuya obra recobra Dios el lugar del yo y el mundo el del no-yo; de este modo la revolución del pensamiento filosófico se apaciguó con la vuelta del cristianismo. Sea como fuere, Fichte, a pesar de su sistema filosófico, ha conquistado un lugar honrosísimo en la historia patria, tanto por su arrojo en defender la libertad de hablar y de sentir, cuanto por sus luchas en pro de la armonía de la ciencia libre con el Estado libre.

Patriota prudente y valeroso, su obra más laudable fueron las conferencias dadas, durante el invierno de 1807 a 1808 en la Academia de Berlín, bajo el título de *Discursos a la nación alemana*, a la nación que se había envilecido ante sí y ante las demás de un modo inaudito. Precisamente por entonces hallábanse cierto día Guillermo de Humboldt y Juan Müller presenciando las maniobras que, al mando de un cabo, hacían varios soldados en el jardín zoológico. La tropa ejercitábase con precisión, y no sabiendo aquellos si se componía de soldados alemanes, o bien de franceses que a la sazón tenían ocupada la capital de Prusia, Humboldt preguntó a un transeúnte a qué nación pertenecían. Entonces éste, encogiéndose de hombros con sin igual desprecio, respondió en francés: «Ce sont des allemands; vous voyez bien qu'on les bat!» Y efectivamente, el envilecimiento de los alemanes llegaba a tal extremo, que se creían destinados exclusivamente a ser vencidos, hollados y escarnecidos. Sobre la Alemania, convertida en revuelta chusma, pesaban con abrumadora gravedad, al Mediodía las iniquidades de la alianza del Rhin, al Norte los preliminares de la paz de Tilsitt. Fichte, el valeroso pensador acomete la empresa de levantar los espíritus abatidos, de

infundir la esperanza a aquellos corazones avasallados y mostrar la senda del porvenir a un pueblo rezagado en medio del progreso del siglo por culpa de sus gobernantes, y derrotado en consecuencia vergonzosamente. El pasado ha muerto, desembaracémonos de él a toda prisa; la Edad moderna ha surgido, vive, pero hay necesidad de educarla. ¿Cómo? Con la transformación más radical en nuestro modo de sentir, con una renovación completa en la actitud de todas las clases populares. Y ¿cómo realizar esta transformación, esta renovación? Mediante una profunda y vasta educación nacional y energía moral para obtenerla. Tal fue la idea fundamental que Fichte desarrolló elocuentemente en sus famosas conferencias. Sus palabras dirigidas a la nación entera, fueron atendidas por la parte más selecta de ella. Sin que el redoble de los tambores franceses, que resonaba en las calles de Berlín, bastara a extravíar o distraerle de su propósito, el elocuente orador indicaba al pueblo prusiano, al alemán, lo que debía hacer para arrojar al soberbio invasor de Alemania.

Sobre la doctrina del yo absoluto, de Fichte, y la soberanía del humorismo, de Juan Pablo, la escuela romántica fundó su dogma de la Ironía, según el cual el hombre, esto es, el hombre de talento, el hombre ideal y normal, el poeta, el artista, en una palabra «el genio» está autorizado a hacer irónica burla del mundo objetivo. El verdadero romántico alcanzaba la cumbre de semejante genialidad y exclusivismo cuando lograba llevar a la perfección «el divino arte de la pereza.» La doctrina romántica que había llevado a feliz término la conversión del imperativo categórico de la despreocupación, tuvo su complemento en la filosofía natural de Schelling.

Federico Guillermo José Schelling (1775-1854), de Leonberg, fundó en el primer período de su filosofía sobre la conversión de la tesis de Fichte, relativa a la construcción del mundo mediante el yo creador, una teoría, en virtud de la cual lo ideal emanaba de lo real, la naturaleza se espiritualizaba en el pensamiento, y por lo tanto la naturaleza era el espíritu visible, el espíritu la naturaleza invisible. Esta identidad, esta unión del espíritu y de la materia, de lo real y de lo ideal, del entendimiento y del ser, es lo absoluto que se manifiesta en la vida universal de la naturaleza como un principio constitutivo de popularidad, según una ley general y mediante la lucha de fuerzas opuestas; pero este principio vuelve a reconocerse en sí mismo, en la conciencia subjetiva del hombre, donde todas las materias de la existencia natural son otros tantos vástagos por los cuales el espíritu va elevándose a la ciencia y a la libertad. Bajo este punto de vista el universo sería una unidad orgánica animada por la razón absoluta. Schelling pasó el segundo período entre esfuerzos y tentativas de escaso resultado por restablecer sistemáticamente este panteísmo, valiéndose de ideas combinadas hábilmente y tomadas de los filósofos griegos, de Bruno, Spinoza, Bohm y Leibnitz. En su tercero y último período, Schelling intentó fantásticamente crear a su Dios universal o universo divino una mitología, que por carecer su autor de fuerza creadora, vino a confundirse con la mitología cristiana; de suerte que, en la necesidad de mitos y misterios, abrazó los del cristianismo. En conclusión, la filosofía de Schelling renunció al fin en absoluto al principio de la razón.

La conversión del protestantismo al catolicismo se consumó en Federico de Hardenberg, llamado Novalis, en el cual la escuela romántica veneró a su vate y profeta. Novalis era hombre de talento y de corazón; y conmueven las luchas que sostuvo para hallar una forma en que sin detrimento de la libertad, pudieran conciliarse el arte, la ciencia y la religión. Agotadas sus fuerzas, creyó al fin haber encontrado lo que buscaba en un catolicismo arreglado o rectificado, al que lo atrajo la poesía del culto de la Madre de Dios.

«A ti, María, se alzan
Los corazones;
A ti sola te invocan
En sus dolores.

Aspiran a la dicha
Sin llanto amargo:
Estréchalos al tuyo,
Ser puro y santo.»

Así cantaba él, y sus *Cantos espirituales* celebraban doquiera con entusiasmo y sentimiento incomparables la fusión en el catolicismo del misticismo y sensualismo. Como es natural, Novalis rechaza la reforma y la despreocupación, ensalza a los jesuitas, huye de la «luz procaz» del día, y en sus *Himnos a la noche* que bajo el punto de vista poético eran indudablemente el fruto más notable del romanticismo, pondera la oscuridad «santa, misteriosa, elocuente.» Ni como pensador ni como poeta, tuvo nunca Novalis ni paciencia ni capacidad para crear obras extremas: en esto estribaba el mal y la desgracia del romanticismo, cuyas mejores producciones, el *Enrique de Osterdirigen* de Hardenberg, la *Guerra de las Cevenas* de Tieck, el *Guarda de la Corona* de Arnim, y los *Romances del Rosario* de Brentano, no dejaron de ser muy incompletas.

La envidia nacida de su impotencia era la causa de la mordacidad de los románticos contra Schiller; pobres enanos, insultaban a un gigante, que pasaba a su lado con desprecio y sólo de vez en cuando les dirigía apenas algún epíteto punzante. Los más encarnizados contra Schiller cuyas facultades creadoras y energía moral servían de grave escándalo para los románticos, eran los hermanos Angosto Guillermo, y Federico Schlegel; éste, rutinario profesor del romanticismo cuyo programa arregló hábilmente de trozos de Fichte, Juan Pablo, Schelling y Novalis; aquél predicador ambulante y comisionista literario de la nueva escuela. Las lucubraciones poéticas de ambos no son sino impertinencias frías, forzadas, arregladas con sujeción a las prescripciones del romanticismo y a duras penas concebidas y ejecutadas. No obstante los dos hermanos tuvieron un mérito innegable como reformadores de la idea, expuesta por Goethe y Herder, de una literatura universal y fundadores de la literatura histórica alemana. Ellos fueron los primeros en dar a conocer a sus compatriotas la poesía y la ciencia del antiguo Oriente. Augusto Guillermo abrió nuevos horizontes al arte de la traducción, y él mismo, como traductor artístico de primer orden, dio a su patria un nuevo Shakspeare y la puso en relación con Dante, Calderón y Camoens. No quiso someterse a la moda que obligaba a profesar el catolicismo, como lo hizo su hermano Federico, el cual, a imitación de los románticos Adan Müller y Federico Gentz, se convirtió para poder vender su pluma a Metternich y abrirse entrada en la cancillería de Viena.

Estos y otros convertidos posteriores han acarreado graves males a la patria como jefes del partido retrógrado eclesiástico y político, como escritores y oradores del absolutismo y el ultramontanismo. Sistemáticamente, si bien con falta de talento, el convertido Haller de Berna ha marcado el camino a los fanáticos del retroceso romántico en su obra *Restauración de la ciencia* (1816). Más ingenioso el venal Federico Gentz, supo cubrir con falsas y brillantes palabras los actos y tendencias de la reacción, siendo el tipo, imitado pero no igualado, de los escritores venales. La moda del catolicismo reinó a veces también entre los artistas alemanes: corrían en tropel a Roma, esperando pintar con facilidad madonas como las de Rafael o esculpir en breve profetas como los de Miguel Ángel, tan pronto como sus frentes sin cerebro recibiesen el crisma de la confirmación romana. Una de las más portentosas conversiones fue la del archiromántico poeta Zacarías Werner a quien convenía perfectamente el epigrama dirigido a él, pero aplicable a muchos otros convertidos de entonces:

«Numerosas en el día
Las trasformaciones son;
Antes la disolución,
Después la beatería.»

De libertino crapuloso de la peor especie se trasformó en austero predicador, y sus místicas aberraciones divirtieron no poco a sus camaradas de ambos sexos en el Congreso de Viena.

No faltaron al romanticismo partidarios de talento que agregaron al tesoro de la literatura nacional más de una joya, bien que engastada en forma más o menos extravagante. Tales fueron Achim de Arnim y Clemente Brentano, cuyas obras se inspiraban al principio en el prudente propósito de recurrir a las fuentes populares, a los orígenes de la literatura nacional. Juntos publicaron *El cuerno mágico* (1808), famosa colección de canciones populares, las cuales, aunque

corregidas arbitrariamente al estilo romántico, contribuyeron a refrescar y dar nuevo vigor a nuestra lírica. Por lo demás, las producciones de ambos, más que obras acabadas, eran atrevidas tentativas, que a menudo degeneraban en arreglos informes, insulsos y ridículos. Los prohombres del romanticismo aclamaron como su primer poeta a Ludovico Tieck (1773-1853) de Berlín.

Este era, como anunciaban a son de trompeta, el que debía dejar largo espacio atrás a Schiller y enseñar a Goethe lo que es la verdadera poesía. Y en efecto, tras de retumbantes gemidos, la montaña romántica parió un ratón, o mejor dicho, varios ratones. Tales fueron las comedias político-literarias de Tieck, trabajo hecho antes ya mucho mejor por Goethe y Schiller en sus *Genios*; y las leyendas épico-lírico-dramáticas de *Genoveva* y del *Emperador Octaviano*, verdadera algarabía de todas las formas y motivos posibles y estúpida colección de patrañas románticas. En la actualidad todo esto yace relegado al olvido. Pero que la *Genoveva*, aquella divinización de la Edad media, sin disposición ni unidad, compuesta de abigarrados trozos, fuese colocada por los necios románticos al nivel y aún por encima del *Fausto* de Goethe, cosa es que hace sentir dolorosamente la audacia de partido y la opinión del vulgo sobre cuanto hay de verdaderamente grande y bello; tanto más, cuanto que precisamente en aquella época daba Schiller a la nación sus obras maestras, y Kotzebue, conocido autor de farsas grotescas, gozaba de una inmensa popularidad.

Aparte de esto, Tieck se mostró verdaderamente poeta en su *Fábula* sobre el *Fantasio*, en donde tan maravillosamente campea el celebrado encanto romántico de la *Soledad Silvestre*; y como prosista de gran mérito, supo unir en sus numerosas novelas la fina ironía y el discreto humorismo. ¡Lástima que se pusiera al servicio del romanticismo! Su talento se perdió para la nación, habiendo conseguido tan sólo halagar el gusto literario de unos pocos.

El espíritu patriótico en que rebosaba el romanticismo, fue su parte más consoladora y fecunda. Mediante ese espíritu uniéndose íntimamente, bien o mal de su grado, a la transformación del cosmopolitismo, verificada en el *Tell* de Schiller. La patria subyugada, vilipendiada y devastada, arranca del alma más noble del romanticismo, del alma de Enrique de Kleist (nacido en 1776 en Francfort) un grito doloroso y desgarrador, al escribir en 1808 aquel drama de *La Batalla de Hermann*, no representado ni impreso, en cuya primera página estampa el autor la triste sentencia;

«¡Ay, patria mía! El plectro que debiera
Cantar tu gloria, quebrantado yace.»

Kleist que, en *Catalina de Heilbronn*, pagó su tributo a la epidemia del romanticismo, enriqueció nuestra literatura con su hermosa comedia *El cántaro roto*, con el drama histórico *El príncipe de Homburgo*, y con el bellissimo cuento *Kohlhaas*. El curso y fin de su vida hacen de él una de las figuras características de la época más turbulenta de nuestra historia. Sus relaciones con Enriqueta Vogel, amiga, no amante del poeta, descubren a la vista un abismo de desventuras. Ella era mujer de otro, pero, aún sin esta circunstancia, no hubiera podido arrojar del alma del poeta el demonio de la desesperación que se había apoderado de ella bajo la presión del extranjero yugo. El resultado fue una catástrofe, más horrible aún que la de Werther. En un momento fatal Kleist había prometido a su amiga enferma darle muerte si ella no podía soportar más el peso de la vida, y cumplió su palabra. El día 21 de noviembre de 1811, a la orilla del lago de Wan, junto a Postdam, el poeta mató primero a Enriqueta y luego a sí mismo.

El patriótico acento de Kleist resonó con poderosas vibraciones durante la época de mayor abyección de Alemania y de su alzamiento contra el napoleonismo. Entonces comenzó la era de nuestro envilecimiento, cuando en 12 de julio de 1806, establecida la prefectura napoleónica en el suelo alemán, la Confederación del Rhin resolvió anunciar el 1 de agosto en Ratisbona, a los prefectos napoleónicos y príncipes confederados, su salida «para siempre» del imperio alemán; cuando, cinco días después, el emperador Francisco depuso la corona del «sacro imperio romano de la nación alemana», cuyo pobre imperio cesó de existir hasta de nombre. El tirano del Universo señaló aquel período de envilecimiento con el asesinato jurídico ordenado por él, del librero de Nuremberg Juan Felipe Palm. La ruina del imperio alemán había inspirado una tímida protesta, más

semejante a un suspiro que a un grito de dolor, un opúsculo titulado *La Alemania en su más profundo envilecimiento*. No siendo conocido el autor, Palm fue preso como impresor y expendedor del folleto: sometiéndose a una parodia de proceso ante un consejo militar, y el 26 de agosto de 1806 fue fusilado en Braunau aquel modesto pero acérrimo mártir de la patria. Para comprender el ardiente furor de los patriotas alemanes y su horror por todo lo que sonaba a «güelfo», por todo lo que «crapuleaba en el pecaminoso pantano güelfo, o se mecía en las nieblas del cosmopolitismo», conviene saber cómo los franceses gobernaron la Alemania, recordar que en Tilsitt el vencedor impuso la enorme contribución de guerra de 1.020.299.494 francos a la Prusia empobrecida, devastada, saqueada y despojada de la mitad de su territorio. Las palabras transcritas son de Federico Luis Jahn, uno de los principales motores de la reacción.

A la memoria de Schiller, de Fichte, de Federico Carlos de Stein, realzábanse los ánimos, aprendiendo a deponer su desesperación y sustituirla por las obras. Stein (piedra), del cual se dijo y escribió:

«Esta es la piedra alemana
Sin doblez ni falsedad.
El que con la piedra choque
No puede ser alemán.»

fue el primer estadista alemán que había visto nuestra nación en largo tiempo. Aristócrata sin jactancia, no rechazó la idea de que nueva época exige nuevos medios, y en este sentido pensó y obró durante el breve período de su ministerio reformador en Prusia, sin que bastaran a espantarlo los grandes principios de 1789. Estos, despojados de la falsedad, del terrorismo y del bonapartismo, fueron aplicados por Stein y sus correligionarios a la época actual, de modo que, en oposición a la centralización francesa y a la omnipotencia del gobierno, el gran principio de la libertad y de la autonomía municipal debía ser en la práctica el fundamento de un Estado libre. De tal espíritu partieron todas las leyes de la reforma de Stein y Hardenberg, que levantaron a la Prusia de su petrificación burocrática, despertándola a nueva vida. Los principales hechos de aquella reforma político-social, con la cual sobrevino la militar iniciada por Scharnhorst, Gneisenau, Grolmann y Boyen, fueron, como todo el mundo sabe, el memorable edicto sobre la «Posesión facilitada y el libre uso de la propiedad territorial», del 9 de octubre de 1807, y el «Reglamento municipal» de 19 de noviembre de 1808. Pero Stein no sólo era ministro de Prusia sino un estadista nacional, cuyo pensamiento, traspasando la Prusia, se fijaba sobre la Alemania, para «implantar en la nación un espíritu moral, religioso y patriótico, para infundirle de nuevo el valor, la confianza en sí misma, la abnegación en pro de la independencia, de la prosperidad y del honor de la patria, y para intentar con aquella nación regenerada y educada virilmente la conquista de los más preciosos beneficios.»

Estrechamente ligado al nombre de Stein, hállase también el de su compañero de destierro en Rusia, el nombre de Ernesto Mauricio Arndt, quien con su *Espíritu del tiempo* (1807) inauguró un periodismo nacional en grande escala, continuado por Jahn con su *Pueblo alemán* (1810), y por Gorres con su *Mercurio del Rhin* (1813), en el cual llegó a mostrar un ardor y una fuerza de elocuencia política desconocida en Alemania y en Europa entera; pues como afirmaba asombrado Gentz, de criterio no dudoso por cierto, jamás se había escrito de un modo «más sublime, más terrible, más diabólico» que por aquellos renanos convertidos del jacobinismo francés al patriotismo alemán. No fueron vanos los esfuerzos de aquellos patriotas, tanto escritores u oradores como hombres de acción. Hombres y mujeres profundamente patriotas uníanse doquiera en obras y palabras. Esto sucedía menos en la «Alianza de la virtud» muy conocida y apreciada en más de su valor, que en la indicada por Gneisenau, cuando escribía: «Mi alianza no es más que el común sentimiento de los hombres que no quieren someterse al extranjero», o que en aquella a que aludía Juan Pablo invitando al pueblo alemán «a hacer penitencia el día del aniversario de la batalla de Jena para inflamar su ánimo en el dolor» y exhortando a toda la nación a «levantarse en medio del luto para curar sus heridas y aprestarse a nuevas luchas.»

El año 1809, con la gloriosa batalla de Aspern, con la temeraria y desgraciada sublevación de Schiller y del duque de Brunswick, con el heroico alzamiento de los campesinos tirolese, fue un crepúsculo para la Alemania, pero sólo un crepúsculo, toda vez que la emancipación del yugo francés estaba lejana y debía retardarse aún muchos años. No obstante la lucha por la independencia emprendida por los tirolese al mando de Andrés Hofer, aquel héroe labrador y labrador héroe, único en la historia del mundo, demostró para consuelo de la humanidad atormentada, de cuánto es capaz un pequeño pueblo sostenido por la idea de la patria y resuelto a todo. El alzamiento de los tirolese merece página especial en la historia de Alemania, porque a lo heroico y a lo trágico supo asociar numerosos rasgos de una jovialidad alegre.

Lo que el patriótico romanticismo alemán había sembrado en forma de sentimientos y de ideas, se manifestó en forma de hechos en el memorable año de la regeneración, en 1813. Entonces, y hasta 1815, la Prusia conquistó honradamente (y sólo la ignorancia o la mala fe pueden negarlo) el derecho de hegemonía en Alemania. No sólo hizo más que todas las demás potencias para libertar a Alemania del yugo napoleónico, sino que superó de mucho a Austria, Rusia e Inglaterra en los trabajos y sacrificios necesarios para abatir el napoleonismo: sin Gebhard Lebrecht Blücher, denominado: «Adelante!» no habría habido ni Leipzig ni Waterloo. Los heraldos de la guerra de la Independencia fueron muchos. Ernesto Mauricio Arndt y Maximiliano de Schenkendorf lanzaron en medio del militar estruendo sus patrióticos cantos llenos de fuego y sentimiento. Pero todas las miradas se volvían hacia un poeta, hacia Teodoro Korner, hijo del amigo más íntimo de Schiller, todas las miradas y sobre todas las de la juventud y las mujeres, que en Alemania, y especialmente en Berlín, manifestaban entonces la elevación de sentimientos que les inspiraran Schiller y Juan Pablo. Korner era en verdad el ideal personificado de una juventud modelada a imitación de Tell. Poeta y héroe a la vez, practicó su lírica ardiente y belicosa, y derramó su sangre el 26 de agosto de 1813, sobre el campo de batalla de Gadebusch, por la causa que había sabido hacer defender a sus compañeros y a la nación. La encina de Wobbelin, a cuyo pie fue sepultado el heroico joven al son de su canto marcial *La violenta caza de Lutzow*, no dejaré de ser jamás para los alemanes objeto de gran veneración.

En medio de los preparativos, necesidades y esperanzas de la época de la independencia, aparecieron dos nuevos poetas, que más tarde se apartaron mucho uno de otro: tales fueron Federico Rückert (1788-1866) de Schweinfurt, y Luis Uhland (1787-1862) de Tubinga. Los sonetos «albardados» de Rückert y muchas de sus poesías «de la época» figuran entre lo más selecto que produjera entonces y más tarde la llamada lírica política. Pero la importancia del poeta en su universalidad lírica, es subjetiva y objetiva. Si, gracias a su universal sensibilidad literaria, Rückert podía descubrirnos los tesoros de la poesía oriental, en cambio supo revelarnos también los espléndidos manantiales donde se enriquece un poeta alemán que sabe trasladar a sus cantos sus emociones todas, así sus penas como sus alegrías, todo, en fin, cuanto la vida enseña, cuanto ofrece y encierra, cuanto da y quita. Rückert no era de los que creen que el canto, por ser lírico, deba carecer de la profundidad de pensamientos. Su poesía no es el hueco sonido de un esquilón, sino la metálica y sonora vibración de una campana. Es el Bramino (brahmán) alemán, no sólo por su admirable poesía didáctica. *La sabiduría de los Braminos*, sino porque supo engarzar las gemas de la fecunda ciencia germánica en una fantasía tan múltiple e inagotable como sólo se halla en el Oriente. Podría decirse que fue el último de nuestros clásicos, si Francisco Grillparzer (1791-1871) de Viena, no pretendiese y mereciese tal honor. Grillparzer ha expiado con creces el pecado de su juventud *La nona*, con la *Saffo*, la *Medea*, la *Ester* y la *Hero*, cuatro joyas dignas de figurar en el tesoro de nuestra literatura inmediatamente después de los magistrales dramas de Lessing, Goethe y Schiller.

Después de Gualtero de Vogelmeide, aquel poeta fue sin duda alguna el más grande que dio a la patria el Austria alemana: razón tuvieron los vieneses al celebrar su entierro con una pompa verdaderamente regia. Tampoco debe olvidarse en estas páginas al clásico de nuestra poesía recitativa, Juan Pedro Hebel (1760-1826), que en sus *Poesías alemanas*, llenas de gracia, candor y

naturalidad, «fabricaba el mundo del más gracioso modo», según la expresión de Goethe. Nótese finalmente que las obras del clasicismo, juntamente con las de Rückert, se custodiaron y conservaron en su espíritu y en su forma hasta la mitad del presente siglo, tanto por medio del poeta Leopoldo Schefer, que en el verde y solitario parque de Muskau, componía, mientras oraba, aquel suave *Breviario profano*, superior a todos los judaicos, cristianos y musulmanes, como por la cooperación del lírico Eduardo Mórke, que acertó a reproducir el estilo de las canciones de Goethe, asociándole hábilmente la más cordial malicia. El tono romántico fue adoptado con éxito por José de Eichendorff, sectario de aquella escuela, que realizó como lírico lo que sus predecesores habían intentado solamente.

Adalberto de Chamisso, maestro en el arte de escribir novelas en verso y modelo de un lenguaje alemán afrancesado, mantúvose indeciso entre el fondo del clasicismo y del romanticismo. En sus cantos Uhland ha llegado como poeta a la cúspide del romanticismo, y prescribiendo excelentes reglas a fuer de erudito, consiguió cambiar el inmoderado afán de investigar y poner de manifiesto las antigüedades de la patria. Deseando aplicar a la eficacia de la literatura nacional el poético fruto de la vocación y disposiciones románticas, tomó los asuntos de la Edad media con la clara y tranquila voluntad de un artista sensato que no pretende más de lo posible. Lejos de someterse a la Edad media, la sometió él artísticamente, portándose frente a los problemas de la época romántica como Goethe en presencia del período del humorismo: de esta suerte pudo consagrar a los esfuerzos de la nueva época, que tendía a realizar la idea del derecho político, aquel vigoroso interés que lo colocaba entre los amigos de la patria, a él que siempre fue alemán sin exagerados alardes. Así como, después de los amargos desengaños que siguieron a la guerra de la independencia, llamó sin temor a la puerta de los príncipes reclamando en sus cantos el cumplimiento de las más solemnes promesas, de igual modo y con igual firmeza sostuvo la bandera nacional en el grande y borrascoso año 48 al 49, que tantas luchas y tan mezquinos frutos produjo. La nación mostróse agradecida, y es digna de alabanza por haber abierto su corazón a las canciones y baladas de Uhland y realzado su mérito al conservar en su memoria sus cantos largo tiempo después de haberse olvidado en las librerías las producciones del romanticismo. Con harta frecuencia el olvido es el destino de obras laudables de otro género.

El romántico Carlos Immermann, por ejemplo, hubiera debido vivir largo tiempo en la memoria de los alemanes, por sus bellas composiciones, por su rubia Isabel, por su trágica trilogía de Alessio y por la encantadora poesía de *Tristán e Isolda*. Por lo demás, las huellas del romanticismo diéronse a conocer trascurrida la mitad del siglo XIX: así, se observan en las tragedias, tan impregnadas de byronismo, de Cristiano Grabbe y en las melodías líricas de Manuel Geibel.

Lo que nuestro clasicismo había hecho por el estudio y la enseñanza de la poesía antigua, hízolo el romanticismo por ilustrar el arte nacional. Consideradas juntamente la forma y tendencias del romanticismo, no son más que una tentativa de resucitar la Edad media en la poesía y en el arte, en la Iglesia y en el Estado: era natural que provocaran el estudio de los sabios sobre épocas anteriores. Comenzóse, pues, por buscar los orígenes de la existencia de la Edad media, y ¿dónde mejor podían encontrarse que en las producciones de nuestra antigua literatura? Sondeóse bajo el polvo de los siglos, pero las obras de los antepasados parecían cosa tan extraña a sus descendientes, que era imposible la inteligencia y apreciación de ellas basadas sólo en la investigación científica. Tal fue el propósito que con verdadero valor y talento persiguió Jacobo Grimm (1785-1863) de Hanau, investigando tradición, religión, lengua y poesía. Secundado eficazmente por su hermano Guillermo y otros eruditos como Uhland, publicó una serie de obras fundamentales, como la *Gramática alemana* (1818), el *Derecho antiguo alemán* (1828), la *Mitología alemana* (1843), la *Historia de la lengua* (1849), y el *Diccionario alemán* (1852). Semejantes trabajos gigantescos, ciclópeos, son una prueba irrefutable de lo que puede la investigación, animada del más vivo patriotismo, a la vez que del gran defecto de los sabios alemanes que no poseen el conocimiento de la forma. Gracias a la actividad desplegada por los hermanos Grimm en coleccionar fábulas y

leyendas (*Fábulas* 1812. *Leyendas alemanas* 1816), las memorias del pasado cobraron nueva vida, contribuyendo mucho a difundir felizmente el sentimiento nacional.

Entre sus sucesores, Carlos Simrock, dotado de tan relevantes condiciones poéticas, cooperó en gran manera a la propagación del conocimiento de la antigüedad. La renovación del espíritu y del estilo nacional en las artes reproductivas, promovida por los románticos, no se hizo sin grandes esfuerzos, porque la romántica «Aspiración a la patria», o sea a la católica Edad media, púsose de moda entre los artistas alemanes, dando origen a aquella escuela absorta en la contemplación religiosa de la Edad media, que suele llamarse «nazarena» y cuyo maestro fue el convertido Federico Overbeck (1789) de Lubeck. En pintura los nazarenos no permitían que se avanzase más acá de los siglos XIV y XV ni en el asunto, ni en la forma, ni en el colorido. En arquitectura no había salvación posible fuera del más exclusivo estilo gótico. En realidad aquel exclusivismo hizo algo bueno, inspirando respeto a las obras del arte antiguo. Así cesaron el desprecio y los malos tratamientos a que estaban expuestas las creaciones artísticas de la Edad media, dando lugar a un respeto inteligente, origen de la tendencia a la restauración y al perfeccionamiento, cuyos frutos admiramos en las catedrales de Spira, Ulma y Colonia.

Con un criterio más libre que el de los nazarenos, Pedro Cornelius (1783) de Dusseldorf, puso en práctica las impresiones y la influencia del romanticismo, conciliándolas con las del clasicismo. Desde sus primeros trabajos, desde los dibujos, del mejor estilo germánico, destinados a los Niebelungos y al Fausto, hasta los frescos del Campo Santo de Berlín, Cornelius se ha mostrado en todo como un investigador que intentó y supo separar el idealismo germánico-cristiano de su carácter de recogimiento, prestándole la belleza de la forma griega y una rara grandeza de estilo, si bien el misterio del colorido le era y siguió siéndole desconocido. Una de sus obras más célebres, *El Juicio Universal*, en la iglesia de Ludovico en Múnich, dio margen a fundados reproches, y no sólo a causa de los colores, pues hay lugar a reflexionar si el gran pensamiento del juicio universal alcanzó allí una realización digna de la cultura del siglo XIX. Una sentencia harta conocida de Schiller: «La historia del mundo es el juicio universal», responde a aquella pregunta, y responde negativamente.

El romanticismo alemán tuvo su expresión artística más pura, más rica, más exuberante, en la música de Carlos María de Weber (1786-1826), de Eutin, cuyas melodiosísimas partituras del *Francotirador*, de la *Preciosa* y de *Oberon* han llegado a ser preciada propiedad de nuestro pueblo.

Para terminar este capítulo, debemos todavía hacer mención de dos mujeres ligadas por la amistad y por el parentesco con nuestros clásicos y románticos, y que con la pluma y con la palabra influyeron notablemente en la sociedad y en la literatura, adquiriendo grande autoridad e importancia; eran Raquel Levin (1771-1833) y Bettina Brentano (1785-1859), casadas, la primera con Barhnagen de Ense; la segunda, hermana de Clemente Brentano, con Achim de Ainim. Hase dicho que Raquel era la «profetisa de los clásicos», y Bettina la «Sibila de los románticos.» Raquel no se dio a conocer como escritora, contentándose, como artista que era, con demostrar a los alemanes la conveniencia de tener lo que los franceses llaman un «salón literario», y de influir en el ánimo de amigos y amigas, mediante una continua correspondencia epistolar. Bettina, fabulista que trataba la verdad con sobrada ligereza, lo demostró así en sus *Cartas de Goethe a un niño* y otros escritos semejantes. Raquel, con sus opiniones y sus juicios, ha revelado grande amor a la verdad y a la justicia: llamábanla «el coro personal en el gran drama de su tiempo.» Bettina era una criatura fantástica, mitad duende, mitad demonio. Pero, andando el tiempo, sus largos pasos, las cabriolas que no le sentaban mal en su juventud, fueron la irrisión general en su vejez. Los alemanes son demasiado graves para animarse por sí mismos al «Culto del genio», pero una vez recibido el estímulo, llevan su admiración hasta el extremo, aunque el caso no sea para tanto. El culto por Raquel y Bettina duró en Alemania cierto tiempo; después pasó. Actualmente se reconoce en ambas cierta importancia histórica en punto a la educación; pero nadie cree ya que los oráculos dictados por ellas proviniesen de sensibilidad ejercitada, y que el excesivo vigor de su espíritu las condujese

hasta la locura. Así Bettina exclamaba: «Muchas veces pienso que me he poner al frente de los pueblos con la bandera desplegada», o escribía Raquel: «Tengo la poderosa virtud de doblarme, sin torcerme. Soy única en el mundo como el fenómeno más sorprendente. El artista más grande, filósofo o poeta, no es en el día superior a mí. Somos de la misma materia, del mismo grado y nos pertenecemos.»

Más grata y más benéfica que el fenómeno de aquellas dos «emancipadas», era ciertamente la admiración suscitada por la índole delicada, virginal, pura y sencillamente alemana de la última de las «románticas», que fue largo tiempo la primera poetisa alemana, de Ana de Droste Hülshof (1797-1848), de Westfalia, que con sus poesías (1844) cerró muy dignamente la época del romanticismo. En ellas se encuentra todo lo que aquella escuela podía inspirar de más grande, puro y saludable, expresado con la mayor verdad en un lenguaje lleno de fuego y energía.

V.

IDEALISMO Y MATERIALISMO

Un poeta del tiempo de la guerra de independencia expresó, al fin de la gran lucha, sus temores patrióticos del modo siguiente: «¡Oh Alemania, a qué sublime, a qué gigantesca altura podrías elevarte, llena de fuerza y vigor, si te fuese dado reunir a tus miembros esparcidos aquella cabeza guerrera de que te privaron durante tu sueño; o si, por lo menos, esos miembros diseminados, que pretenden ser cuerpos independientes, supieran formar un solo cuerpo.» Este temor de que durarían en Alemania los muchos Estados pequeños, se justificó de la manera más triste, viéndose miserablemente frustradas las esperanzas que los alemanes habían cifrado en emanciparse del napoleonismo. La célebre proclama de Kalisch (mayo de 1813), que había anunciado la disolución de la Confederación germánica y prometido la restauración de Alemania con una constitución que «saliendo del genio propio del pueblo alemán, haría aparecer a la nación más regenerada, fuerte y unida entre los pueblos de Europa», resultó ser una mentira brillante.

Las plumas de los diplomáticos volvieron a echar a perder lo que las espadas alemanas habían ganado en tantos campos de batalla, situados desde el Katzbach hasta el Sena, inundados de la mejor sangre alemana. Y no solamente lo hicieron los diplomáticos extranjeros, sino también los del país. Prusia, que para destruir el yugo francés había hecho los mayores sacrificios y los mayores esfuerzos, se vio engañada y abandonada por sus «altos aliados.» La corte de Viena se alió con Inglaterra y con la Francia vencida para hacer fracasar las justas exigencias de Prusia y Alemania. En el congreso de Viena, donde, para burlarse de los sufrimientos inmensos por que habían pasado los pueblos hacía veinticinco años, los «privilegiados» y su repugnante partido se entregaron a toda clase de extravagancias, uno de los más acérrimos enemigos de Alemania, el embajador de los Borbones, Talleyrand, fue quien llevó la palabra, inculcando al mismo tiempo en el ministro y canciller de la corte y del Estado de Austria, Metternich, el único pensamiento político que éste ha tenido, el pensamiento burlesco de la «legitimidad.» A duras penas nació en junio de 1815 el monstruo de la «Confederación germánica» y el «acta federativa de Viena» imprimió formalmente el sello en la desunión de nuestro pueblo en el interior y su debilidad en el exterior.

Por todos los tramites enemigos de la libertad, reaccionarios y sin fondo del congreso de Viena, corrió también el hilo incoloro de los desvaríos románticos. La nidada de Estados «cristianos», a los que los románticos dejaron desplegar las alas, dio por resultado la solemne farsa de la llamada «Santa Alianza» (setiembre de 1815), a la cual imprimieron su primer impulso un filosofastro demente y una dama que de cortesana se convirtió en gazmoña. Las «resoluciones de Carlsbad» (1819), y las «actas finales de Viena» (1820), completaron para Alemania, y los congresos de Aquisgrán, Troppau, Laybach y Verona para Europa, el sistema de una reacción y compresión tan estúpidas como desapiadadas, que naturalmente se reunió con el «clericalismo» restablecido, y estipuló con la curia romana «concordatos» que permitieron abrigar al papismo las esperanzas más osadas.

La restauración oficial (1814) de la orden de los jesuitas que desde 1773 sólo clandestinamente había sido activa, fue aplaudida con júbilo por la diplomacia romántica. Los pueblos, exhaustos del todo y callados por fuerza, lo sufrieron por algún tiempo todo sin resistirse. Por lo que tocaba a Alemania, políticamente sólo era una «expresión geográfica», según el señor de Metternich había decretado. La juventud alemana, en la que seguían viviendo las ideas y esperanzas de las guerras de independencia y que en las universidades había formado *burschenschaften* (asociaciones de estudiantes) para conservar y alentar la idea de la unión y libertad alemanas, lo que

sin embargo a menudo hizo por extraño modo (Liga de Wartzburgo de 1817) y por medio de mal empleados excesos (asesinato de Kotzebue por Luis Sand, en 1819), rechazó este decreto. Pero aquellos estudiantes que en su bandera ostentaban los colores negro, rojo y dorado como emblemas de la libertad y unión de Alemania, tuvieron que pagar caros sus sueños patrióticos; con tristeza recordamos las persecuciones a que estuvieron expuestos. Prusia gobernada por cabezas de reducido talento y guiada por la política preponderante de Metternich, hizo ejecutar estas persecuciones con el mayor celo por hombres como Kamptz, Schmaldz y Tzchoppe. La revolución francesa de julio de 1830 resonó también aquende el Rhin, pero los súbditos de los Estados grandes y pequeños de Alemania se habían acostumbrado al régimen de policía vigente hacia quince años de tal modo, que los más avanzados entre ellos sólo hicieron demostraciones sin importancia o carnavalescas (fiesta de Hambach 1832, atentado de Francfort 1833) y en algunas partes, como en Cassel y Brunswick, revoluciones en miniatura.

El constitucionalismo tal como desde 1816 se había formado en los Estados de segunda categoría y microscópicos de Alemania, ya no era de por sí sino una apariencia engañosa, y no podía ser otra cosa dado el absolutismo que reinaba en Viena y Berlín y por lo tanto también en la «Dieta federal» de Francfort. No obstante, el pueblo, en su abyección, temía aún esta apariencia constitucional y por lo tanto la famosa «conferencia de ministros» de Viena de 1834 le impuso condiciones que de las fórmulas constitucionales y parlamentarias en los Estados arriba citados hicieron palabras vacías de sentido. Como primer indicio de un porvenir mejor en nuestro país podía considerarse la circunstancia de que el soñoliento gobierno de Federico Guillermo III pareció recordar por fin la «vocación alemana» de Prusia, atreviéndose a deshacerse de la influencia de la cancillería de Viena, al menos hasta el punto de poder fundar la confederación aduanera pruso-alemana (1828-1837) que abrió el camino a la unidad nacional en el terreno material, siempre de gran importancia en todas las cuestiones.

Los ideales de la nación, impedidos brutalmente de tomar parte en la vida política, se retiraron a los estudios de los sabios, a las aulas de las universidades, a las buhardillas de los poetas y a los talleres de los artistas. Las voces que aconsejaban buscar en la religión el consuelo de los sufrimientos, desengaños y desalientos de la época, encontraban buena acogida en el pueblo. El catolicismo se había reforzado vigorosamente con el romanticismo, y el protestantismo, para no sucumbir a Roma, tenía que recoger también todas sus fuerzas para trabajar «por el reino de Dios»; por consiguiente los rayos de luz con que la instrucción y la ciencia habían inundado también a las iglesias alemanas empalidecían más y más, extinguiéndose por fin del todo. La ceguedad de los gobiernos alemanes favorecía la importación del ultramontanismo de Francia, donde primero se había desarrollado sistemáticamente como reacción contra las saturnales ateístas de la época del terrorismo. Ya en el tiempo de la restauración la doctrina y la práctica ultramontanas eran poderosísimas; esto lo demostraban de un modo aterrador las reconvenciones y las medidas de rigor tomadas por la sede romana contra los prelados y sabios alemanes que, si bien eran buenos católicos, se atrevían a defender contra la tiranía del jesuitismo los derechos del espíritu, como el benigno Sailer, o los derechos de nuestro pueblo como Wessenberg con sus ideas nacionales, o los de la razón como el racionalista Hermes. La ortodoxia restablecida, desarrollada con fanatismo extremado, dio, así en el catolicismo como en el protestantismo, sus frutos correspondientes, frutos que sólo en cantidad pero no en calidad eran diferentes de los de la barbarie religiosa de la Edad media, de los asesinatos cometidos en herejes, brujas y judíos.

Mientras que en el seno del pueblo se practicaba de este modo la religión restablecida, dentro de la ciencia alemana un hombre de elevadas dotes y buen patriota, F. D. E. Schleiermacher, había emprendido la tarea de encontrar un lazo de unión entre la fe y la ciencia, entre el dogma y la razón, entre la teología y la filosofía, o si no lo encontraba, de crearlo él mismo —«Cubrir con un velo la verdad desnuda es el deber de los teólogos prudentes»— por medio de su *Doctrina de la fe cristiana* (1821). Esta empresa idealista tuvo el resultado que suelen tener tales empresas, es decir, Schleiermacher no convenció por medio de su «teoría de mediación» a nadie más que a los que ya

lo estaban. Más despreocupada, atrevida y fiada en sus fuerzas que la teología, podía presentarse la filosofía después que en Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831) de Stuttgart hubo encontrado un representante, que fue para la primera mitad del siglo XIX lo que Kant había sido para la segunda mitad del XVIII, es decir, el hombre científico que dio un sistema al espíritu de la época. El Credo de Hegel es el idealismo absoluto; estima como la más alta dote de la razón la supresión de los contrastes entre el espíritu y los sentidos, la inteligencia y la naturaleza, el yo y el mundo, entre el sujeto y el objeto, en la unidad del ser que todo lo abraza, de lo «absoluto». Pero este absoluto no es una unidad rígida e inactiva, sino un proceso sin principio y sin fin, un movimiento eternamente progresivo por medio del cual el pensamiento sustancial, impersonal, infinito, independiente, activo sólo por sus propias leyes y formas, representa y realiza su sustancia ideal en la forma del ser exterior y de la existencia inmediata. La idea absoluta o razón llegada de este modo a comprenderse a sí misma es: 1.º, la idea puramente lógica, abstracta; 2.º, la naturaleza; 3.º, el espíritu; por consiguiente la filosofía se divide en lógica, filosofía natural y filosofía espiritual. El espíritu es «la idea que a sí misma se ha comprendido», el «pensamiento que a sí mismo se conoce.» Como tal se demuestra subjetivamente en forma de conocimiento y de voluntad; objetivamente como derecho, moralidad y gobierno, absolutamente como lo bello, como el arte, que principia con la arquitectura y por medio de la escultura, pintura y música se desarrolla hasta llegará su perfección en la poesía; como la religión, que es la reconciliación de lo finito con lo infinito, la unión de lo divino y de lo humano. Cuando después el espíritu rompe la forma de la idea religiosa, se hace «filosofía absoluta», que es el pensamiento que a sí mismo se reconoce como verdad entera, que de sí mismo crea todo el universo natural y espiritual. Al tratar de la forma objetiva en que se presenta el espíritu, Hegel habla con acento solemne de lo sagrado del matrimonio y de la familia y se inclina a la idea antigua sobre el Estado, sacrificando el libre movimiento de la persona al pensamiento de la omnipotencia del Estado. Como forma política prefiere a todas las otras la parlamentaria-constitucional, en la que «al rey únicamente corresponde poner los puntos sobre las íes.» Sin embargo, las ideas políticas del «real filósofo del Estado prusiano», Hegel, que también ha pretendido justificar las «resoluciones de Carlsbad», son tan poco claras y tienen tantos apéndices, que el absolutismo o cuando menos el burocratismo podían fundarse en ellas lo propio que el liberalismo, el cual, bajo la ostensible influencia de la filosofía de Hegel, formuló su doctrina muy circunstanciadamente en el *Lexicón del Estado* redactado por Rotteck y Welcker y considerado mucho tiempo por los liberales alemanes como una especie de biblia política. La importancia de Hegel como civilizador de su propio país consistía en que consideraba la razón como la verdadera esencia de todo ser, introduciendo metódicamente el racionalismo universal en el dominio de la ciencia. Sabido es que condensó su sistema en el siguiente principio que proclama la soberanía absoluta de la razón: «Todo lo que es real es racional, todo lo que es racional es real.» Tal es la tesis base de su sistema (débil y defectuoso solamente en cuanto a sus concesiones en favor de la Iglesia y del Estado) verdadero arsenal que ha provisto de afiladas armas a la crítica devastadora.

De este arsenal han sacado las suyas tres críticos notables: David Federico Strauss que, procedente de la escuela del gran teólogo guerrero Cristiano Baur, quiso socavar los cimientos del cristianismo clerical con su *Vida de Jesús* (1835), recibida con espantoso clamoreo en los círculos teológicos; Luis Feuerbach, quien en su *Esencia del Cristianismo* (1841) pretendió resolver en mitología el dogma cristiano y en antropología la teología, la cual en el fondo no era más que una larga paráfrasis de la antigua sentencia: «Tal hombre tal Dios», y Arnoldo Ruge quien, como director del *Almanaque de Halle*, demostró la frivolidad y falsedad del romanticismo, y sometió al juicio de una crítica filosófica y luminosa los problemas y los hechos de la política.

El movimiento científico había sido tan general como constante en Alemania, desde el primer período de la restauración. Trabajábase con asiduidad y éxito en todos los ramos de la ciencia. El impulso dado a la historia por los estudios clásicos y germánicos, produjo soberbios resultados. Leopoldo Ranke fundó la escuela histórica «diplomática», descubrió maravillas en la investigación de archivos, y elevó, como escritor, el estilo de la historia alemana a un grado de rigidez marmórea,

en el que ciertamente se notaba a menudo la falta de sentimientos humanos. Pertz, biógrafo de Stein, erigió el gigantesco *Monumenta Germaniae historia*, que se atribuye a instigación de Stein. Gran número de historiadores eminentes han explorado también y cultivado los campos de la historia antigua, de la Edad media y moderna, nacional y extranjera, de manera que nuestra ciencia histórica, no sólo no es inferior a otra alguna, sino que, al menos en cuanto al método, puede servir de modelo a todas las otras. La historia de la literatura y del arte tuvo asimismo dignos cultivadores, cabiendo el mayor mérito bajo este punto de vista a Gervino por su *Historia de las artes imitativas*. En jurisprudencia, las dos escuelas fundadas, una por Savigny con el nombre de *histórica*, y otra por Thibaut con el de *filosófica*, se colocaron frente a frente: aquella sentando la opinión de que la ley pudo resultar únicamente del desarrollo histórico de la ciencia nacional jurídica, y esta sosteniendo la idea de que el derecho y la ley se desarrollan a favor del espíritu popular y de la conciencia de la época.

Poco a poco se hacia sentir más la necesidad de una fórmula científica de los principios de economía política, a la manera que Smith y Say habían hecho en Francia e Inglaterra; reconociéndose entonces lo dañosos y perjudiciales que eran, para la teoría económica, la falta de vida pública y los obstáculos opuestos a la práctica comercial e industrial. El primer profesor de economía política de Alemania, que a un extenso conocimiento de las cosas reales supo unir un carácter independiente y un criterio propio, fue Federico List (nacido en 1781), cuyo sistema nacional de economía política ha sido el fundamento científico de todos los ensayos verificados desde aquella época para resolver el gran problema: «Proteccionismo o libre cambio.» A la discusión de las cuestiones económicas, se agregaron, principalmente en Alemania, las más apasionadas siempre sobre la cuestión social, que por lo demás es tan antigua como la sociedad y no se resolverá jamás ni en la forma que quisieran cándidos visionarios ni en la que esperan calculadores embusteros.

Mucho mayores que en economía política han sido los resultados del poderoso movimiento del siglo XIX en las ciencias físico-matemáticas. Astrónomos y matemáticos como Gauss, Mädler, Jakobi, Dirichlet y otros, han preparado y facilitado los prodigios de la mecánica moderna con sus ingeniosas investigaciones y descubrimientos. Hombres de tanto mérito como Oken y Liebig han iniciado la brillante serie de los ordenadores y propagandistas que ilustraron el talento y la laboriosidad de los alemanes en geología, en geognosia, en mineralogía, en fisiología, en zoología, en física, en química y en botánica. Cosmopolita de la ciencia, Alejandro de Humboldt (nacido en 1769), abarcó en su mente las ciencias naturales, siendo más competente que ningún otro para escribir su *Cosmos*, o *Historia universal de la naturaleza*. El universalismo de nuestros clásicos inspiró al creador de la geografía comparada, Carlos Ritter (nacido en 1779), la idea de su magnífica pintura de la superficie terrestre. Entre los tesoros más preciosos de nuestro pueblo, deben contarse los que se debieron a las investigaciones y descubrimientos en las ciencias naturales de los contemporáneos de Humboldt. Este sabio, que a la vez era un hombre de mundo, contribuyó con la palabra y el ejemplo al provechoso consorcio de la ciencia y la vida, generalizando con su enérgica iniciativa el conocimiento de la naturaleza.

La venida de Cornelio a Munich (1825) abrió al arte una nueva era. En la ciudad del Isar, en donde Klenze edificaba y esculpía Schwanthner, nació de la unión del clasicismo y del romanticismo el nuevo estilo artístico alemán, empleado por Guillermo Kaulbach en sus grandes composiciones histórico-simbólicas, ora con una sensibilidad sublime, ora con una ironía mordaz. ¿Quién no se ha deleitado con el *Reineke*, verdadero triunfo del humorismo alemán? Otros géneros de la escuela de Munich fueron elevados a la perfección por Schwindt y Genelli, mientras la escuela del pintor de Dusseldorf, Carlos Federico Lessing, que florecía en la misma época, conquistaba el primer puesto con sus cuadros históricos. Desde entonces, en Munich y Dusseldorf, en Viena y Berlín, en Dresde y Francfort, en Stuttgart y Karlsruhe, el arte nacional se ha mostrado tan rico y pujante en la escultura, pintura y arquitectura, las ciudades alemanas han sido tan embellecidas por arquitectos como Semper y Hansen, por escultores como Zum busch y Schilling, que ya no suenan

como vana alabanza sino como la expresión de un hecho innegable, las siguientes palabras de Rùchert:

«Grande la raza alemana
Era desde su principio;
Ya dique de libertad,
Ya almena de poderío;
Luego, por favor del cielo
Hasta la cumbre ha subido
Del arte, para vencer
Además por el espíritu.»

Por los años de 1820 a 1830 la literatura alemana estaba aún impregnada de romanticismo, tanto que la influencia de éste se dejaba sentir ostensiblemente en los principios de la llamada «Joven Alemania.» El mismo poeta que fue el primero en romper con aquella escuela, el conde Augusto de Platen-Hallermünde (1776-1835), no dejó de entregarse en su juventud a sus fantasías románticas; mas luego combatió el romanticismo en sus comedias literarias adoptando el espíritu libre del clasicismo en sus bellas y profundas composiciones líricas. Con Platen, el primero de nuestros poetas políticos, comenzó a relacionarse la poesía con las cuestiones y problemas de la época. Desde la guerra de la independencia y más todavía desde 1830, la política y la participación en los negocios públicos fueron una de las causas principales del movimiento literario. La alianza de la crítica literaria con la política fue realizada magistralmente por Luis Borne (1786-1837), partidario de una libertad mezclada de republicanism, el cual se complacía en mostrar el constante filo de su palabra, más bien que en ocultarlo entre las flores de la ironía. En la producción más célebre que brotó de su pluma, en sus *Cartas de París*, lanzó virulentas acusaciones contra Alemania, a la que profesaba intransigente afecto, acusaciones que en parte no eran muy fundadas; pero en cambio arrojó a los franceses esta orgullosa frase: «La vida alemana se parece a un paisaje alpino: es el gran soberano, la corona de la tierra, resplandeciente con sus eternos hielos.»

Y el contemporáneo y adversario de Borne, Enrique Heine de Dusseldorf (1799-1856), ¿no ha dedicado siempre a aquella Alemania, a quien criticaba con agudos sarcasmos, coronas cuyas hojas y llores estaban bañadas en el celeste rocío de la poesía? En Heine el romanticismo hace sonar una vez más sus cuerdas, y sus dulcísimos sonidos terminan en un gorjeo de ironía. Lo caprichoso de su genialidad era puramente romántico, pero él era verdadero poeta. En la poesía lírica, en la canción, sólo a Goethe se le considera superior a Heine; en la poesía satírica, nadie, ni aún el mismo Voltaire, ha conseguido superarle. Él dio a la poesía alemana una riqueza, una energía de que antes no se tenía idea. Otros muchos poetas contemporáneos y posteriores a él, como Gutzkow, Mosen, Lenau, Grün Fleiligrat y Bodenstedt, han enriquecido y embellecido la literatura alemana, pero ninguno igualó a Heine en genio artístico, gracia y ligereza. Mucho, muchísimo hay de censurable en sus obras, pero con todo eso, Heine es el poeta más grande de Alemania después del patriarca de Weimar.

El grado de prosperidad de la poesía, del arte y de la ciencia en la primera mitad de este siglo, demostraba la preponderancia de las tendencias y opiniones idealistas en Alemania. Como inmediato y ventajoso resultado de ello, la aspiración a la unidad nacional cobró poco a poco la fuerza de una idea moral, llegando a convertirse en uno de aquellos pensamientos que no se desarraigan jamás. La palabra, la pluma y el canto contribuyeron a la obra de conservar cada vez más vivo y profundo el sentimiento nacional. El canto sobre todo prestó grandes servicios bajo la forma de cuartetos introducida por Imán Jorge Nágeli de Zurich. Una cadena de «guirnalda de canciones», una serie de «cancioneros» fueron el lazo de unión de las provincias alemanas, y aquellas sociedades, salvo el abuso de énfasis pueriles, fueron sin duda alguna un medio de cultura eficaz y patriótico.

Sería un error creer que la preponderancia de los intereses intelectuales sirviera de obstáculo ni de perjuicio al progreso material. Precisamente en la primera mitad del siglo XIX han hecho notables y verdaderos progresos, la agricultura, a la que consagró su saber y experiencia el gran reformista Alberto Daniel Thaer, la industria y el comercio extendidos y generalizados, la navegación aumentada, las carreteras y ferrocarriles construidos en gran número, todos los medios de comunicación mejorados; progresos todos cuya solidez se distinguió ciertamente del vertiginoso empuje que más tarde desbarató los intereses materiales.

El año 1850 marco exactamente la transición del idealismo al materialismo. El año 1848 que hubiera debido traer al pueblo alemán la realización de sus ideales de libertad y de unidad, sólo había traído desengaños. El liberalismo, principal defensor de las esperanzas y deseos de la patria, había sido tan incapaz como cobarde. La democracia había hecho impotentes tentativas que el absolutismo triunfante castigó con sanguinaria crueldad. El pueblo, con estúpida resignación, rodeaba las tumbas de sus mártires en Brigittenau, Mannheim, Rastatt y Friburgo. Los pocos que habían permanecido fieles a la santa causa y no habían sucumbido en el patíbulo, gemían en las cárceles o vagaban errantes en el destierro. El liberalismo cedía a la fuerza, aprendiendo a contar con los hechos, según decía; y el resultado de aquella cuenta era que la suma de la sabiduría política, de aquella «política positiva» única, verdadera y conveniente, se compendia en estas palabras bien significativas: «oportuno» e «inoportuno.» Y con esto siguió impasiblemente su marcha.

Entonces se manifestaron todos los fenómenos propios de una época de desengaño, de relajación y envilecimiento. La reacción triunfó: los gobiernos se vengaron del pavor que les infundían las teorías liberales haciendo imperar de nuevo el oscurantismo. Alemania fue el teatro favorito de las proezas jesuíticas: los conventos brotaron como hongos en las provincias católicas y hasta en las protestantes. Las exigencias, cada vez mayores de la Santa Sede, fueron consentidas y fomentadas con la más humilde devoción por las cortes, especialmente la de Prusia, haciéndose iguales concesiones a la ortodoxia protestante. Mas al paso de los intereses del clero, caminaban los intereses materiales. En ambos sentidos, es decir, en el afán de renovar el dominio del oscurantismo, como en el de envilecer los ánimos impulsándoles a los goces materiales y al lucro, los gobiernos alemanes imitaron a su celebrado modelo, Napoleón III, el impúdico criminal de diciembre de 1851.

Las consecuencias de tal conducta no se hicieron esperar mucho. La sociedad, lanzada desenfrenadamente a la caza de la «felicidad», es decir, del oro, puesto que no conocía otros bienes que los que proporcionan las riquezas, se convirtió en una sociedad de furibundos tahúres. De la Bolsa partían todos los oráculos de aquella época infame, que parecía haber perdido toda noción de honor y de conciencia. La construcción de ferrocarriles, brillante conquista del siglo, vino a ser como una verdadera vorágine de fraudes y especulaciones. La sociedad anónima que manejaba el capital no era sino una institución organizada de ladrones: los pícaros robaban con la ley en la mano en medio del día. El industrialismo exagerado y febril arrancó a la agricultura los brazos necesarios a ella y arrojó en las ciudades insalubres una infinidad de proletarios, preparando en su estúpido egoísmo el terreno en que había de germinar y crecer la mala yerba del comunismo. A las lecciones de Manchester se debió que naciera en Alemania, no la edad de oro, sino la de papel y que la decantada «libertad industrial» convirtiera los productos alemanes, tan estimados un tiempo en el extranjero, en objetos sobrantes y de ningún valor. Los estragos morales del materialismo fueron terribles: el fraude y el engaño mostrábanse cínicamente a la luz del día. La relajación moral infestó igualmente la legislación, siendo imputable a la sensibilidad intempestiva de los nuevos legisladores el creciente número y crueldad de los delitos.

Pero en donde más se advierten los efectos deplorables del materialismo es entre las mujeres. El deseo, la necesidad del lujo y del placer se han apoderado de las mujeres alemanas, casadas y solteras, aún en aquellas clases de la sociedad donde no se sospechaba siquiera la existencia de

semejante peste, y el increíble aumento de los infanticidios confirma la antigua verdad de cuán breve es el tránsito de la disipación al crimen. Preciso es confesar también que, observadas de cerca, las ventajas de la educación moderna se achican y disminuyen notablemente. Lo que las masas han ganado por una parte en saber o saber a medias, lo han perdido por otra en buen sentido, en respeto al deber, en amor al trabajo, en sobriedad y en honradez. Es muy singular el hecho, comprobado estadísticamente en 1877, de que, de los 22 cantones suizos, los dos provistos de peores escuelas, Obwalden y Wallis, eran precisamente los que contaban menor número de delitos. Otro hecho curioso, único en su género, y tal como no se registra ni en Alemania, ni en Europa, ni en el mundo entero, es que en el municipio de Königsfeld, en la Selva Negra, según se demostró oficialmente en 1876, hacía 50 años que no se había impuesto ningún castigo administrativo ni judicial, ni celebrándose embargo, ni se conocían, en fin, nacimientos ilegítimos, divorcios, litigios ni mendigos.

En la ciencia el materialismo vive felizmente adherido a la conciencia de su infalibilidad. Nadie puede negar los esfuerzos y progresos de la investigación especial en los dominios de la física y de la química, de la geología y de la geognosia, de la mineralogía, de la botánica, de la zoología, de la etnología, de la fisiología y de la patología; nadie mirará seguramente con indiferencia los grandes descubrimientos que se hicieron por la aplicación de los conocimientos matemáticos y físicos a la mecánica en todos sus ramos; pero nadie podrá negar tampoco que la investigación materialista recuerda siempre el famoso dicho de Mefistófeles:

«Chi vuol conoscere e descrivere ciò che vive, etc.»

Sin embargo, la necesidad del «Lazo espiritual» se impone de tal modo, que con la «materia» atómica sola no se pudo administrar, y con el nombre de «fuerza» fue preciso admitir en la materia una especie de alma, aunque el hombre se hubiera vanagloriado altamente de haber «arrojado de la ciencia» la «patraña» de una llamada alma o de un «pretendido espíritu.» En lo de envanecerse siempre fueron muy fuertes los caballeros del microscopio infalible y de la retorta beatificante, sobre todo cuando los fogosos discípulos de Darwin predicaban la teoría de la descendencia y de la selección del maestro; entonces las personas cándidas podían creer que al fin quedaba descubierta la imagen de la diosa de Sais, que al fin se presentaba la solución del gran enigma de la significación y utilidad de la vida humana, y que bastaba extender la mano para obtener la contestación al porqué de todos los porqués. Pero el buey materialista continuaba todavía perplejo al pie de aquella montaña sobre la que el águila idealista había intentado siempre inútilmente volar.

Doloroso es decirlo, pero debe confesarse que el orgullo civilizador de nuestro siglo tendría suficiente razón para humillarse: si hacemos la suma de la civilización desarrollada durante cien años, obtenemos el triste resultado de que a través de la despreocupación, de los clásicos y románticos, de Kant, Fichte, Schelling, Feuerbach y Strauss, a través del idealismo y el materialismo, hemos llegado felizmente al *Babuino afeitado* de Voltaire, al *Hombre máquina* de la Metrie o al *Sistema de la naturaleza* de Holbach. El porvenir decidirá si este objetivo merecía tantos esfuerzos. Al presente corresponde el derecho de presentar la formal petición de que la embriaguez materialista, a la cual ha sucedido ya en la vida práctica la inevitable razón, cese también en la ciencia, pues son incalculables los daños que ha causado. La doctrina del ateísmo mecánico-materialista, sostenida y proclamada con ridículo énfasis, y por decirlo así a son de trompeta, ha tenido por consecuencia el extremo opuesto, es decir, la superstición sobrenatural ortodoxa, y ahora las dos luchan furiosamente una contra otra para sofocar en mortal abrazo a la razón, que quiere animar e iluminar idealmente el mundo investigado y materialmente comprendido. Las consecuencias se tocan ya: a la orgullosa falsedad científica con lo material se ha opuesto una inmensa falsedad popular con lo inmaterial. Los defensores de la materia han sabido perfectamente impeler las masas hacia las redes clericales; y esto era natural. Los hombres quieren y deben tener una divinidad; quitádsela y adorarán los ídolos; cerrad las fuentes de la fe ideal, y entonces comenzarán a brotar los manantiales maravillosos de Lourdes y de Marpingen. Una reducidísima minoría de hombres de espíritu fuerte y de corazón frío podrá encontrar la paz y el contento en la

existencia mecánica que el materialismo científico proporciona; pero la inmensa mayoría la rechaza. Las saturnales del «espiritismo», comenzadas al mismo tiempo que las del materialismo, demuestran harto evidentemente que el hombre no puede vivir sólo con el pan de la ciencia; necesita el vino de la fe; quiere y debe tener ideales. No es temeridad ni exageración creer y esperar que al espíritu alemán le será dado y concedido hallar el necesario y saludable término medio entre el idealismo y el materialismo, en el cual reposa sin duda la futura prosperidad del trabajo civilizador del pueblo alemán.

VI.

EL NUEVO IMPERIO

Cuando en 30 de setiembre de 1862 el recién nombrado presidente del Consejo de ministros de Prusia, Otto von Bismarck-Schoenhausen, lanzó en la comisión de presupuestos de la cámara de diputados la frase: «¡Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con los discursos y votaciones de la mayoría (este fue el error cometido en 1848 y 1849), sino a sangre y fuego!», alzóse gran clamoreo en Alemania y en toda Europa y las dos hermanas, la hipocresía y la ignorancia, no sabían cómo expresar su asombro. ¡Cual si las «grandes cuestiones se hubieran resuelto de otro modo que a sangre y fuego siempre que se han suscitado entre los hombres!» Vociferábase hipócritamente contra la «inauguración de una política de fuerza.» ¡Cual si en política se hubiera podido hacer jamás algo grande y justo sin el uso de la fuerza!

El ideal de progreso de Goethe, que se mueve en los caminos de una «tranquila instrucción» es muy bonito, pero en política, que no solamente tiene que tratar con ideas sino también con hechos, siempre será una vana apariencia y un fantasma, pues: «Fácilmente se reúnen los pensamientos, pero con fuerza se chocan las cosas en el espacio. Allí donde una se sienta, debe ceder el puesto la otra, y la que no quiera ceder, está obligada a rechazar; entonces estalla la lucha venciendo sólo la fuerza.»

Esta sentencia del gran idealista Schiller podría servir de divisa a la política del gran positivista Bismarck; la idea moral de la unidad alemana hubiera podido ser y continuar siendo largo tiempo solamente una idea moral si la fuerza y el poder no se hubieran puesto a su servicio. Ningún crítico justo podrá negar que esta idea fue la que guiaba a los demócratas alemanes y a los monárquicos de 1848, partidarios de un imperio unido; pero ¡cuán dignas de lástima eran las tentativas de los republicanos y de los monárquicos, sin poder crear la unidad de Alemania! También en los centralistas y en los federalistas que, después de la gran bancarrota de 1849, volvieron a emprender la obra de la unidad alemana, vivía la «idea moral.» Pero ¿qué resultado obtuvieron? Palabras, palabras y palabras. Es justo también reconocer que la idea moral influyó en la dieta de los príncipes alemanes en agosto de 1863, y a pesar de eso, ¡cuán deplorable y sin resultado ninguno pasó esta solemne farsa! ¿Por qué? Porque el poder y la fuerza de traducir la idea en hecho, de hacer efectivo el pensamiento, estaba en las manos de Prusia, sólo de Prusia. Y esta ¿ha realizado dicha idea del todo y en todas sus consecuencias? Del todo, no. Pero ¿dónde ha existido jamás, excepto quizás en el terreno del arte, un ideal realizado? Prusia ha hecho todo lo que ha creído poder hacer en proporción de sus fuerzas, y sus hazañas fueron grandes; sólo la ignorancia, la envidia y la malicia pueden negarlo. Ha reconstruido el imperio alemán realizando así el sueño y el anhelo de muchas generaciones de nuestro pueblo; ha puesto alrededor de las tribus alemanas el marco del nuevo imperio, dentro del cual puede realizarse el proceso de la unión. Todos los vituperios y críticas de la izquierda y de la derecha y del centro no pueden nada contra este gran hecho.

El mérito nacional alemán e histórico universal del rey Guillermo de Prusia, de su ministro y de sus generales, consiste en haber conocido claramente que había llegado el tiempo en que Prusia debía resolver la cuestión alemana y en haber transformado esta convicción en una acción bien pensada y bien preparada, cuya tarea emprendió con atrevimiento, con constancia, llevándola a cabo con energía.

El drama de la regeneración de Alemania por medio de la política de Bismarck se verificó en tres actos, tres actos de guerra: la guerra de Schleswig-Holstein en 1864, la prusiana-austriaca en 1866 y la franco-alemana en 1870 y 1871. ¡Un drama con todas las reglas que rigen los destinos en la historia universal! Con una necesidad lógicamente obligatoria siguiéronse acto a acto y escena a escena. La conquista e incorporación de los Ducados del Elba por Prusia señaló, con gran alegría de todos los alemanes pensadores, el principio del fin de la desunión alemana en muchos Estados pequeños. Dolorosísima fue la guerra de 1866; a ella puede aplicarse el siguiente dicho de Hoelderlin: «La necesidad acaba con su rayo inexorable en un solo y grande día lo que apenas logran siglos y siglos»; así el desgraciado dualismo austríaco-prusiano debía desaparecer si algo quería hacerse de Alemania; y sólo «el hierro y la sangre» eran capaces de satisfacer esta necesidad en el día de Sadowa. Pero ningún protocolo de paz y ningún mojón fronterizo puede convencernos a nosotros los alemanes de que no llegue o deba llegar un día, gran día de júbilo, que devolverá los nueve millones de austríacos alemanes al seno de la madre Germania.

La guerra de 1870 y 1871, el mayor acontecimiento del siglo, fue en sus causas fundamentales y en sus dignos finales una lucha del romanismo contra el germanismo. El 18 de julio de 1870 los jesuitas hicieron decretar por el concilio «Vaticano» la infalibilidad del Papa y al día siguiente se lanzó la declaración de guerra de los franceses contra Alemania. El dogma romano de la infalibilidad y los gritos que resonaron en los *boulevards* de París de «¡a Berlín, a Berlín!» tuvieron el mismo sentido. El cálculo de los jesuitas fue astuto, pero la prueba fracasó.

Esperábase, tanto en las Tullerías como en el Vaticano, haber dirigido el cartel de

desafío contra una Alemania desunida; pero el norte y el sur, el este y el oeste, liberales y conservadores, ricos y pobres, príncipes, hidalgos, ciudadanos y labradores, católicos y protestantes, levantáronse como un solo «pueblo en armas», y «con el estruendo soberbio de la tempestad, parecido al estrépito de las espadas y al choque de las olas contra las rocas, resuena por todas las comarcas de la patria el grito: ¡al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!»

Sabemos que la estupidez, la ignorancia, la mentira, la envidia y la malicia son grandes potencias en la tierra; pero el poder reunido de estas cinco grandes potencias no basta para oscurecer el esplendor glorioso del trabajo titánico que Alemania efectuó en siete meses. Con duraderas letras de fuego, como el rayo las inscribe en las rocas, la historia apuntará el trascurso de este trabajo en el libro de la eternidad, y allí podremos leer, cuando las pasiones, las calumnias y el odio de la edad presente hayan desaparecido, que la grandiosidad del drama heroico alemán de 1870 y 1871 fundóse primero, en la pureza y justicia de nuestra causa; segundo, en la unidad, hasta ahora sin ejemplo en la historia de nuestro país, de todas las clases, castas y oficios, en el pensamiento nacional (pues no importó nada que una minoría apenas visible hubiera querido hacer traición a este pensamiento), y tercero, en el aislamiento de la nación alemana; de modo que sin auxilio alguno de fuera, confiada sólo en su propia fuerza, logró tan asombrosos resultados y el justo premio de sus victorias, la Alsacia y la Lorena, propiedad nuestra antes robada y ahora reivindicada a sangre y fuego.

La conciencia del derecho, el pensamiento de la unión, el sentimiento del deber, la sensación manifiesta de la fuerza nacional, fueron los que dieron su invencibilidad al ejército alemán. Este ejército se presenta a la vista del admirador como vivero magnífico y vigoroso, plantado, cuidado y purificado hasta su desarrollo por los héroes de nuestra civilización, por nuestros grandes pensadores y poetas. Cada soldado alemán, desde el general en jefe hasta el ultimo bagajero, llevaba con o sin conocimiento en su pecho todo lo mejor y más sublime que jamás ha ideado e intentado el genio alemán. Grandes fueron, por lo tanto, los resultados de la ciencia estratégica de los generales, más grandes los de la capacidad táctica de los oficiales; pero los más grandes de todos, los de la disciplina, el entusiasmo, la perseverancia y el desprecio a la muerte de las tropas. Honor, tres veces honor, a los pensadores y ejecutores del plan de campaña: sus nombres brillarán por los siglos de los siglos; pero con mayor respeto aún, con gratitud más íntima pensemos en los héroes sin nombre

que duermen en el suelo de Francia, de los héroes de que no habla ninguna canción ni ninguna epopeya y que sólo viven en el recuerdo de sus padres, viudas y huérfanos abandonados quizás a la necesidad y miseria. Grandes fueron los sacrificios de toda clase con que nuestro pueblo se lanzó a la victoria, y grandes también los dolores de la madre patria al nacer el nuevo imperio, si bien este fue la consecuencia lógica y necesaria de la premisa de tal guerra.

¡Oh santa Némesis, hija de la justicia, tarde vienes, pero al fin llegas! Durante cuatro siglos la Francia, reino, república o imperio, había hecho guerras de rapiña contra Alemania, nos había arrebatado ciudades y provincias, saqueado y devastado nuestras regiones, había minado primero el antiguo imperio alemán destruyéndole después, había intentado varias veces la destrucción del nombre alemán, y ahora con gran asombro del mundo, llegó la hora de la expiación en medio de los truenos de las batallas. Como tantas veces en el trascurso de los destinos de los pueblos, también en esta ocasión la diosa de la venganza se mostró como maestra incomparable de ironía, pues en el palacio de uno de los enemigos más soberbios y crueles de Alemania, en el mismo palacio de Versalles, que Luis XIV había construido cual monumento magnífico de la humillación del antiguo imperio alemán, el general de los alemanes aliados, el rey Guillermo de Prusia, el vencedor de Francia, fue proclamado en 18 de enero de 1871 emperador del nuevo imperio alemán.

Dos meses más tarde, en 21 de marzo, el emperador abrió la primera dieta en Berlín con un discurso de la corona, que clara y dignamente caracterizó la posición del nuevo imperio en medio de Europa: «El espíritu que anima al pueblo alemán, penetrando su instrucción y sus costumbres, así como la constitución del imperio y sus instituciones militares, preservan a la Alemania, en medio de sus triunfos, de todo abuso de sus fuerzas adquiridas por la unión. El mismo respeto que exige Alemania para su propia independencia, lo concede también a la independencia de todos los otros Estados y pueblos, tanto a los débiles como a los fuertes. La nueva Alemania, surgida de la prueba de fuego de la guerra, será la salvaguardia segura de la paz europea, porque es bastante fuerte y está bastante convencida de su poder para conservarse la dirección de sus propios asuntos, que es de su incumbencia exclusiva, y para los que se bastará ella sola. ¡Que la reconstrucción del imperio alemán sea también para la nación en el interior la señal de la grandeza alemana! ¡Que a la guerra franco-alemana, concluida tan gloriosamente, siga una paz interior no menos gloriosa, y que la tarea del imperio alemán se limite en adelante a mostrarse vencedor en la lucha por los bienes de la paz!»

Los músicos y poetas alemanes han cantado a porfía en su patria las hazañas de sus compatriotas en el año «grande», pero las alabanzas más hiperbólicas de tales proezas y de sus resultados han llegado a nosotros del extranjero, de allende los Alpes, alabanzas salidas de los labios de uno de los hijos más eminentes de Italia, José Civinini de Florencia, quien se expresó del modo siguiente:

«Si las armas de Prusia realizaron materialmente el gran pensamiento de la unión alemana, a este trabajo activo había precedido un trabajo de ideas, que empezando con Leibnitz, se continuó hasta nuestros días: poetas y filósofos, críticos e historiadores, han colaborado en él, de modo que podemos decir que la regeneración de Alemania es una obra verdadera del pensamiento y de la ciencia. En todos los terrenos del saber humano, en todas las formas de la creación poética, la Alemania espiritual ha preparado a la nueva Alemania política. La ciencia y la literatura, la filosofía y la historia han inculcado en el pueblo alemán el profundo sentimiento de la propia nacionalidad, le han enseñado a considerarse como destinado a una gran misión histórica, le han impuesto el cumplimiento de esta misión como un deber. Si, ésta fue la verdadera señal característica del movimiento alemán, que en primera línea fue una obra del espíritu, y cuando ésta hubo llegado a la madurez, pasó a ser obra de la fuerza material. Como el rayo al trueno, así precedió la idea al hecho, y antes de que los alemanes se hicieran materialmente el pueblo más poderoso de Europa, fueron idealmente el más instruido: la jefatura política es efecto y consecuencia de la intelectual. El que vive en la creencia de que el espíritu signifique algo en este mundo, poco se fía de la duración de

obras que sólo sean fruto de manejos políticos y militares sin una preparación suficiente espiritual y moral. Pero allí donde un pueblo tiene ya una filosofía, ciencia, historia, poesía y música verdaderamente nacionales, creadas por todos y a todos comunes, allí donde hace más de un siglo que un desarrollo siempre creciente ha fundado la unidad en el terreno del saber y del pensar, allí pueden venir los días de Sadowa y de Sedán: pues encontrarán un suelo labrado que dará sazonados frutos. El nuevo imperio alemán no es, por lo tanto, como se ha dicho con sobrada ligereza, hijo de la fuerza; es el fruto lentamente madurado del pensamiento, es la manifestación política de la instrucción espiritual, es el triunfo de un largo trabajo civilizador, adquirido por el empleo de la fuerza en el servicio de la idea, del mismo modo que las victorias se alcanzan siempre en el campo de batalla de los hechos.»

Termine con tan elocuente alabanza, que a la vez es una enérgica amonestación para el porvenir, este libro; yo, que lo he escrito hasta donde mis facultades correspondían a mi voluntad, en honor de mi patria y para su enseñanza, estoy seguro de hacerme intérprete de todos los alemanes de cabeza y de corazón, si como palabra final expreso esta bendición:

¡Que nuestro pueblo avance confiado hacia sus futuros destinos, incansable en el trabajo, audaz en sus ideas, justo en sus acciones, constante en sus costumbres, firme en su derecho, fuerte en su defensa, moderado en la fortuna, animoso en la adversidad, y llegue en breve al perfeccionamiento de su unidad, la paz y la libertad! ¡Salud a Germania!

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de México*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*

- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*

- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*

- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*

- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*

- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*

- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinae exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*
 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
 221 *El Corán*

- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*

- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*

- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*

- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense*, también llamada *legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino* (Codex Calixtinus)
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*

- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)